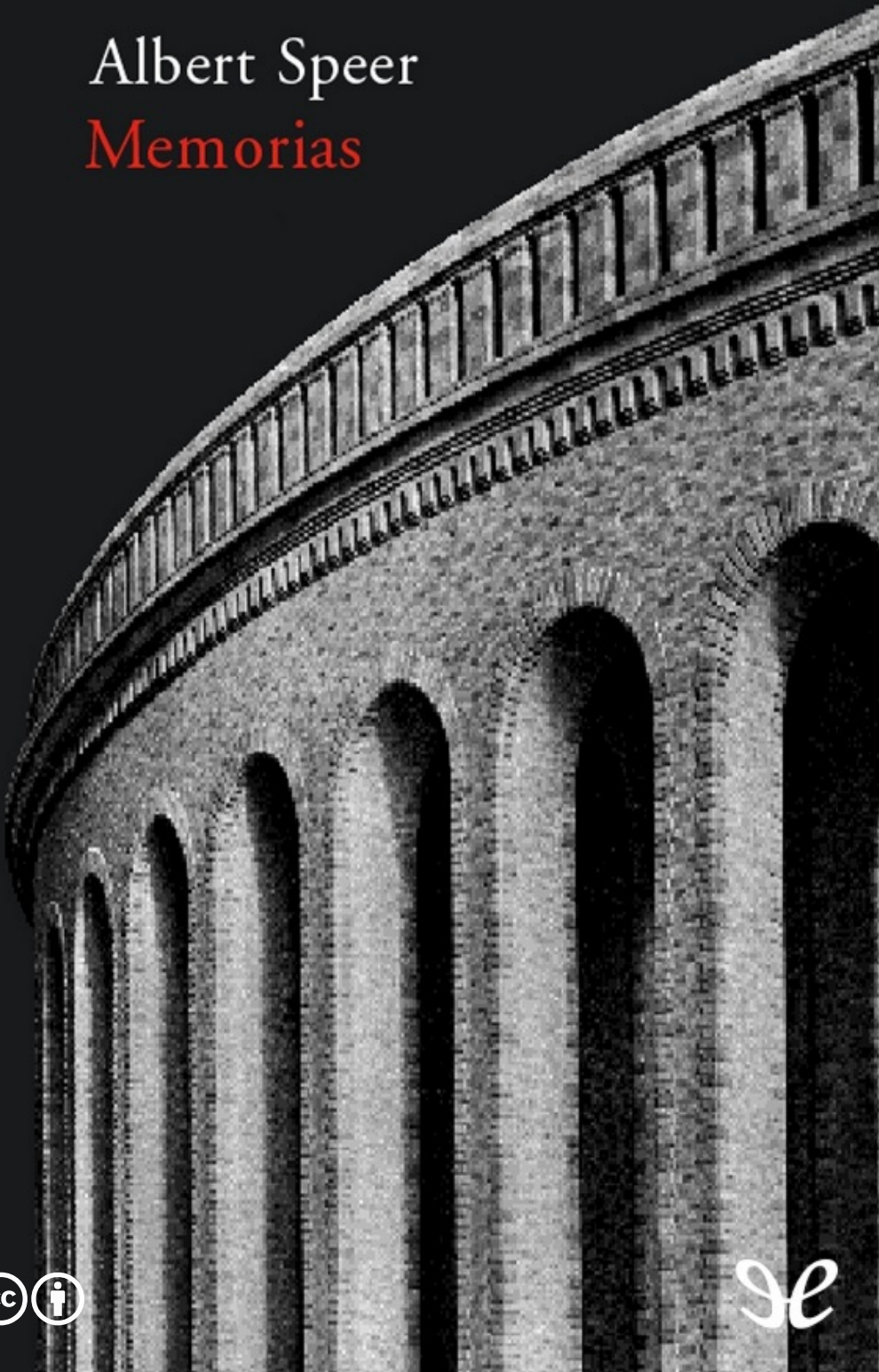
Albert Speer

Memorias



Cuando Albert Speer fue condenado por el tribunal de Nuremberg, en 1948, a veinte años de prisión, Hugh Trevor-Roper escribió: «Ahora probablemente tendrá la oportunidad de escribir su autobiografía. Serán las únicas memorias del Tercer Reich que, siendo de gran valor, además invitarán a la lectura».

Este libro es la crónica apasionada de un hombre que durante doce años estuvo unido a Adolf Hitler por una relación única aunque de distinto signo: como arquitecto remodelador de la ciudad de Berlín, capital del Imperio, como amigo próximo en las tertulias de la Cancillería del Reich, como tecnócrata y organizador de una prodigiosa estructura armamentística y, a la vez, como un inesperado opositor.

Más de cuarenta años después de su publicación, las Memorias de Albert Speer continúan siendo la semblanza más detallada y fascinante de los círculos íntimos de Hitler, y del auge y caída del Tercer Reich.

Albert Speer

Memorias

ePub r1.1
Rob_Cole 12.09.2017

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Erinnerungen*
Albert Speer, 1969
Traducción: Ángel Sabrido
Retoque de cubierta: Rob_Cole
Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre, 2017
Conversión a pdf: FS, 2018

Toda autobiografía resulta una empresa equívoca, porque presupone la existencia de un punto elevado desde el que, cómodamente sentados, podemos contemplar nuestra vida, comparar sus diversas fases, abarcar con una mirada su desarrollo y comprenderlo. El ser humano puede y debe verse a sí mismo; pero no puede juzgarse en ningún momento del presente ni tampoco en el conjunto de su pasado.

Karl Barth

PRÓLOGO

«Seguramente ahora escribirá sus memorias», me dijo uno de los primeros americanos a los que encontré en Flensburg en mayo de 1945. Después transcurrirían veinticuatro años, de los cuales he pasado veintiuno en la soledad de una prisión. Es mucho tiempo.

Ahora presento mis memorias. Me he esforzado por describir el pasado tal como lo viví. A muchos les parecerá desfigurado; otros considerarán que mi perspectiva no es la adecuada. Sin embargo, he descrito lo que viví y cómo lo veo hoy. Para conseguirlo, me he esforzado en no eludir el pasado. No he querido sustraerme a la fascinación ni al terror de aquellos años. Los que también los conocieron me criticarán, pero eso es inevitable. Quería ser sincero.

Estas memorias se proponen explicar algunas de las causas que condujeron casi forzosamente a la catástrofe en que terminó aquella época. Quería mostrar las consecuencias del hecho de que un solo hombre concentrara en sus manos un poder ilimitado, y también aclarar qué clase de hombre era. En el tribunal de Nuremberg dije que, si Hitler hubiese tenido amigos, yo habría sido uno de ellos. Le debo tanto los entusiasmos y la gloria de mi juventud como el horror y la culpa que vinieron después.

Tal como se mostraba ante mí y ante otros, Hitler despertaba simpatías; así lo describo, y también doy una imagen de él como hombre entregado y capacitado en muchos aspectos.

Sin embargo, a medida que iba escribiendo me daba cuenta de que ésas eran unas cualidades muy superficiales.

Y es que frente a todas estas impresiones se alza una experiencia inolvidable: el proceso de Nuremberg. Jamás se me borrará de la mente un documento que mostraba a una familia judía caminando hacia la muerte: un hombre estaba a punto de morir con su mujer y sus hijos. Aún hoy tengo esta imagen ante los ojos.

Fui condenado a veinte años de prisión por el Tribunal de Nuremberg. Aunque la sentencia del tribunal militar interpretó la Historia de modo muy limitado, intentó establecer una culpabilidad. La condena, siempre poco adecuada para medir la responsabilidad histórica, terminó con mi existencia burguesa. Aquella fotografía, en cambio, despojó mi vida de toda sustancia. Sobrevivió a la sentencia.

11 de enero de 1969

Albert Speer

NOTA

Si no se indica lo contrario, y a excepción de las cartas de mi familia, todos los documentos, cartas, discursos, crónicas, etc., que menciono en este libro se encuentran en el Archivo Federal de Coblenza, donde están registrados bajo la rúbrica R 3 (Ministerio de Armamento y de Producción de Guerra del Reich).

La Crónica consiste en las anotaciones de mi diario de los años 1941 a 1944, que recogen mis actividades como Inspector General de Edificación y posteriormente como Ministro de Armamentos.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

ORÍGENES Y JUVENTUD

Mis antepasados fueron suabos y descendientes de campesinos pobres del Westerwald, y proceden también de Silesia y Westfalia. Pertenecieron a la gran masa de personas que pasan por este mundo sin pena ni gloria. Sólo hubo una excepción: el mariscal imperial hereditario[1] conde Friedrich Ferdinand zu Pappenheim (1702-1793), quien tuvo ocho hijos con mi tatarabuela, cuyo apellido de soltera era Humelin. Al parecer no se preocupó demasiado por su bienestar.

Tres generaciones después, mi abuelo Hermann Hommel, hijo de un pobre guardabosques de la Selva Negra, terminó siendo, al final de su vida, propietario de la firma comercial de máquinas-herramienta más importante de Alemania y de una fábrica de aparatos de precisión. A pesar de su riqueza, vivía modestamente y trataba con benevolencia a sus empleados. Además de ser un hombre industrioso, tenía la habilidad de conseguir que los demás dieran también el máximo de sí mismos: sin embargo, no era más que un pensativo hombre de la Selva Negra, capaz de estar horas y horas sentado en un banco del bosque sin despegar los labios.

Mi otro abuelo, Berthold Speer, era, por la misma época, un acaudalado arquitecto de Dortmund. Levantó numerosos edificios en el estilo clasicista que predominaba en su tiempo. Aunque murió joven, la herencia que dejó fue suficiente para que sus cuatro hijos tuvieran una buena educación. La

industrialización de la segunda mitad del siglo XIX, aunque no favoreció a otros muchos que comenzaron bajo mejores auspicios, contribuyó en gran medida a la prosperidad de mis dos abuelos. Durante mi infancia, mi abuela paterna, prematuramente encanecida, me infundió más respeto que amor. Era una mujer seria, anclada en unas ideas simples de la vida y dotada de una tenaz energía. Dominaba todo su entorno.

• • •

Vine al mundo en Mannheim un domingo, el 19 de marzo de 1905, a las doce del mediodía. Según me contó muchas veces mi madre, los truenos de una tormenta de primavera no dejaban oír el repicar de las campanas de la iglesia cercana.

Mi padre se independizó en 1892, a los veintinueve años de edad, y se convirtió en uno de los arquitectos más ocupados de Mannheim, floreciente ciudad industrial del condado de Baden. Había reunido ya un considerable capital cuando, en 1900, contrajo matrimonio con la hija de un acaudalado comerciante de Maguncia.

Nuestro domicilio, situado en uno de los edificios que la familia poseía en Mannheim, era característico de la alta burguesía y reflejaba el éxito y prestigio de que gozaban nuestros padres. Grandes puertas con arabescos de hierro forjado daban acceso a una casa imponente en cuyo patio podían entrar los automóviles, que se detenían ante una escalinata acorde con el rico equipamiento de la casa. Los niños —mis otros dos hermanos y yo— teníamos que utilizar la escalera trasera. Oscura, empinada y estrecha, terminaba en un pasillo que había en la parte posterior. A los niños no se les había perdido nada en la elegante escalera alfombrada de la entrada principal.

Nuestros dominios, en la parte posterior del edificio, se extendían desde los dormitorios hasta la amplia cocina, que daba a la parte noble de la vivienda, en la que había catorce

habitaciones. Los huéspedes llegaban a una gran sala decorada con muebles franceses y tapices de estilo Imperio después de atravesar un vestíbulo provisto de muebles holandeses y de una falsa chimenea cubierta de valiosos azulejos de Delft. Permanece especialmente grabado en mi memoria el recuerdo —parece como si aún lo estuviera viendo— de la gran araña de cristal, resplandeciente con sus muchísimas velas, así como el del invernadero, cuyo equipamiento había comprado mi padre en la Exposición Universal de París de 1900: muebles indios ricamente trabajados, cortinajes bordados a mano y un diván tapizado, palmeras y plantas exóticas, que evocaban un mundo misterioso y desconocido. Mis padres desayunaban allí, y allí nos preparaba mi padre bocadillos de jamón traído de su Westfalia natal. Aunque se ha difuminado en mi memoria el recuerdo de la contigua sala de estar, el comedor artesonado de estilo neogótico ha conservado su encanto. Podían sentarse a la mesa más de veinte personas. En él se celebró mi bautizo y en él siguen teniendo lugar nuestras fiestas familiares.

Mi madre se preocupaba, con alegría y orgullo burgués, de que formáramos parte de las mejores familias de Mannheim. Puede decirse con toda seguridad que no había más de veinte a treinta familias que se permitieran un tren de vida semejante, aunque tampoco eran menos. El servicio era numeroso porque había que mantener las apariencias. Además de la cocinera, a la que los niños queríamos mucho por razones obvias, servían en nuestra casa una pinche de cocina, una doncella, también frecuentemente un criado y siempre un chófer, además de la niñera que se encargaba de vigilarnos. Las muchachas vestían blancas cofias, vestidos negros y delantales blancos; el criado, librea violeta con botones dorados. Pero el más espléndido de todos era el chófer.

Mis padres hacían todo lo posible por procurar a sus hijos una infancia agradable y despreocupada. Sin embargo, se

oponían a la satisfacción de este deseo la riqueza y las apariencias, las obligaciones sociales, la administración doméstica, la niñera y el resto del servicio. En la actualidad me doy cuenta de lo artificiosa e incómoda que era aquella manera de vivir. Aparte de eso, yo sufría mareos con frecuencia; llegué a desmayarme algunas veces. El médico de Heidelberg al que visitamos me diagnosticó «debilidad neurovascular». Aquella insuficiencia supuso para mí una considerable carga anímica e influyó muy pronto en mi visión del mundo. Me dolía que mis compañeros de juego y mis dos hermanos fueran más fuertes que yo, lo que me hacía sentir en inferioridad de condiciones. Llenos de petulancia, me lo hacían notar con frecuencia.

A menudo un defecto físico hace surgir las fuerzas necesarias para contrarrestarlo. En todo caso, ese inconveniente me sirvió para mostrarme más flexible en mi adaptación al entorno que me rodeaba durante la infancia. Si más tarde mostré una constante habilidad para enfrentarme a circunstancias adversas y tratar con personas incómodas, eso se debió seguramente a mi antigua flaqueza.

Cuando salíamos con nuestra institutriz francesa, teníamos que ir irreprochablemente vestidos, según correspondía a nuestra posición social. Desde luego, teníamos prohibido jugar en el parque, por no hablar de la calle. Por ello, nuestro campo de juegos se encontraba en el patio, que no era mucho más grande que nuestras habitaciones y que estaba rodeado y limitado por la fachada trasera de los edificios vecinos. Había allí dos o tres lánguidos plátanos que suspiraban por el aire, una pared cubierta de hiedra y, en un rincón, unas piedras que simulaban una gruta. Una gruesa capa de hollín cubría los árboles y hojas, y cualquier cosa que tocáramos tenía la única virtud de transformarnos en sucios y nada elegantes niños de la calle. Frieda, la hija de nuestro mayordomo Allmendinger, fue para mí una buena compañera de juegos antes de la época

escolar. Me gustaba estar con ella en su modesta y oscura vivienda de la planta baja. La atmósfera sobria y sin pretensiones y la intimidad de una familia que vivía estrechamente unida me atraía de una manera singular.

• • •

Aprendí las primeras letras en una elegante escuela privada en la que se enseñaba a leer y escribir a los hijos de las principales familias de la ciudad. Sobreprotegido como estaba, los primeros meses en la Escuela Real Superior, entre compañeros displicentes, me resultaron particularmente difíciles. Sin embargo, no tardé en hacer toda clase de travesuras con mi amigo Quenzer, quien me indujo a comprar un balón de fútbol con mi paga. Un capricho plebeyo que suscitó un terrible espanto en casa, sobre todo teniendo en cuenta que Quenzer provenía de un medio humilde. Fue en aquella época cuando se despertó en mí, quizá por primera vez, la tendencia a la recopilación estadística de datos: anotaba en mi «Calendario Fénix para escolares» todas las malas notas de conducta registradas en el libro de clase y cada mes contaba quién había merecido más anotaciones. Seguro que habría dejado de hacerlo de no haber tenido ninguna posibilidad de figurar alguna vez al principio de la lista.

El despacho de arquitectura de mi padre estaba al lado de nuestra casa. En él se dibujaban las grandes perspectivas para los contratistas. Dibujos de toda clase iban apareciendo sobre un papel vegetal azulado cuyo aroma me viene todavía a la memoria cuando pienso en aquel sitio. Las obras de mi padre estaban influidas por el neorrenacimiento y se habían saltado el período modernista del Jugendstil. Más tarde le sirvió de ejemplo el influyente concejal de urbanismo de Berlín Ludwig Hoffmann, al que guiaba un clasicismo más sereno.

Fue en ese despacho donde, más o menos a los doce años,

hice mi primera «obra de arte» como regalo de cumpleaños para mi padre: el dibujo de una especie de reloj de la vida, dentro de un marco adornado con muchos arabescos, sostenido por columnas corintias y briosas volutas. Empleé para ello todas las acuarelas que pude conseguir. Los empleados del despacho me ayudaron a crear una figura que revelaba una tendencia clara hacia el estilo «segundo Imperio».

Además de un automóvil descapotable de verano, antes de 1914 mis padres tenían uno cerrado para ir por la ciudad en invierno. Los coches constituían el centro de mis delirios técnicos. Al estallar la guerra hubo que encerrarlos en el garaje para proteger los neumáticos, pero si le poníamos buena cara al chófer, permitía que nos sentáramos al volante. Tuve entonces las primeras sensaciones de embriaguez técnica en un mundo todavía muy poco tecnificado. Sólo cuando me las tuve que apañar durante veinte años en la prisión de Spandau como un hombre del siglo XIX, sin radio, televisión, teléfono o automóvil, sin poder accionar siquiera el interruptor de la luz, volví a sentir una felicidad parecida a la que conocí cuando a los diez años se me permitió utilizar una enceradora eléctrica.

En 1915 me vi frente a otro invento de la revolución técnica de la época. Uno de los dirigibles empleados en los ataques contra Londres había aterrizado en Mannheim. El comandante y sus oficiales no tardaron en frecuentar nuestra casa, y nos invitaron a mis dos hermanos y a mí a visitar la nave. Contemplé entonces de cerca, a los diez años, aquel gigante de la técnica, subí a la barquilla del motor, recorrí los misteriosos pasillos en penumbra del interior y estuve en la cabina del piloto. Cuando, un atardecer, el dirigible se elevó, el comandante describió un hermoso rizo sobre nuestra casa mientras los oficiales agitaban una sábana que habían pedido a mi madre. Noche tras noche me angustiaba la idea de que la nave se incendiara, lo que ocasionaría la muerte de todos

aquellos amigos[2].

Mi fantasía se entretenía con la guerra, con los avances y retrocesos del frente, con el sufrimiento y las penalidades de los soldados. Por las noches se oía a veces el lejano retumbar de la batalla de Verdún. Y yo, inflamado por el infantil deseo de participar de los sufrimientos de los combatientes, dormía con frecuencia en el duro suelo, al lado de mi blando lecho, pensando que aquello se adecuaba mejor a las privaciones que los soldados soportaban en el frente.

Tampoco nosotros nos libramos de la mala alimentación de las grandes ciudades ni del «invierno de los nabos». Aunque disponíamos de toda clase de bienes, no teníamos ningún pariente ni conocido en el campo, que estaba mejor abastecido. Nuestra madre imaginaba cientos de variaciones para preparar los nabos, pero aun así a veces estaba tan hambriento que poco a poco me fui comiendo, a escondidas y con gran apetito, un saco entero de duras galletas para perro que estaban en la despensa desde los tiempos de paz. También empezaron a sucederse los ataques aéreos contra Mannheim, completamente inofensivos desde el punto de vista actual. Una pequeña bomba cayó sobre una de las casas vecinas. Empezaba una nueva fase de mi juventud.

Desde 1905 poseíamos una casa de verano en las cercanías de Heidelberg, construida en la pendiente de una cantera que, según se dice, sirvió para abastecer la construcción del palacio de Heidelberg, emplazado no muy lejos. Tras ella se alza la cadena montañosa del Odenwald, en la que los senderos que serpentean por la ladera a través de los viejos bosques ofrecen a veces una vista sobre todo el valle del Neckar. En aquel lugar teníamos paz, un hermoso jardín, hortalizas y una vaca en casa del vecino. En verano de 1918 nos trasladamos allí.

• • •

Pronto mejoró mi estado físico. Todos los días, aunque nevara, lloviera o hubiera tormenta, caminaba tres cuartos de hora para recorrer el largo camino que llevaba hasta la escuela; a menudo hacía el último trecho a la carrera. Con las dificultades económicas de la primera posguerra, no había bicicletas.

El camino pasaba ante la sede de una asociación de remeros. En 1919 me uní a ella, y durante dos años fui el timonel en las regatas de cuatro y de ocho. A pesar de que seguía siendo más bien débil, me convertí pronto en uno de los remeros más eficientes. A los dieciséis años conseguí el puesto de jefe de las canoas escolares de cuatro y de ocho, y participé en algunas regatas. La ambición se había adueñado de mí por primera vez. Me exigía a mí mismo un rendimiento del que antes no me habría creído capaz. Fue la primera pasión de mi vida. Hacer que el ritmo de los tripulantes se adaptara al mío me atraía más que ganarme la admiración y el respeto del mundo de los remeros, ciertamente muy reducido.

No obstante, normalmente nos ganaban. Pero como se trataba del rendimiento de un equipo, no era posible atribuir el mal resultado a uno solo. Al contrario: nos sentíamos unidos en la acción y en el fracaso. Además, como habíamos prestado un ceremonioso juramento de continencia, en aquella época despreciaba a los camaradas que hallaban sus primeras diversiones en el baile, el vino y los cigarrillos.

A los diecisiete años conocí, en la escuela, a la que habría de ser mi compañera durante toda la vida. Eso hizo que me aplicara en los estudios, pues hablamos de casarnos al año siguiente, cuando terminara el bachillerato. Yo ya era bueno en matemáticas desde hacía años, pero entonces también mejoraron mis notas en el resto de asignaturas y llegué a ser uno de los mejores de la clase.

Nuestro profesor de alemán, un demócrata entusiasta, nos

leía con frecuencia artículos del diario liberal *Frankfurter Zeitung*. De no haber sido por aquel profesor, en la escuela me habría movido en un círculo completamente apolítico, pues se nos educaba de acuerdo con una visión del mundo conservadora y burguesa. A pesar de la revolución, se nos seguía enseñando que la autoridad tradicional formaba parte de un orden establecido por Dios. Las corrientes que en los primeros años veinte lo agitaban todo apenas nos afectaban. También se reprimía cualquier crítica a la escuela, a las asignaturas o a los superiores, y se nos exigía una fe absoluta en su incuestionable autoridad. En la escuela estábamos sometidos a un poder en cierto modo absolutista, y en ningún momento pusimos en duda el orden establecido. Además, no había asignaturas como las ciencias sociales, que habrían podido desarrollar nuestra capacidad crítica. En las clases de alemán, incluso en el último curso, las redacciones versaban únicamente sobre historia de la literatura, lo que nos impedía en la práctica cualquier reflexión sobre los problemas de la sociedad. Desde luego, aquel distanciamiento de la política en la escuela no nos ayudaba a adoptar otra postura en el patio o en la calle. La imposibilidad de salir al extranjero constituía otra clara diferencia entre aquellos tiempos y los actuales. No había ninguna organización que se ocupara de los jóvenes, incluso aunque éstos dispusieran del dinero necesario para viajar fuera del país. Me parece necesario recalcar estas deficiencias, que llevaron a que toda una generación quedara indefensa ante el rápido progreso de los medios técnicos que permitirían influir sobre las masas.

Tampoco en casa hablábamos de política, lo que resulta más sorprendente si se tiene en cuenta que mi padre era un liberal convencido ya antes de 1914. Todas las mañanas esperaba con impaciencia la llegada del *Frankfurter Zeitung*; cada semana leía las revistas satíricas *Simplicissimus* y *Jugend*. Pertenecía al mundo espiritual de Friedrich Naumann, que abogó por las reformas

sociales en una Alemania poderosa. A partir de 1923, mi padre se hizo partidario de Coudenhove-Kalergi y defendió con ardor sus ideas paneuropeas. Seguramente le habría gustado tratar de política conmigo, pero yo tendía más bien a evitar ese tipo de conversación y mi padre no insistía. Si bien es verdad que aquel desinterés era el propio de una juventud desengañada y exhausta por la pérdida de una guerra, por la revolución y la inflación, me impidió adquirir el criterio político y la escala de valores que me habrían permitido formarme una opinión. Me apetecía más ir hacia la escuela pasando por el parque del palacio de Heidelberg y quedarme encantado unos minutos contemplando desde el mirador de Scheffel la ciudad vieja y las ruinas del palacio. Conservé siempre la afición romántica por las fortalezas en ruinas y las callejuelas serpenteantes, que más adelante se manifestó en mi pasión por coleccionar paisajes, especialmente de los pintores románticos de Heidelberg. Camino de la escuela me encontraba a veces con Stefan George, que daba una impresión de dignidad y orgullo extremos e irradiaba un aura casi sagrada. Un aspecto semejante debieron de tener los grandes misioneros, pues poseía un algo que atraía con fuerza magnética. Mi hermano mayor estaba ya en el último curso cuando pudo acceder al círculo íntimo del maestro.

Lo que me atraía con más fuerza era la música. Antes de 1922, escuché en Mannheim al joven Furtwängler, y después a Erich Kleiber. En aquella época, Verdi me impresionaba más que Wagner; Puccini me parecía «espantoso». En cambio, me agradó mucho una sinfonía de Rimski-Kórsakov. La *Quinta sinfonía* de Mahler me pareció «bastante complicada, pero me ha gustado». Tras una visita al teatro, pensé que Georg Kaiser era «el más importante dramaturgo moderno, pues estudiaba en sus obras el concepto, el valor y el poder del dinero». Y al ver *El pato salvaje* de Ibsen, estimé que las cualidades de la capa social dirigente resultaban ridículas: sus personajes eran «cómicos».

Con su novela *Jean Christophe*, Romain Rolland aumentó mi entusiasmo por Beethoven[3].

Así pues, el hecho de que no me agradara la ostentosa vida social que se llevaba en mi casa no se debía únicamente a que me dominara la terquedad juvenil. Que prefiriera a los autores que criticaban la sociedad, o que hiciera amigos entre los camaradas de la asociación de remeros o en los refugios de la de alpinistas, tenía un indudable carácter de oposición. Por otro lado, que me gustara una sencilla familia de artesanos se oponía a la costumbre de hacer amigos y escoger novia en el cerrado círculo social en que se movían nuestros padres. Incluso sentía simpatía por la extrema izquierda, aunque esa inclinación jamás adoptara una forma concreta. Estaba en contra de todo compromiso que oliera a política; aunque ello no impedía que me sintiera nacionalista y que, como sucedió durante la ocupación del Ruhr (1923), me sublevaran las diversiones impropias o la amenazadora crisis del carbón.

Para mi propio asombro, compuse el mejor tema de reválida de mi promoción. No obstante, cuando el director de la escuela, en su discurso de despedida a los bachilleres, dijo que entonces «se abría ante nosotros el camino hacia las más altas empresas y los más altos honores», pensé para mis adentros: «Eso no va contigo».

Puesto que era el mejor matemático de la escuela, mi intención era estudiar esta especialidad. Mi padre me dio razones de peso para no hacerlo, y yo no habría sido un matemático familiarizado con la lógica si no hubiese cedido a sus argumentos. Lo que me quedaba más cerca era la profesión de arquitecto, de la que tantas cosas había absorbido desde mis primeros años. Para gran alegría de mi padre, decidí convertirme en arquitecto, como él y como su propio padre.

• • •

Por motivos económicos, el primer semestre lo cursé en la Escuela Técnica Superior de la cercana ciudad de Karlsruhe, pues la inflación aumentaba de día en día. Ello me obligaba a cobrar semanalmente mi paga, una cantidad fabulosa que a finales de la misma semana se había convertido en nada. Por ejemplo, a mediados de septiembre de 1925 escribí, durante una excursión a la Selva Negra: «¡Aquí todo es muy barato! Pasar la noche cuesta 400 000 marcos, y una cena, 1 800 000 marcos. Medio litro de leche, 250 000 marcos». Seis semanas después, poco antes de que la inflación llegara a su fin, comer en un restaurante costaba hasta veinte mil millones de marcos, y hacerlo en el comedor universitario, más de mil millones, lo que equivalía a siete Pfennig oro. Por una entrada de teatro había que pagar de trescientos a cuatrocientos millones de marcos.

El desastre económico obligó a mi familia a vender el comercio y la fábrica de mi difunto abuelo a una sociedad. Aunque la venta se concertó por una cantidad inferior al valor real de los bienes, el pago se realizó en «bonos del tesoro en dólares». Mi paga mensual ascendió a dieciséis dólares, cantidad con la que, libre de toda preocupación, vivía espléndidamente.

Cuando acabó el período de inflación, en la primavera de 1924, me trasladé a la Escuela Técnica Superior de Munich. Permanecí hasta el verano de 1925 en esta ciudad, en la que Hitler, tras salir de la prisión militar, volvió a dar que hablar, aquella misma primavera, pero yo no tomé nota de ello. En las detalladas cartas que escribía a la que sería mi mujer me limitaba a hablar de mi trabajo, que se prolongaba hasta altas horas de la noche, y de nuestro deseo de casarnos al cabo de tres o cuatro años.

Durante las vacaciones, mi futura esposa y yo nos reuníamos con frecuencia con otros estudiantes para ir de refugio en refugio por los Alpes austríacos. Las fatigosas ascensiones nos

daban la sensación de realizar auténticas proezas. En ocasiones, con mi terquedad habitual, convencía a mis compañeros para no interrumpir una excursión aunque hiciera muy mal tiempo, con tormentas, lluvia helada y frío, y por más que la niebla nos impidiera distinguir las cumbres.

Muchas veces veíamos una densa capa de nubes extenderse sobre la lejana llanura que contemplábamos desde la cima de una montaña. Para nosotros, bajo aquellas nubes vivían personas atormentadas. Creíamos estar muy por encima de esa gente. Jóvenes y arrogantes, estábamos convencidos de que sólo iban por las montañas las personas honradas. Cuando teníamos que regresar a la vida normal de la llanura después de nuestros ascensos, no era raro que al principio me sintiera más bien aturdido por la febril actividad urbana.

Otro modo que teníamos de buscar la «comunión con la naturaleza» era saliendo con las canoas plegables. En aquel entonces, ese tipo de expedición todavía era nuevo y las aguas no estaban, como ahora, plagadas de toda clase de embarcaciones. Bajábamos los ríos en silencio y al caer la noche plantábamos nuestra tienda en los lugares más hermosos. Esas apacibles excursiones nos procuraban una porción de aquella felicidad que había sido completamente natural para nuestros antepasados. En 1885, mi padre hizo una excursión de Munich a Nápoles, ida y vuelta, a pie y en coche tirado por caballos. Más tarde, cuando ya podía cruzar Europa entera con su automóvil, calificó precisamente aquella excursión como su viaje más hermoso.

Muchos miembros de nuestra generación buscaban el contacto con la naturaleza. No se trataba sólo de una protesta romántica contra la estrechez burguesa; también huíamos de las exigencias de un mundo cada día más complejo. Nos dominaba el sentimiento de que nuestro entorno había perdido el

equilibrio, mientras que en la naturaleza, en las montañas y en los valles fluviales, todavía podía percibirse la armonía de la Creación. Cuanto más vírgenes eran las montañas, cuanto más solitarios resultaban los valles de los ríos, tanto más nos atraían. Naturalmente, yo no pertenecía a ningún movimiento juvenil, cuya masificación habría sido un obstáculo para mis ansias de aislamiento, pues era de tendencia más bien solitaria.

En otoño de 1925 me trasladé con un grupo de estudiantes de arquitectura de Munich a la Escuela Técnica Superior de Berlín-Charlottenburg. Quería estudiar con el profesor Pölzig; sin embargo, el número de plazas de su seminario de proyectos era limitado. Como mis aptitudes para el dibujo eran insuficientes, me fue negada la admisión. Yo no estaba seguro de poder llegar a ser algún día un buen arquitecto, por lo que acepté esa decisión sin sorprenderme. En el semestre siguiente fue llamado a Berlín el profesor Heinrich Tessenow, un defensor de lo artesanal y provinciano, quien reducía al máximo su expresión arquitectónica: «Lo decisivo es el mínimo ornamento». Enseguida le escribí a mi futura esposa: «Mi nuevo profesor es el hombre más importante e inteligente que he conocido nunca. Estoy muy entusiasmado con él y trabajo con gran interés. No es moderno, aunque en cierto sentido lo es más que nadie. De cara al exterior, es tan sobrio y poco imaginativo como yo; sin embargo, sus obras reflejan algo profundamente vivo. Su entendimiento es de una agudeza pasmosa. Voy a esforzarme para poder entrar dentro de un año en su grupo de "perfeccionamiento", y al otro intentaré trabajar con él como ayudante. Desde luego, escribo todo esto desde una perspectiva muy optimista; éste es el camino que seguiré en el mejor de los casos». Seis meses después de terminar los exámenes, ya era su ayudante. Había encontrado en él a mi primer catalizador…, que, siete años más tarde, sería relevado por otro más influyente.

También apreciaba mucho a nuestro profesor de historia de

la arquitectura. Daniel Krenker, alsaciano de nacimiento, no era sólo un apasionado arqueólogo, sino también un vehemente patriota. Cuando en una de sus clases nos mostró la catedral de Estrasburgo, rompió a llorar y tuvo que interrumpir la charla. En su curso hice una exposición en clase sobre el libro de Albrecht Haupt *La arquitectura de los germanos*. Pero al mismo tiempo escribía a mi futura mujer: «Cierta mezcla de razas siempre está bien. Y si últimamente vamos de mal en peor, no se debe a que seamos una mezcla de razas. Ya lo éramos en la Edad Media, cuando aún había en nosotros un germen poderoso y ampliábamos nuestras fronteras, cuando expulsamos de Prusia a los eslavos o cuando, más tarde, trasladamos a América la cultura europea. Estamos en decadencia porque hemos consumido nuestras fuerzas; igual que les ocurrió en su día a los egipcios, los griegos o los romanos. No podemos hacer nada para evitarlo».

Los años veinte en Berlín fueron el escenario que definió mi época de estudiante. Muchas representaciones teatrales me impresionaron profundamente: la puesta en escena de Max Reinhardt de *El sueño de una noche de verano*; Elisabeth Bergner en *La doncella de Orleans*, de Bernard Shaw; Pallenberg en la escenificación que hizo Piscator del *Soldado Schwejk*. Pero también me atrajeron mucho las grandes revistas de Charell, extraordinariamente suntuosas. En cambio, no encontraba placer alguno en la grandilocuencia de las películas de Cecil B. de Mille, y no podía sospechar que yo mismo, diez años después, superaría su arquitectura cinematográfica. En aquel tiempo sus películas me parecían «de un mal gusto bastante americano».

Sin embargo, todas aquellas impresiones quedaban ensombrecidas por la pobreza y el paro. *La decadencia de Occidente* de Spengler me había convencido de que estábamos viviendo un período de decadencia semejante al de los últimos

tiempos de la era romana: inflación, relajamiento de las costumbres, impotencia del Reich. El ensayo *Prusianismo y socialismo* me fascinó por su desprecio del lujo y la comodidad. En él la doctrina de Spengler se unía a las enseñanzas de Tessenow. Sin embargo, mi profesor, a diferencia de Spengler, aún tenía confianza en el futuro. Empleando un tono irónico, se revolvía contra el «culto a los héroes» de la época:

—A lo mejor estamos rodeados por todas partes de «grandes» héroes auténticos e incomprendidos que consideran que, si se cumple a rajatabla su voluntad, queda justificado tanto lo más espantoso como los detalles más insignificantes, y pueden incluso reírse de todo ello. Quizá antes de que vuelvan a florecer la artesanía y las pequeñas ciudades tenga que llover del cielo algo parecido al azufre, tal vez sea necesario que los pueblos hayan conocido antes el infierno[4].

• • •

Obtuve el título de arquitecto en verano de 1927, tras nueve semestres de estudio. A la primavera siguiente, a los veintitrés años, me convertí en uno de los ayudantes más jóvenes de la Escuela Superior. En una tómbola a la que había ido durante el último año de la guerra, una adivina me vaticinó: «Obtendrás fama enseguida y te llegará pronto el descanso». Ahora empezaba a tener motivos para pensar en aquella predicción, pues podía suponer con cierta seguridad que, si lo deseaba, llegaría el momento en que, al igual que mi profesor, daría clases en la Escuela Técnica Superior.

El puesto de ayudante nos permitió contraer matrimonio. En nuestro viaje de luna de miel no fuimos a Italia, sino que recorrimos los solitarios lagos de la boscosa región de Mecklemburgo con la canoa plegable y la tienda. Echamos el bote al agua en Spandau, a unos centenares de metros de la prisión en la que pasaría veinte años de mi vida.

CAPÍTULO II

PROFESIÓN Y VOCACIÓN

En 1928 estuve a punto de convertirme en arquitecto del Estado y de la Corte. Aman Allah, soberano de Afganistán, tenía intención de reformar su país, para lo cual deseaba el concurso de jóvenes técnicos alemanes. Joseph Brix, profesor de urbanismo y obras públicas, organizó el grupo. Yo debía trabajar como urbanista, arquitecto y, además, profesor de arquitectura en una institución de enseñanza técnica que había de fundarse en Kabul. Mi esposa y yo estudiamos todos los libros que pudimos conseguir sobre aquel lejano país; reflexionamos sobre la forma de desarrollar un estilo nacional propio a partir de las sencillas construcciones típicas y, a la vista de sus montañas vírgenes, planeamos varias excursiones de esquí. Las condiciones del contrato que me ofrecieron eran muy favorables. Sin embargo, cuando éste se hallaba prácticamente ultimado y el soberano acababa de ser recibido con grandes honores por Hindenburg, los afganos lo derrocaron mediante un golpe de Estado.

No obstante, la perspectiva de continuar trabajando con Tessenow me compensó. De hecho, ya había tenido mis dudas, y me alegré de que la caída de Aman Allah me librara de tomar una decisión. En el seminario sólo tenía que trabajar tres días a la semana; además, en la Escuela Superior había cinco meses de vacaciones. Aun así, me pagaban trescientos marcos del Reich, que equivaldrían a unos ochocientos marcos actuales. Tessenow

no daba clases magistrales, sino que corregía en la gran aula del seminario los trabajos de unos cincuenta estudiantes. Sólo aparecía unas cuatro o seis horas a la semana, y el resto del tiempo los estudiantes dependían de mis explicaciones y correcciones.

Sobre todo los primeros meses me resultaron muy fatigosos. Al principio, los estudiantes se mostraban críticos conmigo y trataban de sorprenderme en falta o de descubrir mi ignorancia. Sólo muy poco a poco fui perdiendo mi timidez inicial. Por otra parte, los encargos de los que esperaba ocuparme en el tiempo que me quedaba libre, que era mucho, no llegaron a concretarse. Probablemente daba la impresión de ser demasiado joven; además, debido a la depresión económica, la actividad constructora era más bien escasa. Constituyó una excepción el proyecto de la casa de mis suegros en Heidelberg. Fue una obra sin pretensiones, a la que siguieron otras sin importancia: dos garajes anexos para unas villas en Wannsee y la edificación de la sede berlinesa del Servicio de Intercambio Académico.

En 1930 partimos de Donaueschingen con nuestros dos botes plegables y descendimos por el Danubio hasta Viena. Al regreso me enteré de que el 14 de septiembre se habían celebrado elecciones al Reichstag, lo que se me quedó grabado en la memoria porque el resultado excitó extraordinariamente a mi padre. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) había conseguido 107 escaños, con lo que se convirtió de pronto en el centro de la discusión política. Aquel éxito electoral imprevisto hizo concebir a mi padre los más negros temores, motivados sobre todo por las tendencias socialistas del NSDAP, pues lo inquietaba la fuerza de los socialdemócratas y comunistas.

• • •

Nuestra Escuela Técnica Superior se había convertido en un

centro de tendencia nacionalsocialista. Mientras que el pequeño grupo de estudiantes de arquitectura de ideología comunista se sentía atraído por el seminario del profesor Pölzig, los nacionalsocialistas se reunieron en torno a Tessenow, pues, aunque había sido siempre un enemigo declarado del movimiento hitleriano, existían paralelismos implícitos e involuntarios entre éste y sus teorías, de los que él no debía de ser consciente. El supuesto de que pudiera existir una similitud entre sus ideas y el nacionalsocialismo lo habría escandalizado.

Tessenow enseñaba, entre otras cosas: «El estilo nace del pueblo. Es natural amar la patria. La verdadera cultura no puede ser nunca internacional. La cultura únicamente procede del seno materno de un pueblo[5]». También Hitler estaba en contra de la internacionalización del arte; sus partidarios veían en el suelo patrio la raíz de la renovación. Tessenow condenaba la gran ciudad, a la que oponía ideas rurales: «La gran ciudad es algo terrible. La gran ciudad es una mezcla confusa de lo viejo y lo nuevo. La gran ciudad es combate, un combate brutal. Nos obliga a prescindir de todo lo acogedor… Donde lo urbano entra en contacto con lo rural, el campesinado termina siendo destruido. Es una lástima que no se pueda seguir pensando de forma rural». Hitler se oponía del mismo modo a la relajación de las costumbres en las grandes ciudades, advertía contra los males de la civilización, que amenazaban la sustancia biológica del pueblo, y recalcaba la importancia de mantener un núcleo de campesinado sano que sostuviera el Estado.

Hitler tuvo la habilidad de articular y utilizar para sus propios fines estas y otras corrientes que, aunque ya existían en la conciencia de la época, tenían todavía una forma difusa e inconcreta.

Durante mis clases, los estudiantes nacionalsocialistas me arrastraban con frecuencia a discusiones políticas en las que se

debatían apasionadamente las opiniones de Tessenow. Las débiles objeciones que yo trataba de oponer, sacadas del vocabulario de mi padre, eran fácilmente barridas con habilidad dialéctica.

En aquel tiempo, los estudiantes tendían a los ideales extremistas; y el partido de Hitler se dirigía precisamente al idealismo de aquella excitada generación. ¿No animaba también Tessenow la confiada disposición de sus discípulos? Hacia 1931 opinaba: «Es posible que tenga que aparecer alguien que piense con sencillez. Pensar se ha vuelto demasiado complicado. Un hombre sin formación, en cierto modo un aldeano, solucionaría este problema con gran facilidad, precisamente porque todavía no estaría corrompido. Ese hombre también tendría energía suficiente para hacer realidad sus sencillas concepciones»[6]. Esta observación, que no dejaba de rondarnos por la cabeza, nos parecía aplicable a Hitler.

• • •

En aquella época, Hitler habló en el Hasenheide de Berlín a los estudiantes de la Universidad y de la Escuela Técnica Superior. Mis alumnos me instaron a que acudiera y los acompañé; aunque todavía no estaba convencido, empezaba a vacilar. Paredes sucias, accesos pequeños y un interior desaseado causaban una pobre impresión. Aquí solían celebrar los obreros sus fiestas de cerveza. La sala estaba llena a rebosar. Parecía como si casi todos los estudiantes de Berlín quisieran oír y ver a aquel hombre, a quien sus partidarios atribuían toda clase de virtudes, mientras que sus enemigos le atribuían tantas maldades. Los profesores, cuya presencia daba prestigio al acto, ocupaban sitios preferentes en el centro de la sobria galería. También nuestro grupo logró obtener buenos lugares en la tribuna, no lejos del estrado.

Entonces apareció Hitler, que fue acogido con una gran

ovación por los numerosos partidarios que tenía entre los estudiantes. Aquel entusiasmo me impresionó, y también me sorprendió su forma de presentarse. Los carteles y caricaturas me lo habían mostrado en camisa de uniforme con bandolera, con la banda con la cruz gamada en el brazo y la melena cayéndole desordenada sobre la frente. Pero aquel día se presentó vestido con un traje azul de buen corte que reflejaba una corrección burguesa y le daba un aire sensato y discreto. Más adelante me di cuenta de que Hitler, consciente o intuitivamente, sabía adaptarse a la perfección a cualquier ambiente que lo rodeara.

Después de poner fin a la larga ovación afectando rechazo, me gustó que comenzara a hablar en voz baja, vacilante y con cierta timidez, sin pronunciar un discurso, sino una especie de conferencia histórica; me atrajo precisamente porque me pareció que estaba en el polo opuesto de lo que la propaganda de sus rivales me había llevado a esperar: un demagogo frenético, un fanático vociferador y gesticulante vestido de uniforme. Ni siquiera los estruendosos aplausos consiguieron hacerle abandonar el tono profesoral.

Parecía exponer de forma franca y abierta sus preocupaciones por el futuro. Su ironía estaba atenuada por un humor que revelaba su confianza en sí mismo. Me atrajo su encanto de alemán del sur: no puedo imaginar que un frío prusiano hubiese podido cautivarme. La timidez inicial de Hitler no tardó en desaparecer; a veces alzaba la voz y hablaba con una energía muy convincente. Esta impresión fue mucho más profunda que el discurso en sí, del que no retuve gran cosa.

Además, me sentí arrastrado por el entusiasmo que, tras cada una de sus frases, apoyaba al orador de una manera casi físicamente perceptible, aniquilando toda objeción escéptica. Sus rivales no lograban hacerse con la palabra. Y de ello nació, al menos de momento, una falsa impresión de unanimidad. Al

final Hitler ya no parecía hablar para convencernos; más bien parecía estar obligado a expresar lo que el público en masa esperaba de él: como si fuera lo más natural del mundo llevar de las riendas a los estudiantes y a una parte del profesorado de las dos universidades más importantes de Alemania. Y eso que aquella noche no era todavía el soberano absoluto, blindado contra toda crítica, sino que se encontraba expuesto a los ataques que le llegaban de todas partes.

Quizá otros discutieron después, frente a un vaso de cerveza, los excitantes acontecimientos de la velada, y seguro que también mis estudiantes me instaron a hacerlo. Sin embargo, yo tenía que aclarar mis ideas y dominar mi confusión; necesitaba estar solo. Desconcertado, conduje en plena noche, detuve el coche en un bosque de pinos cerca del Havel y paseé durante mucho tiempo.

Me pareció que se abría una esperanza, un nuevo ideal, una nueva comprensión de las cosas, nuevas misiones. También las sombrías predicciones de Spengler me parecían ahora rebatidas, a la vez que se cumplía su vaticinio respecto al advenimiento de un nuevo emperador. Hitler nos había convencido de que debíamos desterrar el peligro del comunismo, que parecía acercarse al poder de un modo incontenible, y de que al final, en lugar del desolador desempleo, incluso podría producirse un florecimiento económico. El problema judío sólo lo mencionó muy de pasada. Aunque yo no era antisemita, pues, como casi todo el mundo, en la escuela y en la universidad había hecho amigos judíos, sus observaciones a ese respecto no me molestaron.

Algunas semanas después de aquel discurso, que resultó tan importante para mí, mis amigos me llevaron a un mitin en el Palacio de Deportes en el que habló Goebbels, jefe regional del Partido en Berlín. Me produjo una impresión muy distinta que

Hitler: muchas frases bien colocadas, dichas de una manera categórica; una multitud rugiente que era inducida a explosiones de entusiasmo y odio cada vez más frenéticas; un aquelarre de pasiones desenfrenadas que hasta entonces sólo había presenciado durante las carreras ciclistas. Sentí repugnancia; el efecto positivo de Hitler perdió fuerza, aunque no se extinguió por completo.

El Palacio de Deportes se vació y los asistentes a la reunión bajaron por la Potsdamer Strasse. Llena de confianza en sí misma tras el discurso de Goebbels, la gente ocupó provocativamente toda la anchura de la calzada, bloqueando el tráfico. Al principio la policía no intervino; quizá no deseara irritar a la multitud. Sin embargo, en las bocacalles había destacamentos de policía montada y camiones con tropas antidisturbios, y finalmente, enarbolando las porras de caucho, cargaron contra la multitud para despejar la calzada. Asistí excitado al desarrollo de los acontecimientos; nunca había visto un acto de violencia parecido. Al mismo tiempo sentí que se apoderaba de mí un sentimiento, mezcla de simpatía y de insubordinación, que probablemente no tenía nada que ver con motivaciones políticas. En realidad no ocurrió nada extraordinario. Ni siquiera hubo heridos. No obstante, al cabo de unos días me afilié al Partido, y en enero de 1931 me convertí en el miembro número 474 481 del NSDAP.

Fue una decisión completamente desprovista de dramatismo. Ni entonces ni nunca me sentí miembro de un partido político: yo no había elegido al NSDAP, sino que me había convertido en adepto de Hitler, cuya personalidad me impresionó desde el primer momento y de quien desde entonces ya no iba a liberarme. Su poder de convicción, la magia peculiar de su nada agradable voz, lo insólito de su actitud más bien banal, la seductora sencillez con que enfocaba la complejidad de nuestros problemas… Todo aquello me confundía y fascinaba.

Yo no sabía prácticamente nada de su programa. Hitler me había capturado antes de que pudiera comprenderlo.

Tampoco me sentí incómodo en un acto popular organizado por la Liga para la Defensa de la Cultura Alemana, aunque en él se condenaron muchos de los objetivos del profesor Tessenow. Uno de los oradores exigió la vuelta a las formas y concepciones artísticas tradicionales, atacó la modernidad y terminó arremetiendo contra la agrupación de arquitectos *Der Ring*, a la que pertenecían Gropius, Mies van der Rohe, Scharoun, Mendelssohn, Taut, Behrens y Pölzig, además de Tessenow. Uno de los estudiantes envió un escrito a Hitler para protestar contra este discurso y defender con juvenil entusiasmo a nuestro admirado maestro. Poco después recibió una respuesta entre familiar y rutinaria, procedente de la Jefatura del Partido y escrita en papel oficial, en la que se afirmaba que la obra del profesor Tessenow gozaba de la mayor estima. A nosotros nos pareció muy significativo. Con todo, es verdad que en aquel tiempo no le mencioné a Tessenow mi pertenencia al Partido[7].

Creo que fue durante esos meses cuando mi madre presenció una marcha de las SA en las calles de Heidelberg: la contemplación de aquel orden en una época de caos, aquella impresión de energía en una atmósfera de desesperanza generalizada, debió de ganarla también a ella: en cualquier caso, se afilió al Partido sin haber oído ningún discurso ni haber leído ningún escrito. Es probable que ambos sintiéramos que aquella decisión significaba una ruptura con la tradición liberal familiar, pues nos la ocultamos mutuamente y la escondimos asimismo a los ojos de mi padre. Sólo varios años después, cuando ya llevaba un tiempo en el círculo de Hitler, descubrimos por casualidad nuestra temprana afiliación común.

CAPÍTULO III

CAMBIO DE AGUJAS

Sería más acertado que, al hablar de aquellos años, lo hiciera principalmente de mi vida profesional, de mi familia y de mis inclinaciones, pues las nuevas experiencias quedaron relegadas a un segundo término: por encima de todo, yo era arquitecto.

Puesto que disponía de automóvil, me convertí en miembro de la asociación de conductores del Partido (NSKK) fundada hacía poco y, por tratarse de una organización nueva, adquirí automáticamente la categoría de jefe de la sección de Wannsee, donde vivíamos. Sin embargo, al principio me hallaba muy lejos de pensar en una actividad partidaria seria. Por lo demás, era el único que tenía coche en Wannsee y, por consiguiente, en mi sección; los otros miembros abrigaban el deseo de conseguir uno cuando se produjera la «revolución» con la que soñaban. Para irse preparando, se informaron de los lugares de aquel rico suburbio en los que podrían encontrar coches adecuados cuando llegara el día X.

Mi cargo me llevó varias veces a la Jefatura de la Circunscripción Oeste, que dirigía un joven sencillo pero inteligente y enérgico: un oficial de molinero llamado Karl Hanke. Acababa de alquilar como futuro cuartel de su organización una elegante villa en el distinguido barrio de Grunewald, pues tras el éxito electoral del 14 de septiembre de 1930 el Partido, ahora poderoso, se estaba esforzando por adquirir categoría social, y me propuso decorar la villa; por

supuesto, sin cobrar.

Hablamos sobre papeles pintados, cortinas y colores. Por indicación mía, el joven jefe de circunscripción eligió papeles pintados de la Bauhaus, aunque le advertí que eran «comunistas». Sin embargo, el joven liquidó mi advertencia diciendo:

—Nosotros cogemos lo mejor de todos, incluso de los comunistas.

Con estas palabras expresó lo que Hitler y sus colaboradores llevaban años haciendo: reunir todo lo aprovechable sin tener en cuenta las ideologías, e incluso decidir las cuestiones ideológicas en función de su efecto sobre los electores.

Hice pintar la antesala de un rojo brillante y las salas de trabajo de un color amarillo intenso en el que las cortinas rojas destacaban de manera más que llamativa. Aquella liberación de una necesidad de acción arquitectónica largo tiempo reprimida, con la que probablemente quise expresar un espíritu revolucionario, obtuvo una acogida bastante desigual.

A comienzos del año 1932 se recortaron los sueldos de los ayudantes; era una pequeña aportación para nivelar el ajustadísimo presupuesto de Prusia. No había grandes edificios en perspectiva y la situación económica era desesperanzadora. Para nosotros, tres años como ayudante habían sido más que suficientes; mi esposa y yo decidimos renunciar a mi empleo junto a Tessenow y trasladarnos a Mannheim. Cubierto económicamente con la administración de las casas que poseía mi familia, quería iniciar en serio mi actividad como arquitecto, que hasta entonces había transcurrido sin pena ni gloria. Así pues, envié incontables cartas a las empresas de la zona y a los contactos profesionales de mi padre para ofrecerme como «arquitecto independiente», y esperé en vano encontrar a un contratista dispuesto a emplear a un arquitecto de veintiséis

años: en aquel momento, ni siquiera los arquitectos establecidos desde hacía tiempo en Mannheim obtenían ningún encargo. Traté de llamar un poco la atención participando en concursos, pero nunca pasé de los terceros premios. La reforma de una tienda en una de las fincas que mi familia alquilaba fue la única actividad constructiva que realicé en aquella desolada época.

Mi posición en el Partido era de una cómoda complacencia. Tras la excitante actividad del Partido en Berlín, en la que me había visto atrapado poco a poco, en Mannheim me sentía como en una reunión del club de bolos. Como no había ninguna NSKK, desde Berlín se me adscribió a la Motor-SS. Aunque yo pensé que era en calidad de miembro, al parecer fui allí sólo como invitado, pues cuando en 1942 quise renovar mi afiliación, resultó que jamás había pertenecido a la Motor-SS.

Al iniciarse los preparativos para las elecciones del 31 de julio de 1932, mi esposa y yo fuimos a Berlín para participar de la excitante atmósfera electoral y ayudar en lo que pudiéramos. La persistente falta de perspectivas profesionales había intensificado mucho mi interés político, o lo que yo llamaba así. Quería contribuir a la victoria electoral de Hitler. Sin embargo, aquello sólo iba a ser un breve paréntesis, pues queríamos dirigirnos desde Berlín hacia los lagos de la Prusia Oriental, para hacer una excursión con los botes plegables que teníamos planeada desde hacía tiempo.

Me presenté con mi coche al jefe de la NSKK de la Circunscripción Oeste de Berlín, Will Nagel, que me empleó como correo entre los distintos locales del Partido. Cuando se trataba de internarme en los barrios dominados por los «rojos» no era extraño que me sintiera sumamente incómodo. En aquellos sectores, las tropas nacionalsocialistas habitaban en sótanos que más bien parecían agujeros y llevaban una existencia de perseguidos. Lo mismo les ocurría a las avanzadillas de los

comunistas en las zonas dominadas por los nazis. No puedo olvidar el rostro angustiado y exhausto de un jefe de tropa al que vi en pleno barrio de Moabit, una de las zonas más peligrosas del momento. Aquellos hombres arriesgaban sus vidas y sacrificaban su salud por una idea, sin saber que estaban siendo utilizados por la imaginación delirante de un hombre ávido de poder.

Hitler debía llegar el 27 de julio de 1932 al aeródromo berlinés de Staaken después de celebrar, por la mañana, un mitin en Eberswalde. Me habían encargado llevar a un mensajero desde Staaken al lugar donde se celebraría el siguiente mitin: el estadio de Brandenburgo. Cuando el trimotor terminó de rodar por la pista, Hitler y algunos de sus colaboradores y asistentes descendieron del aparato. En el aeródromo no había casi nadie, aparte de nosotros. Aunque me mantuve a respetuosa distancia, vi que Hitler, nervioso, hacía reproches a sus acompañantes porque aún no habían llegado los automóviles. Caminaba furioso arriba y abajo, golpeándose la vuelta de sus botas altas con una fusta, y daba la impresión de ser una persona malhumorada e incapaz de dominarse que trataba con desprecio a sus colaboradores.

Aquel Hitler era muy distinto al hombre tranquilo y civilizado al que había visto en la reunión estudiantil. Sin que eso me inquietara demasiado de momento, aquel día topé por primera vez con la singular multiplicidad de Hitler: con gran intuición histriónica, en público sabía adaptar su comportamiento a las más diversas situaciones, mientras que en su entorno inmediato y en presencia de criados o asistentes, se dejaba llevar.

Llegaron los coches. Subí con el mensajero a mi rugiente coche deportivo y, conduciendo a toda velocidad, me adelanté a la columna motorizada de Hitler. En Brandenburgo, los bordes

de la carretera próxima al estadio estaban ocupados por socialdemócratas y comunistas, de modo que —mi acompañante llevaba el uniforme del Partido— tuvimos que atravesar una excitada barrera humana. Cuando, unos minutos después, llegó Hitler con su séquito, la multitud se transformó en una masa vociferante y furiosa que pugnaba por salir a la carretera. El automóvil tuvo que abrirse paso muy despacio; Hitler iba en pie al lado del conductor. Aquel día sentí un respeto por su valor que aún conservo hoy. La impresión negativa que me había causado en el aeródromo quedó borrada por aquella imagen.

Esperé con mi coche fuera del estadio, por lo que no pude oír el discurso, pero sí las atronadoras ovaciones que lo interrumpían una y otra vez. Cuando el himno del Partido señaló el final del acto, nos pusimos de nuevo en marcha, pues Hitler aún debía asistir, ese mismo día, a un tercer mitin en el estadio de Berlín. También aquí estaba todo lleno a rebosar. Fuera, en las calles, se aglomeraban miles de personas que no habían podido entrar en el estadio. Hitler volvía a llevar un gran retraso y la multitud esperaba pacientemente desde hacía horas. Comuniqué a Hanke que no tardaría en llegar e inmediatamente se dio la noticia por los altavoces, que fue recibida con un aplauso estruendoso. Fue, por cierto, el primero y el único que he provocado nunca.

El día siguiente fue decisivo para mi trayectoria futura. Los botes plegables nos esperaban en la estación, habíamos comprado los billetes para la Prusia Oriental y pensábamos salir aquella misma noche, pero al mediodía recibí una llamada telefónica. Nagel, el jefe de la NSKK, me comunicó que Hanke, que había ascendido a jefe de organización de la región de Berlín, deseaba verme.

Hanke me recibió amablemente:

—Lo he estado buscando a usted por todas partes. ¿Querría reformar nuestra nueva sede regional? —me preguntó en cuanto entré—. Hoy mismo se lo propondré al doctor[8]. Nos corre mucha prisa.

Unas horas más tarde, yo ya habría estado en el tren que debía llevarme a los solitarios lagos de la Prusia Oriental, donde habría sido ilocalizable; el Partido tendría que haberse buscado otro arquitecto. Durante años consideré aquel azar el giro más favorable de mi vida: mi trayectoria se había encarrilado. Dos décadas más tarde, ya en Spandau, leí las siguientes palabras de James Jeans: «El recorrido de un tren está claramente determinado por los raíles en la mayor parte del trayecto, pero en algunos puntos es posible tomar diversas direcciones; allí el tren puede ser dirigido hacia una u otra mediante el insignificante esfuerzo que supone el adecuado cambio de agujas».

• • •

El nuevo Gauhaus, la sede de la Jefatura Regional, estaba ubicado en la Voss-Strasse y rodeado por las delegaciones de los distintos *Länder* alemanes. Desde las ventanas traseras podía verse al octogenario presidente del Reich, a menudo acompañado de políticos o militares, paseando por el parque contiguo. Tal y como me dijo Hanke, el Partido deseaba avanzar incluso ópticamente hacia el centro político del país, para anunciar así sus aspiraciones políticas. Mi cometido, en cambio, tenía menos pretensiones: volvió a limitarse a repintar las paredes y a trabajos menores de remodelación. Amueblar una sala de reuniones y el despacho del jefe regional también resultó bastante sencillo, en parte por la falta de medios y en parte porque aún me hallaba bajo la influencia de Tessenow, aunque mi moderación topaba con los ostentosos relieves y estucos de estilo Gründerzeit (1871-1873). Trabajé día y noche a toda

prisa, pues la organización de la Jefatura Regional me apremiaba para que concluyese lo más pronto posible. A Goebbels lo vi poco, pues estaba muy ocupado en la campaña de las elecciones del 6 de noviembre de 1932. Afónico y ajetreado, quiso ver un par de veces las reformas, aunque no mostró gran interés por ellas.

Se terminó la obra, se sobrepasó ampliamente el presupuesto y las elecciones se perdieron. Los afiliados disminuyeron, el tesorero se retorcía las manos al ver las facturas que llegaban y, al no poder mostrar a los trabajadores más que una caja vacía, éstos, como miembros del Partido, tuvieron que conceder un largo aplazamiento de los pagos con objeto de evitar la bancarrota.

Unos días después de la inauguración, también Hitler visitó la Jefatura Regional, que había sido bautizada con su nombre. Oí decir que la reforma había sido de su agrado, lo cual me llenó de orgullo, aunque no quedó muy claro si lo que elogiaba era la sobriedad de mis esfuerzos arquitectónicos o el barroquismo de aquella casa de época guillermina.

No tardé en regresar a mi despacho de Mannheim. Nada había cambiado; al contrario, la situación económica y, por tanto, la perspectiva de obtener encargos habían empeorado, y las circunstancias políticas eran cada vez más confusas. Una crisis sucedía a otra sin que nos enterásemos demasiado, pues todo seguía igual. El 30 de enero de 1933 leí que Hitler había sido nombrado canciller del Reich, pero ni siquiera aquella noticia tuvo, por de pronto, significado para mí. Poco después participé en una reunión del grupo local de Mannheim. Me llamó la atención la poca calidad espiritual y personal de los miembros del Partido. «Con esta gente no se puede gobernar un Estado», pensé. Pero esas preocupaciones eran superfluas: el viejo sistema funcionarial siguió ocupándose perfectamente de

todo bajo la égida de Hitler[9].

• • •

Entonces se celebraron las elecciones del 5 de marzo de 1933, y una semana más tarde recibí una llamada de Berlín. Hanke, el jefe de organización de la Jefatura Regional, me buscaba:

—¿Quiere venir a Berlín? —me preguntó—. Aquí seguro que tendrá cosas que hacer. ¿Cuándo podría llegar?

Engrasamos nuestro pequeño BMW deportivo, hicimos la maleta y condujimos durante toda la noche. A la mañana siguiente, sin haber dormido, me presenté a Hanke en el edificio de la Jefatura:

—Va a acompañar inmediatamente al doctor. Quiere examinar su nuevo Ministerio.

Así, entré con Goebbels en el hermoso edificio de Schinkel de la Wilhelmsplatz. Unos cuantos centenares de personas que estaban esperando a alguien, quizá a Hitler, saludaron con la mano al ministro. No fue solamente allí donde noté que una nueva vida había llegado a Berlín: tras la larga crisis, la gente parecía más fresca y esperanzada. Todos sabían que aquél no era otro de los cambios de gabinete a que ya nos habíamos acostumbrado; parecían sentir que había llegado un momento decisivo. La gente se reunía en grandes grupos en la calle. Aun sin conocerse, intercambiaban frases insustanciales, reían o exteriorizaban su conformidad con los acontecimientos políticos. Mientras tanto, en algún lugar, sin hacerse notar, el aparato saldaba sin piedad sus cuentas pendientes con los enemigos políticos que se había creado durante los largos años de lucha por el poder y cientos de miles de personas temblaban a causa de su origen, su religión o sus convicciones.

Tras inspeccionar el edificio, Goebbels me encomendó la reforma del Ministerio y la decoración de las principales

habitaciones, como su despacho y las salas de reuniones. Me encargó el trabajo en firme y quiso que lo comenzara inmediatamente, sin esperar a que se hiciera un presupuesto y sin comprobar si se disponía o no de medios. Con ello demostraba la gran arrogancia que lo caracterizó siempre, pues si aún no se había establecido ninguna partida presupuestaria para el Ministerio de Propaganda, de nueva creación, todavía menos la había para la reforma que se proponía. Me esforcé por realizar el encargo subordinándome modestamente a la arquitectura interior ejecutada por Schinkel. Sin embargo, a Goebbels el mobiliario le pareció poco representativo. Algunos meses después encargó a la Asociación de Talleres de Munich que amueblaran de nuevo el edificio en «estilo transatlántico». Hanke se había asegurado en el Ministerio la influyente posición de secretario y dominaba la antesala con severa habilidad. Uno de esos días vi en su despacho el proyecto para decorar Berlín con motivo del mitin multitudinario que debía celebrarse el 1 de mayo por la noche en el campo de aviación Tempelhof. Aquel proyecto sublevó mis sentimientos, tanto los revolucionarios como los arquitectónicos.

—Parece un decorado de fiesta mayor.

—Pues si puede hacer algo mejor, ¡adelante! —respondió Hanke.

Aquella misma noche surgió el proyecto de una gran tribuna tras la cual debían tensarse, sostenidas por armazones de madera, tres enormes banderas, cada una de ellas más alta que un edificio de diez pisos. Dos serían en los colores negro, blanco y rojo del Partido, y en el centro estaría la bandera con la esvástica. En términos estructurales el proyecto era muy atrevido, pues si soplaba un viento fuerte las banderas parecerían las velas de un barco. Debían ser iluminadas con potentes reflectores con el fin de hacer todavía más intensa la sensación

de que la tribuna constituía un punto central elevado, como un escenario. El proyecto fue aceptado inmediatamente, y quemé así una nueva etapa de mi camino.

Lleno de orgullo, mostré mi obra a Tessenow, pero el profesor seguía con ambos pies firmemente anclados en lo sólido y artesanal:

—¿Cree usted que ha creado algo? Causa efecto, eso es todo.

Hitler, en cambio, según me dijo Hanke, estaba entusiasmado con el proyecto, si bien fue Goebbels quien se atribuyó todo el mérito.

Algunas semanas después, Goebbels se instaló en la residencia oficial del ministro de Alimentación. No tomó posesión de ella sin emplear cierta violencia, porque Hugenberg exigía que el edificio quedara a su disposición, puesto que el ministro era él. Sin embargo, la disputa no tardó mucho en resolverse, y el 26 de junio Hugenberg fue separado del Gabinete.

No sólo recibí el encargo de redistribuir la vivienda del ministro, sino también de construir una gran estancia anexa. Pequé un poco de ligereza al afirmar que en dos meses podría entregar, listos para ser ocupados, tanto la casa como el anexo. Hitler creyó que no cumpliría mi promesa, según me contó Goebbels para aguijonearme. Hice que se trabajara día y noche en tres turnos, y conseguí que las distintas fases encajaran hasta en el menor detalle. Los últimos días puse en funcionamiento una gran instalación secadora y finalmente la obra, terminada y amueblada, se entregó puntualmente en el plazo prometido.

Pedí algunas acuarelas de Nolde a Eberhard Hanfstaengl, director de la Nationalgalerie de Berlín, para adornar las paredes. Goebbels y su esposa las aceptaron con entusiasmo, pero cuando Hitler visitó la casa mostró el mayor desagrado al verlas. El ministro me llamó enseguida:

—Esos cuadros tienen que ser retirados de inmediato, ¡son verdaderamente horribles!

En los primeros meses que siguieron a la toma de posesión del nuevo Gobierno, al menos algunas de las corrientes de la pintura moderna, que en 1937 serían también tachadas de «arte degenerado», siguieron teniendo alguna oportunidad. Dirigía la sección de Artes Plásticas del Ministerio de Propaganda Hans Weidemann, de Essen, que era miembro del NSDAP desde hacía tiempo y que había sido condecorado con la insignia de oro del Partido. Como no estaba al corriente del episodio de las acuarelas de Nolde, reunió para Goebbels numerosos cuadros de la escuela de Nolde y de Munch y se los recomendó como expresión de un arte nacional y revolucionario. Goebbels, ya escarmentado, hizo retirar inmediatamente los cuadros comprometedores. Poco después de que Weidemann se mostrara reacio a ratificar la condena absoluta de todo lo moderno, le fue asignada una actividad subalterna en otra sección del Ministerio. En ese tiempo me inquietaba aquella yuxtaposición de poder y sumisión. También me resultaba siniestra la autoridad incondicional que Hitler podía ejercer, incluso en cuestiones de gusto, sobre hombres que habían colaborado estrechamente con él durante años. Goebbels se mostraba subordinado a Hitler de forma incondicional. Lo mismo nos pasaba a todos. También yo, familiarizado con el arte moderno, acepté en silencio la decisión de Hitler.

Apenas había terminado con el encargo de Goebbels cuando, en julio de 1933, me llamaron a Nuremberg. Se preparaba en esta ciudad el primer Congreso del Partido desde su entrada en el Gobierno. El poder que había alcanzado el partido victorioso debía tener su expresión en la arquitectura escénica. No obstante, el arquitecto local no logró presentar un proyecto satisfactorio. Me trasladaron a Nuremberg en avión y presenté mis bocetos. No había en ellos demasiadas ideas que los

distinguieran de la construcción del primero de mayo; sólo que esta vez, en lugar de las banderas extendidas, coronaría el Zeppelinfeld un águila gigantesca, de más de treinta metros de envergadura, que había pinchado en un armazón de madera como si fuera una mariposa de colección.

El jefe de organización de Nuremberg no se atrevió a decidir sobre aquello y me envió a la central de Munich con una carta de acreditación, pues yo aún era del todo desconocido fuera de Berlín. Una vez en la Braunes Haus, se concedió a mi arquitectura, o, mejor dicho, a mi decoración de fiesta, una extraordinaria importancia. Pocos minutos después ya me encontraba con mi carpeta en una de las habitaciones de Hess, lujosamente amueblada. Éste ni siquiera me dejó hablar:

—Una cosa así sólo puede decidirla el *Führer*.

Hizo una breve llamada telefónica y me dijo:

—El *Führer* está en su casa; haré que lo lleven allí enseguida.

Empezaba a hacerme una idea de lo que en el régimen de Hitler significaba la palabra mágica «arquitectura».

Nos detuvimos frente a una casa situada cerca del teatro Prinz-Regenten. Hitler vivía en el segundo piso. Primero me hicieron entrar en una antesala repleta de recuerdos o regalos de poca monta. El mobiliario también era de bastante mal gusto. Salió un ayudante, abrió una puerta, dijo un informal «por favor» y me encontré ante Hitler, el poderoso canciller del Reich. Sobre la mesa que había frente a él vi una pistola desmontada que debía de estar limpiando.

—Ponga sus dibujos aquí —me dijo lacónicamente. Sin mirarme siquiera, apartó las piezas de la pistola y examinó con interés, pero en silencio, mi proyecto—: De acuerdo.

Nada más. Y como entonces volvió a centrarse en su pistola, abandoné la estancia un poco confuso.

En Nuremberg fui recibido con asombro cuando informé de que había obtenido la autorización personal de Hitler. Si los que organizaban aquello hubiesen sabido hasta qué punto atraían a Hitler los proyectos arquitectónicos, habrían enviado a Munich a una gran delegación, y a mí, en el mejor de los casos, me habrían dejado ayudar en algo. Pero en aquel entonces las aficiones de Hitler todavía no eran del dominio público.

• • •

En otoño de 1933 Hitler encargó a su arquitecto muniqués Paul Ludwig Troost, que había decorado el transatlántico Europa y había reformado la Braunes Haus, que transformara a fondo y amueblara la residencia del canciller del Reich en Berlín. La obra debía concluirse cuanto antes. El maestro de obras de Troost procedía de Munich, por lo que no conocía las empresas berlinesas ni su forma de trabajar. Hitler recordó entonces que un joven arquitecto había terminado un anexo para Goebbels en un tiempo insólitamente corto. Por tanto, determinó que yo asistiera al maestro de obras muniqués en la elección de los proveedores, que pusiera a su disposición mis conocimientos sobre el mercado de la construcción en Berlín y que contribuyera a la reforma en lo que fuera necesario para que pudiera terminarse lo antes posible.

Aquella colaboración comenzó con una inspección a fondo de la residencia del canciller que realizamos Hitler, su maestro de obras y yo. Seis años después, en primavera de 1939, escribió, en un artículo sobre el estado anterior de la vivienda: «Después de la revolución de 1918, la casa se fue deteriorando gradualmente. No sólo se había podrido gran parte del tejado, sino que también los suelos estaban completamente desvencijados… Dado que mis predecesores, en general, no podían contar con durar en su cargo más de tres, cuatro o cinco meses, no se sentían obligados a eliminar la suciedad que habían

dejado sus antecesores, ni a procurar que quienes los sucedieran hallaran la casa en mejor estado que ellos. No debían mantener las formas de cara al extranjero, que, de todos modos, apenas los tenía en cuenta. Así pues, el edificio se hallaba en la más completa decadencia, los techos y los suelos podridos, el papel pintado cubierto de moho, la vivienda entera impregnada de un olor prácticamente insoportable»[10].

Exageraba, desde luego. Sin embargo, es difícil imaginar el estado en que se hallaba la vivienda. La cocina apenas tenía luz y los fogones eran muy antiguos. Sólo había un baño en toda la casa, y la instalación, además, era de principios de siglo. También abundaban las muestras de mal gusto: puertas pintadas imitando madera natural y falsos jarrones de mármol que en realidad no eran más que recipientes de hojalata jaspeada. Hitler dijo en tono triunfal:

—Aquí se ve claramente la decadencia de la vieja República. Ni siquiera la casa del canciller del Reich puede ser mostrada a un extranjero. Yo sentiría vergüenza de recibir aquí a un solo visitante.

Durante aquella concienzuda inspección, que debió de durar unas tres horas, vimos también el desván. El administrador explicó:

—Y ésta es la puerta que conduce a la casa contigua.

—¿Y eso?

—Desde aquí, recorriendo los tejados de todos los ministerios, se llega al hotel Adlon.

—¿Por qué?

—Durante los disturbios que se produjeron al instaurarse la República de Weimar se comprobó que el canciller del Reich podía quedar aislado del mundo exterior en caso de que los rebeldes cercaran la vivienda, y para evitarlo se preparó este camino.

Hitler ordenó que abrieran la puerta: efectivamente, conducía al contiguo Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Que tapien esta puerta. Nosotros no la necesitamos.

Una vez comenzada la reforma, Hitler, seguido de un asistente, se personaba en la obra casi todos los mediodías, comprobaba los progresos y se complacía al ver las mejoras. Los numerosos albañiles pronto lo saludaron de manera informal y amistosa. A pesar de los dos hombres de las SS vestidos de paisano, que se mantenían en un discreto segundo término, todo aquello tenía algo de idílico. Se notaba que Hitler se sentía «en casa» en la obra. Al mismo tiempo, evitaba todo populismo barato.

El maestro de obras y yo lo acompañábamos en sus inspecciones. Nos hacía preguntas con seca amabilidad:

—¿Cuándo se revocará esta sala? ¿Cuándo pondrán las ventanas? ¿Han Llegado ya de Munich los planos de detalle? ¿Todavía no? Se lo preguntaré personalmente al profesor —que es como solía llamar a Troost.

Entonces inspeccionaba una nueva sala.

—Esto ya lo han revocado. Ayer todavía no lo estaba. Y esta moldura del techo es muy bonita. El profesor hace estupendamente esta clase de cosas. ¿Cuándo cree que estará todo terminado? Me corre mucha prisa. Ahora sólo dispongo de la pequeña vivienda del Secretario de Estado en el desván. Allí no puedo recibir a nadie. Resulta ridículo lo ahorrativa que era la República. ¿Ha visto usted la entrada? ¿Y el ascensor? Cualquier almacén tiene uno mejor.

Es verdad que el ascensor se atascaba de vez en cuando y sólo tenía cabida para tres personas.

Así es como se presentaba Hitler. Es fácilmente comprensible que su naturalidad me impresionara; al fin y al cabo, no era sólo el canciller del Reich, sino también el hombre

que hacía que resurgiera toda Alemania; el hombre que procuraba trabajo a los parados y que ponía en marcha grandes programas económicos. Sólo mucho tiempo después, a partir de pequeños detalles, comencé a entrever que en todo ello también había una buena parte de cálculo propagandístico.

Ya lo habría acompañado unas veinte o treinta veces en sus inspecciones cuando durante una de ellas me invitó:

—¿Vendrá usted a comer hoy?

Naturalmente, aquel gesto personal e inesperado me hizo feliz, sobre todo dado que, debido a lo impersonal de su trato, nunca había contado con nada por el estilo.

Había trepado a los andamios de la obra con mucha frecuencia, pero precisamente ese día me cayó una palada de yeso en el traje. Debí de poner cara de consternación, pues Hitler me dijo:

—Venga conmigo. Ahora arreglaremos eso.

Los invitados ya lo esperaban en el apartamento. Entre ellos estaba Goebbels, quien se mostró muy sorprendido al verme aparecer en aquel círculo. Hitler me condujo a sus habitaciones, llamó a su criado y le ordenó traer su propia americana azul marino.

—Tome, póngase esto.

Entré en el comedor detrás de Hitler y me senté a su lado, en un lugar privilegiado. Era evidente que yo era de su agrado. Goebbels descubrió lo que a mí, en mi excitación, me había pasado completamente por alto.

—¡Pero si lleva usted la insignia del *Führer*! Esa americana no es suya, ¿verdad[11]?

Hitler respondió por mí:

—No, la americana es mía.

Durante la comida me dirigió por primera vez algunas

preguntas personales. Se enteró entonces de que era el autor de los decorados de la manifestación del primero de mayo.

—Y lo de Nuremberg, ¿también lo hizo usted? ¡Pero si vino un arquitecto a enseñarme los planos! ¡Justo, era usted!… Nunca habría pensado que pudiera terminar el edificio de Goebbels en la fecha prevista.

No me preguntó si pertenecía o no al Partido. Me dio la impresión de que, cuando se trataba de artistas, eso le resultaba bastante indiferente. En cambio, quiso saber todo lo posible sobre mi origen, mi carrera como arquitecto y lo que habían construido mi padre y mi abuelo. Años después, Hitler recordó aquella invitación:

—Me fijé en usted durante las inspecciones. Buscaba a un arquitecto al que algún día pudiera confiar mis planes constructivos. Tenía que ser joven, pues, como usted sabe, son planes a muy largo plazo. Necesitaba a un hombre que incluso después de mi muerte pudiera seguir trabajando con la autoridad que yo le hubiera otorgado. Ese hombre era usted.

Tras años de esfuerzos baldíos, me sentía lleno de ganas de trabajar; sólo tenía veintiocho años. Como Fausto, habría vendido mi alma por hacer un gran edificio. Ahora había encontrado a mi Mefistófeles. No me pareció menos absorbente que el de Goethe.

CAPÍTULO IV

MI CATALIZADOR

Yo era trabajador por naturaleza, pero siempre necesité un impulso especial para desplegar nuevas facultades y energías. Ahora había encontrado a mi catalizador; no podría haber tropezado con otro más poderoso. Se me exigió que diera el máximo, a un ritmo creciente y con una responsabilidad cada vez mayor.

Con ello renuncié al verdadero centro de mi vida: la familia. Atraído y acuciado por Hitler, a cuya merced había quedado, a partir de entonces viví para trabajar y dejé de trabajar para vivir. Hitler sabía cómo estimular a sus colaboradores para que lo dieran todo de sí mismos.

—El hombre se crece al perseguir los más altos objetivos —decía.

Durante los veinte años que pasé en la prisión de Spandau, me pregunté con frecuencia qué habría hecho de haber visto la auténtica cara de Hitler y la verdadera naturaleza de su poder. La respuesta es tan banal como deprimente: mi posición como arquitecto de Hitler no tardó en hacérseme imprescindible. Sin tener siquiera treinta años, ya veía ante mí las perspectivas más excitantes con que pueda soñar un arquitecto.

Además, mis ganas de trabajar me permitían no pensar en cuestiones que debería haberme planteado. En la prisa diaria se ahogaba más de una duda. Mientras escribía estas memorias, mi

creciente sorpresa llegó a la consternación cuando comprobé que hasta 1944 raramente, por no decir nunca, había encontrado tiempo para reflexionar sobre mí mismo y mis actividades o para considerar el sentido de mi propia existencia. Hoy, al rememorar todo aquello, tengo a veces la sensación de que en aquella época algo me levantó del suelo, me separó de mis raíces y me sometió a toda clase de fuerzas extrañas a mí.

Tal vez lo que más me alarma ahora, al mirar hacia atrás, es que lo único que en aquel tiempo me inquietaba de vez en cuando estuviera relacionado con el camino que emprendí como arquitecto, que me alejaba de las doctrinas de Tessenow. Por el contrario, cuando oía cómo los judíos, francmasones, socialdemócratas o testigos de Jehová eran considerados presas de caza por los que me rodeaban, actuaba como si aquello no tuviera nada que ver conmigo. Me parecía que bastaba con que me abstuviera de participar en ello.

• • •

Se había convencido a los camaradas más modestos del Partido de que la política era demasiado complicada para ellos. Por consiguiente, uno se sentía siempre bajo la responsabilidad de otros y no se veía obligado a responder por la suya. Toda la estructura del sistema se dirigía a evitar los conflictos de conciencia. Eso hacía absolutamente estéril cualquier conversación y discusión entre personas de la misma ideología. Después de todo, no tenía ningún interés confirmarse mutuamente unas opiniones uniformizadas.

La exigencia expresa de limitar la responsabilidad de cada cual a su terreno era aún más peligrosa. Cada cual se movía en su propio círculo: arquitectos, médicos, juristas, técnicos, soldados o campesinos. Las asociaciones profesionales, a las que había que pertenecer obligatoriamente, recibían el nombre de cámaras (Cámara de Medicina, Cámara de Artistas), y esta

denominación definía con acierto el aislamiento de la gente en esferas individuales, separadas unas de otras como por medio de muros. A medida que el sistema de Hitler se prolongaba en el tiempo, crecía el aislamiento ideológico en aquellas cámaras estancas. Si aquella práctica se hubiese mantenido durante generaciones, creo que nos habríamos convertido en una especie de seres etiquetados, incapaces de pensar por sí mismos, lo que habría conducido a la ruina del sistema. Siempre me desconcertó la contradicción que suponía el hecho de que la integración a que aspiraba la comunidad nacional proclamada en 1933 se viera negada u obstruida de ese modo. En última instancia, se trataba de una comunidad de seres aislados. Aunque hoy pueda sonar de otra forma, la frase que decía que «el *Führer* piensa y dirige» por encima de todo no era para nosotros una vacía fórmula propagandística.

Nuestra predisposición a aceptar aquel estado de cosas nos había sido transmitida desde la infancia. Nuestros principios provenían de un Estado autoritario cuya exigencia de subordinación se había acentuado a causa de las leyes de guerra. Quizá fueran esas experiencias las que nos prepararon, como les pasa a los soldados, para una forma de pensar que resurgía en el sistema de Hitler. Llevábamos la rigidez del orden en la sangre; a su lado, la liberalidad de la República de Weimar nos parecía relajada, sospechosa y de ningún modo deseable.

• • •

Para poder estar en contacto con mi contratista en todo momento, alquilé un estudio de pintor situado en la Behrenstrasse, a unos centenares de metros de la Cancillería del Reich, e instalé allí mi despacho. Mis colaboradores, que eran todos jóvenes, trabajaban desde la mañana hasta muy entrada la noche, ignorando su vida privada. La comida del mediodía solía ser sustituida por un par de bocadillos. Por fin, agotados,

terminábamos nuestra jornada tomando, hacia las diez de la noche, un refrigerio en Pfälzer, una taberna cercana donde repasábamos el trabajo del día.

Con todo, los grandes encargos todavía se hicieron esperar. Hitler seguía confiándome pequeñas tareas urgentes, pues, al parecer, consideraba que mi mejor cualidad era la rapidez con que cumplía mis cometidos: las tres ventanas del despacho del anterior canciller del Reich, situado en el primer piso, daban a la Wilhemsplatz. Durante los primeros meses de 1933 era habitual que se reuniera en aquella plaza una multitud que pedía a gritos ver al *Führer*. En consecuencia, el despacho ya no servía para trabajar. En cualquier caso, a Hitler nunca le había gustado:

—¡Demasiado pequeño! Ni siquiera uno de mis colaboradores tendría bastante con estos sesenta metros cuadrados. ¿Dónde puedo sentarme aquí con un invitado oficial? ¿En aquel rincón, quizá? Y el escritorio también es demasiado pequeño.

Hitler me encargó que preparara una sala que daba al jardín para usarla como despacho. Durante cinco años se conformó con ella, aunque siempre la consideró provisional. Incluso el despacho del nuevo edificio de la Cancillería del Reich, que se construiría en 1938, le pareció pronto insuficiente. La Cancillería debía disponer antes de 1950 de un edificio definitivo, que se levantaría siguiendo sus indicaciones y de acuerdo con mis planos. En él se había previsto, para Hitler y para los que lo sucedieran a lo largo de los siglos, un salón de trabajo de 960 m^2, dieciséis veces más amplio que el de sus antecesores. Debo decir que, tras consultarlo con Hitler, adosé a aquella sala un despacho privado; volvía a medir unos sesenta metros cuadrados.

El antiguo despacho no debía volver a utilizarse para trabajar, pues Hitler quería poder salir sin estorbos al «balcón

histórico» que yo había hecho construir con la máxima urgencia para que pudiera mostrarse desde allí a la multitud.

—La ventana me resultaba demasiado incómoda —me dijo Hitler, satisfecho—. No se me podía ver desde todas partes. Al fin y al cabo, tampoco iba a asomarme sacando todo el cuerpo…

El arquitecto que había edificado la Cancillería del Reich, el profesor Eduard Jobst Siedler, de la Escuela Técnica Superior de Berlín, elevó una protesta por aquella intromisión, y Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, confirmó que nuestra manera de proceder atentaba contra la propiedad intelectual de la obra. Hitler rechazó sarcásticamente la objeción:

—Siedler ha estropeado toda la Wilhemsplatz. Esto parece más el edificio administrativo de una empresa jabonera que el centro del Reich. ¿Qué se ha creído? ¿Que encima me iba a construir también el balcón?

Sin embargo, permitió que se resarciera al profesor encargándole una obra.

Pocos meses después tuve que levantar un campamento de barracones para los obreros de la autopista recién iniciada. Hitler puso reparos a los alojamientos utilizados hasta entonces y quiso que yo le presentara un modelo tipo para todos los campamentos. Provistos de espacios decentes para cocina, lavabos y duchas, una sala de esparcimiento y cabinas de dos camas, no hay duda de que eran mucho mejores que los habituales alojamientos de obra. Hitler se preocupó de aquella construcción modelo hasta el menor detalle y me pidió que le informara de la reacción de los trabajadores. Así era como yo me había imaginado al caudillo nacionalsocialista.

Mientras se reformaba su residencia oficial, Hitler vivió en la de su secretario de Estado, Lammers, en el último piso de la Cancillería. Yo comía o cenaba allí a menudo. Por las noches

solía hallarse presente el personal que lo acompañaba siempre: Schreck, su chófer desde hacía muchos años; el comandante de la Escolta de las SS de Hitler, Sepp Dietrich; el jefe de prensa, doctor Dietrich; los dos asistentes, Brückner y Schaub, así como Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler. La mesa estaba casi siempre llena, pues era sólo para diez personas. En cambio, solían acudir a las comidas del mediodía viejos compañeros de lucha muniqueses, como Amann, Schwarz y Esser, o el jefe regional Wagner; muchas veces estaba también Werlin, director de la filial de Daimler-Benz en Munich y proveedor de los automóviles de Hitler. Los ministros parecían presentarse en muy contadas ocasiones; vi tan poco a Himmler como a Röhm o a Streicher, y con más frecuencia a Goebbels y a Göring. Ya entonces estaban excluidos los funcionarios que trabajaban en la Cancillería. Así, por ejemplo, llamaba la atención que ni siquiera Lammers fuera invitado nunca, a pesar de que se trataba de su casa; seguramente había muy buenas razones para ello.

Y es que en aquel círculo Hitler glosaba con frecuencia los acontecimientos del día. No se trata de que hiciera grandes discursos, sólo era su forma de terminar el trabajo. Le gustaba relatar cómo había conseguido librarse de la burocracia, que amenazaba con dominarlo en sus actividades como canciller del Reich:

—Durante las primeras semanas tuve que ocuparme hasta de la menor pequeñez. Todos los días encontraba sobre la mesa montones de expedientes que nunca disminuían, aunque trabajara sin parar. ¡Hasta que corté radicalmente con aquella insensatez! De haber seguido así, no habría logrado resultados positivos, porque, sencillamente, no me dejaban tiempo para reflexionar. Cuando me negué a examinar tanto expediente, me dijeron que eso demoraría decisiones importantes. Pero era la única manera de poder pensar en las cosas importantes que dependen de mí. Debo ser yo quien determine por dónde tienen

que ir las cosas, y no los funcionarios quienes decidan lo que tengo que hacer.

A veces también hablaba de sus viajes:

—Schreck era el mejor conductor que podía imaginar y nuestro coche alcanzaba los ciento setenta. Viajábamos siempre a gran velocidad. Sin embargo, en los últimos años le he ordenado a Schreck que no pase de ochenta. ¡Es imposible imaginar lo que ocurriría si me pasara algo! Nos divertía especialmente acosar a los grandes coches americanos. Nos quedábamos detrás de ellos hasta que los heríamos en su amor propio. En comparación con los Mercedes, estos coches americanos son una verdadera porquería. Su motor no lo aguantaba, enseguida empezaba a fallar, y al final se veían obligados a parar en la cuneta con la cara muy larga. ¡Les estaba bien empleado!

Por las noches solía montarse un primitivo proyector para pasar, después del noticiario semanal, uno o dos largometrajes. En los primeros tiempos, los criados no sabían manejar bien el aparato. Con frecuencia aparecía la figura cabeza abajo, o se rompía la película; en aquella época, Hitler lo aceptaba con más benevolencia que sus asistentes, quienes disfrutaban demostrando a sus inferiores el poder que les otorgaba su jefe.

Hitler hablaba con Goebbels para elegir las películas, que por lo general eran las mismas que se proyectaban en los cines de Berlín. Las prefería ligeras, de amor o comedias. También había que conseguir lo antes posible las películas en que intervinieran Jannings y Rühmann, Henny Porten, Lil Dagover, Olga Chekova, Zarah Leander o Jenny Jugo. Las películas musicales que enseñaran mucha pierna tenían su entusiasmo asegurado. Veíamos a menudo producciones extranjeras, incluso las que le estaban negadas al público alemán. En cambio, no había casi ninguna deportiva ni de montañismo, ni

documentales sobre animales o paisajes, o que hablaran de países extranjeros. Hitler tampoco tenía ningún interés en las películas cómicas que a mí me gustaban, como las de Buster Keaton o Charlie Chaplin. La producción alemana no bastaba ni con mucho para suministrar las dos nuevas películas que se necesitaban cada día, por lo que muchas se proyectaban varias veces. Significativamente, nunca se repetían las de argumento trágico, pero sí las que eran muy espectaculares o aquéllas en que aparecían sus actores favoritos. Hitler mantuvo esa forma de seleccionar las películas y la costumbre de ver una o dos cada noche hasta el comienzo de la guerra.

Durante una de las comidas celebradas en invierno de 1933, yo me sentaba al lado de Göring, quien preguntó:

—¿Está haciendo Speer su vivienda, *mein Führer*? ¿Es él su arquitecto?

Aunque yo no lo era, Hitler dijo que sí.

—Entonces permítame que reforme también mi casa.

Hitler dio su consentimiento y Göring, después de comer, sin preocuparse lo más mínimo de lo que yo tuviera que hacer, me metió en su gran descapotable para llevarme a su casa como si fuese un valioso trofeo de caza. Había escogido para instalarse la antigua sede oficial del ministro prusiano de Comercio, situada en uno de los parques que se extendían detrás de Leipziger Platz; un palacio que el Estado prusiano había levantado sin reparar en gastos antes de 1914.

Hacía sólo unos meses que la vivienda había sido reformada a lo grande siguiendo las indicaciones del propio Göring y utilizando dinero del Estado prusiano. Al inspeccionarla, Hitler había dicho con desdén:

—¡Qué oscuridad! ¿Cómo se puede vivir en un sitio tan oscuro? Compárelo usted con el trabajo de mi profesor: ¡todo luminoso, claro y sencillo!

En efecto, lo que encontré fue un romántico laberinto de pequeñas habitaciones provistas de sombrías vidrieras, tapizadas de pesado terciopelo y equipadas con toscos muebles de estilo renacentista. Había una especie de capilla bajo el signo de la esvástica, y el nuevo símbolo se encontraba también en los techos, paredes y suelos de toda la casa. Parecía como si constantemente tuvieran que ocurrir allí toda clase de acontecimientos trágicos y solemnes.

Era típico de aquel sistema, que en eso se debía de parecer a todas las sociedades autoritarias, que la crítica de Hitler determinara la actuación de Göring, quien renunció en el acto a la decoración que acababa de terminar y en la que seguramente se habría sentido muy a gusto, pues se adecuaba a su manera de ser:

—No hace falta que respete nada de esto; no quiero volver a verlo. Haga usted lo que quiera, le encargo a la obra; pero tiene que quedar como la del *Führer*.

Fue un encargo magnífico: como sucedía siempre en el caso de Göring, el dinero no tenía ninguna importancia. Hice derribar varios tabiques para convertir en cuatro habitaciones los numerosos cuartos de la planta baja. La mayor de ellas, su despacho, medía unos 140 m^2 casi como el de Hitler. Se añadió al conjunto un anexo ligero construido con una estructura de bronce acristalada. El bronce era un bien escaso que se comercializaba como tal, y su empleo abusivo se castigaba con penas muy duras; pero eso no afectó a Göring lo más mínimo. Estaba entusiasmado y en las inspecciones estaba contento, resplandeciente como un niño el día de su cumpleaños, e iba frotándose las manos y riendo.

Los muebles de Göring se correspondían con su corpulencia. Tenía un viejo y enorme escritorio renacentista y una butaca cuyo respaldo sobresalía muy por encima de su

cabeza; probablemente se tratara del trono de un antiguo soberano. Hizo colocar en la mesa del despacho dos candelabros de plata con grandes pantallas de pergamino, además de una gran fotografía de Hitler: como el original que éste le había regalado no le pareció lo bastante imponente, lo hizo ampliar varias veces, y todos sus visitantes se maravillaban por aquel honor especial, pues en los círculos gubernamentales y del Partido se sabía que la fotografía que Hitler regalaba a sus paladines, en un marco de plata diseñado especialmente por la señora Troost, era siempre del mismo tamaño.

Se colgó un cuadro de grandes dimensiones en el vestíbulo, cerca del techo para dejar sitio a las aberturas que requería una sala de proyecciones situada en la habitación contigua. El cuadro me era familiar. En efecto, después me enteré de que Göring, con su habitual resolución, había ordenado a «su» director prusiano del Kaiser-Friedrich-Museum que hiciera llevar a su casa la célebre pintura de Rubens *Diana en la caza del ciervo*, una de las principales obras maestras del museo.

Durante la reforma, Göring habitó en el edificio de enfrente, el palacio del presidente del Reichstag, una construcción del principio del siglo XX con fuertes reminiscencias de un pretencioso rococó. Era allí donde tenían lugar nuestras conversaciones respecto a su sede definitiva. Solía hallarse presente uno de los directores de la refinada Asociación de Talleres, el señor Päpke, un caballero mayor, de pelo gris, deseoso de agradar a Göring, aunque se sentía intimidado por la forma seca y rotunda con que éste acostumbraba tratar a sus subordinados.

Un día estábamos con Göring en una habitación cuyas paredes, decoradas en el estilo neorrococó de la época guillermina, estaban cubiertas de arriba abajo de rosas en bajorrelieve: aquello era horroroso. Incluso Göring lo sabía

cuando comenzó a preguntar:

—¿Qué le parece esta decoración, señor director? No está mal, ¿verdad?

En lugar de contestar «es horrible», el viejo caballero se sintió inseguro y, no queriendo ponerse a mal con su elevado patrón y cliente, dio una respuesta evasiva. Göring se olió al instante la ocasión de hacer una broma y me guiñó un ojo para obtener mi complicidad:

—Pero, señor director, ¿no le gusta esto? Mi deseo es que usted me decore de esta forma todas las habitaciones. Ya lo hemos hablado, ¿no es verdad, señor Speer?

—Sí, naturalmente, los diseños ya están en marcha.

—Bueno, pues ya lo ve, señor director, éste va a ser nuestro nuevo estilo. Estoy seguro de que le gusta.

El director apartó la cara, su conciencia artística hizo que la frente se le perlara de sudor y la perilla le temblaba de nerviosismo. Ahora a Göring se le había metido en la cabeza obligar al anciano a pronunciarse:

—Vamos a ver, ahora fíjese con atención en esta pared. Vea lo maravillosamente bien que trepan las rosas, como en una rosaleda al aire libre. ¿Y no es usted capaz de entusiasmarse por algo así?

—Claro que sí, claro que sí —opinó tímidamente el hombre, desesperado.

—Usted, como prestigioso entendido en arte, tendría que estar entusiasmado con una obra como ésta. Dígame, ¿no lo encuentra precioso?

Göring continuó con el juego hasta que el director cedió y simuló el entusiasmo que se le exigía.

—¡Así son todos! —exclamó después Göring, lleno de desprecio.

En efecto: así eran todos, y entre ellos también había que contar al propio Göring, quien, durante las comidas en casa de Hitler, no cesaba de contar lo clara y amplia que iba a ser su vivienda, «exactamente como la suya, *mein Führer*».

Si Hitler hubiese ordenado poner rosas trepadoras en las paredes de sus habitaciones, también Göring las habría exigido.

• • •

Así, en invierno de 1933, es decir, sólo unos meses después de aquella primera comida en casa de Hitler, fui acogido en su círculo más íntimo. Aparte de mí, eran muy pocos los que recibían tal trato de preferencia. No había duda de que yo era del especial agrado de Hitler, aunque soy reservado y poco hablador por naturaleza. Muchas veces me he preguntado si proyectó en mí su frustrado sueño juvenil de convertirse en un gran arquitecto. Sin embargo, dado el comportamiento a menudo puramente intuitivo de Hitler, es difícil encontrar una explicación satisfactoria para su evidente simpatía.

Yo aún estaba muy lejos de mi posterior línea clasicista. Casualmente se han conservado los planos que presenté a un concurso, convocado en otoño de 1933, para la construcción de una Escuela de Mandos del NSDAP en Munich-Grünwald; en él pudieron participar todos los arquitectos alemanes. Si bien el conjunto ya quiere ser representativo y está orientado hacia un eje dominante, todavía recurre a la contención que había aprendido de Tessenow.

Hitler examinó con Troost y conmigo los planos del concurso antes de que se adjudicara. Según es norma en los concursos, los proyectos se entregaban de forma anónima. Naturalmente, el mío no salió elegido. Sólo después de haberse otorgado el premio y despejarse la incógnita, Troost destacó mi proyecto en una reunión de trabajo; y Hitler, para mi asombro, todavía recordaba perfectamente los dibujos, a pesar de que sólo

los había visto durante un par de segundos entre otros cientos. Acogió en silencio el elogio de Troost; probablemente vio claro entonces que yo aún estaba muy lejos de ser el arquitecto que él imaginaba.

Hitler iba a Munich cada dos o tres semanas, y se hizo habitual que yo lo acompañara. Solía ir directamente desde la estación al estudio del profesor Troost. En el tren, Hitler hablaba con gran animación de los dibujos que el «profesor» tendría concluidos:

—Habrá modificado el plano de la planta baja de la Haus der Kunst. Tenía que hacer algunas mejoras… ¿Estarán ya diseñados los detalles del comedor? Luego quizá podamos ver los bocetos de las esculturas de Wackerle.

El estudio se hallaba en un descuidado patio trasero de la Theresienstrasse, no lejos de la Escuela Técnica Superior. Había que subir dos pisos por una escalera desnuda, sin pintar desde hacía años. Troost, consciente de su posición, nunca salía a recibir a Hitler a la escalera ni lo acompañaba cuando se marchaba. Hitler lo saludaba en la antesala:

—Me muero de impaciencia, señor profesor. Muéstrenos las novedades.

Después de decir esto, Hitler y yo pasábamos al local de trabajo, donde Troost, siempre seguro de sí mismo y reservado, mostraba sus planos y sus bocetos. Con todo, al primer arquitecto de Hitler no le fue mejor de lo que más tarde me iría a mí: Hitler pocas veces se dejaba llevar por el entusiasmo.

A continuación, la «señora del profesor» nos presentaba muestras del color de las telas y de la pintura de las paredes que habrían de decorar las estancias del *Führerbau* de Munich, combinados de una manera discreta y elegante; en realidad, demasiado discreta para el gusto de Hitler, de tendencia efectista. Pero le agradaban. Era evidente que lo atraía la

equilibrada y discreta atmósfera burguesa que estaba de moda en la alta sociedad. Siempre transcurrían dos horas o más, y finalmente Hitler se despedía, de forma breve pero cordial, para dirigirse por fin a su propio domicilio. Antes de hacerlo me decía:

—A comer en el Osteria.

A la hora habitual, sobre las dos y media, me encaminaba al Osteria Bavaria, un pequeño restaurante de artistas que adquirió una fama inesperada al convertirse en el local que frecuentaba Hitler. Una tertulia de artistas de largas melenas y barbas imponentes rodeando a Lenbach o a Stuck parecía más propia de aquel lugar que Hitler con su séquito, siempre bien vestido o uniformado. Se sentía a gusto allí; estaba claro que, como «artista que no había podido llegar a serlo», le agradaba aquel ambiente al que un día quiso pertenecer y que ahora había perdido y superado a un tiempo.

No era raro que el limitado número de invitados tuviera que esperar a Hitler horas enteras: un asistente; el jefe regional de Baviera, Wagner, en caso de que ya hubiera dormido la mona; por supuesto, su sempiterno acompañante y fotógrafo oficial Hoffmann, que a aquellas horas del día podía estar ya algo alcoholizado; muchas veces la simpática *Miss* Mitford y en ocasiones, aunque muy raramente, un pintor o un escultor. También asistía el doctor Dietrich, jefe de Prensa del Reich, y nunca faltaba Martin Bormann, el secretario de apariencia insignificante de Rudolf Hess. En la calle esperaban unos cientos de personas que sabían por nuestra presencia que iba a venir «él».

En cierto momento se producía un gran júbilo en el exterior, y Hitler se acercaba a nuestro rincón, protegido por un tabique de media altura. Cuando el tiempo era bueno, nos sentábamos en el patio, que era pequeño y semejaba una

glorieta. El dueño del restaurante y las dos camareras recibían un saludo jovial:

—¿Qué hay de bueno hoy? ¿Ravioli? Si no estuvieran tan buenos… ¡Demasiado tentador! —Hitler chasqueaba los dedos—. Su restaurante estaría muy bien, señor Deutelmoser, si no fuera por mi línea. Se olvida usted de que el *Führer* no puede comer todo lo que le apetece.

A continuación examinaba la carta durante mucho rato y terminaba eligiendo los ravioli.

Cada cual pedía lo que le agradaba: filete, *gulasch*, y también el buen vino de Hungría; a pesar de las bromas ocasionales de Hitler sobre los «devoradores de carroña» y «tragavinos», allí se disfrutaba de todo sin empacho alguno. Se estaba entre amigos. Imperaba un acuerdo tácito: no hablar de política. La única que lo hacía era *Miss* Mitford, que en los años de tensión que siguieron luchó tenazmente en defensa de su patria y suplicó con frecuencia a Hitler que llegara a un acuerdo con Inglaterra. A pesar de la reserva y el rechazo de Hitler, la mujer no cejó nunca en su empeño. Más tarde, en septiembre de 1939, el día en que Inglaterra nos declaró la guerra, intentó suicidarse con una pistola demasiado pequeña en el Jardín Inglés de Munich. Hitler la puso en manos de los mejores especialistas de la ciudad y después la hizo trasladar a Inglaterra, a través de Suiza, en un coche especial.

El tema principal de las comidas era siempre la visita matutina al profesor. Hitler alababa exageradamente lo que había visto. Había retenido todos los detalles en la memoria sin esfuerzo alguno. En cierto modo, su relación con Troost era la de un discípulo respecto a su maestro. Me recordaba mi admiración incondicional por Tessenow.

Aquel rasgo del carácter de Hitler me agradaba mucho. Me asombraba que aquel hombre, tan adorado por quienes lo

rodeaban, aún fuera capaz de sentir una especie de veneración por otra persona. Hitler, que se sentía arquitecto, respetaba en este campo la superioridad del especialista. En política nunca habría actuado así.

Nos contó con franqueza que había conocido a Troost gracias a los Bruckmann, una cultivada familia de editores de Munich. Según sus propias palabras, cuando vio los trabajos de Troost «era como si se le hubiese caído la venda de los ojos».

—Ya no podía soportar lo que había estado dibujando hasta entonces. ¡Qué suerte tuve al conocer a este hombre!

Desde luego, fue una suerte. Más vale no imaginar cuál habría sido el gusto arquitectónico de Hitler sin la influencia de Troost. En una ocasión me mostró su cuaderno de bocetos de los primeros años veinte. Vi borradores de obras monumentales que imitaban el estilo neobarroco de la Ringstrasse de Viena, propio de la década de los años noventa del siglo XIX. Resultaba singular que esos proyectos se alternaran con dibujos de armas y buques de guerra.

En comparación con aquello, la arquitectura de Troost resultaba incluso pobre. Su influencia sobre Hitler fue, de todos modos, episódica. Hitler alabó hasta el final a los arquitectos y las obras que le habían servido de modelo para sus antiguos bocetos, como la gran Ópera de París, de Charles Garnier (1816-1874), de la que decía:

—Su escalinata es la más hermosa del mundo. Cuando las damas bajan por ella con sus exquisitos tocados, flanqueadas por filas de hombres uniformados… ¡Señor Speer, tenemos que construir algo así!

También sentía un enorme entusiasmo por la Ópera de Viena:

—Es el teatro de ópera más maravilloso del mundo, con una acústica excelente. Cuando yo, de joven, me sentaba en el

último piso…

Sobre uno de los dos arquitectos de esta obra, Van der Nüll, Hitler contaba lo siguiente:

—Creía que su Ópera le había salido mal. Mire usted, estaba tan desesperado que se disparó un balazo en la cabeza el día antes de la apertura. Sin embargo, la inauguración fue el mayor de sus éxitos: ¡todo el mundo alabó al arquitecto!

No era raro que en tales ocasiones acabara por comentar los difíciles momentos por los que había pasado, y cómo siempre lo había salvado un giro favorable de los acontecimientos.

—No hay que ceder nunca —terminaba diciendo.

Sus preferencias se inclinaban de manera especial por los numerosos teatros de Hermann Helmer (1849-1919) y Ferdinand Fellner (1847-1916), que a finales del siglo XIX no sólo proveyeron de teatros tardobarrocos Austria-Hungría, sino también Alemania, siguiendo siempre el mismo esquema. Hitler sabía en qué ciudades se hallaban sus obras, y más adelante hizo restaurar el descuidado teatro de Augsburgo.

Sin embargo, también apreciaba a los arquitectos más austeros del XIX, como Gottfried Semper (1803-1879), que construyo la Ópera y la Pinacoteca de Dresde y el Palacio Imperial y los museos de la Corte en Viena, y Theophil Hansen (1803-1883), que levantó en Atenas y en Viena notables edificios neoclásicos. En 1940, en cuanto las tropas alemanas tomaron Bruselas, tuve que dirigirme a esta capital para examinar el gigantesco Palacio de Justicia de Poelaert (1817-1879), que entusiasmaba a Hitler, aunque, como la Ópera de París, sólo lo conocía por los planos. A mi regreso me pidió toda clase de detalles sobre el edificio.

Ése era el mundo arquitectónico de Hitler. Con todo, el estilo que más lo atraía era el mismo neobarroco ostentoso que Guillermo II quiso que Ihne, su arquitecto de corte, cultivara.

En el fondo sólo se trataba de un «barroco decadente» parecido al que acompañó al ocaso del Imperio Romano. Así, en arquitectura, al igual que en pintura y escultura, Hitler seguía atrapado en el ambiente de su juventud, situado entre 1880 y 1910, que prestó sus especiales características tanto a su gusto artístico como a sus ideas políticas.

Hitler era muy contradictorio. Por ejemplo, podía hablar con entusiasmo de sus modelos vieneses, que seguramente había conocido de joven, para explicar a continuación:

—No supe lo que era la arquitectura hasta que conocí a Troost. Cuando empecé a tener algo de dinero, me iba comprando, uno tras otro, muebles diseñados por él, examinaba sus obras, la decoración del Europa, y siempre me sentí agradecido al destino que, bajo la forma de la señora Bruckmann, me puso en contacto con este maestro. Cuando el Partido dispuso de más medios, le encargué reformar y amueblar la Braunes Haus. Ya ha visto usted el resultado. ¡Cuántas dificultades me causó! Esos pequeñoburgueses del Partido lo encontraban demasiado caro. ¡Y cuántas cosas no habré aprendido del profesor mientras hacía esa reforma!

Paul Ludwig Troost era un westfaliano alto y delgado. Reservado en el hablar, de sobrios ademanes, pertenecía a un grupo de arquitectos, entre los cuales se contaban también Peter Behrens, Joseph M. Olbrich, Bruno Paul y Walter Gropius, que antes de 1914 impulsaron un movimiento que, como reacción ante la profusión ornamental del Jugendstil, propugnaba la contención arquitectónica y la ausencia de ornamentación y defendía un tradicionalismo espartano unido a elementos de la arquitectura moderna. Aunque Troost había tenido éxitos ocasionales en algunos concursos, antes de 1933 nunca llegó a formar parte del grupo de los mejores.

En realidad no existía un «estilo del *Führer*», por mucho que

la prensa del Partido hablara de él sin cesar. Lo que se constituyó como arquitectura oficial del Reich era únicamente el neoclasicismo transmitido por Troost, que más adelante, al multiplicarlo, transformarlo, exagerarlo o incluso desfigurarlo, sería deformado hasta el ridículo. Hitler creía haber encontrado en las tribus dóricas algunos puntos de conexión con su mundo germánico, lo que hacía que apreciara más el carácter supratemporal del estilo clasicista. Aun así, sería una equivocación buscar en Hitler un estilo arquitectónico con base ideológica. Eso no habría respondido a su pragmatismo.

• • •

No hay duda de que Hitler perseguía un fin determinado al llevarme con él regularmente a Munich para examinar las obras. Estaba claro que pretendía hacer también de mí un discípulo de Troost. Yo siempre estaba dispuesto a aprender y, desde luego, Troost me enseñó muchas cosas. La arquitectura de mi segundo maestro, rica aunque sobria a causa de su limitación a los elementos formales más simples, influyó en mí de una manera decisiva.

La prolongada conversación de sobremesa del Osteria había terminado ya.

—El profesor me ha dicho hoy que están desencofrando la escalera del *Führerbau*. Me muero de impaciencia. Brückner, haga traer el coche. Vamos a verlo ahora mismo. Usted vendrá conmigo, ¿verdad?

Se dirigió directamente a la caja de la escalera del edificio, la miró desde abajo, desde la galería, desde la escalera, volvió a subir y se mostró entusiasmado. Inspeccionamos la obra desde todos los ángulos y Hitler demostró una vez más su conocimiento exacto de todos los detalles y todas las medidas, lo que dejó estupefactos a los que estaban trabajando allí. Complacido por los progresos de la obra y satisfecho consigo

mismo por ser la causa y el motor de aquella edificación, se dirigió al próximo objetivo: la villa de su fotógrafo en Munich-Bogenhausen.

Cuando hacía buen tiempo, el café se servía en el pequeño jardín de esta casa, que, rodeado por los jardines de los edificios colindantes, no tendría más de unos doscientos metros cuadrados. Hitler trataba de resistirse a los pasteles, pero siempre terminaba por aceptar una pequeña porción después de hacer muchos cumplidos a la señora de la casa. Cuando lucía el sol, podía ocurrir que el *Führer* y canciller del Reich se quitara la americana y se tendiera en el césped en mangas de camisa. Con los Hoffmann se sentía como en su casa. En una ocasión pidió un volumen de Ludwig Thoma, eligió un fragmento y nos lo estuvo leyendo en voz alta.

Lo complacían especialmente los cuadros que el fotógrafo le enviaba para que eligiese alguno. Al principio me quedé asombrado al ver lo que Hoffmann presentaba a Hitler y lo que merecía su aprobación. Con el tiempo me fui acostumbrando, aunque nadie logró disuadirme de seguir coleccionado paisajes del primer romanticismo, de Rottmann, Fries o Kobell, por ejemplo.

Uno de los pintores preferidos de Hitler y Hoffmann era Eduard Grützner, que con sus monjes y bodegueros aficionados al vino cuadraba mejor con la forma de vivir del fotógrafo que con la del abstemio Hitler, quien contemplaba aquellas obras desde el punto de vista «artístico»:

—¿Cómo? ¿Sólo cuesta cinco mil marcos?

Lo más seguro es que el valor comercial del cuadro no superara los dos mil.

—¿Sabe usted, Hoffmann? ¡Es una verdadera ganga! ¡Fíjese usted en estos detalles! A Grützner no se lo aprecia en absoluto como merece.

La siguiente obra de este pintor le costó bastante más.

—Es simplemente que aún no ha sido descubierto. Al fin y al cabo, tampoco Rembrandt valía nada hasta varios decenios después de su muerte. En su tiempo, sus cuadros eran casi regalados. Créame usted, algún día este Grützner valdrá tanto como un Rembrandt. Ni siquiera Rembrandt habría sabido pintar esto mejor.

Hitler consideraba que la última parte del siglo XIX había constituido una de las principales épocas culturales de la humanidad en todas las esferas artísticas; en su opinión, sólo la falta de perspectiva histórica impedía reconocerlo. Pero esta valoración positiva se detenía ante el impresionismo, mientras que el naturalismo de un Leibl o un Thoma casaba a la perfección con sus bienpensantes inclinaciones artísticas. Para él, Makart era el más grande, aunque también apreciaba mucho a Spitzweg. En este segundo caso yo podía comprender su preferencia, si bien lo que Hitler admiraba era menos la pincelada generosa y muchas veces impresionista de la obra de este pintor que su adscripción a un género pequeñoburgués y el humor benevolente con que ironizaba sobre la provinciana Munich de su tiempo.

El fotógrafo se sintió turbado y sorprendido cuando salió a la luz que un falsificador se había aprovechado de aquella afición a Spitzweg. Al principio a Hitler lo intranquilizó no saber cuáles de las pinturas que tenía de él eran auténticas, pero pronto se sobrepuso a la duda y dijo con malignidad:

—¿Sabe usted? Algunos de los Spitzweg que cuelgan en casa de Hoffmann son falsos, lo he notado. Pero dejémosle la ilusión —añadió con el acento bávaro que Hitler gustaba de adoptar cuando se hallaba en Munich.

Visitaba con frecuencia el salón de té Carlton, un local seudolujoso con copias de muebles de estilo y arañas de cristal

falso. El local le gustaba porque allí los muniqueses lo dejaban tranquilo y no lo importunaban con aplausos y pidiéndole autógrafos, como solía ocurrirle en otros sitios. A menudo me llamaban desde el domicilio de Hitler a altas horas de la noche:

—El *Führer* se dirige al Café Heck y le ruega que vaya usted también.

Entonces tenía que saltar de la cama, sabiendo que no habría manera de regresar antes de las dos o las tres de la madrugada.

De vez en cuando Hitler se disculpaba:

—Me acostumbré a estas largas veladas en mis años de lucha. Después de las reuniones tenía que encontrarme con los viejos camaradas, y además mis discursos solían animarme tanto que no habría podido dormir hasta la madrugada.

Al contrario que el Carlton, el Café Heck estaba decorado con sencillas sillas de madera y mesas de hierro. Era el antiguo café del Partido, el local en el que Hitler solía reunirse con sus camaradas de lucha. Sin embargo, después de 1933 no volvió a hacerlo, a pesar de la adhesión que le habían demostrado durante tantos años. Esperaba encontrarme con un estrecho círculo de amigos muniqueses, pero vi que no lo tenía. Al contrario, Hitler se mostraba más bien malhumorado cuando uno de los antiguos camaradas deseaba hablarle, y casi siempre encontraba algún pretexto para rechazar sus peticiones o demorar el momento de atenderlas. Le parecía que no siempre guardaban las distancias que él, aunque siguiera mostrándose amable, empezaba a considerar adecuadas. Creían haberse ganado el derecho a la intimidad con Hitler, por lo que se permitían familiaridades que no se ajustaban al papel histórico que se había atribuido.

Era muy raro que Hitler visitara a alguno de los viejos camaradas. Ellos, entretanto, se habían apropiado de villas

señoriales y la mayoría disfrutaba de cargos importantes. Su única reunión fue la que se celebró en el Bürgerbräukeller con motivo del aniversario del intento de golpe de estado del 9 de noviembre de 1923. Sorprendentemente, a Hitler el reencuentro no le hacía la menor ilusión, y solía mostrar su disgusto por aquel compromiso.

Después de 1933 se habían constituido con bastante rapidez diversos ambientes que se mantenían alejados unos de otros, rivalizaban entre sí y se desdeñaban. Alrededor de cada nuevo dignatario se formaba enseguida un estrecho círculo de personas que parecían sentir una mezcla de desagrado y desprecio hacia los otros grupos. Así, Himmler trataba casi exclusivamente con su séquito de las SS, donde contaba con una veneración sin reservas. Göring tenía a su alrededor una horda de incondicionales, constituida por sus familiares más próximos y sus más estrechos colaboradores y asistentes. Goebbels se sentía a sus anchas rodeado de admiradores procedentes del campo de la literatura y del cine. Hess se mantenía ocupado con los problemas de la medicina homeopática, era aficionado a la música de cámara y tenía conocidos excéntricos, aunque interesantes.

Como intelectual, Goebbels miraba por encima del hombro a los incultos pequeñoburgueses de los grupos dirigentes de Munich, quienes, a su vez, se mofaban de las ambiciones literarias del vanidoso doctor. Por su parte, Göring no consideraba que estuvieran a su altura ni los pequeñoburgueses de Munich ni Goebbels, por lo que evitaba toda relación social con ellos, mientras que Himmler, debido a las ideas elitistas de las SS, que se traslucían en su predilección por los hijos de príncipes y condes, se consideraba muy por encima de todos los demás. Al fin y al cabo, también Hitler tenía un entorno de íntimos que iba con él a todas partes y que siempre estaba compuesto por las mismas personas: chóferes, fotógrafo, piloto y

secretarios.

Si bien Hitler unía políticamente estos círculos tan diversos, un año después de la toma del poder Himmler, Göring o Hess no estaban presentes en sus comidas o en sus proyecciones lo bastante a menudo para que se pudiera hablar de una sociedad del nuevo régimen. Y cuando acudían, su interés estaba tan concentrado en Hitler y en su favor que no se llegaban a producir contactos con los otros grupos.

Es cierto que Hitler tampoco fomentaba la cohesión social del grupo dirigente. Cuando, posteriormente, la situación se hizo cada vez más crítica, tendió a observar con mayor desconfianza aún los distintos intentos de aproximación. Sólo cuando todo hubo terminado, y estando en cautividad, los líderes de estos microcosmos cerrados que lograron sobrevivir se reunieron por primera vez en un hotel de Luxemburgo, aunque hay que admitir que lo hicieron a la fuerza.

En la época de la que hablo, Hitler se ocupaba poco de los asuntos estatales o del Partido mientras estaba en Munich, menos todavía que cuando se hallaba en Berlín o en el Obersalzberg. Por lo general, sólo disponía de una o dos horas al día para las consultas. La mayor parte del tiempo lo empleaba en vagabundear y deambular por obras en construcción, estudios, cafés y restaurantes, mientras dirigía largos monólogos siempre al mismo entorno, que ya conocía demasiado bien unos temas que eran siempre los mismos y que hacía esfuerzos para ocultar su aburrimiento.

• • •

Después de pasar dos o tres días en Munich, Hitler solía ordenar que se preparara el viaje hacia la «montaña». Recorríamos las polvorientas carreteras secundarias en varios coches descapotables. La autopista de Salzburgo, cuya construcción tenía carácter preferente, aún no estaba terminada.

Solíamos tomar el almuerzo, consistente en un nutritivo pastel al que Hitler casi nunca podía resistirse, en una posada rural de Lambach, a orillas del Chiemsee. A continuación, los ocupantes del segundo y el tercer automóvil seguían tragando polvo dos horas más, pues la columna marchaba bastante cerrada. Después de Berchtesgaden seguíamos por una empinada carretera de montaña llena de baches hasta que por fin llegábamos a la pequeña y acogedora casa de madera que Hitler tenía en el Obersalzberg, de tejado llamativo y modestas habitaciones: un comedor, una pequeña sala de estar y tres dormitorios. Los muebles procedían de la época del patrioterismo decimonónico alemán y daban a la vivienda un aire de pequeña burguesía acomodada. Una jaula dorada con un canario, un ficus y un cacto contribuían a reforzar esta impresión. Había objetos de gusto dudoso decorados con esvásticas, símbolo que también figuraba en varios cojines bordados por sus seguidoras, combinado a veces con un amanecer o con la leyenda «fidelidad eterna». Hitler, embarazado, me decía:

—Ya sé que estas cosas no son bonitas; de hecho, la mayoría son regalos. Pero no quiero desprenderme de ellas.

No tardaba en salir de su dormitorio ataviado con una ligera chaqueta bávara de lino celeste, combinada con una corbata amarilla, en vez de su americana. Por lo general, comenzaba a hablar enseguida de sus planes constructivos.

Al cabo de unas horas llegaba un pequeño Mercedes cerrado con sus dos secretarias, la señorita Wolf y la señorita Schröder. Solían venir acompañadas de una sencilla muchacha muniquesa, más agradable que bonita, de apariencia modesta. Nada hacía pensar que pudiera tratarse de la amante de un soberano: Eva Braun.

Aquel coche cerrado no podía ir jamás en la columna oficial, pues no debía ser relacionado con Hitler. Al mismo tiempo, las

secretarias que viajaban en él servían para encubrir la llegada de la amante. Me sorprendió que Hitler y ella evitaran hacer cualquier cosa que pudiera revelar una relación íntima…, para después, ya entrada la noche, terminar subiendo juntos al dormitorio. Nunca he comprendido la razón de mantener las distancias de una forma tan inútil y forzada incluso en aquel círculo íntimo, para el que no podía pasar inadvertida su relación.

Eva Braun adoptaba una actitud distante con todas las personas del entorno de Hitler. Yo tampoco fui una excepción, aunque su conducta hacia mí se transformó con el paso de los años. Cuando nos conocimos más a fondo, me di cuenta de que su reserva, que muchos interpretaban como arrogancia, no era sino timidez: sabía perfectamente lo equívoca que era su posición en la corte de Hitler.

En nuestros primeros años de relación, Hitler vivía sólo en la casa con Eva Braun, un asistente y un criado. Los cinco o seis invitados, entre ellos Martin Bormann y el jefe de prensa del Reich, Dietrich, así como las dos secretarias, nos alojábamos en una pensión cercana.

La elección del Obersalzberg como lugar de residencia parecía hablar del amor de Hitler por la naturaleza. Sin embargo, en eso me equivocaba. Aunque muchas veces admiraba la belleza de alguna vista, solía atraerlo más el poder de los abismos que la agradable armonía de un paisaje. Puede que sintiera más de lo que expresaba. Me llamó la atención que las flores no le gustaran demasiado; las valoraba sobre todo como elemento decorativo. Cuando hacia 1934 una delegación de la organización femenina de Berlín quiso recibir a Hitler en la estación de Anhalt y entregarle un ramo de flores, la jefa de la delegación llamó por teléfono a Hanke, secretario del ministro de Propaganda, para averiguar cuál era la flor preferida de

Hitler. Hanke me dijo:

—He telefoneado a todo el mundo, he preguntado a los asistentes, y nada. ¡No tiene ninguna flor favorita! —Tras reflexionar un momento, prosiguió—: ¿Qué opina usted, Speer? ¿Y si decimos que es el edelweiss? Creo que eso será lo mejor. Por una parte, es poco corriente, y además procede de las montañas de Baviera. ¡Diremos que es ésta, y asunto concluido!

Desde aquel momento, el edelweiss fue oficialmente la «flor del *Führer*». Esto demuestra con cuánta independencia actuaba a veces la propaganda del Partido al configurar la imagen de Hitler.

Hitler hablaba a menudo de las grandes excursiones de montaña que, según decía, había realizado en otros tiempos. Bien es verdad que habrían sido insignificantes para un alpinista. No le gustaban el montañismo ni el esquí alpino:

—¿Cómo puede haber alguien que encuentre placer en prolongar artificialmente el espantoso invierno quedándose en las alturas?

Su aversión por la nieve se puso de manifiesto una y otra vez mucho antes de la catastrófica campaña de invierno de 1941-1942.

—Si por mí fuera, prohibiría esta clase de deporte, pues provoca muchos accidentes. Pero estos locos son la cantera de las tropas de montaña.

De 1934 a 1936, Hitler todavía daba largos paseos por los senderos públicos de montaña, acompañado de sus invitados y de dos o tres funcionarios de policía, vestidos de paisano, que pertenecían a su escolta. Eva Braun podía acompañarlo en estos paseos, aunque sólo junto a las dos secretarias, al final de la columna.

Ser llamado por Hitler a la cabeza de la columna era considerado un privilegio, aunque la conversación con él fluía

con mucha lentitud. Al cabo de aproximadamente media hora, Hitler cambiaba de compañero:

—¡Tráigame al jefe de prensa!

Y el acompañante debía reunirse con los demás. La excursión se hacía a paso vivo. Muchas veces nos encontrábamos a otros paseantes, que se detenían al borde del camino y saludaban a Hitler con veneración. A veces, sobre todo las mujeres, hacían acopio de valor y le hablaban, y él les respondía con algunas palabras amables.

A veces la meta era el Hochlenzer, una pequeña posada de montaña, o bien el Scharitzkehl, a una hora de camino, donde se podía beber cerveza o un vaso de leche en sencillas mesas de madera al aire libre. Muy raramente las excursiones eran más largas. Una vez hicimos una con el capitán general Von Blomberg, general en jefe de la Wehrmacht. Tuvimos que mantenernos a una cierta distancia, y supusimos que hablaban sobre todo de cuestiones militares. Cuando nos detuvimos en el claro de un bosque, Hitler ordenó a su criado que extendiera la manta en un lugar alejado del grupo y se tendió en ella con el capitán general. La imagen parecía pacífica y no resultaba nada sospechosa.

En una ocasión fuimos en coche hasta el Königsee y desde allí, en una barca motora, a la península de Bartholomä; otro día hicimos una excursión de tres horas hasta el Königsee, pasando por el Scharitzkehl. El último tramo tuvimos que hacerlo sorteando a los numerosos paseantes, atraídos por el buen tiempo. Al principio casi nadie reconoció a Hitler, que llevaba su traje rural bávaro, ya que no imaginaban que estuviera entre los caminantes. Sólo poco antes de llegar a nuestra meta, la hospedería Schiffmeister, se formó una gran aglomeración de entusiastas que poco a poco habían comprendido con quién se habían tropezado y siguieron a nuestro grupo muy excitados.

Logramos alcanzar la puerta de la hospedería, precedidos a toda prisa por Hitler, cuando la creciente multitud estaba a punto de rodearnos. Permanecimos sentados ante un café y un trozo de pastel mientras la gran plaza se iba llenando. Hitler no subió al coche descapotable hasta que llegaron refuerzos de la escolta. De pie junto al chófer sobre el asiento delantero plegado, con la mano izquierda apoyada en el parabrisas, pudieron verlo incluso los que se encontraban más lejos. En tales momentos, el entusiasmo se volvía frenético; la larga espera se había visto premiada por fin. El automóvil iba precedido por dos hombres de la escolta y flanqueado por otros seis, tres a cada lado, mientras el vehículo se abría camino despacio entre la gente. Como casi siempre, yo iba en el asiento plegable, justo detrás de Hitler, y nunca olvidaré aquella explosión de júbilo, la embriaguez que expresaban tantísimos rostros. En sus primeros años de gobierno, estas escenas se repetían en cualquier sitio al que Hitler llegara o en el que tuviera que estacionar un rato el coche. No las provocaba la manipulación retórica de las masas, sino que era única y exclusivamente el efecto de su presencia. Mientras que por lo general los distintos individuos que formaban la multitud sólo sucumbían unos segundos a aquellos transportes, Hitler estaba expuesto a ellos de continuo. En aquel tiempo me parecía admirable que, a pesar de ello, mantuviera la naturalidad en sus relaciones personales.

Quizá resulte comprensible: también yo me sentía arrastrado por aquellos raptos de veneración. Pero aún me subyugaba mucho más hablar, minutos u horas después, con el ídolo de un pueblo para discutir respecto a los planos, sentarme a su lado en el teatro o comer con él ravioli en el Osteria. Era este contraste el que me sometía.

Mientras que algunos meses antes todavía me entusiasmaba la perspectiva de proyectar y construir, ahora estaba completamente cautivado por Hitler, atrapado por él

incondicionalmente, sin poderme liberar; habría estado dispuesto a seguirlo a todas partes. Sin embargo, estaba claro que lo único que él pretendía era procurarme una gloriosa carrera de arquitecto. Décadas después leí, en la prisión de Spandau, las palabras de Cassirer sobre los hombres que por propia iniciativa desdeñan el mayor privilegio del ser humano, el de ser dueños de sí mismos[12].

Ahora yo era uno de ellos.

• • •

Dos fallecimientos ocurridos en el año 1934 marcaron la esfera privada y estatal: Troost, el arquitecto de Hitler, murió el 21 de enero tras unas semanas de grave enfermedad, y el 2 de agosto falleció Von Hindenburg, el presidente del Reich: esa muerte abría a Hitler el camino hacia el poder absoluto.

El 15 de octubre de 1933, Hitler puso solemnemente la primera piedra de la Haus der Deutsche Kunst en Munich. Dio los golpes necesarios con un delicado martillo de plata que Troost había diseñado para la ocasión. El martillo saltó en pedazos. Cuatro meses después, Hitler nos dijo:

—Cuando se rompió el martillo, pensé: «¡Esto es un mal presagio! ¡Algo va a ocurrir!». Y ahora ya sabemos por qué se rompió el martillo: el arquitecto tenía que morir.

Con aquellas palabras daba prueba de su superstición, de la que fui testigo muchas otras veces.

La muerte de Troost también supuso una grave pérdida para mí. Precisamente se estaba iniciando entre nosotros una estrecha relación de la que yo esperaba mucho, tanto en el aspecto humano como en el artístico. Funk, subsecretario de Goebbels en aquel tiempo, era de otra opinión: el día de la muerte de Troost me lo encontré en la antesala del ministro fumando un enorme puro con cara de satisfacción:

—¡Lo felicito! ¡Ahora el primero es usted!

Yo tenía veintiocho años.

CAPÍTULO V

MEGALOMANÍA EDIFICATORIA

Durante un tiempo pareció como si el propio Hitler fuera a hacerse cargo del despacho de Troost. Lo inquietaba que los proyectos pudieran desarrollarse sin la necesaria sintonía con las ideas del difunto:

—Lo mejor será que me ocupe personalmente de todo —opinaba.

A fin de cuentas, aquel propósito no era más peregrino que el de asumir el Alto Mando del Ejército, como haría posteriormente.

No hay duda de que durante unas semanas se sintió tentado por la idea de dirigir un taller de arquitectura bien organizado. Durante el viaje a Munich, para prepararse, hablaba de algún anteproyecto o hacía bocetos, y unas horas después se sentaba a la mesa de dibujo del jefe del despacho y se dedicaba a corregir planos. Pero este hombre, Gall, un muniqués sencillo y honrado, defendió con inesperada tenacidad la obra de Troost, no se avino a aceptar los dibujos de Hitler, al principio muy detallados, y los hizo mejor que él.

Hitler no tardó en depositar su confianza en Gall y renunció tácitamente a sus propósitos. Había reconocido la valía de aquel hombre. Al cabo de algún tiempo también le confió la dirección del taller y le hizo encargos suplementarios.

Hitler continuó manteniendo una estrecha relación con la

esposa de su difunto arquitecto, a la que lo unía desde tiempo atrás una gran amistad. Era una mujer de buen gusto y de carácter, que defendía sus propias opiniones, a menudo caprichosas, con mucha más tenacidad que la mayoría de hombres que ostentaban cargos oficiales. Defendía la obra de su fallecido esposo con amarga y a veces excesiva vehemencia, por lo que muchos la temían. Combatió a Bonatz, que fue lo bastante imprudente como para pronunciarse abiertamente contra la reforma de Troost de la Königsplatz de Munich; también se revolvió con dureza contra los arquitectos modernos Vorhölzer y Abel, coincidiendo con Hitler en todos los casos. Por otra parte, ponía a Hitler en contacto con arquitectos muniqueses que ella elegía, rechazaba o alababa a artistas y acontecimientos artísticos, y pronto, dado que Hitler le hacía caso, llegó a convertirse en una especie de juez artístico de Munich. Por desgracia, no lo fue en pintura. Aquí Hitler había dejado a cargo de su fotógrafo, Hoffmann, la primera inspección de los cuadros que debían incluirse en la «Gran Exposición Artística», que se celebraba una vez al año. La señora de Troost criticaba con frecuencia la parcialidad de la elección, pero como Hitler no daba su brazo a torcer en este terreno, pronto renunció a tomar parte en las inspecciones. Cuando yo deseaba regalar pinturas a mis colaboradores, encargaba a mis compradores que se dieran una vuelta por el sótano de la Haus der Deutsche Kunst, donde se almacenaban las obras rechazadas. En la actualidad, cuando veo esos cuadros en casa de algún conocido, me doy cuenta de que no están muy lejos de las que se exhibían en aquella época. Las diferencias, tan encarnizadamente debatidas en su día, han desaparecido.

• • •

El *putsch* de Röhm me sorprendió en Berlín. La tensión se había adueñado de la ciudad; soldados equipados para el combate esperaban en el Tiergarten; la policía, armada con

fusiles, recorría en camiones las calles de la ciudad; el aire estaba verdaderamente enrarecido, como el del 20 de julio de 1944, que también me tocaría pasar allí.

Al día siguiente Göring se convirtió en el que había salvado la situación en Berlín. Hitler regresó de Munich cerca del mediodía, tras acabar con las detenciones, y yo recibí una llamada de su asistente:

—¿Tiene usted planos nuevos? ¡Tráigalos inmediatamente!

Eso quería decir que había que atraer la atención de Hitler hacia la arquitectura para apartarla de su entorno.

Hitler estaba muy excitado y, según sigo creyendo hoy, íntimamente convencido de haber superado un grave peligro. Durante los días que siguieron nos contó una y otra vez cómo había entrado en el hotel Hanselmayer de Wiessee, y no olvidaba poner también de manifiesto su valor:

—¡Íbamos desarmados, imagínese, y no sabíamos si esos cerdos iban a hacernos frente con guardias armados!

La atmósfera homosexual lo había asqueado.

—Sorprendimos a dos jóvenes desnudos en una habitación. —Dejaba claro que su actuación se había producido justo a tiempo de evitar una catástrofe—. ¡Sólo yo podía solucionarlo! ¡Yo y nadie más!

Los que lo rodeaban procuraban incrementar la repulsión que le inspiraban los jefes de las SA fusilados, por lo que se afanaban en contar todos los detalles imaginables de la vida íntima de Röhm y sus partidarios. Brückner mostró a Hitler los menús de los banquetes que organizaba aquella tropa disoluta, supuestamente hallados en el cuartel general berlinés de las SA. En ellos aparecía un gran número de platos con exquisiteces traídas del extranjero, ancas de rana, lenguas de pájaro, aletas de tiburón, huevos de gaviota; todo ello regado con añejos vinos franceses y con el mejor champaña. Hitler comentó con ironía:

—¡Vaya, así que éstos eran los revolucionarios! ¡Los que decían que nuestra revolución era demasiado indolente!

Regresó muy satisfecho de una visita que hizo al presidente del Reich. Según contó, Hindenburg había aprobado su proceder más o menos con estas palabras:

—Cuando llega el momento, no se debe retroceder ante las más graves consecuencias. También tiene que poder fluir la sangre.

Al mismo tiempo, en los periódicos se leía que el presidente del Reich, Von Hindenburg, había felicitado oficialmente al canciller del Reich y al presidente del Consejo de Ministros de Prusia, Hermann Göring, por su hazaña[13].

La jefatura del Partido, con un dinamismo febril, hizo todo lo que estuvo a su alcance para justificar la acción. Aquella prolongada actividad terminó con un discurso que Hitler pronunció ante el Reichstag, al que había convocado para este fin; sus protestas de inocencia permitían percibir un sentimiento de culpabilidad. Un Hitler que se defendía: eso era algo que no volveríamos a ver en el futuro, ni siquiera en 1939, cuando Alemania entró en guerra. También se le pidieron explicaciones al ministro de Justicia, Gürtner. Como no pertenecía al Partido y, por lo tanto, aparentemente no dependía de Hitler, su presencia fue decisiva para los que todavía dudaban. El hecho de que la Wehrmacht aceptara en silencio la muerte del general Schleicher llamó mucho la atención. Con todo, lo que más nos impresionó a mí y aquellos de mis conocidos que no eran políticos fue la postura de Hindenburg. Para la generación burguesa de entonces, el mariscal de campo de la Primera Guerra Mundial constituía una autoridad respetable. En mis años de escolar era un héroe firme e inflexible de la Historia Contemporánea; el aura que lo rodeaba nos parecía legendaria: durante el último año de la guerra, secundados por los adultos,

clavábamos en las enormes estatuas de Hindenburg clavos de hierro, de los que costaban un marco. Desde mis tiempos de escolar, Hindenburg representaba la máxima expresión de la autoridad. Saber a Hitler protegido por aquella máxima instancia infundía una sensación de tranquilidad y alivio general.

No fue casual que, tras el *putsch* de Röhm, la derecha, representada por el presidente del Reich, el ministro de Justicia y el generalato, se pusiera de parte de Hitler, a pesar de que no compartía su antisemitismo radical y despreciaba sus estallidos de odio plebeyo. Su conservadurismo no tenía nada en común con el delirio racista. Las simpatías con que acogió la intervención de Hitler tenía unas causas muy distintas: en la acción homicida del 30 de junio de 1934 quedó eliminada la poderosa ala izquierda del Partido, representada sobre todo por las SA. Esta tendencia sentía que le habían sido arrebatados los frutos de la revolución. Y no sin razón, pues la mayoría de sus componentes habían sido preparados para la revolución antes de 1933 y se tomaban en serio el programa supuestamente socialista de Hitler. Durante el tiempo que permanecí en Wannsee pude observar de cerca, en los estratos más bajos, cómo el hombre sencillo de las SA soportaba toda clase de privaciones, riesgos y pérdidas de tiempo con la idea de recibir algún día unas contraprestaciones palpables. Cuando éstas no llegaron, comenzaron a acumularse la insatisfacción y el enojo, que habrían podido llegar a adquirir fuerza explosiva. Es posible que la intervención de Hitler impidiera el estallido de la «segunda revolución» que Röhm había estado pregonando.

Apaciguamos nuestras conciencias con esos argumentos. Yo y muchos otros recurrimos ansiosamente a las disculpas y elevamos a la norma de nuestro nuevo entorno algo que sólo dos años antes nos habría irritado. Reprimimos las dudas que habrían podido molestarnos. Ahora, a varias décadas de

distancia, me siento consternado por la irreflexión de aquellos años[14].

Las consecuencias de aquel suceso supusieron para mí un encargo al día siguiente:

—Tiene usted que reformar con la mayor rapidez posible el palacio de Borsig. Quiero trasladar de Munich aquí el mando supremo de las SA, para tenerlo cerca en el futuro. Vaya a verlo y póngase a trabajar enseguida.

Ante mi objeción de que allí se encontraba el departamento oficial del vicecanciller, Hitler se limitó a añadir:

—¡Pues que lo desalojen enseguida! No deje que eso lo preocupe.

Con este encargo en mi poder, me dirigí inmediatamente a la sede oficial de Von Papen; por supuesto, el jefe de la oficina no sabía nada de aquel plan. Me propusieron que esperara unos meses, hasta que encontraran y adecuaran otro local. Cuando volví junto a Hitler, se puso furioso y no sólo renovó la orden de desalojo, sino que también dispuso que comenzara las obras enseguida y sin contemplaciones.

Von Papen no apareció y los funcionarios me prometieron que al cabo de una o dos semanas habrían trasladado debidamente todos los expedientes a un local provisional. Entonces ordené a los operarios que penetraran en el edificio todavía ocupado y procuré que retiraran los ricos perfiles de estuco de paredes y techos haciendo mucho ruido y levantando la mayor cantidad de polvo posible. El polvo penetraba en los despachos por las juntas de las puertas y el ruido impedía a nadie trabajar. A Hitler le encantó el sistema. Su entusiasmo fue acompañado de agudezas a costa de los «polvorientos funcionarios».

Veinticuatro horas después se produjo el desalojo. En una de las habitaciones vi una gran mancha de sangre seca en el

suelo. Herbert von Bose, uno de los colaboradores de Von Papen, había muerto a tiros allí el 30 de junio. Aparté la vista y desde entonces evité aquella habitación. No me afectó más allá de eso.

• • •

El 2 de agosto falleció Hindenburg. Ese mismo día, Hitler me encargó que me ocupara de los preparativos necesarios para celebrar las exequias fúnebres en el monumento de Tannenberg, en la Prusia Oriental.

Hice levantar una tribuna con bancos de madera en el patio interior y me limité a colgar crespón negro, en lugar de banderas, de las altas torres que lo enmarcaban. Himmler estuvo por allí un par de horas con un grupo de mandos de las SS e hizo que su delegado le explicara las medidas de seguridad que se habían adoptado. Mientras le exponía mi proyecto, mantuvo la misma actitud inaccesible. Tuve la impresión de que era un ser distante e impersonal. No parecía relacionarse con las personas, sino manejarlas.

Los bancos de madera clara alteraban el marco sombrío que quería conseguir. Hacía buen tiempo, así que ordené que los pintaran de negro, pero por desgracia comenzó a llover a últimas horas de la tarde y no amainó en varios días, por lo que la pintura no se secó. Hicimos traer de Berlín, en un avión especial, fardos de tela negra para recubrir los bancos. Con todo, la pintura negra traspasaba la tela, por lo que a más de un asistente se le echaría a perder la ropa.

En la noche anterior a la celebración de los funerales, el féretro se trasladó en un armón de artillería desde la finca de Neudeck, la propiedad de Hindenburg en la Prusia Oriental, hasta una de las torres del monumento. Lo acompañaban las banderas tradicionales de los regimientos alemanes de la Primera Guerra Mundial y portadores de antorchas. No se pronunció

una sola palabra ni se escuchó ninguna voz de mando. El respetuoso silencio resultó más impresionante que el resto de los actos que se habían organizado.

A la mañana siguiente, el féretro de Hindenburg fue expuesto en el centro del patio de honor. El estrado para los oradores se había montado al lado mismo, sin guardar la debida distancia. Hitler se acercó y Schaub sacó un manuscrito de su cartera y lo puso en el atril. Hitler se dispuso a iniciar su parlamento, titubeó, sacudió la cabeza de forma brusca y nada solemne… El asistente se había equivocado de discurso. Una vez subsanado el error, Hitler pronunció una oración fúnebre sorprendentemente fría y formal.

Hacía tiempo, demasiado para la impaciencia de Hitler, que Hindenburg le ocasionaba dificultades con su rigidez difícilmente influenciable. Había tenido que recurrir a menudo a la astucia o a las intrigas para que aceptara escuchar sus argumentos. Una de las jugadas estratégicas de Hitler consistía en hacer que el prusiano oriental Funk, que por entonces todavía era subsecretario de Goebbels, se reuniera con Hindenburg todas las mañanas para hacerle un informe de prensa. Gracias a la confianza que le inspiraba como paisano, Funk sabía quitar veneno a las noticias que a Hindenburg le habrían resultado políticamente desagradables, o presentárselas de manera que no le inspiraran rechazo.

Hitler nunca se planteó seriamente la reinstauración de la monarquía, tal como quizá esperaran del nuevo régimen Hindenburg y muchos de sus amigos políticos. No era raro oírle decir lo siguiente:

—He dado orden de que se continúen pagando las pensiones a los ministros socialdemócratas, como a Severing. Independientemente de lo que se piense de ellos, no se les puede negar un mérito: haber acabado con la monarquía. Eso significó

un gran paso hacia adelante. Fueron ellos quienes nos prepararon el camino. ¿Y ahora vamos a reinstaurar nosotros esa monarquía? ¿Compartir yo el poder? ¡Fíjese en lo que pasa en Italia! ¿Cree usted que soy tan tonto? Los monarcas siempre han sido desagradecidos con sus primeros colaboradores. Basta pensar en Bismarck. No, no voy a caer en esa trampa, por más amables que se muestren los Hohenzollern.

• • •

A comienzos de 1934, Hitler me sorprendió con el primero de mis grandes encargos. La tribuna provisional de madera que se había levantado en el Zeppelinfeld de Nuremberg tenía que ser sustituida por una construcción de piedra. Estuve torturándome a conciencia con los primeros diseños, hasta que por fin se me ocurrió la idea más convincente: una gran escalinata, realzada y rematada por una larga columnata que se alzaría en la parte superior, y flanqueada por sendos cuerpos de piedra que la cerrarían por ambos lados. No hay duda de que el diseño se hallaba influido por el altar de Pérgamo. Para que la indispensable tribuna de honor no desentonara en el conjunto, traté de colocarla de la manera más discreta posible en el centro de la escalinata.

No muy seguro, pedí a Hitler que viera la maqueta. Sentía cierta aprensión, pues el proyecto era mucho más ambicioso que el encargo. La gran obra de piedra tenía una longitud de 390 metros y una altura de 24. Era casi el doble de larga que las termas de Caracalla, en Roma, que medían 180 metros menos.

Hitler contempló tranquilamente la maqueta de escayola desde todos los ángulos, puso los ojos a la altura adecuada con ademán de entendido, estudió los dibujos en silencio y no dio a entender si le gustaban o no. Yo ya pensaba que rechazaría mi trabajo. Pero entonces, exactamente igual que durante nuestro primer encuentro, dejó oír un escueto «de acuerdo» y se

despidió. Aún hoy sigo sin comprender por qué él, por lo común tan aficionado a dar largas explicaciones, era tan parco en palabras cuando tomaba decisiones de este tipo.

Cuando trataba con otros arquitectos, Hitler solía rechazar el primer anteproyecto; le gustaba ordenar que rehicieran un encargo varias veces e incluso exigía modificaciones de detalle durante el transcurso de la obra. A mí, después de aquella primera prueba, dejó de importunarme. A partir de entonces respetó mis ideas y, como arquitecto, me trataba como a alguien que en cierto modo estaba a su nivel.

A Hitler le gustaba explicar que edificaba para legar a la posteridad el espíritu de su tiempo. Opinaba que, finalmente, lo único que nos hace recordar las grandes épocas históricas son sus monumentos. ¿Qué quedaba de los emperadores romanos? ¿Qué testimonio habrían dejado si no fuera por sus obras? Hitler afirmaba que en la historia de un pueblo se dan siempre períodos de declive, y entonces los monumentos reflejan el poder que tuvo en otro tiempo. Naturalmente, esto no despierta por sí solo una nueva conciencia nacional. Pero cuando tras un largo período de decadencia se enciende de nuevo el sentido de la grandeza nacional, los monumentos erigidos por los antepasados constituyen su recordatorio más efectivo. Así, las obras del Imperio Romano permitían a Mussolini remitirse al espíritu heroico de Roma cuando trataba de divulgar entre su pueblo la idea de un Imperio moderno. Nuestras obras también tendrían que hablar a la conciencia de la Alemania de los siglos venideros. Con este argumento Hitler subrayaba también la importancia de que las construcciones fueran perdurables.

Las obras del Zeppelinfeld comenzaron inmediatamente, a fin de tener terminada por lo menos la tribuna antes de la celebración del siguiente Congreso del Partido. El hangar de los tranvías de Nuremberg tuvo que dar paso a la nueva tribuna.

Pasé ante el amasijo que formaban los restos de hormigón armado del hangar tras su voladura; las barras de hierro asomaban por doquier y habían comenzado a oxidarse. Era fácil imaginar su ulterior descomposición. Aquella desoladora imagen me llevó a una reflexión que posteriormente expuse a Hitler bajo el título algo pretencioso de «teoría del valor como ruina» de una construcción. Su punto de partida era que las construcciones modernas no eran muy apropiadas para constituir el «puente de tradición» hacia futuras generaciones que Hitler deseaba: resultaba inimaginable que unos escombros oxidados transmitieran el espíritu heroico que Hitler admiraba en los monumentos del pasado. Mi «teoría» tenía por objeto resolver este dilema: el empleo de materiales especiales, así como la consideración de ciertas condiciones estructurales específicas, debía permitir la construcción de edificios que cuando llegaran a la decadencia, al cabo de cientos o miles de años (así calculábamos nosotros), pudieran asemejarse un poco a sus modelos romanos[15].

Para ilustrar mis ideas, hice dibujar una imagen romántica del aspecto que tendría la tribuna del Zeppelinfeld después de varias generaciones de descuido: cubierta de hiedra, con los pilares derruidos y los muros rotos aquí y allá, pero todavía claramente reconocible. El dibujo fue considerado una «blasfemia» en el entorno de Hitler. La sola idea de que hubiera pensado en un período de decadencia del imperio de mil años que acababa de fundarse parecía inaudita. Sin embargo, a Hitler aquella reflexión le pareció evidente y lógica. Ordenó que, en lo sucesivo, las principales edificaciones de su Reich se construyeran de acuerdo con la «ley de las ruinas».

• • •

Durante una inspección del terreno en que se iba a celebrar el Congreso del Partido, Hitler exigió alegremente, volviéndose

a Bormann, que en el futuro yo me presentara vestido con el uniforme del Partido. Los miembros de su entorno, entre ellos el médico de cabecera, el fotógrafo e incluso el director de la casa Daimler-Benz ya lo habían recibido. Es verdad que ver a un hombre vestido de paisano entre tantos uniformes llamaba la atención. Con aquel pequeño gesto, Hitler daba a entender también que me incluía en su círculo más próximo; aunque nunca habría expresado desagrado si uno de sus conocidos hubiera aparecido en la Cancillería del Reich o en el Berghof en traje de civil, pues él mismo prefería vestir así siempre que le era posible, sus viajes e inspecciones eran de carácter oficial y el uniforme debía de parecerle el único atuendo adecuado en tales circunstancias. Así, a comienzos de 1934 me convertí en jefe de sección, integrado en la plana mayor de su lugarteniente Rudolf Hess. Unos meses después, Goebbels me asignó la misma categoría debido a mis preparativos de las manifestaciones masivas del Congreso del Partido, la Fiesta de la Cosecha y el Primero de Mayo.

El 30 de enero de 1934, a propuesta de Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo, se creó una organización para el tiempo libre que recibió el nombre de «Fuerza por la Alegría». Dentro de este organismo, yo debía hacerme cargo de la sección «Belleza del Trabajo», cuya denominación provocaba no menos comentarios sarcásticos. Poco tiempo antes, Ley, en uno de sus viajes por la provincia holandesa de Limburgo, había visto unas instalaciones mineras que se distinguían por su escrupulosa limpieza y por la pulcritud del entorno ajardinado. Su tendencia a la generalización lo llevó a desarrollar, a partir de aquel ejemplo, una idea que debería aplicarse a todas las industrias alemanas. Su ocurrencia me procuró una actividad adicional que realicé voluntariamente y me dio gran satisfacción. Lo primero que hicimos fue influir en los propietarios de las fábricas para que rehabilitaran sus locales y pusieran flores en los talleres. Pero

nuestra ambición no se limitó a esto: había que ampliar los ventanales e instalar cantinas; de más de un rincón antes destinado a los desperdicios surgió un lugar de descanso, y el césped sustituyó al asfalto. Nos ocupamos de estandarizar una vajilla sencilla, diseñamos un modelo normalizado para el mobiliario, que se produjo en grandes cantidades, y cuidamos de que se asesorara a las empresas, por medio de especialistas y de películas explicativas, respecto a la iluminación artificial y a la ventilación de los lugares de trabajo. Convencí a antiguos funcionarios de los sindicatos y a algunos miembros de la disuelta Deutscher Werkbund para que colaboraran en estos proyectos. Todos ellos se entregaron de lleno a la tarea, decididos a contribuir un poco a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y a poner en práctica la consigna de una comunidad nacional sin distinciones de clases. Me sorprendió que Hitler apenas mostrara interés por aquellas ideas. Aunque era capaz de perderse en los detalles de un proyecto arquitectónico, se mostraba indiferente cuando le hablaba del ámbito social de mi trabajo. En cualquier caso, el embajador británico en Berlín lo apreció más que él[16].

Debido a mis cargos oficiales, en primavera de 1934 fui invitado a una recepción oficial nocturna que dio Hitler como jefe del Partido; la invitación incluía a las esposas. Se nos distribuyó, en grupos de seis a ocho personas, en varias mesas redondas que se habían dispuesto en el gran comedor de la residencia del canciller. Hitler iba de mesa en mesa, decía unas cuantas frases amables y se hacía presentar a las señoras. Cuando se acercó a nosotros, le presenté a mi mujer, cuya existencia le había ocultado hasta entonces.

—¿Por qué nos ha privado usted tanto tiempo de su esposa? —me preguntó unos días más tarde, evidentemente impresionado.

Es verdad que yo había evitado aquel encuentro, entre otros motivos porque me repugnaba cómo trataba a su amante. Además, me parecía que invitar a mi esposa o hacer saber a Hitler de su existencia era cosa de sus asistentes. Claro que no se podía esperar de ellos ningún sentido de la etiqueta. También en la conducta de los asistentes terminaba reflejándose el origen pequeñoburgués de Hitler.

Al dirigirse a mi esposa durante aquella primera noche le dijo, con cierta solemnidad:

—Su marido construirá para mí obras como no se han erigido desde hace cuatro milenios.

En el Zeppelinfeld se celebraba todos los años un acto dedicado al grueso de los funcionarios del Partido. Mientras que las SA, el Servicio del Trabajo y, naturalmente, la Wehrmacht producían gran impresión en Hitler y en el resto de espectadores por la perfecta disciplina que mostraban en sus exhibiciones, resultó realmente difícil presentar de manera favorable a aquellos burócratas. La mayor parte habían transformado sus pequeñas prebendas en inmensas barrigas; no se podía esperar de ellos que marcharan en filas exactamente alineadas. La sección organizadora del Congreso del Partido deliberó sobre este problema, que ya había motivado irónicas observaciones de Hitler. Entonces se me ocurrió la solución:

—Pues dejemos que marchen en la oscuridad.

Desarrollé mi plan ante los jefes de organización del Congreso del Partido. Durante los actos nocturnos, los miles de banderas de todos los grupos locales de Alemania debían colocarse tras los altos muros del Zeppelinfeld y, a una voz de mando, se «derramarían» en diez columnas a través de sendas calles abiertas entre los funcionarios del Partido; las banderas y las brillantes águilas que las coronaban serían iluminadas por diez potentes reflectores, con lo que se podría conseguir un

efecto impresionante. No contento con esto, y como había tenido ocasión de ver nuestros nuevos reflectores antiaéreos, cuyo haz de luz ascendía varios kilómetros, pedí a Hitler 130. Al principio Göring puso algunas trabas a mi solicitud, pues esos reflectores constituían la parte más importante de la reserva estratégica. Hitler, sin embargo, logró convencerlo:

—Si los montamos aquí en tan gran cantidad, en el extranjero creerán que tenemos reflectores a manos llenas.

La impresión superó con mucho lo que había imaginado. Los ciento treinta haces de luz claramente delimitados, colocados alrededor del Zeppelinfeld sólo a doce metros uno de otro, resultaban visibles hasta una altura de seis a ocho kilómetros, y allí se difuminaban en una gran superficie luminosa. El conjunto daba la impresión de un espacio gigantesco en el que los distintos haces parecían tremendos pilares de unos muros exteriores infinitamente altos. Una nube surcaba de vez en cuando la corona de luz y añadía un elemento surrealista al grandioso efecto. Creo que aquella «catedral de luz» constituyó la primera muestra de arquitectura luminosa. Para mí sigue siendo no sólo mi obra más bella, sino también la única de mis creaciones espaciales que, a su manera, ha logrado sobrevivir al paso del tiempo. «Solemne y hermosa a la vez, como si uno se encontrara en una catedral de hielo», escribió el embajador británico Henderson[17].

No se podía relegar a la oscuridad a los dignatarios, ministros del Reich y jefes nacionales y regionales en las ceremonias de colocación de primeras piedras, aunque su aspecto no resultara precisamente más atractivo que el de los funcionarios. Se consiguió, con grandes dificultades, que formaran en fila, con lo que fueron más o menos degradados a la categoría de comparsas, y toleraron con resignación las reprimendas de los impacientes organizadores. En el momento

en que aparecía Hitler, una voz de mando ordenaba a todo el mundo ponerse firmes y alzar el brazo para el saludo nacionalsocialista. Durante la colocación de la primera piedra de la Sala de Congresos de Nuremberg, Hitler me vio en la segunda fila e interrumpió el solemne ceremonial para tenderme la mano. Me quedé tan impresionado por aquel gesto tan poco habitual que dejé caer la mano que tenía levantada para el saludo sobre la calva de Streicher, el jefe regional de Franconia, a quien tenía delante.

Durante los días que duró el Congreso del Partido en Nuremberg fue prácticamente imposible ver a Hitler en privado. Se retiraba para preparar sus discursos, o bien visitaba alguna de las numerosas celebraciones. Le producía especial satisfacción que cada año aumentara el número de visitantes y delegaciones del extranjero, sobre todo cuando procedían de los países del Occidente democrático. Se hacía decir sus nombres durante los apresurados almuerzos y disfrutaba del creciente interés hacia la exhibición que la Alemania nacionalsocialista hacía de sí misma.

Los días de Nuremberg fueron también duros para mí, porque debía ocuparme de preparar todos los edificios a los que Hitler fuera a acudir durante el Congreso. Como «decorador jefe», tenía que procurar que todo estuviera a punto poco antes del comienzo del acto, y después debía dirigirme a toda prisa a ultimar el siguiente. En aquella época sentía gran afición por las banderas y las utilizaba siempre que podía; permitían introducir una nota de color en la arquitectura de piedra. Me di cuenta de que la bandera con la esvástica diseñada por Hitler se adaptaba mucho mejor al uso arquitectónico que la bandera dividida en tres franjas de color. Seguramente no se adecuaba del todo a su soberana dignidad que la empleara como objeto decorativo, para resaltar el ritmo de las fachadas o para cubrir desde el alero hasta la acera los feos edificios de la época de la fundación del

Segundo Reich, ni que le añadiera un borde dorado para realzar aún más el efecto del color rojo. Pero yo lo veía con ojos de arquitecto. Organicé singulares orgías de banderas en las estrechas calles de Goslar y Nuremberg tendiéndolas desde las casas de un lado de la calle a las de enfrente y uniéndolas una con otra, lo que hacía casi imposible contemplar el cielo.

Debido a aquella actividad, me perdí todos los mítines de Hitler, salvo sus «discursos culturales», que él mismo consideraba la cumbre de su oratoria y que solía preparar en el Obersalzberg. En aquella época admiraba esos discursos, no tanto, pensaba yo, por su brillantez retórica como por su meditado contenido, por su nivel. Una vez en Spandau me propuse releerlos después de mi encierro, pues creía poder encontrar en ellos algo de mi antiguo mundo que no me repeliera. Sin embargo, mis esperanzas se vieron defraudadas. Aquellos discursos, que en el pasado habían significado tanto para mí, me resultaban carentes de contenido y de tensión, planos e inútiles. Dejaban ver con claridad el afán de Hitler por adecuar el concepto de cultura, invirtiendo sensiblemente su sentido, a sus propios objetivos de poder. Me resultó incomprensible que en su día aquellos discursos me hubieran impresionado tanto. ¿Qué había pasado?

Tampoco me perdía nunca la inauguración de los congresos del Partido, que comenzaban con la interpretación de *Los maestros cantores* por la orquesta de la Ópera de Berlín bajo la dirección de Furtwängler. Cabría imaginar que aquellas noches de gala, sólo comparables a las de Bayreuth, estarían concurridísimas. Más de mil personalidades del Partido recibían entradas e invitaciones, pero parece ser que preferían informarse sobre la calidad de la cerveza de Nuremberg o del vino de Franconia. Es probable que todos ellos contaran con que los demás cumplirían con su deber de miembros del Partido y se tragarían la sesión de ópera. De hecho, es un mito que los

líderes del Partido fueran amantes de la música. Al contrario, en general eran tipos bastos, anodinos, tan poco aficionados a la música clásica como al arte y a la literatura. Ni siquiera los escasos representantes del mundo intelectual que había en la capa dirigente, como Goebbels, asistían a los conciertos que ofrecía regularmente la Filarmónica de Berlín bajo la batuta de Furtwängler. El ministro de Interior, Frick, era la única personalidad a la que se podía encontrar allí. El propio Hitler, que parecía entusiasmarse por la música, no acudió a los conciertos de la Filarmónica de Berlín más que en contados actos oficiales a partir de 1933.

Por todo lo dicho, resulta comprensible que el Teatro de la Ópera de Nuremberg estuviera casi vacío cuando aquel año Hitler ocupó el palco central para asistir a la representación de *Los maestros cantores*. Hitler reaccionó con gran enojo, pues, según decía, no había nada más ofensivo ni más molesto para un artista que tocar en un local vacío. Hitler envió a varias patrullas a buscar a los altos cargos del Partido por las cervecerías y bodegas, con el encargo de traerlos acto seguido al Teatro de la Ópera; aun así, no se logró llenar la sala. Al día siguiente corrieron chistes entre los mandos de la organización sobre cómo y dónde habían sido atrapados los ausentes.

En consecuencia, al año siguiente Hitler ordenó a todos los líderes del Partido poco aficionados al teatro que asistieran a la representación. Aparecieron con aire de aburrimiento, y muchos de ellos fueron visiblemente vencidos por el sueño. Además, en opinión de Hitler la tibieza de los aplausos no respondió a la espléndida ejecución de la obra. Por tanto, a partir de 1935 la poco artística masa del Partido fue sustituida por un público civil que hubo de pagar un elevado precio por las entradas. El «ambiente» imprescindible para el artista y el aplauso exigido por Hitler no se lograron hasta entonces.

Era ya muy tarde cuando acababa los preparativos y regresaba a mi alojamiento en el hotel Deutscher Hof, reservado al Estado Mayor de Hitler y a los jefes nacionales y regionales. En el restaurante del hotel encontraba siempre a un grupo de veteranos que alborotaban y bebían como cosacos, y que hablaban en voz alta de la traición del Partido a los principios revolucionarios y a los trabajadores. A pesar de que aquellos disidentes sólo recuperaban su viejo espíritu revolucionario bajo el influjo del alcohol, permitían ver que las ideas de Gregor Strasser, que había dirigido el ala anticapitalista del NSDAP, continuaban vigentes, aunque reducidas a una forma de hablar.

En el Congreso del Partido de 1934 tuvo lugar por primera vez un simulacro de combate en presencia de Hitler, que aquella misma noche visitó de manera oficial el campamento militar. En la guerra había sido cabo, y pareció encontrarse de nuevo en un mundo que le era familiar. Se mezcló con los círculos reunidos alrededor de las hogueras del campamento, y los soldados pronto lo rodearon e intercambiaron bromas con él. Hitler regresó muy satisfecho de la inspección y durante la breve comida nos contó más de un interesante detalle.

En cambio, el Alto Mando del Ejército de Tierra no se mostró entusiasmado en absoluto. Su asistente, Hossbach, habló de la «falta de disciplina» de los soldados, que habían olvidado la posición de revista que tenían órdenes de mantener frente al jefe del Estado, e insistió en impedir al año siguiente tales familiaridades, pues eran contrarias a su dignidad. En privado, Hitler se mostró enojado por la crítica, pero dispuesto a ceder. Me quedé sorprendido por su discreción casi desamparada cuando se vio enfrentado a aquellas exigencias. Sin embargo, posiblemente se sintió constreñido por la actitud de prudencia que mantenía frente a la Wehrmacht y por la poca confianza que tenía todavía en sí mismo como jefe del Estado.

Durante los preparativos del Congreso del Partido me encontré con una mujer que ya me había impresionado durante mi época de estudiante: Leni Riefenstahl, estrella o directora de conocidas películas de montañismo y esquí. Hitler le había encargado la realización de una película del Congreso. Aun siendo la única mujer con un cargo oficial en el engranaje del Partido, muchas veces se mostró contraria a su organización, que al principio llegó a estar cerca de desencadenar una revuelta contra ella. Para los jefes políticos de un movimiento tradicionalmente hostil a las mujeres, la seguridad en sí misma de Leni Riefenstahl, que manejaba sin miramientos aquel mundo de hombres para lograr sus fines, constituía una verdadera provocación. Se urdieron intrigas y se hicieron llegar hasta Hess rumores difamantes con el fin de hacerla caer. No obstante, los ataques cesaron después de la primera película del Congreso del Partido, que también convenció a aquellos de entre los más cercanos a Hitler que hasta entonces habían dudado de las cualidades cinematográficas de la directora.

Cuando me encontré con ella, Leni sacó un amarillento recorte de periódico de una cajita:

—Cuando, hace tres años, reformó usted la Jefatura Regional, recorté su fotografía del periódico, aunque no lo conocía.

Cuando le pregunté perplejo por qué lo había hecho, me respondió:

—Pensé entonces que, con esa cabeza, podría usted tener algún papel… En una de mis películas, naturalmente.

Por lo demás, recuerdo que las tomas cinematográficas de una de las solemnes reuniones del Congreso del Partido de 1935 se echaron a perder. A propuesta de Leni Riefenstahl, Hitler ordenó que las escenas se repitieran en un estudio. Dispuse el escenario, que representaba una sección de la sala del congreso,

así como el podio y el estrado de los oradores, en uno de los grandes estudios cinematográficos de Berlín-Johannistal, se instalaron los focos y el equipo de filmación comenzó a trabajar con gran ajetreo… Al fondo del estudio se podía ver a Streicher, Rosenberg y Frank caminando de un lado a otro con sus manuscritos y memorizando sus papeles con aplicación. Entonces llegó Hess y se le pidió filmarlo a él primero. Igual que cuando se hallaba ante los treinta mil oyentes del Congreso del Partido, alzó solemnemente el brazo y con su énfasis característico, que le daba un aire de sincera emoción, se volvió justo hacia el lugar en el que Hitler no estaba y, en actitud de extrema firmeza, exclamó:

—*Mein Führer*, le saludo en nombre del Congreso del Partido. El Congreso continúa. ¡Habla el *Führer*!

Mientras actuaba mostraba una expresión tan convincente que a partir de aquel momento dudé de la autenticidad de sus sentimientos. También los otros tres interpretaron su papel en el vacío de la sala cinematográfica y demostraron ser actores de gran talento. Yo me sentí bastante confuso. A la señora Riefenstahl, en cambio, aquellas tomas le parecieron mejores que las originales.

Es verdad que yo ya admiraba la técnica con la que Hitler, por ejemplo, iba tanteando el terreno durante sus discursos, hasta encontrar la frase precisa con la que provocaría el primer y estruendoso aplauso. Tampoco ignoraba el aspecto demagógico de los mítines, al que yo mismo contribuía con mis decorados. Pero hasta aquel momento había pensado que los sentimientos con que los oradores suscitaban el entusiasmo general eran verdaderos, y me sorprendió mucho ver que todo el arte de hechizar a las masas podía representarse de forma «auténtica» aunque no hubiera público.

• • •

Para las obras de Nuremberg me rondaba por la cabeza una síntesis entre el clasicismo de Troost y la sencillez de Tessenow. Yo la consideraba neoclásica, pues creía haberla derivado del estilo dórico. Me engañaba a mí mismo al querer olvidar que lo que aquellas obras tenían que representar era un escenario monumental, como el que ya se había intentado construir mucho antes, si bien con medios más modestos, en el parisino Campo de Marte durante la Revolución Francesa. Las categorías «clásico» y «sencillo» apenas podían conciliarse con las dimensiones gigantescas que empleé en Nuremberg. A pesar de ello, aquel proyecto sigue siendo el que más me gusta, comparado con otros muchos que hice para Hitler más adelante y que resultaron considerablemente más pretenciosos.

Movido por mi afición al mundo dórico, en mi primer viaje al extranjero, en mayo de 1935, no me dirigí a Italia, para contemplar los palacios del Renacimiento y las colosales obras romanas, a pesar de que allí habría podido encontrar mucho antes mis modelos de piedra, sino a Grecia, lo cual resulta revelador sobre mi forma de ver las cosas en aquella época. Mi esposa y yo buscamos en este país sobre todo los testimonios del mundo dórico y, en una experiencia que nunca olvidaré, nos sentimos profundamente impresionados por el reconstruido estadio de Atenas. Cuando, dos años después, tuve que diseñar un estadio, adopté la forma de herradura del ateniense.

Me pareció que los monumentos de Delfos revelaban la rapidez con que las riquezas procedentes de las colonias jonio-asiáticas hicieron que degenerara la pureza del arte griego. ¿Demuestra esta evolución hasta qué punto es receptiva una elevada conciencia artística y lo insignificantes que son las fuerzas que se requieren para transformar la representación ideal hasta volverla ir reconocible? Hacía esta clase de reflexiones sin la menor preocupación. Me parecía que mis propios trabajos evitaban tales riesgos.

A nuestro regreso, en junio de 1935, quedó terminada mi propia casa, emplazada en Berlín-Schlachtensee: una pequeña construcción provista de comedor, sala de estar y los dormitorios imprescindibles, en un total de 125 m^2 de superficie habitable; era una oposición consciente a la costumbre cada vez más extendida entre la élite del Reich de trasladarse a villas gigantescas o apropiarse palacios. Queríamos evitar la ostentación y el rígido carácter oficial que llevaban a un lento e irremediable proceso de «petrificación» de la vida privada.

Por otra parte, tampoco habría podido construir nada mayor, pues carecía de medios para hacerlo. Mi casa costó setenta mil marcos; para reunirlos, mi padre tuvo que poner a mi disposición una hipoteca de treinta mil. Mis recursos económicos eran escasos, a pesar de que trabajaba como arquitecto profesional para el Partido y el Estado, puesto que, llevado por un impulso de entrega idealista, había renunciado a cobrar honorarios por ninguna de mis obras.

Esa actitud chocó con la incomprensión general. Un día en Berlín, Göring, que se hallaba de un humor inmejorable, me dijo:

—Bueno, señor Speer, ahora tiene mucho trabajo. Ganará también un buen montón de dinero. —Cuando respondí negativamente, me miró sin comprender—. Pero ¿qué dice? ¿Un arquitecto tan ocupado como usted? Pues yo le hacía unos cientos de miles de marcos al año. Esos ideales suyos son una estupidez. ¡Tiene que ganar dinero!

A excepción de las obras de Nuremberg, por las que percibí mil marcos mensuales, en lo sucesivo cobré los honorarios profesionales que me correspondían como arquitecto. A pesar de eso, tuve la precaución de no perder mi independencia profesional convirtiéndome en funcionario. Yo sabía que Hitler tenía más confianza en los arquitectos independientes. Sus

prejuicios contra los funcionarios se manifestaban incluso en este aspecto. Al final, mi fortuna alcanzaba aproximadamente el millón y medio de marcos, y el Reich aún me debía otro millón que no cobré jamás.

Mi familia vivía feliz en aquella casa. Ojalá pudiera escribir que también yo participé de la dicha familiar, tal como antaño habíamos soñado. Cuando llegaba fatigado a casa, muy avanzada la noche, los niños ya hacía rato que estaban en la cama y yo me quedaba con mi esposa, mudo de agotamiento. Cada vez me sentía más envarado; hoy pienso que en el fondo me sucedía lo mismo que a los grandes del Partido, que echaban a perder su vida familiar a causa de su ostentoso estilo de vida. Ellos se quedaban envarados de tanto mantener la pose de oficialidad; yo, en cambio, a causa de un trabajo excesivo.

• • •

En otoño de 1934 me llamó Otto Meissner, que después de Ebert y Hindenburg había encontrado en Hitler a su tercer jefe: tenía que ir con él a Weimar al día siguiente, para dirigirnos desde allí a Nuremberg en compañía de Hitler.

Estuve trabajando hasta la madrugada en ciertas ideas que me tenían ocupado desde hacía algún tiempo. Había que construir nuevas obras monumentales para los congresos del Partido: un campo para las exhibiciones militares, un gran estadio, un auditorio para los discursos culturales de Hitler y los conciertos. ¿Por qué no incorporar todo aquello a lo ya existente y formar un gran centro? Hasta entonces no me había atrevido a tomar la iniciativa en tales cuestiones, pues Hitler se reservaba ese tipo de decisiones. Por tanto, vacilé bastante antes de decidirme a hacer los bocetos.

Una vez en Weimar, Hitler me mostró el proyecto de un «foro del Partido», obra del profesor Paul Schultze-Naumburg.

—Parece un enorme mercado de una ciudad de provincias

—opinó—. No tiene nada especial, nada que lo distinga de épocas anteriores. Puestos a construir un foro para el Partido, en el futuro tendrá que poder verse que ha sido levantado en nuestro tiempo y en nuestro estilo, como la Königsplatz de Munich, por ejemplo.

A Schultze-Naumburg, una autoridad de la Liga para la Defensa de la Cultura Alemana, no se le dio ninguna oportunidad de justificarse: ni siquiera se le comunicó personalmente aquella crítica. Sin tener en cuenta su prestigio, Hitler convocó un nuevo concurso entre diversos arquitectos elegidos por él.

Luego fuimos a casa de Nietzsche, donde su hermana, la señora Förster-Nietzsche, estaba esperando a Hitler. Era evidente que aquella mujer, extravagante y excéntrica, no lograría entenderse con él, por lo que se produjo una conversación extrañamente superficial y fallida. Con todo, el asunto principal quedó resuelto a satisfacción de todos: Hitler asumió la financiación de un anexo en la vieja casa de Nietzsche, y la señora Förster-Nietzsche se mostró de acuerdo con que el arquitecto Schultze-Naumburg hiciera los planos correspondientes:

—Sabrá adaptarse mucho mejor a una casa vieja —comentó Hitler, visiblemente contento de poder ofrecer una pequeña compensación al arquitecto.

A la mañana siguiente continuamos en automóvil hacia Nuremberg, aunque en aquel entonces, y por motivos que iba a comprender ese mismo día, Hitler prefería el tren. Él iba, como siempre, sentado al lado del chófer en un Mercedes descapotable azul oscuro. Yo me sentaba detrás de él, en uno de los asientos plegables, mientras que en el otro iba el criado, que iba sacando mapas de carreteras, bocadillos, pastillas o unas gafas de la cartera de mano según se los pedían. En los asientos posteriores

iban el asistente Brückner y el jefe de prensa, el doctor Dietrich; en un coche de escolta del mismo color que el nuestro viajaban cinco guardaespaldas y el médico de cabecera, el doctor Brandt.

Las dificultades comenzaron cuando, más allá del bosque de Turingia, llegamos a una región densamente poblada. Nos reconocieron al atravesar una localidad, pero pasamos de largo antes de que nadie pudiera reaccionar.

—Fíjese ahora —dijo Hitler—, en el próximo pueblo ya no nos resultará tan fácil. El grupo local del Partido ya debe de haberlos avisado por teléfono.

En efecto, hallamos las calles de la siguiente población llenas de jubilosos ciudadanos. La policía del pueblo hacía todo lo posible por ayudarnos, pero el automóvil avanzaba muy despacio. Cuando logramos rebasar a aquella multitud, algunos entusiastas bajaron la barrera de un paso a nivel para poder saludar a Hitler.

Así pues, íbamos muy lentos. A la hora del almuerzo entramos en una pequeña posada de Hildburgshausen, el pueblo de cuya gendarmería Hitler, años atrás, se había hecho nombrar comisario para conseguir la nacionalidad alemana, aunque nadie mencionó el tema. El posadero no lograba reponerse de tanta excitación. Al asistente le costó un gran esfuerzo que nos ofreciera algo de comer: espagueti con huevos. Tras esperar mucho rato, el asistente tuvo que ir a echar un vistazo a la cocina:

—Las mujeres están tan nerviosas que no pueden ver si los espagueti están hechos o no.

Mientras tanto, en el exterior se habían ido reuniendo miles de personas que llamaban a Hitler a gritos.

—Ojalá ya los hubiéramos dejado atrás… —dijo.

Lentamente, y bajo una lluvia de flores, alcanzamos el portal medieval de la ciudad. Unos jóvenes lo cerraron ante nuestros

ojos, mientras los niños se subían al pescante. Hitler tuvo que repartir autógrafos, y sólo después le abrieron la puerta. Todos se reían y Hitler reía con ellos.

En el campo, en todas partes, los campesinos dejaban lo que estaban haciendo y las mujeres saludaban con la mano. Era una marcha triunfal. Mientras el automóvil seguía avanzando, Hitler se dio la vuelta para mirarme y me dijo:

—Hasta ahora sólo un alemán ha sido celebrado de esta forma: ¡Lutero! Cuando recorría el país, las gentes acudían en masa a verlo y agasajarlo. ¡Igual que hoy a mí!

Aquella gran popularidad era más que comprensible: la opinión pública le atribuía en exclusiva los éxitos obtenidos en economía y en política exterior, y veían cada vez más en él al hombre capaz de hacer realidad el arraigado anhelo de una Alemania poderosa, segura de sí misma y unida. Los desconfiados eran una pequeña minoría. Y quien se veía asaltado ocasionalmente por alguna duda, se tranquilizaba pensando en aquellos éxitos y en el respeto de que también gozaba el régimen en el extranjero, en general mucho más objetivo.

Durante aquel delirio de ovaciones de la población rural, que también a mí me fascinó, hubo uno en nuestro coche que se mostró crítico: Schreck, el chófer, que llevaba muchos años al servicio de Hitler. Yo oía fragmentos de la conversación: «… están descontentos por…, la gente del Partido se ha envanecido…, engreídos, olvidan de dónde vienen…». Tras su temprana muerte, en el despacho privado que Hitler tenía en el Obersalzberg colgaban juntos un retrato al óleo de Schreck y otro de la madre de Hitler[18]; sin embargo, no había ninguna imagen del padre.

Poco antes de llegar a Bayreuth, Hitler cambió de coche y subió sólo a un pequeño Mercedes cerrado que conducía su fotógrafo particular, Hoffmann. Así llegó sin ser reconocido a la

villa Wahnfried, donde le estaba esperando la señora Winifred Wagner. Nosotros nos dirigimos al cercano balneario de Berneck, donde Hitler acostumbraba pasar la noche cuando viajaba de Munich a Berlín en automóvil. En ocho horas sólo habíamos logrado recorrer 210 kilómetros.

Cuando supe que no irían a buscar a Hitler a la villa Wahnfried hasta muy entrada la noche, se me planteó un dilema, pues a la mañana siguiente el viaje debía proseguir hacia Nuremberg, y era muy posible que al llegar allí Hitler estableciera el programa de las obras de acuerdo con los deseos de la administración municipal. Si ésta lograba imponerse, prácticamente no habría ninguna posibilidad de que mi proyecto fuera tenido en cuenta, pues a Hitler le desagradaba revocar sus decisiones. Schreck era el único que lo vería aquella misma noche. Le expliqué mi planificación de los terrenos del Congreso del Partido; me prometió mencionársela a Hitler durante el viaje y, en caso de que reaccionara de forma positiva, entregarle mis bocetos.

A la mañana siguiente, poco antes de partir, Hitler me llamó.

—Estoy de acuerdo con su proyecto. Hablaremos hoy mismo de él con el alcalde Liebel.

Dos años después, al hablar con un alcalde, Hitler habría ido directamente al grano y le habría dicho algo como: «¡Aquí está el plano de los terrenos del Congreso y así queremos que se haga!». Pero en aquella época, en el año 1935, todavía no se sentía con tanta autoridad y necesitó una hora de explicaciones preparatorias antes de mostrar mi boceto. Desde luego, al alcalde le pareció extraordinario, pues como antiguo miembro del Partido había sido preparado para adoptar una actitud de aprobación.

Después de elogiar mi idea, Hitler empezó a tantear de

nuevo el terreno: el proyecto implicaba el traslado del parque de Nuremberg.

—¿Podemos hacerles esto a los nuremburgueses? Sé que le tienen mucho cariño. Naturalmente, les pagaremos uno nuevo, aún más bonito.

El alcalde, que al mismo tiempo era un buen defensor de los intereses de su ciudad, le contestó:

—Habrá que convocar a los accionistas; intentar, quizá, comprarles las acciones…

Hitler se mostró conforme con todo. Una vez fuera, Liebel, frotándose las manos, dijo a uno de sus colaboradores:

—¿Por qué se ha pasado el *Führer* tanto rato tratando de convencerme? Claro que le damos el parque; tendremos uno nuevo y, de todos modos, el viejo ya no sirve. Tendrá que ser el más hermoso del mundo. Al fin y al cabo, nos lo van a pagar.

Así pues, los habitantes de Nuremberg consiguieron, al menos, un parque nuevo; fue lo único que pudo realizarse de todo aquel proyecto.

Aquel mismo día nos dirigimos en tren a Munich. El asistente Brückner me llamó por la noche:

—¡Que el diablo se los lleve a usted y a sus proyectos! ¿No podía haber esperado? El *Führer* no ha pegado ojo en toda la noche. ¡La próxima vez haga usted el favor de consultarme antes!

• • •

Para la realización de aquel proyecto se creó una Mancomunidad para las Instalaciones de los Congresos del Partido del Reich en Nuremberg, de cuya financiación se hizo cargo, muy en contra de su voluntad, el ministro de Hacienda del Reich. Dejándose llevar por una extravagante inspiración, Hitler nombró presidente del organismo a Kerrl, ministro de Cultos del Reich; Bormann, que de este modo obtenía por

primera vez un cargo oficial de importancia fuera de la secretaría del Partido, sería su portavoz.

La instalación completa suponía unas obras cuyo coste total se elevaba a unos setecientos u ochocientos millones de marcos, que equivaldrían a unos tres mil millones de marcos actuales: ocho años más tarde, yo gastaría en cuatro días esa cantidad en armamento. El complejo, que incluía instalaciones para alojar a los que asistirían a los congresos, tenía una extensión aproximada de 16,5 km^2. Por cierto que ya en la época de Guillermo II se había previsto levantar en aquel lugar un «centro de celebración de fiestas nacionales alemanas» de 2000 por 600 metros[19].

Dos años después de ser aprobado por Hitler, la maqueta de aquel proyecto se mostró en la Exposición Universal de París de 1937, donde fue distinguida con el Grand Prix. En el extremo sur se encontraba el Campo de Marzo, cuyo nombre, además de hacer referencia al dios de la guerra, tenía también por objeto recordar el mes en que Hitler había implantado el servicio militar obligatorio. La Wehrmacht efectuaría ejercicios de combate, es decir, pequeñas maniobras militares, en aquellos extensísimos terrenos, que ocupaban una superficie de 1050 por 700 metros. El grandioso recinto del palacio de los reyes Darío I y Jerjes, en Persépolis, del siglo V a. C., tenía sólo una extensión de 450 por 275 metros. Las tribunas tendrían catorce metros de altura, para abarcar con la vista todo el perímetro, y darían cabida a 160 000 espectadores. Veinticuatro torres de más de cuarenta metros de altura iban a subdividir rítmicamente las tribunas, y en el centro destacaría una tribuna de honor, coronada por una escultura femenina. En el año 64, Nerón hizo levantar en el Capitolio una figura colosal de 36 metros de altura; la de la Estatua de la Libertad de Nueva York mide 46 metros: nuestra figura sería catorce metros más alta.

Por el norte, en dirección al antiguo palacio nuremburgués de los Hohenzollern, que se podía ver a lo lejos, el Campo de Marzo se abría en una avenida de dos kilómetros de longitud y ochenta metros de anchura. Se había previsto que la Wehrmacht desfilara por ella ante Hitler en secciones de unos cincuenta metros de ancho. La avenida se terminó antes de la guerra y se revistió de gruesas losas de granito que debían resistir también el peso de los tanques. La superficie había sido raspada para que las botas de los soldados no resbalaran durante los desfiles. A mano derecha se alzaba una escalinata desde la que Hitler, rodeado de su generalato, presidiría las demostraciones. Frente a ella había una columnata en la que debían izarse las banderas de los regimientos.

Esta columnata, de sólo dieciocho metros de altura, debía dar relevancia al «gran estadio» que sobresaldría tras ella, para el que Hitler había establecido una capacidad de 400 000 espectadores. La mayor instalación comparable de la historia era el Circo Máximo de Roma, que podía acoger a entre 150 000 y 200 000 personas, mientras que los estadios modernos tenían por entonces su límite en los 100 000 espectadores.

La pirámide de Keops, levantada hacia el año 2500 a. C., tiene, con sus 230 metros de longitud y 146 metros de altura, un volumen de 2 570 000 m^3. Por tanto, el estadio de Nuremberg, de 550 metros de longitud por 460 metros de anchura y un volumen edificado de 8 500 000 m^3, prácticamente lo habría triplicado[20]. El estadio había de ser, con mucho, la obra más grande en su terreno y una de las más imponentes de la historia. Para que pudiera acoger al número previsto de espectadores, se hicieron unos cálculos que dieron como resultado que el borde del estadio tendría que elevarse casi cien metros. Darle forma de óvalo habría sido una solución inadecuada, pues habría generado una caldera que no sólo habría aumentado el calor, sino que seguramente también

habría provocado una sensación psíquica de opresión. Por eso elegí la forma de herradura del estadio de Atenas. En una pendiente de inclinación parecida, cuyas desigualdades compensamos mediante una construcción de madera, estudiamos si desde las gradas superiores sería posible ver las manifestaciones deportivas; el resultado fue mejor de lo que yo había supuesto.

Calculamos que el estadio de Nuremberg costaría de 200 a 250 millones de marcos, es decir, según los precios actuales de la construcción, cerca de mil millones de marcos. Hitler no puso ninguna objeción:

—Es menos de lo que cuestan dos acorazados del tipo Bismarck. Y un acorazado puede ser destruido en un instante; en cualquier caso, en menos de diez años ya es chatarra. Sin embargo, esta obra perdurará durante siglos. Cuando el ministro de Hacienda le pregunte cuánto costará todo esto, eluda usted la respuesta. Dígale que aún no se tiene experiencia en proyectos de tal magnitud.

Se encargó granito por valor de unos cuantos millones de marcos, rojo claro para las fachadas y blanco para la tribuna de los espectadores. En el lugar donde debía levantarse la obra se excavó para los cimientos un hoyo descomunal que durante la guerra se convirtió en un lago pintoresco que permitía intuir las dimensiones de la construcción.

Al norte del estadio, la avenida para los desfiles pasaba por encima de un estanque en el que debían reflejarse las edificaciones, y terminaba abriéndose en una plaza, limitada a la derecha por la Sala de Congresos, que sigue existiendo, y a la izquierda por un «auditorio cultural» en el que Hitler pronunciaría sus discursos.

La Sala de Congresos había sido diseñada en 1933 por el arquitecto Ludwig Ruff; aparte de ella, Hitler me nombró

arquitecto de todas las obras del Campo de Congresos del Partido. Me dejó las manos libres en cuanto a los planos y a la realización, y desde entonces acudía cada año a colocar alguna primera piedra. Es verdad que aquellas «primeras piedras» se llevaban acto seguido al almacén municipal, donde habrían de esperar hasta que el conjunto hubiera progresado lo suficiente para ser colocadas en el sitio que les correspondía. Durante la colocación de la primera piedra del estadio, el 9 de septiembre de 1937, Hitler me estrechó solemnemente la mano delante de todos los jerarcas del Partido allí reunidos:

—¡Éste es el día más grande de su vida! Quizá entonces yo ya me sintiera algo escéptico, pues le contesté diciendo:

—No, hoy no, *mein Führer*, sino cuando la obra esté terminada.

• • •

A comienzos de 1939, Hitler trató de justificar ante unos albañiles las dimensiones de su estilo arquitectónico con estas palabras:

—¿Por qué siempre lo más grande? Lo hago para devolver a cada ciudadano alemán la confianza en sí mismo. Para poder decir a cada individuo, en cientos de campos distintos: nosotros no somos inferiores, al contrario, estamos a la altura de cualquier otro pueblo[21].

No se debe atribuir única y exclusivamente a la forma de gobierno esta tendencia al gigantismo. La riqueza adquirida con rapidez desempeña un papel tan importante como la necesidad de demostrar las propias fuerzas, no importa por qué motivo. Por eso encontramos las mayores construcciones de la Antigüedad griega en las islas sicilianas y en Asia Menor. Puede que eso haya tenido algo que ver con el hecho de que la constitución de las ciudades fuera determinada por un solo soberano; pero incluso en la Atenas de Pericles, la estatua de la

diosa Atenea esculpida por Fidias tenía doce metros de altura. Además, varias de las siete maravillas del mundo han adquirido popularidad mundial precisamente a causa de su extraordinaria magnitud: el templo de Artemisa en Éfeso, el Mausoleo de Halicarnaso, el Coloso de Rodas o el *Zeus* olímpico de Fidias.

Sin embargo, el gusto de Hitler por lo descomunal iba más allá de lo que estaba dispuesto a confesar a aquellos obreros: lo más grande debía glorificar su obra y aumentar su confianza en sí mismo. La erección de aquellos monumentos debía servir para anunciar su deseo de dominar el mundo mucho antes de que se atreviese a comunicárselo a su entorno más íntimo.

También yo me sentí embriagado por la idea de crear testimonios históricos de piedra con ayuda de planos, dinero y empresas constructoras, para poder anticipar con ellos una aspiración milenaria. Me sentí tan excitado como Hitler al poderle demostrar que, al menos en lo referente al tamaño, habíamos superado las principales construcciones históricas. Pero en tales ocasiones Hitler nunca manifestaba en voz alta su entusiasmo. Escatimaba las grandes palabras. Quizá en aquellos momentos se sintiera sobrecogido por cierto temeroso respeto; no obstante, le gustaba la imagen de su propia grandeza, generada a una orden suya y proyectada hacia la eternidad.

• • •

En el mismo Congreso del Partido de 1937 en que Hitler colocó la primera piedra del estadio, concluyó su discurso con esta frase: «Finalmente, la nación alemana ha conseguido su Imperio germánico». Brückner, el asistente de Hitler, contó durante el almuerzo que se celebró a continuación que en aquel momento el mariscal Von Blomberg había llorado de emoción. A Hitler le pareció que aprobaba plenamente el significado fundamental de sus palabras.

En aquella época se habló mucho de que aquella frase

misteriosa abría una nueva etapa política. Yo sabía poco más o menos cuál era la intención de Hitler al pronunciarla, pues por la misma época me retuvo un día inesperadamente en la escalera de su casa, dejando que pasaran los demás acompañantes.

—Vamos a crear un gran Imperio. Reuniremos a todos los pueblos germánicos, desde Noruega hasta el norte de Italia. Soy yo quien debe conseguirlo. ¡Ojalá conserve la salud! —me dijo.

Esta formulación todavía era relativamente contenida. En primavera de 1937, Hitler me visitó en mis locales de exposición de Berlín. Nos hallábamos solos ante la maqueta del estadio destinado a 400 000 espectadores, de más de dos metros de altura. La habíamos montado exactamente a la altura de los ojos y presentaba todos los detalles que habría de tener en el futuro. La iluminaban unos potentes proyectores, por lo que, con un poco de fantasía, nos podíamos imaginar a la perfección el efecto que causaría. Los planos estaban colgados en unos tableros que había al lado de la maqueta. Hitler centró en ellos su atención. Hablamos de los Juegos Olímpicos. Le advertí una vez más de que mi campo de deportes no tenía las dimensiones olímpicas reglamentarias. A lo que Hitler respondió, sin cambiar de tono, como si se tratara de algo natural e indiscutible:

—Eso no importa. En 1940 los Juegos Olímpicos todavía se celebrarán en Tokio. Pero después van a celebrarse en Alemania para siempre, en este estadio. Y entonces seremos nosotros quienes determinemos cuánto ha de medir el campo de deportes.

De acuerdo con nuestro meticuloso plan de trabajo, el estadio debía estar concluido para el Congreso del Partido de 1945…

CAPÍTULO VI

EL MAYOR ENCARGO

Hitler se paseaba intranquilo arriba y abajo por el jardín del Obersalzberg.

—Realmente, no sé qué hacer. Se trata de una decisión difícil. De buena gana me aliaría con los ingleses, pero a lo largo de la historia han demostrado muchas veces que no son de fiar. Si me pongo de su parte, nuestras relaciones con Italia habrán terminado para siempre. Después los ingleses me darán de lado y nos encontraremos nadando entre dos aguas.

Así solía expresarse en otoño de 1935 en su círculo íntimo, que, como siempre, lo había acompañado al Obersalzberg. Por aquellos días, mediante bombardeos masivos, Mussolini había comenzado sus avances en Abisinia; el negus había huido y se había proclamado un nuevo Imperio romano.

Desde que su visita oficial a Italia en junio de 1934 resultara tan poco exitosa, Hitler sentía desconfianza, si no hacia Mussolini, sí, en cambio, hacia los italianos y su política. Ahora, sumido en la duda, recordó el testamento político de Hindenburg, según el cual Alemania jamás debía marchar de nuevo al lado de Italia. Bajo la dirección de Inglaterra, la Sociedad de Naciones iba a imponer sanciones económicas a Italia. Era el momento, opinaba Hitler, de inclinarse de una vez por todas por los ingleses o por los italianos. Se trataba de una decisión muy seria. Al igual que repetiría más tarde con frecuencia, decía estar dispuesto a garantizar su imperio a los

ingleses a cambio de un acuerdo global. Sin embargo, las circunstancias no le dejaban elección. Lo forzaban a optar por Mussolini. No le resultó fácil elegir, a pesar de la afinidad ideológica y de la relación personal que habían iniciado. Días después, Hitler seguía manifestando su pesar por haberse visto obligado a dar aquel paso, y se mostró muy aliviado cuando, unas semanas después, resultó que las sanciones impuestas a Italia respetaban a este país en puntos decisivos. Hitler pensó que ni Francia ni Inglaterra querían correr ningún riesgo. Lo que más adelante parecería una demostración de soberbia no fue sino el resultado de tales experiencias. Según concluyó Hitler entonces, los gobiernos occidentales se habían mostrado débiles e indecisos.

Esta opinión se vio reforzada cuando, el 7 de marzo de 1936, las tropas alemanas penetraron en la Renania desmilitarizada. Esto suponía una flagrante violación de los acuerdos de Locarno y habría justificado la contraofensiva militar de las potencias implicadas. Hitler esperó, nervioso, las primeras reacciones. Todos los compartimentos del vagón especial en que viajamos a Munich en el atardecer de aquel día rebosaban una atmósfera de tremenda tensión que surgía de la cabina que ocupaba el *Führer*. En una de las estaciones se hizo llegar una noticia al vagón y Hitler respiró aliviado:

—¡Por fin! El rey de Inglaterra no interviene. Mantiene su palabra. Entonces, todo irá bien.

La reacción de Hitler delataba su desconocimiento del escaso margen que la Constitución inglesa dejaba a la Corona frente al Parlamento y al Gobierno. Con todo, es verdad que una intervención militar habría requerido posiblemente la anuencia del rey; quizá Hitler se refería a esto. De todos modos, estuvo muy preocupado y tiempo después, cuando ya se hallaba en guerra con casi todo el mundo, siguió calificando su entrada

en Renania como la más osada de todas sus empresas.

—No teníamos un ejército digno de tal nombre: ni siquiera habríamos podido imponernos a Polonia. Si los franceses se hubieran puesto serios, nos habrían vencido fácilmente. Nuestra resistencia habría estado en las últimas en un par de días. Y nuestras fuerzas aéreas eran poco menos que ridículas: sólo teníamos algunos Ju 52 de la Lufthansa, y ni siquiera disponíamos de bastantes bombas para esos aparatos.

Después de la abdicación del rey Eduardo VIII, más tarde duque de Windsor, volvió a hablar con frecuencia de la supuesta comprensión que sentía aquel hombre por la Alemania nacionalsocialista:

—Estoy seguro de que con él habríamos podido establecer unas relaciones cordiales y duraderas con Inglaterra. Todo habría sido distinto. Su abdicación fue una dura pérdida para nosotros.

Estas observaciones iban acompañadas de otras sobre oscuros poderes, enemigos de Alemania, que decidían el curso de la política británica. Su aflicción por no haber llegado a un entendimiento con Inglaterra fue una constante durante todos los años en que ejerció el poder. Este sentimiento aumentó todavía más cuando el duque de Windsor y su esposa visitaron a Hitler en el Obersalzberg el 22 de octubre de 1937; al parecer, se expresaron favorablemente sobre los logros del Tercer Reich.

Algunos meses después de la impune entrada del ejército alemán en Renania, Hitler se alegró de la atmósfera de armonía que reinó durante los Juegos Olímpicos. Era evidente que el descontento internacional se había disipado ya. Hitler dio instrucciones de transmitir a las numerosas celebridades extranjeras la impresión de una Alemania llena de sentimientos pacíficos, siguió con gran excitación las competiciones deportivas y, mientras que cualquier éxito alemán inesperado —

y fueron muchos— lo hacía feliz, reaccionó con gran enojo ante la serie de victorias obtenidas por el fabuloso corredor norteamericano de color Jesse Owens. Los hombres cuyos antepasados procedían de la selva eran seres primitivos, de constitución más atlética que la civilizada raza blanca, opinaba encogiéndose de hombros. Por lo tanto, no constituían unos rivales justos y en el futuro habría que excluirlos de las competiciones deportivas. Lo que más impresionó a Hitler fue el júbilo frenético de los berlineses durante la entrada solemne en el estadio olímpico del equipo francés, que desfiló frente a la tribuna de honor de Hitler con la mano en alto, desatando el entusiasmo espontáneo de muchos espectadores. En aquel prolongado aplauso del público, Hitler olfateó una voz popular impulsada por el anhelo de paz y de entendimiento con el país vecino. Si interpreto acertadamente lo que observé en aquella ocasión, creo que Hitler se sintió más intranquilo que satisfecho por aquella explosión de júbilo.

• • •

En primavera de 1936 Hitler inspeccionó conmigo un sector de la autopista. Mientras hablábamos dejó caer la siguiente observación:

—Tengo que encargarle otra obra. Será la mayor de todas.

La cosa quedó en esta insinuación. No me dijo nada más.

Es cierto que a veces esbozaba algunas ideas respecto a la remodelación de Berlín, pero hasta junio no me mostró un plano del centro de la ciudad:

—He explicado largamente y con todo detalle al alcalde por qué esta nueva calle ha de tener 120 metros de anchura, y ahora resulta que me dibuja una de sólo noventa metros.

Algunas semanas más tarde el alcalde, el doctor Lippert, antiguo camarada del Partido y redactor jefe del periódico berlinés *Angriff*, fue citado de nuevo. Pero nada había cambiado

y la calle seguía teniendo sus noventa metros. Lippert sentía poco entusiasmo por los proyectos de Hitler. Al principio este se mostró sólo un poco molesto; opinaba que Lippert era un hombre de miras estrechas, incapaz de regir una ciudad cosmopolita y aún más de comprender la trascendencia histórica del papel que el destino le había reservado. Sin embargo, con el tiempo sus observaciones fueron subiendo de tono:

—Lippert es un incapaz; un idiota, un fracasado, un cero a la izquierda.

Lo sorprendente era que Hitler jamás expresara su descontento en presencia del alcalde, y que tampoco intentara convencerlo nunca. A veces tengo la impresión de que ya entonces rehuía el fatigoso cometido de dar explicaciones. Cuatro años después, tras un paseo desde la residencia de montaña a la casa de té durante el cual había vuelto a expresar su irritación sobre Lippert, llamó a Goebbels y le ordenó de manera categórica que destituyera al alcalde.

Hasta el verano de 1936, la intención de Hitler fue que la administración municipal se hiciera cargo de los proyectos de Berlín. Pero entonces me ordenó presentarme y, sin rodeos y sin la menor solemnidad, me hizo el encargo:

—No hay nada que hacer con esta ciudad. A partir de ahora, será usted quien se ocupe de ella. Llévese este dibujo. Cuando tenga algo terminado, enséñemelo. Ya sabe que para estas cosas siempre tengo tiempo.

Hitler me explicó que la idea de una vía de gran amplitud se le había ocurrido en los años veinte, después de estudiar unos planos de Berlín que le parecieron poco satisfactorios[22]. Ya entonces había adoptado la resolución de trasladar las estaciones de Anhalt y Potsdam al sur del aeródromo de Tempelhof; eso liberaría la zona que las amplias instalaciones viarias ocupaban en el centro de la ciudad y, con unos pocos derribos y partiendo

de la Siegesallee, daría lugar a una magnífica vía de cinco kilómetros de longitud, flanqueada por edificios representativos.

Todas las escalas constructivas de Berlín iban a ser inmensamente superadas por dos edificaciones que Hitler pretendía levantar en la nueva calle monumental. En el extremo norte, cerca del Reichstag, preveía una gigantesca sala de reuniones, coronada por una cúpula de 250 metros de diámetro, en la que habría cabido varias veces la basílica romana de San Pedro. En el interior, la superficie abovedada libre sería de unos 38 000 m^2, que darían cabida a más de 150 000 personas de pie.

Durante las primeras conversaciones que tuvimos al respecto, cuando nuestras reflexiones urbanísticas estaban todavía en sus comienzos, Hitler creyó tener que explicarme que las dimensiones de aquel tipo de salas tenían que decidirse de acuerdo con las ideas de la Edad Media. Me dijo, por ejemplo, que la catedral de Ulm tenía una superficie de 2500 m^2, a pesar de que cuando se comenzó a edificar, en el siglo XIV, Ulm sólo tenía 15 000 habitantes, incluidos niños y ancianos.

—Así pues, nunca pudieron llenar el sitio. En comparación, una sala en la que quepan 150 000 personas resulta incluso pequeña para una ciudad como Berlín, que cuenta con varios millones de habitantes.

A cierta distancia de la estación del sur, Hitler, como polo opuesto a esta sala, pretendía erigir un arco de triunfo cuya altura había fijado en 120 metros.

—Será un digno monumento a nuestros muertos en la Gran Guerra. Grabaremos en granito el nombre de cada uno de nuestros 1 800 000 caídos. El mísero monumento que ha levantado la República en Berlín es una vergüenza. ¡Menuda deshonra para una gran nación!

Entonces me entregó dos bocetos que había dibujado en unas tarjetas.

—Son de hace diez años. Los conservo porque siempre he estado seguro de llegar a construirlos algún día. Y eso es lo que haremos ahora.

La comparación con el tamaño de las personas dibujadas demostraba, me explicó Hitler, que ya entonces había previsto una cúpula con un diámetro de más de doscientos metros y un arco de triunfo con una altura de más de cien. Lo más asombroso de todo no eran aquellas enormes dimensiones, sino la obsesión que lo había llevado a planear aquellas monumentales construcciones cuando aún no podía tener ninguna esperanza de que pudieran hacerse realidad. Y actualmente me parece más bien intranquilizador que en plena época de paz, mientras hablaba de su voluntad de entendimiento, comenzara a hacer realidad esos proyectos, que reflejaban claramente sus aspiraciones belicistas de dominio hegemónico.

—Berlín es una gran ciudad, pero no una ciudad cosmopolita. ¡Mire usted París, la ciudad más hermosa del mundo, o la misma Viena! ¡Son verdaderas ciudades! Sin embargo, Berlín no es más que un desordenado montón de edificaciones. Tenemos que superar a París y a Viena —opinaba en las numerosas conversaciones que comenzaron entonces, que generalmente tenían lugar en la Cancillería del Reich. Antes de empezarlas, los demás tenían que alejarse.

Hitler había estudiado con detenimiento los planos de Viena y París años atrás, y durante nuestras discusiones acudían a su memoria toda clase de detalles. Admiraba de Viena la creación urbanística que había supuesto la Ringstrasse, con sus grandes edificaciones, el Ayuntamiento, el Parlamento, la Sala de Conciertos o el Palacio Imperial y los museos. Hitler era capaz de reproducir a escala esa parte de la ciudad y había aprendido que los grandes edificios representativos, al igual que

los monumentos, debían proyectarse de modo que todos sus lados fueran visibles. Admiraba aquella clase de construcciones, aunque no respondieran exactamente a su gusto, como ocurría, por ejemplo, con el Ayuntamiento neogótico:

—Aquí Viena queda dignamente representada. En cambio, mire usted el Ayuntamiento de Berlín. Tendremos uno más bonito que Viena, puede usted estar seguro de ello.

Aún lo impresionaban más las grandes avenidas y los nuevos bulevares que Georges E. Haussmann construyó en París entre 1853 y 1870, que habían costado 2500 millones de francos oro. Tenía a Haussmann por uno de los grandes urbanistas de la historia, pero esperaba que yo lo superaría. Los largos años de lucha de Haussmann hacían temer a Hitler que también sus proyectos para Berlín tropezarían con resistencias. Sólo con su autoridad, decía, conseguiría imponerse.

No obstante, al principio empleó una argucia para ganarse a la reticente administración municipal, que consideraba que los planes de Hitler, una vez quedó claro que el Ayuntamiento tendría que correr con los considerables gastos que suponía la apertura y construcción de las calles, instalaciones públicas y vías rápidas, eran un obsequio funesto.

—Vamos a dedicarnos un tiempo a hacer proyectos para construir una nueva capital a orillas del Müritzsee, en Mecklemburgo. Ya verá cómo se despiertan los berlineses, en cuanto olfateen el peligro de que el Gobierno del Reich se traslade a otro lugar —opinaba Hitler.

En efecto, bastaron algunas insinuaciones de este tipo para que los ediles de la ciudad se mostraran dispuestos a correr con los gastos de la planificación urbanística. Con todo, durante algunos meses Hitler se sintió atraído por la idea de construir un «Washington» alemán, e imaginaba el modo de construir una «ciudad ideal» a partir de la nada. Pero al final lo rechazó:

—Las capitales edificadas artificialmente siempre han estado muertas. Piense usted en Washington o en Canberra. Tampoco hay vida en Karlsruhe, pues los anquilosados funcionarios viven allí encerrados en su propio círculo.

En relación con este episodio, aún hoy no sabría decir si Hitler estaba representando una comedia ante mí o si alguna vez pensó en serio en aquel proyecto.

El punto de partida de sus ideas urbanísticas para Berlín eran los dos kilómetros de largo de los Campos Elíseos parisinos y su Arc de Triomphe, de cincuenta metros de altura, construido por Napoleón I en 1805. De aquí procedía también su modelo del «Gran Arco», así como su opinión respecto a la anchura de la calle:

—Los Campos Elíseos tienen cien metros de ancho. Desde luego, nuestra calle será veinte metros mayor. Cuando el Gran Elector de Brandenburgo, un hombre de grandes miras, construyó en el siglo XVIII la avenida Unter der Linden, de sesenta metros de anchura, podía imaginar tan poco el tráfico actual como Haussmann cuando proyectó los Campos Elíseos.

Para poner en práctica sus proyectos, Hitler, a través del subsecretario Lammers, promulgó un decreto por el que se me concedían amplios poderes y se me ponía directamente bajo sus órdenes. El ministro del Interior, el alcalde de Berlín y el jefe regional Goebbels no tendrían ninguna autoridad sobre mí. Hitler me dispensó de la obligación de informar de mis proyectos a la ciudad y al Partido[23]. Cuando le manifesté mi deseo de que se me permitiera realizar también este proyecto en calidad de arquitecto independiente, se mostró de acuerdo enseguida. El subsecretario Lammers dio con una figura legal que tenía en cuenta la aversión de Hitler hacia el funcionariado. Mi departamento no adquirió carácter oficial, sino que fue considerado un gran instituto de investigación independiente.

Hitler me confió oficialmente «el mayor encargo» el 30 de enero de 1937. Pasó mucho tiempo buscando una denominación altisonante que inspirara respeto, hasta que Funk encontró la solución, «Inspector General de Edificación de la Capital del Reich». Al entregarme el acta de nombramiento se mostró casi tímido, lo que resulta muy revelador respecto a su actitud hacia mí. Me la puso en la mano después del almuerzo y me dijo:

—Que le vaya bien.

Interpretando generosamente mi contrato, a partir de aquel momento me correspondía el rango de un Secretario de Estado del Gobierno del Reich. Así pues, a los treinta y dos años de edad ocupé junto al doctor Todt la tercera fila de los escaños gubernamentales, podía sentarme en el extremo de la mesa durante los banquetes oficiales y recibía automáticamente de cada visitante oficial extranjero una bonita condecoración acorde a mi categoría. Tenía asignado un sueldo de mil quinientos marcos mensuales, lo que era una suma insignificante en comparación con los honorarios que recibía como arquitecto.

En febrero de aquel mismo año, Hitler ordenó sin ambages al ministro de Educación que cediera a mi departamento —abreviado con las siglas GBI, correspondientes a la primera parte de mi título, *Generalbauinspektor*— el venerable edificio de la Academia de Bellas Artes, sito en la Pariser Platz, al que podía acceder sin ser visto pasando por los jardines ministeriales. No tardó en frecuentar ese camino.

La idea urbanizadora de Hitler tenía una desventaja considerable: no la había pensado hasta el final. Estaba empeñado en su proyecto de unos «Campos Elíseos berlineses» que tuvieran dos veces y media la longitud del original parisino y no tenía en absoluto en cuenta la estructura de una ciudad de

cuatro millones de habitantes. Para un urbanista, una calle de tal naturaleza sólo tendría sentido como núcleo de una nueva ordenación. Para Hitler, en cambio, era un elemento de esplendor decorativo y constituía un fin en sí mismo. Tampoco solucionaba el problema de los ferrocarriles berlineses. La gigantesca cuña que formaba el trazado de las vías, que dividía la ciudad en dos, tan sólo se desplazaría algunos kilómetros al sur.

El doctor Leibbrand, director general del Ministerio de Transportes y proyectista en jefe de la red ferroviaria del Reich, vio en los planes de Hitler la posibilidad de llevar a cabo una gran reforma de toda la red viaria de la capital. Y juntos encontramos una solución que quizá fuera la ideal: debían añadirse dos vías a la línea de circunvalación de Berlín, para que pudiera incorporar el tráfico de largo recorrido. De ese modo, habría dos estaciones centrales, una en el norte y otra en el sur, lo que permitiría prescindir de las numerosas terminales berlinesas (las de Lehrt, Anhalt y Potsdam). Se calculó que el coste de las nuevas instalaciones ferroviarias sería de entre mil y dos mil millones de marcos[24].

El nuevo trazado nos permitía continuar la nueva calle hacia el sur, a través de la antigua instalación ferroviaria, y obtener, a sólo cinco kilómetros del corazón de la ciudad, una gran superficie libre en la que podríamos construir una zona residencial para 400 000 personas[25]. Hacia el norte, la eliminación de la estación de Lehrt también hacía posible prolongar el recorrido de la calle y urbanizar nuevos terrenos. Sin embargo, ni Hitler ni yo queríamos renunciar a la Gran Sala que debía rematar la magnífica avenida; la gigantesca plaza que habría ante ella permanecería cerrada al tráfico. El aspecto representativo dominó sobre las necesidades del tráfico norte-sur, cuya fluidez quedó así notablemente afectada.

Resultaba natural que la Heerstrasse, que tenía sesenta

metros de anchura y se dirigía al Oeste, se alargara en dirección Este. El proyecto fue parcialmente realizado después de 1945, cuando se prolongó la antigua Frankfurter Allee. Al igual que el eje norte-sur, habría de llegar hasta su terminación natural, la autopista de circunvalación, con objeto de abrir nuevos terrenos urbanizables también al este de Berlín; de esta forma podríamos duplicar el número de habitantes de la ciudad a pesar del simultáneo saneamiento del casco antiguo[26].

Ambos ejes estarían rodeados de elevados edificios comerciales y de oficinas, que se escalonarían hacia ambos lados en estructuras cada vez más bajas, hasta pasar finalmente a una zona de casas particulares rodeada de espacios verdes. Con este sistema esperaba evitar el estrangulamiento del centro de la ciudad por las tradicionales zonas urbanizadas, que lo cercan en forma de anillo. Este sistema, resultado forzoso de mi estructura axial, llevaba radialmente las zonas verdes casi hasta el mismo centro de la ciudad.

Al otro lado de la autopista, en los cuatro extremos de la cruz formada por los nuevos ejes, se reservaron terrenos para construir sendos aeropuertos comerciales. Además, estaba previsto emplear el lago Rangsdorfer como superficie de amaraje para hidroaviones, pues, según se creía entonces, éstos prometían cubrir un radio de acción cada vez mayor. El aeródromo de Tempelhof, ubicado muy cerca del centro del nuevo plan urbanístico, sería clausurado y transformado en un parque de atracciones que seguiría el modelo del Tívoli de Copenhague. Pensábamos que en un futuro más lejano la cruz axial sería completada por cinco anillos de circunvalación y diecisiete calles radiales, de sesenta metros de ancho cada una; sin embargo, al principio nos limitamos a establecer nuevas alineaciones. Para enlazar la cruz axial y una parte de los anillos, proyectamos vías subterráneas rápidas que aliviarían el tráfico callejero. Al Oeste, limitando con el estadio olímpico, se

levantaría un nuevo distrito universitario, pues la mayoría de las instalaciones de la antigua Universidad Friedrich-Wilhelm, situada en Unter den Linden, eran demasiado viejos y se encontraban en un estado lamentable. Al norte se extendería, a continuación, un nuevo distrito médico, provisto de hospitales, laboratorios y academias. También las orillas del río Spree entre la isla de los museos y el Reichstag, una zona muy descuidada de la ciudad, llena de depósitos de chatarra y pequeñas fábricas, habrían de ser reorganizadas para acoger las ampliaciones y los anexos de los museos de Berlín.

Al otro lado del anillo que formaba la autopista se había previsto habilitar unas zonas recreativas que ya estaban siendo reforestadas por un funcionario designado para este fin, quien estaba transformando los característicos pinares de Brandenburgo en bosques frondosos. Siguiendo el ejemplo del Bois de Boulogne, también el Grunewald habría de disponer de senderos, lugares de recreo, restaurantes e instalaciones deportivas para los millones de habitantes de la capital del Reich. Hice plantar allí decenas de miles de árboles frondosos, para recuperar el viejo bosque mixto que había talado Federico el Grande para financiar las guerras de Silesia. Lo único que ha quedado del gigantesco plan de reorganización de Berlín son estos árboles.

A medida que trabajábamos en él, el primitivo proyecto de Hitler de una grandiosa avenida había ido generando un nuevo concepto de urbanismo. Comparada con aquella amplia reordenación, la idea inicial resultaba insignificante. Al menos en lo que se refiere a los planes urbanísticos, yo había superado con creces las ideas de grandeza de Hitler, y eso era algo que debió de ocurrirle muy pocas veces en su vida. Aceptaba sin vacilar todas las ampliaciones y me dejaba las manos libres, pero no era capaz de entusiasmarse por esta parte de la planificación. Es verdad que lo examinaba todo, aunque muy por encima, y al

cabo de unos minutos preguntaba, aburrido:

—¿Dónde tiene usted los nuevos planos de la gran avenida?

Con ello seguía refiriéndose a la parte central de la magnífica avenida que había exigido inicialmente. Después disfrutaba hablando de los Ministerios, de los edificios administrativos de las grandes firmas alemanas, de un nuevo teatro de ópera, de hoteles de lujo y de grandes centros recreativos, y yo disfrutaba con él. Sin embargo, para mí la planificación general estaba al mismo nivel que los edificios representativos; para Hitler, no. Su pasión por las construcciones eternas lo llevaba a desinteresarse por completo de las infraestructuras viarias y de las zonas residenciales y verdes: la dimensión social le era indiferente.

Hess, por el contrario, únicamente se interesaba por la construcción de viviendas y apenas prestaba atención a la parte representativa de nuestra planificación. Al final de una de sus visitas me manifestó sus reservas a ese respecto. Le prometí que por cada ladrillo que pusiera para la construcción de los edificios representativos pondría otro para las viviendas. Cuando Hitler se enteró, se mostró desagradablemente sorprendido y habló de la urgencia de lo que él pretendía; sin embargo, no anuló nuestro acuerdo.

• • •

Al contrario de lo que se suele suponer, yo no era el arquitecto en jefe de Hitler, a quien debieran subordinarse todos los demás. A los arquitectos encargados de la reforma de Munich y Linz se les otorgaron poderes semejantes a los míos. Con el tiempo, Hitler fue empleando a un número cada vez mayor de arquitectos, a los que encargaba cometidos especiales; antes de la guerra debieron de ser diez o doce.

Durante nuestras deliberaciones se ponía de manifiesto la capacidad de Hitler para comprender rápidamente un proyecto y hacerse una idea espacial a partir de la planta y los alzados. A

pesar de todos los asuntos de Estado, y aunque muchas veces se ocupaba de más de diez grandes obras en distintas ciudades, se familiarizaba enseguida con los planos y lograba recordar los cambios que había exigido; los que contaban con que Hitler habría olvidado alguna sugerencia o petición se llevaban un desengaño.

Por lo general, en las entrevistas se mostraba reservado y discreto. Cuando proponía alguna modificación, lo hacía siempre con gran amabilidad y sin ningún matiz hiriente: nunca recurría al tono autoritario que empleaba con sus colaboradores políticos. Convencido de la responsabilidad de los arquitectos respecto a su obra, procuraba que fuera el arquitecto y no el jefe regional o nacional que lo acompañaba quien tomara la palabra. No quería que ninguna autoridad incompetente se entrometiera en las explicaciones. Cuando se oponía a alguna idea de Hitler otra distinta, no insistía en absoluto en que prevaleciera su voluntad:

—Sí, tiene usted razón, así está mejor.

Así, también yo tuve la sensación de ser el responsable de todo lo que diseñaba bajo las órdenes de Hitler. A menudo teníamos diferencias de opinión, pero no puedo recordar ningún caso en que a mí, como arquitecto, me obligara a aceptar su criterio. A esta relación relativamente igualitaria entre arquitecto y constructor se debe que más adelante, siendo ministro de Armamentos, actuara con mayor independencia que la mayoría de ministros y mariscales.

Hitler sólo reaccionaba con terquedad y sin compasión cuando percibía una oposición muda y fundamental. Así, el profesor Bonatz, maestro de toda una generación de arquitectos, no volvió a recibir ningún encargo después de criticar las obras de Troost en la Königsplatz de Munich. Ni siquiera Todt se atrevió a sugerir que Bonatz construyera algunos puentes en la

autopista. Sólo cuando pedí a la señora Troost, la viuda del respetado profesor, que intercediera por él, Bonatz recuperó la gracia de Hitler.

—¿Por qué no va a construir puentes? —dijo aquella dama —. Al fin y al cabo, para las construcciones técnicas es muy bueno.

Sus palabras tuvieron peso suficiente y Bonatz construyó puentes en la autopista.

Hitler aseguraba una y otra vez:

—¡Cuánto me habría gustado ser arquitecto! —Pero entonces yo no tendría contratista— le respondía a veces.

—¡Bah! Usted se habría impuesto siempre —replicaba.

A veces me pregunto si Hitler no habría interrumpido su carrera política en el caso de haber encontrado a un contratista acaudalado a principios de los años veinte. Sin embargo, creo que en el fondo su conciencia de tener una misión política y su pasión por la arquitectura eran inseparables. Esto lo demuestran precisamente los dos bocetos que dibujó hacia 1925 el político casi fracasado que era entonces, a los treinta y seis años de edad, y que conservó con la intención, al parecer absurda, de coronar algún día sus éxitos como estadista con arcos de triunfo y grandes cúpulas.

El Comité Olímpico Alemán se encontró en una situación desagradable cuando Hitler hizo que el secretario de Estado del Ministerio del Interior, Pfundtner, le mostrara los primeros planos del nuevo estadio. Otto March, el arquitecto, había proyectado una construcción de hormigón armado y cristal, parecida al estadio de Viena. Después de la visita, Hitler regresó colérico y excitado a su domicilio, donde me había citado para examinar algunos planos. Sin más preámbulos, hizo comunicar al secretario de Estado que había que cancelar los Juegos Olímpicos. Después de todo, no podían celebrarse sin su

presencia, pues el jefe del Estado tenía que inaugurarlos, pero él no iba a pisar jamás semejante caja moderna de cristal. Durante la noche hice un diseño para revestir la estructura con piedra natural y suprimir el acristalamiento, y Hitler quedó satisfecho. Él se ocupó de financiar el gasto suplementario, el profesor March aprobó la reforma, y la celebración de los Juegos Olímpicos de Berlín quedó a salvo. Con todo, no me quedó muy claro si habría llegado a cumplir su amenaza o si ésta era sólo la expresión de aquélla terquedad con la que solía imponer su voluntad.

Hitler también rechazó bruscamente participar en la Exposición Universal de París de 1937, a pesar de que la invitación ya había sido aceptada y ya estaba decidido el lugar en que se construiría el pabellón alemán, porque no le agradó ninguno de los anteproyectos. En vista de ello, el Ministerio de Economía me pidió que realizara uno. El pabellón alemán y el soviético debían levantarse uno frente al otro, lo que constituía una agudeza intencionada de la dirección francesa de la exposición. Casualmente, durante una visita por París me extravié y fui a entrar en el sitio donde estaba expuesto el proyecto del pabellón soviético, que se mantenía en secreto: sobre un podio de gran altura, un grupo de figuras de diez metros de alto parecía encaminarse triunfalmente hacia el pabellón alemán. En consecuencia, diseñé una masa cúbica, estructurada en pesados pilares, que parecía hacer frente al asalto, mientras que desde la cornisa de la torre un águila con la esvástica entre las garras miraba con desprecio al grupo ruso. Aquella construcción me procuró una medalla de oro, al igual que a mi colega soviético.

Durante la comida inaugural de nuestro pabellón me encontré con el embajador francés en Berlín, André François-Poncet. Me propuso que mostrara mis trabajos en París y que a cambio se realizara en Berlín una exposición dedicada a la

moderna pintura francesa. La arquitectura francesa se había quedado rezagada, me dijo, «pero en pintura ustedes aún pueden aprender de nosotros». En la primera ocasión que tuve, informé a Hitler de aquella propuesta, que me ofrecía la posibilidad de darme a conocer internacionalmente. Hitler guardó silencio ante lo que para él era una observación desagradable, lo cual en principio no implicaba rechazo ni asentimiento, pero excluía la posibilidad de volver a hablarle jamás del asunto.

Durante los días que permanecí en París vi el Palais de Chaillot y el Palais des Musées d'Art Moderne, así como el Musée des Travaux Publiques, todavía en construcción, que había sido diseñado por el célebre vanguardista Auguste Perret. Me dejó perplejo que también Francia tendiera hacia el neoclasicismo en sus construcciones representativas. Posteriormente se ha afirmado con frecuencia que éste es el estilo característico de la construcción oficial de los Estados totalitarios, pero eso no es verdad en absoluto. Es, más bien, una característica de la época, que marcó tanto las ciudades de Washington, Londres o París como las de Roma, Moscú o nuestros proyectos para Berlín[27].

Tras procurarnos algunas divisas francesas, mi esposa y yo viajamos por Francia en automóvil en compañía de algunos amigos. Avanzábamos despacio en dirección sur, visitando palacios y catedrales, y llegamos a la enorme fortificación de Carcasona, que nos hizo sentir románticos, a pesar de que sólo se trataba de una de las instalaciones bélicas más funcionales de la Edad Media, el equivalente de la época a los refugios atómicos actuales. En el hotel del castillo descubrimos un vino tinto francés añejo y nos propusimos disfrutar unos días más de la paz de la región, pero esa misma noche me llamaron por teléfono. En aquel apartado rincón, y teniendo en cuenta que nadie conocía nuestra ruta, me había sentido a resguardo de las

llamadas de los asistentes de Hitler.

Sin embargo, la policía francesa, por razones de seguridad y control, había seguido nuestro itinerario. En cualquier caso, enseguida pudo responder a la consulta que se le hacía desde el Obersalzberg y comunicó dónde nos encontrábamos. El asistente Brückner estaba al aparato:

—Mañana al mediodía tiene que ir a ver al *Führer*.

A mi objeción de que sólo para el viaje de regreso ya necesitaba dos días y medio, contestó:

—Mañana por la tarde se celebrará aquí una conferencia, y el *Führer* exige que esté usted presente.

Insinué una vez más una débil protesta.

—Un momento… El *Führer* sabe dónde se encuentra usted, pero aun así tiene que estar aquí mañana.

Me sentí desgraciado, enojado y perplejo. Hablé por teléfono con el piloto de Hitler, quien me hizo saber que su avión especial no podía aterrizar en Francia, aunque me dijo que se ocuparía de reservarme una plaza en un avión de carga alemán que, procedente de África, haría escala en Marsella a las seis de la mañana; el avión especial de Hitler me llevaría desde Stuttgart al aeropuerto de Ainring, cerca de Berchtesgaden.

Aquella misma noche nos pusimos en camino hacia Marsella, vimos durante algunos minutos, a la luz de la luna, las construcciones romanas de Arles, que habían sido el verdadero objeto de nuestro viaje, y a las dos de la madrugada llegamos a un hotel de Marsella. Tres horas después nos dirigimos al aeropuerto, y por la tarde, tal como me habían ordenado, me presenté ante Hitler en el Obersalzberg.

—No sabe cuánto lo siento, señor Speer, pero he aplazado la conferencia. Quería saber su opinión sobre la construcción de un puente colgante cerca de Hamburgo.

El doctor Todt se disponía a presentarle aquel mismo día el proyecto de un puente gigantesco, cuyas dimensiones superarían las del Golden Gate de San Francisco. Pero como no estaba previsto que la obra se iniciara hasta los años cuarenta, Hitler bien me habría podido conceder una semana más de vacaciones.

En otra ocasión había huido con mi esposa a Zugspitze y me vi alcanzado por la habitual llamada telefónica del asistente:

—Tiene que venir a ver al *Führer*. Comida en el Osteria mañana al mediodía.

Y cortó de manera tajante todas mis objeciones:

—No, es urgente.

En el Osteria, Hitler me saludó con estas palabras:

—Qué bien que venga usted a comer. ¿Cómo, lo han mandado a buscar? Si lo único que hice ayer fue preguntar: «Por cierto, ¿dónde está Speer?». Pero le está bien empleado, ¿sabe usted? ¿Por qué tiene que andar esquiando?

Von Neurath demostró tener más agallas. Una vez que, a altas horas de la noche, Hitler dijo a su asistente: «Quiero hablar con el ministro de Asuntos Exteriores», tras la conversación telefónica obtuvo la siguiente respuesta:

—El ministro de Asuntos Exteriores ya se ha retirado a descansar.

—Si yo quiero hablar con él, que lo despierten.

Nueva llamada, y el asistente regresó compungido:

—El señor ministro de Asuntos Exteriores me encarga que le diga que estará a su disposición mañana temprano, pero que ahora se encuentra cansado y desea dormir.

Es verdad que frente a semejante firmeza Hitler optaba por ceder, pero en tales casos no sólo estaba de mal humor durante el resto de la noche, sino que nunca olvidaba esos arranques de independencia y se vengaba a la primera ocasión.

CAPÍTULO VII

OBERSALZBERG

Todo aquel que dispone de poder, tanto si dirige una empresa como un Gobierno —o una dictadura—, se encuentra ante un conflicto permanente. El deseo de obtener sus favores puede hacer que los que están a sus órdenes se degraden para conseguirlos. Sin embargo, los que lo rodean no corren sólo el riesgo de corromperse hasta convertirse en cortesanos, sino se hallan también expuestos a la tentación de degradar a su vez al poderoso mostrándole de forma manifiesta su sumisión.

La valía del poderoso se refleja entonces en su forma de reaccionar ante esta permanente influencia. Puedo dar fe de la conducta de una serie de industriales y militares que supieron librarse de la tentación que aquella supone. Cuando se ha ejercido el poder durante generaciones, no es raro encontrar incluso una cierta incorruptibilidad hereditaria. En el entorno de Hitler sólo unos pocos, como Fritz Todt, lograron resistirse a las tentaciones cortesanas. El propio Hitler, en cambio, no ofrecía ninguna resistencia apreciable ante ellas.

Sobre todo a partir de 1937, las limitaciones que comportaba su modo de ejercer el mando llevaron a Hitler a un aislamiento cada vez mayor. A esto había que añadir su incapacidad para establecer contactos personales. En aquella época, en su círculo íntimo comentábamos a veces cierta transformación que cada día se hacía más patente. Heinrich Hoffmann acababa de reeditar su libro *El Hitler que nadie*

conoce, la antigua edición había sido retirada de la venta a causa de una fotografía en la que se veía a Hitler en actitud amistosa con Röhm, al que había hecho asesinar. Hitler eligió personalmente las fotografías de la nueva edición, que mostraban a un hombre corriente, jovial y nada afectado. Se lo veía en pantalones cortos de cuero, en la barca de remos, tumbado en un prado, haciendo excursiones, rodeado de jóvenes entusiastas o en el estudio de algún artista. Siempre aparecía relajado, complaciente y accesible. El libro, que se convirtió en el mayor éxito de Hoffmann, estaba ya superado cuando apareció, pues aquel Hitler al que también yo conocí a principios de los años treinta se había convertido en un déspota distante y solitario incluso para su entorno más cercano.

• • •

En un apartado valle de montaña de los Alpes bávaros, el Ostertal, había encontrado una pequeña casa de cazadores lo bastante espaciosa para instalar algunos tableros de dibujo y alojar, aunque con alguna estrechez, a mi familia y a algunos colaboradores. En la primavera de 1935 trabajamos allí en mis proyectos para Berlín. Fue una época feliz, dedicada al trabajo y a la familia; sin embargo, un día cometí un gran error: hablé a Hitler de aquella situación idílica.

—Pero si conmigo podría estar muchísimo mejor. Pongo a disposición de su familia la casa Bechstein[28]. En la galería acristalada tendrá sitio de sobra para su despacho.

A fines de mayo de 1937 tuvimos que abandonar también aquella casa y trasladarnos a un edificio que Bormann había hecho construir por orden de Hitler sobre unos planos míos. Eso hizo que, junto a Hitler, Göring y Bormann, yo fuera el cuarto morador del Obersalzberg.

Naturalmente, me alegraba que se me hubiera destacado de una manera tan manifiesta y haber sido acogido en el círculo

íntimo de Hitler. Sin embargo, no tardé en comprobar que no se trataba de un cambio precisamente ventajoso. Desde el solitario valle de montaña fuimos a parar a unos terrenos rodeados por una gran alambrada; para acceder a ellos había que atravesar dos puertas de control. Me recordaba los cercados para animales salvajes; siempre había curiosos que trataban de ver a alguna de las personalidades que residían en la montaña.

Bormann era el verdadero señor del Obersalzberg. Compró las centenarias haciendas rurales de la zona coaccionando a los propietarios y ordenó demolerlas, e hizo derribar también las numerosas cruces consagradas de los caminos, lo que levantó las protestas de la parroquia. También se adueñó de las zonas forestales del Estado, de modo que el terreno llegó a abarcar una superficie de siete kilómetros cuadrados que se extendía desde una montaña situada casi a 1900 metros de altura hasta el valle, 600 metros más abajo. La cerca que rodeaba el recinto interior mediría unos tres kilómetros, mientras que la exterior debía de tener unos catorce.

Bormann, sin la menor sensibilidad por la naturaleza virgen, atravesó aquel maravilloso paisaje con una red de carreteras; los senderos del bosque, hasta entonces cubiertos de agujas de abeto, se convirtieron en paseos asfaltados. Con la misma rapidez que en una zona termal que de pronto se pone de moda, fueron surgiendo un cuartel, un garaje, un hotel para los invitados de Hitler, una nueva finca y una colonia para el número cada vez mayor de empleados. Se adosaban barracones a las pendientes de la montaña para alojar a los cientos de obreros de la construcción, los camiones que transportaban los materiales recorrían las carreteras, por las noches se iluminaban las obras artificialmente, pues se trabajaba en dos turnos, y de vez en cuando las detonaciones resonaban por el valle.

En la cumbre de la montaña privada de Hitler, Bormann

construyó una casa lujosamente amueblada en estilo transatlántico dotado de cierto aire rural. Se llegaba a ella por una carretera de tendido audaz que desembocaba en un ascensor abierto en la roca. Sólo en aquel acceso a la casa, que Hitler utilizó en contadas ocasiones, Bormann gastó entre veinte y treinta millones de marcos. En el entorno de Hitler había espíritus burlones que comentaban:

—Aquí todo se hace como en una ciudad de buscadores de oro. Sólo que, en vez de encontrar oro, Bormann lo tira por la ventana.

Aunque Hitler lamentaba aquel ajetreo, decía:

—Es cosa de Bormann y yo no me quiero entrometer.

Y en otra ocasión dijo:

—Cuando todo esté terminado, me buscaré un valle tranquilo y volveré a construir una casita de madera como la primera.

Pero aquello no se acababa nunca. Bormann siempre tenía nuevas ideas, y cuando al final estalló la guerra comenzó a construir alojamientos subterráneos para Hitler y su séquito.

La obra gigantesca que se realizó en la montaña, y a pesar de sus críticas ocasionales por todo aquel dispendio, era característica de la transformación que se había operado en el estilo de vida de Hitler, y también de su tendencia a aislarse más y más del resto del mundo. No se puede explicar sólo por su temor a sufrir atentados, pues casi todos los días permitía que miles de personas penetraran en el recinto para expresarle su adhesión. Su escolta consideraba que esto era aún más peligroso que los paseos improvisados por los senderos públicos de montaña.

En verano de 1935, Hitler decidió ampliar su modesta casa de montaña para convertirla en el monumental Berghof, un palacio de montaña. Él mismo costeó las obras, lo cual no era

más que un simple gesto, pues Bormann gastó en las edificaciones adjuntas unas sumas que no tenían ni punto de comparación con las invertidas por Hitler.

Hitler no se limitó a esbozar los planos del Berghof, sino que me pidió prestados mesas y reglas de dibujo y otros útiles para trazar la planta, los alzados y las secciones de su obra; no quiso que nadie le ayudara a hacerlo. Sólo se ocupó con el mismo esmero de otros dos diseños: la nueva bandera de guerra del Reich y su propio estandarte de jefe de Estado.

Mientras que los arquitectos suelen llevar al papel las ideas más diversas y tratan de desarrollar la mejor solución a partir de ellas, Hitler, intuitivamente y sin grandes vacilaciones, consideraba acertado lo primero que se le ocurría, y después sólo trataba de eliminar con pequeños retoques los defectos más evidentes.

La casa anterior se conservó junto a la nueva. Las dos viviendas se comunicaban por una gran abertura, lo que daba lugar a una planta que resultaba muy poco práctica para recibir a los visitantes oficiales. Su escolta tenía que contentarse con un vestíbulo poco acogedor que daba acceso a los lavabos, la escalera y el gran comedor.

Cuando Hitler tenía una reunión, sus invitados eran desterrados al piso superior; sin embargo, como la escalera daba a la sala de estar, si uno quería salir de la casa para dar un paseo tenía que preguntar a un vigilante si podía atravesar aquella habitación, en la que había una gran ventana abatible, con vistas al Untersberg, a Berchtesgaden y a Salzburgo, que constituía el orgullo de Hitler. Su inspiración había dispuesto que el garaje quedara bajo esa ventana y, cuando el viento era desfavorable, un intenso olor a gasolina llenaba la sala. El plano de aquella casa habría sido rechazado en cualquier curso de la Escuela Técnica Superior. Por otra parte, eran precisamente esos

defectos los que daban una fuerte nota personal al Berghof: conservaba el sistema rudimentario de la antigua casa de veraneo, sólo que llevado a dimensiones gigantescas.

Se sobrepasaron ampliamente todos los presupuestos y Hitler tuvo algunos apuros económicos:

—He gastado todo lo que ingresé por mi libro. Aunque le pedí a Amann un anticipo de unos cientos de miles de marcos, Bormann me ha dicho hoy que el dinero no alcanza. La editorial me ha ofrecido pagarme más si dejo que publiquen mi segundo libro, el de 1928[29]. Sin embargo, estoy contentísimo de no haberlo sacado a la calle. ¡Cuántas dificultades políticas me causaría ahora! Eso sí, de un solo golpe me vería libre de esta situación. Sólo en concepto de anticipo, Amann me ha prometido un millón, Y ahí estaba él, prisionero voluntario, con la mirada puesta en el Untersberg, donde algún día, según dice la leyenda, el emperador Carlomagno, ahora dormido, despertará para crear un Imperio como el de los antiguos tiempos de esplendor. Naturalmente, Hitler relacionaba la leyenda consigo mismo:

—Vea usted el Untersberg, ahí delante. No es ninguna casualidad que mi residencia esté justo enfrente.

• • •

Su actividad como constructor en el Obersalzberg no era lo único que unía a Bormann con Hitler; al contrario, supo hacerse también imprescindible como administrador de sus ingresos. Incluso los asistentes personales de Hitler dependían de Bormann, al igual que Eva Braun, según me confesó ella abiertamente, pues Hitler le había encargado que atendiera a sus necesidades, que eran bastante modestas.

Hitler elogiaba la habilidad financiera de Bormann. En una ocasión contó que éste, durante el duro año 1932, había conseguido un gran beneficio para el Partido al establecer un

seguro obligatorio de accidentes de trabajo. Los ingresos de esta caja auxiliar fueron bastante mayores que los gastos, y el excedente se dedicó a otros fines. También tuvieron su mérito los recursos que ideó, a partir de 1933, para acabar de una vez por todas con las preocupaciones económicas de Hitler. Encontró dos fuentes abundantes: junto con Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, y su amigo Ohnesorge, ministro de Comunicaciones, se le ocurrió que el hecho de figurar en los sellos de correos generaba unos derechos de imagen que tenían un valor monetario. Aunque éste representaba un porcentaje mínimo sobre las ventas, como la efigie de Hitler aparecía en toda clase de valores, terminaron fluyendo a su bolsillo millones de marcos que Bormann se encargaba de administrar.

Por otra parte, Bormann creó la «Contribución Adolf Hitler de la Industria alemana». Los empresarios, que se habían visto muy favorecidos por la prosperidad económica, fueron invitados sin rodeos a demostrar su reconocimiento al *Führer* por medio de donativos voluntarios. Sin embargo, como otros altos funcionarios habían tenido ya la misma idea, Bormann se hizo con un decreto que le aseguraba el monopolio de aquella clase de donativos, aunque fue lo bastante inteligente para entregar una parte, por «encargo del *Führer*», a los distintos dignatarios del Partido, y casi todos recibieron gratificaciones procedentes de aquel fondo. A pesar de que éstas eran insignificantes respecto al nivel de vida de los jefes nacionales y regionales, Bormann consiguió más poder que algunos cargos de la jerarquía gracias a ellas.

A partir de 1934, con su tenacidad característica, Bormann siguió otro sencillo principio: estar siempre lo más cerca posible de la fuente del favor y de la gracia. Acompañaba a Hitler al Berghof, iba con él de viaje y permanecía a su lado hasta altas horas de la madrugada cuando estaba en la Cancillería. Bormann se convirtió así en un secretario diligente que acabó

siendo imprescindible. Parecía mostrarse obsequioso con todos y casi todo el mundo recurría a él, tanto por las prerrogativas que había ido adquiriendo como por la impresión que daba de actuar como intermediario de forma totalmente desinteresada, sólo en beneficio de Hitler. A Rudolf Hess, su inmediato superior, también le resultaba cómodo saber a este colaborador suyo cerca de Hitler.

Ya en aquella época, los que gozaban de algún poder se enfrentaban envidiosos unos a otros, como diádocos que se prepararan para suceder al emperador; muy pronto se produjeron frecuentes luchas entre Goebbels, Göring, Rosenberg, Ley, Himmler, Ribbentrop y Hess por mejorar su posición; únicamente Röhm se había quedado en el camino, y Hess iba a perder pronto su influencia. Sin embargo, ninguno de ellos se dio cuenta del peligro que representaba para todos el infatigable Bormann. Había conseguido que lo consideraran insignificante y había construido su bastión sin que nadie lo notara. Incluso entre tantos dignatarios sin conciencia, Bormann destacaba por su brutalidad y su falta de sentimientos; carente de ninguna clase de formación que le impusiera límites, siempre hacía cumplir lo que Hitler había ordenado o lo que él mismo quería deducir de sus insinuaciones. Subalterno por naturaleza, trataba a sus inferiores como si fueran vacas y bueyes; era un campesino.

Yo evitaba a Bormann; no nos gustamos nunca, aunque nos tratábamos correctamente, tal como lo exigía la atmósfera del Obersalzberg. A excepción de mi propio despacho, nunca proyecté ninguna obra para él.

Hitler recalcaba con frecuencia que la casa de la montaña le daba la tranquilidad interior y la seguridad que necesitaba para tomar sus sorprendentes decisiones. Redactó allí sus principales discursos, y era digno de atención ver cómo los preparaba. Así,

antes de los congresos del Partido en Nuremberg, Hitler se retiraba unas semanas en el Obersalzberg para preparar sus largos parlamentos. La fecha se iba acercando cada vez más; sus asistentes lo apremiaban para que comenzase a dictar y lo mantenían apartado de todo, incluso de los planos y los visitantes, con el fin de que nada lo distrajera. Pero Hitler dejaba siempre aquella tarea para la semana siguiente, luego para otro día, y la cumplía de mala gana cuando finalmente el tiempo se acababa. Por lo general, entonces ya era demasiado tarde para preparar todos los discursos, y tenía que dedicarse a hacerlos por la noche, una vez iniciado el Congreso, para recuperar el tiempo que había dilapidado en el Obersalzberg.

A mí me parecía que Hitler necesitaba aquella presión para crear; que, a su manera de artista bohemio, despreciaba toda disciplina laboral y no quería o no podía obligarse a trabajar de manera regular. Dejaba madurar el contenido de sus discursos o sus pensamientos durante aquellas semanas de inactividad aparente, hasta que sus reflexiones se volcaban como un alud sobre sus partidarios o interlocutores.

• • •

El traslado desde nuestro valle de montaña al Obersalzberg resultó perjudicial para mi trabajo. Que el día transcurriera siempre igual resultaba fastidioso, que el círculo de Hitler fuera siempre el mismo —y que fuera el mismo que acostumbraba encontrarse en Munich y reunirse en Berlín— era aburrido. La única diferencia respecto a Berlín y Munich consistía en que en el Obersalzberg estaban también las esposas, además de dos o tres secretarias y Eva Braun.

Hitler solía aparecer bastante tarde en la planta baja, alrededor de las once, se ponía a leer las noticias de la prensa, recibía algunos informes de Bormann y adoptaba las primeras decisiones. Su jornada propiamente dicha comenzaba con un

prolongado almuerzo. Los invitados se reunían en la antesala. Hitler elegía entonces a la mujer a la que acompañaría aquel día a la mesa, mientras que desde 1938 Bormann tuvo el privilegio de llevar del brazo a Eva Braun, quien acostumbraba sentarse a la izquierda de Hitler, lo que era demostración inequívoca de su posición predominante en la corte. El comedor era la mezcla de rusticidad artística y elegancia urbana que suele encontrarse en las casas de campo de las personas acomodadas procedentes de la ciudad. Las paredes y el techo estaban revestidos de madera clara de alerce y las butacas, tapizadas de tafilete rojo. Los platos eran simplemente blancos. La cubertería de plata con el monograma de Hitler era idéntica a la de Berlín. Las discretas decoraciones florales siempre merecían la aprobación de Hitler. Se comía sopa, un plato de carne y postre, todo ello preparado en el mejor estilo casero, y se bebía Fachinger o vino embotellado; los criados, que llevaban chaleco blanco y pantalones negros, pertenecían al Cuerpo de Escolta de las SS. Se sentaban a la mesa, cuya longitud impedía mantener una conversación general, unas veinte personas. Hitler se situaba en el centro, frente a la ventana. Charlaba con quien tuviera enfrente, posición para la que elegía cada día a una persona distinta, o con sus compañeras de mesa.

Poco después del almuerzo se formaba una comitiva que se dirigía a la casa de té. El camino era tan estrecho que sólo podíamos ir de dos en dos, por lo que aquello parecía una procesión. A la cabeza, y a cierta distancia, iban dos funcionarios del Servicio de Seguridad, Hitler los seguía con su interlocutor y tras ellos caminaba el resto de los comensales, seguidos a su vez por otros vigilantes. Los dos perros pastores de Hitler se dedicaban a retozar y no hacían ningún caso de las órdenes de su amo; eran los únicos que se oponían a él en toda la corte. Para enojo de Bormann, no había día en que Hitler no utilizara ese camino, por el que había que andar una media hora,

despreciando los senderos asfaltados del bosque.

La casa de té había sido construida en uno de los miradores favoritos de Hitler, desde el que se podía ver todo el valle del Berchtesgaden. El séquito elogiaba el panorama utilizando una y otra vez las mismas expresiones. Hitler asentía con palabras siempre parecidas. La casa de té disponía de una habitación circular de unos ocho metros de diámetro, de proporciones agradables, provista de chimenea y de varias ventanas. La gente se reunía en cómodos sillones alrededor de una mesa redonda, y de nuevo se sentaban Eva Braun y otra de las señoras a cada lado de Hitler. Los comensales que no encontraban sitio se dirigían a un pequeño cuarto contiguo. Se servía té, café o chocolate, según las preferencias de cada cual, así como diversas clases de tartas, pasteles y bollos, y después alguna copa. Allí, en la mesa del café, Hitler gustaba de perderse en monólogos interminables sobre temas que los presentes ya solían conocer, por lo que se limitaban a simular atención. El mismo Hitler se dormía a veces durante sus monólogos; entonces los demás conversaban en voz baja, esperando que se despertara a tiempo para cenar. Todo quedaba en casa.

Al cabo de aproximadamente unas dos horas —es decir, hacia las seis—, la hora del té se daba por concluida. Entonces Hitler se ponía en pie y el cortejo de peregrinos se dirigía al lugar donde los esperaba una columna de automóviles, a unos veinte minutos de allí. De nuevo en el Berghof, Hitler solía dirigirse enseguida a las habitaciones del piso superior, y el séquito se disolvía. Bormann, seguido por los malignos comentarios de Eva Braun, desaparecía muchas veces en la habitación de una de las secretarias más jóvenes.

La cena tenía lugar dos horas más tarde, y en ella se observaba exactamente el mismo ritual que al mediodía. Hitler se dirigía después a la sala de estar, seguido una vez más por la

misma compañía, siempre invariable.

La sala había sido decorada por el estudio de Troost con sobriedad, aunque los muebles eran de grandes dimensiones: un armario de más de tres metros de alto y cinco de ancho en el que se guardaban los documentos que declaraban a Hitler ciudadano honorario de uno u otro sitio y los discos; una gran vitrina de cristal de estilo clasicista; un enorme reloj de péndulo, rematado por un águila de bronce que parecía protegerlo. Ante el gran ventanal había una mesa de seis metros de largo en la que Hitler acostumbraba sentarse a firmar documentos y, más tarde, a estudiar los mapas de la situación militar. Había dos grupos de asientos tapizados de rojo: uno de ellos estaba dispuesto en torno a una chimenea, en una parte del aposento que quedaba separada del resto por tres escalones; el otro, cerca de la ventana, rodeaba una mesa redonda cubierta con un cristal que protegía el tablero de madera. La cabina de proyección, cuyos orificios quedaban ocultos por un gobelino, estaba detrás de este grupo de asientos; en la pared de enfrente había una enorme cómoda sobre la cual se erigía un gran busto de bronce de Richard Wagner, obra de Amo Breker, y otro gobelino, que aquí ocultaba la pantalla cinematográfica. Las paredes estaban cubiertas por grandes cuadros al óleo: una dama con el pecho descubierto atribuida a Bordone, discípulo de Tiziano; un desnudo en posición yacente que se suponía obra del propio Tiziano; la Nana de Feuerbach en una versión especialmente hermosa; un paisaje primitivo de Spitzweg; unas ruinas romanas pintadas por Pannini y, sorprendentemente, una especie de retablo del nazareno Eduard von Steinle que representaba al rey Enrique, el fundador de ciudades. Sin embargo, no se veía ningún Grützner. De vez en cuando Hitler dejaba caer que había pagado todos aquellos cuadros de su propio bolsillo.

Nos sentábamos en el sofá o en los sillones de uno de los grupos de asientos; entonces se levantaban los dos gobelinos y

con las películas, que en los días de Berlín ocupaban la totalidad de la velada, comenzaba la segunda parte de la noche. Después nos reuníamos alrededor de la gigantesca chimenea. Seis u ocho personas, como si estuviéramos en fila, nos sentábamos en un largo, incómodo y profundo sofá, mientras que Hitler, flanqueado de nuevo por Eva Braun y alguna de las señoras, tomaba asiento en cómodos sillones. La inadecuada disposición de los muebles hacía que el grupo quedara tan extendido que era imposible mantener una conversación general. Cada cual se dirigía en voz baja a su vecino. Hitler hablaba de cosas intrascendentes con las dos mujeres que lo acompañaban o bien cuchicheaba con Eva Braun, a la que a veces cogía de la mano. Sin embargo, a menudo permanecía en silencio, con la mirada pensativa fija en el fuego de la chimenea; entonces los invitados enmudecían, para no estorbar sus importantes reflexiones.

A veces se comentaban las películas. Hitler solía juzgar las interpretaciones femeninas, mientras que Eva Braun opinaba sobre las masculinas. Nadie se tomaba el esfuerzo de elevar el nivel de aquella charla trivial para, por ejemplo, decir algo sobre las nuevas formas de expresión del director. Bien es verdad que las películas tampoco daban ocasión de hacerlo, pues eran sobre todo de entretenimiento, mientras que los experimentos cinematográficos de la época, como la película sobre Miguel Ángel de Curt Ortel, no se exhibieron nunca, al menos en mi presencia. A veces Bormann se dedicaba a menoscabar discretamente el prestigio de Goebbels, responsable de la producción cinematográfica alemana. Por ejemplo, hizo observaciones burlonas sobre el hecho de que hubiera puesto trabas a la película *El jarrón roto*, en la que el papel del cojo juez rural Adam que interpretaba Emil Jannings lo parodiaba. Hitler la vio con sarcástico placer y mandó que se repusiera en el mayor cine de Berlín. Sin embargo, y eso era típico de la falta de autoridad a menudo sorprendente de Hitler, durante mucho

tiempo aquella orden no se cumplió, aunque Bormann no cejó en su empeño hasta que Hitler mostró su enojo e hizo ver claramente a Goebbels que sus órdenes debían ser obedecidas.

Hitler suprimió más tarde, durante la guerra, aquellas sesiones cinematográficas nocturnas, pues, según dijo, quería renunciar a su distracción favorita para «solidarizarse con los sacrificios de los soldados». En su lugar se pusieron discos. Sin embargo, y a pesar de la magnífica colección que poseía, el interés de Hitler siempre se inclinaba por la misma música. No le decía nada lo barroco ni lo clásico, la música de cámara ni las sinfonías. En su lugar, siguiendo un orden que pronto quedó firmemente establecido, gustaba de oír algunos fragmentos brillantes de las óperas de Wagner y, a continuación, operetas. Y nada más. Hitler cifraba su ambición en adivinar las cantantes y se alegraba cuando, como solía suceder, daba con el nombre correcto.

Para animar aquellas insípidas veladas nocturnas se escanciaba champaña, que tras la ocupación de Francia fue de una marca barata procedente del saqueo; las mejores se las quedaron Göring y sus oficiales de la Luftwaffe. A partir de la una de la madrugada siempre había alguien que, aun haciendo grandes esfuerzos por contenerse, no podía reprimir los bostezos. No obstante, la velada se prolongaba al menos otra hora, con toda su monótona y fatigosa vacuidad, hasta que, por fin, Eva Braun intercambiaba unas palabras con Adolf Hitler y se retiraba al piso de arriba. El propio Hitler no se ponía en pie para despedirse hasta un cuarto de hora después. Aquellas horas paralizantes solían ir seguidas de un rato de relajada reunión de quienes, como si se sintieran liberados, se quedaban todavía con el champaña y el coñac.

Regresábamos a casa a primeras horas de la madrugada, muertos de cansancio de tanto no hacer nada. Al cabo de

algunos días me acometía lo que yo llamaba entonces el «mal de montaña»; es decir, me sentía agotado y vacío a causa de la continua pérdida de tiempo. Sólo podía ocuparme de los planos con mis colaboradores cuando alguna reunión interrumpía la ociosidad de Hitler. Como huésped permanente y habitante del Obersalzberg, no podía zafarme de las veladas nocturnas sin parecer descortés, por molesto que me resultara participar en ellas. El doctor Dietrich, jefe de Prensa del Reich, tuvo algunas veces el atrevimiento de asistir a las representaciones del Festival de Salzburgo, pero eso le valió el enojo de Hitler. Si uno no quería descuidar su trabajo, no le quedaba más remedio que huir a Berlín.

De vez en cuando venían conocidos de Hitler de los viejos círculos de Munich o de Berlín, como Schwarz, Goebbels o Hermann Esser. Sin embargo, eso ocurría en raras ocasiones y nunca se quedaban más de uno o dos días. Tampoco a Hess, que habría tenido toda clase de motivos para poner freno a la actividad de su lugarteniente Bormann, lo vi más de dos o tres veces. Incluso sus colaboradores más íntimos, a los que uno podía encontrar muy a menudo en la mesa del almuerzo de la Cancillería del Reich, evitaban el Obersalzberg. Aquello resultaba particularmente chocante, dado que Hitler acostumbraba alegrarse de sus visitas y solía rogarles que fueran a verlo con más frecuencia y que se quedaran más tiempo a descansar. Para ellos, que se habían convertido en el centro de sus propios círculos, suponía una gran incomodidad modificar sus costumbres cotidianas y supeditarse a la manera de ser de Hitler, que aun con todo su encanto actuaba con una prepotencia muy poco alentadora. En cambio, a los viejos camaradas de lucha, a los que ya eludía en Munich y que habrían aceptado encantados una invitación al Berghof, Hitler tampoco quería verlos allí.

A Eva Braun se le permitía estar presente durante las visitas

de los antiguos colaboradores del Partido. No obstante, era desterrada cuando asistía a las comidas un ministro u algún otro dignatario del Reich. Incluso si los que venían eran Göring y su esposa, Eva Braun tenía que quedarse en su habitación. Era evidente que Hitler sólo la consideraba presentable hasta cierto punto. A veces yo le hacía compañía en su exilio, en una habitación junto al dormitorio de Hitler. En aquellos momentos se sentía tan intimidada que ni siquiera se atrevía a salir de la casa para dar un paseo:

—Me podría encontrar con los Göring en el pasillo.

De hecho, Hitler no la trataba con demasiada consideración. Decía lo que opinaba de las mujeres sin el menor reparo, aunque ella estuviera delante:

—Los hombres muy inteligentes deben elegir a una mujer primitiva y tonta. ¡Imagínense que mi esposa se entrometiera en mi trabajo! En mi tiempo libre quiero que me dejen tranquilo… No podría casarme nunca. ¡Y menudo problema si tuviera hijos! Aún tratarían de convertir a mi hijo en mi sucesor. ¡Sólo faltaría! Es imposible que alguien como yo tenga un hijo competente. Por lo general eso no pasa casi nunca. ¡Fíjense en el hijo de Goethe, un perfecto inútil…! Muchas mujeres están pendientes de mí porque sigo soltero, y eso me ayudó mucho durante los años difíciles; pero es lo que les pasa a los actores de cine: en cuanto se casan pierden para siempre ese algo que hace que las mujeres los adoren.

Hitler creía tener un gran atractivo erótico para las mujeres. Sin embargo, también en esto se mostraba lleno de recelos: acostumbraba decir que no sabía nunca si les gustaba en su calidad de «canciller del Reich» o porque era «Adolf Hitler»; además, como solía observar sin la menor galantería, de ningún modo quería tener cerca a una mujer inteligente. Desde luego, no pensaba en lo ofensivas que tenían que resultar sus palabras

para las damas que lo oían hablar así. Con todo, Hitler también podía mostrarse como un buen «marido». Una vez, por ejemplo, Eva Braun estaba esquiando y se hacía tarde para el té, y Hitler, intranquilo, miraba nervioso el reloj, claramente preocupado por si le había ocurrido algo.

Eva Braun procedía de un ambiente humilde: su padre era maestro de escuela. No llegué a conocer a sus parientes; no aparecieron nunca y vivieron modestamente hasta el final. También Eva Braun siguió llevando una vida sencilla; vestía de forma discreta y llevaba joyas baratas[30] que Hitler le regalaba por Navidad o por su cumpleaños: por lo general eran pequeñas piedras semipreciosas, que en el mejor de los casos valdrían algunos cientos de marcos y que, en realidad, resultaban de una pobreza ofensiva. Bormann era el encargado de presentarle un surtido de regalos y, según me pareció, Hitler elegía alhajas de gusto pequeñoburgués.

Eva Braun no sentía ningún interés por la política y casi nunca intentó influir en Hitler. Sin embargo, estaba dotada de un sano sentido práctico y hacía alguna que otra observación sobre pequeños inconvenientes de la vida muniquesa. Bormann no veía esto con buenos ojos, puesto que en tales casos se le pedían siempre todo tipo de explicaciones. Era buena deportista y una esquiadora de gran resistencia, y hacíamos frecuentes excursiones con ella más allá del recinto cercado. Una vez Hitler llegó a concederle ocho días de vacaciones; desde luego, en una época en que de todos modos él no iba a estar en la montaña. Estuvo con nosotros en Zürs, donde, sin que nadie la reconociera, bailó apasionadamente con jóvenes oficiales hasta altas horas de la madrugada. A pesar de ello, se hallaba muy lejos de ser una moderna *Madame* Pompadour; para el historiador, esta mujer sólo resulta interesante para conocer el carácter de Hitler.

Movido por una cierta compasión por la situación de Eva Braun, pronto comencé a sentir simpatía por aquella infeliz que tanto quería a Hitler. Además, también nos unía nuestra común aversión hacia Bormann, debida a su forma tosca y arrogante de violentar la naturaleza y engañar a su mujer. Cuando en los procesos de Nuremberg me enteré de que Hitler había contraído matrimonio con Eva Braun un día y medio antes de morir, me alegré por ella, aunque probablemente también ese acto reflejara el cinismo con que Hitler la trató.

Muchas veces me he preguntado si Hitler sentía por los niños algo parecido al cariño. Al menos intentaba aparentarlo cuando los tenía cerca, tanto si los conocía como si no; incluso procuraba, aunque sin resultar convincente, ocuparse de ellos de una forma entre amistosa y paternal. Nunca encontró el modo de tratar con los niños sin reservas; después de algunas palabras elogiosas, pronto centraba su atención en otra cosa. Juzgaba a los niños como descendencia, como representantes de la generación futura, y por ello lo complacía más su aspecto exterior (rubio, de ojos azules), su complexión (fuerte, sana) o su inteligencia (viva, despierta) que su naturaleza infantil. Su personalidad no ejerció en mis propios hijos influencia alguna.

• • •

De la vida social del Obersalzberg sólo me queda el recuerdo de un curioso vacío. Afortunadamente, durante los primeros años de cautividad anoté algunos jirones de conversación que aún retenía en la memoria y que ahora puedo considerar en cierto modo auténticos.

En los cientos de charlas de la hora del té se habló de moda, de la crianza de perros, de teatro y cine, de las operetas y sus estrellas, y también hubo incontables cotilleos. Hitler no se refirió casi nunca a la cuestión judía o a sus adversarios políticos, ni mucho menos a la necesidad de instalar campos de

concentración. Eso tal vez se debiera más a la trivialidad de las conversaciones que a una intención deliberada. En cambio, se burlaba con gran frecuencia de sus colaboradores más próximos. No es ninguna casualidad que fueran precisamente esas observaciones las que se me quedaron grabadas en la memoria, pues, a fin de cuentas, se trataba de personas que públicamente estaban por encima de toda crítica. El entorno privado de Hitler no estaba obligado a guardar silencio y, en el caso de las mujeres, él decía que de todos modos era inútil imponerles discreción. ¿Quería impresionarnos, al hablar despectivamente de todo el mundo? ¿O lo hacía más bien a causa del desprecio que sentía hacia todo y hacia todos?

Hitler socavaba con frecuencia el mito de las SS de Himmler:

—¡Qué insensatez! Cuando por fin hemos conseguido dejar atrás toda clase de misticismo, resulta que ese comienza otra vez desde el principio. Para eso ya habríamos podido quedarnos en la Iglesia, que al menos tiene tradición. ¡Imagínese que algún día pudieran llegar a proclamarme «santo de las SS»! ¡Me revolvería en la tumba!

O decía:

—Este Himmler ha vuelto a pronunciar un discurso en el que califica a Carlomagno de «carnicero de sajones». La muerte de los sajones no fue un crimen histórico, como opina él. Carlomagno obró muy acertadamente al someter a Widukind y matar a los sajones, pues con ello hizo posible el reino de los francos y la penetración de la cultura occidental en Alemania.

Himmler encargó excavaciones prehistóricas a los especialistas.

—¿Por qué descubrir a todo el mundo que no tenemos pasado? Como si no bastara con que los romanos levantaran grandes obras mientras nuestros antepasados aún vivían en

chozas de barro, ahora Himmler tiene que excavar sus aldeas y mostrarse entusiasmado por cada trozo de cerámica y por cada hacha que encuentra. Lo único que conseguiremos probar con eso es que todavía luchábamos con piedras y nos acurrucábamos al raso alrededor de hogueras cuando Grecia y Roma ya habían alcanzado su más alto grado de civilización. En realidad, tendríamos toda clase de razones para guardar silencio sobre nuestro pasado; sin embargo, Himmler lo pregona a los cuatro vientos. ¡Con cuánto desprecio deben de reírse los romanos de hoy de estos descubrimientos!

Mientras que en Berlín, entre sus colaboradores políticos, Hitler se pronunciaba muy duramente contra la Iglesia, empleaba un tono más suave en presencia de las mujeres, lo que demuestra una vez más su capacidad de adaptarse siempre al entorno.

—No hay duda de que la Iglesia es necesaria para el pueblo. Es un elemento fuerte y conservador —explicó en una ocasión en su círculo privado. Desde luego, al hablar así se refería a un instrumento que estuviera de su parte—: Si al menos el «Reibi» —así llamaba al *Reichsbischof*, obispo primado del Reich, Ludwig Müller— diera la talla… ¿A quién se le ocurriría nombrar para este cargo a un sacerdote castrense? De buena gana le prestaría todo mi apoyo. ¡Cuántas cosas haría con él! Conmigo, la Iglesia protestante podría ser la Iglesia del Estado, como en Inglaterra.

Incluso después de 1942 Hitler seguía recalcando, en una de aquellas conversaciones de la hora del té, que consideraba que la Iglesia era absolutamente imprescindible en la vida del Estado. Observó que sería feliz si algún día tropezaba con un clérigo eminente que fuera el apropiado para dirigir una de las dos Iglesias alemanas, la católica o la protestante, o incluso ambas. Todavía lamentaba que el primado Müller no hubiera sido el

hombre adecuado para llevar a cabo sus ambiciosos planes. A todo esto, condenaba con dureza la lucha contra la Iglesia, que consideraba un crimen contra el futuro del pueblo, pues en su opinión era imposible reemplazarla por una «ideología de partido». No tenía ninguna duda de que con el tiempo la Iglesia se adaptaría a los objetivos políticos del nacionalsocialismo; bien sabía Dios que la Historia apoyaba su afirmación. Una nueva religión de partido no sería más que un retroceso al misticismo de la Edad Media. Así lo demostraba el mito de las SS y el ilegible libro de Rosenberg *El mito del siglo XX*.

Si en uno de tales monólogos Hitler se hubiera expresado de forma negativa al referirse a la Iglesia, seguro que Bormann se habría sacado del bolsillo de la americana una de las tarjetitas blancas que siempre llevaba encima, pues anotaba todo lo que le parecía importante de lo que aquél decía; y apenas había nada que absorbiera con más afán que las observaciones despectivas sobre la Iglesia. En aquella época supuse que estaba reuniendo material para escribir una biografía de Hitler.

Cuando hacia 1937 Hitler se enteró de que gran número de sus seguidores, a instancias del Partido y de las SS, se había separado de la Iglesia porque ésta se oponía tercamente a sus directrices, ordenó, por motivos oportunistas, que sus principales colaboradores, sobre todo Göring y Goebbels, permanecieran en su seno. También él siguió siendo miembro de la Iglesia católica, aunque no tenía ningún vínculo espiritual con ella. Y así continuó hasta su suicidio.

Repetía con frecuencia un pensamiento que le había comunicado una delegación de nobles árabes, que reflejaba cómo concebía su Iglesia estatal: cuando en el siglo VIII los musulmanes trataron de avanzar hacia Europa central a través de Francia, fueron derrotados en la batalla de Poitiers. Si los árabes hubieran ganado aquella batalla, el mundo sería ahora

musulmán, pues habrían impuesto a los pueblos germánicos una religión cuya doctrina, propagar la fe con la espada y someter a todos los pueblos a ella, habría estado hecha a su medida. A causa de su inferioridad racial, los conquistadores no habrían podido, a la larga, imponerse a los habitantes de los territorios del norte, más vigorosos y habituados a la áspera naturaleza del terreno, por lo que no habrían sido los árabes, sino los germanos musulmanes, los que habrían encabezado el Imperio islámico mundial.

Hitler acostumbraba concluir este relato con la siguiente consideración:

—Y es que, en definitiva, tenemos la desgracia de que nuestra religión no es la mejor. ¿Por qué no será como la de los japoneses, que consideran que lo más elevado es el sacrificio por la patria? Incluso la religión musulmana habría sido mucho más adecuada para nosotros que el cristianismo, débil y tolerante.

Resulta notable que ya antes de la guerra prosiguiera a veces diciendo:

—Los siberianos, los bielorrusos y las gentes de la estepa viven de una forma muy sana, lo que los capacita para evolucionar y, a la larga, para superar biológicamente a los alemanes.

Repetiría esta observación, de manera mucho más drástica, en los últimos meses de la guerra.

Rosenberg vendió cientos de miles de ejemplares de *El mito del siglo XX*, que era un volumen de setecientas páginas. Aunque el libro era considerado en público el compendio de la ideología del Partido, durante las conversaciones de la hora del té Hitler lo calificaba sin ambages de «embrollo que nadie puede comprender», escrito por un «báltico corto de miras que piensa de una manera espantosamente complicada». Se maravillaba de que una obra de aquella naturaleza hubiera llegado siquiera a

editarse:

—¡Un retroceso a las ideas de la Edad Media!

Nunca quedó claro si alguien se ocupó de informar a Rosenberg de aquellos comentarios.

Para Hitler, la cultura griega expresaba la perfección máxima en todos los terrenos. Opinaba que su concepción de la vida, tal como quedaba reflejada, por ejemplo, en la arquitectura, había sido «fresca y sana». Un día, la fotografía de una bella nadadora lo llevó a entusiastas reflexiones:

—¡Qué cuerpos tan maravillosos pueden verse hoy! Hemos tenido que esperar hasta nuestro siglo para que la juventud se fuera aproximando de nuevo, a través del deporte, a los ideales helénicos. ¡Cómo se despreciaba el cuerpo en otros tiempos! En esto nos distinguimos de todas las épocas culturales posteriores a la Antigüedad.

Sin embargo, rehusaba practicar ningún deporte. Tampoco mencionó nunca haberlo hecho en su juventud.

Cuando hablaba de los griegos, se refería a los dorios. Naturalmente, eso tenía que ver con la suposición, alimentada por los científicos de la época, de que las migraciones dóricas tenían un origen germánico, por lo que su cultura no formaba parte del mundo mediterráneo.

• • •

La pasión de Göring por la caza era uno de sus temas preferidos:

—¿Cómo puede nadie entusiasmarse por algo así? Matar animales cuando es necesario es misión del matarife. Pero gastar, encima, montones de dinero para hacerlo… Desde luego, comprendo que tiene que haber cazadores profesionales para rematar a los animales enfermos. ¡Si al menos cazar entrañase todavía algún peligro, como cuando se empleaban lanzas…!

Hoy, sin embargo, cualquier barrigudo puede derribar a un animal desde lejos… La caza y las carreras de caballos son los últimos restos del mundo feudal.

También disfrutaba haciendo que el embajador Hewel, el enlace de Ribbentrop, le contara con todo detalle las conversaciones telefónicas que mantenía con el ministro de Asuntos Exteriores. Incluso le daba consejos sobre la forma de intranquilizar o confundir a su jefe. En ocasiones se ponía al lado de Hewel, quien, tapando el micrófono del teléfono, le tenía que repetir lo que decía Ribbentrop, y entonces Hitler le susurraba las respuestas. Por lo general, se trataba de observaciones sarcásticas que pretendían incrementar la constante preocupación del desconfiado ministro, que temía que algún incompetente influyera sobre Hitler en cuestiones de política exterior y pusiera en duda su propia competencia.

Incluso después de dramáticas negociaciones, Hitler era capaz de divertirse a costa de sus adversarios. Una vez contó cómo, fingiendo una explosión de cólera, hizo ver con claridad la situación a Schuschnigg durante la visita que éste hizo al Obersalzberg el 12 de febrero de 1938, forzándolo así a ceder. Es probable que muchas de sus reacciones histéricas, de las que tanto se ha hablado, puedan atribuirse a fingimientos de este tipo. En general, Hitler destacaba precisamente por su autodominio. En mi presencia perdió los estribos raras veces.

Allá por el año 1936, Schacht se personó en la sala de estar del Berghof para presentar su informe. Los invitados estábamos en la terraza contigua y el gran ventanal que daba a la sala estaba abierto. Pudimos oír cómo Hitler, muy irritado, gritaba a su ministro de Economía, que le contestaba en voz alta y firme. El diálogo fue subiendo de tono y finalmente se interrumpió de una manera abrupta. Hitler salió furioso a la terraza y pasó un buen rato extendiéndose sobre su recalcitrante ministro, que le

daba largas respecto al rearme. Otro enojo insólito lo causó, en 1937, el pastor Niemöller, quien había vuelto a pronunciar en Dahlem un sermón que incitaba a la revuelta; al mismo tiempo que se le informaba al respecto, le fue presentada la transcripción de sus conversaciones telefónicas, que estaban intervenidas. Hitler, con voz estridente, ordenó que Niemöller fuera internado en un campo de concentración y que no lo soltaran nunca, por su demostrada reincidencia.

Otro caso nos remite a su temprana juventud: en un viaje que hice de Budweis a Krems en 1942, me llamó la atención un gran letrero que había en una casa de Spital, junto a Weitra, cerca de la frontera checa. Según indicaba la placa, «el *Führer* había habitado en su juventud» en aquella casa. La casa, bonita y bien conservada, se hallaba en una próspera aldea. Cuando se lo mencioné, perdió los estribos y llamó a gritos a Bormann, que acudió consternado. Hitler le habló con dureza: le había dicho más de una vez que aquel lugar no debía relacionarse nunca con él. Aun así, algún asno había colocado allí un letrero. Había que retirarlo de inmediato. Entonces no supe explicarme su irritación, pues en general Hitler se alegraba cuando Bormann le hablaba de la restauración de los lugares emblemáticos de su juventud, en los alrededores de Linz y Braunau… Evidentemente, tenía motivos para borrar aquella otra parte. Hoy se sabe que su oscura historia familiar se pierde en esta región del bosque austríaco.

A veces, Hitler dibujaba bocetos de una torre de las históricas fortificaciones de Linz:

—Éste era mi lugar de juegos favorito. Fui mal estudiante, pero en las pillerías siempre era el primero. Más adelante haré transformar esta torre en un gran albergue juvenil, en recuerdo de esa época.

También hablaba con frecuencia de sus primeras

impresiones políticas importantes. Casi todos sus condiscípulos de Linz opinaban que había que rechazar la inmigración de los checos a la Austria alemana; desde entonces tuvo claro el problema de las nacionalidades. Más tarde, en Viena, comprendió de manera fulminante el peligro del judaísmo; muchos trabajadores con los que se reunía eran fuertemente antisemitas. Sin embargo, había algo en lo que, según decía, no había coincidido con los obreros:

—Yo rechazaba sus concepciones socialdemócratas y tampoco me afilié a ningún sindicato. Eso me acarreó mis primeras dificultades políticas.

Es posible que ésta fuera una de las razones por las que no guardaba un buen recuerdo de Viena; en cambio, parecía entusiasmado por el Munich de antes de la guerra: sorprendentemente, muchas veces soñaba con las carnicerías y con sus excelentes salchichas.

Hitler manifestaba una veneración sin reservas por el que era obispo de Linz durante su juventud, quien, con gran energía y venciendo numerosas resistencias, llevó adelante la construcción de la catedral de Linz, de dimensiones insólitas; dado que debía sobrepasar incluso la catedral de San Esteban de Viena, el obispo tuvo dificultades con el Gobierno austríaco, que no quería que Viena fuera superada[31]. Normalmente seguían a esto algunas explicaciones sobre la intolerancia con que el Gobierno central austríaco había sofocado los impulsos culturales independientes de ciudades como Graz, Linz o Innsbruck; al hablar así, Hitler no parecía tener conciencia de que él estaba uniformizando por la fuerza países enteros: en cualquier caso, ahora que era él quien tomaba las decisiones, haría valer los derechos de la ciudad natal de sus padres. Su programa para transformar Linz en una «gran capital» incluía la construcción de una serie de edificios representativos a ambas orillas del

Danubio, que quedarían unidas por un puente colgante. La cumbre de su proyecto era una gran Jefatura Regional del NSDAP que tendría una gigantesca sala de reuniones y un campanario con una cripta para su tumba. A lo largo del río se edificarían el Ayuntamiento, un hotel representativo, un gran teatro, un cuartel general, un estadio, una pinacoteca, una biblioteca, un museo militar y una sala de exposiciones, así como, finalmente, un monumento que recordaría la liberación de 1938 y otro para glorificar a Anton Bruckner[32]. A mí se me asignaron los proyectos de la pinacoteca y del estadio, que habrían de emplazarse en una colina con vistas a la ciudad. Su lugar de retiro iba a erigirse cerca de estas construcciones, asimismo en un punto elevado.

A Hitler lo entusiasmaba la fachada fluvial que Budapest había adquirido con el paso de los siglos a ambos lados del Danubio. Ambicionaba convertir Linz en una Budapest alemana. A este respecto, opinaba que Viena estaba mal orientada, pues daba la espalda al Danubio, negligiendo el aprovechamiento urbanístico del río. En cuanto él consiguiera corregir Linz en este aspecto, la ciudad podría rivalizar con Viena. Desde luego, esas observaciones no iban del todo en serio; le impulsaba a hacerlas su aversión hacia Viena, que estallaba una y otra vez, aunque también se refería con frecuencia al gran acierto que había supuesto la urbanización de las antiguas fortificaciones vienesas.

Antes de la guerra, Hitler decía a veces que en cuanto hubiera logrado sus objetivos políticos se retiraría de los asuntos de Estado y terminaría su vida en Linz. Entonces ya no desempeñaría ningún papel político, pues su sucesor sólo conseguiría tener la autoridad necesaria si él se retiraba por completo. Lo dejaría hacer sin inmiscuirse. La gente no tardaría en dirigirse a su sucesor, y él pronto sería olvidado. Todos lo abandonarían. Al elaborar estos pensamientos se dejaba llevar

por la autocompasión:

—Quizá entonces me visite de vez en cuando alguno de mis antiguos colaboradores. Pero no cuento con ello. Salvo a la señorita Braun, no pienso llevarme a nadie. A la señorita Braun y a mis perros. Estaré solo. ¿Cómo soportaría nadie permanecer voluntariamente mucho tiempo conmigo? Nadie tendrá en cuenta mi existencia. ¡Todos irán corriendo tras de mi sucesor! Quizá aparezcan por mi casa una vez al año, por mi cumpleaños.

Desde luego, los que asistían a la tertulia protestaban y afirmaban con toda solemnidad que siempre le serían fieles y permanecerían a su lado. Sean los que fueren los motivos por los que Hitler pensaba en retirarse pronto de la política, en tales momentos parecía estar seguro de que la base de su autoridad era su posición de fuerza, y no su personalidad ni su capacidad de sugestión.

• • •

El aura que rodeaba a Hitler para los colaboradores que no tenían trato directo con él era incomparablemente mayor que en su círculo íntimo. No hablábamos del «*Führer*», sino sólo del «jefe», y nos ahorrábamos el «*Heil Hitler!*» de rigor, pues nos saludábamos con un simple «buenos días». Incluso se bromeaba abiertamente con Hitler sin que se enojara; una de las secretarias, la señorita Schröder, acostumbraba emplear en su presencia su típica muletilla «hay dos posibilidades» para responder a preguntas banales. Así, podía decir:

—Hay dos posibilidades: que llueva o que no llueva.

En presencia de los demás, Eva Braun señalaba a Hitler que su corbata no combinaba con el traje que llevaba, por ejemplo, y a veces se autocalificaba humorísticamente de «Landesmutter», madre del pueblo.

Un día, mientras estábamos sentados a la gran mesa redonda

de la casa de té, Hitler comenzó a mirarme fijamente. En lugar de apartar la vista, lo tomé como una provocación. Quién sabe qué instintos primitivos provocan un duelo semejante, en el que los adversarios se miran a los ojos hasta que uno de los dos termina por ceder. En cualquier caso, aunque yo estaba acostumbrado a salir siempre victorioso de estos combates visuales, aquella vez tuve que recurrir a una energía casi sobrehumana, durante un tiempo que me pareció interminable, para no rendirme al creciente impulso de volver los ojos hacia otra parte. Hasta que Hitler cerró súbitamente los suyos y al cabo de un momento se volvió hacia su vecina.

A veces me preguntaba: «¿Qué me falta, en realidad, para poder decir que Hitler es amigo mío?». Siempre estaba en su entorno, en su círculo íntimo me sentía casi como en casa y, además, era su principal colaborador en su campo favorito: la arquitectura.

Me faltaba todo. Nunca en mi vida he conocido a nadie que mostrara tan raramente sus verdaderos sentimientos; si alguna vez lo hacía, no tardaba en volver a encerrarse en sí mismo. Durante el tiempo que permanecí en Spandau hablé con Hess sobre esta peculiaridad de Hitler. Ambos opinamos que había momentos en los que uno podía suponer que había conseguido acercarse más a él. Pero eso no era nunca cierto. Si alguien dejaba a un lado la cautela porque Hitler parecía más cordial que de costumbre, enseguida volvía a levantar un muro insalvable.

Con todo, según Hess había habido una excepción: Dietrich Eckardt. Pero después de hablar mucho sobre ello convinimos en que se había tratado más bien de una veneración hacia el escritor, reconocido sobre todo en los círculos antisemitas, que de una verdadera amistad. Cuando Dietrich Eckardt murió, en 1923, sólo quedaron cuatro hombres que tutearan a Hitler:

Esser, Christian Weber, Streicher y Röhm[33]. Hitler aprovechó, después de 1933, una ocasión favorable para que el primero lo volviera a tratar de «usted»; al segundo lo evitaba, al tercero lo trataba de forma impersonal y al cuarto lo hizo asesinar. Tampoco con Eva Braun se mostró nunca relajado ni humano: jamás salvaron la distancia que mediaba entre el jefe de la nación y la muchacha sencilla. A veces se dirigía a ella, de forma entre inconveniente y familiar, llamándola «Tschapperl», y precisamente este término bávaro caracterizaba la clase de relación que los unía.

• • •

En noviembre de 1936, Hitler mantuvo una larga entrevista con el cardenal Faulhaber en el Obersalzberg; en ella debió de comprender con claridad lo aventurado de su existencia, lo elevado de su apuesta. Después de aquella conversación, al anochecer Hitler y yo estuvimos solos en el balcón del comedor. Después de mirar largo tiempo en silencio hacia la lejanía, me dijo:

—Tengo dos posibilidades: conseguir mis objetivos o fracasar. Si logro salir adelante, me convertiré en uno de los grandes de la Historia; si fracaso, seré condenado, despreciado y maldecido.

CAPÍTULO VIII

LA NUEVA CANCILLERÍA DEL REICH

Con el fin de dar la trascendencia adecuada a su encumbramiento como «uno de los grandes de la Historia», Hitler exigió la construcción de un escenario arquitectónico acorde a sus pretensiones imperiales. Calificó la Cancillería del Reich, a la que se había trasladado el 30 de enero de 1933, de «adecuada para una empresa jabonera». En su opinión, aquel lugar no era la sede de un Reich poderoso.

A fines de enero de 1938, Hitler me recibió oficialmente en su despacho.

—Tengo un trabajo urgente para usted —dijo en tono solemne, en pie en medio de la estancia—. Dentro de poco tendré que celebrar reuniones importantísimas, y para eso necesito grandes vestíbulos y salones que me permitan impresionar sobre todo a los pequeños potentados. Pongo a su disposición toda la Voss-Strasse. Me da igual lo que cueste. Sin embargo, hay que construir deprisa y, además, las obras tienen que ser sólidas. ¿Cuánto tiempo necesitará para que esté todo listo? Un año y medio o dos me parecería demasiado. ¿Podría tenerlo terminado el 10 de enero de 1939? Quiero que la próxima recepción diplomática tenga lugar en la nueva Cancillería.

Acto seguido, me dijo que podía marcharme.

Hitler describió el resto del día en el discurso que pronunció

con motivo de la cobertura de aguas del edificio:

—Entonces mi Inspector General de Edificación me rogó que le concediera unas horas para reflexionar, y al llegar la noche se presentó con una lista de fechas y me dijo: «Las casas estarán derribadas tal día de marzo, celebraremos la cobertura de aguas el 1 de agosto y el 9 de enero, *mein Führer*, le anunciaré que la obra está concluida». Yo soy del mismo oficio, de la construcción, y sé lo que esto significa. Nunca se ha hecho nada igual. Ha sido una proeza única en su género[34].

Efectivamente, fue la promesa más insensata de toda mi vida. Pero Hitler se mostró satisfecho.

Enseguida comenzamos a derribar los edificios de la Voss-Strasse, a fin de despejar el terreno. Al mismo tiempo se iban trazando los planos de la obra, hasta el punto de que el refugio antiaéreo tuvo que iniciarse partiendo de bocetos a mano alzada. También en fases posteriores encargué con urgencia muchos elementos sin tener claramente definidos los requisitos arquitectónicos. Por ejemplo, lo que tenía el plazo de entrega más largo eran las descomunales alfombras anudadas a mano que debían cubrir varios salones. Determiné su color y tamaño antes de saber qué aspecto tendrían las estancias en las que debían colocarse, que en cierto modo se diseñaron alrededor de las alfombras. No me preocupé por establecer ningún complejo organigrama, pues sólo me habría servido para demostrar que mi misión era irrealizable. Aquella forma improvisada de trabajar se parecía mucho a los métodos que, cuatro años después, iba a emplear en la dirección de la economía alemana de guerra.

El solar era alargado, lo que invitaba a levantar una serie de recintos yuxtapuestos a lo largo de un eje. Presenté a Hitler el anteproyecto: el visitante llegaba en coche desde la Wilhelmplatz a un patio de honor después de atravesar un gran

portal; ascendía entonces por una escalinata hasta llegar a una pequeña sala de recepción en la que se abrían unas puertas, cuyas hojas medían casi cinco metros de altura, que daban a un vestíbulo revestido de mosaico. Acto seguido subía algunos escalones, atravesaba un recinto circular con el techo en forma de cúpula y accedía a una galería de 145 metros de largo que impresionó especialmente a Hitler, ya que medía el doble que la Sala de los Espejos de Versalles. Los profundos huecos de las ventanas debían procurar una luz indirecta, con lo que se lograría el agradable efecto que había podido apreciar en mi visita al gran salón del palacio de Fontainebleau.

Así pues, el conjunto consistiría en una sucesión de salas, revestidas con una interminable variación de materiales y colores, que en total alcanzaba los 220 metros de longitud. Sólo entonces se llegaba por fin a la sala de recepción de Hitler. No hay duda de que todo aquello era una orgía de la arquitectura monumental y, en definitiva, una muestra de «arte efectista». Pero eso también se daba en el barroco y, en el fondo, se ha dado siempre.

Hitler se mostró impresionado:

—¡Durante el largo recorrido desde la entrada hasta la sala de recepción tendrán tiempo para captar algo del poder y la grandeza del Reich!

En los meses que siguieron me pidió que le mostrara los planos una y otra vez, pero incluso en el caso de esta obra, destinada a su propio uso, se entrometió muy raramente en mi trabajo, dejándome las manos libres por completo.

• • •

Las prisas de Hitler por ver terminada la nueva Cancillería del Reich tenían su motivo más profundo en la preocupación que sentía por su salud. Temía seriamente no vivir mucho tiempo. Desde 1935, su imaginación se vio cada vez más

dominada por unas molestias estomacales que intentaba curar con un régimen de autolimitaciones; creía saber qué comidas lo perjudicaban y se fue imponiendo poco a poco una dieta cada vez más frugal. Algo de sopa, ensalada y alimentos muy ligeros en pequeña cantidad. Comía muy poco. Parecía desesperado cuando, señalando su plato, decía:

—¡Y se supone que un hombre tiene que vivir con esto! ¡Mire, mire usted! A los médicos les resulta muy fácil decir que hay que comer lo que a uno le apetezca[35]. A mí ya casi nada me sienta bien, y tengo dolores después de cada comida. ¿Qué más puedo suprimir? ¿Cómo voy a sobrevivir así?

Muchas veces tenía que interrumpir una reunión de repente a causa del dolor, y entonces se retiraba durante media hora o más, o ya no regresaba. Según decía, también lo aquejaban una exagerada acumulación de gases, trastornos cardíacos e insomnio. Eva Braun me contó una vez que Hitler, aun antes de cumplir los cincuenta años, le había dicho:

—Pronto tendré que dejarte; ¿qué harías con un viejo?

Su médico de cabecera, el doctor Brandt, era un joven cirujano que trataba de convencer a Hitler para que se hiciera examinar a fondo por un internista. Todos nosotros apoyamos su propuesta. Se barajaron los nombres de médicos célebres y se desarrolló un plan para poder llevar a cabo la exploración sin despertar sospechas. Se pensó en la posibilidad de internarlo en un hospital militar, pues allí el secreto estaría garantizado. Sin embargo, Hitler acababa rechazando siempre todas las sugerencias: alegaba que, simplemente, no se podía permitir el lujo de ser considerado un enfermo, ya que eso debilitaría su posición política, sobre todo en el extranjero. Incluso se resistió a hacerse una primera exploración en su casa. Por lo que yo sé, en aquella época no fue sometido a ningún reconocimiento serio, sino que él mismo interpretaba sus síntomas de acuerdo

con sus propias teorías, lo que, por cierto, respondía perfectamente a su arraigado diletantismo.

En cambio, requirió los servicios del profesor Von Eicken, un famoso otorrinolaringólogo berlinés, para que le tratara una ronquera que iba en aumento; le permitió que lo sometiera a un examen concienzudo en su domicilio y se mostró aliviado cuando no le encontró el menor síntoma de cáncer. Meses antes, Hitler se había referido al destino del emperador Federico III. El cirujano le extirpó un nódulo inofensivo; la ligera operación también se realizó en casa de Hitler.

En 1935, Heinrich Hoffmann enfermó de gravedad; el doctor Morell, antiguo conocido suyo, lo trató y lo curó con sulfamidas[36] traídas de Hungría. Hoffmann no cesaba de comentar a Hitler de qué modo tan magnífico le había salvado la vida aquel médico. Seguramente hablaba de buena fe, pues una de las habilidades de Morell consistía en exagerar enormemente la gravedad de las enfermedades que curaba para destacar la eficacia de su arte.

El doctor Morell afirmó haber estudiado con el famoso bacteriólogo Iliá Méchnikov (1845-1916), galardonado con el premio Nobel y profesor del Instituto Pasteur[37]. Según afirmaba Morell, Méchnikov le había enseñado la forma de combatir las enfermedades bacterianas. Morell dijo haber realizado después grandes travesías en buques de pasajeros en calidad de médico de a bordo. No es que se tratara de un completo charlatán, sino que era más bien un fanático de su profesión y del dinero.

Hitler se dejó convencer por Hoffmann para que Morell lo sometiera a una exploración. El resultado fue sorprendente, pues por primera vez Hitler se manifestó convencido de la eficacia de un médico:

—Nunca me había dicho nadie con tanta claridad y

precisión lo que me ocurre. Su método curativo es muy lógico y me inspira una gran confianza. Voy a atenerme estrictamente a lo que me ha prescrito.

Nos contó que la principal conclusión a que llegaba Morell en su diagnóstico establecía el completo agotamiento de la flora intestinal, que atribuía a una sobrecarga nerviosa. Una vez curado esto, las demás molestias desaparecerían automáticamente. De todos modos, quería acelerar el proceso por medio de inyecciones de vitaminas, hormonas, fósforo y glucosa. El tratamiento duraría un año. Hasta entonces sólo cabía esperar éxitos parciales.

A partir de entonces, el medicamento del que más iba a hablarse, llamado Multiflor, consistía en unas cápsulas de bacterias intestinales, que eran, según aseguraba Morell, «de una cepa inmejorable, procedente de un campesino búlgaro». Nos describió muy por encima el resto de los productos que inyectaba y hacía tomar a Hitler. Desde luego, nunca confiamos plenamente en sus métodos. El médico de cabecera, el doctor Brandt, hizo indagaciones entre internistas amigos suyos, que coincidieron en rechazar los métodos de Morell por atrevidos y poco investigados, y también les pareció que podían crear adicción. En efecto, las inyecciones se hacían cada vez más frecuentes, como también la administración intravenosa de sustancias químicas y vegetales y de complementos biológicos extraídos de testículos y entrañas de animales. Un día Göring ofendió gravemente a Morell, al que trató de «señor jefe de inyecciones del Reich».

Sin embargo, al poco de comenzar el tratamiento desapareció un eccema que Hitler tenía hacía tiempo en un pie. También su estómago mejoró al cabo de algunas semanas; podía comer más, tomaba platos más pesados, se sentía mejor y manifestaba con entusiasmo:

—¡De no haber encontrado a Morell…! ¡Me ha salvado la vida! Su ayuda ha sido realmente maravillosa.

Si Hitler sabía deslumbrar con su hechizo a los demás, en este caso sucedió lo contrario. Quedó totalmente convencido de la genialidad de su nuevo médico de cabecera y pronto prohibió toda crítica. Desde aquel momento Morell entró a formar parte del círculo íntimo de Hitler, convirtiéndose, cuando éste no se hallaba presente, en objeto involuntario de diversión, pues sólo sabía hablar de estreptococos y otros microbios, de testículos de toro y de las últimas vitaminas.

Hitler recomendaba insistentemente a todos sus colaboradores que consultaran a Morell en cuanto sintieran la más mínima molestia. Yo acudí a su consulta cuando, en 1936, mi circulación sanguínea y mi estómago se rebelaron contra el insensato ritmo de trabajo y contra la adaptación a las anormales costumbres de Hitler. El rótulo de la entrada decía: «Doctor Theo Morell, enfermedades dermatológicas y venéreas». Morell tenía el consultorio y la vivienda en la parte más mundana de la Kurfürstendamm, cerca de la Gedächtniskirche. En su casa podían verse numerosas fotos con dedicatorias de célebres artistas de cine; también estaba allí el príncipe heredero. Después de examinarme someramente, Morell me recetó sus bacterias intestinales, glucosa, vitaminas y hormonas. Yo, para mayor seguridad, hice que el profesor Von Bergmann, internista de la Universidad de Berlín, me examinara a fondo durante un par de días. De acuerdo con su diagnóstico, no tenía lesión orgánica alguna, sino tan sólo trastornos de tipo nervioso, ocasionados por un exceso de trabajo. Moderé mi actividad en la medida de lo posible y las molestias remitieron. Para evitar que Hitler se disgustara, fui diciendo que seguía al pie de la letra las instrucciones de Morell y, como mi salud mejoraba, me convertí durante un tiempo en una muestra de la eficacia de Morell. A instancias de Hitler, también examinó a Eva Braun, quien

después me contó que era tan sucio que le daba náuseas y me aseguró asqueada que no permitiría que Morell la continuara tratando.

Aunque la mejora de Hitler fue transitoria, ya no se apartó de su nuevo médico. Al contrario, la meta de las visitas de Hitler a la hora del té fue cada vez con más frecuencia la casa que el doctor Morell tenía en la isla de Schwanenwerder, cerca de Berlín; era el único lugar que todavía lo atraía, aparte de la Cancillería. A Goebbels lo visitaba muy raramente; sólo una vez vino a mi domicilio, en Schlachtensee, para ver la casa que me había construido.

Desde fines de 1937, cuando el tratamiento de Morell comenzó a perder efectividad, Hitler volvió a sus quejas de siempre. Incluso cuando encargaba unas obras o discutía unos planos, añadía a veces:

—No sé cuánto tiempo me queda de vida. Quizá la mayor parte de las obras no se terminen hasta que yo ya no esté[38]…

Varias grandes obras debían terminarse entre 1945 y 1950. Así pues, puede que Hitler contara con vivir algunos años más. También decía:

—Cuando yo desaparezca… Ya no me queda mucho tiempo[39]…

También en su círculo íntimo se manifestaba continuamente en este sentido:

—Ya no viviré mucho más. Siempre pensé que tendría tiempo de llevar a cabo mis planes. ¡Tengo que hacerlo yo mismo! Ninguno de mis sucesores tendría la energía suficiente para superar las inevitables crisis. Así pues, mis propósitos tendrán que cumplirse mientras todavía me quede salud para imponerme.

Hitler redactó su testamento personal el 2 de mayo de 1938; el 5 de noviembre de 1937 ya había expuesto el político, en el

que calificaba sus ambiciosos planes de conquista de «legado testamentario en caso de que él muriera», ante el ministro de Asuntos Exteriores y la cúpula militar del Reich[40]. En su entorno íntimo, que noche tras noche debía ver triviales operetas y oír inacabables parrafadas sobre la Iglesia católica, regímenes alimenticios, templos griegos y perros pastores, Hitler ocultaba hasta qué punto se tomaba en serio su sueño de dominar el mundo. Posteriormente, muchos antiguos colaboradores de Hitler han intentado establecer la teoría de que Hitler sufrió una transformación en 1938, debida al empeoramiento de su salud a causa de los métodos curativos de Morell. Yo, por el contrario, soy de la opinión de que los proyectos y objetivos de Hitler no cambiaron nunca. Lo único que sucedió fue que su enfermedad y su temor a la muerte lo llevaron a acortar los plazos. Sólo un contrapoder superior habría podido frustrar sus planes, pero en 1938 no existía. Al contrario, los éxitos que obtuvo ese año lo animaron a forzar aún más un ritmo que ya era acelerado.

Me parece que la prisa febril que impulsaba nuestras obras también tenía que ver con su desasosiego interior. Durante la fiesta de cobertura de aguas dijo a los obreros:

—Esto ya no es un ritmo de trabajo americano; ahora es un ritmo de trabajo alemán. Creo que también yo rindo más que los hombres de Estado de las llamadas democracias, y que también en el aspecto político llevamos otro ritmo. Si es posible incorporar un Estado al Reich en tres o cuatro días, también tiene que serlo levantar un edificio en uno o dos años.

A veces me pregunto si su desmedida pasión constructora no tenía el objetivo adicional de ocultar sus proyectos. Allá por el año 1938, estando en el Palacio Alemán de Nuremberg, Hitler habló de su obligación de limitarse a comentar únicamente aquello que pudiera llegar al conocimiento público. Entre los

presentes se hallaban el jefe nacional Philipp Bouhler y su joven esposa. Ésta objetó que tales limitaciones no serían necesarias en la intimidad, pues todos nosotros sabríamos guardar cualquier secreto que nos confiara. Hitler, echándose a reír, respondió:

—Aquí sólo hay uno que sepa guardar silencio.

Y me señaló a mí. Sin embargo, lo que habría de suceder en los meses siguientes no lo supe por él.

• • •

El 2 de febrero de 1938 vi a Erich Raeder, comandante en jefe de la Marina de guerra, cruzar alterado el vestíbulo de casa de Hitler después de hablar con él. El almirante estaba pálido, iba con paso inseguro y parecía a punto de sufrir un ataque cardíaco. Dos días después leí en el periódico que el ministro de Asuntos Exteriores, Von Neurath, había sido sustituido por Von Ribbentrop, y que Von Brauchitsch había reemplazado a Von Fritsch como comandante en jefe del ejército de Tierra. Hitler se había hecho cargo del mando supremo de la Wehrmacht, ejercido hasta entonces por el mariscal Von Blomberg, y había nombrado a Keitel jefe de su Estado Mayor.

Yo conocía del Obersalzberg al capitán general Von Blomberg, un hombre correcto, de aspecto respetable, al que Hitler tenía en alta estima y que, hasta su destitución, fue tratado con una deferencia desacostumbrada. Por invitación de Hitler, Von Blomberg visitó en otoño de 1937 mis oficinas de la Pariser Platz, donde vio los planos y maquetas de Berlín. Permaneció cerca de una hora en mi despacho, tranquilo y lleno de interés, acompañado de un general que subrayaba cada palabra de su jefe con un gesto de asentimiento. Era Wilhelm Keitel, que ahora se había convertido en el más estrecho colaborador de Hitler en el Alto Mando de la Wehrmacht. Yo, desconocedor de la jerarquía militar, lo había tomado por el asistente de Blomberg.

El capitán general Von Fritsch, al que nunca había visto antes, me rogó por aquellos mismos días que fuera a verlo a su despacho, en la Bendlerstrasse. No era sólo curiosidad lo que lo llevaba a desear ver los planos de Berlín. Los extendí encima de una gran mesa para mapas; escuchó mis explicaciones con frialdad y manteniendo las distancias, con un laconismo militar rayano en la descortesía. Por sus preguntas tuve la impresión de que estaba ponderando en qué medida Hitler, con sus grandes proyectos de construcción a largo plazo, podía estar interesado en mantener la paz. Quizá me equivocara.

Tampoco conocía al barón Von Neurath, ministro de Asuntos Exteriores del Reich. Un día de 1937 Hitler consideró que la villa de su ministro no respondía a la importancia de sus obligaciones oficiales y me ordenó que fuera a ver a su esposa para proponerle una considerable ampliación, de la que se haría cargo el Estado. La señora Von Neurath me mostró la casa y afirmó de manera concluyente que el ministro y ella opinaban que no necesitaba ninguna mejora, y me agradeció el ofrecimiento. Hitler se disgustó y no volvió a proponérselo. Una vez más, la antigua nobleza había mostrado su modestia y se distanciaba abiertamente de la necesidad de aparentar de los nuevos señores. Desde luego, con Ribbentrop no tenía el mismo problema: en verano de 1936 me hizo viajar a Londres porque deseaba reformar la Embajada alemana; las obras debían estar concluidas en primavera de 1937, cuando se celebrara la ceremonia de coronación de Jorge VI, para impresionar con una ostentación de lujo a la alta sociedad de Londres. Ribbentrop dejó los detalles en manos de su esposa, quien llegó a tales delirios arquitectónicos con un interiorista de la Asociación de Talleres que hizo que sintiera que mi presencia era superflua. Conmigo, Ribbentrop se mostraba conciliador; sin embargo, durante los días que permaneció en Londres lo ponía siempre de muy mal humor recibir telegramas del ministro de Asuntos

Exteriores, quien consideraba que todo aquello era una intromisión. Entonces declaraba enojado y en voz muy alta que él concertaba su política directamente con Hitler, que era quien le había confiado aquella misión.

A muchos colaboradores políticos de Hitler que deseaban mantener buenas relaciones con Inglaterra les parecía más que cuestionable la capacidad de Ribbentrop a ese respecto. En otoño de 1937, el doctor Todt realizó un viaje de inspección de las obras de la autopista con Lord Wolton. Después Todt habló del deseo oficioso del Lord de que lo enviaran a él como embajador en Londres para reemplazar a Ribbentrop, con quien las relaciones nunca mejorarían. Ambos nos ocupamos de que Hitler lo supiera, pero no reaccionó.

Poco después del nombramiento de Ribbentrop como ministro de Asuntos Exteriores, Hitler le propuso derribar la antigua residencia oficial del ministro y establecerla en el palacio del presidente del Reich. Ribbentrop aceptó la propuesta.

El segundo acontecimiento que haría patente aquel mismo año la progresiva aceleración de la política de Hitler lo viví el 9 de marzo en el vestíbulo de su domicilio de Berlín. Schaub, su asistente, estaba sentado junto a un aparato de radio, escuchando el discurso que el doctor Schuschnigg, el canciller federal austríaco, pronunciaba en Innsbruck. Hitler se había retirado a su despacho particular, situado en el primer piso. Era evidente que Schaub estaba esperando oír algo determinado. Tomaba notas mientras Schuschnigg hablaba en términos cada vez más concretos, hasta que finalmente anunció la celebración de un referéndum: el pueblo austríaco habría de decidirse a favor o en contra de su independencia; a continuación, Schuschnigg dijo a sus paisanos, en buen austríaco: «Ha llegado el momento».

Había llegado también el momento que Schaub esperaba, y

éste voló escaleras arriba hacia el despacho de Hitler. Poco después, también Goebbels, vestido de frac, y Göring, con uniforme de gala, acudieron apresuradamente a reunirse con él. Venían de alguna fiesta de la temporada de baile berlinesa y desaparecieron en el piso superior.

Una vez más, al cabo de unos días me enteré por el periódico de lo que había sucedido. Las tropas alemanas habían penetrado en Austria el 13 de marzo. Unas tres semanas después también yo me dirigí en automóvil a Viena, con el objetivo de preparar el vestíbulo de la estación del Noroeste para el gran mitin que debía celebrarse en aquella ciudad. La gente de todas las ciudades y pueblos saludaba con la mano a los coches alemanes. En el Hotel Imperial de Viena encontré el reverso trivial del júbilo por la anexión. Numerosas personalidades defensoras de la «Gran Alemania», como por ejemplo el conde Helldorf, jefe superior de policía de Berlín, habían acudido allí a toda prisa, evidentemente atraídas por la abundancia de artículos en los comercios: «En tal sitio todavía hay sábanas de buena calidad…». «En tal otro, tantas mantas de lana como quieras…». «Yo he descubierto una tienda que tiene licores extranjeros…». Éstos eran jirones de las conversaciones que se mantenían en el vestíbulo del hotel. Me sentí asqueado y me limité a comprar un borsalino. ¿Qué más me daba todo aquello?

Poco después de la anexión de Austria, Hitler pidió un mapa de Europa central y mostró a su círculo privado, que lo escuchaba con devota atención, cómo ahora Checoslovaquia estaba «atenazada». Años después, Hitler seguía insistiendo en la generosidad política que había mostrado Mussolini al consentir que las tropas alemanas entraran en Austria. Se lo agradecería siempre, pues para Italia una Austria intercalada como amortiguador neutral habría sido una solución más favorable. En cambio, ahora las tropas alemanas estaban en el Paso del Brennero, lo cual, a la larga, supondría una molestia para la

política interna de Roma. En cierto modo, el viaje de Hitler a Italia en 1938 pretendía ser un primer gesto de agradecimiento, aunque también lo ilusionaban las obras monumentales y los tesoros artísticos de Roma y Florencia. Se hicieron pomposos uniformes para su séquito y Hitler los aprobó. Le gustaban los dispendios; que él prefiriera llevar ropa marcadamente discreta se debía a un cálculo basado en la psicología de las masas:

—Mi séquito tiene que causar un efecto impactante. Así destacará más mi sencillez.

Aproximadamente un año después, Hitler encomendó a Benno von Arent, escenógrafo del Reich, que hasta la fecha había preparado el *atrezzo* de óperas y operetas, el diseño de nuevos uniformes diplomáticos. Los fracs cubiertos de bordados en oro fueron del agrado de Hitler. No obstante, hubo voces burlonas que dijeron:

—¡Es como si estuviéramos en un teatro!

Arent también tuvo que diseñar condecoraciones para Hitler. Desde luego, habrían podido causar sensación en cualquier escenario. A partir de entonces llamé a Arent «el hojalatero del Tercer Reich».

Cuando Hitler regresó de aquel viaje, resumió así sus impresiones:

—Estoy contento de no tener monarquía y de no haber escuchado nunca a los charlatanes que trataban de convencerme para que la impusiera. ¡Tanto cortesano, tanta etiqueta! ¡Es inconcebible! ¡Y el *Duce*, siempre en segundo plano! La familia real ocupaba los mejores puestos en todos los banquetes oficiales y en las tribunas. El *Duce*, que es quien realmente representa al Estado, quedaba muy apartado.

Con arreglo al protocolo, Hitler, en calidad de jefe del Estado, había sido equiparado al rey, mientras que Mussolini sólo era el primer ministro.

Después de su visita a Italia, Hitler se sintió obligado a tributar a Mussolini un homenaje especial. Dispuso que, una vez reformada en el marco de la nueva configuración urbanística de Berlín, la Adolf-Hitler-Platz llevara el nombre de Mussolini[41]. Desde el punto de vista arquitectónico, a Hitler aquella plaza le parecía sencillamente horrorosa, afeada por las modernas construcciones de la «época del sistema»[42], pero:

—Si más adelante bautizamos la actual «plaza de Adolf Hitler» como «plaza de Mussolini», me habré deshecho de ella definitivamente. Y además, parecerá un honor especial que ceda precisamente mi plaza al *Duce*. ¡Yo mismo he diseñado ya un monumento a Mussolini!

Pero no llegó a colocarlo, pues la reforma de la plaza que Hitler había ordenado ya no iba a poder realizarse.

• • •

El dramático año 1938 llevó finalmente a Hitler a un acuerdo con las potencias occidentales sobre la cesión de grandes territorios de Checoslovaquia. Unas semanas antes, en sus discursos ante el Congreso del Partido en Nuremberg, Hitler se mostró como el colérico líder de su nación; apoyado por los frenéticos aplausos de sus partidarios, intentó convencer al extranjero, que escuchaba con atención, de que en caso necesario tampoco temería una guerra. Juzgada en retrospectiva, se trataba de una enorme provocación, cuya efectividad ya había puesto a prueba con éxito, a escala reducida, en su entrevista con Schuschnigg. Por otra parte, gustaba de establecer en público el límite de su osadía, y no podía echarse atrás sin poner en juego su prestigio.

Ni siquiera a sus más íntimos colaboradores, a los que expuso con claridad lo inevitable de la situación, les dejó la menor duda respecto a su disposición para la guerra, a pesar de que habitualmente no dejaba que nadie conociera sus más

recónditas intenciones. Sus palabras a ese respecto consiguieron impresionar incluso a su viejo asistente en jefe Brückner. En septiembre de 1938, durante el Congreso del Partido, estábamos sentados en un muro del castillo de Nuremberg y frente a nosotros se extendía, envuelta en la bruma, la vieja ciudad iluminada por el suave sol de septiembre. Brückner dijo entonces, abatido:

—Quizá sea la última vez que veamos todo esto en paz. Es probable que no tardemos en entrar en guerra.

Hay que atribuir más a la tolerancia de los poderes occidentales que a la moderación de Hitler que se evitara una vez más la guerra que Brückner había vaticinado. La anexión de los Sudetes a Alemania se consumó ante los ojos de un mundo aterrorizado y de los partidarios de Hitler, totalmente convencidos de la infalibilidad de su líder.

Las fortificaciones fronterizas checas suscitaron el asombro general. Durante una prueba de tiro se demostró, para sorpresa de los peritos en la materia, que las armas alemanas obtenían un pobre resultado contra estas defensas. El propio Hitler se trasladó a la antigua frontera para hacerse una idea de la instalación de casamatas y regresó muy impresionado. En su opinión, las fortificaciones eran sorprendentemente sólidas, estaban dispuestas de una manera extraordinariamente hábil y aprovechaban muy ventajosamente la disposición del terreno.

—Si hubieran ofrecido resistencia, habría resultado muy difícil conquistarlas y hacerlo nos habría costado muchas bajas. Ahora las tenemos sin haber perdido una gota de sangre. ¡Desde luego, de algo estoy seguro! ¡Nunca permitiré que los checos construyan otra línea defensiva! Ésta nos da una posición excelente. Hemos cruzado las montañas y ya estamos en los valles de Bohemia.

• • •

El 10 de noviembre, al dirigirme a mi despacho, tuve que pasar ante las ruinas, todavía humeantes, de la sinagoga de Berlín. Era éste el cuarto de los graves acontecimientos que marcaron el carácter del último año anterior a la guerra. Este recuerdo óptico constituye hoy en día una de las experiencias más deprimentes de mi vida, pues lo que más me molestó entonces fue la contemplación del desorden que reinaba en la Fasanenstrasse: vigas carbonizadas, trozos de fachadas derruidas, paredes calcinadas… Anticipos de una imagen que se habría de adueñar de casi toda Europa durante la guerra. Pero lo que más me perturbó fue el nuevo despertar político de la «calle». Los cristales rotos de los escaparates herían, ante todo, mi sentido burgués del orden.

No me di cuenta entonces de que se había roto algo más que los cristales; de que aquella noche Hitler había cruzado por cuarta vez en un solo año el Rubicón y que había hecho irrevocable el destino de su Reich. ¿Percibí entonces, siquiera por un momento fugaz, que estaba comenzando algo que habría de concluir con la destrucción de un grupo de nuestro pueblo? ¿Qué también cambiaría mi sustancia moral? No lo sé.

Me tomé más bien con indiferencia lo sucedido. Contribuyeron a ello algunas palabras de pesar de Hitler, quien aseguró que él no deseaba esos ataques. Casi parecía avergonzado. Goebbels insinuó más tarde, en la intimidad, que el iniciador de aquella triste y monstruosa noche había sido él mismo, y creo perfectamente posible que pusiera a un Hitler vacilante frente a los hechos consumados para imponerle la ley de la acción.

Siempre me ha sorprendido no recordar apenas las observaciones antisemitas de Hitler. Retrospectivamente puedo recomponer, partiendo de los elementos que conservo en la memoria, lo que entonces me llamaba la atención: la

discrepancia respecto a la imagen que había querido forjarme de Hitler; la preocupación por su creciente decaimiento físico; la esperanza de que se suavizara la lucha contra la Iglesia; el anuncio de utópicas metas lejanas; toda clase de curiosidades… En aquel tiempo, el odio de Hitler hacia los judíos me parecía tan natural que no me impresionaba.

Yo sentía que era el arquitecto de Hitler. Los acontecimientos políticos no eran de mi incumbencia. Me limitaba a darles un escenario imponente. Hitler me reafirmaba a diario en esta forma de ver las cosas al invitarme a discutir únicamente sobre arquitectura; además, mi intromisión en cuestiones políticas se habría achacado a la presunción de un advenedizo. Me sentí y me vi dispensado de cualquier toma de posición. Además, la educación nacionalsocialista pretendía la compartimentación del pensamiento; se esperaba de mí que me limitara a la arquitectura. En qué grotesca medida me aferré a esta ilusión lo demuestra mi informe a Hitler de 1944: «La misión que debo cumplir es apolítica. Me he sentido a gusto en mi trabajo cuando tanto este como yo mismo han sido considerados y valorados sólo desde un punto de vista profesional»[43].

Sin embargo, la distinción carecía, en el fondo, de importancia. Hoy me parece que habla de mi esfuerzo por mantener alejada de mi imagen idealizada de Hitler la habitual puesta en práctica de las consignas antisemitas que aparecían en las pancartas que colgaban a la entrada de las poblaciones y que constituían el tema de las tertulias del té. Pues, naturalmente, en realidad no tenía la menor importancia quién había movilizado a la plebe y la había lanzado contra las sinagogas y las tiendas judías, ni si la acción se había producido a instancias de Hitler o sólo con su autorización.

Después de salir de Spandau, se me ha preguntado una y

otra vez lo que yo mismo traté de averiguar durante las dos décadas que pasé en la soledad de mi celda: lo que sabía de la persecución, deportación y exterminio de los judíos; lo que habría tenido que saber y la parte de culpa que creía tener.

No volveré a dar la respuesta con la que durante tanto tiempo he tratado de tranquilizar a los que me lo preguntaban y sobre todo a mí mismo: que en el sistema de Hitler, como en todos los regímenes totalitarios, cuanto más alta era la posición que uno ocupaba, mayores eran el aislamiento y el blindaje respecto al exterior; que la tecnificación del asesinato reduce el número de asesinos y aumenta la posibilidad de ignorar su existencia; que la manía secretista del régimen creaba diversos grados de iniciación, lo que daba a todo el mundo la oportunidad de no percibir lo inhumano.

No volveré a dar estas respuestas, con las que intentamos enfrentarnos a lo que sucedió como lo haría un abogado. Es verdad que yo, en mi calidad de protegido y, más tarde, influyente ministro de Hitler, me hallaba aislado; es verdad que el atenerse exclusivamente a sus asuntos dio grandes posibilidades de evasión tanto al arquitecto como después al ministro de Armamentos; es verdad que no sabía lo que comenzó en aquella noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 y culminó en Auschwitz y Maidanek. Pero la dimensión de mi aislamiento, la intensidad de mi evasión y mi grado de ignorancia eran cosas que, en definitiva, determinaba yo mismo.

He llegado a comprender que mis torturantes exámenes de conciencia plantean la cuestión de forma tan equivocada como los curiosos con los que me ido tropezando. Si lo sabía o no lo sabía, y cuánto sabía, se convierte en una cuestión del todo irrelevante al lado de la cantidad de cosas horribles que debería haber sabido y en las consecuencias que se derivaban con toda claridad de lo poco que sí sabía. En el fondo, los que me

interrogan esperan que me justifique. Sin embargo, no tengo ninguna excusa.

• • •

La nueva Cancillería del Reich debía estar terminada el 9 de enero de 1939. Hitler vino a Berlín desde Munich el día 7. Estaba muy tenso y era evidente que esperaba encontrar una terrible confusión de obreros y brigadas de limpieza. Todo el mundo conoce la prisa febril con la que poco antes de entregar una obra se desmontan andamios, se quita el polvo y se retiran los escombros, se tienden las alfombras y se cuelgan los cuadros. Sin embargo, Hitler se equivocaba. Desde el principio habíamos incorporado al cálculo de la obra una reserva de unos cuantos días que después no necesitamos, por lo que terminamos cuarenta y ocho horas antes de la fecha de entrega. Cuando Hitler atravesó las estancias, habría podido sentarse inmediatamente a su mesa de trabajo y comenzar a ocuparse de los asuntos de gobierno.

La obra lo impresionó mucho. Se deshizo en elogios hacia su «genial arquitecto» y, en contra de su costumbre, también los manifestó en mi presencia. El hecho de que yo hubiera conseguido terminar el encargo dos días antes de lo previsto me valió además la fama de ser un extraordinario organizador.

A Hitler le gustó especialmente la larga caminata que los invitados oficiales y diplomáticos tendrían que dar en el futuro para llegar hasta la sala de recepción. No compartía mis reparos respecto al pulido suelo de mármol, que aunque de mala gana quería cubrir con una larga alfombra:

—Ésa es precisamente la cuestión. Deben moverse como diplomáticos, pero sobre un suelo resbaladizo.

La sala de recepción le pareció demasiado pequeña y ordenó que su tamaño se triplicara. Los planos de la ampliación estaban listos cuando comenzó la guerra. El despacho, en cambio, fue de

su completo agrado. Le gustó especialmente la marquetería de su escritorio, que representaba una espada a medio desenvainar:

—Bien, bien… Cuando lo vean los diplomáticos que estén sentados frente a mí en esta mesa, sabrán lo que es el miedo.

Desde los campos dorados que hice disponer sobre las cuatro puertas de su despacho, cuatro virtudes bajaban la vista hacia Hitler: «Sabiduría, prudencia, valentía y justicia». No sé qué me indujo a concebir esta idea. En la sala redonda, dos esculturas de Arno Breker flanqueaban el pórtico de la gran galería; una de ellas representaba al «osado» y la otra al «ponderado»[44]. Esta alusión más bien patética de mi amigo Breker al hecho de que toda osadía debe llevar aparejada la inteligencia evidenciaba —al igual que mi consejo alegórico de no olvidar, junto a la valentía, las demás virtudes— una ingenua sobrevaloración del poder de las recomendaciones artísticas, aunque es probable que revelara también cierta inquietud respecto a la firmeza de los logros conseguidos.

Junto a la ventana había una gran mesa, formada por una pesada losa de mármol, que al principio no tenía finalidad alguna. En ella se celebraron, a partir de 1944, las reuniones para analizar la situación militar; los mapas del Estado Mayor que se desplegaron sobre ella señalaban el rápido avance de los enemigos occidentales y orientales en el territorio del Reich. Aquí tuvo Hitler su última reunión militar sobre la Tierra; la siguiente se celebró a 150 metros de allí, bajo muchos kilos de hormigón. La sala de reuniones del Gabinete, completamente revestida de madera por razones acústicas, agradó mucho a Hitler; sin embargo, jamás la utilizó para el fin al que estaba destinada. Más de uno de los ministros del Reich me pidió ver «su» sala. Hitler me dio su autorización, de modo que a veces podía verse a un ministro guardar unos minutos de silencio ante su sitio, que jamás había ocupado, en el que había una gran

carpeta de piel azul con su nombre escrito en letras de oro.

Cuatro mil quinientos obreros habían estado trabajando en dos turnos para cumplir los plazos fijados. Otros mil más, diseminados por el país, habían construido partes de la obra. Se los invitó a todos, carpinteros, albañiles, picapedreros, montadores, etcétera, a visitar la obra, y recorrieron impresionados el edificio.

En el Palacio de Deportes, Hitler les habló así:

—Aquí soy el representante del pueblo alemán. Y cuando reciba a alguien en la Cancillería del Reich, no será Adolf Hitler como particular el que reciba al visitante, sino el *Führer* de la nación alemana. Por consiguiente, no soy yo quien lo acoge, sino Alemania a través de mí. Por eso quiero que las salas estén a la altura de este cometido. Cada uno de vosotros ha contribuido a construir una obra que perdurará a través de los siglos y que dejará testimonio de nuestra época. ¡La primera obra del nuevo gran Reich alemán!

Después de las comidas solía preguntar cuál de sus invitados no había visto aún la Cancillería, y se alegraba cuando podía mostrársela a alguno. En tales ocasiones demostraba a sus asombrados acompañantes su capacidad para retener datos. Comenzaba a preguntarme:

—¿Qué medidas tiene esta sala? ¿Qué altura?

Yo me encogía de hombros, confuso, pero Hitler sabía las respuestas. No se equivocaba nunca. Poco a poco aquello se fue convirtiendo en una especie de juego con las cartas marcadas y, aunque terminé familiarizándome con las cifras, como era evidente que aquello lo divertía, lo dejaba hacer.

Las distinciones de Hitler se sucedieron: organizó en su domicilio un almuerzo para mis colaboradores más cercanos; redactó un artículo para un libro sobre la Cancillería del Reich; me condecoró con las insignias de oro del Partido y me regaló,

con unas tímidas palabras, una de sus acuarelas. Pintada en 1909, en la época más sombría de su vida, reproduce una iglesia gótica y muestra un trabajo extraordinariamente minucioso, concienzudo y pedante, tan desprovisto de sentimiento como de inspiración. Pero no son sólo las pinceladas las que delatan falta de personalidad; por la elección de su objeto, sus colores apagados y su inocua perspectiva, la pintura es un testimonio inconfundible del primer período de Hitler: todas las acuarelas de esa época carecen de carácter, y también los cuadros que pintó cuando era enlace militar en la Primera Guerra Mundial resultan impersonales. El tránsito hacia la confianza en sí mismo se produjo más tarde; dan prueba de ello los dos bocetos a pluma que dibujó hacia 1925 para la Gran Sala de Berlín y para el Arco de Triunfo. Diez años más tarde hizo nuevos bocetos en mi presencia, y trazaba entonces con mano enérgica línea tras línea con lápiz rojo y azul, hasta forzar la manifestación de la forma que había imaginado. Sin embargo, seguía apreciando las insignificantes acuarelas de su juventud, y las regalaba cuando pretendía distinguir a alguien de una manera especial.

• • •

Hacía décadas que en la Cancillería del Reich había un busto de mármol de Bismarck, obra de Reinhold Begas. Unos días antes de la inauguración de la Cancillería, el busto se cayó durante el traslado y se le rompió la cabeza. A mí me pareció un mal presagio. Como, además, había oído a Hitler relatar que el águila del Reich que coronaba el edificio de Correos se había desplomado justo al principio de la Primera Guerra Mundial, le oculté aquella desdicha y pedí a Breker que realizara una copia exacta, a la que aplicamos una ligera pátina utilizando té.

En el discurso ya mencionado, un Hitler seguro de sí mismo dijo:

—Eso es precisamente lo maravilloso de la construcción: la

tarea realizada se convierte en un monumento. Es algo muy distinto a un par de botas, que, aunque también hay que hacerlas, en uno o dos años quedan destrozadas y se tiran. Esto perdurará y será durante siglos un testimonio de todos los que la han creado.

El nuevo edificio se inauguró el 12 de enero de 1939. Hitler recibió en la gran sala a los diplomáticos acreditados en Berlín para la recepción de Año Nuevo.

Sesenta y cinco días después de la inauguración, es decir, el 15 de marzo de 1939, el jefe del Estado checoslovaco fue conducido al nuevo despacho. Fue allí donde se desarrolló la tragedia que comenzó durante la noche con la sumisión de Hacha y terminó a primeras horas de la mañana con la ocupación de su país.

—Al final tuve al viejo señor tan presionado —contaba Hitler más tarde—, que perdió por completo los nervios y se manifestó dispuesto a firmar; en ese momento sufrió un ataque cardíaco. En la habitación contigua, mi doctor Morell le aplicó una inyección que en este caso resultó demasiado efectiva. Hacha se recuperó, volvió a mostrarse enérgico y no quería firmar, pero al final vencí definitivamente su resistencia.

El 16 de julio de 1945, es decir, setenta y ocho meses después de la inauguración de la Cancillería, Winston Churchill quiso visitar el edificio[45]. «Una gran multitud se había reunido ante la Cancillería del Reich. A excepción de un anciano que negaba desaprobadoramente con la cabeza, todos me lanzaron vivas. Aquella demostración me conmovió tanto como las facciones demacradas y la ropa gastada de la población. Acto seguido anduvimos un buen rato por los destruidos corredores y salones de la Cancillería del Reich».

Poco después se desescombró el edificio. Sus piedras y mármoles suministraron el material necesario para el

monumento conmemorativo que los rusos erigieron en Berlín-Treptow.

CAPÍTULO IX

UN DÍA EN LA CANCILLERÍA DEL REICH

Entre cuarenta y cincuenta personas tenían acceso en todo momento a la mesa del almuerzo de Hitler en la Cancillería del Reich. Sólo tenían que llamar por teléfono a los asistentes para informarles de que acudirían a comer. Por lo general se trataba de jefes regionales y nacionales del Partido y de algunos ministros, además de las personas del círculo íntimo de Hitler; sin embargo, no se veía a ningún oficial, aparte del asistente de Hitler en la Wehrmacht. Dicho asistente, el coronel Schmundt, instó en varias ocasiones al *Führer* para que accediera a invitar también a su mesa a los militares de alta graduación, pero Hitler siempre rechazaba su propuesta. Quizá viera con claridad que el círculo de sus viejos colaboradores habría motivado observaciones despectivas en el cuerpo de oficiales.

Yo también tenía libre acceso al domicilio de Hitler e iba a comer allí con frecuencia. El guardia que había en la entrada del jardín conocía mi automóvil y me abría la puerta sin más explicaciones. Aparcaba en el patio y me dirigía a la vivienda reformada por Troost, situada a la derecha de la nueva Cancillería que yo había levantado, con la que se comunicaba por un vestíbulo.

El miembro de las SS de la escolta de Hitler que estuviera de guardia me saludaba con familiaridad; yo entregaba mi rollo de planos y me dirigía a la amplia antesala, sin que nadie me acompañara, como si fuera de la casa. La antesala tenía dos

cómodos grupos de asientos, las blancas paredes adornadas con gobelinos y el suelo de mármol rojo oscuro ricamente cubierto de alfombras. Normalmente habían llegado ya algunos invitados que se entretenían charlando, y otros ultimaban algún asunto por teléfono. Preferían esperar aquí porque era el único lugar en el que se podía fumar.

No era lo habitual saludarse con el «*Heil Hitler!*» de rigor; nos limitábamos a darnos los «buenos días». Tampoco era usual demostrar la afiliación al Partido llevando insignias en la solapa de la americana, y era relativamente raro ver uniformes. El que había logrado llegar hasta allí tenía el privilegio de comportarse hasta cierto punto sin ceremonia alguna.

A la verdadera sala de estar, en la que los presentes charlaban generalmente de pie, se llegaba a través de un salón de recepción cuadrado que no se utilizaba a causa de sus incómodos muebles. La sala de estar, de unos cien metros cuadrados de superficie, era la única estancia de toda la casa que estaba amueblada de un modo acogedor y no había sufrido ningún cambio durante la gran reforma de 1933-1934 por respeto a Bismarck: tenía el techo de vigas de madera, las paredes entabladas hasta media altura y una chimenea adornada con un escudo del Renacimiento florentino que el canciller del Reich Von Bülow trajo en su día de Italia. Era la única chimenea de la planta baja, y a su alrededor se agrupaban varios asientos tapizados de piel oscura; detrás del sofá había una gran mesa donde podían encontrarse algunos periódicos. Un gobelino y dos cuadros de Schinkel, prestados por la Galería Nacional, colgaban de las paredes.

Hitler no era nunca puntual. La hora de comer era hacia las dos de la tarde, pero podía aparecer a las tres, o incluso más tarde, unas veces procedente de sus habitaciones, situadas en el piso superior, y muchas otras de alguna reunión que se hubiera

celebrado en la Cancillería. Entraba sin ninguna ceremonia, como lo haría cualquiera. Saludaba a sus huéspedes estrechándoles la mano. Entonces se formaba un círculo alrededor de él, y Hitler expresaba su opinión respecto a alguna cuestión del día; a algunos elegidos les preguntaba, por lo general en un tono neutro, por la salud de «su señora». Después pedía a su jefe de Prensa un extracto de las noticias, tomaba asiento en un sillón algo apartado y comenzaba a leer. A veces le pasaba una hoja a uno de los presentes, al tiempo que improvisaba algunas observaciones, si la noticia le parecía particularmente interesante.

• • •

Los invitados permanecían en pie entre quince y veinte minutos, hasta que se descorría el cortinaje de una puerta acristalada que daba acceso al comedor. El «intendente doméstico», un hombre con aspecto de posadero que despertaba confianza por el volumen de su barriga, comunicaba a Hitler, en el tono discreto que exigía aquel ambiente, que la comida estaba lista. El *Führer* iba delante, los invitados lo seguían sin ningún orden protocolario, y todos entraban en el comedor.

De todas las estancias de la vivienda del canciller que habían sido reformadas por el profesor Troost, aquella gran habitación cuadrada, de doce metros por doce, era la más equilibrada. Una pared con tres puertas acristaladas daba al jardín; frente a ellas había un gran buffet chapado en madera de palisandro, sobre el que colgaba una pintura inacabada de Kaulbach que, sin carecer de encanto, evitaba la meticulosidad excesiva de aquel ecléctico pintor. En las otras dos paredes había sendos nichos en arco de medio punto, y en cada uno se erigía un desnudo del escultor muniqués Wackerle sobre un pedestal de mármol claro. A ambos lados de los nichos se abrían unas puertas de cristal que conducían a una gran sala de estar y a la otra sala, ya

mencionada, que daba acceso al comedor. Las paredes finamente enyesadas, de un color blanco roto, combinadas con unos cortinajes igualmente claros, daban una luminosa amplitud a la estancia. Unos leves salientes en las paredes subrayaban la limpia y severa simetría, delimitada por una cornisa. Los muebles eran sobrios y serenos. El centro estaba ocupado por una mesa redonda en la que cabían unas quince personas, rodeada de discretas sillas de madera oscura, tapizadas de cuero granate. Todas las sillas eran iguales, incluso la que ocupaba Hitler. En los rincones había cuatro mesas más pequeñas, con cuatro o seis sillas del mismo tipo cada una. El servicio de mesa, elegido por el profesor Troost, comprendía unos platos de porcelana clara y copas sencillas. En el centro de la mesa había un jarrón con flores.

Éste era el «restaurante del alegre canciller del Reich», como Hitler lo llamaba con frecuencia ante sus invitados. Él tomaba asiento en el lado de la ventana, y junto a él lo hacían los dos comensales que había elegido antes de entrar en el comedor. Los demás se sentaban a la mesa como querían. Cuando los invitados eran muchos, los asistentes y otras personas de menor rango, entre las que también me contaba yo, se sentaban a las mesas pequeñas, lo cual, a mi modo de ver, era una ventaja, pues en ellas se podía conversar más relajadamente.

La comida era muy sencilla: sopa, carne con un poco de verdura y patatas y, finalmente, postre. Para beber podíamos elegir entre agua mineral, cerveza corriente de Berlín y vino barato. El propio Hitler tomaba su comida vegetariana y bebía Fachinger, y si a alguno de los huéspedes le apetecía, podía pedir lo mismo, aunque pocos lo hacían. Hitler daba un gran valor a la frugalidad. Suponía que eso sería tema de conversación en toda Alemania. Un día los pescadores de Helgoland le regalaron una langosta gigantesca; cuando el delicado manjar llegó a la mesa para deleite de los invitados, Hitler no sólo manifestó su

desaprobación por la insensatez que llevaba a devorar tan antiestéticos monstruos, sino que prohibió los lujos de aquella naturaleza. Göring participaba raramente en esas comidas. Un día en que le comuniqué a él que no asistiría a uno de los almuerzos de la Cancillería, me dijo:

—La comida que se sirve allí es francamente mala. ¡Y encima esos provincianos muniqueses del Partido…! ¡Insoportable!

Hess se presentaba a comer una vez cada quince días. Le seguía, en curiosa procesión, su asistente, que llevaba a la Cancillería del Reich un recipiente de hojalata que contenía una comida especial, que se calentaba en la cocina. Hitler ignoró durante mucho tiempo que Hess se hacía servir sus propios platos vegetarianos. Cuando por fin alguien se lo hizo saber, se volvió enojado hacia él ante todos los comensales:

—Mi cocinera es excelente y sabe preparar comidas de régimen. Si su médico le ha prescrito algo especial, ella podrá hacérselo. Pero no quiero que se traiga usted la comida.

Hess, que ya por entonces tendía a las réplicas obstinadas, intentó explicar a Hitler que los componentes de su comida tenían que ser de una procedencia biológico-dinámica especial, a lo que se le contestó sin rodeos que, en ese caso, se quedara a comer en su casa. A partir de entonces Hess apenas acudió a los almuerzos.

Cuando, por exigencias del Partido, en los hogares alemanes debía comerse potaje todos los domingos, bajo el lema «cañones por mantequilla», también en casa de Hitler se servía únicamente sopa. En consecuencia, el número de invitados muchas veces quedaba reducido a sólo dos o tres, lo que indujo a Hitler a formular sarcásticas observaciones sobre el espíritu de sacrificio de sus colaboradores, pues, al mismo tiempo, se presentaba una lista en la que cada uno anotaba su donativo. A

mí cada potaje me costaba entre cincuenta y cien marcos.

• • •

Goebbels era el principal invitado del almuerzo; Himmler aparecía muy pocas veces. Naturalmente, Bormann no se perdía ninguna comida, aunque, al igual que yo, formaba parte de la corte interna y no podía ser considerado un invitado.

Las conversaciones de sobremesa que Hitler tenía en la Cancillería no se apartaban del temario desconcertante y lleno de prejuicios que hacía tan fatigosas las charlas del Obersalzberg. Aparte de que ahora se expresaba con mayor dureza, continuaba con el mismo repertorio, que no ampliaba ni completaba y que apenas enriquecía con nuevos puntos de vista. Ni siquiera se esforzaba en disimular lo penosas que resultaban sus numerosas repeticiones. No puedo decir que me impresionaran sus manifestaciones, por lo menos en aquella época, por mucho que me sintiera atrapado por su personalidad. Al contrario, más bien me decepcionaban, pues había esperado de él opiniones y juicios de más entidad.

En sus monólogos, Hitler afirmaba con frecuencia que su imaginario político, artístico y militar constituía una unidad que ya se había forjado con todo detalle entre los veinte y los treinta años. En su opinión, aquella época de su vida había sido la más fértil en el aspecto espiritual: lo que ahora planeaba y creaba no era sino la realización de sus ideas de entonces.

Por ejemplo, tenían gran importancia los sucesos de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los invitados había tenido ocasión de vivirla personalmente. En alguna ocasión Hitler había estado atrincherado frente a los ingleses, cuya valentía y tenacidad respetaba, si bien también se burlaba de muchas de sus peculiaridades. Así, afirmaba con ironía que los ingleses tenían la costumbre de hacer un alto el fuego exactamente a la hora del té, por lo que él, como enlace, hacía

sus recorridos a esa hora sin correr ningún riesgo.

Durante las tertulias de 1938 no expresó pensamientos revanchistas al hablar de los franceses; afirmaba que no quería plantear de nuevo la guerra de 1914. Opinaba que no merecía la pena emprender una nueva guerra por un territorio tan insignificante como Alsacia-Lorena. Además, los alsacianos habían perdido de tal forma su carácter a consecuencia del continuo cambio de nacionalidad, que no representaban ganancia alguna ni para unos ni para otros; era mejor dejarlos como estaban. Hitler partía, naturalmente, de la premisa de que Alemania podía expandirse hacia el Este. La valentía que los soldados franceses mostraron durante la Primera Guerra Mundial lo había impresionado; sólo el cuerpo de oficiales era afeminado:

—Con oficiales alemanes, las tropas francesas serían magníficas.

Aunque no rechazaba el pacto con Japón, más bien cuestionable desde el punto de vista racial, Hitler adoptaba una actitud reservada a ese respecto a largo plazo. Siempre que tocaba el tema, expresaba aflicción por haberse aliado con la raza «amarilla». Sin embargo, opinaba que nadie podía reprochárselo, ya que también Inglaterra había conseguido movilizar a Japón contra las potencias centrales durante la Primera Guerra Mundial. Hitler consideraba a Japón un aliado con categoría de potencia mundial, de lo que no estaba muy convencido en el caso de Italia.

Según Hitler, los americanos no habían destacado mucho durante la guerra de 1914-1918 ni habían hecho grandes sacrificios de sangre. Ciertamente, no resistirían una prueba que exigiera un arduo esfuerzo, pues su valor combativo era escaso. De hecho, no existía un pueblo americano entendido como una unidad; no era sino un conglomerado de emigrantes de muchos

pueblos y razas.

Fritz Wiedemann, en su día asistente de regimiento y superior jerárquico de Hitler, al que después el propio Hitler, con evidente falta de tacto, había convertido en su asistente, intentó convencerlo para que se celebraran conversaciones con América. Enojado por aquella oposición, que transgredía la ley no escrita de las sobremesas, Hitler lo destinó a San Francisco en calidad de cónsul general:

—Que se cure allí de sus ideas.

En las conversaciones de sobremesa no participaba ningún hombre de mundo. El círculo que se reunía en aquellas ocasiones nunca había traspasado las fronteras de Alemania. En la mesa de Hitler, el hecho de que alguno de los comensales hubiera hecho un viaje de placer a Italia se consideraba un acontecimiento y bastaba para que se reconociera al viajero experiencia internacional. Tampoco Hitler había visto nada del mundo ni había adquirido los conocimientos necesarios para comprenderlo. Además, los políticos del Partido que lo rodeaban no tenían, por lo general, instrucción superior. De los cincuenta jefes nacionales y regionales, la élite de la jefatura del Reich, sólo diez tenían título universitario. Algunos se habían quedado atascados en los estudios superiores, mientras que la mayoría no había pasado del instituto. Casi ninguno de ellos había destacado significativamente en ningún campo; casi todos evidenciaban una sorprendente falta de curiosidad intelectual. Su nivel de formación no respondía en modo alguno a las expectativas que uno podría tener respecto a la selección de los líderes de un pueblo con un nivel intelectual tradicionalmente elevado. En el fondo, Hitler prefería que los colaboradores que formaban su entorno inmediato tuvieran el mismo origen que él; es probable que se sintiera más a gusto entre ellos que en cualquier otro ambiente. En general le gustaba que sus

colaboradores tuvieran alguna tara. Hanke opinó un día:

—Siempre es una ventaja que los colaboradores tengan defectos y que sepan que su superior los conoce. Por eso el *Führer* cambia tan raramente de colaboradores, pues con ellos le resulta sencillísimo trabajar. Casi todos tienen su punto flaco, y eso le ayuda a mantenerlos a raya.

Las taras consistían en conductas inmorales, antepasados lejanos de origen judío o poco tiempo de pertenencia al Partido.

No era raro que Hitler se extendiera en consideraciones sobre el error que suponía, en su opinión, exportar ideas como la del nacionalsocialismo. Esto sólo podía fortalecer a los otros pueblos y, por consiguiente, debilitaría nuestra posición. Por eso incluso lo tranquilizaba que los partidos nacionalsocialistas de otros países no contaran con un caudillo que estuviera a su altura. A Mussert y Mosley los consideraba unos imitadores que nunca habían tenido una idea original o nueva. No hacían sino copiar servilmente nuestros métodos, decía, y eso no los llevaba a ningún sitio. Cada país ha de partir de sus propias premisas y determinar sus métodos de acuerdo con ellas. Aunque tenía a Degrelle en mayor estima, tampoco esperaba gran cosa de él.

La política era para Hitler una cuestión de conveniencia. Decía, por ejemplo, que su libro de confesiones *Mi lucha* había sido más bien inoportuno, que no debería haber establecido su postura con tanta antelación, lo que me hizo abandonar mis infructuosos intentos de leerlo.

Cuando, después de conquistar el poder, la ideología pasó a un segundo término, fueron sobre todo Goebbels y Bormann los que lucharon contra el aburguesamiento y la superficialidad del programa del Partido. Siempre intentaban radicalizar ideológicamente a Hitler. A juzgar por sus discursos, no hay duda de que también Ley pertenecía al círculo de los ideólogos «duros», pero no tenía bastante personalidad para que su

influencia fuera efectiva. Himmler, por su parte, continuó con sus extravagancias, compuestas de fe en la raza germánica primigenia, elitismo y unas ideas más bien propias de las tiendas de productos dietéticos, que en conjunto comenzaron a adquirir unas singulares formas seudorreligiosas. Junto con Hitler, Goebbels era quien más ridiculizaba sus aspiraciones, aunque, ciertamente, el mismo Himmler contribuyó a ello con su obcecación. Por ejemplo, cuando los japoneses le regalaron una espada de samuray, descubrió afinidades entre los cultos japoneses y germánicos y, con la ayuda de especialistas, trató de ver cómo podían reducirse estas afinidades a un denominador común de tipo racial.

A Hitler le interesaba mucho de poder asegurar a su Reich, a la larga, una descendencia adecuada. Ley, a quien Hitler confió la organización del sistema docente, había creado las «escuelas Adolf Hitler» para niños y las «Escuelas de Mandos» para la formación superior; aunque estaban dirigidas a constituir una élite bien preparada profesional e ideológicamente, lo más probable es que, de haberse mantenido el sistema, los individuos educados en aquellas instituciones sólo habrían sido aptos para desempeñar cargos en la administración burocrática del Partido, habrían vivido de espaldas a la vida real debido a los años de juventud pasados en clausura y habrían alcanzado unos niveles insuperables de arrogancia y engreimiento respecto a sus propias capacidades, como ya empezaba a verse. Es revelador que los altos funcionarios no llevaran a sus hijos allí. Ni siquiera un fanático del Partido como el jefe regional Sauckel permitió que ninguno de sus numerosos hijos siguiera ese camino. Y también es significativo que el propio Bormann enviara a uno de los suyos a estas escuelas como castigo.

Bormann opinaba que la lucha contra la Iglesia era imprescindible para activar la relajada ideología del Partido, y él se dedicaba a impulsarla, como no dejaba de repetir durante las

tertulias. Las vacilaciones de Hitler al respecto no llegaban a ocultar que prefería dejar también este problema para un momento más propicio, pues aquí, en este entorno masculino, se expresaba de manera más brutal y franca que en el círculo del Obersalzberg.

—Cuando haya solucionado las otras cuestiones —decía a veces—, saldaré mis cuentas con la Iglesia. Y se va a quedar de piedra.

Pero Bormann no quería demorar el asunto. El ponderado pragmatismo de Hitler no casaba con su manera de ser, brutalmente directa. Aprovechaba cualquier ocasión para conseguir sus propósitos; incluso durante las comidas, quebrantaba el tácito acuerdo de no sacar a relucir temas que pudieran echar a perder el humor de Hitler. Había desarrollado una técnica propia para tales embestidas: primero dejaba que uno de los comensales abriera el fuego, haciéndole relatar en voz alta los sermones revolucionarios pronunciados por tal o cual sacerdote u obispo, hasta que Hitler se mostraba interesado y comenzaba a pedir detalles. Bormann replicaba que había ocurrido algo desagradable y que no quería molestar con ello a Hitler durante la comida. Hitler continuaba indagando y Bormann simulaba exponer su informe a regañadientes. El acaloramiento progresivo de la cara de Hitler hacía tan poca mella en él como las coléricas miradas de los demás. En algún momento sacaba un acta del bolsillo y comenzaba a leer pasajes de un sermón subversivo o de un mensaje de la Iglesia. Al escucharlo, Hitler solía excitarse de tal manera que comenzaba a chasquear los dedos (señal inequívoca de su enojo), interrumpía la comida y anunciaba que más tarde se tomaría el desquite. Prefería soportar el descrédito y la cólera del extranjero que la resistencia interior. Y el hecho de no poder sofocarlas en el acto lo sacaba de quicio, a pesar de que por lo general sabía dominarse muy bien.

• • •

Hitler no tenía sentido del humor. Dejaba que fueran otros los que dijeran las agudezas, mientras él se reía a más no poder; llegaba a retorcerse literalmente de risa; a veces tenía que enjugarse las lágrimas que le brotaban a causa de tales estallidos de hilaridad. Le gustaba reír, pero en el fondo siempre a costa de los demás.

Goebbels tenía una refinada habilidad para entretener con sus chistes a Hitler y menoscabar al mismo tiempo a los que rivalizaban con él por el poder. Una vez relató lo siguiente:

—Las Juventudes Hitlerianas nos han pedido que publiquemos una noticia en la Prensa con motivo del vigésimoquinto cumpleaños de su jefe de Estado Mayor, Lauterbacher. Les he enviado un borrador diciendo que Lauterbacher lo celebró «en plena posesión de sus facultades físicas y mentales». Desde entonces, no hemos vuelto a saber de él.

Hitler se rió a mandíbula batiente. Y Goebbels, con esta breve ocurrencia, logró desacreditar a la presuntuosa jefatura de las Juventudes mucho mejor que con largas explicaciones. Por otra parte, Hitler hablaba constantemente de su juventud a los que asistían a la sobremesa, y siempre valoraba positivamente la severidad de su educación.

—Mi padre solía darme grandes palizas. Pero creo que eran necesarias, y también que me han ayudado.

Wilhelm Frick, ministro del Interior, intervino entonces con voz enojada:

—Y por lo que se ve, *mein Führer*, es verdad que le sentaron muy bien.

A su alrededor se hizo un silencio mortal. Frick trató de salvar la situación:

—Quiero decir, *mein Führer*, que por eso ha llegado usted tan lejos.

Goebbels, que tenía a Frick por un completo mentecato, comentó sarcásticamente:

—Algo me dice, mi querido Frick, que a usted de pequeñito no lo pegaron nunca.

Walter Funk, ministro de Economía y presidente del Banco del Reich, contaba las locuras que Brinkmann, su vicepresidente, consiguió realizar impunemente durante meses, hasta que fue declarado enfermo mental. Funk no sólo pretendía divertir a Hitler, sino darle a conocer ciertos acontecimientos que sabía que tarde o temprano llegarían a su oídos: Brinkmann había invitado a las mujeres de la limpieza y a los botones del Banco de Reich a un gran ágape en la sala de banquetes de uno de los mejores hoteles de Berlín, el Bristol, y al acabar había estado tocando el violín. Lo de confraternizar con el pueblo encajaba con las aspiraciones del régimen; sin embargo, lo que Funk dijo a continuación, en medio de las carcajadas de los invitados, sonaba más grave:

—No hace mucho se plantó frente al Ministerio de Economía, en Unter den Linden, sacó un gran fajo de billetes recién impresos de la cartera (como ustedes saben, los billetes llevan mi firma) y empezó a distribuirlos entre los transeúntes a la vez que decía: «¿Quién quiere uno de los nuevos Funk?».

Poco después, siguió relatando Funk, la locura de Brinkmann se hizo patente. Convocó a todos los empleados del Banco del Reich y les ordenó:

—Los que tengan más de cincuenta años, que se pongan a la izquierda; los más jóvenes, a la derecha. —Entonces, dirigiéndose a uno de los que estaban a la derecha, le preguntó —: ¿Cuántos años tiene usted?

—Cuarenta y nueve, señor vicepresidente.

—Pues entonces, a la izquierda. Todos los que están a la izquierda serán jubilados inmediatamente, y con pensión doble.

Hitler lloraba de risa. Cuando logró contenerse, monologó sobre lo difícil que resultaba en ocasiones reconocer a un enfermo mental. Por medio de este rodeo, Funk había logrado prevenir de forma inocua una posibilidad: Hitler aún no podía saber que el vicepresidente del Banco del Reich, con derecho a firma, había extendido en su delirio un cheque de varios millones a nombre de Göring, cheque que el «dictador de la economía» no tuvo ningún reparo en cobrar. Por ello, Göring se vio forzado a combatir con todos sus medios la teoría de que Brinkmann no fuera responsable de sus actos. Era de esperar que también hablara en este sentido a Hitler. Sin embargo, la experiencia había demostrado que el primero que lograba despertar en Hitler una idea determinada tenía ganada media partida, pues si manifestaba una opinión, le desagradaba mucho volverse atrás. Aun así, Funk tuvo dificultades para que Göring le devolviera aquellos millones.

Rosenberg era el blanco preferido de las bromas de Goebbels; le gustaba calificarlo de «filósofo del Reich» y contar anécdotas que lo rebajaran a los ojos de los demás. En este caso, Goebbels podía estar seguro de obtener la aprobación de Hitler, por lo que trataba el tema con tanta frecuencia que sus relatos parecían formar parte de una obra de teatro en la que diversos actores esperaran el momento de salir a escena. Casi se podía estar seguro de que al final intervendría Hitler con estas palabras:

—El *Völkischer Beobachter* es tan aburrido como su director, Rosenberg. Y aunque se supone que el periódico cómico del Partido es *Die Brennessel*, que es lo más triste que uno pueda imaginar, debería serlo el *Völkischer Beobachter*.

Para regocijo de Hitler, Goebbels también hablaba de

Müller, el impresor, que hacía toda clase de esfuerzos por conservar a sus antiguos clientes, que pertenecían a las esferas rígidamente católicas de la Alta Baviera, además de trabajar para el Partido. Desde luego, la producción de Müller, que iba de los calendarios piadosos a los escritos anticlericales de Rosenberg, era de lo más variada. Podía permitírselo porque durante los años veinte había seguido imprimiendo el *Völkischer Beobachter* a pesar de las cuentas impagadas.

Muchas de aquellas bromas, que se preparaban cuidadosamente, eran eslabones de una cadena de hechos sobre cuyo desarrollo se mantenía informado a Hitler. También en este aspecto Goebbels superaba a todos los demás, mientras que Hitler, con sus reacciones entusiastas, lo animaba una y otra vez a continuar.

Un antiguo camarada del Partido, Eugen Hadamowski, que había llegado a adquirir una posición clave en la radio como jefe de emisiones, ardía, sin embargo, en deseos de llegar a ser el jefe de la Radiodifusión del Reich. El ministro de Propaganda, que tenía otro candidato, temía que Hitler pudiera apoyar a Hadamowski, quien había organizado las transmisiones de las campañas electorales anteriores a 1933 con notable habilidad. Así que Hanke, secretario del ministro de Propaganda, lo hizo llamar y le anunció de manera oficial que Hitler lo acababa de nombrar «director artístico del Reich». La explosión de alegría de Hadamowski por haber logrado su ansiado objetivo fue descrita a Hitler durante la comida, lo bastante desfigurada para que a éste le pareciera una inmensa broma. Al día siguiente, Goebbels hizo imprimir algunos ejemplares de un periódico para dar la falsa noticia del nombramiento; en ellos se ensalzaba a Hadamowski de manera desmesurada. Sabía bien lo que hacía: ahora podría hablar a Hitler de todas las exageraciones y alabanzas que contenía el artículo y de la alegría con que Hadamowski las había recibido. La consecuencia fue una nueva

explosión de hilaridad por parte de Hitler y del resto de comensales. Aquel mismo día, Hanke rogó a Hadamowski que pronunciara una alocución por su nombramiento ante un micrófono que no estaba conectado, y la exagerada alegría con que reaccionó, signo inequívoco de su vanidad, fue de nuevo motivo de risa. Por el momento, Goebbels ya no tenía por qué seguir temiendo una intervención en favor de Hadamowski. Se trató de un juego diabólico en el que el ridiculizado ni siquiera tuvo posibilidad de defenderse; es probable que no llegara a sospechar que la broma tenía por objeto dejarlo mal ante Hitler. Tampoco había nadie que pudiera controlar si Goebbels había relatado los hechos tal como habían ocurrido realmente o si, por el contrario, había dado rienda suelta a su fantasía.

Se podría pensar que Hitler no era más que un ingenuo al que Goebbels engañaba. De acuerdo con mis observaciones, es verdad que en tales casos Hitler no estaba a su altura; esa clase de viles refinamientos no encajaba con su manera de ser, mucho más directa. Pero lo grave era que Hitler apoyara y hasta provocara con su aplauso aquel juego sucio. Una breve exclamación de disgusto por su parte habría atajado ese tipo de actuaciones.

Me he preguntado a menudo si Hitler era un hombre influenciable. Seguro que sí, y mucho, si uno sabía proceder adecuadamente. Aunque tendía a desconfiar, creo que lo hacía de forma muy burda y que no siempre era capaz de ver que aquellas ingeniosas jugadas estratégicas estaban destinadas a manipular su opinión. En cuanto a los intrigantes sistemáticos, era incapaz de detectarlos. Göring, Goebbels, Bormann y, a cierta distancia, Himmler eran maestros en esta clase de juego. Por otra parte, la posición de poder de estos hombres se fortalecía debido a que en las cuestiones decisivas la franqueza no conseguía, por lo general, modificar el pensamiento de Hitler.

Cerraré mi descripción de las tertulias de sobremesa con otra broma de este pérfido género. Esta vez el blanco del ataque fue Putzi Hanfstaengl, el jefe de prensa extranjera, a quien Goebbels miraba con desconfianza a causa de su estrecha relación personal con Hitler. Goebbels disfrutaba sobre todo poniendo en la picota la supuesta codicia de Hanfstaengl. Por ejemplo, intentó demostrar, con la ayuda de un gramófono, que Hanfstaengl había robado de una canción inglesa la melodía de una marcha popular que había compuesto, titulada *Der Fon*.

Así pues, el jefe de prensa extranjera ya estaba desacreditado cuando Goebbels, durante la guerra civil española, contó a los tertulianos que Hanfstaengl había hecho observaciones despectivas sobre el espíritu de lucha de los soldados alemanes que combatían en España. Hitler se enojó: había que dar una lección a aquel cobarde, que no tenía ningún derecho a emitir juicios sobre la valentía de los demás. Unos días después se presentó en el despacho de Hanfstaengl un mensajero de Hitler con un pliego sellado que debía abrir cuando estuviera a bordo del avión que habían preparado para él. Ya en el avión, en pleno vuelo, el jefe de Prensa leyó, aterrorizado, que iban a dejarlo en «la zona roja española» para que trabajara allí como agente de Franco. Goebbels le contó a Hitler todos los detalles: cómo Hanfstaengl, tras conocer el contenido del pliego, rogó desesperadamente al piloto que diera la vuelta, diciéndole que todo aquello tenía que deberse a un malentendido; cómo el avión estuvo dando vueltas en círculo horas y horas entre las nubes, sobre territorio alemán, mientras al pasajero se le daban informes falsos sobre los puntos que sobrevolaban, por lo que creyó que se acercaban a territorio español hasta que el piloto dijo finalmente que tenía que efectuar un aterrizaje de emergencia y tomó tierra en el aeropuerto de Leipzig. Hanfstaengl, que debió de darse cuenta entonces de que le habían jugado una mala pasada, dijo, muy nervioso, que alguien

había atentado contra su vida, y desapareció poco después sin dejar rastro.

Todas las fases de este asunto desencadenaron grandes accesos de hilaridad en la mesa de Hitler, especialmente porque esta vez él mismo había contribuido a planear la jugada con Goebbels. Pero cuando Hitler supo, unos días más tarde, que su jefe de prensa había buscado refugio en el extranjero, temió que Hanfstaengl colaborara con los periódicos para convertir en dinero lo que sabía sobre su intimidad. Sin embargo, y a pesar de la codicia que se le atribuía, Hanfstaengl no hizo nada parecido.

La tendencia de Hitler a destruir por medio de bromas crueles la fama y autoestima de colaboradores próximos y leales compañeros de lucha hizo cierta mella en mí. Sin embargo, aunque todavía estaba atrapado por él, ya hacía mucho que no sentía la fascinación que me había dominado en los primeros tiempos. Con el trato diario conseguí algún distanciamiento y también, a veces, la capacidad de observarlo con mirada crítica.

Además, mi estrecha vinculación con Hitler se centraba cada vez más en su dimensión de contratista. Me seguía entusiasmando la idea de ayudarlo con todos mis conocimientos y llevar a la práctica sus ideas arquitectónicas. Además, cuanto mayores y más importantes eran las obras que se me encargaban, mayor era el respeto que se me tenía. Creí estar creando la obra de mi vida, la que me situaría junto a los más famosos arquitectos de la Historia. Esta idea hacía que no me sintiera como un mero protegido de Hitler, y pensaba poder ofrecerle una contraprestación equivalente a mi nombramiento como constructor. A esto había que añadir que Hitler me trataba como a un colega y que siempre decía que yo era superior a él en el campo de la arquitectura.

• • •

Las comidas en casa de Hitler implicaban siempre una considerable pérdida de tiempo, pues se estaba a la mesa más o menos hasta las cuatro y media. Naturalmente, casi nadie se podía permitir semejante lujo todos los días. Yo mismo comía allí sólo una o dos veces por semana, para no desatender mi trabajo.

A la vez, sin embargo, ser un invitado de Hitler daba prestigio. Además, para la mayoría de los que se sentaban a su mesa era importante estar al corriente de sus opiniones. La tertulia también era útil para el propio Hitler, pues le permitía, sin esfuerzo ni compromiso, dar a conocer una consigna o una directriz política. En cambio, por lo general evitaba hablar sobre lo que hacía a diario y no comentaba, por ejemplo, el resultado de una reunión importante. Si decía algo en este sentido, solía ser para censurar a su interlocutor.

Durante la comida, podía suceder que algún invitado lanzara su anzuelo, como si estuviera pescando, para conseguir una audiencia con Hitler. Dejaba caer que había traído consigo unas fotografías del estado actual de unas obras; también eran un buen reclamo las fotografías de un estreno reciente, sobre todo si se trataba de una ópera de Wagner o de una opereta. Pero lo que resultaba siempre infalible eran las palabras:

—*Mein Führer*, le he traído unos planos nuevos.

Entonces el invitado podía suponer con bastante seguridad que Hitler le respondería:

—Magnífico, muéstremelos después de comer.

Aunque ese procedimiento estaba muy mal visto entre los comensales, de no seguirlo se corría el riesgo de tener que esperar meses y meses para ser recibido por Hitler de una manera oficial.

Una vez terminada la comida, Hitler se levantaba, los invitados se despedían sin entretenerse y el afortunado era

conducido a la sala de estar contigua, llamada «invernadero» por razones que aún no he conseguido averiguar. Entonces Hitler me decía con frecuencia:

—Espere un momento, me gustaría comentar algo con usted.

Ese «momento» solía convertirse en una hora o más. Después Hitler me hacía llamar y, sintiéndose a sus anchas, se sentaba frente a mí en uno de los cómodos sillones y se interesaba por el progreso de mis obras.

A menudo eran ya las seis de la tarde cuando Hitler se despedía y se retiraba a sus habitaciones del piso superior. Entonces yo iba a mi despacho, en el que a veces sólo podía quedarme un rato. Si el asistente me decía por teléfono que Hitler deseaba verme para cenar, dos horas después tenía que estar de nuevo en la Cancillería, y otras veces, si tenía planos que presentarle, iba a su casa sin necesidad de que nadie me lo pidiera.

A esas cenas solían asistir entre seis y ocho personas: su asistente, el médico de cabecera, el fotógrafo Hoffmann, uno o dos conocidos de Munich y muchas veces el piloto de Hitler (Bauer), con su radiotelegrafista y su mecánico. Y Bormann, siempre imprescindible. Éste era el círculo íntimo de Hitler en Berlín, pues por la noche no solía desear que estuvieran presentes sus colaboradores políticos, como Goebbels. El nivel de las conversaciones de la cena era aún más trivial que el del mediodía. A Hitler le gustaba que lo informaran de la marcha de las representaciones teatrales, y también mostraba interés por los escándalos. El piloto hablaba de sus vuelos, Hoffmann relataba anécdotas relacionadas con el ambiente artístico de Munich e informaba de la caza de cuadros, aunque normalmente era Hitler quien repetía historias sobre su vida y hablaba de su carrera.

En la cena también se servían platos sencillos, aunque Kannenberg, el intendente, intentó alguna vez ofrecer cosas mejores. Hitler llegó a comer incluso caviar, cuyo sabor, nuevo para él, elogió. Sin embargo, cuando Kannenberg, respondiendo a su pregunta, le informó de su precio, se escandalizó y prohibió que se siguiera comprando. Entonces se le presentó un caviar rojo barato, pero siguió considerándolo demasiado caro. Desde luego, esos dispendios eran insignificantes respecto al conjunto de los gastos. A pesar de ello, Hitler no concebía la idea de un *Führer* comiendo caviar.

Concluida la cena, los asistentes se dirigían a la sala de estar. Tomábamos asiento en cómodos sillones; Hitler se desabrochaba la americana y estiraba las piernas. La luz se iba extinguiendo lentamente, mientras por una puerta trasera iban entrando empleadas de la casa y algunos miembros de la escolta personal de Hitler. Entonces comenzaba la primera película. Igual que ocurría en el Obersalzberg, permanecíamos mudos durante tres o cuatro horas y no nos levantábamos, envarados y aturdidos, hasta la una de la madrugada aproximadamente, cuando terminaba la proyección. Hitler era el único que parecía estar fresco y gustaba de extenderse en consideraciones sobre las aptitudes de los actores y deleitarse en la actuación de alguno de sus favoritos antes de pasar a otros temas. La languideciente tertulia proseguía en la sala de estar pequeña; se servía vino, cerveza y bocadillos hasta que por fin, hacia las dos de la madrugada, Hitler se despedía. Pensé a menudo que aquel círculo mediocre se reunía en el mismo lugar en el que Bismarck solía conversar con amigos, conocidos y compañeros políticos.

Con el fin de sacudir la monotonía de estas tertulias, en alguna ocasión sugerí que se invitara a un pianista famoso o a un científico. Me llenaba de perplejidad que Hitler no aceptara mis propuestas:

—Los artistas no vendrían de tan buen grado como usted afirma.

En realidad, muchos de ellos se habrían sentido verdaderamente distinguidos por su invitación. Puede que Hitler no quisiera ver perturbado aquel modo banal de terminar el día que tanto le agradaba. También noté con frecuencia que sentía cierta timidez ante aquellos que lo superaban en algún aspecto. Aunque de vez en cuando los recibía, lo hacía en la atmósfera reservada de las audiencias oficiales. Quizá fuera esta una de las razones por las que me había escogido a mí, un arquitecto tan joven: en su trato conmigo no sentía tales complejos de inferioridad.

En los primeros años que siguieron a 1933, los asistentes podían invitar a una dama a cenar; a algunas, procedentes del campo cinematográfico, las eligió Goebbels. No obstante, por lo general sólo se admitía a mujeres casadas, casi siempre acompañadas por sus esposos. Hitler observaba esta regla para evitar rumores que habrían podido perjudicar la imagen de un *Führer* de sólidas costumbres que Goebbels había creado. Hitler se comportaba frente a estas damas poco más o menos como el alumno de una clase de baile durante la fiesta de fin de curso. También salía a relucir su tímido afán de no hacer nada que estuviera fuera de lugar, de repartir suficientes cumplidos, de saludar y despedir a las damas con el besamanos austríaco. Una vez terminada la reunión social, acostumbraba quedarse un rato más con los componentes de su círculo privado para soñar en voz alta con las damas de aquella velada, más sobre su figura que sobre su encanto o inteligencia. Y siempre, en cierto modo, como un alumno convencido de lo irrealizable de sus deseos. Hitler sentía preferencia por las mujeres altas y metidas en carnes; Eva Braun, más bien menuda y de figura delicada, no respondía en absoluto a su tipo.

De pronto, si no recuerdo mal hacia 1935, esto se acabó de repente. Nunca he sabido si fue a consecuencia de alguna habladuría o por otro motivo. Sea como fuere, Hitler anunció de súbito que en lo sucesivo no recibiría a las damas. A partir de entonces se contentó con elogiar a las estrellas de las películas que se proyectaban por la noche.

Más tarde, hacia 1939, se asignó a Eva Braun un dormitorio en el domicilio de Hitler en Berlín; su habitación, contigua a la de éste, disponía de una ventana que daba a un estrecho patio. Eva Braun llevaba allí una vida totalmente aislada, aún más que en el Obersalzberg; entraba a hurtadillas por una puerta y una escalera laterales y nunca bajaba a las estancias inferiores, ni siquiera cuando sólo estaban en casa los antiguos conocidos. Se alegraba mucho cuando yo le hacía compañía durante sus largas horas de espera.

Mientras estaba en Berlín, Hitler iba muy poco al teatro, excepto para ver operetas: jamás se perdía las reposiciones de clásicos como *El murciélago* o *La viuda alegre*. Estoy seguro de haber visto con él lo menos cinco o seis veces, en distintas ciudades de Alemania, *El murciélago*, una opereta a cuyo fastuoso lujo contribuía generosamente, gracias a los medios obtenidos por Bormann.

También gustaba del «arte ligero» y acudía algunas veces al Wintergarten, una sala de variedades de Berlín. Seguramente habría ido allí con más frecuencia de no haber sido por sus recelos. A veces enviaba al intendente en su lugar y después, ya a altas horas de la noche, éste contaba algo de lo que había visto. En alguna ocasión fue también al Teatro Metropol, en el que se representaban triviales operetas arrevistadas en las que aparecía gran cantidad de «ninfas» muy ligeras de ropa.

Cada año asistía, sin excepción alguna, a las representaciones del primer ciclo de los Festivales de Bayreuth. A pesar de que

soy un profano en cuestiones musicales, creo que Hitler demostró, durante sus conversaciones con la señora Winifred Wagner, tener también capacidad de juicio en cuestiones musicales, aunque le interesaban más las labores de dirección.

Aparte de esto, asistía a muy pocas representaciones de ópera, y tampoco tardó en remitir su interés por el teatro, que era algo mayor al principio. Incluso su predilección por Brückner pasó a ser más bien un formulismo; aunque antes de cada uno de los «discursos culturales» que pronunciaba ante el Congreso del Partido en Nuremberg hacía ejecutar un fragmento de una sinfonía suya, por lo demás se limitaba a cuidar de que el conjunto de su obra continuara cultivándose en la abadía de Sankt Florian. No obstante, hacía propagar la idea de que tenía un profundo sentido artístico.

Nunca supe si Hitler tenía algún interés por la buena literatura. Normalmente hablaba de obras de estrategia militar, de calendarios navales o de libros de arquitectura, que estudiaba una y otra vez con gran interés durante la noche, pero nunca se manifestó respecto a otros temas.

• • •

Siendo yo un hombre acostumbrado al trabajo intenso, al principio no podía comprender aquella forma de malgastar el tiempo. Sí que entendía que Hitler terminara el día de un modo tedioso y repetitivo, aunque el promedio de seis horas que duraba esta fase se me antojaban un tanto excesivas y me parecía que el rato de trabajo diario era, en proporción, muy breve. Muchas veces me preguntaba: «¿Cuándo trabaja?». El día se le hacía muy corto; por la mañana se levantaba tarde y celebraba dos o tres conversaciones oficiales, y a partir de la hora de comer se dedicaba a dilapidar el tiempo hasta primeras horas de la noche[46]. Las contadas audiencias que concedía por la tarde se veían amenazadas por su afición a los proyectos. Los asistentes

me rogaban con frecuencia:

—Haga el favor de no enseñarle hoy ningún proyecto.

En esos casos escondía los dibujos que llevaba conmigo en la centralita de teléfonos que había en la entrada y respondía con evasivas a las preguntas de Hitler. Con el tiempo se dio cuenta del juego y terminó registrando personalmente la antesala o el guardarropa en busca de mi rollo de planos.

A los ojos del pueblo, Hitler era el *Führer* infatigable que trabajaba día y noche. Quien conozca la forma de trabajar de algún temperamento artístico podrá comprender su indisciplinada distribución del tiempo, comparable al estilo de vida de un bohemio. Por lo que pude observar, muchas veces dejaba madurar un problema durante semanas mientras se ocupaba de cosas sin importancia y después, tras una «inspiración súbita», en algunos días de trabajo intenso formulaba la solución que le parecía acertada. Es posible que aquellas tertulias fueran para él una forma de poner lúdicamente a prueba nuevas ideas, tratarlas de forma siempre distinta, retocarlas y perfeccionarlas ante un auditorio acrítico. Una vez había adoptado una resolución, volvía a caer en su ociosidad.

CAPÍTULO X

EL IMPERIO DESENCADENADO

Cenaba con Hitler una o dos veces por semana. Sobre las doce de la noche, cuando había terminado la última película, me pedía a veces mi rollo de planos y nos dedicábamos a discutir los detalles hasta las dos o las tres de la madrugada. El resto de los invitados se retiraban a tomar una copa de vino o, sabiendo que ya les sería difícil hablar con él, se volvían a casa.

Lo que más atraía a Hitler era la maqueta de nuestra ciudad modelo, que estaba montada en los antiguos locales de exposición de la Academia de Bellas Artes. Para poder llegar allí sin que nadie lo molestara, había hecho abrir una puerta en el muro de los jardines ministeriales que había entre la Cancillería y nuestro edificio. A veces invitaba a los comensales a acompañarnos al estudio y nos poníamos en marcha equipados con llaves y linternas de mano. Unos focos iluminaban las maquetas dispuestas en las salas vacías. Yo no tenía que decir nada, pues Hitler, emocionado, daba a sus acompañantes toda clase de explicaciones.

Había gran expectación cuando se colocaba una nueva maqueta, que se iluminaba con potentes focos dispuestos con una orientación semejante a la del sol. Generalmente se construían a escala 1:50; unos ebanistas reproducían hasta el último detalle las construcciones reales, incluso en el color. Así pudimos ir componiendo gradualmente partes enteras de la nueva gran avenida y obtuvimos una impresión plástica de las

obras que debían realizarse diez años más tarde. Esta calle de maquetas ocupaba unos treinta metros de las antiguas salas de exposición de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

Hitler se sentía particularmente entusiasmado por una gran maqueta general que reproducía, a escala 1:1000, la gran avenida. La maqueta se podía fraccionar en partes que estaban montadas sobre mesas con ruedas. De este modo, Hitler podía entrar en «su calle» por algunos puntos y comprobar su efecto real: por ejemplo, podía adoptar la perspectiva del viajero que llegaba a la estación del sur, o contemplar el efecto desde la Gran Sala o desde el centro de la calle. Llegaba a ponerse casi de rodillas, con los ojos algunos milímetros por encima del nivel de la calle, para hacerse una idea correcta. Mientras tanto, hablaba con una vivacidad inusual. Ésas eran las únicas horas en las que abandonaba por completo su habitual rigidez. En ninguna otra ocasión lo vi tan espontáneo, activo y relajado como en aquellos momentos; en cambio yo, que por lo general estaba cansado y seguía sintiendo, aun con todos los años que había pasado a su lado, un resto de respetuosa inhibición, solía quedarme callado. Uno de mis más íntimos colaboradores resumió la impresión que le producía aquella singular relación diciendo:

—¿Sabe lo que es usted? ¡Usted es el amor desgraciado de Hitler!

Pocos eran los visitantes que tenían acceso a aquellos locales, cuidadosamente ocultos a la vista de los curiosos. Nadie podía ver el gran proyecto de las obras de Berlín sin autorización expresa de Hitler. Göring, después de haber contemplado en una ocasión el conjunto de maquetas de la gran avenida, ordenó a su escolta que se adelantara y me dijo con voz emocionada:

—Hace algunos días, el *Führer* me habló de mi misión después de su muerte. Me dijo que hiciera siempre lo que creyera acertado; sin embargo, me hizo prometerle que nunca lo

reemplazaría a usted por otro, que no me entrometería en sus proyectos y que le dejaría libre iniciativa. Y que pondría a su disposición todo el dinero necesario para las obras, todo lo que usted me pidiera. —Göring, emocionado, hizo una pausa—. Prometí al *Führer* con un solemne apretón de manos que lo obedecería en todo, y ahora también se lo prometo a usted.

Y dicho esto me estrechó largo rato la mano con ademán patético.

También mi padre examinó los trabajos del hijo que se había hecho célebre. Pero al ver las maquetas se limitó a encogerse de hombros y decir:

—¡Os habéis vuelto completamente locos!

Por la noche, mi padre y yo fuimos al teatro a ver una comedia en la que actuaba Heinz Rühmann. Casualmente, Hitler acudió a la misma representación. Durante el entreacto preguntó a su asistente si el anciano caballero que estaba conmigo era mi padre. Entonces nos pidió que fuéramos a verlo. Cuando mi padre, que a pesar de sus setenta y cinco años iba siempre erguido y se mostraba dueño de sí mismo, fue presentado a Hitler, le acometió un fuerte temblor, algo que jamás vi que le sucediera ni antes ni después de aquel momento. Se puso pálido, no reaccionó ante el himno de alabanza que entonó Hitler en loor de su hijo y se despidió sin despegar los labios. Mi padre nunca mencionó el encuentro y yo evité preguntarle el motivo de la inquietud que lo había asaltado al verse frente a Hitler.

• • •

«¡Os habéis vuelto completamente locos!». Cuando hojeo hoy las numerosas fotografías de las maquetas de nuestra antigua gran avenida, me doy cuenta de que no sólo habría sido una locura, sino también un alarde de monotonía.

Pensamos que a la nueva calle le faltaría vida si únicamente

había en ella edificios públicos, por lo que destinamos dos tercios de su longitud a edificios privados. Los posibles intentos de la Administración pública para desplazarlos podrían ser acallados con ayuda de Hitler. De ningún modo queríamos erigir una calle ministerial. Con la intención de dar vida urbana a la nueva avenida se proyectaron un lujoso cine de estreno con capacidad para dos mil espectadores, una nueva ópera, tres teatros, una sala de conciertos, un edificio de congresos que se llamaría «Casa de las Naciones», un hotel de veintiún pisos, con mil quinientas camas, locales de variedades, restaurantes de lujo y hasta una piscina cubierta, de estilo romano, que parecía unas termas imperiales[47]. Plácidos patios interiores con columnatas y pequeñas tiendas bien cuidadas invitarían a pasear lejos del ruido de la calle. También habría abundantes anuncios luminosos. Hitler y yo habíamos imaginado toda la calle como una exposición comercial continua de artículos alemanes que habría de atraer particularmente a los extranjeros.

Al examinar hoy los planos y las fotografías de las maquetas, también estas zonas de la avenida me parecen carentes de vida. A la mañana siguiente a mi puesta en libertad, cuando al dirigirme al aeropuerto pasé por delante de uno de esos edificios[48], vi en pocos segundos lo que no había advertido en años enteros: que construíamos a una escala desmesurada. Incluso para las empresas privadas habíamos previsto bloques de 150 a 200 metros de longitud; fijamos de manera unitaria la altura de los edificios y la de las fachadas de las tiendas, desterramos los rascacielos a segundo término y, por otra parte, nos centramos en los recursos que podrían dar vida y animación a la calle. Al contemplar las fotografías de los edificios de oficinas, siempre me asusto ante aquella rigidez monumental, que habría destruido todos nuestros esfuerzos por dar a la calle un aire cosmopolita.

En términos relativos, lo que estaba mejor resuelto era la

estación central, situada en el comienzo meridional de la gran avenida de Hitler, que habría destacado positivamente sobre el resto de los monstruosos edificios de piedra gracias a su tejado de planchas de cobre y a su revestimiento con superficies de cristal. La estación preveía cuatro niveles de tráfico superpuestos y unidos por medio de escaleras automáticas y ascensores, y pretendía superar a la Grand Central Terminal de Nueva York.

Los visitantes oficiales habrían salido de allí por una gran escalinata exterior. Tanto ellos como los viajeros que salieran de la estación tendrían que quedar sobrecogidos —o, mejor dicho, patidifusos— por la imagen urbana y, por consiguiente, por el poderío del Reich. Siguiendo el modelo de la avenida de esfinges que lleva de Karnak a Luxor, la plaza de la estación, con sus mil metros de longitud y trescientos treinta de anchura, estaría flanqueada por las armas conquistadas. Hitler había ordenado este detalle después de la campaña de Francia y lo confirmó una vez más en las postrimerías del otoño de 1941, tras sus primeras derrotas en la Unión Soviética.

El Gran Arco de Hitler (o Arco de Triunfo, aunque raramente lo llamaba así), que se situaría a 800 metros de la estación, cerraría y coronaría la plaza. El Arc de Triomphe que Napoleón hizo levantar en la Place de l'Étoile constituye, con sus cincuenta metros de altura, una masa monumental, un remate imponente de los dos kilómetros de longitud de los Champs Élysées, pero nuestro Arco de Triunfo, de 170 metros de anchura, 119 de profundidad y 117 de altura, habría anulado el resto de edificaciones de aquella parte de la calle.

Después de algunos intentos infructuosos, ya no me quedaba valor para tratar de persuadir a Hitler de que alterara parte de su plan. Éste era el corazón de sus proyectos; surgido mucho antes de que el profesor Troost ejerciera sobre él su beneficiosa influencia, es el mejor ejemplo de las ideas

arquitectónicas que Hitler desarrolló en los años veinte y plasmó en su cuaderno de bocetos, que se ha perdido. Hacía oídos sordos a cualquier propuesta que implicara modificar las proporciones de la obra o simplificarla, pero parecía satisfecho cuando yo, en los planos terminados, ponía tres cruces en el lugar donde debía ir el nombre del arquitecto.

Tras el ojo del Gran Arco, de ochenta metros de altura, y a cinco kilómetros de distancia, la segunda construcción triunfal de la calle, la mayor sala de reuniones del mundo, con su cúpula de 290 metros de altura, se perdería en el humo de la capital.

Entre el Arco de Triunfo y la Gran Sala, once ministerios aislados interrumpían nuestra calle. Además de un Ministerio del Interior, otro de Comunicaciones, uno de Justicia, otro de Economía y uno de Abastecimientos, después de 1941 todavía tuve que incorporar al proyecto un Ministerio de Colonias[49]. Así pues, ni siquiera durante la campaña de Rusia renunció Hitler a establecer colonias alemanas. Los ministros que esperaban conseguir con nuestros proyectos la concentración de sus dependencias, desperdigadas por Berlín, quedaron decepcionados cuando Hitler dispuso que los nuevos edificios se destinaran sobre todo a fines representativos y no al aparato del Gobierno.

A continuación de aquella monumental parte de la calle, trataba de imponerse un carácter comercial y de esparcimiento a un trayecto de más de un kilómetro que desembocaría en la Plaza Redonda, en la intersección con la Potsdamer Strasse. A partir de este punto y en dirección al norte, la calle volvía a adquirir un carácter solemne: a mano derecha se elevaba la «Galería de los Soldados» diseñada por Wilhelm Kreis, un cubo gigantesco sobre cuya finalidad Hitler no se manifestó nunca abiertamente, aunque es posible que pensara en una combinación de arsenal y monumento conmemorativo. En

cualquier caso, tras el armisticio con Francia ordenó que la primera pieza que se expusiera en aquel lugar fuera el vagón comedor en el que se había sellado la derrota de Alemania en 1918 y el derrumbamiento de Francia en 1940. También estaba previsto que hubiera una cripta para albergar los féretros de los mariscales alemanes más famosos del pasado, el presente y el futuro[50]. Más allá de la Galería se extendían por el Oeste, hasta la Bendlerstrasse, los edificios destinados a alojar al Alto Mando del Ejército de Tierra[51].

Göring, después de examinar estos proyectos, sintió que su Ministerio del Aire debía superarlos. Me convenció para que me pusiera a su servicio[52], y encontramos un solar ideal para sus fines ante la «Galería de los soldados», en el límite del Tiergarten. Göring se mostró entusiasmado con los planos del nuevo edificio, que después de 1940, bajo el nombre de «Departamento del Mariscal del Reich», habría de reunir la totalidad de sus cargos. Hitler, en cambio, dijo con decisión:

—El edificio es demasiado grande para Göring; destaca demasiado. Además, no me gusta que emplee a mis arquitectos para construirlo.

Aunque muchas veces hablaba con desagrado de los planes de Göring, nunca encontró el valor necesario para refrenar a su ministro. Göring, que conocía a Hitler, me tranquilizó con estas palabras:

—Deje las cosas como están y no se preocupe. Lo vamos a construir así, y ya verá cómo, al final, el *Führer* estará entusiasmado.

Hitler se mostraba muy a menudo así de indulgente en su esfera particular. Por ello cerraba los ojos ante los escándalos conyugales que se producían a su alrededor, siempre y cuando, como en el caso Blomberg, no se les pudiera sacar partido político. Así, podía sonreírse ante el afán de ostentación y

pronunciar cáusticas observaciones en su círculo íntimo, sin insinuar siquiera a los afectados que consideraba incorrecta su conducta.

En el anteproyecto del edificio de Göring había gran cantidad de escaleras, salas y vestíbulos, que ocupaban más espacio que las zonas de trabajo. El punto central de la parte destinada a fines representativos habría de estar constituido por un vestíbulo con una pomposa escalinata que llegaría hasta el cuarto piso y que era probable que nunca fuera utilizada, pues, naturalmente, todo el mundo preferiría emplear el ascensor. Desde luego, el conjunto era una pura obra de exposición; para mí constituyó el paso definitivo del neoclasicismo que hasta entonces había pretendido, que quizá aún fuera perceptible en la nueva Cancillería del Reich, a una recargada arquitectura representativa propia de nuevos ricos. El 5 de mayo de 1941, la Crónica de mi departamento oficial registra que al mariscal del Reich le había gustado mucho la maqueta del edificio y que había parecido particularmente entusiasmado por la escalera. En ella comunicaría todos los años su consigna a los oficiales de la Luftwaffe. De acuerdo con lo registrado en la Crónica, Göring dijo literalmente:

—Breker tiene que hacer un monumento al Inspector General de Edificación para colocarlo en esta escalinata, que será la más grande del mundo. La expondremos aquí en honor del hombre que ha concebido una obra tan grandiosa.

Esta parte del Ministerio, cuya fachada, de 240 metros de longitud, daba a la gran avenida, estaba unida a un ala de las mismas dimensiones que se orientaba hacia el Tiergarten y acogía los salones para fiestas que Göring me había pedido y que, al mismo tiempo, constituirían las estancias de su vivienda. Dispuse los dormitorios en el piso superior. Pretextando razones de protección antiaérea, proyecté cubrir el edificio con un

espesor de cuatro metros de tierra de jardín, de manera que incluso se pudieran plantar grandes árboles en ella. Así, sobre los tejados de Berlín, a cuarenta metros por encima del Tiergarten, habría surgido un gran parque de 11 800 m^2, con piscina y campo de tenis, fuentes, estanques, columnatas, pérgolas y un bar, así como un teatro de verano con capacidad para doscientos cuarenta espectadores. Göring quedó abrumado y enseguida se puso a soñar con las fiestas que celebraría en aquella terraza ajardinada:

—Iluminaré la gran cúpula con bengalas y desde allí organizaré unos grandes fuegos artificiales para mis invitados.

Sin contar los sótanos, el edificio de Göring habría tenido un volumen de 580 000 m^3, mientras que la Cancillería del Reich recién construida sólo tenía 400 000. No obstante, Hitler no se sintió superado por Göring; en el discurso que pronunció el 2 de agosto de 1938, muy ilustrativo respecto a sus ideas constructivas, manifestó que únicamente podría utilizar diez o doce años más la nueva Cancillería, porque el gran proyecto urbanizador de la ciudad de Berlín preveía la edificación de una obra mucho mayor como vivienda del canciller y sede gubernamental. Tras una inspección conjunta a la sede oficial de Hess en Berlín, Hitler decidió que el edificio se levantaría en la Voss-Strasse. El de Hess tenía una escalera en llamativos tonos rojos y una decoración mucho más sencilla que la de estilo transatlántico que él y los jerarcas del Reich preferían. De nuevo en la Cancillería del Reich, Hitler criticó con expresión de horror la falta de criterio artístico de su lugarteniente:

—A Hess no lo han favorecido en absoluto las musas. Jamás permitiré que levante ninguna obra nueva. Más adelante, su sede será la actual Cancillería del Reich, y no dejaré que haga en ella la menor modificación, pues no entiende de esto.

Una crítica semejante, relativa además al criterio estético,

podía a veces acabar con una carrera, y así lo interpretaron todos en el caso de Rudolf Hess: sólo en presencia del propio Hess se expresó Hitler con moderación. Pero bastaba con constatar el comportamiento reservado de la corte para que Hess se diera cuenta de que su cotización había descendido considerablemente.

• • •

Al igual que al sur del proyectado centro urbano, también al norte había una estación central. Un estanque de 1100 metros de largo y 350 de ancho la separaría de la Gran Sala, situada casi a dos kilómetros. No uniríamos aquel enorme estanque con el Spree, cuyas aguas estaban llenas de basura. Como antiguo deportista acuático, quería que el agua del lago estuviese limpia para los nadadores. Vestuarios, cobertizos para las barcas y solarios debían flanquear un baño al aire libre en plena capital, que probablemente habría creado un singular contraste con las grandes edificaciones que se reflejarían en el lago, que proyecté por un motivo muy sencillo: aquel subsuelo pantanoso no era adecuado para construir en él.

Había planeado situar tres grandes edificios en el lado oeste del lago: en el centro, el nuevo Ayuntamiento de Berlín, de casi medio kilómetro de longitud. Hitler y yo nos inclinábamos por dos anteproyectos distintos; después de muchas discusiones, conseguí imponer mis argumentos. El Ayuntamiento estaría flanqueado por el Alto Mando de la Marina de Guerra y la Jefatura Superior de Policía de Berlín. En el lado este del gigantesco estanque se construiría una nueva academia militar, rodeada de espacios verdes. Los planos de estos edificios se concluyeron según lo previsto.

Sin duda, el sector comprendido entre las dos estaciones centrales pretendía demostrar, traducido a lenguaje arquitectónico, el poderío político, militar y económico de

Alemania. El soberano absoluto del Reich se hallaría en el centro de la gran avenida, y la expresión máxima de su poder sería la cercana Gran Sala, cuya cúpula dominaría el Berlín del futuro. Al menos sobre los planos se había convertido en realidad aquella expresión de Hitler de que «Berlín tendría que cambiar su faz para adaptarse a su nueva y gran misión»[53].

En la actualidad, cuando trato a veces de comprender los motivos de mi aversión hacia Hitler, me parece que, además de todas las cosas terribles que realizaba o planeaba, también hay que tener en cuenta la decepción personal que me deparó su juego con la guerra y las catástrofes. Pero también soy consciente de que todos aquellos proyectos sólo habrían sido posibles mediante ese juego de poder sin escrúpulos.

Los anteproyectos de tal magnitud revelan, desde luego, una permanente megalomanía. Aun así, sería injusto desdeñar sin más todo el proyecto de aquel eje norte-sur. Desde el punto de vista de las proporciones actuales, la amplia avenida y las nuevas estaciones centrales, con su tráfico subterráneo, eran de dimensiones tan poco exageradas como nuestros edificios comerciales, hoy sobrepasados con mucho en todo el mundo por Ministerios y rascacielos. Si rompían el marco de lo humano era más por su impertinencia que por su tamaño. La Gran Sala, la futura Cancillería del Reich de Hitler, el grandioso edificio de Göring, la «Galería de los Soldados» y el Arco de Triunfo fueron proyectos que vi con los ojos políticos de Hitler:

—¿Comprende usted ahora por qué lo hacemos todo tan grande? La capital del Imperio germánico… Si disfrutara de salud…

• • •

Hitler tenía prisa por ver realizado el núcleo de su planificación urbanística, de siete kilómetros de longitud. Tras efectuar unos cálculos muy precisos, en primavera de 1939 le

prometí que todas las obras estarían terminadas en 1950. Esperaba que con eso le daría una gran alegría, por lo que me sentí defraudado al comprobar que se limitaba a tomar nota con satisfacción de ese plazo, que implicaba una actividad constructora incesante. Quizá estuviera pensando al mismo tiempo en sus planes militares, que a la fuerza convertirían mis cálculos en ilusorios.

Sin embargo, otros días mostraba tal empeño en que las obras se concluyeran en el plazo previsto y parecía sentirse tan impaciente porque llegara el año 1950 que, si lo único que impulsaba sus fantasías urbanizadoras era el deseo de ocultar sus propósitos expansionistas, ésta fue su mejor maniobra de distracción. Las frecuentes observaciones que hacía respecto al alcance político de sus planes deberían haberme hecho sospechar algo, aunque las compensaba la seguridad que parecía tener en el cumplimiento de los plazos fijados. Ya estaba acostumbrado a que hiciera de vez en cuando comentarios alucinantes; ahora resulta más fácil que entonces descubrir los hilos que los unían entre sí y con mis proyectos de construcción.

Hitler procuraba evitar que nuestros planes se conocieran; sin embargo, como no podíamos trabajar excluyendo por completo a la opinión pública, porque había demasiada gente ocupada en los trabajos previos, dejamos ver partes aparentemente inocuas del proyecto, y también explicamos la idea urbanística general en un artículo que publiqué con autorización de Hitler[54]. El cabaretista Werner Fink se burló del proyecto y fue internado en un campo de concentración, aunque seguramente hubo otros motivos. Yo pensaba acudir al local en el que actuaba para demostrar que no me sentía ofendido, pero lo detuvieron justo el día antes de que lo hiciera.

Nuestra precaución también se ponía de manifiesto en asuntos de poca monta: cuando consideramos la posibilidad de

derribar la torre del Ayuntamiento de Berlín, publicamos por medio del subsecretario Karl Hanke un «comunicado» en un periódico berlinés con objeto de saber cómo reaccionaría la opinión pública. Desistí de mi propósito al constatar la colérica protesta de la gente, cuyos sentimientos teníamos que respetar. Se planteó también la posibilidad de reconstruir el agradable palacio de Monbijou en el parque del palacio de Charlottenburg, dado que en su ubicación original se había previsto levantar un museo[55]. Incluso la torre de comunicaciones continuó en su lugar por razones similares, y tampoco se eliminó la Columna de la Victoria, que se interponía en el camino de las nuevas obras; Hitler veía en ella un monumento de la historia alemana y, para aumentar más su efecto, pensó aprovechar la ocasión para levantar un poco más la columna. Para este fin dibujó un boceto que todavía se conserva, y se burló de la mezquindad de un Estado prusiano triunfante que había escatimado incluso en la altura de su Columna de la Victoria.

Calculé los costes totales del proyecto de la planificación urbanística de Berlín entre cuatro y seis mil millones de marcos del Reich, que equivaldrían actualmente a entre dieciséis y veinticuatro mil millones de marcos. Durante los once años que aún faltaban hasta 1950, había que gastar cada año en edificaciones alrededor de quinientos millones de marcos del Reich, una cifra en absoluto utópica, pues tal cantidad sólo equivalía al cuatro por ciento del volumen total de la construcción alemana[56]. Para justificarme y tranquilizarme a la vez, establecí en aquel tiempo otra comparación, sin duda muy discutible: calculé qué porcentaje de lo que el Estado prusiano ingresaba en concepto de impuestos había destinado el rey Federico Guillermo I, padre de Federico el Grande y conocido por su austeridad, a la realización de sus obras de Berlín. La cantidad superaba varias veces nuestros gastos, que ascendían

poco más o menos al tres por ciento de los 15 700 millones de marcos de los impuestos. Desde luego, la comparación era cuestionable, pues la recaudación de ambas épocas no era equivalente.

El profesor Hettlage, mi asesor en cuestiones presupuestarias, resumió sarcásticamente nuestras ideas sobre la financiación con estas palabras:

—En el municipio de Berlín, los gastos deben ajustarse a los ingresos, pero en nuestro caso sucede lo contrario[57].

En opinión de Hitler y mía, no había que recaudar de una sola vez los quinientos millones de marcos que se precisarían anualmente, sino que debían repartirse tanto como fuera posible; cada Ministerio y negociado oficial debería consignar sus necesidades en su presupuesto, y tendrían que hacer lo mismo los Ferrocarriles del Reich para sufragar la reforma de la red ferroviaria berlinesa o el municipio de Berlín para construir las calles y el metro. Las empresas privadas correrían con sus propios gastos.

Cuando, en 1938, hubimos establecido todos estos detalles, Hitler, con expresión divertida, dijo estas palabras sobre lo que en su opinión era un astuto rodeo para obtener una financiación discreta:

—Cuando la cantidad se distribuye de esta forma, no llama la atención lo que va a costar todo junto. Sólo financiaremos de manera directa la Gran Sala y el Arco de Triunfo. Pediremos al pueblo que haga donativos. Además, el ministro de Hacienda tendrá que facilitarnos anualmente sesenta millones de marcos. Lo que no se vaya a necesitar enseguida, lo guardaremos.

En 1941 yo ya había reunido 218 millones de marcos[58]; en 1943, y a propuesta del ministro de Hacienda, la cuenta, en la que había ya 320 millones de marcos, fue suprimida con mi conocimiento y autorización, sin decirle nada a Hitler.

El ministro de Hacienda, Von Schwerin-Krosigk, no cesaba de poner objeciones y de formular protestas a causa de aquel derroche de fondos públicos. Hitler, para librarme de esas preocupaciones, se comparaba con el rey bávaro Luis II:

—¡Si el ministro de Hacienda supiera qué fuentes de ingresos va a tener el Estado en sólo cincuenta años gracias a mis obras! ¿Qué ocurrió con Luis II? Lo declararon loco a causa del coste de sus palacios. ¿Y qué pasa hoy? Pues que una gran parte de los turistas se dirige a la Alta Baviera precisamente para verlos. El dinero de las entradas ya hace tiempo que ha compensado lo que costaron aquellas edificaciones. ¿Qué opina usted? El mundo entero acudirá a Berlín para contemplar nuestras obras. A los americanos sólo tendremos que hacerles saber el coste de la Gran Sala. A lo mejor incluso exageramos un poco y decimos mil quinientos millones en lugar de mil. Y entonces tendrán que venir a verla: la construcción más cara del mundo.

Al examinar los planos, Hitler repetía con frecuencia:

—Mi único deseo, Speer, es el de seguir con vida cuando todo esto se haya levantado. En 1950 organizaremos una Exposición Universal. Los edificios permanecerán sin ocupar hasta esa fecha y los inauguraremos para la exposición. ¡Invitaremos al mundo entero!

Aunque Hitler hablara así, era muy difícil adivinar sus verdaderos pensamientos. A mi esposa, que durante once años se vería privada de toda vida familiar, le prometí como consuelo un viaje alrededor del mundo para el año 1950.

El proyecto de Hitler de cargar el coste de las obras sobre la mayor cantidad posible de espaldas salió bien, pues la ciudad de Berlín, rica y en alza, atraía cada vez a más funcionarios, debido a la centralización del poder del Estado; también las empresas industriales tuvieron que tener en cuenta aquel desarrollo y

ampliar sus centrales berlinesas. Hasta entonces, para tales propósitos sólo existía, como «escaparate de Berlín», la calle Unter den Linden y otras vías urbanas de menor importancia, por lo que la nueva avenida de 120 metros de anchura resultaba muy atractiva. Por un lado, porque en ella no eran de temer los atascos de tráfico y, por otro, porque los solares de aquella zona, entonces todavía algo alejada del centro, eran relativamente baratos. Al iniciar mi actividad, había numerosas peticiones de permisos de obras para edificar por todo el término municipal, sin ningún orden. Poco después de que Hitler asumiera el poder se erigió, en un barrio poco céntrico, el nuevo edificio del Banco del Reich, previo derribo de varios bloques. Por cierto que un día Himmler, después de la comida, presentó a Hitler los planos de este edificio y le hizo ver con toda seriedad que las secciones transversal y longitudinal tenían la forma de la cruz de Cristo, lo cual era una velada glorificación de la fe cristiana por parte del arquitecto Wolf, de religión católica. Sin embargo, Hitler entendía lo suficiente de construcción como para tomarse a risa la observación.

Unos meses antes de que los proyectos tomaran su forma definitiva, los 1200 metros de calle que debían edificarse incluso antes de acabar de desplazar las vías ya estaban adjudicados. Las solicitudes de los Ministerios, empresas privadas y departamentos oficiales del Reich para que se les asignaran unos terrenos que no estarían disponibles hasta al cabo de algunos años alcanzaron tal volumen, que la urbanización de los siete kilómetros no sólo estaba asegurada, sino que, además, empezamos a asignar solares situados al sur de la estación meridional. Nos costó mucho convencer al director del Frente Alemán del Trabajo, el doctor Ley, que disponía de abundantes recursos procedentes de las cuotas de los trabajadores, de que no ocupara para sus servicios la quinta parte de la calle. Con todo, logró hacerse con un bloque de 300 metros de longitud que

pretendía destinar a un gran centro de atracciones.

Uno de los motivos de aquella tremenda fiebre constructiva era también, naturalmente, la perspectiva de ganarse el favor de Hitler levantando edificios significativos. Dado que los gastos de las obras serían más elevados allí que en otros puntos, recomendé a Hitler que los compensara de algún modo; aceptó mi propuesta al instante.

—¿Por qué no otorgar incluso una condecoración a aquellos que apoyen el arte? Las concederemos muy pocas veces y fundamentalmente a los que hayan financiado una gran obra. En este sentido, se puede hacer mucho repartiendo condecoraciones.

Incluso el embajador británico creyó —y no sin razón, por cierto— haber obtenido un éxito al proponer a Hitler levantar una nueva Embajada en el remozado Berlín, y también Mussolini mostró un interés extraordinario en aquel proyecto[59].

• • •

Si bien Hitler guardaba silencio sobre sus verdaderos proyectos constructivos, se hablaba y escribía más que suficiente sobre lo que se conocía. Y la consecuencia fue un alza de la arquitectura. Si Hitler se hubiese interesado por la cría de caballos, no cabe duda de que entre las personalidades del Reich se habría extendido igualmente la cría caballar; de esta manera surgió una producción masiva de proyectos de impronta hitleriana. Aunque no se puede hablar de un estilo del Tercer Reich, sino sólo de una orientación predominante, ecléctica en los elementos concretos, lo cierto es que esa orientación lo marcaba todo. Y eso que Hitler no era en absoluto doctrinario. Comprendía perfectamente que un área de descanso en la autopista o un hogar campestre de las Juventudes Hitlerianas no podían tener el mismo aspecto que una obra urbana. Tampoco

se le habría ocurrido nunca levantar una fábrica en su estilo representativo; al contrario, era capaz de entusiasmarse por una construcción industrial de acero y cristal. Sin embargo, opinaba que, en un Estado dispuesto a conquistar un Imperio, las obras públicas debían tener un sello que las distinguiera.

Otra consecuencia de los planes de urbanización de Berlín fueron los numerosos proyectos que se realizaron en otras partes. Todos los jefes regionales deseaban verse inmortalizados en su ciudad. Casi todos los proyectos mostraban, como el mío de Berlín, una cruz axial orientada hacia los puntos cardinales; el ejemplo berlinés se había convertido en un modelo. Mientras examinábamos los planos, Hitler dibujaba infatigablemente sus propios bocetos. Estaban hechos con soltura y eran acertados en la perspectiva: la planta, las secciones y los alzados estaban hechos a escala. Un arquitecto no lo podría haber hecho mejor. A veces mostraba por la mañana un boceto bien realizado que había desarrollado durante la noche; sin embargo, la mayoría de sus dibujos eran unos pocos trazos presurosos que surgían durante nuestras discusiones.

He guardado hasta el día de hoy todos los bocetos que Hitler dibujó en mi presencia, en los que anoté la fecha y el asunto. Es interesante comprobar que, de un total de ciento veinticinco bocetos, casi una cuarta parte se relaciona con proyectos de obras en Linz, una ciudad que siempre había sentido muy próxima. Entre ellos también hay muchos bocetos teatrales. Una mañana nos sorprendió con el diseño, limpiamente ejecutado durante la noche, de una «columna del Movimiento» para Munich que, como nuevo símbolo, habría empequeñecido las torres de Nuestra Señora.

Consideraba que ese proyecto, al igual que el Arco de Triunfo de Berlín, pertenecía a su dominio personal, y por ello no vacilaba en mejorar, incluso en el detalle, el diseño de un

arquitecto muniqués. Aún hoy sigo considerando que sus cambios suponían auténticas mejoras, pues resolvían mejor la transmisión de las fuerzas estáticas a un zócalo que las propuestas del arquitecto, quien, por cierto, también era un autodidacta.

Hermann Giessler, a quien Hitler había encargado la planificación urbanística de Munich, era capaz de remedar con gran acierto al tartamudo doctor Ley, director del Frente Alemán del Trabajo. Hitler disfrutaba tanto, que pedía una y otra vez a Giessler que relatara la visita del matrimonio Ley a los locales donde estaban las maquetas del proyecto urbanístico de Munich. Giessler contaba, en primer lugar, la forma en que el jefe de los obreros alemanes había entrado en su estudio, vestido con un elegante traje de verano, guantes blancos y sombrero de paja, acompañado por su esposa, vestida de forma no menos llamativa, y cómo le había estado enseñando los proyectos de Munich hasta que Ley le interrumpió para decir:

—Edificaré aquí todo este bloque. ¿Cuánto costará? ¿Un par de cientos de millones? Sí, lo edificaremos…

—¿Y qué quiere usted construir aquí?

—Una gran casa de modas. ¡Toda la moda la haré yo! La hará mi mujer. Para eso necesitamos una casa grande. ¡La haremos! Mi esposa y yo determinaremos cómo ha de ser la moda alemana… Y…, y…, ¡y también necesitamos putas! Muchas, una casa entera, muy moderna. Nos encargaremos de todo. Un par de cientos de millones para la obra, eso no importa.

Para fastidio de Giessler, Hitler le hizo relatar aquella escena incontables veces y lloraba de risa a causa del espíritu degenerado de su «jefe de los trabajadores».

Hitler no impulsaba incansablemente sólo mis proyectos. Autorizaba sin cesar la construcción de foros en las capitales

regionales y animaba a los restantes líderes para que actuaran como contratistas de obras representativas. Su afán por fomentar la competencia despiadada, ya que partía de la base de que sólo así se podrían obtener grandes rendimientos, hizo que me irritara muchas veces. Era incapaz de comprender que nuestras posibilidades tenían un límite. Pasaba por alto la objeción de que no pasaría mucho tiempo antes de que fuera imposible cumplir ningún plazo, ya que los jefes regionales pronto habrían gastado todo el material disponible.

Himmler acudió en ayuda de Hitler. Al enterarse de la amenaza de escasez de ladrillos y granito, ofreció utilizar a sus presos para producirlos. Propuso construir una gran fábrica de ladrillos en Sachsenhausen, cerca de Berlín, bajo la dirección de las SS. Como Himmler favorecía siempre las innovaciones, no tardó mucho en lograr que un inventor ideara un nuevo sistema para fabricar ladrillos. Sin embargo, no llegó a conseguir la producción prometida, ya que el invento fracasó.

La segunda promesa de Himmler, que siempre andaba tras los proyectos de futuro, terminó de un modo similar. Dijo que prepararía bloques de granito para las obras de Berlín y Nuremberg con ayuda de los internados en los campos de concentración. Fundó una empresa de nombre poco comprometedor y se comenzó a picar piedra. Sin embargo, a consecuencia de la inimaginable falta de profesionalidad de las operaciones de las SS, los bloques se agrietaron y desportillaron, por lo que las SS tuvieron que confesar a última hora que sólo podrían suministrar una pequeña parte del granito prometido; el departamento de construcción de autopistas del doctor Todt empleó como adoquines el resto de la producción. Hitler, que había puesto grandes esperanzas en las promesas de Himmler, se fue disgustando cada día más, hasta que terminó por decir con sarcasmo que lo mejor que podrían hacer las SS era dedicarse a producir zapatillas de fieltro, que es lo que solía fabricar en los

establecimientos penitenciarios.

• • •

De entre el gran número de las obras planeadas, yo tenía que ocuparme, por deseo expreso de Hitler, de diseñar la plaza que se extendería ante la Gran Sala. Además, me había hecho cargo de la nueva edificación destinada a Göring y de la estación del sur. Esto era más que suficiente, pues tenía que proyectar también las construcciones para los Congresos del Partido en Nuremberg. Sin embargo, como todos esos planes se distribuían más o menos a lo largo de una década, y teniendo en cuenta que delegaría los detalles técnicos en mi departamento, en el que trabajaban entre ocho y diez colaboradores, podría salir adelante. Aunque mi despacho particular se encontraba en la Lindenallee, en el Westend, no lejos de la Adolf-Hitler-Platz, llamada anteriormente Reichskanzler-Platz, solía pasar las tardes, que a menudo se prolongaban hasta bien entrada la noche, en la oficina del departamento urbanístico, situada en la Pariser Platz. Allí encargué grandes obras a los que, en mi opinión, eran los mejores arquitectos de Alemania: a Paul Bonatz, que había pasado mucho tiempo proyectando puentes, le encomendé la primera de sus obras importantes (el Alto Mando de la Marina de Guerra), cuyo espléndido diseño despertó el vivo entusiasmo de Hitler; Bestelmeyer debía proyectar el nuevo Ayuntamiento; Wilhelm Kreis, el Alto Mando del Ejército de Tierra, la «Galería de los Soldados» y diversos museos; a Peter Behrens, el maestro de Gropius y de Mies van der Rohe, se le encomendó, a propuesta de la AEG, su contratista habitual, la construcción en la gran avenida de los nuevos edificios administrativos de esta firma comercial. Naturalmente, ese encargo chocó con las protestas de Rosenberg y sus «celadores de la cultura», que se mostraban escandalizados porque aquel precursor del radicalismo en arquitectura se inmortalizara en la «calle del *Führer*». Pero a Hitler le gustaba la

Embajada alemana en San Petersburgo, obra de Behrens, y le confió el encargo a pesar de todo. También invité varias veces a Tessenow, mi profesor, a tomar parte en los concursos, pero él no quiso abandonar su sencillo estilo artesanal y provinciano y se mantuvo obstinadamente alejado de la tentación de levantar grandes edificios.

Como escultor contrataba sobre todo a Josef Thorak, a cuyos trabajos había dedicado un libro el director general de los museos berlineses, Wilhelm von Bode, así como al discípulo de Maillol, Arno Breker. En 1943 tramitó a su maestro un encargo mío de una escultura que debía ser colocada en el Grunewald.

Los historiadores creen que en mis relaciones privadas me mantenía alejado del Partido[60]; pero también se puede decir que los grandes del Partido se mantenían alejados de mí, ya que me consideraban un intruso. Los sentimientos de los jefes nacionales o regionales apenas hacían mella en mí, pues yo disfrutaba de la confianza de Hitler. A excepción de Karl Hanke, que me había «descubierto», no llegué a tener relación estrecha con ninguno de ellos, y ninguno acudía a mi casa. Por el contrario, mi círculo de amistades se componía de los artistas a los que empleaba y sus amigos. Si me encontraba en Berlín, y siempre que mi escaso tiempo lo permitía, solía reunirme con Breker y Kreis, a los que muchas veces se unía el pianista Wilhelm Kempff. Cuando me hallaba en Munich, mantenía un trato amistoso con Josef Thorak y el pintor Hermann Kaspar, al que apenas había forma de impedir que manifestara a voz en grito, a altas horas de la noche, sus preferencias por la monarquía bávara.

También me sentía próximo a mi primer contratista, el doctor Robert Frank, para el que ya en 1933, antes de construir nada para Hitler y Goebbels, había efectuado reformas en su finca de Sigrön, cerca de Wilsnack. Mi familia y yo pasábamos a

menudo los fines de semana en casa del doctor Frank, a ciento treinta kilómetros de Berlín. Frank fue hasta 1933 director general de la Compañía Eléctrica Prusiana, pero perdió su cargo tras la toma del poder y a partir de entonces se apartó completamente de los asuntos públicos. Acosado a veces por el Partido, mi amistad lo protegió de sus excesos. En 1945 le confié mi familia cuando la trasladé a Schleswig, lo más lejos posible del centro del desastre.

Poco después de mi nombramiento convencí a Hitler de que, como los camaradas más eficientes del Partido ya hacía tiempo que ocupaban puestos de importancia, para llevar a cabo mi cometido sólo podría disponer de gente de segunda fila. Sin vacilar, me facultó para escoger a mis colaboradores como yo quisiera. Poco a poco se fue propagando el rumor de que trabajar en mis oficinas resultaba seguro, por lo que cada vez había más arquitectos que deseaban hacerlo.

En una ocasión, uno de mis colaboradores me pidió un aval para afiliarse al Partido. Mi respuesta corrió por toda la Inspección General de Edificación:

—¿Para qué? Basta con que en el Partido esté yo.

Aunque nos tomábamos muy en serio los planes de edificación de Hitler, no nos parecía tan solemne como a otros la recalcitrante solemnidad del Reich hitleriano.

Seguí prácticamente sin asistir a las reuniones del Partido, apenas tenía contacto con los círculos del Partido en la Jefatura Regional de Berlín y desatendía todos mis cargos, aunque habría podido convertirlos en posiciones de poder. Por falta de tiempo incluso delegué en un delegado permanente la dirección del departamento «Belleza del Trabajo». Bien es verdad que el hecho de que siguiera temiendo pronunciar discursos en público reforzaba mi reserva.

• • •

En marzo de 1939, en compañía de unos amigos íntimos, emprendí un viaje por Sicilia y el sur de Italia. Constituían el grupo Wilhelm Kreis, Josef Thorak, Hermann Kaspar, Arno Breker, Robert Frank, Karl Brandt y sus respectivas esposas. La esposa del ministro de Propaganda, Magda Goebbels, que se agregó al grupo invitada por nosotros, hizo el viaje bajo otro apellido.

En el entorno de Hitler había muchos enredos amorosos y él los toleraba. Por ejemplo, Bormann, con la brutalidad y desconsideración que eran de esperar en aquel hombre zafio y carente de sentimientos, invitó a su amante, una artista de cine, a su casa del Obersalzberg, donde pasó unos días con su familia. Sólo la indulgencia de la señora Bormann, incomprensible para mí, evitó el escándalo.

Goebbels tenía en su haber gran cantidad de historias de amor; su secretario Hanke contaba, entre divertido y enojado, que el ministro acostumbraba hacer chantaje a las jóvenes artistas de cine. Sin embargo, su relación con la actriz checa Lida Baarova llegó a ser algo más que una aventura. Su esposa se enfadó y le exigió que se apartara de ella y de sus hijos. Hanke y yo estábamos por entero de su parte, si bien Hanke complicó aún más la crisis conyugal al enamorarse de ella, a pesar de que le llevaba bastante años. Para librarla de aquella penosa situación, la invité a acompañarnos al sur. Hanke quiso seguirla y la acosó con cartas de amor durante todo el viaje, pero ella lo rechazó sin rodeos.

La señora Goebbels se mostró amable y equilibrada durante el viaje. En general, las esposas de los jerarcas del régimen eran mucho más prudentes respecto a las tentaciones del poder que sus maridos. No se perdían en sus mundos de fantasía, observaban con reservas las ambiciones muchas veces grotescas de sus cónyuges y no se dejaban arrastrar por el torbellino

político que a ellos los empujaba directamente hacia lo alto. La señora Bormann siempre fue un ama de casa modesta y algo tímida, aunque rendida por igual a su esposo y a la ideología del Partido; respecto a la esposa de Göring, me parecía que el afán de ostentación de su marido le daba risa; al fin y al cabo, también Eva Braun demostró tener cierta superioridad interior; al menos, nunca utilizó para fines personales el poder que tenía al alcance de la mano.

Sicilia, con las ruinas de sus templos dóricos de Segesta, Siracusa, Selinonte y Agrigento, fue un valioso complemento de las impresiones que nos causó nuestro viaje a Grecia. Al contemplar las obras de los templos de Selinonte y Agrigento constaté, con una íntima satisfacción, que tampoco la Antigüedad se había librado de la megalomanía; era evidente que los griegos de las colonias dejaron aquí a un lado el principio de la mesura que tanto elogiaban en su tierra patria. Frente a aquellos templos palidecían todos los testimonios de la arquitectura sarraceno-normanda que encontrábamos a nuestro paso, a excepción del maravilloso palacio de caza de Federico II, el octógono de Castel del Monte. Paestum supuso para nosotros un nuevo punto culminante. En cambio, Pompeya me pareció más alejada de las formas puras de Paestum que nuestras construcciones de las del mundo dórico.

Durante el viaje de regreso nos detuvimos algunos días en Roma; el Gobierno fascista descubrió la verdadera personalidad de nuestra ilustre acompañante y el ministro italiano de Propaganda, Alfieri, nos invitó a todos a la ópera; sin embargo, como ninguno de nosotros acertaba a explicar de forma plausible la razón de que la segunda dama del Reich viajara sola por el extranjero, volvimos a casa con la mayor rapidez posible.

Mientras nosotros nos dejábamos llevar por el sueño del pasado griego, Hitler había ocupado Checoslovaquia y la había

anexionado al Reich. A nuestro regreso a Alemania encontramos un ambiente muy deprimido, lleno de incertidumbre respecto al futuro. Aún hoy me resulta extrañamente conmovedor cómo una nación puede intuir los acontecimientos sin dejarse influir por la propaganda oficial.

De todos modos, nos pareció tranquilizador el hecho de que Hitler se manifestara un día en contra de Goebbels cuando éste, durante una comida en la Cancillería del Reich, se expresó en estos términos sobre el antiguo ministro de Asuntos Exteriores Konstantin von Neurath, que había sido nombrado protector de Bohemia y Moravia unas semanas antes:

—Todo el mundo sabe que Von Neurath es una mosca muerta. El Protectorado necesita de una mano enérgica que mantenga el orden. Este hombre no tiene nada en común con nosotros; pertenece a un mundo completamente distinto.

Hitler, sin embargo, lo contradijo:

—Al contrario, sólo Von Neurath podía ocupar ese cargo. En el mundo anglosajón lo tienen por un hombre respetable. Su nombramiento tranquilizará al mundo entero, porque así se demostrará mi voluntad de no despojar a los checos de su estilo de vida tradicional.

Hitler me pidió que le contara mis impresiones del viaje por Italia. Lo que más me había llamado la atención eran las consignas propagandísticas, que estaban escritas hasta en las paredes de las casas de los pueblos.

—Nosotros no tenemos necesidad de eso —opinó Hitler—. Si llegamos a entrar en guerra, el pueblo alemán será lo bastante duro para resistirla. Tal vez esa clase de propaganda sea adecuada para Italia. Lo que está por ver es si servirá para algo[61].

• • •

Hitler me había pedido en varias ocasiones que pronunciara

en su lugar el discurso inaugural de la Exposición de Arquitectura de Munich. Hasta entonces siempre había logrado eludir hacerlo, bajo pretextos siempre nuevos. En primavera de 1938 incluso llegamos a convertirlo en una especie de pacto, pues me declaré dispuesto a diseñar la pinacoteca y el estadio de Linz siempre y cuando no tuviera que pronunciar ningún discurso.

Pero ahora, en vísperas del quincuagésimo cumpleaños de Hitler, un sector del «eje Este-Oeste» iba a ser abierto al tráfico, y él había prometido inaugurarlo personalmente. No había forma de evitar mi primer discurso, y encima tendría que pronunciarlo frente al Jefe del Estado y en presencia de todo el mundo. Durante la comida, Hitler anunció:

—¡Tengo una gran novedad: Speer pronunciará un discurso! Estoy deseando oír sus palabras.

La tribuna de personalidades de la ciudad se había dispuesto en la Puerta de Brandenburgo, en medio de la calzada, y yo estaba en el ala derecha, mientras que la multitud se apiñaba en la lejanía, tras unas cuerdas colocadas en las aceras. A lo lejos empezaron a oírse gritos de júbilo que fueron en aumento, a medida que se aproximaba la columna motorizada de Hitler, hasta convertirse en un tremendo fragor. El automóvil de Hitler se detuvo justo ante mí. El *Führer* se apeó y me saludó con un apretón de manos, mientras que para responder al saludo de los dignatarios se limitó a alzar rápidamente el brazo. Las cámaras móviles comenzaron a filmar desde muy cerca, y el expectante Hitler se plantó a dos metros de mí. Yo aspiré hondo y dije literalmente:

—*Mein Führer*, anuncio la conclusión del eje Este-Oeste. ¡Que la obra hable por sí misma!

Tras una larga pausa, Hitler contestó con algunas frases. Después se me invitó a subir a su coche y recorrí con él el

cordón de siete kilómetros que formaban los habitantes de Berlín, quienes lo felicitaban por su cumpleaños. Aunque seguramente se trataba de una de las mayores manifestaciones masivas organizadas por el Ministerio de Propaganda, me pareció que los aplausos eran sinceros.

De regreso en la Cancillería del Reich y mientras esperábamos a que comenzara la comida, Hitler se dirigió a mí con expresión amistosa, diciéndome:

—Me ha puesto usted en una situación bastante embarazosa con sus dos frases. Yo esperaba un discurso y, como de costumbre, pensaba preparar el mío mientras lo escuchaba, pero como usted ha terminado enseguida, no sabía qué decir. Sin embargo, tengo que admitir que ha sido un buen discurso, uno de los mejores que he oído en mi vida.

Los comensales felicitaron a Hitler a las doce de la noche, aunque cuando le anuncié que había dispuesto en uno de los salones una maqueta de casi cuatro metros de altura de su Arco de Triunfo, dejó plantados a los invitados y se dirigió enseguida a verla. Contempló durante mucho rato, visiblemente conmovido, la materialización del sueño de sus años de juventud. Emocionado, me estrechó la mano sin decir palabra y después, lleno de euforia, resaltó ante sus invitados la importancia de la obra en la historia futura del Reich. Hitler volvió a visitar varias veces la maqueta aquella misma noche. A la ida y al regreso pasábamos por la antigua sala de sesiones del Gabinete, en la que Bismarck presidió en 1878 el Congreso de Berlín y en la que ahora se amontonaban sobre largas mesas los regalos de cumpleaños de Hitler, un montón de objetos kitsch que le habían enviado los jefes nacionales y regionales: desnudos en mármol blanco, pequeñas esculturas de bronce y cuadros al óleo del nivel artístico propio de las exposiciones de la Haus der Kunst. Algunos merecían la aprobación y el aplauso de Hitler,

que se divertía a costa de otros, aunque apenas había diferencia entre ellos.

• • •

Las relaciones entre Hanke y la señora Goebbels habían llegado a tal punto que, para escándalo de todos los que estaban en el secreto, dijeron que querían casarse. Formaban una pareja muy dispar: Hanke era joven e inexperto, mientras que ella era una elegante dama de sociedad. Hanke pidió a Hitler que autorizara el divorcio, pero éste se negó por razones de Estado. Hanke se presentó una mañana, desesperado, en mi casa de Berlín; acababa de iniciarse el Festival de Bayreuth de 1939. Me dijo que el matrimonio Goebbels se había reconciliado y que se habían ido juntos a Bayreuth. A mí me pareció que aquélla era la solución más sensata, incluso para Hanke; pero a un amante desesperado no se lo puede consolar con una felicitación, por lo que le prometí averiguar lo ocurrido y salí sin pérdida de tiempo hacia Bayreuth.

La familia Wagner había añadido a la mansión Wahnfried un ala espaciosa en la que vivieron Hitler y sus asistentes esos días, y los invitados de Hitler fueron alojados en casas particulares de Bayreuth. Por lo demás, Hitler seleccionaba a estos invitados con más cuidado del que ponía en el Obersalzberg o incluso en la Cancillería del Reich. Aparte del asistente de guardia, únicamente invitaba a aquellos conocidos —con sus esposas— que podía estar seguro de que resultarían del agrado de la familia Wagner; en realidad, casi siempre éramos sólo el doctor Dietrich, el doctor Brandt y yo.

Durante los días del Festival, Hitler parecía más relajado que de ordinario; era evidente que había encontrado un refugio en el seno de la familia Wagner, donde se sentía libre de tener que demostrar su poder, a lo que a veces se creía constreñido incluso durante las tertulias nocturnas de la Cancillería del Reich. Se

mostraba alegre y paternal con los niños y amistoso y atento con Winifred Wagner. El Festival apenas se habría podido sostener sin la ayuda material de Hitler. Bormann extraía todos los años unos cuantos cientos de miles de su fondo para convertir Bayreuth en el centro culminante de la temporada alemana de ópera. En su calidad de mecenas del Festival y amigo de la familia Wagner, los días que pasaba en Bayreuth posiblemente significaran para Hitler la materialización de un sueño que durante su juventud quizá no se había atrevido siquiera a tener.

Goebbels y su esposa llegaron a Bayreuth el mismo día que yo, y se alojaron, al igual que Hitler, en el anexo de la mansión Wahnfried. La señora Goebbels parecía sumamente abatida y me habló con entera franqueza:

—Mi esposo me amenazó de una manera espantosa. Estaba comenzando a recuperarme en Gastein cuando se presentó inopinadamente en el hotel. Estuvo tratando de convencerme durante tres días, hasta que no pude más. Me ha hecho chantaje con nuestros hijos; me ha dicho que me los quitaría. ¿Qué podía hacer yo? Sólo nos hemos reconciliado de cara al exterior. ¡Albert, es terrible! Le he tenido que prometer que jamás volveré a verme a solas con Karl. Soy terriblemente desgraciada, pero no tengo elección.

¿Qué podía cuadrar mejor a aquella tragedia conyugal que precisamente *Tristán e Isolda*, a cuya representación asistimos, desde el gran palco central, Hitler, el matrimonio Goebbels, la señora Winifred Wagner y yo? La señora Goebbels, a mi derecha, lloró en silencio durante toda la función; en los entreactos se sentaba descompuesta en un rincón y seguía sollozando, mientras Hitler y Goebbels saludaban al público y se esforzaban por ignorar aquella lamentable situación.

A la mañana siguiente expliqué a Hitler, para quien el comportamiento de la señora Goebbels había sido

incomprensible, el trasfondo de la reconciliación. Aunque como jefe del Estado se mostró satisfecho porque todo hubiera vuelto al orden, mandó llamar a Goebbels y, en mi presencia, le dijo secamente que sería mejor que aquel mismo día se marchara de Bayreuth con su esposa. Despidió a su ministro sin darle ocasión de replicar, incluso sin darle la mano. Luego se volvió hacia mí y comentó:

—Este Goebbels es un cínico con las mujeres.

Claro que él también lo era, aunque de otra forma.

CAPÍTULO XI

EL GLOBO TERRÁQUEO

Al examinar mis maquetas de los edificios de Berlín, Hitler se sintió atraído magnéticamente, por así decirlo, por una parte del proyecto urbanístico: la futura sede central del Reich, que debía atestiguar durante cientos de años el poder alcanzado en su época. Al igual que la residencia de los soberanos franceses cierra urbanísticamente los Campos Elíseos, en el punto de mira de la gran avenida debían agruparse todos los edificios que Hitler deseaba tener cerca, como expresión de su quehacer político: la Cancillería del Reich para la dirección del Estado; el Alto Mando de la Wehrmacht, con jurisdicción sobre los tres Ejércitos, y tres cancillerías más: una para el Partido (Bormann), otra para el protocolo (Meissner) y otra para sus asuntos personales (Bouhler). El hecho de que también el edificio del Reichstag estuviera en el centro del Reich no significaba que se hubiera previsto que el Parlamento ejerciera un papel importante en el futuro; simplemente, daba la casualidad de que ya se encontraba allí.

Propuse a Hitler que derribara aquella construcción guillermina de Paul Wallot, pero tropecé con una resistencia inesperada: el edificio le gustaba. Sin embargo, pensaba emplearlo sólo para fines sociales. Por lo demás, Hitler siempre se mostraba más bien parco en palabras al referirse a sus metas definitivas. Cuando me manifestaba sin inhibiciones el verdadero trasfondo de sus planes constructivos, lo hacía en

virtud de esa confianza que casi siempre caracteriza la relación entre contratista y arquitecto:

—Podemos instalar allí salas de lectura y de estar para los diputados. ¡Por mí, que el pleno entero se convierta en biblioteca! De todos modos, como sólo tiene quinientas ochenta plazas, resulta demasiado pequeño para nosotros. Justo al lado levantaremos uno nuevo. ¡Calcúlelo usted para mil doscientos diputados[62]!

Aquello presuponía una nación de unos ciento cuarenta millones de habitantes, y de ese modo Hitler revelaba el alcance de sus aspiraciones, en las que se incluía por una parte el rápido aumento natural de la población alemana y, por otra, la anexión de otros pueblos germánicos; sin embargo, no contaba con la población de las naciones sometidas, a las que no daba derecho a voto. Le propuse incrementar el número de votos correspondientes a cada diputado, con lo que se podría conservar la sala de plenos del antiguo edificio del Reichstag; pero Hitler no quiso modificar la cifra de 60 000 votos por diputado establecida por la República de Weimar. No me dio sus motivos. Se empeñaba en ello al igual que insistía en conservar, de cara al tendido, el antiguo sistema electoral, con sus fechas electorales y papeletas de voto, urnas y votación secreta. Era evidente que deseaba mantener la tradición que lo había llevado al poder, a pesar de que hubiera perdido toda eficacia después de la implantación del sistema de partido único.

Las construcciones que debían rodear la futura «plaza de Adolf Hitler» quedarían ensombrecidas por la Gran Sala, que, como si Hitler quisiera hacer patente lo poco que para él significaba la representación popular, era cincuenta veces mayor que el edificio del Parlamento. Tomó la decisión de que se elaboraran los planos para la Gran Sala en verano de 1936[63]. El 20 de abril de 1937, día de su cumpleaños, le entregué

alzados, plantas, secciones y una primera maqueta. Se mostró entusiasmado y únicamente puso reparos a que firmara los planos con la fórmula: «Elaborados a partir de las ideas del *Führer*». Me dijo que el arquitecto era yo y que mi contribución a la obra tenía que valorarse más que su boceto de 1925. Sin embargo, los dejé tal como estaban, y es posible que a Hitler le gustara que me resistiera a reclamar la autoría del proyecto. Se construyeron maquetas parciales a partir de los planos y en 1939 habíamos terminado una de casi tres metros de altura que reproducía el exterior y otra del interior. El suelo de esta última era extraíble, lo que permitía apreciar el efecto que causaría. Durante sus numerosas visitas, Hitler no se privó jamás del placer de embriagarse largo rato con la contemplación de las dos maquetas. Ahora podía mostrar con gesto triunfal lo que quince años atrás debió de parecer a sus amigos una quimera fantástica y extravagante:

—¡Quién había de creerme cuando en aquella época decía que algún día llegaría a construirse!

La mayor sala de reunión del mundo estaría constituida por un solo espacio, que podría dar cabida a entre 150 000 y 180 000 personas. A pesar del desdén de Hitler por las concepciones místicas de Himmler y Rosenberg, en el fondo aquella sala era un recinto de culto que con el transcurso de los siglos, y a fuerza de tradición y respetabilidad, habría de alcanzar un significado similar al que la basílica de San Pedro de Roma tenía para la cristiandad católica. Sin semejante trasfondo cúltico, el despliegue de medios que requería la construcción central de Hitler habría sido absurdo e incomprensible.

El interior de la sala era circular y tenía un diámetro, casi inimaginable, de 250 metros. A una altura de 220 metros se habría podido ver el remate de la gigantesca cúpula, que iniciaba su suave curva parabólica a 898 metros del suelo.

En cierto sentido, nuestro modelo era el Panteón de Roma. También la cúpula berlinesa tenía que disponer de una abertura circular para que entrara la luz, aunque sus dimensiones (46 metros de diámetro) sobrepasaban las de la propia cúpula del Panteón (43 metros) y las de la basílica de San Pedro (44 metros). El interior del recinto tenía un volumen diecisiete veces mayor que el de la basílica de San Pedro.

La configuración del interior tendría que ser lo más sencilla posible; alrededor de una superficie circular de 140 metros de diámetro se levantaban tres pisos de tribunas, que llegaban hasta una altura de treinta metros. Una corona formada por cien pilares rectangulares de mármol, de dimensiones humanamente admisibles (24 metros de altura), quedaba interrumpida, justo ante la entrada, por una hornacina de cincuenta metros de alto y veintiocho de ancho, cuyo fondo debía estar revestido de mosaico dorado y ante la que habría, como único elemento decorativo, sobre un pedestal de mármol de catorce metros de altura, un águila imperial dorada sujetando entre las garras la esvástica con corona de hojas de roble. Así, el símbolo de la soberanía era al mismo tiempo la culminación y la meta de la gran avenida de Hitler. Bajo el águila se hallaba el puesto del *Führer* de la nación, que habría de dirigirse desde aquí a los pueblos del futuro Reich. Aunque intenté destacar arquitectónicamente este punto, en él quedaba clara la absoluta desproporción del edificio, y Hitler desaparecía en la nada óptica.

Vista desde el exterior, la cúpula, que habríamos revestido de planchas de cobre que con el tiempo adquirirían su correspondiente pátina, habría parecido una montaña verde de doscientos treinta metros de altura. En el remate iban a figurar una linterna de cristal de estructura metálica de cuarenta metros de alto y, encima, un águila posada en una esvástica.

Ópticamente, la masa de la cúpula estaría sostenida por una serie continua de pilares de veinte metros de altura. Yo esperaba que, por medio de este relieve, la construcción sería más asequible al ojo humano, aunque no creo haberlo conseguido. La cúpula-montaña descansaba sobre un bloque cuadrado de granito claro de 315 metros de largo por 74 metros de alto. Un delicado friso, cuatro haces de pilares acanalados en las cuatro esquinas y una columnata que sobresalía hacia la plaza debían subrayar la magnitud del gigantesco cubo[64]. La columnata estaba flanqueada por dos esculturas de quince metros de altura, cuyo contenido alegórico había sido establecido por Hitler cuando comenzamos a trabajar en los primeros diseños: una de ellas representaba a Atlas sujetando la bóveda celeste; la otra, a Gea sosteniendo el globo terráqueo. El Cielo y la Tierra estarían cubiertos de esmalte, mientras que sus contornos o el dibujo de las constelaciones se harían con incrustaciones de oro.

Esta edificación habría tenido un volumen de más de veintiún millones de metros cúbicos[65]; el Capitolio de Washington se habría perdido varias veces en aquella masa gigantesca: eran cifras y dimensiones inflacionarias.

Pero la Gran Sala no era de ningún modo una utopía. Nuestros proyectos no eran de la misma categoría que otros que nunca se pensó construir, como los realizados por los arquitectos Claude Nicolás Ledoux y Étienne L. Boullée como canto funerario al Imperio francés de los Borbones o para glorificación de la Revolución, cuyos planos habrían podido equipararse a los que impulsaba Hitler[66]. Ya en 1939 se derribaron muchos edificios que nos estorbaban, situados en las proximidades del Reichstag, se efectuaron prospecciones del suelo y dibujos de detalle y se construyeron maquetas de tamaño natural, todo ello orientado al levantamiento de la Gran Sala y del resto de los edificios que debían circundar la futura «plaza de Adolf Hitler». Se gastaron millones de marcos en la compra de granito, y no

sólo en Alemania, sino también, por mandato expreso de Hitler, en Suecia meridional y Finlandia, a pesar de la carencia de divisas. Como las demás obras que se erigirían a lo largo de los cinco kilómetros de la gran avenida de Hitler, también se había previsto que esta concluyera once años más tarde, en 1950. La solemne colocación de la primera piedra de la Gran Sala debía tener lugar en 1940.

Desde el punto de vista técnico, cubrir con una bóveda un espacio de 250 metros de diámetro no suponía ningún problema[67]. Los constructores de puentes de los años treinta dominaban sin dificultades un tipo de construcción similar de hormigón armado, impecable respecto al cálculo de fuerzas. Prestigiosos técnicos en estructuras estimaron que incluso era posible construir una bóveda maciza sobre esta luz. De acuerdo con mi «teoría del valor como ruina», de buena gana habría evitado el empleo del acero, pero en este caso Hitler puso algunos reparos:

—Si un avión lanzara una bomba sobre la cúpula y la bóveda resultara dañada, ¿cómo haría usted la reparación, en caso de que hubiera peligro de hundimiento?

Tenía razón, por lo que hicimos construir una estructura de acero de la que se suspendería la parte interior de la cúpula. Los muros, no obstante, serían macizos, igual que en Nuremberg. Para absorber las tremendas fuerzas que ejercería este conjunto, habría que construir unos cimientos inusitadamente sólidos. Los ingenieros optaron por un bloque de hormigón de más de tres millones de metros cúbicos. Con el fin de comprobar si nuestros cálculos respecto a su hundimiento en el suelo de arena de Brandenburgo eran exactos, hicimos una prueba en las proximidades de Berlín[68]. Aparte de los dibujos y de las fotografías de las maquetas, es lo único que ha quedado de esta obra.

Mientras la proyectaba, fui a ver la basílica de San Pedro de Roma, que me defraudó, pues sus dimensiones no se hallan en consonancia con la impresión que el observador experimenta en la realidad; me di cuenta entonces de que el efecto que causa una obra no aumenta proporcionalmente a sus dimensiones. En aquella época temía que la impresión que produciría nuestra Gran Sala no respondiera a las expectativas de Hitler.

El encargado de la protección antiaérea del Ministerio de Aviación del Reich, el consejero ministerial Knipfer, oyó rumores sobre aquella obra gigantesca. Precisamente acababa de promulgar unas directrices legales que debían seguir todos los edificios de nueva planta y que establecían que éstos debían construirse tan separados unos de otros como fuera posible, para aminorar el efecto de los bombardeos. Y ahora iba a surgir aquí, justo en el corazón de la ciudad y del Reich, una construcción cuyo remate se elevaría por encima de las nubes bajas y constituiría un punto ideal de orientación para los bombardeos enemigos: sería poco menos que un letrero indicador de la ubicación del centro gubernamental, situado al sur y al norte de la cúpula. Transmití estas preocupaciones a Hitler, quien, no obstante, se mostró optimista:

—Göring me ha asegurado —dijo— que ningún avión enemigo penetrará en Alemania. No vamos a dejar que nada se oponga a nuestros proyectos.

Hitler tenía una fijación con aquella cúpula, que había concebido poco después de salir de la prisión militar y que había tenido presente durante quince años. Cuando, una vez concluidos nuestros planos, supo que la Unión Soviética proyectaba erigir en Moscú, en honor de Lenin, un edificio del Congreso que tendría más de 300 metros de altura, reaccionó con gran enojo. Evidentemente, lo ponía de mal humor la idea de no ser él quien construyera la obra monumental más alta del

mundo y, al mismo tiempo, lo atormentaba no poder atajar la pretensión de Stalin con una simple orden. Por fin se consoló pensando que, a pesar de todo, su edificio sería único en su género:

—¿Qué importancia puede tener un rascacielos más o menos, más alto o más bajo? La cúpula: ¡eso distinguirá nuestra obra de todas las demás!

Una vez iniciada la guerra contra la Unión Soviética, pude darme cuenta de que la idea de la obra moscovita lo había afligido más de lo que había querido admitir.

—Lo de su construcción —manifestó— se ha terminado para siempre.

La cúpula estaba rodeada de estanques por tres lados, y su reflejo debía aumentar el efecto del edificio. Se pensó en ensanchar el curso del Spree para este fin, convirtiéndolo en una especie de lago, aunque esto obligaría a conducir el tráfico fluvial por dos túneles subterráneos para atravesar la explanada que ocupaba la Gran Sala. El cuarto lado, orientado hacia el sur, dominaba la futura «plaza de Adolf Hitler», donde se celebrarían los mítines multitudinarios del primero de mayo que hasta entonces habían tenido lugar en el campo de Tempelhof[69].

El Ministerio de Propaganda había elaborado un esquema, del que me habló Karl Hanke en 1939, en el que se detallaban los distintos tipos de actos masivos, clasificados en función de los objetivos políticos y propagandísticos, que podían ir desde la manifestación de escolares para recibir con vítores a una personalidad extranjera hasta la convocatoria de millones de trabajadores. El secretario del Ministerio hablaba irónicamente de «júbilo multitudinario». Para llenar la plaza, en la que cabía un millón de personas, habría sido necesario recurrir siempre a la máxima expresión de este «júbilo multitudinario».

En el extremo de la plaza opuesto a la Gran Sala se erigirían

el Alto Mando de la Wehrmacht y la Cancillería del Reich, situados a ambos lados de la avenida. Ésta era la única abertura de aquel gigantesco espacio, completamente rodeado de edificios.

Aparte de la sala de reuniones, la obra principal, y psicológicamente la más interesante, era el palacio de Hitler; llamarlo así, en lugar de referirme a la residencia del canciller, no es ninguna exageración. Tal como demuestran los bocetos que se conservan, Hitler ya se había ocupado de él en noviembre de 1938[70]. El nuevo palacio del *Führer* delataba su progresivo afán de notoriedad. Desde la antigua vivienda del canciller Bismarck, que había utilizado al principio, hasta esta nueva construcción, las dimensiones habían aumentado unas ciento cincuenta veces. La residencia de Hitler ni siquiera se podía comparar con el legendario recinto palaciego de Nerón, la «Casa Dorada», con su superficie de más de un millón de metros cuadrados. La residencia de Hitler, enclavada en el centro de Berlín, ocuparía dos millones de metros cuadrados, incluidos los jardines. De las salas de recepción partían varias alineaciones de salas que daban acceso a un comedor en el que habrían podido sentarse a la mesa un par de miles de comensales. Para las recepciones de gala se disponía de ocho gigantescos salones[71]. Había también un teatro de cuatrocientas plazas, una imitación de los que tenían los soberanos del barroco y rococó, que contaría con los más modernos medios técnicos.

Las habitaciones privadas de Hitler comunicaban por un lado con la Gran Sala a través de una serie de galerías y por el otro con las dependencias de trabajo y con su despacho, cuyas dimensiones superaban ampliamente las de la sala de recepción del presidente americano. A Hitler le había gustado tanto que los diplomáticos debieran recorrer un largo camino en la Cancillería, que quiso una solución parecida en la nueva construcción, así que doblé el recorrido hasta los 500 metros[72].

Desde los tiempos de la antigua Cancillería del Reich, que Hitler calificó de edificio administrativo de una empresa jabonera, sus exigencias habían aumentado en una proporción de setenta a uno[73]. Esto hace patente la progresión de su megalomanía.

En medio de todo este esplendor, Hitler habría dispuesto, en un dormitorio de dimensiones relativamente moderadas, su esmaltada cama blanca, de la que me dijo en una ocasión:

—Odio toda clase de lujos en el dormitorio. Me siento más a gusto en una cama sencilla.

En 1939, cuando se ultimaron estos proyectos, la propaganda de Goebbels seguía insistiendo en la proverbial austeridad de Hitler. Para no poner en peligro esta imagen, Hitler apenas iniciaba a nadie en el secreto de su palacio privado y de la futura Cancillería del Reich. En cuanto a mí, durante un paseo que dimos por la nieve me explicó sus exigencias con las siguientes palabras:

—Mire, yo me conformaría con una casita en Berlín. Tengo poder y prestigio suficientes para prescindir de tanto dispendio. Pero créame: los que vengan detrás de mí necesitarán imperiosamente esta clase de representación, que será lo único que permitirá a muchos de ellos mantenerse en la cima. Es increíble el poder que puede ejercer una mente mediocre sobre los demás cuando se presenta rodeada de tal esplendor. Unos espacios así, con un gran pasado, otorgarán dimensión histórica incluso a un pequeño sucesor, ¿comprende?, y por eso hemos de levantar estos edificios mientras yo viva: para poder ocuparlos, para que mi espíritu les preste tradición. Bastará con que los utilice un par de años.

Hitler se había expresado en términos parecidos en el discurso que en 1938 dirigió a los obreros que trabajaron en las obras de la Cancillería, aunque, naturalmente, sin desvelar nada

de estos proyectos, que ya entonces estaban bastante avanzados. Dijo que, en cuanto *Führer* y canciller de la nación alemana, no habitaría en antiguos palacios. Por eso había renunciado a residir en el del presidente del Reich, pues él no iba a vivir en casa del antiguo mayordomo mayor de la Corte. Sin embargo, el Estado dispondría de un edificio representativo que estaría a la altura de cualquier rey o emperador extranjero[74].

Hitler nos prohibió estimar el coste de las obras; y nosotros, obedientemente, no contamos ni siquiera los metros cúbicos resultantes. Ahora los calculo por primera vez, al cabo de un cuarto de siglo, y obtengo el siguiente resultado:

1. Gran Sala:	21 000 000 m^3
2. Palacio residencial:	1 900 000 m^3
3. Sección de trabajo y Cancillería del Reich:	1 200 000 m^3
4. Cancillerías anexas:	200 000 m^3
5. Alto Mando de la Wehrmacht:	600 000 m^3
6. Nuevo edificio del Reichstag:	350 000 m^3
TOTAL:	25 250 000 m^3

Aunque las grandes dimensiones de los edificios habrían reducido el precio por metro cúbico, es difícil establecer su coste total, pues estos gigantescos recintos requerían unos muros tremendos y cimientos muy profundos; además, las paredes exteriores debían cubrirse de granito y las interiores de mármol, y también se habrían empleado los más valiosos materiales para las puertas, ventanas, techos, etc. Probablemente, una estimación de unos cinco mil millones de marcos de hoy sólo

para las obras de la «plaza de Adolf Hitler» supondría un cálculo más bien bajo[75].

El cambio en el estado de ánimo de la población, la desilusión que comenzó a extenderse por toda Alemania en 1939, no sólo se manifestaba en la necesidad de organizar demostraciones de júbilo que, dos años antes, Hitler habría conseguido de forma espontánea. Él mismo se había ido apartando paulatinamente de la masa que lo admiraba. Podía mostrarse malhumorado e impaciente con mayor frecuencia que antes cuando en alguna ocasión se reunía en la Wilhelmplatz una multitud que reclamaba su presencia. Dos años atrás había efectuado muchas veces el recorrido hasta el «balcón histórico»; pero ahora, si sus asistentes lo instaban a mostrarse, les replicaba a veces de malos modos:

—¡No me molesten más con eso!

Aunque esto podría parecer marginal, no lo era en absoluto, como comprendí cuando me dijo:

—No excluyo la posibilidad de verme obligado algún día a adoptar medidas impopulares. Quizá entonces se produzca una revuelta. Hay que prever tal contingencia: todas las ventanas de los edificios de la nueva plaza deberán tener gruesas contraventanas de acero a prueba de balas. También las puertas serán de acero, y el único acceso a la plaza quedará cerrado por una sólida verja de hierro. El centro del Reich tendrá que poderse defender como una fortaleza.

Esta observación denotaba una inquietud nueva, que volvió a manifestarse al estudiar el emplazamiento del cuartel de su escolta, que había evolucionado hasta convertirse en un regimiento totalmente motorizado y equipado con las armas más modernas. Hitler instaló el cuartel cerca del gran eje sur.

—¡Imagínese si algún día hubiera disturbios! —Señalando la calle de 120 metros de anchura, prosiguió—: Si avanzaran hacia

mí ocupando la calle con sus vehículos acorazados… Nadie podría hacerles frente.

Sea porque el Ejército de Tierra se enteró de esta decisión y quiso anticiparse a las SS, sea porque Hitler lo ordenara así personalmente, el caso es que, por deseo del Alto Mando del Ejército de Tierra y con la aprobación de Hitler, se puso a disposición del regimiento berlinés Gran Alemania un terreno para construir un cuartel que estaría aún más cerca del centro de Hitler[76].

Sin darme cuenta, expresé en la fachada del palacio de Hitler esta separación entre la nación alemana y su *Führer*, un hombre decidido, dado el caso, a ordenar que se disparara contra su propio pueblo. No había ninguna abertura, a excepción del gran portal de acero de la entrada y del balcón desde el que Hitler podría mostrarse a la multitud; sólo que este balcón estaba catorce metros por encima de la muchedumbre, a la altura de una casa de cinco pisos. Me sigue pareciendo que esta fachada, manifiestamente reservada, da una justa impresión del alejamiento de un *Führer* que había llegado a sentirse como un dios.

Durante mi reclusión, este proyecto, con sus rojos mosaicos, sus columnas, sus leones de bronce y sus perfiles dorados, había adquirido en mi memoria un carácter alegre, casi amable. Sin embargo, al ver las fotografías en color de las maquetas más de veintiún años después, recordé sin querer la arquitectura grandilocuente de una película de Cecil B. de Mille. Adquirí conciencia de su aspecto fantástico y también de la crueldad de esta arquitectura, expresión precisa de la tiranía.

Antes de la guerra me burlé del tintero que el arquitecto Brinckmann —que había empezado decorando transatlánticos, igual que Troost— regaló a Hitler. Le había dado una forma solemne, con muchos adornos y volutas; y dentro,

completamente solo y desamparado en medio de toda aquella magnificencia de «tintero del jefe del Estado», se veía un insignificante charquito de tinta. Entonces creí no haber visto nunca nada tan absurdo. No obstante, Hitler, en contra de lo que cabía esperar, no sólo no lo rechazó, sino que elogió sobremanera aquella construcción de bronce. Brinckmann no tuvo menos éxito con una butaca de despacho que diseñó para Hitler; de unas dimensiones casi adecuadas para Göring, parecía una especie de trono con dos enormes piñas doradas como remate del respaldo. Aquellas dos piezas tan ostentosas me parecieron propias de un advenedizo. Sin embargo, a partir de 1937 Hitler fomentó cada vez más esta tendencia a la suntuosidad. Había regresado de nuevo a la Ringstrasse de Viena, de donde en su día partió lleno de admiración. Hitler se había ido alejando lenta pero inexorablemente de las enseñanzas de Troost.

Y yo con él, pues mis diseños de esa época tenían cada vez menos puntos de contacto con lo que yo consideraba «mi estilo». La desviación respecto a mis comienzos se apreciaba tanto en la enormidad de las obras como en el hecho de que no conservaran nada del carácter dórico al que aspiraba al principio; se habían convertido en puro «arte decadente». Por un lado, los medios inagotables que tenía a mi disposición y, por otro, la ideología de Partido de Hitler me habían conducido hacia un estilo arquitectónico que se remontaba más bien a los palacios fastuosos de los déspotas orientales.

Al comienzo de la guerra elaboré una teoría que expliqué en 1941, durante una comida en el Maxim's de París, ante un círculo de artistas franceses y alemanes entre los que se encontraban Cocteau y Despiau. Dije que, después del rococó tardío, la Revolución francesa había formulado un nuevo sentido estilístico, en que incluso los muebles sencillos tenían las más bellas proporciones. Su expresión más pura son los

proyectos de Boullée. Tras el estilo de la Revolución vino el Directorio, que siguió elaborando con sencillez y buen gusto unos materiales más ricos. Pero con el Imperio se produjo un cambio: de año en año, cada vez más elementos nuevos habían sepultado bajo fastuosos adornos las formas clásicas, hasta llegar a un ostentoso Imperio tardío que expresa el fin de una rápida evolución estilística que va desde unos inicios esperanzadores, con la Revolución y el Consulado, a la decadencia que acompaña al ocaso de la era napoleónica. Esta sucesión permite observar resumido en sólo veinte años lo que acostumbra producirse en el transcurso de varios siglos, como en el caso de la progresión de la arquitectura dórica de la temprana Antigüedad hasta las recargadas fachadas barrocas del helenismo tardío que se pueden apreciar, por ejemplo, en Baalbek, o en el paso de las construcciones románicas de comienzos de la Edad Media hasta el ornamentado gótico tardío.

De haber sido consecuente, habría continuado mi argumentación diciendo que, de acuerdo con el ejemplo del Imperio tardío, también los proyectos que realizaba para Hitler anunciaban el fin de su régimen. Es decir, que en cierto modo presagiaban la caída de Hitler. Pero en aquella época yo no lo advertía, y en eso me parecía a los que rodeaban a Napoleón, que seguramente veían en los recargados salones del Imperio tardío la expresión de su grandeza; sólo las generaciones posteriores pueden descubrir en ello el presentimiento de su caída. Así, el entorno de Hitler consideraba la montaña-tintero el escenario adecuado para su genio de estadista, y también aceptaba la cúpula-montaña como expresión de su poder.

En efecto, las últimas obras que proyectamos en 1939 eran neoimperio puro, como las del estilo que, ciento veinticinco años atrás, poco antes de la caída de Napoleón, se caracterizó por su recargamiento, obsesión por las doraduras, afán de ostentación y decadencia. No sólo el estilo de estas

construcciones, sino también su desmesura, mostraban bien a las claras las verdaderas intenciones de Hitler.

Un día, a principios del verano de 1939, Hitler señaló el águila imperial que, sujetando entre sus garras el símbolo de soberanía, debía coronar la cúpula, a 290 metros del suelo:

—Esto habrá que cambiarlo. ¡El águila ya no sujetará la esvástica, sino que dominará el globo terráqueo! La coronación de este edificio, el mayor de la Tierra, tendrá que ser el águila sobre la bola del mundo[77].

La modificación introducida por Hitler en los proyectos primitivos puede observarse en las fotografías que tomé de las maquetas de la obra.

Unos meses después empezó la Segunda Guerra Mundial.

CAPÍTULO XII

SE INICIA EL DECLIVE

Sería a comienzos de agosto de 1939 cuando nuestro despreocupado grupo se dirigía con Hitler a la casa de té situada en el Kehlstein. La larga columna automovilística ascendía serpenteante por la carretera que Bormann había hecho abrir en la roca viva. Después de atravesar un alto portal de bronce, llegamos a un vestíbulo revestido de mármol, húmedo por la proximidad de la montaña, y entramos en el ascensor de refulgente latón.

Mientras subíamos los cincuenta metros del recorrido, Hitler, como si estuviera sumido en un monólogo, dijo inopinadamente:

—Quizá dentro de poco tenga lugar un gran acontecimiento. Puede que tenga que enviar a Göring… Si fuera necesario, podría ir yo mismo. Me lo juego todo a esta carta.

Todo quedó en esta insinuación.

Unas tres semanas después, el 21 de agosto de 1939, supimos que el ministro alemán de Asuntos Exteriores había iniciado negociaciones en Moscú. Durante la cena, Hitler recibió una nota. La leyó con rapidez, miró unos instantes frente a sí mientras enrojecía intensamente, golpeó la mesa con tal energía que las copas tintinearon y exclamó, con voz entrecortada:

—¡Los tengo! ¡Los tengo!

Sin embargo, se dominó con fulminante rapidez, nadie se atrevió a preguntar nada y la comida siguió su curso. Concluida la cena, mandó llamar a todos los hombres de su círculo y les anunció:

—Vamos a concertar un pacto de no agresión con Rusia. ¡Vean, es un telegrama de Stalin!

El telegrama estaba dirigido a «Hitler, Canciller del Reich», e informaba concisamente del acuerdo. Era lo más inaudito que cabía imaginar: la unión amistosa en un pedazo de papel de los nombres de Stalin y Hitler. Acto seguido se proyectó una película que mostraba un desfile del Ejército Rojo ante Stalin; el despliegue de tropas era considerable. Hitler se mostró satisfecho por la neutralización de un ejército tan poderoso y se volvió hacia su asistente militar, al parecer para discutir con él la capacidad ofensiva de aquella multitud. Las señoras continuaron excluidas, aunque, naturalmente, se enteraron por nosotros de la novedad, que por otra parte no tardó en ser difundida por la radio.

Goebbels difundió la noticia en una rueda de prensa celebrada la misma noche del 21 de agosto, y después Hitler se hizo poner en comunicación con él. Quería conocer la reacción de los representantes de la prensa extranjera. Con un brillo febril en los ojos, nos contó lo que le había dicho:

—La sensación que ha causado la noticia ha sido insuperable. Y cuando las campanas de las iglesias han empezado a sonar en el exterior, un representante de la prensa británica ha dicho con resignación: «Es el tañido fúnebre del Imperio Británico».

Esta observación fue la que más impresionó al eufórico Hitler aquella noche. Ahora creía estar tan alto que el destino ya no podía causarle ningún mal.

Por la noche, desde la terraza del Berghof, admiramos con Hitler un raro espectáculo de la naturaleza. Una aurora boreal[78] extraordinariamente intensa cubrió de luz roja el legendario Untersberg durante más de una hora, mientras el cielo reflejaba los colores más diversos del arco iris. El último acto de *El crepúsculo de los dioses* no habría podido escenificarse de una forma más efectista. Todos teníamos las caras y las manos bañadas de un color rojo antinatural. El espectáculo suscitó un estado de ánimo extrañamente reflexivo. Hitler, dirigiéndose a uno de sus asistentes militares, dijo:

—Esto parece predecir mucha sangre. Esta vez no podremos evitar la violencia[79].

Hacía ya varias semanas que el foco del interés de Hitler se había desplazado hacia el campo militar. Trataba de definir con claridad sus proyectos manteniendo largas conversaciones con alguno de sus cuatro asistentes de la Wehrmacht: el coronel Rudolf Schmundt por el Alto Mando de la Wehrmacht, el capitán Gerhard Engel por el Ejército de Tierra, el capitán Nikolaus von Below por el Ejército del Aire y el capitán Karl-Jesko von Puttkamer por la Marina. Estos oficiales jóvenes y desinhibidos parecían ser del especial agrado de Hitler, entre otras cosas porque le era más fácil encontrar su aprobación que la del generalato, siempre más escéptico.

No obstante, inmediatamente después de anunciarse el pacto germano-soviético, estos asistentes fueron sustituidos por las más altas jerarquías políticas y militares del Reich, entre las que se encontraban Göring, Goebbels, Keitel y Ribbentrop. Goebbels hablaba con franqueza y preocupación del peligro de la guerra que se estaba perfilando. Sorprendentemente, el ministro de Propaganda, de ordinario tan radical, consideraba que el riesgo de una guerra era excesivo e intentaba recomendar una línea pacífica, y se mostraba sumamente enojado con

Ribbentrop, a quien tenía por el más destacado representante de la facción belicista. A los miembros del círculo privado de Hitler nos pareció que Goebbels y Göring, que también era partidario de la paz, se habían convertido en hombres flojos, degenerados por el bienestar que les daba el poder, y que no querían arriesgar sus privilegios.

Aunque en esos días estaba en juego la realización de la obra de mi vida, creí que los intereses nacionales tenían prioridad frente a las cuestiones de carácter personal. Cualquier posible reparo quedaba vencido por la seguridad que mostraba Hitler. Me parecía un héroe de la Antigüedad que sin vacilar, consciente de su fuerza, emprendía las empresas más arriesgadas y salía siempre victorioso de ellas[80].

La facción belicista propiamente dicha, constituida sobre todo por Hitler y Ribbentrop, había pergeñado poco más o menos los siguientes argumentos: «Supongamos que, gracias a la aceleración del rearme, nuestro poder destructivo supera al del enemigo en una proporción de cuatro a uno. A pesar de que ellos se están armando fuertemente desde que ocupamos Checoslovaquia, su producción necesitará por lo menos un año y medio o dos antes de alcanzar el nivel máximo, y hasta después de 1940 no estarán en condiciones de comenzar a reducir la ventaja que les llevamos. Ahora bien, si llegan a producir tanto como nosotros, nuestra superioridad irá disminuyendo, pues para mantenerla tendríamos que producir cuatro veces más que ellos, y no podremos hacerlo. Aunque el enemigo fabricara sólo la mitad de armas que nosotros, la proporción de fuerzas empeoraría igualmente. Además, ahora contamos con armamento nuevo en todos los ejércitos, en tanto que ellos sólo disponen de material anticuado»[81].

Tales consideraciones no debieron de influir de manera decisiva en los designios de Hitler, pero no hay duda de que lo

hicieron en la elección del momento oportuno para llevarlos a la práctica. Primero dijo:

—Pasaré el mayor tiempo posible en el Obersalzberg con el fin de mantenerme fresco para los días difíciles que se avecinan. No me trasladaré a Berlín hasta que llegue el momento de adoptar decisiones.

Unos días después, la columna de Hitler, diez automóviles separados por una gran distancia de seguridad, avanzaba por la autopista en dirección a Munich. Mi esposa y yo íbamos en el centro. Era un hermoso día, sin nubes, de fines de verano. La gente guardaba un desacostumbrado silencio al paso de Hitler. Casi nadie saludaba. También en Berlín llamaba la atención la calma de los alrededores de la Cancillería, habitualmente rodeada de personas que se congregaban para saludar a Hitler en sus salidas y llegadas cuando el estandarte de la Cancillería señalaba su presencia.

• • •

Naturalmente, quedé excluido del ulterior desarrollo de los acontecimientos, tanto más cuanto que la rutina habitual de Hitler se vio sensiblemente alterada durante aquellos días turbulentos. Desde que la corte se había trasladado a Berlín, estaba siempre ocupado por reuniones que se sucedían sin interrupción y se celebraban muy pocas comidas en común. Entre los detalles que recuerdo, con toda la arbitrariedad que caracteriza a la memoria humana, ocupa el primer lugar la aparición, algo cómica, del embajador italiano Bernardo Attolico, al que vi precipitarse sin resuello en la Cancillería del Reich poco antes del ataque a Polonia. Acudía a comunicar que Italia no podía afrontar por el momento las obligaciones contraídas. El *Duce* camufló esta marcha atrás con unas exigencias irrealizables —un enorme e inmediato suministro de dinero y material militar—, cuya satisfacción habría debilitado

la potencia combativa del Ejército alemán. Hitler consideraba que Italia tenía un gran poder ofensivo, sobre todo gracias a su flota, que disponía de unidades modernas y de un gran número de submarinos, y también a su aviación. Puesto que partía de la base de que la determinación bélica de Italia debía contribuir a asustar a las potencias occidentales, dudó de poder alcanzar sus objetivos y, sintiéndose inseguro, aplazó por unos días el ataque a Polonia.

Sin embargo, el pesimismo no tardó en dar paso a una nueva exaltación. Y Hitler decidió intuitivamente que, a pesar de la indecisión de Italia, era posible que las potencias occidentales no declararan la guerra. Rechazó la ayuda que le ofreció Mussolini: no esperaría más, pues las tropas estaban en continuo estado de alerta y empezaban a ponerse nerviosas; además, la bonanza del otoño no tardaría en terminar y cabía temer que las unidades militares se quedaran atascadas en el barro polaco si empezaba el período de lluvias.

Se intercambiaron notas con Inglaterra sobre la cuestión polaca. Hitler parecía muy fatigado cuando una noche, en el invernadero de la Cancillería, dijo con convicción a su círculo íntimo:

—No cometeremos el mismo error que en 1914. Todo consiste en echar la culpa al otro, que es algo que entonces no se hizo bien. Lo que propone el Ministerio de Asuntos Exteriores no sirve para nada, así que lo mejor será que redacte yo mismo las notas.

Mientras hablaba así, tenía en la mano una hoja escrita, probablemente el borrador de una nota del Ministerio de Asuntos Exteriores. Se despidió antes de la cena y se dirigió a sus habitaciones del piso superior. Al leer aquella serie de notas años más tarde, en la prisión, no me pareció que hubiera tenido mucho éxito.

La idea de Hitler de que Occidente volvería a ceder después de la firma del acuerdo de Munich se vio reforzada por una reseña del Servicio de Información que indicaba que un oficial del Estado Mayor británico había estudiado la potencia de los efectivos del Ejército polaco y había llegado a la conclusión de que la resistencia de Polonia sería quebrantada rápidamente. Eso le hizo concebir la esperanza de que el Estado Mayor británico desaconsejaría a su Gobierno entrar en una guerra que ofrecía tan pocas perspectivas de victoria y, cuando el 3 de septiembre las potencias occidentales pasaron de los ultimátums a la declaración de guerra, Hitler tras la sorpresa inicial, argumentó que era evidente que Inglaterra y Francia sólo intentaban no quedar mal a los ojos del mundo, y añadió que estaba convencido de que, a pesar de todo, no se llegaría a ninguna acción bélica. En consecuencia, ordenó a la Wehrmacht que se mantuviera estrictamente a la defensiva, creyendo que aquella decisión revelaba su sagacidad política.

Una calma siniestra siguió a la febril actividad de los últimos días de agosto. Hitler retornó por poco tiempo a su ritmo de vida cotidiano; incluso volvió a mostrar interés por los proyectos arquitectónicos. A sus invitados diarios les explicó:

—Aunque es verdad que nos encontramos en guerra con Inglaterra y Francia, si evitamos toda acción ofensiva, la cosa quedará en agua de borrajas. Desde luego, en cuanto hundamos un barco y les causemos pérdidas empezará la guerra de verdad. No tienen ustedes idea de lo que son estas democracias; estarán contentas de poder salirse de este asunto. ¡Dejarán a Polonia en la estacada!

Hitler no dio permiso para atacar ni siquiera cuando algunos submarinos alemanes se encontraban en posición muy favorable frente al acorazado francés *Dunkerque*. El ataque aéreo inglés contra Wilhelmshaven y el hundimiento del *Athenia*

dieron al traste con sus reflexiones.

Hitler, incorregible, insistió en que Occidente era demasiado débil, demasiado blando y decadente para emprender una guerra en serio. Posiblemente le resultara penoso tener que confesar ante sus colaboradores y sobre todo ante sí mismo que había cometido un error tan decisivo. Todavía recuerdo su estupefacción cuando llegó la noticia de que Churchill se incorporaría como ministro de Marina al Gabinete de Guerra británico. Göring salió de la sala de estar de Hitler con la inquietante nota de prensa en la mano y, dejándose caer en el primer sillón que encontró, dijo con acento de cansancio:

—Churchill en el Gabinete. Esto significa que la guerra comienza de verdad. Ahora sí que estamos en guerra con Inglaterra.

De estas y otras observaciones se infería que el inicio de la guerra no respondía a las expectativas de Hitler. A veces perdía claramente el aire tranquilizador del *Führer* infalible.

Estas ilusiones y sueños guardaban relación con la nada realista forma de pensar y trabajar de Hitler. En realidad no sabía nada sobre sus enemigos y, además, se resistía a aprovechar los informes de que disponía. Prefería confiar en su inspiración, que partía de un menosprecio extremo del contrario, por contradictoria que pudiera resultar. De acuerdo con su muletilla de que siempre hay dos posibilidades, por una parte quería la guerra en aquel momento porque le parecía el más favorable y, por otra, no se preparaba para ella. Por una parte veía en Inglaterra a «nuestro enemigo número uno»[82], como recalcó en una ocasión, y por otra esperaba llegar a un acuerdo.

No creo que en los primeros días de septiembre Hitler tuviera claro que había desencadenado una guerra mundial irrevocable. Sólo había querido dar un paso más. Aunque estaba dispuesto a asumir el riesgo, igual que lo estuvo un año antes,

durante la crisis checa, sólo se había preparado para el riesgo, no para la gran guerra. El rearme de la flota había sido aplazado; los acorazados y el primer gran portaaviones todavía no estaban acabados. Hitler sabía que las fuerzas alemanas no alcanzarían su pleno poder combativo hasta que pudieran hacer frente a los efectivos navales enemigos. Por otra parte, hablaba con tanta frecuencia de la debilidad de las armas submarinas durante la Primera Guerra Mundial que no habría comenzado a sabiendas una segunda guerra del mismo tipo sin haber preparado antes una poderosa flota de submarinos.

Sin embargo, todas estas preocupaciones se disiparon en los primeros días de septiembre, cuando la campaña de Polonia procuró éxitos sorprendentes a las tropas alemanas. También Hitler pareció haber recobrado la seguridad. Más tarde, en el momento culminante de la guerra, incluso le oí decir más de una vez que la guerra contra Polonia tuvo que ser sangrienta:

—¿Cree usted que habría sido una suerte para nuestras tropas conquistar también Polonia sin combate, tras haberlo hecho con Austria y Checoslovaquia? Créame: eso no lo aguanta ni el mejor ejército. Las victorias sin sangre resultan desmoralizadoras. Así, no sólo fue una suerte que entonces no se llegara a ningún arreglo, sino que, de haberse alcanzado, tendríamos que haberlo considerado perjudicial, por lo que habría dado de todos modos la orden de atacar[83].

Es posible que tratara de esconder el error de cálculo diplomático de agosto de 1939 detrás de esas manifestaciones. No obstante, el capitán general Heinrici me habló, hacia el final de la guerra, de un antiguo discurso, pronunciado por Hitler ante el generalato, que apuntaba en la misma dirección. Éstas fueron las notas que tomé del notable informe de Heinrici: «Él, Hitler, habría sido el primero desde Carlomagno en volver a concentrar un poder ilimitado. No lo tenía porque sí, sino que

sabría utilizarlo en su lucha por Alemania. Si la guerra no se ganaba, como Alemania no habría sabido salir airosa de la prueba de fuerza, debería desaparecer»[84].

• • •

Desde un principio, la gente se tomó la situación mucho más en serio que Hitler y su entorno. Debido al nerviosismo general, a primeros de septiembre se dio en Berlín una falsa alarma aérea. Terminé sentado en un refugio antiaéreo público con otros muchos berlineses. Miraban el futuro con temor; la atmósfera era de una visible aflicción[85].

Al contrario de lo que ocurrió cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, ningún regimiento partió para la guerra adornado con flores. Las calles permanecían desiertas. En la Wilhelmplatz no se congregó ninguna multitud para aclamar a Hitler. En este ambiente de desolación general, una noche Hitler mandó preparar su automóvil para dirigirse al frente del Este. Tres días después de comenzar la campaña de Polonia, su asistente me convocó en la Cancillería para la despedida. Me encontré allí con un hombre que, en una vivienda con las ventanas provisionalmente oscurecidas, se encolerizaba por cualquier nadería. Los coches llegaron y él se despidió con brevedad de sus cortesanos. No había en la calle ni una sola persona que tomara nota de aquel acontecimiento histórico: Hitler se incorporaba a la guerra que él mismo había iniciado. Desde luego, Goebbels podría haber reunido a toda la gente que hubiera querido para simular una manifestación de júbilo, pero al parecer tampoco estaba de humor.

• • •

Ni siquiera durante la movilización se olvidó Hitler de sus artistas. En las postrimerías del verano de 1939, el asistente de Hitler en el Ejército de Tierra exigió sus documentos en el centro de reclutamiento militar, los rompió y los tiró; los

expedientes de los artistas dejaron de existir de una manera muy original. Es cierto que los arquitectos y escultores ocupaban poco espacio en las listas que habían confeccionado Hitler y Goebbels: la mayor parte de los liberados eran cantantes y actores. Que también los jóvenes científicos eran importantes para el futuro de la nación no se descubrió, con mi ayuda, hasta 1942.

Ya desde el Obersalzberg había pedido por teléfono a Will Nagel, mi antiguo superior, que formara un grupo de técnicos que habrían de actuar bajo mi dirección. Queríamos ayudar empleando a nuestro bien organizado equipo en la reconstrucción de puentes, reparación de carreteras o cualquier otra actividad relacionada con la guerra. Ciertamente, nuestras ideas eran muy difusas. Por ello, el grupo se dedicó de momento a preparar tiendas y sacos de dormir, así como a pintar mi BMW del color gris de campaña. El día de la movilización general me personé en la sede del Alto Mando del Ejército de Tierra, en la Bendlerstrasse. El capitán general Fromm, responsable de la marcha de la movilización general del ejército, estaba ocioso en su despacho —no se podía esperar otra cosa de una organización germano-prusiana— mientras toda la maquinaria trabajaba con arreglo al plan establecido. Aceptó de buen grado mi oferta de colaboración; a mi automóvil le fue asignado un número del Ejército de Tierra y yo obtuve una cartilla militar. Así terminó de momento mi actividad bélica.

Puesto que Hitler me prohibió terminantemente realizar actividades militares, diciendo que mi deber era continuar trabajando en sus proyectos, puse a disposición del Ejército de Tierra y de la Luftwaffe a los obreros y cuadros técnicos que trabajaban para mí en Berlín y en Nuremberg. Nos hicimos cargo de las obras para el desarrollo de los cohetes en Peenemünde y de apremiantes proyectos de la industria aeronáutica.

Informé a Hitler de aquellas medidas, que me parecían las más lógicas. Estaba seguro de contar con su aprobación. Pero, para mi sorpresa, no tardé en recibir un escrito insólitamente brusco de Bormann: ¿Cómo se me había ocurrido buscarme nuevos cometidos que no eran de mi incumbencia? Hitler le había encargado transmitirme la orden de que todas las obras prosiguieran al ritmo habitual.

Esta decisión reiteraba la falta de realismo de Hitler, que perseguía dos cosas a la vez: por un lado, hablaba repetidamente de que Alemania había desafiado al destino y tenía que afrontar una lucha a vida o muerte; pero, por otro, no quería renunciar a su grandioso juguete, lo que reflejaba también su desprecio por la opinión de las masas, que no podrían comprender que se levantaran construcciones de lujo en un momento en que, por primera vez, el afán de expansión de Hitler comenzaba a reclamar víctimas. Fue la primera orden suya que no cumplí. También es verdad que durante el primer año de guerra vi a Hitler con muchísima menos frecuencia que antes; no obstante, cuando pasaba unos días en Berlín o unas semanas en el Obersalzberg, seguía pidiendo que se le enseñaran planos y apremiando para que las obras se concluyeran. Sin embargo, creo que no tardó en aceptar tácitamente que se paralizaran los trabajos.

A primeros de octubre, el conde Von der Schulenburg, embajador alemán en Moscú, informó a Hitler de que Stalin se interesaba personalmente por nuestros proyectos constructivos. Se exhibió en el Kremlin una serie de fotografías de nuestras maquetas, aunque, por indicación de Hitler, mantuvimos en secreto las principales obras, «para que Stalin no las copiara», según decía. Schulenburg propuso que yo fuera a Moscú a explicar los proyectos.

—Se podrían quedar con usted —dijo Hitler medio en

broma, y no autorizó el viaje.

Poco después me dijo el enviado alemán Schnurre que a Stalin le habían gustado mis proyectos.

El 29 de septiembre, Ribbentrop regresó de la segunda Conferencia de Moscú con un tratado germano-soviético de amistad y de delimitación de fronteras que sellaría la cuarta división de Polonia. Durante la comida con Hitler, comentó que jamás se había sentido tan bien como entre los colaboradores de Stalin:

—¡Como si hubiese estado entre viejos camaradas del Partido, *mein Führer*!

Hitler pasó impertérrito por alto la entusiasta exclamación de su ministro de Asuntos Exteriores, que solía ser más bien adusto. Según dijo Ribbentrop, Stalin se mostró satisfecho con el acuerdo y al acabar las negociaciones había trazado, en la frontera de la zona asignada a Rusia, los límites de un territorio que regaló a Ribbentrop para que lo utilizara como un enorme coto de caza. Aquel gesto hizo entrar en acción a Göring, que no estaba dispuesto a aceptar que aquel terreno fuera un regalo personal al ministro de Asuntos Exteriores; opinó que tenía que ser de Alemania y, por consiguiente, suyo, puesto que, al fin y al cabo, él era el montero mayor del Reich. Esto dio origen a una viva disputa entre los dos cazadores, que terminó con un enorme enfado por parte del ministro de Asuntos Exteriores, ya que Göring se mostró más enérgico y persistente.

A pesar de la guerra, había que proseguir con la reforma del antiguo palacio del presidente del Reich, nueva residencia oficial del ministro de Asuntos Exteriores. Hitler visitó la obra cuando estaba a punto de concluir y se mostró descontento, por lo que Ribbentrop, sin pensarlo dos veces, hizo derribar todo lo que se había hecho hasta entonces y dio orden de empezar de nuevo. Posiblemente para complacer a Hitler, insistió en que se

colocaran enormes marcos de mármol en las aberturas, así como unas puertas gigantescas que no cuadraban en absoluto con el tamaño de las salas. Antes de la nueva inspección, rogué a Hitler que se abstuviera de hacer comentarios negativos, para evitar que su ministro ordenase una tercera reforma, y esperó a estar en la intimidad para burlarse de las obras, que consideraba un completo desastre.

En octubre, Hanke me dijo haber informado a Hitler de que, durante el encuentro de las tropas alemanas y rusas en la línea de demarcación, en Polonia, se había observado que el armamento del Ejército Rojo era pobre y escaso. Otros oficiales confirmaron aquella declaración, de la que Hitler debió de tomar muy buena nota, pues se refirió a ella una y otra vez; le parecía un signo de debilidad militar o de falta de organización. Poco después, el fracaso de la ofensiva soviética contra Finlandia le hizo creer que su suposición quedaba confirmada.

A pesar de la confidencialidad de las operaciones militares, tuve cierto conocimiento de los planes de Hitler cuando en 1939 me encomendó la construcción de un cuartel general en el oeste de Alemania. Para este fin se eligió Ziegenberg, una finca señorial de la época de Goethe, enclavada en las estribaciones del Taunus, junto a Nauheim, que fue modernizada y equipada con búnkers.

Una vez terminadas las instalaciones, en cuyas obras, que incluían el tendido de cientos de kilómetros de cable telefónico y los más modernos medios de comunicación, se enterraron millones de marcos, Hitler manifestó inopinadamente que ese cuartel general resultaba demasiado lujoso: en la guerra quería llevar una vida sencilla, por lo que debíamos prepararle otro alojamiento, adecuado a la dureza de la época, en el Eifel. Quizá impresionara así a quienes ignoraban la cantidad de millones que se habían malgastado y los que habría que volver a invertir.

Llamamos la atención a Hitler en este sentido, pero se mostró inflexible, pues veía peligrar su fama de «modestia y falta de pretensiones».

Tras la rápida victoria obtenida en Francia, creí que Hitler se había convertido en una de las figuras más grandes de la historia alemana. Y me impresionaba y disgustaba la apatía que, a pesar de todas las grandiosas victorias, me parecía percibir en la opinión pública. El propio Hitler desarrolló una confianza sin límites en sí mismo. Ahora había encontrado un nuevo tema para sus monólogos de sobremesa. Opinaba que sus ideas no habrían fracasado aunque se hubiera encontrado con las mismas deficiencias que llevaron a la derrota en la Primera Guerra Mundial. En aquel entonces, las jefaturas política y militar estaban enemistadas y se había dado mucho juego a los partidos para quebrar la unión alemana e incluso cometer traicioneras maniobras contra la patria. Por razones de protocolo, dirigieron el ejército los incapaces príncipes de las casas aristocráticas, que debían cosechar laureles militares para elevar el prestigio de su dinastía. Sólo el hecho de que aquellos vástagos de la nobleza decadente dispusieran de magníficos oficiales de Estado Mayor evitó mayores catástrofes. Además, Guillermo II fue también un incapaz como general en jefe del ejército. Ahora, por el contrario, Alemania estaba unida, concluía Hitler con satisfacción; los Länder tenían una importancia insignificante; los jefes militares habían sido elegidos entre los mejores oficiales, sin tener en cuenta su origen; se habían suprimido los privilegios de la nobleza; la política, la Wehrmacht y la nación se habían fundido hasta constituir una verdadera unidad. Y a la cabeza se hallaba él. Su energía, su voluntad y su fuerza superarían todos los futuros obstáculos.

Hitler se atribuyó personalmente el éxito de la campaña occidental. Él había ideado el plan para llevarla a cabo:

—He leído con mucho interés —aseguraba en ocasiones— el libro del coronel De Gaulle sobre la capacidad de las unidades motorizadas en la guerra moderna, y he aprendido mucho de esta lectura.

• • •

A poco de terminar la campaña de Francia, recibí una llamada telefónica de la secretaría del *Führer*: tendría que pasar unos días en su cuartel general por razones especiales. En aquella época, el cuartel general de Hitler se encontraba en el pueblecito de Bruly le Peche, no lejos de Sedán, del que habían sido desalojados todos los vecinos. Los generales y asistentes se habían instalado en las pequeñas casas de la única calle de la aldea. Tampoco era muy distinto el alojamiento de Hitler, quien me saludó del mejor humor cuando llegué:

—Volaremos a París dentro de unos días. Me gustaría que viniera usted con nosotros. Breker y Giessler vendrán también.

Al principio me dejó sumamente perplejo que el vencedor buscara la compañía de tres artistas para hacer su entrada en la capital de los franceses.

Aquella misma noche fui invitado a la reunión militar de Hitler, donde se discutieron los detalles del viaje a París. Me enteré de que no se trataba de una visita oficial, sino de una especie de «expedición artística» a la ciudad que, como Hitler había dicho tantas veces, lo había cautivado siempre, hasta el punto de que, aunque sólo había estudiado los planos de sus calles y de sus obras más notables, era como si ya hubiera vivido allí.

El armisticio debía entrar en vigor en la noche del 25 de junio de 1940, a la 1.35. Estábamos sentados con Hitler alrededor de una mesa de madera dispuesta en uno de los cuartos de su casa campesina. Poco antes de la hora convenida, Hitler ordenó apagar la luz y abrir las ventanas. Sentados en

medio de la oscuridad, nos sentimos impresionados por la conciencia de estar viviendo un momento histórico tan cerca de su hacedor. Fuera, una trompeta hizo sonar el toque tradicional que anunciaba el cese de las acciones bélicas. A lo lejos debía de estarse formando una tormenta, pues, igual que en las novelas baratas, un relámpago surcaba a veces la oscuridad. Alguien, vencido por la emoción, se sonó. Luego se oyó la voz de Hitler, baja, monótona:

—Esta responsabilidad… —Y algunos minutos después—: Ahora enciendan de nuevo las luces.

La banal conversación siguió su curso, pero para mí se trató de un acontecimiento singular. Creí haber conocido el lado humano de Hitler.

Al día siguiente emprendí desde su cuartel general un viaje hasta Reims para ver la catedral. Me esperaba una ciudad de aspecto fantasmal, casi abandonada por sus habitantes, acordonada por la policía militar debido a sus bodegas de champaña. Los postigos golpeaban al viento; periódicos atrasados volaban por las calles desiertas y las puertas abiertas permitían ver el interior de las casas. Como si la vida ciudadana se hubiera detenido en un momento demencial, en las mesas aún se veían vasos, platos y comida. Por el camino, en las carreteras, nos cruzamos con innumerables grupos de fugitivos que avanzaban por la cuneta, mientras el centro de la carretera lo ocupaban las columnas de las unidades militares alemanas. Estas orgullosas unidades contrastaban de forma singular con los desconsolados fugitivos, que llevaban sus pertenencias en cochecitos de niño, carretillas y otros vehículos primitivos. Tres años y medio más tarde tendría ocasión de ver escenas similares en Alemania.

Tres días después de la entrada en vigor del armisticio, hacia las cinco y media de la mañana, aterrizamos en el aeropuerto de

Le Bourget. Tres grandes Mercedes nos esperaban. Como de costumbre, Hitler tomó asiento en la parte delantera, al lado del conductor. Breker y yo nos sentamos en los asientos supletorios, mientras que Giessler y el asistente ocuparon los traseros. A los artistas nos habían endosado un uniforme gris que nos incorporaba al ámbito militar. Después de atravesar los grandes arrabales, nos dirigimos directamente al Gran Teatro de la Ópera del arquitecto Garnier. Hitler había expresado el deseo de visitar en primer lugar este edificio neobarroco, su obra preferida. El coronel Speidel, enviado por las autoridades de ocupación alemanas, nos esperaba allí.

La escalera, elogiada por su amplitud y criticada por lo recargado de su decoración, el fastuoso vestíbulo y la solemne sala de espectadores, revestida de oro, fueron examinados con todo detenimiento. Todas las luces refulgían como en una noche de gala. Hitler se había hecho cargo de la dirección de la visita. Nos acompañaba por el vacío edificio un acomodador encanecido. Realmente, Hitler había estudiado a fondo los planos del Teatro de la Ópera de París. En el palco del proscenio echó a faltar un salón, y estaba en lo cierto: el acomodador dijo que el salón había sido eliminado muchos años atrás, durante unas reformas.

—¡Ya ven ustedes si conozco o no el sitio! —dijo Hitler, visiblemente satisfecho.

La Ópera lo fascinó, y se deshizo en elogios entusiastas sobre su incomparable belleza. Los ojos le brillaban de tal modo que me conmovió. Naturalmente, el acomodador se había dado cuenta enseguida de a quién estaba enseñando el edificio. Nos guió con corrección, pero guardando las distancias. Cuando, por fin, nos disponíamos a dar la visita por terminada, Hitler susurró algo al oído de su asistente Brückner, quien sacó de su cartera un billete de cincuenta marcos para ofrecérselo al

hombre, que permanecía de pie, lejos de nosotros. Con cordialidad, aunque también con determinación, se negó a aceptar la propina. Hitler lo intentó una segunda vez y envió a Breker; pero el empleado insistió en su negativa: dijo a Breker que no había hecho sino cumplir con su deber.

A continuación nos dirigimos a los Campos Elíseos, pasando por delante de la Madeleine en dirección a Trocadero; después hacia la Torre Eiffel, donde Hitler ordenó hacer un alto; luego pasamos ante el Arco de Triunfo y el monumento al Soldado Desconocido, y llegamos hasta los Inválidos, donde Hitler permaneció largo rato frente a la tumba de Napoleón. Después visitó el Panteón, cuyas dimensiones lo impresionaron. Por el contrario, no mostró un interés especial por las más hermosas creaciones arquitectónicas de París: la Place des Vosges, el Louvre, el Palacio de Justicia y la Sainte Chapelle. No volvió a animarse hasta que vio la uniforme hilera de casas de la Rué de Rivoli. Acabamos nuestro recorrido en la romántica y dulzona imitación de las iglesias medievales, el Sacre Coeur de Montmartre; la elección era sorprendente incluso para el gusto de Hitler. Permaneció allí un buen rato, rodeado por unos cuantos hombres de su escolta, y, aunque numerosos fieles lo reconocieron, optaron por ignorarlo. Después de contemplar la ciudad por última vez, regresamos velozmente al aeropuerto. A las nueve de la mañana, la visita había concluido.

—Ver París ha sido el sueño de toda mi vida. No puedo decir lo feliz que soy por haberlo cumplido.

Por un instante sentí cierta compasión por él: tres horas en París, por primera y última vez, lo habían hecho feliz cuando se hallaba en la cumbre.

Durante el viaje, Hitler consideró con sus asistentes y el coronel Speidel la posibilidad de celebrar en París un desfile de la Victoria; pero, tras algunas reflexiones, desechó el proyecto.

Su excusa oficial fue la del peligro de ataques de la aviación británica, pero más tarde manifestó:

—No tengo ganas de hacer ninguna marcha triunfal; aún no hemos acabado.

Aquella misma noche me recibió de nuevo en la pequeña habitación de su casa campesina. Estaba sentado sólo a la mesa. Me dijo sin rodeos:

—Prepare usted el decreto por el que ordeno la plena reanudación de las obras de Berlín… París es una ciudad hermosa, ¿verdad? Pues Berlín tiene que serlo mucho más. Antes solía preguntarme si no habría que destruir París —prosiguió con absoluta tranquilidad, como si se tratara de lo más normal del mundo—, pero cuando hayamos terminado Berlín, París no será más que una sombra. ¿Para qué íbamos a destruirla?

Tras pronunciar estas palabras, me dijo que podía retirarme.

Aunque estaba acostumbrado a las impulsivas observaciones de Hitler, me asustó la desfachatez con que expresaba su vandalismo. Había reaccionado de manera parecida después de la destrucción de Varsovia. Ya entonces expresó la opinión de que había que impedir que se reconstruyera, a fin de privar al pueblo polaco de su centro político y cultural. No obstante, Varsovia había sido destruida por los avatares de la guerra; ahora Hitler confesaba haber acariciado la idea de destruir caprichosamente y sin razón alguna la ciudad que él mismo había calificado como la más bella de Europa, con todos sus inestimables monumentos. En unos pocos días se me habían revelado algunas de las contradicciones que caracterizaban la manera de ser de Hitler, sin que comprendiera entonces toda su importancia: desde el hombre consciente de su responsabilidad hasta el más irreflexivo y poco escrupuloso nihilista, Hitler reunía en su persona los contrastes más extremos.

Sin embargo, el efecto que esta experiencia tuvo en mí

quedó soterrado por la brillante victoria de Hitler, por las favorables e inesperadas perspectivas de una pronta reanudación de mis obras y, por fin, por el abandono de sus propósitos destructivos. Ahora era cosa mía superar a París. Ese mismo día Hitler otorgó máxima prioridad a la obra de mi vida: ordenó que «se diera a Berlín, con la mayor rapidez posible, la apariencia que le correspondía dada la magnitud de la victoria». Y manifestó:

—En estas obras, las más importantes del Reich a partir de este momento, veo la principal aportación para consolidar nuestra victoria.

De su puño y letra anticipó la fecha del decreto: la del 25 de junio de 1940, el día del armisticio y el del mayor de sus triunfos.

Hitler paseaba arriba y abajo con Jodl y Keitel por el sendero de gravilla que había ante su casa cuando un asistente le anunció que quería despedirme. Según me iba aproximando al grupo, oí que Hitler proseguía su conversación con estas palabras:

—Ahora hemos demostrado de lo que somos capaces. Créame, Keitel, frente a esto una campaña contra Rusia sería un juego de niños.

Me despidió de excelente humor, me encargó que transmitiera a mi esposa sus saludos más cordiales y me indicó que no tardaríamos en hablar de nuevos proyectos y maquetas.

CAPÍTULO XIII

DESMESURA

Mientras Hitler seguía ocupándose de preparar la campaña contra Rusia, reflexionaba sobre los detalles de los desfiles de la Victoria que se celebrarían en 1950, cuando estuvieran terminados la gran avenida y el Arco de Triunfo[86]. Sin embargo, mientras soñaba con nuevas guerras, nuevas victorias y festejos, sufrió la mayor derrota de su carrera. Tres días después de una entrevista en la que me había expuesto sus ideas respecto al futuro, tuve que presentarme en el Obersalzberg con mis bocetos. Leitgen y Pietsch, dos asistentes de Hess, esperaban pálidos y nerviosos en la antesala del Berghof. Me rogaron que pospusiera mi visita, pues tenían que entregar a Hitler una carta personal de Hess. En aquel momento llegó Hitler, procedente de sus habitaciones del piso superior, y uno de los asistentes fue llamado a la sala de estar. Mientras repasaba mis diseños, oí de repente un grito inarticulado, casi animal, y a Hitler rugiendo a continuación:

—¡Que venga Bormann inmediatamente! ¿Dónde está Bormann?

Bormann tuvo que comunicarse rápidamente con Göring, Ribbentrop, Goebbels y Himmler. Se rogó a todos los invitados que se retiraran a las habitaciones del primer piso. Por fin, al cabo de varias horas, supimos qué había ocurrido: el lugarteniente de Hitler había volado en plena guerra a territorio enemigo, hacia Inglaterra.

Exteriormente, Hitler recuperó pronto su contención habitual. Lo único que lo preocupaba era que Churchill pudiera aprovechar el suceso frente a los aliados de Alemania para simular un supuesto intento de este país de obtener la paz.

—¿Quién va a creer que Hess no ha actuado en mi nombre? ¿Que todo lo ocurrido no es sino un juego pactado a espaldas de mis aliados?

Aquello incluso podría influir en la política de Japón, opinó con inquietud. Hitler hizo preguntar al jefe técnico de la Luftwaffe, el famoso piloto de caza Ernst Udet, si el aparato bimotor utilizado por Hess podría alcanzar la costa escocesa y qué condiciones meteorológicas encontraría al llegar. Tras unos momentos de reflexión, Udet contestó por teléfono que Hess fracasaría. Dados los fuertes vientos laterales, seguramente pasaría de largo junto a Inglaterra e iría a parar al vacío. Al instante, Hitler volvió a mostrarse esperanzado:

—¡Ojalá se ahogue en el mar del Norte! Así desaparecería sin dejar rastro y podríamos tomarnos un tiempo para pensar una explicación plausible.

No obstante, al cabo de unas horas volvió a sentir dudas y, para adelantarse a los ingleses y por lo que pudiera ocurrir, decidió anunciar en la radio que Hess se había vuelto loco. Los dos asistentes fueron detenidos, como se hacía antiguamente, en la corte de los tiranos, con los mensajeros que traían malas noticias.

En el Berghof hubo mucho ajetreo. Además de Göring, Goebbels y Ribbentrop, se presentaron Ley, los jefes regionales y otros jefes del Partido. Ley, como jefe de organización, quiso hacerse cargo de los cometidos de Hess, lo que habría sido sin duda la solución más acertada, pero Bormann, que mostró entonces por primera vez la gran influencia que tenía sobre Hitler, se opuso a ello sin ningún esfuerzo y resultó el vencedor

absoluto en este asunto. Churchill dijo que el vuelo de Hess había puesto al descubierto la existencia de gusanos en la manzana del Reich. No podía ni imaginar hasta qué punto aquella definición se podía aplicar literalmente a la figura del sucesor de Hess.

En adelante, Hess apenas sería mencionado en el círculo de Hitler. Sólo Bormann siguió refiriéndose a él durante mucho tiempo. Investigó afanosamente la vida de su antecesor y persiguió a su esposa de forma ruin. Eva Braun intercedió por ella ante Hitler; a pesar de que no tuvo éxito, siguió apoyándola a sus espaldas. Unas semanas después supe por mi médico, el profesor Chahoul, que el padre de Hess estaba agonizando. Le hice llegar un ramo de flores, aunque sin dar mi nombre.

En aquel tiempo creí que había sido la ambición de Bormann lo que impulsó a Hess a cometer aquel acto de desesperación. Hess, igualmente ambicioso, veía que su poder disminuía por momentos. Hitler, por ejemplo, me dijo hacia 1940, después de conferenciar con Hess durante cuatro horas:

—Cuando hablo con Göring, para mí es como un baño de aguas ferruginosas: después me siento fresco. El mariscal del Reich tiene una manera cautivadora de exponer las cosas. Pero cualquier conversación con Hess se convierte en un esfuerzo insoportablemente tortuoso. Siempre me viene con asuntos desagradables y nunca cede.

Después de tantos años de figurar en segundo término, probablemente Hess tratara de alcanzar notoriedad con su vuelo a Inglaterra, pues carecía de las cualidades necesarias para imponerse en aquel lodazal de intrigas y luchas por el poder. Era demasiado sensible, demasiado franco, demasiado fluctuante, y tendía a dar la razón a todas las facciones. Su tipo respondía por entero al de la mayoría de los jerarcas del Reich, a quienes costaba mantener los pies en el suelo de la realidad.

Hitler atribuyó la responsabilidad del asunto a la perniciosa influencia del profesor Haushofer. Veinticinco años más tarde, en la prisión de Spandau, Hess me aseguró muy en serio que durante un sueño le había sido insuflada la idea de que poseía fuerzas sobrenaturales. Su intención no había sido en absoluto poner a Hitler en una situación embarazosa. El mensaje que lo obsesionaba y que lo había llevado a Inglaterra era que «garantizaremos a Inglaterra su imperio mundial a cambio de que nos deje las manos libres en Europa». Ésta era una de las frases que Hitler solía repetir antes de la guerra y también después de que se iniciara.

Si no me equivoco, creo que Hitler no logró superar nunca la «traición» de su lugarteniente. Incluso algún tiempo después del atentado del 20 de julio de 1944, Hitler, en sus fantasiosas evaluaciones de la situación, dijo que una de sus condiciones de paz sería la entrega del «traidor». Hess debía ser ahorcado. Años después, cuando le hablé de esto, Hess me dijo:

—¡Se habría reconciliado conmigo, seguro! ¿Y no cree que en 1945, cuando todo estaba a punto de terminar, Hitler debió de pensar más de una vez: «Hess tenía razón»?

• • •

Hitler no se limitó a exigir en plena guerra que se reemprendieran con la máxima energía las obras de Berlín. También amplió de forma desmesurada, influido por sus jefes regionales, el número de ciudades que debían remodelarse. Al principio sólo se habló de Berlín, Nuremberg, Munich y Linz; pero ahora declaró mediante decretos que «la reorganización urbanística» debería incluir a otras veintisiete ciudades, entre ellas Hannover, Augsburgo, Bremen y Weimar[87]. Nunca se nos preguntó, ni a mí ni a nadie, sobre la oportunidad de esas decisiones; lo único que recibía era una copia de los decretos promulgados por Hitler después de las correspondientes

deliberaciones. Tal y como escribí a Bormann el 26 de noviembre de 1940, según mis cálculos de aquella época, el coste de las obras en todas las ciudades, teniendo en cuenta los propósitos del Partido, ascendería a entre veintidós y veinticinco mil millones de marcos.

Creí que los nuevos requerimientos pondrían en peligro mis plazos. Lo primero que hice para conjurar este riesgo fue proponer la publicación de un decreto de Hitler en virtud del cual quedaran bajo mi jurisdicción todos los proyectos de obras del Reich. Este intento fracasó a causa de la intervención de Bormann, y el 17 de enero de 1941 le dije a Hitler, después de una larga enfermedad que me permitió reflexionar sobre algún que otro problema, que sería mejor que me concentrara sólo en las construcciones de Nuremberg y Berlín. Accedió inmediatamente.

—Tiene usted razón. Sería una lástima que perdiera el tiempo ocupándose de asuntos de carácter general. Si fuera necesario, puede decir en mi nombre que yo, el *Führer*, no deseo que intervenga en nada más, a fin de que no se aparte de sus verdaderos cometidos artísticos[88].

Hice amplio uso de aquella autorización y al día siguiente renuncié a todos mis cargos oficiales en el Partido. Si es que ahora juzgo acertadamente la complejidad de mis motivaciones, es posible que todo aquello se dirigiera también contra Bormann, que desde el principio había mostrado una actitud de rechazo hacia mí. Claro que yo no sentí que mi posición estuviera en peligro, pues Hitler me había calificado muchas veces de insustituible.

De vez en cuando cometía algún desliz, de modo que Bormann, seguramente con gran satisfacción, pudo echarme alguna que otra severa reprimenda desde el cuartel general, como, por ejemplo, por haber acordado con las jerarquías de las

iglesias católica y protestante la construcción de iglesias en nuestro nuevo sector berlinés[89]. Dijo secamente que las iglesias no debían ocupar lugar alguno.

• • •

Unos días después de que Hitler ordenara, con el decreto del 25 de julio de 1940, la inmediata reanudación de las obras de Berlín y Nuremberg para «consolidar la victoria», dije al ministro Lammers que «basándome en el decreto del *Führer*, no iniciaría la remodelación de Berlín durante la guerra». Pero Hitler no se mostró conforme con esta interpretación y ordenó que se continuara con las obras, aun oponiéndose en este caso a la opinión pública. Dada su insistencia, se decidió que las obras de Nuremberg y Berlín deberían quedar concluidas en los plazos inicialmente fijados, es decir, en 1950, a pesar de la guerra. Apremiado por Hitler, elaboré un «programa de urgencia del *Führer*», y Göring me asignó acto seguido —a mediados de abril de 1941— la cantidad anual de hierro necesaria para cumplirlo: 84 000 toneladas; para ocultarlo a la opinión pública, recibió el nombre de «programa bélico de canalización y ferrocarriles de Berlín». El 18 de abril hablé con Hitler de los plazos de finalización —asegurados gracias a estas medidas— de la Gran Sala, el Alto Mando de la Wehrmacht, la Cancillería del Reich y el *Führerbau*: resumiendo, de su centro de poder en torno a la «plaza de Adolf Hitler». Simultáneamente, para la construcción de estas obras se constituyó un grupo de trabajo al que fueron incorporadas siete de las casas constructoras más competentes de Alemania.

A pesar del inminente comienzo de la campaña de Rusia, Hitler seguía eligiendo en persona, con su característica tenacidad, las obras que serían destinadas a la pinacoteca de Linz. Envió a sus marchantes a los territorios ocupados para investigar la situación del mercado de arte, lo que desencadenó

una guerra por los cuadros entre sus expertos y los de Göring; la situación empezaba a adquirir perfiles bastante duros cuando Hitler llamó al orden a su mariscal, restableciendo así el orden jerárquico.

En 1941 llegaron al Obersalzberg grandes catálogos, encuadernados en piel marrón, con fotografías de cientos de cuadros que Hitler distribuyó entre sus pinacotecas preferidas, situadas en Linz, Königsberg, Breslau y otras ciudades orientales. Volví a ver estos catálogos durante el proceso de Nuremberg, donde sirvieron como pruebas de la acusación; la mayoría de los cuadros habían sido sustraídos por la delegación de Rosenberg en París a judíos residentes en Francia.

Hitler respetó las célebres colecciones artísticas nacionales francesas, aunque esta manera de actuar no fue tan desinteresada como podría parecer, pues a veces decía que, cuando se firmara la paz, las mejores piezas del Louvre tendrían que ser entregadas a Alemania como reparación de guerra. Con todo, es verdad que Hitler no hacía uso de su autoridad para fines personales: no se reservó para él ni una sola de las pinturas adquiridas o confiscadas en los territorios ocupados.

Por el contrario, para Göring era bueno cualquier medio que le permitiera aumentar, precisamente durante la guerra, su colección de arte. En los salones y estancias de Karinhall, superpuestos en tres o cuatro niveles, colgaban cuadros muy valiosos. Cuando ya no quedó sitio en las paredes, utilizó el techo del gran vestíbulo para integrar en él una serie de lienzos. Incluso en el dosel de su fastuosa cama había hecho colgar un desnudo femenino de tamaño natural que representaba a Europa. También ejercía como marchante: las paredes de una gran sala del piso superior de su propiedad rural estaban cubiertas de lienzos que habían pertenecido a un conocido marchante holandés, que tuvo que cedérselos a un precio

irrisorio tras la ocupación. Con su característica risa infantil nos contaba que, en plena guerra, vendía estos cuadros a los jefes regionales por un precio muy superior al de mercado, exigiéndoles además un suplemento por el prestigio que, a sus ojos, tenía un cuadro procedente de «la famosa colección Göring».

Un día, allá por el año 1943, me enteré por los franceses de que Göring presionaba al Gobierno de Vichy para que le cambiase un célebre cuadro del Louvre por unas cuantas pinturas sin valor. Basándome en la idea de Hitler respecto a la inviolabilidad de la colección estatal del Louvre, aseguré al intermediario francés que no tenía por qué ceder a aquella presión y que en caso necesario podía recurrir a mí. Göring renunció a sus deseos. Otro día, en Karinhall, me mostró sin el menor cargo de conciencia el famoso altar de Sterzing que Mussolini le había regalado en invierno de 1940, tras concertar el acuerdo sobre el Tirol meridional. El mismo Hitler se escandalizaba a menudo por los manejos del «segundo hombre» para reunir valiosos bienes artísticos, pero no se atrevió a enfrentarse a él.

Hacia el final de la guerra, Göring nos invitó a Breker y a mí a comer en Karinhall, lo que supuso una rara excepción. La comida no fue demasiado fastuosa; lo único que me causó extrañeza fue que al final nos sirvieran a Breker y a mí un coñac corriente, mientras el criado de Göring le servía a él, con cierta solemnidad, de una botella vieja y polvorienta.

—Éste es sólo para mí —dijo sin el menor embarazo a sus invitados.

A continuación se extendió en detalles sobre el palacio francés en el que se había confiscado aquel raro hallazgo. Luego, de un humor excelente, nos mostró los tesoros que se acumulaban en los sótanos de Karinhall. Entre ellos se

encontraban valiosísimas obras antiguas procedentes del museo de Nápoles, que habían saqueado antes de la evacuación, a fines de 1943. Con el mismo orgullo de propietario, hizo abrir los armarios para dejarnos contemplar su tesoro de jabones y perfumes franceses, que sin duda le bastaría durante muchísimos años. Para concluir esta exhibición, nos mostró su colección de diamantes y piedras preciosas, cuyo valor ascendía a muchos cientos de miles de marcos.

Las compras artísticas de Hitler cesaron en cuanto nombró al doctor Hans Posse, director de la pinacoteca de Dresde, como apoderado para la ampliación de los fondos de la de Linz. Hasta entonces, Hitler había escogido los objetos personalmente, a partir de los catálogos de las subastas. Sin embargo, al designar a dos o tres socios rivales para cada misión había sido víctima de su propio sistema. Había llegado a ordenar por separado a su fotógrafo Hoffmann y a uno de sus marchantes que pujaran sin límite. De este modo, los enviados de Hitler seguían compitiendo entre ellos cuando todos los demás ya se habían retirado, hasta que un día el subastador berlinés Hans Lange me llamó la atención sobre este significativo punto.

Poco tiempo después de haber nombrado a Posse, Hitler le mostró lo que había comprado hasta entonces, incluyendo la colección de Grützner, que guardaba en su refugio antiaéreo. Se colocaron butacas para Hitler, para Posse y para mí, y los cuadros fueron presentados por el personal de servicio de las SS. Hitler elogiaba sus favoritos con los adjetivos de siempre, pero Posse no se dejó impresionar por su posición ni por su cautivadora amabilidad. Rechazó desapasionadamente y con absoluta imparcialidad muchas de aquellas costosas adquisiciones: «Eso no sirve para nada»; «no responde a la categoría que yo pensaba dar a la pinacoteca». Hitler aceptó sin reparos todas las críticas, como hacía siempre que se encontraba ante un especialista, aunque Posee desechó la mayoría de las

obras de la escuela de Munich, tan querida por Hitler.

• • •

Molótov se presentó en Berlín a mediados de noviembre de 1940. Hitler se divirtió con sus comensales a costa del despectivo informe de su médico, el doctor Karl Brandt, según el cual el séquito del primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores soviético, por miedo a las bacterias, había hecho hervir todos los platos y cubiertos antes de utilizarlos.

En la sala de estar del Berghof había un gran globo terráqueo en el que, unos meses después, vi reflejadas las consecuencias del fracaso de estas conversaciones. Con gesto significativo, uno de los asistentes de la Wehrmacht indicó un sencillo trazo a lápiz: una línea que corría de norte a sur a lo largo de los Urales. Hitler la había dibujado como futura frontera entre el territorio que le interesaba y la zona de influencia japonesa. El 21 de junio de 1941, la víspera del ataque a la Unión Soviética, Hitler me llamó a su sala de estar de la residencia berlinesa después de la comida y me hizo escuchar unos cuantos compases de *Los preludios* de Liszt. Luego me dijo:

—En los próximos meses oirá esto con frecuencia, pues va a ser nuestra marcha triunfal para la campaña de Rusia. La ha escogido Funk. ¿Qué le parece[90]? Traeremos de allí todo el granito y el mármol que queramos.

Ahora Hitler mostraba abiertamente su megalomanía: lo que ya se había insinuado años atrás en sus obras, ahora tenía que verse sellado por una nueva guerra o, como él decía, con «sangre». Aristóteles escribió antaño en su Política: «Está demostrado que las mayores injusticias parten de quienes persiguen la desmesura, y no de aquéllos a quienes impulsa la necesidad».

En el año 1943, con ocasión del quincuagésimo cumpleaños

de Ribbentrop, algunos de sus colaboradores más íntimos le regalaron una magnífica caja, adornada con piedras semipreciosas, que querían llenar con las fotocopias de todos los acuerdos concertados por el ministro de Asuntos Exteriores. Durante la cena, el embajador Hewl, enlace de Ribbentrop, dijo a Hitler:

—Nos vimos en un gran aprieto cuando tratamos de llenar la caja. Quedaban muy pocos tratados que no hubiésemos violado.

Hitler se desternilló de risa.

Igual que al comienzo de la guerra, me volvía a preocupar la idea de llevar adelante unos proyectos constructivos de tal envergadura en un momento claramente decisivo de la guerra mundial. El 30 de julio de 1941, es decir, mientras las tropas alemanas todavía avanzaban impetuosamente por los campos de Rusia, propuse al doctor Todt, «apoderado general para la economía urbanística del Reich», paralizar todas las obras que no tuvieran una importancia estratégica para el desarrollo de la guerra[91]. Sin embargo, dada la favorable marcha de las operaciones, Todt creyó poder posponer unas semanas esta cuestión. De hecho, quedó del todo descartada, pues mi propuesta no halló el respaldo de Hitler, quien rechazó cualquier restricción y siguió sin asignar a la industria de armamento el material y la mano de obra empleados en sus construcciones favoritas: las autopistas, las obras del Partido y los proyectos de Berlín.

A mediados de septiembre de 1941, cuando ya se había hecho patente que el avance a través de Rusia no se ajustaba a los arrogantes pronósticos establecidos, un decreto de Hitler incrementó notablemente los contratos que teníamos concertados con Suecia, Noruega y Finlandia para el suministro de granito para mis grandes obras de Berlín y Nuremberg. Se

cursaron pedidos por valor de treinta millones de marcos del Reich a las principales industrias de la piedra de Noruega, Finlandia, Italia, Bélgica, Suecia y Holanda[92]. Para poder transportar a Berlín y Nuremberg aquellas enormes cantidades de granito, el 4 de junio de 1941 fundamos una flota de transporte que contaba con astilleros propios, en Wismar y Berlín, que debían construir mil cargueros de quinientas toneladas de capacidad.

Mi propuesta de paralizar las obras destinadas al tiempo de paz tampoco fue tenida en consideración cuando en Rusia empezaba a perfilarse la catástrofe del invierno de 1941. El 29 de noviembre de 1941, Hitler me dijo sin rodeos:

—Comenzaré las obras antes de que acabe esta guerra. No dejaré que la guerra me impida hacer realidad mis propósitos[93].

No se limitaba a insistir en la ejecución de sus planes: tras los éxitos iniciales obtenidos en Rusia, elevó también el número de tanques que, montados sobre pedestales de granito, habrían de ser complemento escultórico de las calles, para darles un aire marcial. Por encargo de Hitler, el 20 de agosto de 1941 comuniqué al asombrado almirante Lorey, asesor del arsenal de Berlín, que se montarían, entre la estación del sur y el Arco de Triunfo («Obra T»), unos treinta cañones pesados del enemigo. Le expliqué que Hitler también quería colocar piezas de artillería en otros puntos de la gran avenida y del eje sur, por lo que serían necesarias unas doscientas del tipo más pesado. Frente a los edificios públicos importantes, en cambio, había que colocar tanques especialmente grandes.

• • •

Aunque las ideas de Hitler respecto a la construcción de su «Imperio Germánico de la Nación Alemana» parecían aún muy difusas en el terreno del derecho, tenía algunas cosas muy claras: cerca de la ciudad noruega de Trondheim, situada en un lugar

estratégico, debía construirse la mayor base naval alemana y, además de astilleros y muelles, una ciudad para doscientos cincuenta mil alemanes. Hitler me encargó el proyecto. El 1 de mayo de 1941, el vicealmirante Fuchs, del Alto Mando de la Marina de Guerra, me informó de todos los requisitos que debía reunir un astillero de gran envergadura. El 21 de junio, el gran almirante Raeder y yo le expusimos el proyecto a Hitler en la Cancillería del Reich. A continuación, Hitler determinó el emplazamiento de la ciudad. Un año después, el 13 de mayo de 1942, volvió a ocuparse de la base naval cuando se hallaba en plena conferencia sobre armamentos[94]. Estudió detalladamente en unos mapas especiales la mejor situación para los muelles y ordenó construir, abriendo la roca de granito mediante voladuras, una gran base submarina. Por lo demás, daba por sentado que también Saint Nazaire y Lorient, en Francia, así como las islas británicas del canal de la Mancha, se integrarían en el sistema de bases navales alemán, debido a su posición geográfica favorable. Hitler disponía a su antojo sobre bases navales, intereses y derechos de los demás; su sensación de poderío mundial no tenía límites.

Hay que considerar su intención de fundar ciudades alemanas en los territorios ocupados de la Unión Soviética bajo este mismo prisma. El 24 de noviembre de 1941, es decir, cuando ya se estaba produciendo la catástrofe de aquel invierno, el jefe regional Meyer, lugarteniente de Alfred Rosenberg, ministro del Reich para los territorios ocupados, me propuso hacerme cargo de la sección «Construcción de ciudades», con el fin de planear y erigir las ciudades que debían acoger a las guarniciones y al personal civil alemán. Sin embargo, a fines de enero de 1942 rechacé la propuesta, por temor a que el establecimiento de una oficina central de planificación urbanística se tradujera en la uniformización de todas las ciudades. Por eso propuse confiar a distintas grandes urbes

alemanas las nuevas edificaciones[95].

• • •

Desde que al principio de la guerra me hiciera cargo de las obras de los ejércitos de Tierra y del Aire, mi organización se había ampliado considerablemente, aunque lo cierto es que, según la escala que utilizaría unos meses más tarde, los veintiséis mil obreros de la construcción que, a fines de 1941, trabajaban en nuestros programas de importancia estratégica resultaban irrisorios. Sin embargo, en aquellos momentos me sentía orgulloso de mi modesta contribución al desarrollo de la guerra, al tiempo que tranquilizaba mi conciencia por no trabajar sólo en los proyectos de paz de Hitler. El más importante de todos era el «Programa Ju 88» de la Luftwaffe, cuya finalidad era aumentar la producción del nuevo bombardero bimotor, de un gran radio de acción. Las tres grandes factorías de Brünn, Graz y Viena, mayores que la fábrica de la Volkswagen, se terminaron en ocho meses; en ellas se emplearon por primera vez secciones prefabricadas de cemento armado. Sin embargo, a partir de otoño de 1941, los trabajos se vieron entorpecidos por la falta de combustible. A pesar de que nuestros programas eran prioritarios, en septiembre de 1941 el suministro se redujo a una tercera parte del necesario, y en enero de 1942 llegó hasta la sexta parte[96], lo que muestra claramente hasta qué punto había excedido Hitler sus posibilidades reales en la campaña de Rusia.

Además, se me había encomendado construir refugios antiaéreos y reparar los daños ocasionados en Berlín por los bombardeos. Me estaba preparando, sin saberlo, para mi posterior actividad como ministro de Armamentos. No sólo pude constatar desde un nivel inferior las perturbaciones que los cambios arbitrarios de programas y prioridades ocasionaban en la producción, sino que también me vi iniciado en las relaciones de poder, y en los inconvenientes de la dirección del Reich.

Por ejemplo, participé en una reunión, presidida por Göring, en la que el general Thomas formuló reparos a las exageradas pretensiones económicas de la dirección del Reich. Göring se encaró con el prestigioso general y le dijo a gritos:

—Y a usted, ¿qué demonios le importa? ¡Soy yo quien lo hace, yo! ¿O acaso es usted el encargado del Plan Cuatrienal? ¡No tiene usted derecho a decir nada, puesto que soy yo quien organiza todo esto, por deseo expreso del *Führer*!

En aquellas disputas, el general Thomas no podía esperar ninguna ayuda de su superior, el capitán general Keitel, quien se daba por satisfecho con no ser blanco de los ataques de Göring. De este modo, el plan económico de la Dirección General de Armamento del Alto Mando de la Wehrmacht (OKW) no pudo realizarse, a pesar de que estaba perfectamente definido, y tampoco Göring —como ya percibí en aquella época— hizo nada a aquel respecto. Normalmente, sus actuaciones solían ocasionar una total confusión, pues no se tomaba la molestia de estudiar a fondo los problemas y sus decisiones solían basarse en estimaciones impulsivas.

Unos meses después, el 27 de junio de 1941, participé, en mi calidad de encargado de las obras relacionadas con el armamento, en una reunión entre Milch y Todt. Hitler estaba seguro de que los rusos ya habían sido vencidos, por lo que apremió para que se llevase a cabo de inmediato el programa aéreo que permitiría afrontar la siguiente empresa, la derrota de Inglaterra[97]. Milch insistió, como era su deber, en mantener la escala de prioridades fijada por Hitler, lo cual, habida cuenta de la situación militar, resultaba desesperante para el doctor Todt, quien tenía también una misión que cumplir: aumentar con la mayor rapidez posible los pertrechos del Ejército de Tierra; sin embargo, le faltaba un decreto de Hitler que le diera la prioridad necesaria. Al final de la reunión, Todt resumió su impotencia

con estas palabras:

—Lo mejor será, señor mariscal, que me acoja usted en su Ministerio y me convierta en su colaborador.

En otoño de 1941 visité la fábrica Junker de Dessau con el fin de coordinar con el director general Koppenberg nuestros programas constructivos con los planes de producción. Me condujo a un local cerrado y me mostró un gráfico que comparaba la previsión americana para fabricar bombarderos en los próximos años con la nuestra. Le pregunté qué decían nuestros mandos al examinar aquellas deprimentes cifras.

—Ahí está lo malo, que no quieren creerlo —respondió, y acto seguido rompió a llorar.

Koppenberg fue destituido poco después de su cargo en las fábricas Junker. En cambio, Göring, comandante en jefe de la Luftwaffe, comprometida en duros combates, se hallaba lo bastante ocioso para visitar conmigo, el 23 de junio de 1941 (el día siguiente al comienzo de la campaña de Rusia), las maquetas de su edificio de mariscal del Reich, que estaban expuestas en Treptow.

• • •

El último de los viajes artísticos que efectué durante un cuarto de siglo me llevó a Lisboa, donde el 8 de noviembre se inauguraba una exposición titulada «Nueva arquitectura alemana». En principio estaba previsto que hiciera el viaje en el avión de Hitler; pero cuando algunos borrachines de su entorno, como el fotógrafo Hoffmann y el asistente Schaub, quisieron participar en él, dije a Hitler que haría el viaje en mi automóvil y me los quité de encima. Vi antiguas ciudades como Burgos, Segovia, Toledo y Salamanca. También hice una visita a El Escorial, cuyo palacio tiene unas dimensiones comparables al de Hitler, aunque su objetivo es muy distinto, de índole espiritual: Felipe II rodeó con un convento el núcleo de su

palacio. ¡Qué diferencia respecto a las ideas arquitectónicas de Hitler! La claridad y la austeridad extremas presidían esta edificación, y las majestuosas estancias interiores tenían unas formas insuperablemente contenidas, mientras que en el palacio de Hitler regían la ostentación y el exceso. Es indudable que aquella creación casi melancólica del arquitecto Juan de Herrera (1530-1597) cuadraba mejor con la siniestra situación en que nos encontrábamos que el triunfal arte programático de Hitler. En aquellas horas de solitaria contemplación entreví por primera vez que mis ideales arquitectónicos me habían conducido por un camino equivocado.

Durante este viaje no pude visitar a mis conocidos parisinos, entre los que se contaban Vlaminck, Derain y Despiau[98], que, por invitación mía, habían visto las maquetas de Berlín. Aunque conocían, por tanto, nuestras intenciones, no dijeron nada al respecto: al menos, mi crónica no registra ni una palabra sobre la impresión que les causó el proyecto. Los había conocido durante mis estancias en París y, a través de mi departamento, de vez en cuando les hacía algún encargo. Curiosamente, disfrutaban de más libertad que sus colegas alemanes, como pude comprobar cuando, durante la guerra, visité el Salón de Otoño de París, en el que se exhibían cuadros que en Alemania habrían sido estigmatizados de «arte degenerado». Hitler también oyó hablar de esta exposición. Su reacción fue tan sorprendente como lógica:

—¿Acaso tenemos algún interés en que el pueblo francés sea espiritualmente sano? ¡Dejad que degeneren! ¡Mejor para nosotros!

• • •

Mientras hacía este viaje a Lisboa, se produjo una catástrofe en las operaciones del frente oriental; la organización militar alemana no estaba en condiciones de afrontar la crudeza del

invierno ruso. Además, las tropas soviéticas, en su retirada, habían destruido todos los cobertizos para locomotoras, los depósitos de agua y otras instalaciones ferroviarias. Durante la embriaguez de los éxitos cosechados en verano y en otoño, cuando parecía que «el oso ruso estaba acabado», nadie pensó seriamente en reconstruir todo aquello. Hitler no quiso comprender que la dureza del invierno ruso obligaba a tomar a tiempo las medidas necesarias respecto a los transportes.

Me enteré de estas dificultades por altos funcionarios de los Ferrocarriles del Reich y por generales del Ejército de Tierra y de la Luftwaffe, y sugerí a Hitler destinar a la reconstrucción de las instalaciones ferroviarias a 30 000 de los 65 000 obreros alemanes que tenía a mi cargo, dirigidos por mis ingenieros. Me pareció incomprensible que Hitler dudara quince días antes de aceptar mi propuesta, que sancionó por medio de un decreto el 27 de diciembre de 1941. En vez de apremiar para que se llevaran a cabo esos trabajos a primeros de noviembre, había insistido, a pesar de la catástrofe, en que sus obras triunfales tenían que concluirse en las fechas previstas. Estaba decidido a no rendirse a la evidencia.

Aquel mismo día me reuní con el doctor Todt en su modesta casa a orillas del Hintersee, cerca de Berchtesgaden. Se me asignó toda Ucrania, mientras que los obreros y técnicos que hasta entonces habían estado empleados insensatamente en la construcción de autopistas se hicieron cargo de las regiones norte y centro de Rusia. Todt acababa de regresar de un largo viaje de inspección por el frente oriental; había visto trenes sanitarios parados en los que los heridos habían muerto por congelación; había sido testigo de la miseria de las tropas en las pequeñas ciudades y aldeas, aisladas a consecuencia del frío y la nieve, y había vivido el desánimo y la desesperación de los soldados alemanes. Todt, afligido y pesimista, terminó diciendo que los alemanes no sólo éramos incapaces de resistir físicamente

tales tormentos, sino que también nuestro espíritu se hundiría en Rusia:

—En esta lucha —prosiguió— vencerán los hombres primitivos, los que sean capaces de soportarlo todo, incluso las más terribles inclemencias del tiempo. Nosotros somos demasiado sensibles y sucumbiremos. Al final, los vencedores serán los rusos y los japoneses.

También Hitler, bajo la clara influencia de Spengler, había expresado unos pensamientos parecidos antes de la guerra, cuando habló de la superioridad biológica de los «siberianos y rusos»; sin embargo, al comenzar la campaña del Este dejó a un lado su propia argumentación, que se oponía a sus propósitos.

El firme afán constructivo de Hitler, la euforia con que impulsaba sus aficiones personales, llevó a sus paladines a imitarlo e indujo a la mayoría a llevar el estilo de vida de los vencedores. Ya en aquella época me di cuenta de que el sistema de gobierno de Hitler demostraba ser inferior al de los regímenes democráticos en un aspecto decisivo, pues no existía crítica pública alguna que pusiera en la picota aquellas desviaciones, no había quien exigiera ponerles remedio. El 29 de marzo de 1945, en la última carta que dirigí a Hitler, se lo recordaba: «Sentí un gran dolor cuando, durante los días victoriosos del año 1940, vi a amplísimos círculos de nuestros mandos perder la compostura. Aquél era el momento de acreditar nuestra valía frente a la Providencia conservando la dignidad y la modestia».

Aunque las escribiera cinco años después, estas líneas confirman que ya entonces vi errores, sufrí a causa de las anomalías, hice críticas y me atormentaron las dudas y el escepticismo; lo cierto es que temía que Hitler y sus mandos pudieran echar a perder la victoria.

• • •

A mediados de 1941, Göring visitó nuestra ciudad de maquetas en la Pariser Platz. En un instante de benevolencia, me hizo una observación inusitada:

—He dicho al *Führer* —me explicó— que, después de él, lo tengo a usted por el hombre más grande de Alemania. —Claro que, como segundo hombre en la jerarquía del Reich, enseguida creyó tener que limitar el alcance de sus palabras—: A mis ojos, es usted el más grande de los arquitectos. Quiero decir que aprecio su labor en el campo arquitectónico en la misma medida que estimo la del *Führer* en los campos político y militar[99].

Tras nueve años como arquitecto personal de Hitler, había conseguido elevarme a una posición admirada e inatacable. Los tres años siguientes me iban a colocar frente a misiones completamente distintas que, en efecto, me convertirían por un tiempo en el hombre más importante después de Hitler.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XIV

ENTRADA EN EL NUEVO CARGO

Sepp Dietrich, uno de los primeros partidarios de Hitler y comandante en jefe de una de las unidades acorazadas de las SS acosada por los rusos en las inmediaciones de Rostov, al sur de Ucrania, se disponía a volar el 30 de enero a Dniepropetrovsk en uno de los aparatos de la escuadrilla del *Führer*, Le rogué que me dejara acompañarlo. Mi equipo ya se encontraba en aquella ciudad para preparar la reparación de las instalaciones ferroviarias de la región meridional de Rusia[100]. Al parecer no se me ocurrió la idea, por lo demás completamente lógica, de pedir un avión para mí; un indicio inequívoco de lo pequeña que consideraba mi contribución al acontecer bélico.

Viajamos, más bien apretados, en un bombardero Heinkel habilitado para el transporte de pasajeros. Por debajo de nosotros se extendían las desoladas llanuras cubiertas de nieve del sur de Rusia. En las grandes haciendas vimos cobertizos y establos consumidos por el fuego. Volábamos siguiendo el recorrido de la línea férrea: apenas se veían trenes, los edificios de las estaciones estaban calcinados y los talleres destruidos. Sólo de vez en cuando veíamos alguna carretera, por la que tampoco circulaba ningún vehículo. Las distancias que íbamos dejando atrás imponían a causa de un silencio de muerte que incluso se percibía en el interior del aparato. Las tormentas de nieve interrumpían esta monotonía o, mejor dicho, la acentuaban. El vuelo me hizo tomar conciencia del peligro que corrían las

tropas, prácticamente aisladas de los refuerzos de la patria. En la penumbra del atardecer aterrizamos en la ciudad industrial rusa de Dniepropetrovsk.

El grupo de técnicos que constituía la «Plana Mayor de Construcciones Speer», llamado así siguiendo la costumbre de la época de unir las misiones al nombre de personas, se había instalado de manera provisional en un coche cama. Una locomotora enviaba de vez en cuando un poco de vapor a la calefacción para impedir que se produjeran congelaciones. Igual de lastimosas eran las condiciones de trabajo, realizado en un coche comedor que servía simultáneamente de oficina y sala de estar. La reconstrucción de las líneas ferroviarias resultaba más dura y difícil de lo que habíamos imaginado. Los rusos habían destruido todas las estaciones intermedias. No quedaban cobertizos de reparaciones en ningún sitio, ni tampoco depósitos de agua protegidos contra las heladas, estaciones o cambios de agujas que estuvieran intactos. Los problemas más elementales, que en casa solucionaba la llamada de teléfono de cualquier empleada, se convertían allí en un problema, aunque sólo se tratara del suministro de clavos o de madera.

Nevaba sin cesar. El tráfico ferroviario y por carretera estaba completamente paralizado y la pista de despegue del campo de aviación quedó cubierta de nieve. Estábamos aislados y mi viaje de regreso tuvo que ser aplazado. Las visitas de los obreros nos ocupaban el tiempo, se organizaron veladas llenas de camaradería, se cantaron canciones y Sepp Dietrich pronunció discursos y fue agasajado. Yo estaba a su lado y, consciente de mi falta de habilidad oratoria, no me atrevía a decir siquiera unas palabras a mis hombres. Entre las canciones que entonaban los soldados, algunas muy melancólicas reflejaban la nostalgia de la patria y la desolación que les producía la inmensidad rusa, y hablaban claramente de la tensión a que estaban sometidos los hombres de los puestos avanzados. Resultaba revelador que

fueran estas canciones las favoritas de las tropas.

La situación era intranquilizadora. Los rusos habían conseguido abrir brecha con una pequeña unidad acorazada y se aproximaban a Dniepropetrovsk. Se celebraron reuniones para discutir la forma de ofrecer resistencia, aunque sólo se contaba con unos cuantos fusiles y un cañón sin municiones. Los rusos se situaron a unos veinte kilómetros y comenzaron a describir círculos por la estepa. Cometieron un error típico de las guerras: no aprovecharon la situación. Les habría sido fácil llegar hasta el largo puente sobre el Dniéper y quemarlo —había costado grandes esfuerzos reconstruirlo en madera—, lo que habría cortado durante varios meses el aprovisionamiento invernal del ejército que se encontraba al sudeste de Rostov.

No tengo en absoluto madera de héroe. Y como en los siete días que estuve allí no pude arreglar nada —al contrario, lo único que conseguía con mi presencia era disminuir las provisiones de los ingenieros—, decidí regresar en un tren que pretendía abrirse camino hacia el Oeste a través de las tormentas de nieve. Mi plana mayor me despidió amistosamente y, en mi opinión, con alivio. Durante la noche viajamos a unos diez kilómetros por hora, haciendo paradas continuas para apartar la nieve de la vía antes de proseguir la marcha. Debíamos de haber recorrido un buen trecho hacia el Oeste cuando, al amanecer, el tren llegó a una estación abandonada.

Todo se me antojó extrañamente conocido: cobertizos quemados, nubes de vapor sobre algunos coches cama y vagones comedor, soldados patrullando… Me encontraba de nuevo en Dniepropetrovsk. El tren se había visto obligado a regresar a causa de las tremendas masas de nieve. Afligido, me dirigí al coche comedor de mi plana mayor, donde mis colaboradores me recibieron no sólo con expresión de asombro, sino posiblemente también de irritación. No en balde habían estado celebrando la

marcha de su jefe y saqueando las existencias de alcohol hasta altas horas de la madrugada.

Aquel mismo día, 7 de febrero de 1942, debía emprender el vuelo de regreso el avión en el que había llegado Sepp Dietrich. El capitán Nein, que pronto sería el piloto de mi propio avión, se manifestó dispuesto a llevarme en su aparato. Nos costó bastante llegar al campo de aviación. Bajo un cielo limpio y a muchos grados bajo cero, rugía una tormenta que empujaba grandes masas de nieve. Los rusos, bien abrigados, intentaban en vano retirar de la carretera aquella tremenda cantidad de nieve, de varios metros de altura. Cuando llevábamos caminando alrededor de una hora me vi rodeado por algunos de estos rusos, que me hablaban llenos de excitación aunque yo no comprendía ni una sola palabra de lo que decían. Por fin uno de ellos, sin andarse con miramientos, me frotó la cara con nieve. «Congelado», pensé, pues esto sí lo sabía por mis expediciones a la alta montaña. Mi asombro aumentó cuando uno de los rusos sacó de entre sus sucias ropas un pañuelo limpio y bien doblado para secarme la cara.

A las once de la mañana conseguimos despegar, con algunas dificultades, de un campo cubierto de nieve. El objetivo del aparato era la base de la escuadrilla del *Führer*, situada en Rastenburg, en la Prusia Oriental. Aunque yo quería ir a Berlín, como el avión no era mío me di por satisfecho con poder avanzar al menos un buen trecho. Este azar me llevó por primera vez al cuartel general de Hitler en la Prusia Oriental.

Cuando llegué a Rastenburg llamé por teléfono a uno de sus asistentes, pensando que éste informaría a Hitler de mi presencia. No lo había vuelto a ver desde comienzos de diciembre y me habría sentido halagado si hubiera querido saludarme. Me llevaron al cuartel general del *Führer* en uno de los automóviles de su columna. Antes de nada, llené mi

estómago en el barracón en el que Hitler comía a diario con sus generales, colaboradores políticos y asistentes, aunque aquel día estaba reunido con el doctor Todt, ministro de Armamentos y Munición, y almorzaban en sus dependencias privadas. Mientras tanto, traté con el general Gercke, jefe de Transportes del Ejército de Tierra y comandante en jefe de las Tropas de Ferrocarriles, de las dificultades con que habíamos tropezado en Ucrania.

Después de una cena con gran cantidad de comensales, a la que también asistió Hitler, éste y Todt continuaron sus deliberaciones. Todt volvió a altas horas de la noche de una reunión larga y al parecer muy dura con expresión de cansancio. Estuve sentado con él unos minutos mientras se tomaba una copa de vino en silencio, sin dar a conocer el motivo de su descontento. Conversamos un poco, y Todt dijo que regresaba a Berlín a la mañana siguiente y que había una plaza libre en su aparato. No tenía inconveniente en llevarme con él y me alegré de poder evitarme así el largo viaje en tren. Acordamos emprender el vuelo a una hora temprana y el doctor Todt se despidió diciendo que intentaría dormir un poco.

Un asistente me rogó que fuera a ver a Hitler. Sería la una de la madrugada, es decir, la hora en la que también en Berlín acostumbrábamos a estudiar los planos. Hitler parecía tan agotado y malhumorado como Todt. La decoración de su cuarto reflejaba una sobriedad acentuada ex profeso; incluso había renunciado a la comodidad de un sillón. Hablamos de los proyectos de Berlín y Nuremberg y Hitler se fue mostrando más animado. También su cutis enfermizo pareció cobrar nueva vida. Por fin me pidió que le contara las impresiones que había sacado de mi visita al sur de Rusia y me hizo muchas preguntas, lleno de interés. Poco a poco fueron saliendo a relucir las dificultades que comportaba la reconstrucción de las instalaciones ferroviarias, las tormentas de nieve, el

incomprensible comportamiento de los tanques rusos, las veladas y las melancólicas canciones; en fin, todo. Lo de las canciones le llamó la atención y me preguntó por la letra. Saqué del bolsillo un papel que me habían dado con el texto. Hitler lo leyó y guardó silencio. Para mí, estas canciones eran comprensibles en un ambiente depresivo. Sin embargo, Hitler enseguida estuvo absolutamente convencido de que se debían a la maligna actividad de un enemigo que sabía lo que hacía, y creyó haber encontrado su rastro a través de mi relato. Después de la guerra me enteré de que Hitler había ordenado que los responsables de la impresión de estas canciones se presentaran ante un consejo de guerra.

Este episodio habla por sí mismo de su eterna desconfianza. Temeroso de no conocer la verdad, creía poder extraer conclusiones importantes de datos aislados como aquél. Por eso hacía siempre preguntas y más preguntas a los subordinados, aunque éstos no pudieran tener una visión de conjunto. Sus recelos, que a veces estaban justificados, podían revelarse en las naderías más ridículas, y no hay duda de que fueron uno de los motivos de su aislamiento respecto a lo que sucedía en el frente, pues su entorno procuraba por todos los medios que no recibiera visitas de informadores no cualificados.

A las tres de la madrugada, después de despedirme de Hitler y de anunciarle que regresaba a Berlín, cancelé mi partida en el avión del doctor Todt, que iba a despegar cinco horas después[101]. Estaba demasiado cansado. Una vez en mi pequeño dormitorio, reflexioné —y qué miembro del entorno de Hitler no haría lo mismo después de conversar dos horas con él— sobre la impresión que podía haberle causado. Me sentí satisfecho: volvía a confiar en levantar las obras que habíamos proyectado conjuntamente, de lo que dudaba a menudo a causa de la situación militar. Aquella noche nuestros antiguos proyectos se hicieron realidad y nos dejamos llevar por un

optimismo propio de alucinados.

A la mañana siguiente sonó el teléfono, que me arrancó de un sueño profundo. El doctor Brandt me anunció, muy alterado:

—El doctor Todt ha tenido un accidente de aviación y se ha matado.

A partir de aquel momento todo fue distinto para mí.

Mis relaciones con el doctor Todt se habían ido haciendo más estrechas durante los últimos años. Con él perdía a un colega mayor que yo y más ponderado. Teníamos mucho en común: ambos procedíamos de familias burguesas y acaudaladas, éramos de Baden y habíamos cursado estudios técnicos. Amábamos la naturaleza, la vida en los refugios, las excursiones en esquí…, y compartíamos la misma vehemente aversión hacia Bormann. Todt había tenido serias disputas con él porque con sus carreteras afeaba el paisaje del Obersalzberg. Mi esposa y yo habíamos ido muy a menudo a visitar a los Todt, que vivían en una casa apartada, pequeña y modesta a orillas del Hintersee, en la región de Berchtesgaden. Nadie habría supuesto que el famoso constructor de carreteras y creador de las autopistas pudiera vivir allí.

El doctor Todt era uno de los pocos hombres modestos y sin pretensiones de aquel gobierno. Era una persona de fiar y uno podía estar seguro de que no se dedicaría a intrigar. Dada su mezcla de sensibilidad y moderación, tan frecuente entre los técnicos, no encajaba con los jerarcas del Estado nacionalsocialista. Vivía apartado, solitario, sin contactos personales con los círculos del Partido. Sólo en contadísimas ocasiones se presentaba en las tertulias de Hitler, a pesar de que habría sido muy bien recibido en ellas. Hitler le profesaba un respeto rayano en la admiración, en tanto que Todt había conservado su independencia personal frente a él, aunque fue un

leal camarada del Partido desde los primeros años.

En enero de 1941, cuando tuve dificultades con Bormann y Giessler, Todt me escribió una carta excepcionalmente franca que revelaba una postura resignada ante la forma de trabajar de los mandos nacionalsocialistas: «Quizá, si hubiera conocido mis experiencias y los amargos desengaños que he sufrido en mi trato con las personas que en realidad tendrían que haber colaborado conmigo, habría podido usted considerar su experiencia como algo anecdótico, y quizá también le habría servido de alguna ayuda el punto de vista que he ido adquiriendo con el paso del tiempo: que toda actividad halla oposición, y que todo aquel que actúa encuentra rivales y, por desgracia, enemigos, no porque los hombres quieran serlo, sino porque las misiones y las circunstancias concretas llevan a las personas a adoptar distintos puntos de vista. Quizá haya escogido usted, a pesar de su juventud, el mejor camino: librarse de todo esto, mientras que yo no ceso de sufrir con ello»[102].

En el comedor del cuartel general del *Führer* se discutió vivamente durante el desayuno quién podría suceder al doctor Todt. Todos estaban de acuerdo en que era insustituible. Todt se había ocupado al mismo tiempo de tres Ministerios: tenía rango de ministro como director de las comunicaciones por carretera y también como jefe de canalizaciones, mejoras del suelo y centrales de energía, y además, como delegado de Hitler, era ministro de Armamentos y Munición del Ejército. Aparte de esto, dirigía el departamento de construcción dentro del Plan Cuatrienal de Göring y había creado la Organización Todt, que levantó la Línea Sigfrido y construyó refugios para submarinos en el Atlántico y carreteras en los territorios ocupados, desde el norte de Noruega hasta Francia meridional y Rusia.

Así pues, en los últimos años Todt había reunido las funciones técnicas más importantes. Aunque sus ocupaciones se

repartían, a nivel formal, entre varios departamentos, debían reunirse en un futuro Ministerio técnico en el que también se habrían integrado sus cargos de Director General Técnico del Partido y presidente de la asociación de agrupaciones de carácter técnico.

Vi con claridad que se me asignaría una parcela importante del enorme volumen de cometidos de Todt, pues ya en la primavera de 1939, durante su viaje de inspección a la línea Sigfrido, Hitler manifestó que tenía pensado encargarme las obras de las que se ocupaba Todt si le ocurría algo. Más adelante, en el verano de 1940, me recibió oficialmente en su despacho de la Cancillería del Reich para explicarme que, como Todt se sentía abrumado por el exceso de trabajo, había decidido que yo dirigiera las obras de las que él se ocupaba, incluidas las de la costa atlántica. En aquella ocasión pude convencerle de que era mejor que el responsable de aquellas obras y de la provisión de armamentos fuese la misma persona, pues ambas tareas estaban íntimamente relacionadas. Hitler no volvió a hablar del asunto y yo tampoco se lo mencioné a nadie. Aquello no sólo habría podido herir a Todt, sino también perjudicarlo[103].

Por tanto, ya estaba mentalmente preparado cuando, a la hora de costumbre —hacia la una de la tarde—, fui el primero al que Hitler llamó. La expresión de Schaub, su asistente en jefe, era solemne. Al contrario que la noche anterior, Hitler me recibió oficialmente como *Führer* del Reich. De pie, serio y con aire formal, aceptó mis condolencias, respondió a ellas con pocas palabras y dijo sin rodeos:

—Señor Speer, lo nombro sucesor a todos los efectos del ministro doctor Todt.

Me sentí consternado. Hitler ya me estaba dando la mano y se disponía a despedirme. Yo, en cambio, creí que se había

expresado mal, por lo que respondí que pondría todo mi empeño en sustituir al doctor Todt en las tareas de construcción.

—No; a todos los efectos, y también como ministro de Munición.

—Pero si no entiendo nada de… —Traté de objetar.

—Confío en usted —me atajó Hitler—. ¡No tengo a nadie más! ¡Póngase inmediatamente en contacto con el Ministerio y empiece!

—En ese caso, *mein Führer*, va a tener usted que ordenármelo, porque no puedo garantizar que sea capaz de llevar a cabo esta misión.

Hitler me dio brevemente la orden, que acepté en silencio.

Sin añadir ningún comentario personal, lo que había sido habitual hasta entonces entre nosotros, Hitler se dedicó a otra cosa. Me despedí con aquella primera muestra del que iba a ser nuestro nuevo estilo de trabajo. Hasta entonces, Hitler me había mostrado, como arquitecto, un afecto en cierto sentido propio de colegas, pero comenzaba ostensiblemente una nueva fase, y desde el primer minuto estableció la distancia adecuada para una relación oficial con un ministro que estaba a sus órdenes.

Cuando me dirigía hacia la puerta, entró Schaub.

—El señor mariscal del Reich ha llegado y desea hablarle con urgencia, *mein Führer*. No está citado.

Hitler lo miró con expresión de disgusto y desgana:

—Hágalo pasar. —Volviéndose hacia mí, añadió—: Quédese.

Göring entró impetuosamente en la estancia y, tras algunas palabras de pésame, comenzó a hablar con vehemencia:

—Lo mejor sería que yo me hiciera cargo de los cometidos del doctor Todt en el Plan Cuatrienal. Así se evitaría que se

repitieran con otro los roces y contratiempos que tuve con él en el pasado.

Göring debía de haber venido en su tren especial desde su coto de caza de Rominten, a unos cien kilómetros del cuartel general de Hitler. Dado que el accidente había ocurrido a las nueve y media de la mañana, tuvo que darse mucha prisa.

Hitler no accedió de ningún modo a la propuesta de Göring:

—Ya he nombrado al sucesor de Todt. El ministro del Reich señor Speer, aquí presente, se hará cargo a partir de ahora de todas las funciones del doctor Todt.

La firmeza de sus palabras excluía toda réplica. Göring pareció sobresaltarse y quedar consternado, pero se recuperó en unos segundos y, sin hacer ninguna alusión a las palabras que Hitler acababa de pronunciar, le preguntó, malhumorado y distante:

—*Mein Führer*, estará usted de acuerdo en que no asista al entierro del doctor Todt, ¿verdad? Ya sabe usted los enfrentamientos que tuve con él. Me resulta imposible acudir.

Ya no sé a ciencia cierta lo que le respondió Hitler, pues, como es perfectamente comprensible, me había quedado sin habla tras aquella primera entrevista oficial sobre mi carrera de ministro. Con todo, recuerdo que Göring acabó accediendo a asistir a los funerales para que no se hiciera pública su enemistad con Todt. Dada la importancia que el sistema concedía a los formalismos, habría resultado chocante que el segundo hombre del Estado no asistiera a los actos oficiales que se celebrarían en honor de un ministro fallecido.

No había duda de que Göring había intentado ganar por la mano a Hitler, y sospeché que él lo estaba esperando y por eso me había nombrado ministro enseguida.

Como ministro de Armamentos, el doctor Todt sólo podía

cumplir la misión que Hitler le había encomendado dando órdenes directas a la industria; Göring, en cambio, como encargado del Plan Cuatrienal, se consideraba responsable de toda la economía de guerra, por lo que él y su aparato adoptaron una postura defensiva frente a la actuación independiente de Todt. A mediados de enero de 1942, unos quince días antes de su muerte, Todt participó en una reunión en la que Göring lo atacó tan duramente que aquella misma tarde le dijo a Funk que no podía continuar. En tales ocasiones, para Todt era una desventaja vestir el uniforme de general de brigada del Ejército del Aire, lo que lo convertía, a pesar de ser ministro, en un inferior de Göring en la jerarquía militar.

Durante aquella breve conversación vi clara una cosa: Göring nunca sería mi aliado, pero Hitler parecía dispuesto a apoyarme si tenía dificultades con él.

Después del mortal accidente de Todt, Hitler mostró la estoica serenidad de un hombre que sabe que en su trabajo hay que contar con tales eventualidades. Aun sin mencionar ningún indicio, desde el primer día expresó la sospecha de que el accidente no era casual; le parecía posible que los servicios secretos hubieran tenido algo que ver en él. Sin embargo, pronto pasó a reaccionar con enojo y a mostrarse alterado cuando se hablaba del tema en su presencia, y podía llegar a decir con aspereza:

—No quiero volver a oír nada sobre esto. Prohibo que se siga hablando de este asunto. —Y a veces añadía—: Ya saben ustedes que esta pérdida todavía me afecta demasiado.

Por orden de Hitler, el Ministerio del Aire del Reich efectuó indagaciones para averiguar si la caída del avión podía haberse debido a un acto de sabotaje. La investigación estableció que el aparato había estallado a veinte metros del suelo, produciendo una vivísima llamarada. A pesar de esto, el informe del tribunal

militar, presidido por un general de aviación a causa de la importancia del caso, llegó a esta singular conclusión: «Nada lleva a sospechar que haya habido sabotaje. Por consiguiente, no se requiere la adopción de medidas ulteriores»[104]. Por cierto que le ocurría algo.

• • •

¡Qué riesgo y qué inconsciencia había en la espontánea decisión de Hitler de encargarme uno de los tres o cuatro Ministerios de los que dependía su Estado! Yo era un típico marginal, tanto para el Ejército como para el Partido y la economía. Nunca en mi vida había tenido nada que ver con las armas, pues jamás había sido soldado ni había utilizado un fusil, ni siquiera para ir de caza, por ejemplo. El hecho de que Hitler prefiriera escoger a colaboradores no especializados respondía a su inclinación por el diletantismo. Al fin y al cabo, había nombrado ministro de Asuntos Exteriores a un comerciante en vinos y ministro para los Territorios del Este al filósofo del Partido, además de poner la economía bajo la dirección de un piloto de combate. Y ahora convertía a un arquitecto en ministro de Armamentos. No hay duda de que prefería que fueran profanos quienes ocuparan los puestos directivos. Siempre mostró desconfianza hacia los especialistas como Schacht.

A Hitler le pareció que se debía a un acto especialmente llamativo de la providencia el hecho de que la noche anterior hubiera ido a parar al cuartel general y que cancelara el viaje con Todt, con lo que mi carrera, tras la muerte del profesor Troost, se vio determinada por segunda vez por el fallecimiento de una persona. Más tarde, cuando logré mis primeros éxitos, Hitler aseguraba con frecuencia que la muerte de Todt había sido necesaria, porque había permitido aumentar la producción de armamento.

En comparación con el difícil doctor Todt, no hay duda de que Hitler halló en mí a un colaborador voluntarioso; en este sentido, el cambio también respondía a la ley de selección negativa que determinaba la composición de su entorno. Como siempre que alguien lo contradecía designaba a una persona más servicial para asumir su papel, con el transcurso de los años se fue rodeando de gente que aceptaba cada vez más sumisamente sus decisiones y las ejecutaba con menos reparos.

Aunque los historiadores tienden a prestar más atención a mi actividad como ministro de Armamentos que a mis proyectos urbanísticos para Berlín y Nuremberg, mi profesión de arquitecto siguió siendo la ocupación de mi vida; consideré que mi sorprendente nombramiento como ministro constituía un paréntesis involuntario, una especie de servicio militar. Me parecía posible alcanzar fama y reconocimiento como arquitecto de Hitler, mientras que la valía de un ministro, incluso importante, tenía que verse absorbida a la fuerza por su gloria. Por eso le pedí muy pronto que me volviera a nombrar su arquitecto después de la guerra[105]. Que lo considerara necesario demuestra hasta qué punto uno se sentía dependiente de su voluntad incluso en las decisiones personales. Hitler accedió sin vacilar. También él creía que, como su primer arquitecto, le prestaría valiosos servicios a él y a su Reich. Cuando hablaba de sus planes para el futuro, a veces decía con nostalgia:

—Entonces nos retiraremos unos cuantos meses los dos para volver a repasar una vez más todos los planos.

Sin embargo, ese modo de expresarse se fue haciendo cada vez más infrecuente.

• • •

Como primera reacción a mi nombramiento, el 9 de febrero voló desde Berlín al cuartel general del *Führer* el jefe de sección personal de Todt, el consejero gubernamental superior Konrad

Haasemann. Había consejeros de Todt más importantes e influyentes, por lo que me sentí enojado y consideré que el envío de este funcionario era un intento de poner a prueba mi autoridad. Haasemann enseguida me hizo notar que a través de él podría familiarizarme con las cualidades de mis futuros colaboradores; pero le contesté tajante que pensaba hacerlo por mí mismo. Aquella misma noche me fui en tren a Berlín, pues de momento se me había pasado mi preferencia por el avión.

Cuando, a la mañana siguiente, crucé los arrabales de la capital del Reich, con sus fábricas y vías férreas, me asaltó la preocupación de si sabría estar a la altura de aquella ingente misión técnica que me resultaba tan ajena. Abrigaba grandes dudas respecto a mi capacidad de enfrentarme al nuevo cargo, a las dificultades que hallaría y a los requerimientos que comportaba. Cuando el tren entró en la estación de Silesia, el corazón me latía con fuerza y me sentía débil.

A partir de aquel momento, precisamente yo debía ocupar una posición clave en el conflicto bélico, a pesar de que era más bien tímido en el trato con desconocidos, no sabía mostrarme desenvuelto en las reuniones e incluso al tratar asuntos de trabajo me resultaba difícil expresar mis pensamientos de una manera precisa y comprensible. ¿Qué dirían los generales del Ejército cuando supieran que yo, etiquetado como artista, iba a ser su socio? Desde luego, al principio mis problemas de imagen personal y de autoridad me preocupaban tanto como mis misiones específicas.

Lo que me esperaba en mi nueva administración no era un asunto menor; sabía que los antiguos colaboradores de Todt me considerarían un intruso. Aunque me tuvieran por un buen amigo de su difunto jefe, también me habían visto acudir a sus oficinas con bastante frecuencia a pedir material para mis obras. Hacía años que estas personas se sentían íntimamente unidas a

Todt.

En cuanto llegué al Ministerio fui al despacho de mis principales colaboradores, evitándoles así tener que anunciarse en el mío, en el que ordené que no se hiciera ningún cambio mientras yo lo ocupara, a pesar de que la decoración del doctor Todt no respondía a mis gustos[106].

En la mañana del 11 de febrero de 1942 tuve que recibir solemnemente en la estación de Anhalt el féretro con los restos mortales de Todt. Aquella ceremonia me conmovió tanto como los funerales que se celebraron al día siguiente en la Sala de los Mosaicos de la Cancillería del Reich, en los que Hitler estuvo muy emocionado. Dorsch, uno de los más íntimos colaboradores de Todt, me prometió lealtad en un sencillo acto que se celebró junto a la tumba. Dos años más tarde, mientras yo estaba gravemente enfermo, este hombre participó en una intriga que Göring urdió contra mí.

• • •

Mi trabajo comenzó enseguida. El subsecretario del ministro del Aire, el mariscal Erhard Milch, me rogó que asistiera a la reunión que tendría lugar el viernes 13 de febrero en el Ministerio del Aire, en la que los tres Ejércitos de la Wehrmacht y el Ministerio de Economía tratarían cuestiones de armamento. A mi pregunta de si no se podía aplazar la sesión para que pudiera entrar en materia, Milch me respondió con otra, como correspondía a su carácter desenfadado y a la cordialidad de nuestra relación: Ya estaban en camino los principales industriales del Reich. ¿Acaso pretendía escabullirme? Acepté la invitación. Göring me había hecho llamar el día anterior. En la primera visita que le hacía en calidad de ministro, me habló de las buenas relaciones que habíamos tenido mientras fui arquitecto suyo. Esperaba que no se produjera ningún cambio en ese aspecto. Cuando quería, Göring podía ser de una

amabilidad cautivadora, aunque algo altanera. Después me expuso sus pretensiones: dijo haber alcanzado un acuerdo por escrito con mi antecesor y que me estaban preparando el mismo documento, que establecía que mi misión en el ejército no me llevaría a inmiscuirme en el Plan Cuatrienal; me lo enviaría para que lo firmara. Puso fin a nuestra entrevista diciendo con aire enigmático que, por lo demás, durante la próxima reunión averiguaría más cosas a través de Milch. No le di ninguna respuesta y terminé la entrevista sin abandonar el tono cordial. El Plan Cuatrienal abarcaba toda la economía del Reich, por lo que el acuerdo que Göring me proponía me habría incapacitado por completo para actuar.

Sospeché que en la reunión que Milch me había anunciado me esperaba una sorpresa. Como no me sentía nada seguro, expuse mis temores a Hitler, que aún se encontraba en Berlín. Tras haber visto la reacción de Göring ante mi nombramiento, podía contar con su apoyo.

—Está bien —me dijo—, si proceden de alguna manera contra usted o tropieza con dificultades, interrumpa el acto e invite a los participantes a dirigirse a la sala de sesiones del gabinete. Entonces les diré cuatro cosas a esos caballeros.

La sala de sesiones del gabinete era considerada una especie de «lugar sagrado», por lo que ser recibido en ella tenía que producir una impresión especial. Y el hecho de que Hitler estuviera dispuesto a dirigirse a aquel grupo, con el que yo tendría que colaborar en el futuro, suponía para mí un comienzo inmejorable.

La gran sala de sesiones del Ministerio del Aire estaba repleta. Había allí treinta personas, los hombres más importantes de la industria: el director general Albert Vögler; Wilhelm Zangen, director de la Agrupación de Industriales Alemanes; el capitán general Ernst Fromm, jefe del Ejército de

Reserva, con su subordinado el general Leeb, jefe de la Dirección General de Armamento del Ejército de Tierra; el almirante Witzell, jefe de Armamento de la Marina; el general Thomas, jefe de la Dirección General de Armamento y Economía del Alto Mando de la Wehrmacht; Walter Funk, ministro de Economía del Reich; varios apoderados del Plan Cuatrienal y otros importantes colaboradores de Göring. Milch asumió la presidencia como representante del Ministerio en el que se celebraba la reunión, y rogó a Funk que se sentara a su derecha y a mí que lo hiciera a su izquierda. Tras una breve introducción, explicó las dificultades organizativas que conllevaba el enfrentamiento de las tres ramas de la Wehrmacht. Vögler, de la Asociación de Productores de Acero, expuso entonces de un modo muy razonable que las órdenes y contraórdenes, así como las disputas y los continuos cambios respecto a los niveles de prioridad, alteraban la producción. Dijo que había reservas sin utilizar, pero que éstas no llegaban nunca a su destino, y que había llegado el momento de aclarar las cosas. Alguien debía ocuparse de tomar una serie de decisiones. Quién pudiera ser ese alguien era algo que a la industria no le incumbía.

A continuación tomaron la palabra el capitán general Fromm como representante del Ejército de Tierra y el almirante Witzell en nombre de la Marina, que se adhirieron, salvo en cuestiones de detalle, a las palabras de Vögler. El resto de los asistentes se expresó en el mismo sentido, poniéndose así de manifiesto el deseo general de que una sola persona asumiera la dirección unificada de todos aquellos asuntos. También yo me había dado cuenta de la necesidad de resolver la cuestión cuando colaboraba con el Ejército del Aire.

Por último se puso en pie Funk, ministro de Economía del Reich, y se volvió hacia Milch. Dijo que en el fondo todos estábamos de acuerdo, tal como había demostrado el desarrollo

de la sesión. Por lo tanto, sólo faltaba determinar quién iba a ser esa persona.

—¿Quién mejor que usted, querido Milch, que posee la confianza de Göring, nuestro estimado mariscal del Reich? Creo hablar en nombre de todos al rogarle que acepte usted esta misión —terminó, en un tono demasiado patético para aquel círculo.

No había duda de que todo aquello estaba preparado. Mientras Funk continuaba hablando, susurré a Milch al oído:

—La reunión proseguirá en la sala de sesiones del gabinete. El *Führer* quiere hablar sobre mis funciones.

Milch, hombre inteligente y de comprensión rápida, contestó a la propuesta de Funk que se sentía muy honrado por su confianza, pero que no podía aceptar[107].

Entonces tomé la palabra por primera vez. Transmití la invitación del *Führer* y dije al mismo tiempo, con firmeza, que la discusión proseguiría el jueves 19 de febrero en mi Ministerio, ya que, a juzgar por las apariencias, el asunto entraba de lleno en mis funciones como ministro. Milch dio por terminada la sesión.

Funk admitió más tarde ante mí que Billy Körner, subsecretario de Göring y su hombre de confianza en el Plan Cuatrienal, lo había apremiado el día antes de la reunión para que propusiera a Milch como apoderado con poder de decisión. Funk daba por seguro que Körner no habría podido decirle aquello sin que Göring lo supiera.

Únicamente la invitación de Hitler pudo hacer comprender a aquellos hombres, habituados a la relación de fuerzas existente hasta entonces, que yo me hallaba en una posición más sólida que mi antecesor al comenzar a ejercer mis funciones.

Hitler tenía ahora que sancionar en público mi actuación. Me llamó a su despacho, hizo que lo informara brevemente de

lo ocurrido y me pidió que lo dejara sólo unos instantes para tomar unas notas. Después se dirigió conmigo a la sala del gabinete.

Hitler habló durante cerca de una hora. Se extendió en consideraciones sobre la economía de guerra y recalcó la importancia de que se produjera un aumento sustancial en la producción de armamento. Habló de las valiosas fuerzas que había que movilizar en la industria y mencionó el conflicto que tenía con Göring de una manera sorprendentemente franca:

—Este hombre no se puede hacer cargo del armamento dentro del marco del Plan Cuatrienal.

Hitler siguió diciendo que era necesario establecer una separación entre aquella cuestión y el Plan Cuatrienal, y que por ello me la asignaba a mí. A veces se le daba a uno un cargo y luego se le quitaba; son cosas que pasan, continuó. Técnicamente era posible aumentar la producción, pero se habían cometido muchas negligencias. En la cárcel Funk me dijo que Göring, durante el proceso de Nuremberg, había pedido que le entregaran una copia escrita de estas palabras de Hitler, equivalentes a una destitución, para utilizarla como descargo ante la acusación de haber utilizado a trabajadores forzados.

Hitler evitó rozar siquiera el problema de la dirección unificada, y se refirió en exclusiva al armamento del Ejército de Tierra y de la Marina, excluyendo a propósito el aéreo. Como se trataba de una decisión política, y dadas las costumbres del sistema, me guardé muy bien de plantearle aquel punto tan conflictivo. Concluyó su parlamento con una llamada a la buena voluntad de los asistentes: habló de mi capacidad organizativa en el campo de la construcción —cosa que dudo que convenciera a los presentes—, calificó de gran sacrificio personal mi nueva actividad —algo en lo que, viendo lo crítico de la

situación, todos debieron de estar de acuerdo— y expresó finalmente la esperanza de que no sólo recibiría todo su apoyo en el desempeño de mi cargo, sino que también sería tratado con honestidad:

—¡Compórtense con él como unos *gentlemen*! —dijo, recurriendo a una palabra que era de lo más inusual en él.

Lo que no hizo fue delimitar con claridad mis cometidos, y eso me pareció bien.

Hitler nunca había presentado antes a un ministro de aquella forma. Incluso en un sistema menos autoritario, semejante debut habría supuesto una valiosa ayuda. En nuestro Estado, las consecuencias resultaron asombrosas incluso para mí: durante mucho tiempo pude moverme en un espacio en cierto modo vacío y desprovisto de toda resistencia, con lo que pude hacer casi todo lo que quise.

Funk, que acompañó conmigo a Hitler al salir de la sala de sesiones, prometió emocionado mientras nos dirigíamos a la residencia del canciller que pondría a mi disposición todo lo que necesitara y que haría cuanto estuviera en su mano para ayudarme. Mantuvo su promesa, salvo pequeñas excepciones.

Bormann y yo estuvimos charlando unos minutos con Hitler en la sala de estar. Antes de retirarse a sus habitaciones, volvió a aconsejarme que confiara en la industria, en la que encontraría a las personas más capaces. Ese pensamiento no era nuevo para mí, pues Hitler había destacado con frecuencia que lo mejor era dejar las grandes tareas directamente en manos de la economía, ya que la burocracia ministerial —que le inspiraba una gran aversión— no hacía sino frenar sus iniciativas. Aproveché para asegurarle, en presencia de Bormann, que tenía la intención de recurrir sobre todo a los técnicos de la industria, pero que para ello era necesario que no se tuviera en cuenta si pertenecían o no al Partido, pues, como era sabido, muchos de

aquellos técnicos no estaban afiliados. Hitler se declaró conforme y encargó a Bormann que respetara mis deseos; de este modo, y al menos hasta el atentado del 20 de julio de 1944, mi Ministerio quedó a cubierto de las desagradables comprobaciones de Bormann.

Aquella misma noche hablé abiertamente con Milch, quien me prometió colaborar conmigo en todo y abandonar el espíritu de rivalidad que hasta entonces había marcado la conducta de la Aviación hacia el Ejército y la Marina en cuestión de armamento. En especial durante los primeros meses sus consejos me resultaron imprescindibles, y no tardó en surgir entre nosotros una cordial amistad que todavía perdura.

CAPÍTULO XV

IMPROVISACIÓN ORGANIZADA

Disponía de cinco días antes de que se celebrara la reunión en el Ministerio. Debía organizar mis ideas en ese lapso de tiempo. Por extraño que pueda parecer, ya tenía una visión clara de lo fundamental. Desde el primer momento fui avanzando como un sonámbulo hacia el único sistema que me permitiría tener éxito en el suministro de armamentos. Es verdad que ya durante los dos años anteriores mi actividad me había permitido ver «muchos errores sistemáticos que no habría podido apreciar de haberlo contemplado todo desde arriba»[108].

Elaboré un organigrama en cuyas coordenadas verticales se situaban los diversos productos finales, tales como tanques, aviones o submarinos, es decir, el armamento de los tres ejércitos de la Wehrmacht. Alrededor de esas columnas verticales situé varios anillos, cada uno de los cuales representaba un grupo de los suministros necesarios para hacer cañones, tanques, aviones y otros tipos de armas. En esos anillos imaginaba reunida la terminación de las piezas de forja, de los rodamientos o de los equipos electrotécnicos. Acostumbrado, por mi condición de arquitecto, a pensar de forma tridimensional, diseñé el esquema en perspectiva.

El 19 de febrero volvieron a encontrarse, en la antigua sala de sesiones de la Academia de Bellas Artes, los jefes de los departamentos de economía de guerra y de armamento. Después de haber hablado durante una hora, tomaron nota sin

discusión de mi esquema organizativo, y tampoco se opusieron a un poder que, de acuerdo con lo discutido en la reunión del día 13, me asignaba la dirección unitaria para fabricar armamentos, así que me dispuse a hacer pasar el documento entre los presentes para que lo firmaran: el procedimiento era completamente inusitado en las relaciones entre los departamentos del Reich.

Sin embargo, la impresión causada por el discurso de Hitler seguía surtiendo efecto. El primero en declararse del todo conforme con mi proposición fue Milch, quien firmó enseguida el poder que solicitaba. El resto de los asistentes formuló algunos reparos formales que Milch resolvió gracias a su autoridad. El único en resistirse hasta el último momento fue el almirante Witzell, representante de la Marina, quien dio su consentimiento con reservas.

Al día siguiente me dirigí al cuartel general de Hitler junto con el mariscal Milch, el general Thomas y el general Olbricht, que representaba al capitán general Fromm, para dar cuenta a Hitler del resultado positivo de la reunión y exponerle mis planes organizativos. Él se mostró de acuerdo en todo.

A mi regreso, Göring me citó en Karinhall, su finca de caza, enclavada en la zona de Schorfheide, más de setenta kilómetros al norte de Berlín. Después de ver el nuevo Berghof en 1935, Göring hizo construir, en torno a su antigua y modesta casa de cacería, una residencia señorial que superó en tamaño a la de Hitler; la sala de estar tenía las mismas dimensiones que ésta, pero la ventana corredera era mayor. A Hitler le disgustó el dispendio; pero su arquitecto había construido una plataforma, adecuada al afán de lujo de Göring, que ahora le servía de cuartel general.

En tales reuniones siempre se perdía todo un valioso día de trabajo. También esta vez, después de llegar puntualmente hacia

las once de la mañana tras un largo viaje en automóvil, tuve que pasarme una hora contemplando los cuadros y gobelinos de la sala de recepción de Göring, quien, al contrario que Hitler, no se preocupaba demasiado por sus citas. Se presentó por fin, descendiendo de forma romántico-decorativa de sus aposentos vestido con una bata de terciopelo verde. Nos saludamos con bastante frialdad. Me precedió hasta su sala de trabajo y tomó asiento en su gigantesco escritorio mientras yo me sentaba discretamente frente a él. Göring, muy excitado, se quejó con amargura de que no lo hubiera invitado a la reunión celebrada en la sala del Gabinete y me pasó por encima de la mesa un dictamen del director de sección del Plan Cuatrienal Erich Neumann sobre las consecuencias jurídicas del documento que yo había pergeñado. Con una rapidez que no le habría supuesto a causa de su corpulencia, se puso en pie de un salto y empezó a caminar de prisa de un lado a otro por la espaciosa estancia, fuera de sí. Dijo que sus apoderados eran unos cobardes sin carácter. Al firmar aquel documento se habían subordinado a mí para siempre sin consultar siquiera con él. No me dejó hablar, pero en aquella situación me pareció muy bien. Indirectamente, sus reproches también se dirigían contra mí, pero el hecho de que no se atreviera a censurar mi conducta denotaba la debilidad de su posición. Por fin declaró que no podía aceptar que se socavara de aquel modo su autoridad. Iría enseguida a ver a Hitler y renunciaría a su cargo de «delegado para la realización del Plan Cuatrienal»[109]. Desde luego, eso no habría significado ninguna pérdida, pues Göring, quien no hay duda de que al principio impulsó con gran energía el plan, en 1942 era considerado una persona letárgica y muy perezosa. Causaba una impresión de inestabilidad cada vez mayor, emprendía arbitrariamente demasiadas cosas a la vez, trabajaba a saltos y por lo general se mostraba muy poco realista.

Por supuesto, Hitler no habría aceptado la dimisión de

Göring, lo que habría tenido unas consecuencias políticas que no deseaba, y habría buscado una solución de compromiso, que era justamente lo que había que evitar, pues todo el mundo temía los compromisos de Hitler, que solían constituir unas salidas que no resolvían las dificultades, sino que aún complicaban más la situación.

Sabía que tenía que hacer algo para reforzar el quebrantado prestigio de Göring. Le aseguré que las innovaciones que Hitler deseaba y que sus apoderados generales habían aceptado no menoscabarían de ningún modo su posición. Göring se mostró satisfecho con mis palabras. Yo estaba dispuesto a subordinarme a él y a realizar mis actividades en el marco del Plan Cuatrienal.

Tres días después me presenté de nuevo en la residencia de Göring y le mostré un borrador en el que yo figuraba como «apoderado general para las cuestiones de armamento dentro del Plan Cuatrienal». Göring se mostró conforme, aunque me hizo saber que me había propuesto hacer demasiadas cosas y que sería mejor para mis propios intereses limitar mis objetivos. Dos días más tarde, el 1 de marzo de 1942, Göring firmó un decreto que suponía más para mi autoridad que el documento del 19 de febrero al que ponía objeciones y que me facultaba para «dar al armamento […], en el conjunto de la vida económica, la primacía que le corresponde en caso de guerra»[110].

El 16 de marzo, poco después de que también Hitler —satisfecho de que las dificultades con Göring se hubieran resuelto— diese su conformidad al acuerdo, comuniqué mi nombramiento a la prensa alemana, a la que facilité una vieja fotografía en la que Göring me ponía amistosamente la mano en el hombro, contento por mi proyecto para su departamento de mariscal del Reich. Con ello quería dar a entender que la crisis de la que ya se comenzaba a hablar en Berlín estaba cerrada. La Oficina de Prensa de Göring me envió una nota de protesta

para indicarme que la fotografía y el decreto sólo podían haber sido publicados por él.

Hubo más dificultades. Göring se me quejó de que el embajador italiano le había dicho que, según la prensa extranjera, él —Göring— había sido derrotado por el nuevo ministro. ¡Esas noticias tenían que minar a la fuerza su prestigio en la industria! Puesto que era un secreto a voces que la economía nacional financiaba los grandes gastos de Göring, tuve la sensación de que lo que temía en realidad era que estos beneficios disminuyeran, así que le propuse invitar a los industriales a una reunión en Berlín en la que yo me subordinaría formalmente a él. Mi propuesta le agradó en extremo y le hizo recobrar al instante su buen humor.

Por lo tanto, unos cincuenta industriales recibieron de Göring la orden de presentarse en Berlín. La reunión se inició con un breve discurso mío en el que cumplí mi promesa, mientras que Göring hizo una larga disertación sobre la importancia del armamento. Invitó a los industriales presentes a dedicar todas sus energías a la tarea y siguió con los tópicos consabidos. En cambio, no se pronunció ni a favor ni en contra de mi cometido, que no mencionó en absoluto. En el futuro, la desidia de Göring me permitiría actuar libremente y sin inhibiciones. Aunque estaba celoso de mis éxitos, durante los dos años siguientes apenas hizo intento alguno de interferir en mis actividades.

Dada la mengua de la autoridad de Göring, no me parecieron suficientes los poderes que éste me había concedido e hice que poco después, el 21 de marzo, Hitler firmara lo siguiente: «Las exigencias de la economía general alemana han de subordinarse a las necesidades de la economía armamentista». Las costumbres del régimen autoritario hacían que el decreto de Hitler equivaliera a un pleno poder en todo el campo de la

economía.

La forma jurídica de nuestra organización era igualmente improvisada. Consideré que la delimitación precisa de mis competencias no me convenía y conseguí evitarla. Por consiguiente, mi actividad podía regirse en cada caso en función de los objetivos y de la capacidad de mis colaboradores. Una formulación concreta de los derechos que se derivaban de mi posición de poder casi ilimitado, reafirmada por el apoyo de Hitler, no habría tenido otra consecuencia que las disputas con otros Ministerios sobre cuestiones jurisdiccionales, sin que se hubiera podido lograr un acuerdo satisfactorio.

Es cierto que estas ambigüedades eran un cáncer en la forma de gobernar de Hitler; pero yo estaba de acuerdo con ellas si me favorecían y siempre que él firmara los decretos que yo le presentaba; sin embargo, cuando no aceptaba ciegamente mis peticiones, y en determinados aspectos dejó de hacerlo muy pronto, me veía sumido en la impotencia o condenado a servirme de la astucia.

En la noche del 2 de marzo de 1942, cerca de un mes después de mi nombramiento, invité a una cena de despedida a todos los arquitectos que trabajaban en el nuevo Berlín. En mi breve discurso les dije que cualquiera puede verse metido un día precisamente en aquello contra lo que ha tratado de resistirse toda la vida. Y que me parecía muy singular que mi nueva ocupación no me resultara del todo extraña, a pesar de que, a primera vista, se encontrara tan alejada de la anterior.

—Desde la época en que estuve en la Escuela Superior —proseguí—, sé muy bien que, si uno quiere comprender las cosas, tiene que dedicarse a ellas a fondo. El hecho de que ahora me centre en los tanques me hará más fácil dedicarme a otros muchos cometidos.

Continué diciendo que de momento había previsto que

necesitaría un plazo de dos años para llevar a cabo mi programa. No obstante, esperaba poder regresar antes. Más adelante iba a serme de utilidad mi misión de guerra, pues precisamente los técnicos iban a ser llamados a solucionar los problemas del futuro.

—Y la dirección de la técnica —concluí con cierta exageración— será en el futuro tarea de los arquitectos[111].

Con los poderes que Hitler me había otorgado en el bolsillo y con un Göring tranquilo, pude poner en marcha la «autorresponsabilización de la industria» que mi esquema establecía. Aunque hoy se da por cierto que la inesperada y rápida mejora en la producción de armamento se ha de atribuir a este sistema organizativo, sus bases no eran en absoluto nuevas. Tanto el mariscal Milch como mi antecesor, el doctor Todt, habían empezado a encomendar tareas de dirección a los técnicos más notables de las principales fábricas. Sin embargo, el doctor Todt había tomado esta idea de otro: el verdadero promotor de la «autorresponsabilización de la industria» fue Walther Rathenau, el gran organizador judío de la economía de guerra durante la Primera Guerra Mundial. Su idea de que se podía aumentar de manera considerable la producción mediante el intercambio de experiencias técnicas, la división del trabajo entre las distintas fábricas y la tipificación y normalización de los productos lo llevó, ya en 1917, a establecer la tesis de que, bajo estas premisas, «se podría garantizar el doble de producción con las mismas instalaciones y los mismos costes»[112]. En un rincón del Ministerio de Todt se hallaba un antiguo colaborador de Rathenau que durante la Primera Guerra Mundial había trabajado con él y que más adelante escribió un libro sobre su organización. El doctor Todt obtuvo muchos datos de él.

Constituimos «comisiones principales» para cada tipo de armas y «anillos principales» para los suministros, de tal modo

que trece de estas comisiones constituían las columnas de mi organización armamentista, unidas entre sí por un número igual de anillos[113].

Organicé también comisiones de desarrollo, constituidas por oficiales del Ejército de Tierra e industriales, cuyo objeto era inspeccionar la producción, introducir mejoras técnicas en ella ya durante los trabajos preliminares y suprimir los pasos innecesarios.

La primera premisa de la racionalización era que los comités y equipos se asegurasen —esto era vital para nuestra idea— que una fábrica determinada se concentrase en producir solo un producto, pero que lo hiciera al máximo de su capacidad. Debido a la inquietud de Hitler y Göring, que se traducía en súbitos cambios de programa, había obligado a las empresas a asegurarse de tener cuatro o cinco pedidos simultáneos —preferiblemente de distintas secciones de la Wehrmacht—, con el fin de, en caso de que se anulara alguno, poder desplazar su capacidad industrial hacia otro. Además, la Wehrmacht solía hacer pedidos a corto plazo. Por ejemplo, antes de 1942, la petición de municiones aumentaba o disminuía según el consumo, que seguía un ritmo espasmódico a causa de las batallas relámpago, lo que obligaba a las empresas a no dedicarse de manera permanente a producirlas. Nosotros garantizamos los pedidos y procuramos que cada empresa fabricara productos de un mismo tipo.

Estas pequeñas modificaciones consiguieron convertir en un proceso industrial lo que durante los primeros años de la guerra había tenido, en cierto modo, un carácter artesanal. No tardaron en lograrse resultados sorprendentes. Es significativo que eso no sucediera en las industrias que ya antes de la guerra trabajaban de modo racionalizado, como la del automóvil, donde la producción aumentó muy poco. Yo consideraba que mi tarea

fundamental consistía en descubrir y analizar los problemas ocultos tras la rutina de los años; su solución la dejaba en manos de los especialistas. Obsesionado por mi misión, no aspiraba a que disminuyeran mis competencias, sino al contrario. El aprecio de Hitler, el sentido del deber, el orgullo, la autoestima…: todo se juntaba. Al fin y al cabo era, con mis treinta y seis años de edad, el ministro más joven del Reich. La «organización industrial» pronto estuvo compuesta por más de diez mil colaboradores y auxiliares, en tanto que en nuestro Ministerio sólo trabajaban 218 funcionarios[114]. Esta relación respondía a mi idea de que el trabajo ministerial debía subordinarse a la «autorresponsabilización de la industria».

La rutina de trabajo del Ministerio establecía que la mayor parte de los casos llegaran al ministro a través del subsecretario, quien decidía sobre su importancia siguiendo su propio criterio y efectuaba, en cierto modo, una criba. Yo eliminé este procedimiento y puse bajo mis órdenes directas a más de treinta jefes de la organización de la industria y a diez jefes de sección del Ministerio[115]. En principio todos tendrían que entenderse entre ellos; yo me reservé únicamente el derecho a intervenir en las cuestiones importantes o en los casos en que hubiera discrepancia de opiniones.

Nuestro método de trabajo era también poco habitual. Los funcionarios de la burocracia estatal, estancados en su rutina, hablaban despectivamente de un «Ministerio dinámico», de un «Ministerio sin planificación» o de un «Ministerio sin funcionarios». Se me acusó de recurrir a métodos informales o americanos. Al decir que «cuando las competencias se delimitan estrictamente, se incita a la gente a despreocuparse de todo lo demás»[116], lo que hacía era protestar contra la rigidez del sistema burocrático, pero al mismo tiempo me acercaba a las ideas de Hitler sobre una dirección estatal improvisada y conducida por el impulso de un genio.

También fue motivo de enojo uno de los principios de mi gestión de personal: en cuanto inicié mi actividad, como demuestra el protocolo del *Führer* de 19 de febrero de 1942, estipulé que, cuando los directivos ocupasen puestos de importancia, «en caso de que superaran los cincuenta y cinco años de edad, debería nombrarse al mismo tiempo a un suplente que no tuviera más de cuarenta».

Mis organigramas no llegaban a interesar a Hitler. Tuve la impresión de que no le agradaba ocuparse de estas cuestiones; de hecho, en muchos campos se había mostrado siempre incapaz de distinguir entre lo fundamental y lo accesorio. Tampoco le gustaba delimitar claramente las competencias. A veces encargaba a varios departamentos o a distintas personas el mismo cometido o uno muy similar:

—Así —opinaba con satisfacción— se impone el más fuerte.

• • •

Seis meses después de hacerme cargo del Departamento habíamos aumentado mucho la producción en todos los campos que nos habían sido asignados. De acuerdo con el «índice de la producción alemana de armamentos», en el mes de agosto de 1942 se fabricó un 27% más de armas que en febrero del mismo año, un 25% más de tanques y un 97% más —casi el doble— de municiones; el rendimiento total de la producción de armamento aumentó un 59,6%.[117] No había duda de que pusimos en movimiento reservas que hasta la fecha no habían sido utilizadas.

A pesar de los bombardeos, que acababan de comenzar, en dos años y medio aumentamos la producción de armamentos desde un promedio de 98 en 1941 a una cifra punta de 322 en julio de 1944. El número de trabajadores, por el contrario, sólo aumentó un 30%, así que conseguimos reducir a la mitad el

gasto de trabajo. Se había conseguido exactamente lo que predijo Rathenau en 1917 como efecto de la racionalización: «Doblar la producción con las mismas instalaciones y los mismos costes de trabajo».

Al contrario de lo que se acostumbra afirmar con frecuencia, esos resultados no fueron de ningún modo la obra de un genio. Muchos de los técnicos de mi departamento tenían gran talento organizador y habrían sido sin lugar a dudas más apropiados que yo para llevar a cabo la tarea, pero ninguno de ellos habría podido tener éxito, pues no habrían contado con la confianza que Hitler había depositado en mí. El prestigio y el poder otorgados por el *Führer* lo eran todo.

Más allá de todas las nuevas medidas organizativas, un aspecto decisivo para que se produjeran estos notables incrementos de la producción fue que yo empleara métodos propios de una gestión democrática de la economía. Y es que, por principio, mi sistema implicaba confiar en los responsables de la industria hasta que los hechos dieran motivos para dejar de hacerlo. Así, se recompensaron las iniciativas, se despertó la conciencia de la propia responsabilidad, se suscitó el deseo de tomar decisiones…, cosas que habían sido sofocadas hacía tiempo entre nosotros. Bien es verdad que la presión mantenía en marcha el sistema productivo, pero impedía la espontaneidad. Afirmé que «la industria no nos engaña ni nos roba a sabiendas, ni intenta perjudicar de ningún otro modo a la economía de guerra»[118].

El Partido se sintió desafiado por mi actitud, como pude comprobar después del 20 de julio de 1944. Fui duramente atacado por todos y tuve que defender mi sistema de la delegación de responsabilidades en una carta a Hitler[119].

A partir de 1942, los Estados rivales siguieron una dirección opuesta y en cierto modo paradójica: mientras los americanos,

por ejemplo, se veían obligados a disciplinar de forma autoritaria la estructura de la industria, nosotros intentábamos eliminar las trabas de nuestro reglamentado sistema económico. Con el paso de los años, la exclusión de toda crítica hacia las jerarquías superiores había llevado a que los altos mandos no tuvieran en cuenta los fracasos, errores o fallos de planteamiento. Ahora volvía a haber grupos en los que se discutía, se descubrían defectos y errores y se podía hablar sobre la manera de eliminarlos. A menudo decíamos en broma que estábamos tratando de reimplantar el sistema parlamentario[120]. Nuestro sistema dio lugar a una de las condiciones necesarias para compensar las flaquezas de un régimen autoritario. Los asuntos importantes ya no se resolvían únicamente según el principio militar, es decir, de abajo arriba y por el conducto reglamentario. Eso sí, era fundamental que a la cabeza de los grupos hubiera personas que permitieran expresar los pros y los contras de cada asunto antes de adoptar una decisión clara y bien fundamentada.

Resulta grotesco que este sistema fuera mirado con reservas por los directores de las empresas, a quienes dirigí una circular para invitarlos a «comunicarme sus necesidades y observaciones con más fluidez que hasta entonces» en cuanto entré en funciones. Esperaba un alud de respuestas, pero no hubo ninguna. Me sentí lleno de desconfianza y creí que no se me permitía el acceso al correo, pero realmente no había llegado nada. Más tarde supe que temían las represalias de los jefes regionales.

La crítica de arriba abajo era más que copiosa, pero su complemento necesario, es decir, la del inferior al superior, era muy difícil de obtener. Después de ser nombrado ministro, a menudo tuve la sensación de estar flotando en el aire, pues mis decisiones nunca topaban con ningún eco crítico.

Debíamos el éxito de nuestro trabajo a miles de técnicos que habían destacado por su alto rendimiento, a los que confiamos secciones completas de la producción de armamento. Eso despertó su dormido entusiasmo; mi estilo poco ortodoxo aumentó su nivel de compromiso. En el fondo, lo que hice fue aprovechar la vinculación muchas veces acrítica del técnico con su tarea. La aparente neutralidad moral de la técnica no dejaba que aflorara la conciencia de lo que hacían. Una de las peligrosas repercusiones de la progresiva tecnificación de nuestro mundo a causa de la guerra era que no permitía a los que trabajaban en él vincularse con las consecuencias de su actividad anónima.

Yo prefería «colaboradores incómodos a peones cómodos»[121]; en cambio, el Partido mostraba una profunda desconfianza hacia los especialistas apolíticos. Sauckel, uno de los jerarcas más radicales del Partido, decía que si al principio se hubiera fusilado a unos cuantos directores de empresa, los demás habrían presentado un mejor rendimiento.

Durante dos años fui inatacable. Sin embargo, tras el atentado militar del 20 de julio de 1944, Bormann, Goebbels, Ley y Sauckel se tomaron el desquite. Dirigí entonces una carta a Hitler para decirle que no me sentía lo bastante fuerte para proseguir con mi trabajo si éste tenía que ser valorado políticamente[122].

• • •

En el Estado de Hitler, los colaboradores de mi Ministerio no afiliados al Partido disfrutaban de una protección legal inusitada, pues, en contra de la opinión del ministro de Justicia, desde el principio establecí que las causas criminales por actividades contra la producción de armamento sólo podrían abrirse a petición mía[123]. Esta salvedad siguió protegiendo a mis colaboradores incluso después del 20 de julio de 1944. Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Gestapo, me preguntó si los tres

directores generales Bücher (de la AEG), Vögler (de la Asociación de Productores de Acero) y Reusch (de la compañía siderúrgica Gutehoffnungshütte) habían de ser procesados por sus palabras «derrotistas». Mi respuesta en el sentido de que nuestro trabajo nos obligaba a hablar con franqueza sobre la situación evitó su encarcelamiento. Por otra parte, se amenazaba con duros castigos a los colaboradores que abusaran de mi sistema de confianza y dieran por ejemplo unas cifras falsas, sabiendo que no las comprobaríamos, para acaparar materias primas esenciales, lo que habría retrasado el envío de armas al frente[124].

Desde el primer día consideré nuestra gigantesca organización como algo provisional. Así como yo deseaba reintegrarme a la arquitectura una vez terminada la guerra y me había parecido necesario que Hitler me diera su palabra al respecto, prometí a la dirección de la industria que nuestro sistema se mantendría sólo durante la guerra; no podíamos esperar que las empresas renunciaran en tiempos de paz a sus hombres más capacitados, ni que pusieran sus conocimientos a disposición de la competencia[125].

Además de no olvidar este carácter provisional, me esforzaba por mantener la espontaneidad. Me preocupaba que las formas burocráticas invadieran mi trabajo, e invitaba continuamente a mis colaboradores a no extender actas y a impedir, mediante conversaciones informales y telefónicas, que su actividad se viera condicionada por los «procedimientos». Por lo demás, los ataques aéreos contra las ciudades alemanas nos obligaban a una improvisación continua, aunque a veces llegué a considerarlos beneficiosos, como lo demuestra mi irónica reacción a la destrucción del Ministerio durante el ataque aéreo del 22 de noviembre de 1943:

—Si bien hemos tenido la suerte de que ardiera una gran

parte de las actas del Ministerio, lo cual nos librará por un tiempo de un lastre innecesario, no podemos confiar en que sucesos de ese tipo nos aporten a menudo la frescura que necesitamos en nuestro trabajo[126].

A pesar de todos los progresos técnicos e industriales, la producción de armamento no era comparable a la de la Primera Guerra Mundial ni siquiera en la época de las principales victorias militares, en 1940 y 1941. Durante el primer año de la campaña de Rusia sólo se fabricó la cuarta parte de cañones y munición que en otoño de 1918. Incluso tres años después, en la primavera de 1944, cuando nuestros continuos éxitos nos aproximaron al máximo en la producción de municiones, ésta seguía por debajo de la lograda en la Primera Guerra Mundial…, y eso contando con las fábricas de la antigua Alemania, Austria y Checoslovaquia[127].

Siempre he contado el exceso de burocracia entre las causas de este retroceso y lo combatí en vano[128]. Por ejemplo, en la Dirección General de Armamentos había diez veces más personal que durante la Primera Guerra Mundial. Desde 1942 hasta fines de 1944 insistí, en mis discursos y cartas, en que se simplificara la Administración. Tras llevar un tiempo luchando contra la típica burocracia alemana, potenciada por el sistema autoritario, mi crítica a la tutela estatal de la economía de guerra fue adquiriendo el carácter de un dogma político que me permitía explicarlo todo: en la mañana del 20 de julio, unas horas antes del atentado, escribí a Hitler una carta en la que le decía que los rusos y los americanos obtenían buenos rendimientos con una organización sencilla, en tanto que nosotros, debido a lo anticuado de nuestro método, no conseguíamos alcanzar unos resultados comparables. Esta guerra enfrentaba también dos sistemas: era la «lucha de nuestro sistema organizativo, excesivamente meticuloso, contra la improvisación de la parte contraria». Si no modificábamos

nuestro sistema, ligado a la tradición y poco ágil, la posteridad constataría que habíamos perdido la batalla.

CAPÍTULO XVI

OMISIONES

Sigue pareciéndome asombroso que Hitler pretendiera evitar a su pueblo aquellos sacrificios[129] que Churchill o Roosevelt impusieron a los suyos sin reparo alguno durante la guerra. La discrepancia entre la movilización total de las fuerzas en la democrática Inglaterra y el descuido con que se trató esta cuestión en la Alemania autoritaria habla de la preocupación del régimen respecto a la posibilidad de perder el apoyo popular. La clase dirigente no quería imponerse sacrificios ni imponérselos al pueblo, al que se esforzaba por mantener lo más contento posible. Hitler y la mayoría de sus colaboradores políticos habían sido soldados durante la Revolución de noviembre de 1918 y nunca lograron superarla. En sus conversaciones privadas, Hitler dejaba entrever con frecuencia que experiencias como la de 1918 enseñaban que nunca se era lo bastante cauteloso. Para anticiparse a cualquier brote de inquietud, se gastó más que en los países democráticos en abastecimiento de artículos de consumo, pensiones de guerra o indemnización a las mujeres que tenían a sus maridos en el frente. Mientras que Churchill no ofrecía a su pueblo más que «sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas», para nosotros era válida en todas las fases y crisis de la guerra la consigna de Hitler, monótonamente repetida: «La victoria final es segura». El temor a la pérdida de popularidad, que habría podido llevar a una crisis interna, revelaba una posición política débil.

Alarmado por los reveses sufridos en el frente ruso, en primavera de 1942 no sólo intenté movilizar todos los recursos, sino que al mismo tiempo insistí en que «la guerra tiene que terminar lo antes posible o, de lo contrario, Alemania la perderá. Tenemos que ganarla antes de finales de octubre, antes de que comience el invierno ruso, o la habremos perdido para siempre; sin embargo, sólo podemos ganarla con las armas de que disponemos ahora y no con las que tendremos el año que viene». Sigo sin entender cómo pudo llegar este análisis de la situación a conocimiento del *Times*, que lo publicó el 7 de septiembre de 1942[130], en un artículo que resumía una opinión que compartíamos Milch, Fromm y yo.

En abril de 1942[131] también declaré públicamente que «nuestra intuición nos dice a todos que este año significará un punto de inflexión decisivo en nuestra historia», sin sospechar que dicho punto de inflexión estaba a punto de producirse con el cerco del VI Ejército en Stalingrado, el aniquilamiento del Afrika Korps, las exitosas operaciones de desembarco en África del Norte y los primeros ataques aéreos en masa a las ciudades alemanas. También nos encontrábamos en un punto de inflexión en el campo de la economía de guerra, que hasta otoño de 1941 se dirigió a sostener distintas batallas entre las que se producían grandes intervalos de tregua, mientras que ahora comenzaba la guerra permanente.

A mi modo de ver, la movilización de todas las reservas habría tenido que comenzar por la cúpula del Partido. Esto me parecía tanto más justificado cuanto que el 1 de septiembre de 1939 el propio Hitler había declarado solemnemente ante el Reichstag que no habría privación alguna que él no estuviese dispuesto a imponerse.

Al menos ahora aceptó mi propuesta de paralizar los proyectos que había seguido impulsando, incluidos los del

Obersalzberg. Apelé a esta disposición cuando, quince días después de tomar posesión de mi nuevo cargo, hablé frente a nuestro auditorio más difícil: el de los jefes nacionales y regionales. «Los trabajos destinados al tiempo de paz tienen que pasar a segundo término. Debo informar al *Führer* de todo lo que contravenga estas órdenes y perturbe de modo irresponsable la producción de armamentos». Eso era una clara amenaza, aunque prosiguiera diciendo reconciliadoramente que hasta aquel invierno todos habíamos abrigado la esperanza de que el conflicto se resolvería con rapidez. Ahora la situación militar exigía paralizar todas las obras superfluas en las distintas regiones. Era nuestro deber predicar con el ejemplo incluso aunque el ahorro en mano de obra y material no fuera muy grande.

Yo estaba convencido de que, a pesar de la monotonía de mi discurso, todos los asistentes responderían a este llamamiento. Sin embargo, al acabarlo me vi rodeado por numerosos jefes regionales y de circunscripción que deseaban obtener autorizaciones especiales para proseguir con algún proyecto.

El primero fue el mismo jefe nacional Bormann, quien se había procurado una contraorden de un Hitler indeciso. Efectivamente, los trabajadores empleados en el Obersalzberg, que también necesitaban camiones, material y carburante, continuaron allí hasta el final de la guerra, a pesar de que tres semanas más tarde hice que Hitler me otorgara una nueva orden de paralización de los trabajos[132].

Después me apremió el jefe regional Sauckel para asegurarse la construcción de su Foro del Partido en Weimar, que prosiguió hasta el final de la guerra. Robert Ley quería hacer unas pocilgas en su finca modelo. Me dijo que tenía que apoyarlo, pues sus experimentos serían de gran importancia para nuestra alimentación. Rechacé por escrito su solicitud, pero me

permití la broma de encabezar así el escrito: «Al jefe de organización nacional del NSDAP y jefe del Frente Alemán del Trabajo. Asunto: Sus pocilgas».

Después de mi llamamiento, el propio Hitler, además de continuar las obras en el Obersalzberg, hizo transformar en una lujosa residencia para invitados el muy deteriorado palacio de Klessheim, cerca de Salzburgo, lo que costó varios millones de marcos, y Himmler levantó cerca de Berchtesgaden una gran casa de campo para su amante con tal discreción que no me enteré hasta las últimas semanas de la guerra. Después de 1942, Hitler animó a un jefe regional a reformar el palacio de Poznan y un hotel, para lo que empleó una gran cantidad de material racionado, además de permitirle levantar una residencia particular cerca de la ciudad. En 1942 y 1943 se fabricaron nuevos trenes especiales para Ley, Keitel y otros, a pesar de que ello exigía el empleo de valiosas materias primas y de trabajadores especializados. Desde luego, se me ocultaron la mayoría de los proyectos personales de los funcionarios del Partido; el inmenso poder de que disfrutaban los jefes nacionales y regionales me impedía ejercer ningún control en este sentido y, si alguna vez lograba vetarlos, mis prohibiciones tampoco se tenían en cuenta. Incluso en verano de 1944, Hitler y Bormann comunicaron a su ministro de Armamentos que cierto fabricante muniqués de marcos para cuadros no debía ser reclutado para prestaciones de guerra. Unos meses antes, ellos mismos dieron la orden de que «las fábricas de gobelinos y otros centros de producción de objetos artísticos similares», ocupados en la fabricación de alfombras y tapices para las obras de Hitler para tiempos de paz, quedaran exentas de participar en el programa de armamento[133].

Tras sólo nueve años de gobierno, la clase dirigente había llegado a corromperse de tal forma que ni siquiera en la fase crítica de la guerra era capaz de renunciar a su lujoso tren de

vida. Debido a sus «deberes de representación», todos ellos necesitaban grandes casas, fincas de caza, haciendas y palacios, personal de servicio, una mesa opulenta y una bodega selecta[134]. También estaban grotescamente preocupados por su vida. El propio Hitler, fuera adonde fuera, empezaba por ordenar que se construyeran búnkers para su protección personal, cuyo espesor aumentaba —llegó a alcanzar los cinco metros— a medida que lo hacía el calibre de las bombas. Llegó a haber verdaderos sistemas de búnkers en Rastenburg, Berlín, el Obersalzberg, Munich, en el palacio de invitados cercano a Salzburgo y en los cuarteles generales de Neuheim y el Somme. Y en 1944 hizo abrir en la roca de las montañas de Silesia y Turingia dos cuarteles generales subterráneos, para lo que fue necesario emplear a cientos de imprescindibles técnicos mineros y a miles de trabajadores[135].

El patente temor de Hitler y la sobrevaloración de su persona llevaba a los que lo rodeaban a preocuparse exageradamente de su propia protección. Göring se hizo construir en Karinhall, y también en el apartado castillo de Veldenstein, cerca de Nuremberg, que casi nunca visitaba, una amplia instalación subterránea[136]. Los setenta kilómetros de carretera de Karinhall a Berlín, que discurrían entre bosques solitarios, tuvieron que ser provistos a intervalos regulares de refugios de hormigón. Cuando Ley vio el efecto de una bomba pesada en un bunker público, lo único que le interesó fue el espesor del techo que había sido perforado, para compararlo con el de su bunker privado en el suburbio de Grunewald, que no estaba en una zona peligrosa. Además, los jefes regionales, por orden de Hitler, que los consideraba insustituibles, se hicieron construir más búnkers fuera de las ciudades.

• • •

De todas las cuestiones apremiantes de las que tuve que

ocuparme durante mis primeras semanas en el cargo, lo más urgente fue la falta de mano de obra. Una noche, por ejemplo, al visitar una de las principales fábricas de armamento de Berlín, la Rheinmetall-Borsig, vi que su valiosa maquinaria estaba parada porque no disponía de trabajadores para cubrir un segundo turno; en otras fábricas sucedía lo mismo. Por otra parte, ya durante el día teníamos dificultades con el suministro de corriente, que disminuía aún más a últimas horas de la tarde y durante la noche. Como a la vez se estaban construyendo nuevas instalaciones industriales por un valor aproximado de once mil millones de marcos, para las que después iban a faltar las máquinas-herramienta necesarias, me pareció que lo más sensato era paralizar la mayor parte de aquellas obras y emplear a los obreros así liberados en la cobertura de un segundo turno de trabajo en las fábricas existentes.

Aunque Hitler acogió con agrado esta lógica propuesta y firmó un decreto que reducía el volumen de nuevas construcciones a un valor de tres mil millones de marcos, se mostró obstinado cuando, a consecuencia de ese decreto, resultó que también había que paralizar varios proyectos de la industria química que suponían un total de unos mil millones de marcos[137]. Siempre lo quería todo a la vez, y justificó su oposición de esta manera:

—Es verdad que la guerra contra Rusia puede terminar pronto; pero tengo proyectos de mayor alcance, para los que voy a necesitar más carburante sintético que hasta ahora. Hay que construir las nuevas fábricas, aunque tarden años en terminarse.

Un año después, el 2 de marzo de 1943, tuve que constatar que no servía de nada «construir fábricas que se relacionaban con grandes programas futuros y que no comenzarían a dar rendimiento hasta después del 1 de enero de 1945»[138]. La decisión de Hitler de no parar ciertos proyectos, tomada en

primavera de 1942, seguía siendo una carga para la producción de armamentos en septiembre de 1944, cuando la situación bélica era ya catastrófica.

Aunque la decisión de Hitler interfirió en mi plan de paralizar una gran parte de la industria de la construcción, conseguí que quedaran libres unos cien mil obreros, que fueron transferidos a la producción de armamento. Pero entonces surgió un obstáculo inesperado: el doctor Mansfeld, director del «Grupo de asignación de trabajadores en el Plan Cuatrienal», me explicó con franqueza que carecía de autoridad para trasladar de una región a otra a los obreros que quedaran sin empleo si los jefes regionales se oponían a ello[139]. Y éstos, efectivamente, a pesar de todas las rivalidades e intrigas, constituían una unidad si consideraban que se atacaba uno de sus «derechos de soberanía». Vi con claridad que, a pesar de la importancia de mi posición, no podría con ellos estando solo. Necesitaba que uno de los suyos, dotado de un poder especial de Hitler, me ayudara. Elegí a mi viejo amigo Karl Hanke, largos años secretario de Goebbels y jefe regional de la Baja Silesia desde enero de 1941. Hitler estuvo de acuerdo en nombrar a un apoderado que me asistiera, pero esta vez Bormann me salió al paso con éxito, pues Hanke era considerado uno de mis partidarios. Su nombramiento no sólo habría significado reforzar mi poder, sino, al mismo tiempo, una intromisión en la esfera de Bormann dentro de la jerarquía del Partido.

Cuando dos días después volví a exponer a Hitler mis deseos, siguió mostrándose de acuerdo, pero rechazó mi propuesta concreta:

—Hanke es un jefe regional demasiado joven y le costaría mucho hacerse respetar. He hablado de este asunto con Bormann. Nombraremos a Sauckel[140].

Bormann consiguió también que Hitler pusiera a Sauckel

bajo sus órdenes directas. Göring protestó con toda la razón, pues el que sería su cometido se había llevado a cabo hasta entonces dentro del marco del Plan Cuatrienal. Hitler, con la despreocupación que lo caracterizaba respecto al aparato del Estado, nombró a Sauckel «apoderado general» a la vez que lo incorporaba a la organización del Plan Cuatrienal de Göring. Éste protestó de nuevo, considerando que aquello constituía un evidente menosprecio. No hay duda de que Hitler podría haber convencido a Göring con unas pocas palabras de que él mismo incorporara a Sauckel, pero no lo hizo. El prestigio de Göring, ya vacilante, experimentó una nueva merma gracias a Bormann.

A continuación, Sauckel y yo fuimos convocados en el cuartel general de Hitler. Durante la entrega del acta de nombramiento, dijo que había que evitar por completo cualquier problema de mano de obra y repitió lo que ya había dicho el 9 de noviembre de 1941: «El territorio que trabaja directamente para nosotros comprende a más de 250 millones de personas; no debe haber ninguna duda de que conseguiremos hacerlas trabajar a todas»[141]. Hitler dio a Sauckel la orden de reclutar sin miramientos a los trabajadores que fueran necesarios en los territorios ocupados. Y así comenzó una fase fatídica de mi actividad, pues durante los dos años y medio siguientes no dejé de apremiar a Sauckel para que me enviara mano de obra extranjera para asignarla a la producción de armamentos.

Durante las primeras semanas no hubo roce alguno entre nosotros. Sauckel nos aseguró a Hitler y a mí que se ocuparía de la escasez de mano de obra y que sustituiría puntualmente a todos los obreros cualificados que fueran llamados a filas por la Wehrmacht. Por mi parte, lo ayudé a ganar autoridad y lo apoyé en todo lo posible. Pero Sauckel había prometido demasiado: en tiempo de paz, las bajas por vejez o muerte quedaban compensadas por la nueva generación, compuesta por unos 600 000 jóvenes; sin embargo, éstos fueron reclutados por la

Wehrmacht, y no sólo ellos, sino también parte de los trabajadores industriales. Por consiguiente, en 1942 hubo en la industria de guerra un déficit muy superior al millón de hombres.

Resumiendo: las promesas de Sauckel no se cumplieron. Las esperanzas de Hitler de conseguir sin esfuerzo a todos los trabajadores que necesitaba Alemania, teniendo en cuenta una población de 250 millones de personas, quedaron frustradas porque los militares alemanes que debían ejecutar las órdenes en los territorios ocupados se mostraron débiles y porque los afectados preferían huir a los bosques para luchar como partisanos antes que dejarse evacuar a Alemania para realizar trabajos forzosos.

Nuestra organización industrial me expresó una queja cuando empezaron a llegar a las fábricas los primeros trabajadores extranjeros. Sus objeciones principales eran las siguientes: los insustituibles trabajadores especializados con los que habían contado hasta entonces, que ahora iban a ser reemplazados por los extranjeros, estaban ocupados en nuestras producciones más importantes, que era donde más falta hacían; los servicios de espionaje del enemigo lograrían sabotearnos fácilmente si introducían a sus agentes en las filas de los obreros de Sauckel. Además, en todas partes faltaban intérpretes que pudieran entenderse con los distintos grupos lingüísticos. Algunos de mis colaboradores me mostraron estadísticas que reflejaban que el empleo de las mujeres alemanas había sido mucho mayor durante la Primera Guerra Mundial que ahora; me enseñaron fotografías de la salida de los obreros de la misma fábrica de municiones en 1918 y en 1942: en las primeras se veían sobre todo mujeres, en las segundas casi sólo hombres. Las ilustraciones de revistas británicas y americanas me demostraron que en estos países el número de mujeres empleadas en las fábricas de armamento era mucho mayor que en el nuestro[142].

Cuando, a comienzos de abril de 1942, pedí a Sauckel que incorporara a la mujer alemana a la producción de armamento, me respondió sin ambages que era de su exclusiva competencia elegir a los obreros, distribuirlos y decidir de dónde sacarlos. Además, como jefe regional dependía directamente de Hitler. No obstante, al final me propuso dejar la decisión en manos de Göring, en su calidad de responsable del Plan Cuatrienal. Göring se sintió a todas luces halagado con esta entrevista, que volvió a celebrarse en Karinhall. De una amabilidad exagerada con Sauckel, conmigo se mostró significativamente frío. Apenas conseguí exponer mis razones, pues Göring y Sauckel me interrumpían una y otra vez. El principal argumento de Sauckel era el riesgo de degeneración moral de la mujer alemana a causa del trabajo en las fábricas. Eso podía afectar no sólo a su «vida anímica», sino también a su capacidad reproductora. Aunque Göring aprobó con firmeza sus explicaciones, en cuanto acabó la reunión, y sin que yo lo supiera, Sauckel solicitó, para ir del todo sobre seguro, la conformidad de Hitler.

Era el primer golpe contra mi posición, que hasta entonces se había tenido por inatacable. Sauckel comunicó su victoria a sus colegas de la jefatura regional por medio de una proclama en la que anunciaba, entre otras cosas: «Para procurar un alivio sensible al ama de casa alemana, sobre todo a las madres de familia numerosa, y no seguir poniendo en peligro su salud, el *Führer* me ha encargado que incorpore al Reich a unas 400 000 ó 500 000 muchachas selectas, jóvenes y fuertes, procedentes de los territorios orientales»[143]. Mientras que en 1943 Inglaterra había reducido en dos tercios la cantidad de empleadas domésticas, en Alemania siguió habiendo más o menos las mismas, más de un 1 400 000 hasta el final de la guerra[144]. Además, pronto corrió la voz entre la población de que las 500 000 ucranianas se habían destinado sobre todo a resolver la carencia de personal de servicio de los funcionarios del Partido.

La industria de armamentos de los países en guerra dependía de la distribución del acero bruto. Durante la Primera Guerra Mundial, la economía de guerra alemana destinó a este fin el 46,5% del acero, pero al hacerme cargo del Ministerio comprobé que, en contraste con aquella cifra, entonces sólo se dedicaba a esa partida el 37,5%.[145] Con el fin de aumentar la cantidad de acero destinada a armamento, propuse a Milch que distribuyéramos juntos las materias primas.

Así pues, el 2 de abril volvimos a dirigirnos a Karinhall. Al principio Göring habló prolijamente de los temas más diversos, pero al final se mostró dispuesto a aceptar nuestras ideas sobre el establecimiento de una Central de Planificación dentro del Plan Cuatrienal. Lo impresionó que apareciéramos juntos y preguntó casi con timidez:

—¿Podrían acoger a mi Körner como tercer comisionado? Si no, se pondrá triste[146].

La Central de Planificación no tardó en convertirse en el dispositivo más importante de nuestra economía de guerra. En realidad, resultaba incomprensible que no se hubiese creado mucho tiempo atrás un estamento superior para gestionar los distintos programas y establecer las prioridades. Aproximadamente hasta 1939 Göring se había encargado de hacerlo, pero después no hubo nadie capaz de dirimir con autoridad unos problemas cada vez más graves y complicados y compensar su fracaso[147]. Aunque el decreto de Göring que creaba la Central de Planificación preveía que él podría adoptar cualquier decisión que creyera necesaria, nunca, tal como yo ya esperaba, se le ocurrió hacerlo, y tampoco nosotros tuvimos ningún motivo para pedírselo[148].

Las sesiones de la Central de Planificación tenían lugar en la gran sala de juntas de mi Ministerio y resultaban interminables a causa del gran número de participantes: los ministros y

subsecretarios, apoyados por sus correspondientes expertos, solían pelear a brazo tendido para elevar sus cupos. Lo más difícil era que había que asignar a la economía civil lo menos posible, pero en cantidad suficiente para que la producción de armamento no se viera perjudicada por el fallo del resto de ramas productivas o por la falta de abastecimiento de la población[149].

Yo me esforzaba por disminuir radicalmente la tasa de bienes de consumo, habida cuenta de que, a principios de 1942, la producción industrial en este sector era sólo un 3% inferior a la de tiempos de paz. Sin embargo, en 1942 no conseguí reducirla más que un 12%,[150] pues a los tres meses Hitler ya lamentaba su decisión de «desplazar la producción hacia la de armamentos», y el 28-29 de junio de 1942 estableció que «había que reemprender la fabricación de productos para el abastecimiento general de la población civil». Protesté alegando que «tal consigna incitaría a una renovada resistencia contra la línea actual a todos aquellos que hasta ahora han mostrado su desagrado hacia la prioridad de los armamentos en la industria»[151], palabras con las que atacaba sin ambages a los funcionarios del Partido. Pero mis objeciones no hallaron ningún eco en Hitler.

Una vez más, mi intención de implantar una economía de guerra total había fracasado por culpa de las vacilaciones de Hitler.

El aumento de la producción de armamentos no sólo exigía más obreros y materias primas; también el transporte por ferrocarril tenía que estar a la altura de las nuevas exigencias, a pesar de que el tráfico ferroviario aún no se había recuperado de la catástrofe derivada del invierno ruso. En el territorio del Reich había largas filas de trenes que no podían llegar a su destino, y muchos convoyes con material imprescindible para el

armamento sufrían retrasos intolerables.

El 5 de marzo de 1942, el doctor Julius Dorpmüller, nuestro ministro de Transportes, un hombre ágil a pesar de sus setenta y tres años, me acompañó al cuartel general con objeto de exponer a Hitler el problema del transporte. Le expliqué lo del caos ferroviario, pero como Dorpmüller sólo me apoyó con reservas, Hitler, como siempre, eligió la interpretación más optimista y demoró decidirse sobre un asunto tan importante diciendo que «las repercusiones seguramente no serán tan graves como las ve Speer».

Quince días después, Hitler accedió a mi insistente petición de nombrar a un funcionario joven para suceder al actual subsecretario del Ministerio de Transportes, que ya tenía sesenta y cinco años. Pero Dorpmüller defendía un punto de vista muy distinto:

—¿Que mi subsecretario es demasiado viejo? —dijo cuando le transmití esta resolución—. ¡Pero si es un jovenzuelo! En 1922, cuando yo era presidente de una sección de los Ferrocarriles del Reich, acababa de empezar como consejero…

Y consiguió suspender el nombramiento.

Sin embargo, ocho semanas después, el 21 de mayo de 1942, Dorpmüller no tuvo otro remedio que explicarme:

—Los Ferrocarriles del Reich disponen de tan pocas locomotoras y vagones en territorio alemán que no pueden garantizar ni siquiera los transportes más apremiantes.

Según decía en mi Crónica, estas palabras de Dorpmüller «equivalían a una declaración de quiebra de los Ferrocarriles del Reich». Aquel mismo día el ministro me ofreció un puesto como director absoluto de transportes, pero lo rehusé[152].

Dos días después, Hitler me pidió que le presentara al doctor Ganzenmüller, un joven consejero del ferrocarril que durante el último invierno había conseguido restablecer el

tráfico ferroviario en una parte de Rusia (en el trayecto de Minsk a Smolensk). Hitler estaba impresionado:

—Me gusta este hombre. Voy a nombrarlo subsecretario enseguida. —A mi objeción de si no habría que consultarlo con Dorpmüller, Hitler contestó—: ¡De ningún modo! Ni Dorpmüller ni Ganzenmüller han de enterarse. En el cuartel general los citaré sólo a usted, señor Speer, y a su hombre. El ministro de Transportes vendrá por separado.

Por disposición de Hitler, Ganzenmüller y Dorpmüller fueron alojados en distintos barracones del cuartel general, por lo que el doctor Ganzenmüller no sospechaba nada cuando entró en el despacho de Hitler sin su ministro de Transportes. Un acta extendida aquel mismo día recoge las manifestaciones de Hitler:

—El problema de los transportes es fundamental y hay que solucionarlo. Durante toda mi vida, pero sobre todo el invierno pasado, he tenido que ocuparme de cuestiones decisivas. Y siempre había algún supuesto especialista o algún hombre con autoridad que me decía: «Eso no es posible, no se puede hacer». ¡Pero yo no me puedo contentar con eso! Hay problemas que deben resolverse como sea. Si los mandos son los adecuados, siempre se solucionan y siempre se solucionarán, pero eso no se consigue amablemente. A mí la amabilidad me trae sin cuidado, como tampoco me importa lo que la posteridad pueda decir de los métodos que tengo que emplear. Para mí, la cuestión es sólo una: tenemos que ganar la guerra, o Alemania estará perdida.

Hitler siguió contando cómo había opuesto su voluntad a la catástrofe del invierno anterior y a los generales que pretendían batirse en retirada y pasó a hablar de algunas normas que yo le había recomendado para restablecer el orden en los transportes. Y sin consultar ni hacer entrar siquiera al ministro, que estaba esperando fuera, nombró a Ganzenmüller nuevo subsecretario

de Transportes, ya que «había demostrado en el frente que poseía la energía suficiente para restablecer el tráfico en malísimas condiciones».

El ministro de Transportes y su director general Leibbrandt no fueron invitados a participar en la reunión hasta ese momento. Hitler les explicó que se había decidido a intervenir en los transportes porque eran decisivos para obtener la victoria. Y prosiguió con uno de sus típicos argumentos:

—En su día empecé sin nada, como un soldado desconocido en la guerra mundial, y no tuve mi oportunidad hasta que fracasaron todos los que parecían mucho más aptos para el mando que yo. Sólo contaba con mi voluntad, y a pesar de todo conseguí imponerme. Mi biografía demuestra que nunca capitulo. Hay que vencer los problemas de la guerra. Insisto: para mí no existe la palabra «imposible». —Y después repitió, casi a gritos—: ¡No existe!

Sólo entonces comunicó al ministro de Transportes que había nombrado nuevo subsecretario de su Ministerio al hasta entonces consejero del ferrocarril; la situación resultó penosa tanto para el ministro como para su nuevo subsecretario, y también para mí.

Hitler hablaba siempre con gran respeto sobre los conocimientos técnicos de Dorpmüller, y precisamente por eso el ministro habría esperado que tratara antes con él la cuestión de su ayudante. Pero era obvio que Hitler (como tantas otras veces, cuando se las veía con expertos en alguna materia) había recurrido a los hechos consumados para evitar una discusión embarazosa. De hecho, Dorpmüller aceptó la humillación sin despegar los labios.

En esa misma ocasión Hitler determinó que Milch y yo actuáramos temporalmente como directores absolutos en lo referente a los transportes. Debíamos ocuparnos de que las

exigencias formuladas «fueran satisfechas en el menor tiempo y con el mayor alcance posible». Por fin, Hitler dio por terminada la sesión con estas palabras, capaces de desarmar a cualquiera:

—No debemos perder la guerra por un problema de transportes. ¡Así pues, hay que solucionarlo[153]!

Y efectivamente, se solucionó. El joven subsecretario empleó medios sencillos para eliminar el atasco, acelerar la circulación y satisfacer las crecientes necesidades del transporte de armamentos. Una comisión directiva de los ferrocarriles se ocupó de impulsar la reparación de las locomotoras dañadas por el invierno ruso; además, las locomotoras, que se construían hasta entonces artesanalmente, pasaron a fabricarse en serie, lo que multiplicó la producción[154]. A pesar de que se hacía más armamento, la fluidez de los transportes se mantuvo; por otra parte, la reducción del territorio que ocupábamos también implicaba que se acortaran los trayectos… Finalmente, los ataques aéreos sistemáticos de otoño de 1944 volvieron a convertir los transportes, ya de forma definitiva, en el mayor escollo de nuestra economía de guerra.

Cuando Göring se enteró de que planeábamos incrementar la producción de locomotoras, me hizo acudir a Karinhall y me propuso muy en serio que las hiciéramos de hormigón, ya que no disponíamos del acero suficiente. Dijo que, como las de hormigón no durarían tanto como las de hierro, habría que fabricar más. A pesar de que no sabía muy bien cómo se podría llevar a cabo su propuesta, siguió insistiendo durante meses en su disparatada idea, con la que me hizo perder las dos horas de viaje en coche y otras dos de espera, además de hacerme pasar hambre, pues era raro que en Karinhall se sirviera de comer a los que eran convocados a una reunión: ésta era entonces la única restricción que la economía de guerra total había impuesto en casa de Göring.

Volví a visitar a Hitler una semana después del nombramiento de Ganzenmüller, que había dado lugar a sus lapidarias palabras sobre la solución de los problemas de transporte. Fiel a mi idea de que los mandos debían predicar con el ejemplo en una época crítica como aquélla, le propuse que los altos cargos del Reich y del Partido dejaran de utilizar sus vagones particulares hasta nueva orden, si bien, desde luego, al decirlo no estaba pensando en él. Hitler eludió la decisión afirmando que eran necesarios en el Este debido a las malas condiciones de alojamiento. Para demostrarle que la mayoría de aquellos coches no circulaban en el Este, sino en el Reich, le mostré una larga lista con los innumerables altos cargos que los utilizaban. Sin embargo, no tuve ningún éxito[155].

• • •

Almorzaba a menudo con el capitán general Friedrich Fromm en un reservado del restaurante Horcher. En uno de estos encuentros, a fines de abril de 1942, me dijo que lo único que nos daría alguna posibilidad de ganar la guerra era inventar un arma completamente nueva. Me explicó que estaba en contacto con un grupo de científicos que trabajaban en un arma capaz de destruir ciudades enteras, quizá incluso de poner fuera de combate a todas las Islas Británicas. Fromm me propuso hacerles una visita. Le parecía importante que mantuviéramos una entrevista con ellos.

También el doctor Albert Vögeler, director del principal consorcio alemán del acero y presidente de la Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft, me llamó la atención en aquel tiempo sobre la descuidada investigación atómica. Por él me enteré de los escasos medios que el Ministerio de Educación y Ciencia del Reich, lógicamente debilitado por la prioridad de la guerra, dedicaba a investigación. El 6 de mayo de 1942 discutí el asunto con Hitler y le propuse que Göring, como figura representativa,

encabezara el Consejo de Investigación del Reich[156]. Un mes más tarde, el 9 de junio de 1942, Göring fue designado para el cargo.

Hacia la misma época, los tres representantes de las distintas armas (Milch, Fromm y Witzell) y yo nos reunimos en la Harnackhaus, el centro berlinés de la Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft, para hacernos una idea general del estado de la investigación nuclear alemana. Entre otros científicos cuyos nombres ya no recuerdo, se hallaban presentes los futuros premios Nobel Otto Hahn y Werner Heisenberg. Tras algunas disertaciones relativas a distintos campos de investigación, Heisenberg informó «sobre la desintegración atómica y el desarrollo de la máquina de uranio y del ciclotrón»[157]. Heisenberg se lamentó de que el Ministerio de Educación no se ocupara de fomentar la investigación nuclear, se quejó de la falta de dinero y de materiales y mencionó que la incorporación a filas de los científicos había hecho que la ciencia alemana retrocediera en un campo que años atrás dominaba: los extractos de las revistas científicas americanas permitían presumir que allí se disponía de medios técnicos y económicos más que suficientes para llevar adelante la investigación nuclear. Así pues, era previsible que América nos llevara una ventaja que, dadas las increíbles posibilidades que ofrecía la fisión nuclear, podría llegar a tener tremendas consecuencias.

Después de su conferencia pregunté a Heisenberg cómo podía emplearse la física nuclear para fabricar bombas atómicas. Su respuesta no fue en absoluto alentadora. Dijo que, aunque la solución científica se había encontrado ya, por lo que en teoría nada obstaculizaba la fabricación de la bomba, seguramente tendrían que transcurrir por lo menos dos años para prepararlo todo, y eso siempre que se le prestara toda la ayuda que solicitaba a partir de aquel mismo momento. Heisenberg justificó un plazo tan largo alegando, entre otras razones, que en

toda Europa se disponía de un único ciclotrón que estaba en París y que funcionaba aún imperfectamente. Le propuse recurrir a mi autoridad como ministro de Armamentos para construir ciclotrones como los que tenían en Estados Unidos o mayores. Sin embargo, Heisenberg objetó que, con nuestra falta de experiencia, por el momento sólo podríamos preparar un modelo pequeño.

De todos modos, el capitán general Fromm prometió licenciar a unos cien colaboradores científicos, y yo invité a los investigadores a que me indicaran qué medidas había que adoptar para fomentar la investigación nuclear, así como qué materiales y cuánto dinero necesitaban. Pocas semanas después nos pidieron varios cientos de miles de marcos, además de acero, níquel y otros metales restringidos en pequeñas cantidades, así como la construcción de un bunker y algunos barracones, y solicitaron que se diera la máxima prioridad al primer ciclotrón alemán, ya comenzado. Me extrañó la modestia de las peticiones en un asunto tan decisivo, por lo que elevé el dinero a dos millones de marcos y autoricé la entrega del material. Al parecer, de momento no habría servido de nada emplear más cantidades[158], y en cualquier caso me dio la impresión de que la bomba atómica no iba a tener trascendencia en la guerra.

Como conocía la tendencia de Hitler a fomentar proyectos fantásticos mediante exigencias insensatas, fue muy poco lo que le dije el 23 de junio de 1942 acerca de la conferencia sobre la fisión nuclear y de las medidas adoptadas para apoyar la investigación en este campo[159]. Obtuvo informes más detallados y optimistas de su fotógrafo Heinrich Hoffmann, que tenía amistad con el ministro de Comunicaciones del Reich, Ohnesorge, así como también, muy probablemente, por medio de Goebbels. Ohnesorge se interesaba por la fisión nuclear y, igual que las SS, mantenía un equipo de investigación independiente, dirigido por el joven físico Manfred von

Ardenne. La circunstancia de que Hitler no se dirigiera a los responsables directos para informarse, sino que eligiera hacerlo a través de fuentes incompetentes y poco fiables, basadas en rumores, demuestra una vez más su tendencia al diletantismo y su escasa comprensión de lo que representa una investigación científica.

Hitler me habló alguna vez de la posibilidad de fabricar una bomba atómica, pero era evidente que la idea superaba su capacidad de comprensión, igual que se le escapaba el carácter revolucionario de la física nuclear. En las transcripciones que se han conservado de mis conversaciones con Hitler, constituidas por 2200 puntos, la fisión nuclear sólo aparece una vez, y se trata además muy brevemente. Aunque alguna vez consideró las perspectivas que ofrecía, mi informe sobre la entrevista que había mantenido con los físicos lo ratificó en su decisión de no dedicar un mayor interés al asunto. Es verdad que el profesor Heisenberg no me había respondido de una manera categórica a la pregunta de si, tras lograr una fisión nuclear, ésta podría mantenerse con toda seguridad bajo control o si, por el contrario, continuaría ininterrumpidamente, causando una reacción en cadena. Estaba claro que a Hitler no lo entusiasmaba la posibilidad de que la Tierra se convirtiera en una estrella incandescente bajo su dominio. A veces bromeaba con la idea de que los científicos, en su afán obsesivo por descubrir todos los secretos terrenales, llegaran un día a prender fuego al globo. Añadía que de todos modos hasta entonces aún habrían de transcurrir muchos años y que era seguro que él no lo vería.

La reacción de Hitler ante la última imagen de un noticiario cinematográfico sobre el bombardeo de Varsovia en otoño de 1939 confirmaba que no habría vacilado ni un instante en emplear bombas atómicas contra Inglaterra. Estábamos con él y Goebbels en la sala de estar de su residencia berlinesa. Las nubes

de humo oscurecían el cielo y los bombarderos se arrojaban en picado sobre sus objetivos. En un crescendo acentuado por las tomas cinematográficas, se podía seguir la trayectoria de las bombas, el ascenso de los aparatos y la nube de explosiones, que adquiría dimensiones gigantescas. Hitler estaba fascinado. El final de la película lo constituía un montaje en el que un avión se precipitaba sobre Gran Bretaña, se veía una enorme llamarada y la isla saltaba en pedazos. El entusiasmo de Hitler era desbordante:

—¡Eso es! —exclamó, arrebatado—, ¡los aniquilaremos!

A propuesta de los físicos nucleares, en otoño de 1942 renunciamos a desarrollar la bomba atómica después de que, al preguntarles nuevamente por los plazos, me explicaran que no se podía contar con finalizarla antes de tres o cuatro años; en ese tiempo, la guerra tenía que estar más que decidida. En su lugar autoricé el desarrollo de un quemador de uranio que generara energía motriz en el que estaba interesada la Marina para emplearlo en los submarinos.

Durante una visita a las fábricas Krupp hice que me mostraran algunos componentes de nuestro primer ciclotrón y pregunté al técnico que lo construía si no podíamos intentar hacer uno mayor. Su respuesta reiteraba lo que ya me había dicho el profesor Heisenberg: nos faltaba experiencia. En verano de 1944, cerca de la clínica de la Universidad de Heidelberg, pude ver cómo se desintegraba un núcleo atómico en nuestro primer ciclotrón. El profesor Walter Bothe me informó de que este aparato nos permitiría realizar progresos médicos y biológicos. Me di por satisfecho.

A consecuencia del bloqueo de las importaciones de volframio de Portugal, en el verano de 1943 nos vimos amenazados por una crisis en la producción de municiones en las que se empleaban aleaciones de este metal, por lo que ordené

reemplazarlo por uranio[160], autorizando el empleo de unas 1200 toneladas de nuestras reservas, lo que demuestra que ya entonces tanto mis colaboradores como yo habíamos abandonado la idea de fabricar bombas atómicas.

• • •

Quizá habría sido posible tener lista la bomba atómica en 1945, pero para ello habría sido indispensable que se hubieran puesto a nuestra disposición, con el tiempo suficiente, unos medios técnicos, económicos y personales similares a los dedicados al desarrollo de los misiles. Desde este punto de vista Peenemünde no sólo fue nuestro mayor proyecto, sino también el más fallido[161].

El hecho de que no se dedicaran mayores esfuerzos a este terreno también tenía que ver con consideraciones ideológicas. Hitler admiraba al físico Philipp Lenard, que había recibido el premio Nobel en 1905 y era uno de los pocos científicos que estaban de su parte desde el principio. Lenard había dicho a Hitler que los judíos ejercían una influencia perniciosa en la física nuclear por medio de la teoría de la relatividad[162]. Invocando la opinión de su ilustre compañero de Partido, en sus conversaciones de sobremesa Hitler había llegado a tachar la física nuclear de «física judía», lo cual no sólo fue cogido al vuelo por Rosenberg, sino que también hizo que el ministro de Educación dudara sobre el apoyo que debía prestar a la investigación nuclear.

De todos modos, aun en el caso de que Hitler no hubiese aplicado sus doctrinas a la investigación nuclear, incluso aunque el estado de nuestra investigación de base en junio de 1942 hubiese permitido a nuestros físicos nucleares invertir, en lugar de varios millones, varios miles de millones de marcos para desarrollar la bomba atómica, la crítica situación de nuestra economía de guerra nos habría impedido aportar los materiales

y trabajadores cualificados necesarios. No fue sólo la mayor capacidad de producción de Estados Unidos lo que permitió a este país emprender un proyecto de tal envergadura. Hacía tiempo que la industria armamentista alemana, debido a la frecuencia cada vez mayor de los ataques aéreos, se hallaba en una situación de emergencia que impedía los proyectos de largo alcance. A lo sumo, y concentrando al máximo los esfuerzos, Alemania habría podido disponer de la bomba atómica en 1947; desde luego, no la habría tenido al mismo tiempo que América, en agosto de 1945. La guerra habría acabado a más tardar el 1 de enero de 1946, al consumirse nuestras últimas reservas de mineral de cromo.

• • •

Así, desde el principio de mi trabajo como ministro fui encontrando un fallo tras otro. Hoy suena extraño que durante la guerra Hitler observara a menudo que la perderían «quienes cometieran los mayores errores». Él mismo, con una cadena de decisiones equivocadas en todos los campos, contribuyó a acelerar el fin de una guerra que de todos modos estaba perdida, a juzgar por nuestra capacidad productiva: por ejemplo, con su confusa planificación de la guerra aérea contra Inglaterra, con la falta de submarinos al comenzar la guerra y, sobre todo, por no desarrollar un plan estratégico general. Tienen razón las numerosas observaciones que, en los libros de memorias alemanes, señalan los decisivos errores de Hitler; sin embargo, eso no significa necesariamente que sin ellos pudiera haberse ganado la guerra.

CAPÍTULO XVII

HITLER, COMANDANTE EN JEFE

El diletantismo era una de las peculiaridades características de Hitler. No tenía profesión y, en el fondo, siempre fue por libre. Como muchos autodidactas, no era capaz de comprender lo que significaba ser experto en algo y por tanto, sin hacerse cargo de las dificultades que entraña cualquier cometido de cierta importancia, acaparaba sin cesar nuevas funciones. A veces, al carecer del lastre de ideas preconcebidas, su rapidez de comprensión lo llevaba a arriesgarse a adoptar medidas inusitadas que jamás se le habrían ocurrido a un especialista. Los éxitos estratégicos de los primeros años de la guerra pueden atribuirse perfectamente a su incapacidad para aprender las reglas del juego y al ingenuo placer que le proporcionaba tomar decisiones. Como el contrario se atenía a unas reglas que Hitler, en su prepotencia autodidacta, desconocía o no empleaba, se produjeron efectos sorpresa que, unidos a la superioridad militar, fueron la base de sus éxitos. Pero, como suele sucederles a los inexpertos, naufragó tan pronto se produjeron los primeros reveses. Entonces su desconocimiento de las reglas del juego se convirtió en un defecto y su tendencia a la improvisación dejó de ser una ventaja. Cuanto mayores eran los fracasos, con más fuerza y rabia salía a flote su incorregible diletantismo. Durante mucho tiempo, su propensión a tomar decisiones sorprendentes e inesperadas había sido su fuerte; pero ahora aceleraba su derrota.

• • •

• • •

Cada dos o tres semanas salía de Berlín para pasar unos días en el cuartel general de Hitler, primero en el de la Prusia Oriental y después en el de Ucrania, con objeto de que decidiera sobre la gran cantidad de detalles técnicos por los cuales se interesaba en su calidad de comandante en jefe del ejército de tierra. Hitler conocía todas las clases de armas y municiones, con su calibre, longitud de cañón y alcance. También sabía de memoria con qué existencias de los principales armamentos contábamos, así como su producción mensual. Podía comparar con todo detalle nuestro programa con los suministros y sacar sus conclusiones.

La ingenua alegría de Hitler por lucirse con su memorización de cifras rebuscadas, ahora en la esfera de los armamentos como antes en la producción automovilística o en la arquitectura, demostraba a las claras que también aquí actuaba como un diletante; constantemente parecía esforzarse por mostrarse por lo menos a la misma altura que los especialistas, aunque está claro que uno que lo sea de verdad no se atiborrará de datos que puede suministrarle uno de sus asistentes. Hitler necesitaba demostrarse a sí mismo sus conocimientos; además, disfrutaba haciéndolo.

Extraía sus informaciones de un gran libro de tapas rojas con una ancha franja transversal amarilla. Este catálogo, al que se añadían continuamente suplementos, contenía información relativa a toda clase de municiones y armas, y lo tenía siempre en su mesilla de noche. A veces hacía que su criado se lo trajera si, durante una conferencia militar, un colaborador daba una cifra que Hitler hallaba incorrecta y corregía al instante. Entonces se abría el libro, se confirmaban los datos de Hitler y se ponía en evidencia la desinformación de un general. La memoria de Hitler para los números era el terror de todo su

entorno.

Aunque podía intimidar de esta forma a la mayoría de los oficiales que lo rodeaban, se sentía inseguro ante los especialistas. Cuando topaba con la resistencia de uno de ellos, ni siquiera persistía en su opinión.

Normalmente Todt, mi antecesor, hacía que lo acompañaran a las reuniones dos de sus principales colaboradores, Xaver Dorsch y Karl Saur, pero a veces también iba con él uno de sus expertos. Sin embargo, daba mucha importancia al hecho de proceder personalmente a las exposiciones, y sólo recurría a sus colaboradores cuando se trataba de difíciles cuestiones de detalle. Yo no me tomé siquiera la molestia de memorizar cifras que Hitler siempre recordaría mejor que yo. Así pues, para sacar partido de su respeto hacia los especialistas, siempre llevaba a las reuniones a los técnicos que mejor dominaban las cuestiones que debíamos tratar.

De esta forma me vi libre de la pesadilla de las «reuniones con el *Führer*» en las que cualquiera terminaba acorralado por un bombardeo de cifras y datos técnicos. Solía presentarme en el cuartel general acompañado de unos veinte civiles. En la zona restringida I no tardaron en bromear por esta invasión. Elegía a los colaboradores, normalmente entre dos y cuatro, que debían acompañarme a la reunión según el orden del día, y me dirigía con ellos a una sala del cuartel general contigua a las habitaciones de Hitler. Era una estancia de unos 80 m^2, decorada con sencillez y con las paredes revestidas de madera clara; frente a un gran ventanal había una sólida mesa de roble, de unos cuatro metros de largo, sobre la que se extendían los mapas, aunque para las reuniones nos sentábamos alrededor de una mesa más pequeña, rodeada de seis sillones, que había en un rincón.

Durante estas entrevistas, yo procuraba mantener la mayor

reserva. Inauguraba la sesión aludiendo brevemente al tema del día e invitaba después a uno de los especialistas a exponer sus puntos de vista. Ni el entorno exterior, con sus numerosos generales y asistentes, zonas de vigilancia, zonas restringidas y pases, ni la aureola que todo este aparato proporcionaba a Hitler intimidaban a mis expertos. Los largos años de satisfactorio ejercicio de su profesión hacía que tuvieran clara conciencia de su categoría y responsabilidad. A veces la conversación degeneraba en un encendido debate, pues no era raro que olvidasen a quién tenían delante. Hitler se tomaba todo esto con una mezcla de humor y respeto; en este círculo se mostraba discreto, trataba a mis asistentes con notable cortesía e incluso renunciaba a la técnica con la que solía sofocar toda oposición mediante largos, agotadores y paralizantes discursos. En esta situación era capaz de distinguir entre lo fundamental y lo accesorio, se mostraba ágil y sorprendía por la rapidez con que sabía elegir entre varias posibilidades, razonando el motivo de su elección. No le costaba ningún trabajo orientarse entre los procesos técnicos, planos y diseños. Sus preguntas demostraban que durante el breve lapso que duraba la reunión había conseguido captar lo esencial incluso de las cuestiones complicadas. Desde luego, no se daba cuenta de la desventaja que esto entrañaba: llegaba con demasiada facilidad al meollo de las cosas para poder captarlas en toda su profundidad.

Yo nunca podía predecir el resultado de nuestras reuniones. A veces, Hitler autorizaba sin mediar palabra una propuesta cuyas perspectivas parecían poco prometedoras, y en otras ocasiones se negaba obstinadamente a que se aplicaran ciertas medidas que él mismo había exigido en una entrevista anterior. No obstante, mi sistema de eludir su dominio de los detalles recurriendo a especialistas que los conocían mejor que él me brindó más éxitos que reveses. Sus otros colaboradores comprobaban con asombro y no sin envidia que después de

estas reuniones especializadas no era raro que Hitler modificara unos criterios que en anteriores conferencias militares había calificado de irrevocables[163].

Ciertamente, el horizonte técnico de Hitler, lo mismo que su imagen del mundo, su concepción del arte y su estilo de vida, se había detenido en la Primera Guerra Mundial. Sus intereses técnicos se centraban en las armas tradicionales del Ejército de Tierra y la Marina y, aunque siguió formándose en estos terrenos e incrementando sus conocimientos de continuo, lo que le permitió proponer varias innovaciones convincentes y útiles, no tenía mucha visión para nuevos desarrollos como el radar, la bomba atómica, los aviones a reacción y los misiles. Cuando volaba en el nuevo avión Cóndor, lo que no hizo con frecuencia, se preocupaba porque no funcionara el mecanismo que desplegaba el tren de aterrizaje y decía que a pesar de todo prefería el viejo Ju 52, con su tren de aterrizaje rígido.

Muchas veces, la misma noche que seguía a nuestras reuniones Hitler exponía a su entorno militar los conocimientos técnicos que acababa de adquirir y le encantaba exhibirlos como si fueran de su propia cosecha.

Cuando apareció el tanque ruso T 34 Hitler se mostró triunfante, pues pudo señalar que hacía tiempo que reclamaba aquel cañón tan largo. Aun antes de ser nombrado ministro oí cómo, después de la presentación del tanque IV, Hitler se quejaba amargamente, en el jardín de la Cancillería del Reich, de la terquedad de la Dirección General de Armamentos del Ejército de Tierra, que no se había mostrado receptiva hacia su sugerencia de aumentar la velocidad de los proyectiles alargando el cañón porque sostenía que hacerlo comportaría una sobrecarga en la parte frontal del tanque que haría que el vehículo perdiera el equilibrio.

Hitler sacaba a relucir esto una y otra vez cuando hallaba

resistencias respecto a sus ideas.

—Entonces tuve razón y nadie quiso creerme. ¡Y ahora vuelvo a tenerla!

Mientras que el Ejército de Tierra esperaba poder disponer por fin de un tanque cuya velocidad superara al T 34, relativamente rápido, Hitler insistía en que era preferible aumentar la fuerza de penetración del proyectil y, al mismo tiempo, proteger mejor el vehículo por medio de un blindaje pesado. También en este terreno dominaba las cifras y conocía las fuerzas de percusión y las velocidades de tiro. Solía demostrar su teoría con el ejemplo de los buques de guerra:

—En una batalla naval, quien disponga de cañones de más alcance podrá abrir fuego a mayor distancia, aunque sólo sea un kilómetro más lejos. Y si encima el blindaje es más sólido…, entonces tiene que ser superior a la fuerza. ¿Qué quieren ustedes? Lo único que podrá hacer el buque más rápido es aprovechar esta cualidad para escapar. ¿O es que pretenden convencerme de que su velocidad le permitirá superar un blindaje pesado y una artillería potente? Lo mismo podemos decir de los tanques: el más ligero y rápido no tendrá más remedio que apartarse del más pesado.

Mis expertos de la industria no participaban directamente en estas discusiones. Nosotros teníamos que fabricar los tanques tal como los pidiera el Ejército, tanto si quien establecía los requisitos era el propio Hitler, el Estado Mayor o la Dirección General de Armamentos. Las cuestiones relacionadas con la estrategia de combate no eran asunto nuestro y solían discutirlas los oficiales. En 1942, Hitler todavía evitaba cortar tales discusiones con una voz de mando. Entonces aún escuchaba con calma las objeciones y exponía con la misma calma sus argumentos. Con todo, éstos tenían un valor especial.

Dado que el peso del *Tigre*, que debía ser de cincuenta

toneladas, había sido elevado a setenta y cinco por exigencias de Hitler, decidimos desarrollar un nuevo tanque de treinta toneladas cuyo nombre —*Pantera*— expresaba la mayor agilidad que debía caracterizarlo; más ligero que el *Tigre*, pero con el mismo motor, sería más veloz. Sin embargo, Hitler lo sobrecargó hasta tal punto, reforzando el blindaje y alargando el cañón, que acabó por tener, con sus cuarenta y ocho toneladas, el peso previsto inicialmente para el *Tigre*.

Para compensar esta extraña transformación de una ágil pantera en un lento tigre, más adelante fabricamos una serie de tanques más pequeños, ligeros y veloces[164]. Para satisfacer y tranquilizar a Hitler, la marca Porsche asumió al mismo tiempo el diseño de un tanque superpesado, de más de cien toneladas, que únicamente se podría fabricar a pequeña escala. Con el fin de despistar a los espías, este nuevo monstruo recibió el nombre de Ratón. Porsche hizo suya la predilección de Hitler por lo superpesado y de vez en cuando lo informaba de desarrollos paralelos del enemigo. En una ocasión Hitler hizo llamar al general Buhle y le espetó:

—Acabo de enterarme de que existe un tanque enemigo cuyo blindaje es muy superior al nuestro. ¿Tiene ya información al respecto? Si es verdad, habrá que…, habrá que desarrollar un nuevo cañón antitanque. La fuerza de percusión tiene que…, hay que agrandar el cañón, o alargarlo, lo que sea, pero ¡hay que reaccionar enseguida! ¡Inmediatamente[165]!

El error fundamental consistía en que Hitler no sólo se había hecho cargo del mando supremo de la Wehrmacht, sino también del Ejército de Tierra y, con él, de su *hobby* de desarrollar tanques. En circunstancias normales, estas cuestiones habrían sido debatidas por oficiales del Estado Mayor, de la Dirección General de Armamentos del Ejército y de la Comisión de Armamentos de la industria. El Comandante en

Jefe del Ejército de Tierra sólo habría intervenido en casos de extrema gravedad. No era nada habitual que los oficiales expertos recibieran instrucciones que se ocupaban hasta del último detalle y éstas resultaban perniciosas, pues Hitler los eximía de responsabilidades e instruía a sus oficiales para la indiferencia.

Las decisiones de Hitler condujeron no sólo a que hubiera muchos proyectos paralelos, sino también a problemas de aprovisionamiento cada vez más difíciles de resolver. Era especialmente molesto que Hitler no comprendiera la necesidad de las tropas de recibir suficientes repuestos[166]. El inspector general de las tropas acorazadas, el general Guderian, me dijo varias veces que una reparación rápida, que requeriría mucho menos tiempo que fabricar tanques nuevos, haría que estuvieran en funcionamiento más de los que podrían producirse a costa de las piezas de recambio. Apoyado por mi jefe de sección Saur, Hitler insistió en que era prioritario hacer tanques nuevos; sin embargo, arreglar los que estaban sólo averiados habría permitido fabricar un 20% menos.

Alguna vez visité a Hitler con el capitán general Fromm, en cuya jurisdicción, en su calidad de jefe del Ejército de Reserva, se daban las anomalías descritas, con el fin de que le expusiera los argumentos de las tropas. Fromm se expresaba con gran claridad, se mostraba firme y tenía sentido de la diplomacia. Sentado con el sable entre las rodillas y la mano en la empuñadura, todo él manifestaba energía, y aún hoy creo que, con su gran capacidad, habría podido impedir más de un error en el cuartel general del *Führer*. De hecho, su influencia aumentó después de algunas reuniones, pero enseguida se hicieron perceptibles ciertas resistencias, tanto por parte de Keitel, que veía amenazada su posición, como por la de Goebbels, que lo presentó ante Hitler como un hombre en el que no se podía confiar políticamente; el mismo Hitler chocó

con él por una cuestión de avituallamiento y, sin muchos rodeos, me dio a entender que no deseaba que Fromm me acompañara más.

El punto central de muchas de las reuniones mantenidas con Hitler lo constituía la definición del programa de armamentos del Ejército de Tierra. Él sostenía el siguiente punto de vista: cuanto más exijo, más obtengo; el caso es que, para mi sorpresa, algunos programas que los especialistas de la industria habían calificado de irrealizables se cumplieron sobradamente. La autoridad de Hitler liberaba unas reservas que nadie tenía en cuenta al hacer sus cálculos. De todos modos, a partir de 1944 sus órdenes eran del todo utópicas; nuestros intentos de imponerlas en las fábricas dieron muy poco rendimiento.

Me daba la impresión de que Hitler eludía con frecuencia su responsabilidad militar refugiándose en aquellas larguísimas reuniones sobre armamentos y producción bélica, que él mismo me dijo alguna vez que le proporcionaban una distensión similar a la que encontraba antaño cuando nos reuníamos para hablar de arquitectura. Les dedicaba muchas horas incluso en situaciones apremiantes, a veces justo cuando sus mariscales o ministros deseaban hablarle con urgencia.

Nuestras conferencias técnicas solían estar vinculadas a la presentación de algún arma nueva en un campo cercano. Entonces todos tenían que formar; el jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, mariscal Keitel, se situaba a la derecha y, cuando llegaba Hitler, lo informaba de los nombres de los generales y técnicos presentes. Hitler daba gran valor a esta ceremoniosa presentación, y subrayaba el carácter formal del acontecimiento al emplear el coche oficial para recorrer los doscientos metros escasos que lo apartaban del campo; yo debía tomar asiento en la parte posterior.

El grupo se disolvía tan pronto Keitel terminaba el parte.

Hitler pedía que le mostraran los detalles, subía al vehículo empleando las escalerillas preparadas al efecto y proseguía sus discusiones con los expertos. Muchas veces Hitler y yo opinábamos sobre los nuevos modelos con observaciones elogiosas del tipo: «¡Qué cañón tan elegante!». «¡Qué forma tan bella tiene este tanque!». Esto era un ridículo retroceso a la terminología que empleábamos al examinar juntos las maquetas arquitectónicas.

Durante una de estas inspecciones, Keitel tomó un cañón antitanque de 7,5 cm por un mortero de campaña. Hitler pareció pasar por alto este tropezón, pero se burló de él durante el camino de regreso:

—¿Ha oído? Keitel y el antitanque. ¡Y eso que es general de artillería!

En otra ocasión, la Luftwaffe había alineado el gran número de variantes y modelos de su programa en un campo de aviación cercano para que Hitler lo inspeccionara. Göring se había reservado el privilegio de explicarle las características de cada avión. Su Estado Mayor le había anotado en una chuleta el nombre de los aparatos, las condiciones de vuelo y otros datos técnicos justo en el orden en que se estaban dispuestos, pero uno de ellos no estaba en su sitio y Göring no lo sabía, por lo que, de un humor espléndido y ateniéndose a la lista, dio explicaciones equivocadas a partir del que faltaba. Hitler, que enseguida se dio cuenta del error, fingió no haber notado nada.

• • •

A fines de junio de 1942 leí en el periódico, como cualquier otro, que había comenzado una nueva gran ofensiva en el Este. En el cuartel general reinaba un gran entusiasmo. Todas las noches Schmundt, el asistente en jefe de Hitler, informaba al personal civil del cuartel general sobre el avance de las tropas por medio del gran mapa de la pared. Hitler estaba eufórico. Una

vez más había demostrado a sus generales, que le desaconsejaron la ofensiva y le propusieron una táctica de defensa, que tenía razón. También el capitán general Fromm parecía confiado, aunque al comenzar el ataque me dijo que, dada la precariedad de nuestra situación, éste constituía un verdadero lujo.

El ala izquierda, situada al este de Kiev, se alargaba cada vez más. Las tropas se aproximaban a Stalingrado. Se hicieron grandes esfuerzos para posibilitar el tráfico ferroviario en los territorios recién conquistados y enviar refuerzos.

Apenas tres semanas después de comenzar el victorioso avance, Hitler se trasladó a un cuartel general avanzado, cerca de la ciudad ucraniana de Vinnitsa. Como los rusos no mostraban actividad aérea y esta vez el Oeste se hallaba demasiado lejos incluso para la habitual suspicacia de Hitler, no exigió que se construyeran búnkers especiales y, en vez de las típicas construcciones de hormigón, surgió una amable colonia de bloques de viviendas dispersas por un bosque.

Mis vuelos al cuartel general me permitieron recorrer el país; en una ocasión fui hasta Kiev. Mientras que inmediatamente después de la Revolución de Octubre la arquitectura moderna rusa se había visto influida por vanguardistas como Le Corbusier, May o El Lissitzky, a fines de los años veinte y bajo la égida de Stalin se orientó hacia un estilo clasicista y conservador. El edificio de congresos de Kiev, por ejemplo, podría haber sido diseñado por un buen alumno de la *École des Beaux Arts*. Jugué con la idea de averiguar quién era el arquitecto, con el fin de darle trabajo en Alemania. Había un estadio clasicista adornado con atletas que seguían el modelo antiguo, pero que, conmovedoramente, llevaban bañadores de medio cuerpo o de cuerpo entero.

Hallé reducida a escombros una de las más famosas iglesias de Kiev. Según me dijeron, un polvorín soviético alojado en ella

había volado por los aires. Más tarde supe por Goebbels que la iglesia había sido destruida por orden del «comisario del Reich para Ucrania», Erich Koch, con el fin de eliminar aquel símbolo del orgullo nacional ucraniano. Goebbels me lo contó con disgusto: estaba escandalizado por el curso brutal que seguía la ocupación de Rusia. De hecho, en aquella época Ucrania todavía estaba en paz y se podía viajar sin escolta por sus extensos bosques, mientras que sólo medio año después todo el territorio se había llenado de partisanos a causa de la errónea política de los comisarios para el Este.

Otros viajes me llevaron al centro industrial de Dniepropetrovsk. Lo que más me impresionó fue la ciudad universitaria en construcción, que superaba cualquier escala alemana y daba una idea imponente de la voluntad de la Unión Soviética de convertirse en una potencia técnica de primer orden. También visité la central eléctrica de Zaporozhie, volada por los rusos, en la que se montaron turbinas alemanas después de que un gran comando de obreros tapara la brecha abierta en la presa por la explosión. Antes de retirarse, los rusos interrumpieron el suministro de aceite a las máquinas mientras éstas se hallaban en marcha, por lo que se sobrecalentaron y terminaron convertidas en un inútil montón de chatarra: una efectiva forma de destrucción que pudo ejecutar un solo hombre moviendo una palanca. Más adelante, cuando Hitler declaró su intención de transformar Alemania en un desierto, este recuerdo me persiguió en mis horas de insomnio.

En el cuartel general, Hitler se atuvo a la costumbre de comer en compañía de sus colaboradores más próximos; en la Cancillería del Reich habían predominado los uniformes del Partido, y ahora lo rodeaban los generales y oficiales de la plana mayor. Al contrario que la sala lujosamente amueblada de la Cancillería, este comedor tenía más bien el aspecto del restaurante de la estación de un villorrio. Paredes cubiertas de

tablas, ventanas como las de un barracón y una larga mesa para unas veinte personas, rodeada de simples sillas. Hitler tomaba asiento cerca de la ventana, en el centro de la larga mesa. Keitel se sentaba frente a él, y los dos lugares de honor, a la izquierda y a la derecha de Hitler, estaban reservados a los visitantes, que siempre eran distintos. Como en los viejos días de Berlín, Hitler hablaba largamente de sus invariables temas favoritos y los comensales quedaban degradados a la categoría de simples oyentes. Estaba claro que se esforzaba por exponer sus ideas de la forma más impactante posible a aquel círculo, tan alejado de él y, además, tan superior en su origen y formación[167]. De este modo, el nivel de las conversaciones de sobremesa del cuartel general se distinguía ventajosamente del de la Cancillería.

En las primeras semanas de ofensiva, durante la comida comentábamos con animación nuestro rápido avance por las estepas de la Rusia meridional, pero dos meses después los rostros fueron reflejando una opresión creciente, y también Hitler comenzó a perder su seguridad.

Aunque nuestras tropas se adueñaron de los campos petrolíferos de Maikop y la vanguardia acorazada luchó a orillas del Terek y avanzó hasta el Volga meridional, cerca de Astracán, a través de una estepa sin vías de comunicación, el avance perdía la velocidad de las primeras semanas. Los refuerzos no podían llegar tan lejos y las piezas de repuesto con que contaban las tropas se habían acabado hacía tiempo, por lo que los efectivos de los combatientes se iban reduciendo cada vez más. Tampoco nuestra producción mensual de armamentos respondía a las exigencias de una ofensiva que se extendía por tan gigantescos espacios: entonces sólo fabricábamos una tercera parte de los tanques y una cuarta parte de la artillería que lograríamos producir en 1944. Por otra parte, aunque no se hallara resistencia, aquellos grandes avances implicaban un extraordinario desgaste. El centro de pruebas de Kummersdorf

sostenía que cualquier tanque pesado que hubiera recorrido 600 u 800 kilómetros necesitaría alguna reparación.

Hitler no entendía nada. Con la intención de sacar partido de la presunta debilidad del enemigo, quería forzar el avance de sus exhaustas tropas por el sur del Cáucaso, hacia Georgia. Por consiguiente, desvió buena parte de los efectivos de la vanguardia, ya muy debilitada, y quiso que avanzaran hacia Sochi y que, tras rebasar Maikop, trataran de alcanzar Sujumi, enclavada más al sur, moviéndose a lo largo de la estrecha carretera de la costa. Ordenó llevar hacia allí al contingente principal; creía que podría conquistar la región situada al norte del Cáucaso sin dificultad.

Pero las unidades estaban exhaustas. A pesar de las órdenes de Hitler, no conseguían avanzar. Durante las reuniones para analizar la situación, Hitler pudo ver fotografías aéreas de los impenetrables bosques de nogales de Sochi. Halder, jefe del Estado Mayor, intentó convencerlo de que la empresa que pretendía llevar a cabo en el sur fracasaría, pues los rusos podían hacer intransitable durante mucho tiempo la carretera de la costa mediante voladuras y, por otra parte, aquel camino era demasiado estrecho y no permitía el paso de grandes unidades. Pero Hitler no se dejó impresionar:

—¡Estas dificultades son superables, como todas! Antes de nada tenemos que hacer nuestra la carretera. Entonces nos quedará libre el camino hacia las estepas del sur del Cáucaso. Allí podremos asentar tranquilamente a nuestras tropas e instalar puntos de aprovisionamiento. Después, dentro de uno o dos años, lanzaremos una ofensiva contra el bajo vientre del Imperio Británico. Liberar Persia e Irak no nos costará mucho, y los indios acogerán con entusiasmo a nuestras divisiones.

Cuando en 1944 hicimos una criba en el ramo de la imprenta para suspender los trabajos innecesarios, tropezamos

en Leipzig con un pedido del Alto Mando de la Wehrmacht de gran número de mapas de Persia y manuales de conversación, que seguían imprimiéndose porque el encargo había sido olvidado.

Ni siquiera a un profano le resultaba difícil darse cuenta de que la ofensiva había alcanzado su límite logístico. Entonces llegó la noticia de que un destacamento de las tropas alemanas de montaña había conquistado la cima más alta del Cáucaso —el Elbrús, de 5600 metros de altura, rodeado de extensos glaciares—, en la que había clavado la bandera de guerra de Alemania. Sin duda se trató de una operación innecesaria y, por otra parte, de un alcance mínimo[168]: la aventura de unos alpinistas apasionados. Todos nos mostramos comprensivos frente a una acción que, por lo demás, nos pareció insignificante. Vi a Hitler rabioso a menudo, pero pocas veces llegó a estallar como al recibir esta noticia. Vociferó durante horas, como si aquello hubiese echado a perder todo su plan de campaña. Varios días después seguía maldiciendo a aquellos «montañeros locos que deberían comparecer ante un consejo de guerra», a los que en plena guerra se les había ocurrido perseguir su ambición estúpida —opinaba Hitler, lleno de furor— y alcanzar una cima igualmente estúpida, y eso a pesar de que había dado la orden de que todas las fuerzas se concentraran en Sujumi. Así podíamos ver todos cómo se obedecían sus órdenes, exclamaba.

Asuntos urgentes reclamaron mi presencia en Berlín. Poco después fue relevado de su cargo el comandante en jefe de los ejércitos del Cáucaso, a pesar de que Jodl lo defendió con energía. Cuando unos quince días después regresé al cuartel general, Hitler se había enemistado con Keitel, Jodl y Halder. No les daba la mano para saludarlos ni participaba en las comidas comunes. Desde entonces y hasta el fin de la guerra se hizo servir la comida en su bunker, al que ya sólo invitaba a

algún elegido de vez en cuando. Las relaciones de Hitler con el entorno militar se habían roto para siempre.

¿Se debía sólo al fracaso de una ofensiva en la que había puesto tantas esperanzas? ¿O quizá, por primera vez, presentía un cambio general? Puede que se mantuviera alejado de sus oficiales porque ya no se habría sentado entre ellos como un triunfador, sino como un fracasado. Además, seguramente se le habían agotado las ideas que exponía ante aquel círculo extrayéndolas de su mundo de diletante, y a lo mejor también percibió que su magia le había fallado por primera vez.

Hitler no tardó en tratar con más amabilidad a Keitel, que, muy preocupado, lo había estado rondando varias semanas, mostrando la máxima diligencia. Las aguas también volvieron a su cauce con Jodl, quien, de acuerdo con su manera de ser, no había manifestado reacción alguna. Pero el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, el capitán general Halder, tuvo que marcharse. Halder era un hombre sereno e introvertido que posiblemente no estaba a la altura del dinamismo vulgar de Hitler y siempre parecía algo desamparado. Su sucesor, Kurt Zeitzler, era todo lo contrario: directo, insensible y vocinglero. No respondía al tipo de militar capaz de pensar por sí mismo y es posible que encarnara justo lo que quería Hitler: un «ayudante» de confianza que, como le gustaba decir, «no pierda el tiempo reflexionando sobre mis órdenes, sino que se ocupe de cumplirlas con decisión». Posiblemente por eso no lo eligió entre los militares de alta graduación; Zeitzler tenía un rango menor, y fue ascendido dos grados para ocupar su nuevo destino.

• • •

Después del nombramiento del nuevo jefe del Estado Mayor, Hitler me permitió asistir a las reuniones estratégicas que se celebraban para analizar la situación, en las que al

principio yo era el único civil[169]. Podía tomármelo como una prueba especial de que estaba satisfecho con mi trabajo, para lo que, desde luego, tenía todos los motivos, dado el incremento incesante de las cifras de producción. Sin embargo, no me habría dado ese permiso si hubiese temido que las objeciones o las disputas mermaran su prestigio ante mí. La tormenta se había aplacado y Hitler había vuelto a dominarse.

La «gran sesión» tenía lugar cada día alrededor de las doce y solía durar de dos a tres horas. Hitler era el único que se sentaba ante la gran mesa de mapas, en una sencilla butaca de mimbre. Alrededor de la mesa, en pie, se situaban los oficiales del Alto Mando de la Wehrmacht, los del Estado Mayor del Ejército de Tierra y los de enlace de la Aviación, de la Marina, de las Waffen-SS y de Himmler; por lo general, se trataba de rostros jóvenes y simpáticos, normalmente con el grado de comandante o coronel. Entre ellos, sin ceremonia alguna, se situaban Keitel, Jodl y Zeitzler. A veces también participaba Göring, quien, como distinción especial o a causa de su corpulencia, se sentaba en un taburete acolchado al lado de Hitler.

Unas lámparas de oficina con largos brazos extensibles iluminaban los mapas. En primer lugar se deliberaba sobre el frente oriental. Se ponían ante Hitler tres o cuatro mapas del Estado Mayor formados por varios pedazos, cada uno de ellos de unos 2,50 x 1,50 metros, en los que figuraban los avances del día anterior, incluso las operaciones de reconocimiento, y casi todas las indicaciones eran explicadas por el jefe del Estado Mayor. Los mapas iban siendo desplazados fragmento a fragmento, de manera que Hitler, que iba anotando las modificaciones respecto a la víspera, tuviera siempre delante el sector del que se hablaba. La preparación diaria de las conferencias, en las que se dedicaban una o dos horas al frente oriental y bastante más rato a los acontecimientos importantes, si los había, representaba un enorme esfuerzo para el jefe del

Estado Mayor y sus oficiales, que tenían cosas más importantes que hacer. Yo, profano en la materia, me asombraba al ver cómo Hitler decidía objetivos, desplazaba divisiones o se ocupaba de uno u otro detalle.

En tales ocasiones, al menos todavía en 1942, parecía aceptar con calma los reveses graves; en todo caso, nunca manifestaba reacciones extremas: trataba de mantener la imagen del jefe imperturbable. Solía recalcar que su experiencia en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial lo había familiarizado más con los asuntos bélicos de lo que lo habría hecho la escuela de altos mandos, con todos sus asesores militares. No hay duda de que esto era cierto en algunos aspectos; sin embargo, muchos oficiales opinaban que precisamente esta «perspectiva de trinchera» le impedía tener la visión general que la jefatura requería, y que sus conocimientos de detalle, en su caso los propios de un cabo, eran más bien un estorbo. El capitán general Fromm, en el estilo lacónico que lo caracterizaba, decía que un civil podría haber sido un comandante en jefe mucho mejor que un cabo que además nunca había luchado en el Este, por lo que era incapaz de comprender los problemas especiales que presentaba aquel frente.

Hitler procedía como un «zapatero remendón» de lo más mezquino. A ello hay que añadir la desventaja de que los mapas sólo permiten deducir de manera insuficiente la naturaleza del terreno. A principios del verano de 1942 ordenó utilizar los primeros seis tanques *Tigre*, de los que esperaba mucho, como siempre que aparecía un arma nueva. Nos anticipó imaginativamente cómo los cañones antitanque rusos de 7,7 cm, que perforaban el blindaje de nuestros Panzer IV incluso a gran distancia, dispararían en vano proyectil tras proyectil, y cómo finalmente los *Tigre* terminarían arrollando sus cañones. El Estado Mayor le hizo notar que el subsuelo pantanoso que

había a ambos lados de la carretera elegida imposibilitaría toda evolución táctica de los tanques. Pero Hitler rechazó de plano esta objeción y se inició el primer ataque de los *Tigre*. Todo el mundo esperaba ansioso el resultado y yo también estaba un poco nervioso, pero la prueba general no llegó a producirse. Los rusos dejaron tranquilamente que los tanques pasaran ante su puesto de cañones antitanque y después dio de lleno al primero y al último en el costado, donde el blindaje era más ligero. Los cuatro restantes quedaron inmovilizados porque no podían avanzar ni retroceder, ni tampoco escapar por los lados a causa del suelo pantanoso, y pronto estuvieron también fuera de combate. Hitler no dijo nada sobre aquel fracaso total, ni entonces ni nunca.

El capitán general Jodl exponía la situación del escenario occidental de la guerra, que entonces todavía se desarrollaba en África, después del análisis del frente oriental. También aquí Hitler tendía a entrometerse en todos los detalles. Rommel provocó en distintas ocasiones su enojo, pues a veces se pasaba varios días facilitando informes muy vagos sobre sus movimientos, es decir, encubriéndolos frente al cuartel general, para después lucirse por sorpresa con una posición distinta. Hitler, que sentía un afecto personal por Rommel, se lo toleraba, aunque a disgusto.

Jodl, en su calidad de jefe de la plana mayor de la Wehrmacht, tendría que haber sido en realidad el coordinador de los distintos escenarios bélicos, título que Hitler se había arrogado aunque no lo ejerciera, por lo que Jodl en el fondo no tenía ninguna tarea definida. Con el fin de tener al menos un campo de actividad, la plana mayor de la Wehrmacht se hizo cargo de la dirección independiente de cada uno de estos escenarios, así que de hecho había dos estados mayores y Hitler actuaba como árbitro entre ellos, cosa que respondía al principio de la competencia al que ya he aludido varias veces. Cuanto más

crítica se volvía la situación, más duramente disputaban entre sí los dos estados mayores para que se trasladaran más divisiones del Este al Oeste, o viceversa.

Tras exponerse la situación del Ejército de Tierra, de la Marina y aérea, se pasaba a informar concisamente sobre los sucesos de las últimas veinticuatro horas, tarea de la que solía encargarse un oficial de enlace o algún asistente del arma de que se tratara, aunque alguna vez lo hacía el comandante en jefe correspondiente. Los ataques contra Inglaterra y los bombardeos de las ciudades alemanas se trataban con brevedad, al igual que los últimos éxitos en la guerra submarina. Hitler dejaba amplísima libertad a sus comandantes en jefe para dirigir las batallas aéreas y navales y, al menos en aquel tiempo, intervenía en ellas en contadas ocasiones y sólo como asesor.

Acto seguido, Keitel presentaba a Hitler algunos documentos para que los firmara. Por lo general se trataba de «órdenes de garantía», en parte temidas y en parte objeto de burla, que tenían el objeto de cubrirlo a él o a otra persona de futuros reproches. En aquella época califiqué este procedimiento de intolerable abuso de la firma de Hitler, puesto que de ese modo adquirían forma de orden unas ideas e intenciones totalmente incompatibles, lo que generaba un embrollo inextricable.

• • •

La habitación donde tenían lugar aquellas reuniones era relativamente pequeña, teniendo en cuenta que acudía a ellas bastante gente, y por lo tanto el aire enseguida se viciaba, lo que a mí, como a la mayoría, me adormecía. Había un dispositivo para renovar el aire, pero Hitler opinaba que producía una «sobrepresión» que daba dolor de cabeza y lo embotaba, y por eso sólo funcionaba antes y después de las reuniones. Por otra parte, la ventana solía estar cerrada y las cortinas corridas

aunque el tiempo fuera excelente. Todo esto hacía que la atmósfera estuviera muy cargada.

Yo había esperado que durante las conferencias estratégicas reinara un silencio respetuoso, y me sorprendió que los oficiales a los que no les tocaba participar conversaran entre ellos, aunque lo hacían en voz baja. También era frecuente que durante la reunión se formara un grupo en el fondo que charlaba sin tener en cuenta la presencia de Hitler. Todas aquellas conversaciones secundarias hacían que hubiera un murmullo continuo que a mí me habría puesto nervioso, pero a Hitler sólo lo molestaba que las voces subieran de tono, y bastaba que levantara la cabeza desaprobadoramente para que el ruido disminuyera.

Más o menos desde otoño de 1942, había que tener mucho cuidado si se querían manifestar opiniones contrarias a las de Hitler respecto a asuntos de importancia durante aquellas reuniones. Aún permitía las objeciones de terceras personas, pero no de los que pertenecían a su entorno habitual. Cuando trataba de convencer a alguien, comenzaba a divagar y procuraba generalizar tanto como podía. Apenas dejaba hablar a sus interlocutores. Si en el transcurso de la discusión surgía un punto controvertido, solía escurrirse con gran habilidad y el asunto quedaba aplazado. Decía que los jefes militares no estaban dispuestos a ceder en presencia de los oficiales de su plana mayor. Es posible que también contara con sacar más partido de su magia personal y su poder de convicción en una entrevista privada. Como por teléfono estas dos cualidades tenían menos efecto, Hitler mostró siempre una manifiesta aversión a mantener discusiones telefónicas importantes.

Además de la «gran sesión», después se celebraba una «sesión de tarde» en la que un joven oficial del Estado Mayor se entrevistaba a solas con Hitler y le exponía la evolución de las últimas horas. A veces Hitler hacía que lo acompañara en ellas

después de comer juntos. Sin duda se mostraba mucho más relajado entonces que durante la «gran sesión». La atmósfera resultaba mucho más respirable.

El entorno de Hitler tenía su parte de culpa en el hecho de que éste se convenciera cada vez más de que tenía facultades sobrehumanas. Ya al mariscal Blomberg, el primer y último ministro de Guerra del Reich de Hitler, se había dedicado a ensalzar su extraordinario genio estratégico. Incluso alguien que tuviera una personalidad más controlada y modesta que él habría perdido la capacidad de juzgarse a sí mismo a causa de los continuos himnos de alabanza y de los atronadores aplausos que recibía.

Por su manera de ser, a Hitler le gustaba aceptar consejos de personas que vieran las cosas aún con más optimismo e ilusión que él. Ése solía ser el caso de Keitel. Siempre que Hitler adoptaba una resolución que los oficiales aceptaban sin expresar asentimiento, sólo con un ostensible silencio, Keitel trataba de apoyarlo con convicción. Siempre estaba cerca de él y se había rendido por completo a su influencia. A lo largo de los años, este general honorable y sólidamente burgués se había convertido en un criado servil, hipócrita y sin instinto. En el fondo, a Keitel lo hacía sufrir su propia debilidad. La inutilidad de iniciar cualquier discusión con Hitler lo había llevado a prescindir de sus propias opiniones. Por otra parte, si las hubiese defendido con firmeza, Hitler lo habría sustituido por otro Keitel.

Cuando, en 1943-1944, Schmundt, ayudante en jefe de Hitler y jefe de personal del Ejército, intentó con muchos otros que Keitel fuera sustituido por el enérgico mariscal Kesselring, Hitler contestó que no podía prescindir de él, pues le era «fiel como un perro». Quizás Keitel fuera la encarnación más perfecta del tipo de hombre que Hitler necesitaba a su lado.

También eran raras las ocasiones en que el capitán general Jodl contradecía abiertamente a Hitler. Solía proceder de un modo estratégico. Por lo general se guardaba sus propias opiniones, puenteando así las situaciones difíciles, pero sólo para conseguir más tarde que Hitler modificara su actitud, llegando incluso a hacer que rectificara resoluciones ya adoptadas. Las palabras despectivas con que a veces aludía a Hitler demostraban que había logrado conservar una visión relativamente clara de los acontecimientos. Los subordinados de Keitel, como por ejemplo su representante, el general Warlimont, difícilmente iban a tener más coraje que él. Al fin y al cabo, Keitel no los defendía cuando Hitler los atacaba. En ocasiones, mediante insignificantes adiciones que Hitler no acertaba a comprender, conseguían revocar órdenes claramente contraproducentes. Bajo la dirección del sumiso y dependiente Keitel, el Alto Mando de la Wehrmacht tenía que recurrir a toda clase de rodeos para poder llegar a su meta.

Es posible que también cierto cansancio permanente haya contribuido a la sumisión del generalato. El horario de trabajo de Hitler no guardaba relación con la jornada habitual de trabajo del Alto Mando de la Wehrmacht, lo que muchas veces impedía a sus componentes dormir a horas regulares. Puede que esta clase de sobreesfuerzos desempeñe un papel más importante del que se suele admitir, sobre todo cuando se exige un rendimiento máximo a largo plazo. También en el trato privado tanto Keitel como Jodl daban la impresión de estar siempre cansados. Con el fin de romper este círculo de agotamiento, además de a Fromm quise introducir en el cuartel general también a mi amigo el mariscal Milch, que ya me había acompañado en varias ocasiones con el pretexto de exponer asuntos de la Central de Planificación. Algunas veces salió bien y Milch pudo ganar terreno frente a Hitler con su plan de imponer un programa de producción de cazas en lugar de la

flota prevista de grandes bombarderos. Pero entonces Göring le prohibió volver a presentarse en el cuartel general.

Cuando me reuní con él a fines de 1942 en el pabellón que se había construido para sus breves estancias en el cuartel general, Göring me pareció exhausto. Disponía de sillones cómodos y no tenía que sufrir una instalación tan espartana como la de Hitler en su bunker de trabajo. Me dijo con voz apesadumbrada:

—Nos podremos dar por satisfechos si después de esta guerra Alemania conserva las fronteras de 1933.

Aunque trató de corregir inmediatamente esta observación con unas cuantas banalidades, tuve la impresión de que veía acercarse la derrota, a pesar de la desfachatez con que siempre seguía la corriente a Hitler.

Cuando llegaba al cuartel general del *Führer*, acostumbraba retirarse unos minutos a su pabellón particular, mientras que Bodenschatz, el general de enlace entre Hitler y Göring, abandonaba la reunión estratégica para, según suponíamos, informar por teléfono a Göring de las cuestiones más conflictivas. Un cuarto de hora después éste entraba en la sala y defendía con el mayor énfasis, sin necesidad de que se le invitara a hacerlo, precisamente el mismo punto de vista que Hitler acababa de intentar imponer a su generalato. Entonces Hitler miraba significativamente en derredor suyo y decía:

—¿Lo ven? El mariscal del Reich opina exactamente lo mismo.

• • •

La tarde del 7 de noviembre de 1942 acompañé a Hitler en su tren especial a Munich; durante estos viajes, liberado de la rutina del cuartel general, era más accesible a las prolijas discusiones sobre asuntos armamentistas de carácter general. El tren disponía de radio, teletipo y centralita telefónica. Jodl y

algunos oficiales del Estado Mayor acompañaban a Hitler.

El ambiente era tenso. Llevábamos ya un retraso de muchas horas, pues en cada estación importante se hacía una larga parada para conectar el cable telefónico a la red de los ferrocarriles y obtener así las últimas noticias. Desde primera hora de la mañana, un impresionante convoy, escoltado por una gran formación naval, estaba entrando en el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar.

Años atrás, Hitler solía mostrarse al pueblo por la ventanilla de su tren especial en cada parada. Sin embargo, ahora no deseaba hacerlo, por lo que las cortinas que daban al andén se bajaban en cada estación. Por la noche, cuando nos sentamos a cenar con Hitler a la mesa ricamente servida del vagón comedor revestido de palisandro, ninguno de nosotros se dio cuenta al principio de que en la vía contigua a la nuestra se había detenido un tren de mercancías: desde los vagones de transporte de ganado, las caras de los soldados alemanes que llegaban del Este derrotados, hambrientos y heridos miraban fijamente la comida. Al alzar la vista, Hitler vio la siniestra escena a dos metros de su ventana. Sin saludar, sin manifestar la menor reacción, ordenó enseguida a su criado que bajara las cortinas. Así fue como, en la segunda mitad de la guerra, terminó uno de los raros encuentros de Hitler con simples soldados del frente entre los que él mismo se contaba tiempo atrás.

En cada estación se comprobaba que el número de unidades navales avistadas había aumentado. Se estaba iniciando una operación sin igual. Por fin se terminó el paso del estrecho. Todos los barcos de los que habían informado los aviones de reconocimiento navegaban ahora por el Mediterráneo rumbo al Este.

—Es la operación de desembarco más grande de la Historia —declaró Hitler con respeto, a pesar de que quizá se daba

cuenta de que se dirigía contra él.

La flota de desembarco se mantuvo al norte de las costas de Argelia y Marruecos hasta la mañana siguiente.

Durante la noche, Hitler desarrolló varias versiones distintas para explicar aquel enigmático comportamiento. En su opinión, lo más probable era que se tratara de una gran maniobra para fortalecer la ofensiva contra el apurado Afrika Korps; las unidades navales debían de estarse concentrando para cruzar el canal entre Sicilia y África al amparo de la oscuridad, que las protegería de los ataques de la aviación alemana. O bien, y esto respondía mejor a su arriesgada visión de las operaciones militares:

—El enemigo va a desembarcar esta misma noche en Italia central. Ahí no topará con ninguna resistencia. No hay tropas alemanas, los italianos echarán a correr, y así podrán separar el norte de Italia del sur. ¿Qué será de Rommel entonces? Enseguida estará perdido. No le quedan reservas y nosotros no podremos enviarle refuerzos.

Hitler se embriagaba con la posibilidad de planear operaciones de gran envergadura, lo que le estaba negado hacía tiempo, y se ponía más y más en la piel del enemigo:

—Yo ocuparía Roma inmediatamente y formaría allí un nuevo Gobierno italiano. O, y ésa sería la tercera posibilidad, desembarcaría con esta gran flota en el sur de Francia. Siempre hemos sido demasiado condescendientes. ¡Miren de qué nos sirve! Allí no hay fortificaciones ni tropas alemanas. Es un error que no tengamos nada allí. ¡Naturalmente, el gobierno de Pétain no va a ofrecer resistencia!

Parecía haber olvidado que aquella amenaza mortal se dirigía contra él.

Las reflexiones de Hitler dejaban a un lado la realidad. A él nunca se le habría ocurrido no vincular semejante operación de

desembarco a un gran golpe. Hacer aterrizar las tropas en posiciones seguras desde las que se pudieran extender de un modo sistemático, no arriesgar más de lo necesario: ésta era una estrategia totalmente ajena a su manera de ser. Pero sí tuvo algo claro aquella noche: el segundo frente empezaba a ser una realidad.

Todavía recuerdo lo escandalizado que me sentí cuando al día siguiente Hitler pronunció un gran discurso con ocasión del aniversario de su fracasado golpe de Estado del año 1923. En vez de aludir a la gravedad de la situación y hacer un llamamiento al pueblo alemán para que extremara sus esfuerzos, se mostró banal, seguro de la victoria y lleno de confianza:

—Son bien tontos —dijo apostrofando a nuestros enemigos, cuyas operaciones seguía con cierto respeto el día anterior— si piensan que algún día podrán destruir Alemania… Nosotros no vamos a caer; así pues, caerán ellos.

A fines de otoño de 1942, Hitler constató triunfante, durante una reunión estratégica:

—Los rusos envían a combatir a sus cadetes[170]. Es la prueba más segura de que están acabados. Uno sólo sacrifica a sus futuros oficiales cuando ya no le queda nada más.

Unas semanas más tarde, el 19 de noviembre de 1942, Hitler, retirado desde hacía unos días en el Obersalzberg, recibió las primeras noticias de la gran ofensiva rusa de invierno, que conduciría, nueve semanas después, a la capitulación de Stalingrado[171]. Fuertes contingentes soviéticos habían abierto brecha en las posiciones que el ejército rumano defendía en Serafinov mediante violentas descargas de la artillería. Al principio, Hitler trató de explicar y minimizar la catástrofe hablando con menosprecio del valor combativo de sus aliados, pero las tropas soviéticas no tardaron en derrotar también a las divisiones alemanas. El frente comenzaba a desmoronarse.

Hitler se paseaba de un lado a otro de la gran sala del Berghof diciendo:

—Nuestros generales están volviendo a cometer sus viejos errores. Siempre sobrestiman la fuerza de los rusos. Según los informes que llegan del frente, el enemigo no dispone de bastantes hombres. Su posición es débil, ha perdido demasiada sangre. Pero, naturalmente, nadie quiere tener en cuenta estos informes. Y además, ¡qué mala formación tienen los oficiales rusos! No se puede contar con ellos para organizar ninguna ofensiva. ¡Nosotros sabemos lo que hace falta para eso! A la corta o a la larga, se van a quedar simplemente inmovilizados. Quemados por el esfuerzo. Entonces mandaremos allí a unas cuantas divisiones de refresco que se ocuparán de poner orden.

Retirado en su montaña, Hitler no comprendía lo que se le estaba viniendo encima. Sin embargo, tres días después, al ver que las malas noticias no cesaban, se puso precipitadamente en camino hacia la Prusia Oriental.

Unos días más tarde, en Rastenburg, pude ver en el mapa del Estado Mayor que cubría el sector meridional, de Voronej a Stalingrado, una extensión de 200 kilómetros marcada con gran cantidad de flechas rojas que señalaban los movimientos ofensivos de las tropas soviéticas, interrumpidas por pequeños círculos azules que designaban los reductos de resistencia de las divisiones alemanas y aliadas. Stalingrado estaba rodeada de círculos rojos. Preocupado, Hitler ordenó que unidades procedentes de todos los demás sectores del frente y de los territorios ocupados se dirigieran a toda prisa hacia allí. Y es que no había unidades de reserva, a pesar de que el general Zeitzler, mucho antes de que el frente se derrumbara, había hecho observar que las divisiones situadas en el sur de Rusia tenían que defender un sector de inusual longitud[172], por lo que no estarían en condiciones de resistir un ataque a fondo de las

tropas rusas.

Cuando Stalingrado ya estaba cercada, Zeitzler, cuya cara enrojecida reflejaba falta de sueño, insistió enérgicamente en su opinión de que el VI Ejército tenía que batirse en retirada hacia el Oeste. Expuso con todo detalle que el avituallamiento de los sitiados era insuficiente y se refirió a la falta de combustible, que impedía que los soldados que luchaban entre las ruinas o en los campos nevados, a muchos grados bajo cero, recibieran comida caliente. Hitler permaneció tranquilo y firme, como si quisiera dar a entender que la excitación de Zeitzler se debía a una psicosis.

—La contraofensiva que he ordenado lanzar desde el sur conseguirá levantar el sitio de Stalingrado, y la situación quedará restablecida. No es la primera vez que nos las vemos con algo así, y al final siempre hemos sabido imponernos.

Hitler ordenó que se estacionaran trenes de refuerzo y de avituallamiento tras las tropas que se aprestaban a la contraofensiva, con el fin de aliviar las penurias de los sitiados en cuanto se levantara el cerco. Zeitzler contradijo a Hitler: las fuerzas destinadas a la contraofensiva eran demasiado débiles. No obstante, si conseguían unirse a un VI Ejército que se hubiera retirado hacia el Oeste, estarían en situación de establecer nuevas posiciones más al sur. Hitler sostenía lo contrario, pero Zeitzler no cedía. Ya llevaban más de media hora discutiendo cuando la paciencia de Hitler llegó a su fin.

—Tenemos que conservar Stalingrado y basta. Tenemos que hacerlo, es una posición clave. Si interrumpimos el tráfico por el Volga en este punto, causaremos grandes dificultades a los rusos. ¿Cómo transportarán el trigo desde el sur de Rusia hacia el norte?

No sonaba muy convincente; yo tuve más bien la impresión de que Stalingrado era un símbolo para él. Sin embargo, por de

pronto la discusión terminó con estas palabras.

Al día siguiente, la situación había empeorado. Los ruegos de Zeitzler eran más apremiantes. En la sala de reuniones reinaba un ambiente opresivo, y el propio Hitler parecía abatido y agotado. Incluso llegó a hablar de retirada, e hizo calcular de nuevo cuántas toneladas de vituallas diarias hacían falta para mantener la fuerza combativa de aquéllos más de 200 000 soldados.

Veinticuatro horas más tarde, el destino del ejército sitiado quedó definitivamente decidido, pues en la sala de conferencias hizo su aparición un Göring fresco y resplandeciente como un tenor de opereta en el papel de mariscal victorioso del Reich. Hitler, deprimido, con un tonillo suplicante en la voz, le preguntó:

—¿Qué pasa con el abastecimiento de Stalingrado desde el aire?

Göring se puso firmes y contestó solemnemente:

—¡*Mein Führer*, le garantizo que el VI Ejército, sitiado en Stalingrado, será abastecido desde el aire! ¡Puede confiar en ello!

Según supe después por Milch, en realidad el Estado Mayor de la Luftwaffe había dicho que el abastecimiento aéreo de los sitiados era imposible. También Zeitzler expresó sus dudas al respecto; pero Göring le contestó con aspereza que efectuar los cálculos necesarios era asunto de la exclusiva competencia de la Luftwaffe. Ese día Hitler, que podía ser tan concienzudo en cuestión de números, ni siquiera pidió explicaciones sobre cómo se iba a disponer de los aviones necesarios. Las simples palabras de Göring lo habían hecho revivir y recuperar su antigua decisión:

—¡Pues entonces tenemos que conservar Stalingrado! ¡No tiene sentido seguir hablando de una retirada del VI Ejército! Perdería todas sus armas pesadas y se quedaría sin fuerza de

combate. ¡El VI Ejército se quedará en Stalingrado[173]!

Aunque Göring sabía que el destino del ejército sitiado en Stalingrado dependía de su palabra, el 12 de diciembre de 1942[174], con motivo de la reinauguración de la destruida Staatsoper de Berlín, nos invitó a la representación de *Los maestros cantores de Nuremberg* de Richard Wagner. Tomamos asiento en el gran palco del *Führer* vestidos de frac o con uniforme de gala. El alegre argumento de la ópera contrastaba tanto con los acontecimientos del frente que pasé mucho tiempo reprochándome haber aceptado la invitación.

Unos días después me encontraba de nuevo en el cuartel general del *Führer*. Zeitzler informaba sobre las vituallas y municiones que se habían suministrado al VI Ejército: sólo constituían una ínfima parte de lo prometido. Aunque Hitler pedía continuamente explicaciones a Göring, éste encontraba siempre una salida: que el tiempo era malo, que la niebla, las ventiscas o las nevadas habían impedido llevar a cabo la operación; enviaría las cantidades prometidas en cuanto cambiara el tiempo.

Así pues, las raciones de comida en Stalingrado tuvieron que reducirse todavía más. En el casino del Estado Mayor, Zeitzler se hacía servir ostentosamente las mismas raciones que comían los soldados en el frente, y adelgazó a ojos vistas. Al cabo de unos días, Hitler le dijo que consideraba inadecuado que el jefe del Estado Mayor del Ejército desgastara los nervios de todos con tales demostraciones de solidaridad y que debía proceder de inmediato a alimentarse bien. A cambio, Hitler prohibió durante algunas semanas que se sirviera champaña o coñac. El ambiente era cada vez más opresivo; las caras se convertían en máscaras rígidas y muchas veces permanecíamos juntos sin decir nada. Nadie quería hablar del gradual hundimiento de un ejército que pocos meses antes aún era victorioso.

Pero Hitler siguió sintiéndose confiado, incluso del 2 al 7 de enero, cuando volví a visitar el cuartel general dos semanas después del fracaso de la contraofensiva con la que había esperado forzar el cerco de Stalingrado y llegar con refuerzos hasta las tropas que estaban sucumbiendo. Quizá, si se adoptaba la decisión de abandonar el cerco, aún quedara una pequeña esperanza.

Uno de esos días presencié, en la habitación que había junto a la sala de reuniones, cómo Zeitzler prácticamente suplicaba a Keitel que lo apoyara ante Hitler para que diera la orden de retirada. Insistió en que era la última oportunidad de evitar una terrible catástrofe. Keitel le dio la razón y le prometió que le prestaría su ayuda, pero durante la reunión, cuando Hitler insistió en la necesidad de no abandonar Stalingrado, Keitel se dirigió emocionado a él y, señalando en el mapa el pequeño resto de la ciudad destruida, rodeada por gruesos círculos rojos, exclamó:

—¡*Mein Führer*, esto lo conservaremos!

En aquella situación desesperada, el 15 de enero de 1943 Hitler dio al mariscal Milch un poder especial que lo facultaba para adoptar, tanto respecto a la aviación militar como a la civil, todas las medidas que considerara necesarias para el abastecimiento de Stalingrado sin la intervención de Göring[175]. Yo llamé a Milch por teléfono varias veces porque me había prometido salvar a mi hermano, que estaba con los sitiados. Sin embargo, dada la confusión general, fue imposible localizarlo. Nos llegaban cartas desesperadas: tenía ictericia y las extremidades inflamadas y lo habían llevado a la enfermería, pero no pudo soportar quedarse allí y se reunió a rastras con sus camaradas en el puesto de observación de artillería. No volvimos a saber nada de él. A cientos de miles de familias les ocurrió lo mismo que a mis padres y a mí, y siguieron recibiendo cartas

por vía aérea desde la ciudad durante un tiempo, antes de que todo terminara[176]. Hitler nunca dijo ni una palabra sobre aquella catástrofe, cuyos únicos responsables eran Göring y él. Por el contrario, ordenó que se creara enseguida un nuevo VI Ejército con el que recuperar la gloria del que había desaparecido.

CAPÍTULO XVIII

INTRIGAS

En invierno de 1942, durante la crisis de Stalingrado, Bormann, Keitel y Lammers acordaron estrechar el círculo que rodeaba a Hitler. Las disposiciones que tuviera que firmar el jefe del Estado sólo podrían serle presentadas a través de uno de ellos tres, con el fin de frenar la confusión que creaba la irreflexiva firma de decretos contradictorios. A Hitler le bastaba con saber que la última decisión sería suya. En el futuro, las distintas peticiones debían ser «previamente esclarecidas» por este comité de tres hombres. Hitler confiaba en recibir información objetiva y en que se trabajara de forma imparcial.

El triunvirato se repartía las distintas esferas. Keitel, que debía ocuparse de las disposiciones relacionadas con la Wehrmacht, fracasó desde el mismo comienzo, pues los comandantes en jefe de la Luftwaffe y la Marina se negaron enérgicamente a someterse a su tutela. Los asuntos que tuvieran que ver con los Ministerios, las cuestiones de derecho político y los asuntos administrativos debían pasar por las manos de Lammers, quien con el tiempo tuvo que ir dejando estas cuestiones en manos de Bormann, pues éste no le daba ocasión de hablar con Hitler con la frecuencia necesaria. En cuanto al propio Bormann, se había reservado la exposición de lo que tuviera que ver con la política interior, para lo que no sólo le faltaba inteligencia, sino también contacto con el mundo exterior. Hacía más de ocho años que era la sombra permanente

de Hitler; jamás se había atrevido a emprender viajes oficiales de cierta duración o a tomarse unas vacaciones, temiendo que su influencia disminuyera. Desde la época en que estuvo a las órdenes de Hess sabía que los lugartenientes ambiciosos constituían un peligro. Además, Hitler tendía a encomendar alguna misión a los segundos en cuanto le eran presentados, y los trataba como si pertenecieran a su plana mayor. Esta peculiaridad no se debía tan sólo a su afán de dividir el poder, sino que también le gustaba ver caras nuevas y ponerlas a prueba. Para evitar una competencia semejante en su propia casa, más de un ministro cauteloso evitaba nombrar a un lugarteniente inteligente y enérgico.

La intención de cercar a Hitler, filtrar sus fuentes de información y mantener su poder bajo control habría podido alterar el principio de «gobierno de un solo hombre» de Hitler si los miembros del triunvirato hubiesen tenido iniciativa, imaginación y sentido de la responsabilidad. Sin embargo, educados para actuar siempre en nombre de Hitler, dependían como esclavos de su voluntad. Por lo demás, Hitler pronto dejó de atenerse a este arreglo, que se le hizo molesto y que, además, era contrario a su naturaleza. Con todo, resulta comprensible que aquel círculo irritara y debilitara a quienes se encontraban fuera de él.

En realidad, sólo Bormann consiguió una posición clave que podía resultar peligrosa para los altos jefes del Partido. Respaldado por la aquiescencia de Hitler, Bormann decidía qué civil tendría una audiencia con él; o, mejor dicho, cuál no la tendría. Casi ningún ministro, jefe nacional o regional podía acceder a Hitler; todos exponían sus problemas a través de Bormann. Éste trabajaba con gran rapidez, y por lo general el ministro interesado recibía en pocos días una respuesta escrita que, de otro modo, habría tenido que esperar durante meses. Yo constituía una excepción. Como mi jurisdicción era militar,

podía ver a Hitler siempre que quería. Eran sus asistentes militares quienes fijaban la fecha de mis audiencias.

A veces, después de mis entrevistas con Hitler, Bormann entraba en el gabinete con sus expedientes tras ser anunciado de manera informal por el asistente de servicio. Exponía en pocas palabras, de forma monótona y aparentemente objetiva, el contenido de los memorándum que había recibido, y acto seguido proponía la solución. Hitler solía limitarse a asentir con un breve «de acuerdo». Estas dos palabras bastaban a Bormann para ejecutar instrucciones de gran complejidad, incluso cuando Hitler se había expresado de una forma que no comprometía a nada. De esta manera, bastaba media hora de trabajo para adoptar diez o más resoluciones importantes. De hecho, era Bormann quien llevaba la dirección de los asuntos internos del Reich. Unos meses más tarde, el 12 de abril de 1943, Bormann consiguió que Hitler firmara un escrito de apariencia irrelevante: fue nombrado «secretario del *Führer*». Mientras que hasta entonces, en un sentido estricto, su autoridad debería haberse limitado a los asuntos del Partido, su nueva posición lo facultaba para actuar oficialmente en cualquier campo.

• • •

Después de mis primeros grandes éxitos en la producción de armamento, el enojo que Goebbels me había mostrado tras su *affaire* con Lida Baarova fue sustituido por la benevolencia. En verano de 1942 le pedí que empleara en mi favor su aparato de propaganda: los noticiarios semanales, las revistas ilustradas y los periódicos fueron instados a hacer reportajes que acrecentaron mi prestigio. Un gesto del Ministerio de Propaganda me había convertido en una de las personalidades más conocidas del Reich, lo que ayudaba a mis colaboradores en sus roces cotidianos con los departamentos estatales y del Partido.

Sería erróneo pensar que el fanatismo rutinario de los

discursos de Goebbels procedía de un hombre de sangre ardiente y de gran temperamento. En realidad era un trabajador eficiente, de una exactitud minuciosa en la ejecución de sus ideas, pero que no por ello perdía la visión de conjunto. Tenía el don de aislar los problemas de las circunstancias que los rodeaban, por lo que estaba en situación —así me lo parecía entonces— de formarse un juicio objetivo. Esta impresión no sólo me la transmitía su cinismo, sino también el trasfondo lógico de sus ideas, en el que se traslucía su formación universitaria. Sólo ante Hitler se mostraba extremadamente cohibido.

Goebbels no había manifestado ambición alguna en la primera fase de la guerra. Al contrario, ya en 1940 había declarado tener intención de dedicarse a sus diversas aficiones privadas después de la victoria final, ya que entonces sería la siguiente generación la que debería encargarse de todo.

En diciembre de 1942, la catastrófica situación lo llevó a invitar con frecuencia a tres de sus colegas: Walter Funk, Robert Ley y yo. Una típica elección suya, pues los tres éramos hombres de cumplida formación universitaria.

Stalingrado nos había conmocionado; no sólo por la tragedia ocurrida al VI Ejército, sino por la pregunta de cómo había podido producirse aquella catástrofe bajo el mando de Hitler. Hasta entonces, cada derrota se había visto compensada por una victoria que hacía olvidar todos los errores, pérdidas o fracasos, pero ahora habíamos sufrido por primera vez una derrota absoluta.

Durante una de las conversaciones que mantuvimos a comienzos de 1943, Goebbels opinó que los grandes éxitos militares obtenidos al principio de la guerra nos habían permitido no adoptar más que medidas parciales en el interior del país y creer que podíamos seguir victoriosos sin mayores

esfuerzos. Los ingleses, en cambio, habían tenido más suerte, pues la derrota de Dunkerque, ocurrida en los primeros momentos de la guerra, les había permitido justificar una limitación radical de las exigencias civiles. ¡Stalingrado era nuestro Dunkerque! La guerra ya no se podía ganar limitándonos a mantener el buen humor de la población.

Para apoyar esta opinión, Goebbels se remitía a los informes que le facilitaba su ramificadísimo aparato, que hablaban de la inquietud y desaliento de la gente. Esta exigía la renuncia a todos los lujos de los que no pudiera beneficiarse también el pueblo. Por otra parte, no sólo se percibía una gran disposición a someterse a los más arduos esfuerzos, sino que las restricciones perceptibles eran necesarias para que el pueblo volviera a confiar en sus mandos.

También la producción de armamentos requería grandes sacrificios. Hitler no sólo exigía que aquélla siguiera en aumento, sino también que, para compensar las espantosas pérdidas sufridas en el frente oriental, se incorporaran a la Wehrmacht 800 000 jóvenes[177], lo que comportaría una reducción de la plantilla de trabajadores y haría mayores las dificultades que ya afrontaban las fábricas.

Por otra parte, los ataques aéreos demostraron que la vida proseguía con normalidad en las ciudades más afectadas. Es más, la recaudación de impuestos apenas disminuyó a pesar de que los bombardeos destruyeron todos los documentos de la Hacienda pública. Basándome en el sistema de autorresponsabilización de la industria, propuse confiar en la gente en vez de desconfiar de ella, lo que nos permitiría reducir el número de oficinas administrativas y de inspección, en las que trabajaban casi tres millones de personas. Se discutieron planes para que los contribuyentes estimaran ellos mismos sus impuestos, por ejemplo estableciéndolos en un porcentaje fijo

del salario. Dado que la guerra consumía mensualmente miles de millones de marcos, ¿qué importancia —argumentábamos Goebbels y yo— tenía que la falta de honradez de algunos individuos pudiera sustraer al Estado cien millones más o menos?

Aún causó más revuelo mi propuesta de equiparar la jornada laboral de todos los funcionarios a la de los trabajadores de la industria armamentista, con lo que unos 200 000 empleados de la administración podrían dedicarse a producir armamento. Además, pretendía liberar a otros cien mil reduciendo drásticamente el nivel de vida de las clases superiores. En aquellos días expuse con extraordinaria dureza, en una sesión de la Central de Planificación, las consecuencias de mis radicales iniciativas:

—Hablando en plata, estas propuestas significan que mientras dure la guerra, y aunque dure mucho, vamos a proletarizarnos[178].

Hoy me satisface no haber logrado imponerme: en caso contrario, en los primeros meses de la posguerra Alemania habría tenido que enfrentarse también a una economía nacional debilitada y a una Administración desorganizada. Pero también estoy convencido de que en Inglaterra, por ejemplo —en la misma situación—, estas ideas habrían sido llevadas a la práctica de forma consecuente.

• • •

Hitler había dado una aprobación más bien vacilante a nuestro plan para simplificar la Administración, restringir el consumo y limitar las actividades culturales. Sin embargo, mi intento de que esta misión fuera encomendada a Goebbels fracasó gracias al siempre vigilante Bormann, que temía un aumento de poder de su ambicioso rival, y se nombró para ello al doctor Lammers, aliado suyo en el triunvirato, que era un

funcionario sin iniciativa ni imaginación al que se le ponían los pelos de punta ante semejante desprecio por la burocracia, a sus ojos imprescindible.

Fue también Lammers quien sustituyó a Hitler en la presidencia de las sesiones del Gabinete, que volvieron a celebrarse a partir de enero de 1943. No se convocaba a ellas a todos los miembros del Gobierno, sino sólo a los que tenían que ver con el orden del día. El lugar en que se celebraban, la sala de sesiones del gabinete del Reich, demostraba bien a las claras el poder que había conseguido, o se había atribuido, el triunvirato.

Las sesiones eran muy controvertidas: Goebbels y Funk apoyaban mis ideas radicales, mientras que el ministro del Interior Frick y el propio Lammers formulaban los reparos que eran de esperar. Sauckel declaró sin más que él podía proporcionar tantos trabajadores como se le pidieran, así como especialistas extranjeros[179]. Ni siquiera cuando Goebbels reclamó que los dirigentes del Partido renunciaran a su nivel de vida, de lujo casi ilimitado, consiguió cambiar nada. Y Eva Braun, de ordinario tan reservada, hizo actuar a Hitler cuando oyó decir que se quería prohibir que las mujeres se hicieran la permanente y paralizar la producción de cosméticos. Hitler enseguida se sintió inseguro: recomendó que, en lugar de la prohibición absoluta, se procediera a una discreta «interrupción del suministro de tintes para el cabello y otros productos de belleza», así como a la «paralización de las reparaciones de los aparatos utilizados para hacer la permanente»[180].

Después de algunas reuniones del Gabinete, Goebbels y yo vimos con claridad que no podíamos esperar que la producción de armamentos se viera activada por Bormann, Lammers o Keitel; nuestros esfuerzos se habían atascado en los detalles sin importancia.

• • •

El 18 de febrero de 1943, Goebbels pronunció su discurso sobre la «guerra total». No habló sólo a la población, sino también, indirectamente, a las capas dirigentes, que no estaban dispuestas a unirse a nuestros esfuerzos por recurrir de forma radical a todas las reservas de la nación. En el fondo, se trataba de poner a Lammers y a los demás bajo la presión de la calle.

Sólo había tenido ocasión de ver a un público tan excitado en los mejores actos de Hitler. De nuevo en su casa, Goebbels, para mi asombro, fue analizando el efecto psicológico de sus aparentes explosiones de emoción, como podría haberlo hecho un actor consumado. Aquella noche se mostró satisfecho con su auditorio.

—¿Se ha dado usted cuenta? —me preguntó—. Reaccionaban al más leve matiz y aplaudían justo en el momento adecuado. Ha sido el público políticamente mejor formado que se pueda encontrar en Alemania.

Las organizaciones del Partido habían reunido, entre otros, a intelectuales y actores populares, como Heinrich George, cuyas entusiásticas reacciones debían impresionar al pueblo cuando se transmitieran en los noticiarios. Pero el discurso también tenía un objetivo de política exterior, complementando el pensamiento militar de Hitler. Goebbels creyó que con su discurso había emitido un impresionante llamamiento a las naciones occidentales, a las que invitó a recordar el peligro que representaba para Europa entera la amenaza del Este. Unos días después se declaró muy satisfecho al comprobar que la prensa occidental comentaba precisamente estas frases de manera aprobadora.

Goebbels abrigaba en aquella época la ambición de llegar a ministro de Asuntos Exteriores. Intentó, con toda su elocuencia, predisponer a Hitler contra Ribbentrop, y al principio pareció tener éxito. Al menos Hitler escuchó en silencio sus

explicaciones sin desviar, como solía, la conversación hacia temas menos desagradables. Goebbels ya se creía cerca del triunfo cuando Hitler comenzó inesperadamente a elogiar el magnífico trabajo de Ribbentrop y su habilidad para negociar con los «aliados», y terminó afirmando de forma terminante:

—Tiene usted un concepto muy equivocado de Ribbentrop. Es uno de los hombres más grandes que tenemos, y llegará el día en que la Historia lo situará por encima de Bismarck. Es más grande que Bismarck.

Al mismo tiempo, prohibió a Goebbels que continuara extendiendo sus tentáculos hacia Occidente como había hecho en su discurso del Palacio de Deportes.

No obstante, a aquel discurso lo siguió un gesto que contó con el aplauso del pueblo: Goebbels hizo cerrar todos los restaurantes de lujo y los lugares de esparcimiento más caros de Berlín. Göring acudió enseguida a proteger su restaurante favorito, el Horcher; pero cuando aparecieron algunos manifestantes enviados por Goebbels, dispuestos a destrozar los cristales del establecimiento, tuvo que ceder. El asunto originó una grave desavenencia entre ellos.

• • •

La noche después de que pronunciara su discurso sobre la guerra total hubo muchas personalidades de visita en casa de Goebbels, un palacio que había hecho levantar, poco antes de comenzar la guerra, cerca de la Puerta de Brandenburgo. Entre ellos se hallaban el mariscal Milch, el ministro de Justicia Thierack, el subsecretario del Interior Stuckart y el subsecretario Körner, además de Funk y Ley. Allí se discutió por primera vez una propuesta de Milch y mía: emplear los poderes de Göring como «presidente del Consejo de Ministros para la defensa del Reich» para fortalecer la política interior.

Nueve días después, Goebbels nos invitó de nuevo a Funk,

Ley y a mí. El descomunal edificio, con su costosa decoración, causaba ahora una impresión sombría, porque, para predicar con el ejemplo en la «guerra total», Goebbels había hecho cerrar los grandes salones destinados a fines de representación y quitar la mayoría de las bombillas del resto de salas y habitaciones. Se nos invitó a entrar en una de las salas más pequeñas, de entre cuarenta y cincuenta metros cuadrados. Criados vestidos de librea sirvieron coñac francés y té; luego, Goebbels les indicó que nos dejaran solos.

—Las cosas no pueden seguir así —empezó—. Nosotros estamos en Berlín, Hitler no se entera de lo que tenemos que decir sobre la situación, y yo no puedo influir en él; ni siquiera puedo exponerle las medidas más urgentes que deben tomarse. Todo pasa a través de Bormann. Tenemos que hacer que Hitler venga a Berlín más a menudo.

Goebbels siguió diciendo que la política interior se le había escapado completamente de las manos. Ahora la dominaba Bormann, un hombre que sabía dar a Hitler la sensación de que era él quien seguía llevando las riendas. A Bormann sólo lo movía la ambición, era doctrinario y un gran peligro para toda evolución sensata. En primer lugar había que disminuir su influencia.

Muy en contra de su costumbre, Goebbels ni siquiera excluyó a Hitler de sus constataciones críticas:

—¡No sólo tenemos una «crisis de jefatura», sino, en sentido estricto, una «crisis del *Führer*»[181]!

Para él, político nato, era incomprensible que Hitler hubiera abandonado la política, un instrumento tan importante, para ocuparse de ejercer el mando respecto al desarrollo de la guerra, una función en el fondo trivial. Nosotros no pudimos más que asentir; ninguno de los presentes se podía comparar con Goebbels en cuanto a peso político. Su crítica ponía de

manifiesto lo que significaba realmente Stalingrado. Goebbels había comenzado a dudar de la buena estrella de Hitler y, por consiguiente, de la victoria…, y nosotros con él.

Repetí mi propuesta de hacer que Göring desempeñara la función que se había previsto para él al comienzo de la guerra. De hacerlo, habría dispuesto de plenos poderes; incluso tenía el derecho de promulgar leyes sin el consentimiento de Hitler. Con su ayuda podríamos quebrantar la posición de poder de Bormann y Lammers, quienes no tendrían más remedio que someterse a esta instancia, lo que abriría grandes posibilidades. Pero como Göring y Goebbels estaban enemistados por el incidente del restaurante Horcher[182], los presentes me pidieron que fuera yo quien hablara con él.

La elección de este hombre, que llevaba años vegetando en la apatía y el lujo, puede resultar sorprendente para el observador actual, teniendo en cuenta que aquél constituía un último intento de movilizar todas nuestras fuerzas. Pero es que Göring, que no había sido siempre así, conservaba la fama de ser el hombre enérgico e inteligente, aunque violento, que en su día organizó la Luftwaffe y el Plan Cuatrienal. Yo no excluía que Göring, espoleado por una misión, pudiera recuperar algo de su antigua energía irreflexiva. Y si no, pensábamos, el Consejo de Ministros para la Defensa del Reich era el instrumento que nos permitiría adoptar decisiones radicales.

Sólo ahora, al echar una mirada retrospectiva, me doy cuenta de que una merma del poder de Bormann y Lammers apenas habría modificado nada, pues el cambio de rumbo a que aspirábamos no se habría podido conseguir derribando a los secretarios, sino actuando contra el propio Hitler, y eso quedaba fuera de lo imaginable. Por el contrario, es probable que nosotros —en el caso de que hubiéramos recuperado nuestras posiciones, amenazadas por Bormann— estuviéramos

dispuestos a seguir a Hitler de forma aún más incondicional que el intrigante Bormann y que Lammers, en nuestra opinión demasiado precavido. El hecho de que diéramos importancia a diferencias mínimas no hace sino poner de manifiesto la estrechez del mundo en que nos movíamos todos.

Con aquella acción abandoné por primera vez la reserva en que me mantenía por mi condición de técnico y me mezclé en política. Siempre había tenido mucho cuidado en evitar ese paso, y cuando lo di me di cuenta de que me había engañado a mí mismo pensando que podía dedicarme exclusivamente a mi trabajo. En un sistema autoritario, y siempre que uno quiera seguir perteneciendo a la esfera del poder, resulta inevitable acabar tomando partido.

• • •

Göring estaba en su casa de veraneo del Obersalzberg. Supe por Milch que se había retirado a pasar unas largas vacaciones, molesto por los duros reproches que Hitler le había dirigido a causa de su forma de dirigir la Luftwaffe. Se mostró dispuesto a recibirme enseguida y al día siguiente, 28 de febrero de 1943, me entrevisté con él.

Hablamos durante varias horas en un ambiente distendido y, dentro del marco íntimo de aquella casa relativamente pequeña, bastante informal. Me parece curioso que se me haya quedado grabada en la memoria la sorpresa que me causó verle las uñas pintadas de un color rojizo y la cara ostensiblemente maquillada. En cuanto al descomunal broche de rubíes que adornaba su bata de terciopelo verde, ya estaba acostumbrado a verlo.

Göring escuchó con calma nuestra propuesta y mi informe sobre la conversación que habíamos mantenido en Berlín. Mientras tanto, sacaba a veces unas piedras preciosas sin montar de su bolsillo y jugueteaba con ellas. Pareció alegrarle que

hubiéramos pensado en él. Estuvo de acuerdo en que la forma de actuar de Bormann era peligrosa y se mostró conforme con nuestros planes. Aunque seguía enojado con Goebbels, le propuse que lo invitara para seguir hablando de nuestro plan.

Al día siguiente Goebbels se trasladó a Berchtesgaden, donde lo informé del resultado de la entrevista. Fuimos juntos a ver a Göring y me retiré, y entonces estos dos hombres, entre los cuales siempre había existido tirantez, pudieron desahogarse. Cuando se me invitó a entrar de nuevo, encontré a Göring frotándose las manos de contento al pensar en la lucha que se avecinaba y mostrando su faceta más encantadora. Lo primero que tenía que hacer, dijo, era constituir el Consejo de Ministros para la Defensa del Reich. Goebbels y yo formaríamos parte de él. También se habló de la necesidad de sustituir a Ribbentrop: el ministro de Asuntos Exteriores, que era quien tenía que conseguir que Hitler adoptara una política sensata, era sólo un simple portavoz suyo, por lo que no estaba capacitado para dar una salida política a la complicada situación militar en que nos encontrábamos.

Goebbels, cada vez más excitado, prosiguió:

—En cuanto a Lammers, el *Führer* lo ha calado tan poco como a Ribbentrop.

—¡Siempre se entromete en todo! —Saltó entonces Göring —. ¡Pero eso se va a acabar! ¡Yo mismo voy a ocuparme de ello, señores!

Aunque Goebbels disfrutaba a las claras con el enojo de Göring y procuraba enardecerlo, al mismo tiempo temía la impulsividad del mariscal del Reich, torpe en cuestiones estratégicas:

—Cuente con ello, señor Göring; haremos que el *Führer* se dé cuenta de quiénes son en realidad Bormann y Lammers. Pero tampoco debemos exagerar. Tenemos que proceder despacio. Ya

conoce usted al *Führer*. —Y agregó, cauteloso—: De ningún modo debemos hablar con demasiada claridad a los demás miembros del Consejo de Ministros. Es mejor que no sepan que nos proponemos bloquear poco a poco al triunvirato. Simplemente seremos unos aliados leales al *Führer*, sin ninguna ambición personal. Pero si cada uno de nosotros habla del otro en términos positivos ante el *Führer*, podremos levantar una sólida muralla a su alrededor.

Durante el viaje de regreso, Goebbels se mostró muy contento.

—¡Lo conseguiremos! ¿No le parece que Göring está de lo más animado?

Tampoco yo había visto a Göring tan fresco, decidido y osado en los últimos años. Durante el largo paseo que dimos por el pacífico Obersalzberg, Göring y yo hablamos de Bormann. Le declaré abiertamente que a lo que aspiraba era a suceder a Hitler y que no retrocedería ante ningún medio para ponernos a todos fuera de combate, y le conté que no dejaba escapar la menor ocasión de socavar el prestigio del mariscal del Reich. Göring me había estado escuchando con una tensión creciente. Le hablé también de las tertulias del Obersalzberg, de las que él estaba excluido. Le dije que allí había podido observar muy de cerca la táctica de Bormann:

Nunca hacía ataques directos, sino que iba intercalando con cautela pequeños sucesos que sólo resultaban efectivos en conjunto. Así, por ejemplo, Bormann, para perjudicar a Schirach, contaba anécdotas negativas sobre él a la hora del té, pero evitaba cuidadosamente unirse a las observaciones con que Hitler le respondía. Al contrario, a continuación estimaba más prudente aplaudirlo, aunque la índole de sus elogios tenía que provocar a la fuerza un cierto disgusto en Hitler. Al cabo de un año, Bormann había conseguido que Hitler rechazara a Schirach

y que muchas veces le mostrara una franca hostilidad. Entonces —cuando Hitler no estaba presente— podía avanzar despectivamente un paso más y afirmar, como sin dar importancia a sus palabras, de las que se servía como de un arma destructiva, que resultaba muy adecuado que Schirach estuviera en Viena, donde todos intrigaban contra todos. Finalmente, añadí que Bormann iba minando del mismo modo el nombre de Göring.

Es verdad que en eso Bormann lo tenía fácil, pues Göring daba motivos de crítica más que suficientes. Por aquellos días el propio Goebbels, disculpándolo un poco, aludió a sus «ropajes barrocos», que podían parecer cómicos a quien no lo conociera. Por otra parte, Göring tendía a olvidar sus propios fallos como comandante en jefe de la Luftwaffe. Mucho más tarde —en la primavera de 1945—, cuando Hitler ofendió con su desprecio al mariscal del Reich ante todos los asistentes a una reunión estratégica, Göring le dijo a Below, el asistente de Hitler en la Luftwaffe:

—Speer tenía toda la razón. Bormann ya lo ha conseguido.

Pero Göring estaba equivocado: Bormann lo había conseguido ya en la primavera de 1943.

Unos días después, el 5 de marzo de 1943, me dirigí en avión al cuartel general para tratar algunas cuestiones de armamento, aunque mi objetivo principal era preparar el camino a mi alianza con Goebbels y Göring. No me costó conseguir que Hitler concediera una audiencia a Goebbels. Le gustó la idea de que el divertido ministro de Propaganda pasara un día haciéndole compañía en la soledad del cuartel general.

Goebbels se presentó tres días después que yo. Lo primero que hizo fue llamarme aparte:

—¿De qué humor está el *Führer*, señor Speer? —me preguntó.

Le contesté que, en mi opinión, Hitler no miraba con benevolencia a Göring y le recomendé prudencia. Quizá fuera mejor no tratar de momento el asunto. Después de algunos tanteos, yo había optado por no seguir insistiendo. Goebbels se mostró de acuerdo:

—Es posible que tenga usted razón. Por ahora no podemos venirle al *Führer* con Göring. ¡Eso lo echaría todo a perder!

Los ataques masivos de la aviación enemiga, que se habían sucedido de manera continua durante semanas sin encontrar apenas oposición, debilitaron aún más la quebrantada posición de Göring. Cuando se mencionaba su nombre, Hitler se perdía en irritadas acusaciones contra los fallos de la estrategia aérea, y aquel día expresó repetidamente el temor de que si proseguían los bombardeos no sólo llegarían a destruir las ciudades, sino que también podrían infligir un daño irreparable en la moral del pueblo alemán; era víctima del mismo error que cometían los estrategas británicos en los bombardeos del territorio enemigo.

Hitler nos invitó a Goebbels y a mí a comer. Resulta curioso que en tales ocasiones no invitara también a Bormann, que de ordinario le resultaba imprescindible; lo trataba como a un simple secretario. Estimulado por Goebbels, se mostró más enérgico y conversador de lo que solía observar en mis visitas al cuartel general. Hitler aprovechó la ocasión para desahogarse, y, como casi siempre, hizo manifestaciones despectivas respecto a casi todos sus colaboradores, a excepción de nosotros, que estábamos presentes.

Después de la comida me pidieron que los dejara solos y pasaron juntos varias horas. No volví a ver a Hitler hasta la hora de la reunión estratégica. Después cenamos los tres juntos. Hitler hizo encender la chimenea. El criado trajo una botella de vino para nosotros y Fachinger para Hitler. Estuvimos reunidos hasta primeras horas de la madrugada en un ambiente

distendido, casi agradable. Yo hablé muy poco, pues Goebbels sabía cómo entretener a Hitler; con gran elocuencia, frases brillantes, ironía en el momento adecuado, muestras de admiración allí donde Hitler las esperaba y sentimentalismo cuando la ocasión lo exigía, además de rumores y aventuras amorosas. Lo mezclaba todo magistralmente: teatro, películas y viejos tiempos. Y Hitler, como siempre, pedía a Goebbels que le contara muchas cosas sobre sus hijos; también esta noche las palabras de los pequeños, sus juegos preferidos y sus observaciones muchas veces acertadas lo distrajeron de sus preocupaciones.

Cuando Goebbels acertaba a emplear el recuerdo de los viejos tiempos de dificultades y su posterior superación para robustecer la confianza de Hitler en sí mismo y halagar su orgullo, que tan pocas satisfacciones encontraba en la sobriedad del trato militar, Hitler, por su parte, se mostraba agradecido elogiando los servicios prestados por su ministro de Propaganda, con lo que aumentaba a su vez la confianza de éste. En el Tercer Reich, la gente gustaba de hacerse alabanzas mutuas y de acreditarse unos a otros sin cesar.

A pesar de todo, Goebbels y yo habíamos acordado mencionar nuestros proyectos para impulsar el Consejo de Ministros para la Defensa del Reich. Ya se había creado un ambiente apropiado para nuestro objetivo, que debía exponerse con mucho cuidado para que Hitler no lo consideraba una crítica indirecta a su manera de gobernar, cuando aquella situación idílica ante el fuego se vio bruscamente interrumpida por la noticia de que se había lanzado un duro ataque aéreo contra Nuremberg. Como si presintiera nuestros propósitos, o quizá advertido por Bormann, Hitler hizo una escena que pocas veces había tenido ocasión de presenciar. Mandó sacar inmediatamente de la cama al general de brigada Bodenschatz, asistente en jefe de Göring, y lo colmó de durísimos reproches

contra el «inepto mariscal del Reich». Goebbels y yo tratamos de calmarlo y finalmente conseguimos que se moderara. Sin embargo, nuestro trabajo preparatorio no nos llevó a ningún sitio; también a Goebbels le pareció aconsejable abandonar el tema por el momento, aunque todas las expresiones de reconocimiento de Hitler hicieron que sintiera muy reforzada su posición política. No volvió a hablar de «crisis del *Führer*». Al contrario, parecía como si aquella noche hubiera recuperado su antigua confianza en él. Con todo, decidió que la lucha contra Bormann debía proseguir.

El 17 de marzo, Goebbels, Funk, Ley y yo nos reunimos con Göring en su palacio de la Leipziger Platz de Berlín. Göring nos recibió de manera oficial en su despacho, sentado en su butaca estilo Renacimiento tras una mesa descomunal. Los demás nos sentamos frente a él en incómodas sillas. Por el momento, la cordialidad del Obersalzberg había desaparecido; parecía como si Göring hubiera lamentado *a posteriori* su franqueza.

Sin embargo, mientras los demás permanecíamos sentados casi sin hablar, Göring y Goebbels no tardaron en enzarzarse en una conversación en la que pintaron con vivos colores los peligros que suponía el triunvirato que rodeaba a Hitler, perdiéndose en esperanzas e ilusiones sobre nuestras posibilidades de librarlo de su aislamiento. Goebbels parecía haber olvidado por completo el desprecio que Hitler había manifestado hacia Göring unos días antes. Ambos veían la meta ante sus ojos. Göring, alternando como siempre la apatía con la euforia, minimizaba la influencia de la camarilla del cuartel general:

—¡Tampoco tenemos que sobrevalorarlos, señor Goebbels! En realidad, Bormann y Keitel no son sino secretarios del *Führer*. No sé qué se habrán creído. ¡En cuanto a poder oficial,

son unos ceros a la izquierda!

Lo que más parecía inquietar a Goebbels era que Bormann pudiera utilizar su contacto directo con los jefes regionales para organizar en todo el Reich focos de resistencia contra nuestras aspiraciones. Recuerdo cómo intentó movilizar a Ley, en su calidad de jefe de Organización del Partido, contra Bormann, y finalmente propuso que el Consejo de Ministros para la Defensa del Reich gozara del derecho de emplazar a los jefes regionales para pedirles cuentas sobre sus actividades. Propuso que se celebraran reuniones cada semana y, sabiendo que Göring difícilmente acudiría a ellas con tanta frecuencia, añadió que podía hacerse cargo de la presidencia en funciones en el caso de que aquél no pudiera asistir a alguna[183]. Sin ver sus intenciones, Göring dio su consentimiento. Las viejas rivalidades seguían actuando en la gran lucha por el poder. Hacía ya mucho tiempo que los obreros que Sauckel decía proporcionar a la industria y que solía anunciar a Hitler con pretenciosas explicaciones no concordaban con el número real de trabajadores que había en las fábricas. La diferencia era de unos cientos de miles de personas. Así pues, propuse a nuestra coalición unir las fuerzas para obligar a Sauckel, la avanzadilla de Bormann, a facilitar datos fidedignos.

Por orden de Hitler se había construido cerca de Berchtesgaden un gran edificio en estilo rural bávaro para alojar la Cancillería del Reich. Lammers y sus más estrechos colaboradores despachaban en él los asuntos de la Cancillería durante las largas estancias de Hitler en el Obersalzberg. A través del señor de la casa, Lammers, Göring convocó a nuestro grupo, junto con Sauckel y Milch, en la sala de reuniones para el día 12 de abril de 1943. Antes de comenzar la sesión, Milch y yo repetimos a Göring nuestras aspiraciones. Él se frotó las manos y dijo:

—¡Ya veréis cómo os lo arreglo!

Pero, sorprendentemente, Himmler, Bormann y Keitel también acudieron a la reunión. Para colmo de desgracias, nuestro aliado Goebbels se disculpó diciendo que poco antes de llegar a Berchtesgaden había sufrido un cólico nefrítico y guardaba cama en su coche especial. Aún hoy sigo sin saber si se debió a su buen olfato. Aquel día se acabó nuestra alianza. Sauckel puso en duda que faltaran 2 100 000 trabajadores, se remitió a los buenos resultados de su trabajo, con el que había cubierto todas las necesidades planteadas, y se mostró colérico cuando le dije que sus cifras no se ajustaban a la realidad[184].

Milch y yo esperábamos que Göring pidiera aclaraciones a Sauckel y que, acto seguido, lo obligara a modificar su política de reclutamiento de trabajadores. Pero en vez de eso, y para horror nuestro, Göring inició un vivo ataque contra Milch e, indirectamente, contra mí. Dijo que era increíble que Milch causara tales dificultades. ¡Nuestro buen compañero Sauckel, que trabajaba con tanto afán y había logrado tales éxitos…! Desde luego, él le estaba muy agradecido. Milch, sencillamente, se mostraba ciego ante los logros de Sauckel… Parecía como si Göring hubiese puesto en el gramófono un disco equivocado. En la larga discusión que siguió sobre los trabajadores que faltaban, cada uno de los ministros asistentes dio su opinión al respecto, aunque no sabían nada del tema. Himmler dijo muy en serio que a lo mejor aquellos cientos de miles de obreros habían muerto.

La reunión resultó un fracaso. No sólo no conseguimos poner en claro la cuestión de la mano de obra que faltaba, sino que también fracasó la batalla contra Bormann.

Al terminar, Göring me llevó aparte y me dijo:

—Sé que a usted le gusta trabajar con Milch, mi subsecretario. Pero quisiera prevenirlo amistosamente contra él.

No es de fiar y, cuando se trata de su propio interés, no respeta ni al mejor de sus amigos.

Informé a Milch de estas palabras enseguida y se echó a reír:

—Hace unos días, Göring me dijo exactamente lo mismo de ti.

Los intentos de Göring para sembrar la desconfianza eran justo lo contrario de lo que habíamos convenido: formar un bloque. Por pura desconfianza, las amistades se consideraban una amenaza.

Algunos días después de esta reunión, Milch me dijo que Göring había caído en desgracia porque la Gestapo había obtenido pruebas de su adicción a la morfina. Hacía tiempo que Milch me había hecho notar la dilatación de sus pupilas. Durante el proceso de Nuremberg mi abogado, el doctor Fläschner, me confirmó que era morfinómano desde antes de 1933: él mismo lo había defendido en un proceso incoado contra él por empleo irregular de morfina[185].

Es probable que los motivos económicos tuvieran que ver con el fracaso de nuestro proyecto de movilizar a Göring contra Bormann, pues, según se desprende de uno de los documentos de Nuremberg, Bormann había entregado a Göring seis millones de marcos procedentes de la «Contribución Adolf Hitler de la Industria alemana».

• • •

Después del fracaso de nuestra alianza, Göring recuperó algo de su actividad, aunque, sorprendentemente, la empleó contra mí. Muy en contra de su costumbre, unas semanas después me ordenó que invitara a una reunión en el Obersalzberg a los principales directores de la industria siderúrgica. La reunión tuvo lugar en torno a las mesas de dibujo forradas de papel de mi casa-taller, y sólo el extraño comportamiento de Göring la hace digna de mención. Se presentó eufórico, con las pupilas

ostensiblemente contraídas, y dio a los asombrados especialistas de la industria siderúrgica una prolija conferencia sobre la producción de hierro, luciendo todos sus conocimientos sobre altos hornos y metalurgia, a la que siguió una sarta de lugares comunes: había que producir más; no había que resistirse a las innovaciones; la industria se encontraba anclada en la tradición; tenía que aprender a sacudirse sus rémoras, etc. Tras un torrente de palabras que duró dos horas, el habla de Göring fue perdiendo agilidad y su expresión se hizo cada vez más ausente hasta que apoyó sin más la cabeza sobre la mesa y se durmió con placidez. Consideramos lo más oportuno ignorar al mariscal del Reich, que descansaba en todo el esplendor de su uniforme, aunque sólo fuera por no ponerlo en una situación embarazosa, y continuamos discutiendo nuestros problemas hasta que se despertó y declaró finalizada la sesión.

Al día siguiente Göring había dispuesto celebrar una conferencia sobre el programa de radares que terminó con un fracaso semejante. De nuevo hizo gala de un espléndido humor y de una actitud mayestática mientras, sin el menor conocimiento del asunto, propinaba una lección tras otra a los especialistas presentes, terminando con una nube de disposiciones. Después de que abandonara la reunión, el trabajo fue mío para remediar todos aquellos desaguisados sin desautorizarlo explícitamente. De todos modos, el episodio fue tan grave que me vi obligado a informar a Hitler, quien convocó en el cuartel general a los industriales del ramo tan pronto como pudo (el 13 de mayo de 1943) con objeto de restablecer el prestigio del Gobierno[186].

Algunos meses después del fracaso de nuestros planes me encontré con Himmler en los terrenos del cuartel general. Me dijo sin preámbulos y con voz amenazadora:

—Considero inoportuno que intente usted de nuevo

impulsar la actividad del mariscal del Reich.

De todos modos, eso ya no era posible. Göring había recaído en su letargo, esta vez definitivamente. Cuando despertó ya estábamos en Nuremberg.

CAPÍTULO XIX

EL SEGUNDO HOMBRE DEL ESTADO

Algunas semanas después del fiasco de nuestra asociación, Goebbels se apresuró a reconocer en Bormann, a comienzos de mayo de 1943, las cualidades que había atribuido a Göring poco antes. Garantizó que, en lo sucesivo, sus informes a Hitler pasarían por él, y le rogó que se encargara de pedirle que tomara ciertas decisiones. Bormann recompensó esta sumisión con sus servicios. Goebbels había tachado a Göring de su lista; ya sólo había que apoyarlo como figura representativa.

Ahora Bormann tenía más poder. Aunque debía de haberse enterado de mi fracasado intento de destronarlo, como después de todo no podía saber si no llegaría el día en que pudiera necesitarme, se mostraba muy amable conmigo e insinuó que podía hacer lo mismo que Goebbels: ponerme de su lado. No obstante, el precio me pareció demasiado alto: habría terminado dependiendo de él.

También Goebbels siguió manteniendo un estrecho contacto conmigo, pues todavía teníamos un objetivo común: acaparar todas las reservas nacionales, sin reparar en los medios. Seguro que me mostré demasiado confiado con él; me cautivaban su deslumbrante cordialidad y su impecable comportamiento casi tanto como su fría lógica.

Así pues, en apariencia las cosas cambiaron poco. El mundo en que vivíamos nos obligaba a la hipocresía, al disimulo, a la perfidia. Entre rivales pocas veces se decía nada con sinceridad:

cualquier palabra podía llegar desvirtuada a oídos de Hitler, con cuya volubilidad se contaba para conspirar; era un juego felino en el que siempre alguien ganaba y alguien perdía. Sin ningún escrúpulo, también yo jugaba a tejer relaciones en aquel teclado disonante.

En la segunda quincena de mayo de 1943, Göring me comunicó que deseaba pronunciar un discurso sobre armamento en el Palacio de Deportes conmigo. Acepté. Para mi sorpresa, Hitler determinó unos días después que el orador sería Goebbels y, cuando nos dispusimos a concertar los textos de nuestros discursos, el ministro de Propaganda me aconsejó que acortara el mío, pues el suyo duraría una hora.

—Si su discurso dura más de media hora, el público perderá el interés.

Como de costumbre, enviamos a Hitler el texto de ambos discursos, con la observación de que el mío se acortaría bastante. Hitler me hizo acudir al Obersalzberg. Leyó en mi presencia los manuscritos que le había entregado Bormann y, sin ninguna consideración y con aparente deleite, en unos minutos redujo el de Goebbels a la mitad.

—Tenga, Bormann, comunique esto al doctor y dígale que el discurso de Speer me parece magnífico.

Hitler me había hecho ganar prestigio sobre Goebbels ante el intrigante Bormann. Después de este incidente, los dos supieron que yo continuaba gozando de su aprecio. Por mi parte podía contar con que, llegado el caso, también me apoyaría frente a sus colaboradores más cercanos.

Mi discurso del 5 de junio de 1943, en el que di a conocer por primera vez los notables progresos en la producción de armamentos, fue un fracaso por partida doble. Las jerarquías del Partido opinaban que «la cosa también marcha sin necesidad de tanto sacrificio, así que ¿para qué inquietar al pueblo adoptando

medidas drásticas?», mientras que el generalato y el frente pusieron en duda la veracidad de mis afirmaciones a causa de las dificultades que hallaban para obtener armas o municiones.

• • •

La ofensiva rusa de invierno se había estancado. El aumento de nuestra producción no sólo contribuyó a cerrar las brechas abiertas en el frente del Este, sino que los suministros de armamento permitieron a Hitler preparar una nueva ofensiva para realizar un ataque en tenaza en la región de Kursk a pesar de las grandes pérdidas sufridas durante el invierno. El comienzo de esta ofensiva, preparada bajo el nombre clave de «operación ciudadela», fue demorado una y otra vez, pues Hitler daba gran importancia al empleo de los nuevos tanques. Sobre todo, esperaba milagros de un tanque de propulsión eléctrica construido por el profesor Porsche.

Durante una sencilla cena en un cuarto trasero, rústicamente amueblado, de la Cancillería del Reich, oí por casualidad que Sepp Dietrich decía que Hitler pensaba dar la orden de que esta vez no se tomaran prisioneros. Al parecer, las avanzadillas de las SS habían comprobado que las tropas rusas asesinaban a los prisioneros, por lo que Hitler anunció de forma espontánea que se tomaría un desquite mil veces más sangriento.

Me quedé consternado, pero también me alarmó ver cómo nos perjudicábamos a nosotros mismos. Hitler calculaba que se harían cientos de miles de prisioneros; hacía meses que tratábamos en vano de cerrar una brecha de igual envergadura en la oferta de mano de obra. Por eso aproveché la primera ocasión que tuve para presentar a Hitler mis objeciones respecto a aquella orden. No resultó difícil hacerle cambiar de idea; incluso creo que se sintió aliviado al poder retirar la promesa que había hecho a las SS. Aquel mismo día, 8 de julio de 1943, ordenó a Keitel que promulgara un decreto en virtud del cual

todos los prisioneros de guerra habrían de ser puestos al servicio de la producción de armamentos[187].

Estas consideraciones sobre el trato que había que dar a los prisioneros resultaron superfluas. La ofensiva comenzó el 5 de julio, pero, a pesar del empleo masivo de nuestras armas más modernas, no se logró formar un cerco; la confianza de Hitler resultó ilusoria. Tras dos semanas de combate, decidió abandonar. Aquel fracaso indicaba que también en las estaciones favorables era el enemigo soviético quien imponía las reglas.

Después de la segunda catástrofe invernal, después de Stalingrado, el Estado Mayor del Ejército de Tierra ya había estado presionando para que se estableciera una segunda posición bastante más a retaguardia, pero no obtuvo la conformidad de Hitler. Ahora, tras el fracaso de la nueva ofensiva, también él se mostró dispuesto a establecer unas posiciones defensivas entre veinte y veinticinco kilómetros tras la línea de fuego[188]. El Estado Mayor propuso establecer como línea fija la orilla occidental del Dniéper, que, con su pendiente de casi cincuenta metros, permitía dominar las llanuras que se extendían ante ella. Seguramente habría habido tiempo suficiente para construir una línea defensiva allí, pues el Dniéper se encontraba a más de 200 kilómetros del frente. Sin embargo, Hitler se negó en redondo a hacerlo. Mientras que antes, cuando las campañas eran victoriosas, solía elogiar al soldado alemán como al mejor del mundo, ahora dijo:

—Por motivos psicológicos, es preferible no establecer una posición a retaguardia. Si la tropa se entera de que hay un puesto fortificado unos cien kilómetros tras la línea de combate, nadie los moverá a luchar. Retrocederán sin resistencia a la primera ocasión[189].

Hitler se enteró por Dorsch, mi lugarteniente, de que la Organización Todt, a pesar de la prohibición, había empezado a

levantar en diciembre de 1943, por orden de Manstein y con la tácita aquiescencia de Zeitzler, un puesto defensivo a orillas del Bug, situado a unos 150 ó 200 kilómetros del frente ruso, y una vez más, alegando la misma razón que seis meses antes, ordenó con inusual dureza que se suspendieran inmediatamente aquellos trabajos[190]. Esa posición de retaguardia, según manifestó excitado, constituía una nueva prueba de la postura derrotista de Manstein.

La testarudez de Hitler hizo que las tropas soviéticas mantuvieran a nuestros ejércitos en constante movimiento, porque en Rusia, con el suelo congelado, no se podía pensar en abrir ninguna trinchera a partir de noviembre. Por lo tanto, los soldados no disponían de ninguna protección para protegerse de las inclemencias del tiempo. Además, la mala calidad de nuestros equipos de invierno ponía a las tropas alemanas en peor posición que al enemigo, perfectamente equipado para el frío.

Ésta no era la única prueba de que Hitler se resistía a aceptar el nuevo curso de los acontecimientos. En la primavera de 1943 ordenó que se construyera un puente de cinco kilómetros de largo sobre el estrecho de Kerch, con vías férreas y carretera, aunque allí ya se estaba instalando un funicular que entró en funcionamiento el 14 de junio, con un rendimiento diario de mil toneladas. Aunque este volumen de avituallamiento apenas bastaba para cubrir las necesidades del XVII Ejército, Hitler no renunciaba a su proyecto de avanzar hacia Persia a través del Cáucaso y argumentó que había que enviar refuerzos hasta la cabeza de puente del Kubán para iniciar una ofensiva[191]. Sus generales, en cambio, hacía tiempo que habían abandonado esta idea y, durante una inspección de esta cabeza de puente, expresaron sus dudas incluso respecto a la posibilidad de mantener las posiciones, a la vista de las fuerzas con que contaba el enemigo. Cuando comuniqué a Hitler estos temores, dijo con desprecio:

—¡Todo son excusas! Tanto a Jänicke como al Estado Mayor les falta fe en una nueva ofensiva.

Poco después, en verano de 1943, el general Jänicke, comandante en jefe del XVII Ejército, se vio obligado a solicitar a Hitler, a través de Zeitzler, la retirada de las tropas de la desprotegida cabeza de puente del Kubán. Quería prepararse en Crimea, en una posición más favorable, para la esperada ofensiva rusa de invierno. Hitler, por el contrario, exigió con redoblada terquedad que se acelerara la construcción del puente, a pesar de que ya entonces estaba bien claro que jamás llegaría a terminarse. Las últimas unidades alemanas empezaron a desalojar la cabeza de puente de Hitler en el continente asiático el 4 de septiembre.

• • •

Del mismo modo en que habíamos discutido en casa de Göring la forma de superar la crisis de la jefatura política, Guderian, Zeitzler, Fromm y yo discutimos ahora la crisis de la jefatura militar. El capitán general Guderian, inspector general de las tropas acorazadas, me rogó en verano de 1943 que le concertara una entrevista con Zeitzler, jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra —yo mantenía una relación casi amistosa con ambos, y de ahí que actuara como mediador—, para resolver algunas diferencias respecto a los límites de sus respectivas jurisdicciones, aunque se puso de manifiesto que en aquel encuentro los objetivos de Guderian iban un poco más lejos: pretendía concertar una estrategia común que llevara a nombrar a un nuevo comandante en jefe del Ejército de Tierra. Nos reunimos en mi vivienda del Obersalzberg.

Las diferencias entre Guderian y Zeitzler pronto perdieron toda importancia. La conversación se centró en los problemas que creaba que Hitler se hubiera nombrado comandante en jefe del Ejército y que no ejerciera como tal: Zeitzler opinaba que

era preciso defender con más energía los intereses del Ejército de Tierra frente a las otras dos armas de la Wehrmacht y frente a las SS, y que Hitler, en su calidad de comandante en jefe de todos los ejércitos de la Wehrmacht, debía permanecer imparcial. Guderian añadió que un comandante en jefe tenía la obligación de estar en estrecho contacto con los jefes de los ejércitos, de apoyar las necesidades de sus tropas y también de tomar las necesarias decisiones respecto al avituallamiento. Y ambos, Zeitzler y Guderian, coincidían en que Hitler no tenía tiempo ni ganas de hacer nada de aquello. Nombraba y destituía a generales a los que apenas conocía. Sólo un comandante en jefe que tuviera un trato personal con sus oficiales superiores estaría en situación de decidir sobre ellos. Pero, en opinión de Guderian, el Ejército de Tierra sabía que Hitler dejaba la gestión de personal casi por completo en manos de los comandantes en jefe de la Marina y de la Luftwaffe, así como de Himmler. Sólo en el caso del Ejército de Tierra actuaba de otro modo.

Acordamos que cada uno de nosotros intentaría persuadir a Hitler para que nombrara a un nuevo comandante en jefe del Ejército de Tierra, pero las primeras insinuaciones que le hicimos por separado Guderian y yo fracasaron por completo; Hitler se mostró muy ofendido y las rechazó de un modo inusualmente brusco. Yo no sabía que muy poco antes los mariscales Von Kluge y Von Manstein habían dado ya un paso en este sentido, por lo que debió de pensar que aquello era una conspiración.

• • •

Había quedado ya muy atrás la época en que Hitler accedía de buen grado a todos mis deseos personales y organizativos. El triunvirato que formaban Keitel, Bormann y Lammers intentó impedir que aumentara mi poder, aunque sólo quisiera

dedicarlo a producir más armamento. Sin embargo, no hallaron ningún pretexto convincente para oponerse a Dönitz y a mí cuando, en un asalto conjunto, nos hicimos cargo del programa armamentista de la Marina.

A Dönitz lo conocí en el mes de junio de 1942, poco después de ser nombrado ministro de Armamentos, cuando era comandante en jefe de la división de submarinos. Me recibió en París, en un sencillo edificio de apartamentos que resultaba ultramoderno para los conceptos de entonces. Aquel ambiente sencillo me pareció muy acogedor, sobre todo porque yo venía de un opulento banquete, en el que se sirvieron muchos platos y costosos vinos, ofrecido por el mariscal Sperrle, comandante en jefe de las fuerzas aéreas estacionadas en Francia, quien había establecido su cuartel general en el Palais Luxembourg, el antiguo palacio de María de Médicis. El mariscal no se quedaba a la zaga de su comandante en jefe, Göring, ni en cuanto a necesidad de lujo y representación ni en cuanto a corpulencia.

Durante los meses siguientes, Dönitz y yo nos vimos con frecuencia para tratar sobre el levantamiento de grandes refugios para submarinos en el Atlántico. Raeder, el comandante en jefe de la Marina, no parecía verlo con buenos ojos y, sin mayores rodeos, prohibió a Dönitz que tratara las cuestiones técnicas directamente conmigo.

A fines de diciembre de 1942, el eficaz capitán de submarino Schütze me dijo que se habían producido serias diferencias entre Dönitz y la jefatura de la Marina, y que la división de submarinos sospechaba que su comandante en jefe iba a ser relevado al cabo de poco. Unos días después supe por el subsecretario Naumann que el censor de la Marina del Ministerio de Propaganda había tachado el nombre de Dönitz de los pies de las fotografías de un viaje de inspección que éste había realizado con Raeder.

A principios de enero de 1942 me hallaba en el cuartel general; Hitler estaba irritado por las noticias aparecidas en la prensa extranjera sobre una batalla naval de la que el Alto Mando de la Marina no lo había informado con suficiente detalle[192]. En nuestra siguiente entrevista, derivó la conversación hacia la posibilidad de racionalizar la construcción de submarinos, aunque pronto mostró más interés por lo insatisfactorio de mi colaboración con Raeder. Le informé de que había prohibido a Dönitz tratar conmigo las cuestiones técnicas, de que los oficiales estaban preocupados por su comandante y de la censura de las fotografías. Como ya había observado, gracias a Bormann, que era preferible despertar sus recelos de forma cautelosa y que cualquier intento de influir en él de forma directa estaba abocado al fracaso, porque no aceptaba ninguna decisión que creyera que le había sido impuesta, me limité a dejar entrever que a través de Dönitz podrían eliminarse todos los obstáculos con que tropezaba nuestro programa de submarinos, aunque lo que en realidad pretendía era que destituyera a Raeder. Sabiendo con qué tenacidad solía mantener Hitler a sus viejos colaboradores, no abrigaba demasiadas esperanzas al respecto.

El 30 de enero, Dönitz fue nombrado gran almirante y comandante en jefe de la Marina de Guerra, y Raeder fue rebajado a inspector almirante de la Marina, un cargo que tan sólo le aseguraba un entierro de Estado.

Con su argumentación técnica y su profesionalidad, Dönitz supo preservar a la Marina de la volubilidad de Hitler hasta el fin de la guerra. A partir de entonces me reuní con él a menudo para tratar de los problemas que planteaba el refugio de submarinos. No obstante, esta colaboración comenzó de una manera disonante. Sin pedir mi consejo, tras recibir un informe de Dönitz, Hitler ordenó a mediados de abril que se diera prioridad máxima a todo el armamento naval, cuando tres meses

antes, el 22 de enero de 1943, había calificado de objetivo prioritario el programa de tanques, que en consecuencia fue ampliado. De aquel modo, los dos programas se hacían la competencia. No fue necesario que me quejara a Hitler, pues Dönitz, antes de que se produjera una controversia, se dio cuenta de que la colaboración con el poderoso aparato armamentista del Ejército de Tierra le resultaría más ventajoso que las promesas de Hitler, y acordamos enseguida poner bajo mi competencia la producción del armamento de la Marina. Le garanticé que se cumpliría el programa que reclamaba: en lugar del máximo mensual alcanzado hasta el momento, que era de veinte submarinos de un modelo pequeño, que en total desplazaban 16 000 toneladas, en el futuro deberían producirse cuarenta, que desplazarían más de 50 000. También se acordó doblar la fabricación de dragaminas y lanchas rápidas.

Dönitz me explicó que la única forma de evitar que la guerra submarina quedara interrumpida era construir un nuevo tipo de submarino. La Marina deseaba desprenderse del «buque de superficie» utilizado hasta entonces, capaz de navegar sólo ocasionalmente bajo el agua, y sustituirlo por otro que pudiera alcanzar una velocidad submarina superior y que tuviera más autonomía, para lo que habría que darle una forma completamente hidrodinámica, duplicar la potencia de los motores eléctricos y multiplicar la capacidad de los acumuladores de energía.

Como ocurre siempre en estos casos, lo más importante era encontrar a la persona adecuada para ocuparse de aquella misión. Elegí a un suabo, Otto Merker, que hasta ese momento había hecho méritos construyendo coches de bomberos: era una auténtica provocación para todos los ingenieros navales. El 5 de julio de 1943, Merker expuso su nuevo sistema constructivo al Alto Mando de la Marina. Igual que se hacía en Estados Unidos para producir los buques Kayser en serie, nuestros submarinos

serían construidos por partes en el interior del país, donde recibirían todo el equipamiento mecánico y eléctrico necesario, y después serían montados en muy poco tiempo. Así se eludía la necesidad de construir astilleros, lo que había constituido el mayor obstáculo para la ampliación del programa de construcciones navales[193]. Dönitz, casi emocionado, declaró al final de esta reunión:

—Ahora comenzamos una nueva vida.

Pero por el momento lo único que teníamos era una idea de cómo iban a ser los nuevos submarinos. Para desarrollarlos y definirlos con detalle se nombró una comisión cuya presidencia, en contra de lo habitual, no recayó en un ingeniero, sino en el almirante Topp, que fue nombrado por Dönitz sin que tratáramos siquiera de dilucidar las complicadas cuestiones jurisdiccionales que eso planteaba. La colaboración entre él y Merker fue tan armoniosa como la que había entre Dönitz y yo.

Unos cuatro meses escasos después de la primera reunión de la Comisión de Construcciones Navales, el 11 de noviembre de 1943, todos los planos y diseños estaban terminados. Un mes después Dönitz y yo pudimos examinar una gran maqueta de madera del nuevo submarino de 1600 toneladas. La industria recibió el encargo de empezar a construir algunas secciones antes incluso de que se concluyeran los planos: un procedimiento que ya habíamos empleado con éxito en la fabricación de los nuevos tanques *Pantera*. Sólo así fue posible que en 1944 la Marina pusiera a prueba los primeros prototipos. Habríamos cumplido nuestra promesa de suministrar cuarenta submarinos mensuales durante el primer trimestre de 1945 a pesar de las catastróficas circunstancias si los ataques de la aviación no hubiesen destruido una tercera parte de los buques que había en los astilleros[194].

En aquel entonces, Dönitz y yo nos preguntamos a menudo

qué había impedido construir antes el nuevo tipo de submarinos, en el que no se empleó ninguna innovación técnica, ya que sus fundamentos se conocían desde hacía años. Según aseguraron los expertos, con los nuevos submarinos habríamos iniciado una nueva serie de éxitos en la guerra bajo el agua, y la Marina americana ratificó este parecer después de la guerra, al incorporar el nuevo modelo a su programa de fabricación.

• • •

Tres días después de haber firmado con Dönitz nuestro decreto conjunto sobre el nuevo programa de la Marina, el 26 de julio de 1943 pedí a Hitler su conformidad para que toda la producción fuera dirigida desde mi Ministerio. Por motivos tácticos argumenté esta petición con las cargas adicionales surgidas a consecuencia del programa de la Marina y de otros cometidos encargados por Hitler. Por otra parte, le expuse que si algunas de las grandes empresas de producción de bienes de consumo se transformaban en fábricas de armamentos, no sólo podríamos poner a disposición de los programas más urgentes a 500 000 obreros alemanes, sino también a los cuadros directivos y las instalaciones fabriles correspondientes. Sin embargo, la mayoría de los jefes regionales se pronunciaron en contra de tales modificaciones. El Ministerio de Economía se mostró demasiado débil y yo, por mi parte, también lo era, como no tardaría en comprender.

Después de un lento y pesado proceso de comunicación mediante circulares en el que se rogó a los ministros del Reich relacionados con el asunto y a los departamentos del Plan Cuatrienal competentes que presentaran sus objeciones, el 26 de agosto Lammers convocó a todos los ministros a una reunión en la sala del Gabinete del Reich. Gracias a Funk, quien pronunció «con espíritu y humor su propia oración fúnebre», se pudo

conseguir unanimidad para que en lo sucesivo toda la producción de guerra dependiera de mi Ministerio. Tanto si le gustaba como si no, Lammers tuvo que prometer que Bormann comunicaría esta resolución a Hitler. Unos días después Funk y yo nos dirigimos al cuartel general del *Führer* para obtener su aquiescencia definitiva.

Me llenó de asombro que Hitler, en presencia de Funk, interrumpiera mis explicaciones y me comunicara enojado que no quería seguir escuchándome, que Bormann le había advertido hacía unas horas que yo pretendía inducirlo a firmar una ley que no había sido debatida ni con el ministro Lammers ni con el mariscal del Reich y que no toleraba verse mezclado de aquel modo en nuestras rivalidades. Cuando intenté explicarle que Lammers, en su calidad de ministro del Reich, y tal como correspondía al desempeño de sus funciones, había conseguido la anuencia del delegado de Göring en el Plan Cuatrienal, me volvió a cortar la palabra de una manera inusitadamente seca:

—Me alegro de poder contar al menos con la lealtad de Bormann.

Estas palabras decían bien a las claras que me atribuía la intención de obrar a sus espaldas.

Funk comunicó a Lammers lo ocurrido; después nos dirigimos al encuentro de Göring, que se dirigía en su coche-salón hacia el cuartel general de Hitler desde su coto de caza, en las praderas del valle del Rominte. Al principio, también él se mostró airado; no hay duda de que alguien lo había puesto en guardia contra nosotros. Pero la amable elocuencia de Funk consiguió por fin romper el hielo e ir debatiendo punto por punto nuestra ley. Göring se manifestó conforme con todo después de que añadiéramos el siguiente artículo: «No quedan coartadas en forma alguna las atribuciones del mariscal del Gran Reich alemán en su calidad de encargado del Plan Cuatrienal».

Una restricción irrelevante en la práctica, puesto que yo ya dirigía, a través de la Central de Planificación, la mayor parte de los sectores relacionados con el Plan Cuatrienal.

Göring firmó nuestro borrador como señal de su conformidad y Lammers manifestó, por medio de un telegrama, que no tenía nada que objetar al proyecto, y después también Hitler se mostró dispuesto a firmarlo, lo que hizo dos días más tarde, el 2 de septiembre. Había pasado de ministro de Armamentos y Munición a ministro de Armamentos y Producción Bélica.

La intriga de Bormann había fracasado. No presenté ninguna queja a Hitler. En vez de hacerlo, lo dejé reflexionar sobre si Bormann lo había servido con verdadera lealtad en este caso. La experiencia me había enseñado que era más prudente no airear sus maniobras y evitar a Hitler las situaciones embarazosas.

Estas resistencias, más o menos francas o encubiertas, contra la ampliación de mi Ministerio se debían sin duda a la alarma de Bormann, quien tenía que darse cuenta de que yo actuaba fuera del terreno que él controlaba y de que mi poder aumentaba continuamente. Por otra parte, mi trabajo me había llevado a tratar como camaradas a los jefes militares: Guderian, Zeitzler, Fromm, Milch y, ahora, Dönitz. También en el entorno de Hitler tenía buenas relaciones precisamente con quienes sentían aversión hacia Bormann: los generales Engel, Von Below y Schmundt, asistentes de Hitler en el Ejército de Tierra, en la Luftwaffe y en la Wehrmacht, respectivamente. Mantenía además una estrecha relación con el médico de cabecera de Hitler, el doctor Karl Brandt, quien también consideraba a Bormann un adversario personal.

Una noche, después de haber tomado algunas Steinhäger y varias cervezas con Schmundt, afirmó que yo era la gran

esperanza del Ejército. Me dijo que los generales tenían plena confianza en mí, mientras que a Göring lo juzgaban con desprecio. Y concluyó, en tono un poco patético:

—Siempre podrá contar con el Ejército de Tierra, señor Speer; lo apoyará en todo.

No he comprendido jamás qué pretendía Schmundt con esta observación, aunque supongo que estaba confundiendo al Ejército con los generales. Con todo, tengo motivos para suponer que debió de expresarse en términos parecidos ante otras personas. Y, dado el reducido ámbito del cuartel general, sus manifestaciones tuvieron que llegar a oídos de Bormann.

Por la misma época —debió de ser hacia el otoño de 1943— Hitler me puso en una situación algo embarazosa cuando, antes de una reunión estratégica y en presencia de algunos colaboradores, nos saludó a Himmler y a mí como a «sus dos iguales». Dada su indiscutible posición de poder, al jefe nacional de las SS difícilmente podía agradarle que Hitler lo equiparara conmigo, fuera cual fuese el fin que perseguía al hacerlo. También Zeitzler me dijo en aquellos días, muy contento:

—¡El *Führer* está encantado con usted! Hace poco comentó que tenía grandes esperanzas puestas en usted, y que por fin ha nacido un nuevo sol después de Göring[195].

Rogué a Zeitzler que no difundiera estas palabras. Pero como también llegaron a mis oídos a través de otras personas del entorno de Hitler, era seguro que Bormann se habría enterado de ellas. El poderoso secretario del *Führer* no tuvo más remedio que constatar que no había conseguido indisponerme con Hitler en el transcurso de aquel verano, sino todo lo contrario.

Y como Hitler era más bien parco en ese tipo de declaraciones elogiosas, Bormann debió de tomarse aquella como una seria amenaza a su posición. Yo era más peligroso para él porque no procedía de la jerarquía del Partido, que le era

sumisa. A partir de aquel momento afirmó ante sus colaboradores que yo era no sólo un enemigo del Partido, sino que aspiraba ni más ni menos que a suceder a Hitler[196]. Esta suposición no era del todo descabellada. Recuerdo haber mantenido con Milch algunas conversaciones al respecto.

No hay duda de que a Hitler se le presentaba un dilema para elegir a un sucesor: Göring estaba acabado; Hess se había descartado a sí mismo; Schirach había quedado fuera de combate a causa de las intrigas de Bormann; y éste, Himmler y Goebbels no respondían al tipo de «hombre artístico» que Hitler imaginaba. Es probable que reconociera en mí rasgos afines a él: a sus ojos, yo era un artista de talento que en muy poco tiempo había conquistado una posición de peso en la jerarquía política y que también había demostrado capacidades especiales en el ámbito militar gracias a los éxitos obtenidos en el campo de los armamentos. Sólo en política exterior, el cuarto dominio de Hitler, no había destacado todavía. Puede que me viera como un genio artístico que había triunfado en la política y que, indirectamente, mi trayectoria vital le pareciera una confirmación de la suya.

En la intimidad yo llamaba a Bormann «el hombre con las tijeras de podar», pues se dedicaba a impedir que nadie destacara, y lo hacía con energía, astucia y brutalidad. Desde aquel momento, Bormann hizo todo lo que pudo para cercenar mi poder. A partir de octubre de 1943, los jefes regionales crearon un frente común contra mí, y un año después hubo momentos en los que quise abandonar mi cargo. La lucha entre Bormann y yo continuó hasta el final de la guerra. Hitler mantenía a raya a Bormann y, aunque no me dejaba de lado y me distinguía a veces con su favor, otras se volvía con dureza contra mí. Bormann no podía arrebatarme mi exitoso aparato industrial. Estaba tan estrechamente vinculado a mí que mi caída habría significado su fin y habría puesto en peligro la

marcha de la guerra.

CAPÍTULO XX

BOMBAS

A la embriaguez de los primeros meses, motivada por el establecimiento de mi nueva organización, su éxito y su reconocimiento, sucedió pronto una época de enormes preocupaciones y dificultades que crecían sin cesar. Los problemas no se debían sólo a la falta de trabajadores, la carencia de materias primas y las intrigas cortesanas: los bombardeos de las fuerzas aéreas inglesas y sus repercusiones en la producción me hicieron olvidar temporalmente a Bormann, Sauckel y la Central de Planificación, aunque al mismo tiempo constituían una de las bases de mi creciente prestigio, pues, a pesar de las mermas sufridas, nuestra producción iba en aumento.

Estos ataques llevaron la guerra al centro del país. La experimentábamos a diario en las ciudades incendiadas y aniquiladas, y esa visión nos espoleaba a rendir al máximo.

Tampoco la voluntad de resistencia de la población civil se quebrantó a causa de las penalidades que le fueron impuestas; al contrario, durante mis visitas a las fábricas de armamentos y en mis contactos con el hombre de la calle tuve más bien la impresión de un endurecimiento creciente. Es posible que la mengua en la producción, estimada en un 9%[197] se viera ampliamente compensada por un mayor esfuerzo.

Las mermas más notables se debieron a las amplias medidas de defensa que hubo que adoptar. En 1943, diez mil cañones

antiaéreos apuntaban al cielo desde el Reich y en el frente occidental[198]; en Rusia podríamos haberlos empleado contra los tanques y otros objetivos terrestres. Sin aquel segundo frente, el antiaéreo en nuestro país, habríamos doblado la capacidad de las fuerzas antitanque. Además, la defensa antiaérea retenía a cientos de miles de jóvenes soldados. Un tercio de la industria óptica se dedicaba a producir aparatos de puntería para las baterías antiaéreas; cerca de la mitad de la producción de la industria electrotécnica eran radiotelémetros y dispositivos de comunicación para la defensa antiaérea. Por eso el equipamiento de nuestras tropas del frente quedó muy por detrás del de los ejércitos occidentales, a pesar del alto nivel de las industrias eléctrica y óptica alemanas[199].

• • •

La primera idea de las duras pruebas que nos esperaban en 1943 la tuvimos en la noche del 30 al 31 de mayo de 1942, cuando los ingleses, reuniendo todas sus fuerzas, lanzaron un ataque aéreo contra Colonia con 1046 bombarderos.

Casualmente, Milch y yo teníamos una cita con Göring a la mañana siguiente. La reunión no se celebró en Karinhall, sino en el castillo de Veldenstein, en la Suiza francesa, donde Göring residía entonces. Hallamos a un mariscal del Reich de pésimo humor; se resistía a creer las informaciones sobre el ataque aéreo contra Colonia.

—Es imposible; no se pueden arrojar tantas bombas en una noche —dijo con malos modos a sus asistentes—. Comuníquenme con el jefe regional de Colonia.

Un instante después tuvo lugar en nuestra presencia una conversación telefónica absurda.

—¡El informe de su jefe superior de policía es una solemne mentira!

Pero el jefe regional pareció contradecirlo.

—Le digo, en mi calidad de mariscal del Reich —siguió Göring—, que esas cifras son muy altas. ¿Cómo puede comunicar al *Führer* semejante patraña? —El jefe regional, desde el otro extremo del hilo, insistía en la exactitud de sus informes—. ¿Cómo pretende contar usted el número exacto de bombas? ¡Eso no son más que estimaciones! ¡Le vuelvo a decir que el número es exageradísimo! ¡No es cierto en absoluto! ¡Rectifique inmediatamente esas cifras! ¿O es que pretende decir que estoy mintiendo? Yo he transmitido al *Führer* mi informe con las cifras exactas. ¡Y así se van a quedar!

Después, como si no hubiese ocurrido nada, Göring nos enseñó la casa, que había sido de sus padres. Como si no estuviéramos en guerra, hizo traer unos planos y nos explicó el grandioso palacio en el que iba a convertirse la modesta casa de estilo Biedermeier que había en el patio del antiguo castillo. En primer lugar se haría construir un bunker de gran seguridad. Ya tenía el proyecto listo.

Tres días más tarde estuve en el cuartel general del *Führer*, donde aún no se había disipado la excitación por el bombardeo de Colonia. Informé a Hitler de la extraña conversación telefónica entre Göring y el jefe regional Grohé. Desde luego, di por sobreentendido que los informes de Göring debían de ser más fidedignos que los del jefe regional de Colonia. Hitler, sin embargo, ya se había formado una opinión. Mostró a Göring las noticias de la prensa enemiga respecto al número de aviones y bombas empleados en el ataque a Colonia; daban una cifra muy superior a la que le había indicado el jefe superior de policía de Colonia[200]. Hitler se mostró muy irritado por la táctica de ocultamiento de Göring, aunque consideró parcialmente responsable al Estado Mayor de la Luftwaffe. Al día siguiente, Göring fue recibido como siempre. El asunto nunca volvió a mencionarse.

• • •

Ya el 20 de septiembre de 1942 señalé a Hitler que nuestras dificultades serían insuperables si se interrumpía la llegada de tanques desde Friedrichshafen y la producción de rodamientos en Schweinfurt, por lo que ordenó acto seguido aumentar los cañones antiaéreos que protegían estas dos ciudades. Pronto me di cuenta de que la guerra se podría haber decidido en gran medida en 1943 si, en lugar de proceder a insensatos bombardeos de zonas extensas, se hubiese intentado paralizar los centros de producción de armamento: el 11 de abril de 1943 propuse a Hitler que confiara a una comisión de industriales la búsqueda de objetivos estratégicos en la producción de energía soviética. Pero no fuimos nosotros, sino los ingleses, quienes cuatro semanas después realizaron el primer ensayo en este sentido, tratando de influir de manera decisiva en el curso de la contienda destruyendo un centro neurálgico de la economía de guerra. Al igual que un motor puede ser inutilizado si se le quita una pequeña pieza, el 17 de mayo de 1943 diecinueve bombarderos de la RAF intentaron paralizar el centro de nuestra producción de armamentos atacando las presas de la cuenca del Ruhr.

Los informes que me llegaron a primeras horas de la mañana eran muy alarmantes. La mayor de las presas, la del valle del Möhne, había sido destruida y se había vaciado. Aún no había noticias sobre las otras tres. Estaba amaneciendo cuando aterrizamos en el campo de aviación de Werl después de haber examinado el desastre desde el aire: la central eléctrica que se hallaba al pie de la presa había sido borrada del mapa con toda su maquinaria.

El agua escapada del embalse había inundado el valle del Ruhr, con la consecuencia al parecer insignificante, pero en realidad grave, de que los grupos eléctricos de las estaciones de

bombeo del valle quedaron llenos de lodo, por lo que la industria se paralizó y el abastecimiento de agua a la población estuvo a punto de quedar interrumpido. El informe de los daños, que entregué poco después en el cuartel general del *Führer*, causó «una profunda impresión al *Führer*, quien se ha guardado los informes», según consta en el acta pertinente[201].

No obstante, los ingleses no lograron destruir las otras tres presas, cuya rotura habría significado la interrupción casi total del suministro de agua a la región del Ruhr durante los meses de verano que se avecinaban. Aunque consiguieron hacer un blanco perfecto en la mayor de las presas —la del valle del Sorpe—, que inspeccioné aquel mismo día, tuvimos la gran suerte de que el boquete abierto por la bomba quedara un poco por encima del nivel del agua. Unos cuantos centímetros más abajo… y el pequeño arroyuelo se habría convertido rápidamente en una espantosa corriente que se habría llevado por delante toda la presa[202]. Utilizando sólo un pequeño número de bombarderos, los ingleses habían estado a punto de conseguir un éxito muchísimo mayor en una noche que con miles de bombas en todo lo que llevábamos de guerra. Cometieron únicamente un error que todavía no he logrado comprender: dividieron sus fuerzas y destruyeron a la vez la presa del valle del Eder, a 70 km de distancia, a pesar de que no tenía nada que ver con el abastecimiento de agua de la cuenca del Ruhr[203].

Pocos días después del ataque ya estaban trabajando en la reconstrucción de las presas 7000 hombres a los que hice trasladar de la muralla del Atlántico a la región del Möhne y del Eder. La brecha abierta en la del Möhne —de 22 metros de ancho y 77 de alto— pudo cerrarse el 23 de septiembre de 1943, antes de que comenzara el período de lluvias[204], lo que permitió embalsar las precipitaciones del otoño y el invierno de 1943 para satisfacer las necesidades del verano siguiente. Mientras se realizaban aquellas obras, la aviación inglesa

desperdició una nueva oportunidad: unas cuantas bombas habrían bastado para destruir las desprotegidas instalaciones y convertir el andamiaje de madera en pasto de las llamas.

• • •

Tras estas experiencias volví a preguntarme por qué nuestra Luftwaffe, a pesar de sus modestos medios, no efectuaba ataques puntuales como aquél, cuyas consecuencias podían ser devastadoras. A fines de mayo de 1943, quince días después del ataque británico, repetí a Hitler mi propuesta del 11 de abril: que se formara una comisión de trabajo para buscar objetivos cruciales en el campo enemigo. Él, como tantas otras veces, dudaba:

—Me parece inútil tratar de convencer al Estado Mayor de la Luftwaffe de que sus colaboradores industriales pueden contribuir a establecer los objetivos de los ataques en el campo enemigo. Ya se lo he comentado varias veces al general Jeschonnek. Pero —terminó diciendo con resignación— hable usted una vez más con él.

Era evidente que Hitler no estaba dispuesto a hacer valer su autoridad en el asunto. Carecía de visión para calcular la importancia decisiva de aquella clase de operaciones. No hay duda de que ya se había equivocado entre 1939 y 1941, cuando ordenó bombardear las ciudades inglesas en vez de coordinar la acción aérea y submarina y, por ejemplo, atacar sobre todo los puertos ingleses en los que se reunían los convoyes marítimos. Tampoco ahora tuvo sentido de la oportunidad. Y los ingleses, si exceptuamos el ataque aislado contra las presas, copiaban irreflexivamente su insensatez.

A pesar del escepticismo de Hitler y de mi falta de capacidad para influir en la estrategia de la Luftwaffe, no me desanimé. El 23 de junio reuní en una comisión a algunos expertos con el fin de estudiar los objetivos militares estratégicos[205]. Nuestra

primera propuesta afectaba a la industria inglesa del carbón, sobre cuyos centros, puntos de ubicación, capacidad y demás detalles estábamos bien informados gracias a las publicaciones británicas especializadas; sin embargo, llegó con dos años de retraso: ya no teníamos fuerzas suficientes.

Dada la parquedad de nuestros medios, se nos imponía una vez más un objetivo de gran eficacia: las centrales de energía rusas. La experiencia nos decía que en Rusia no cabía esperar una defensa antiaérea sistemática. Por otra parte, la economía eléctrica de la Unión Soviética se distinguía de la de los países occidentales en un punto decisivo. Mientras que el crecimiento industrial paulatino de Occidente había hecho surgir gran cantidad de centrales de tamaño medio vinculadas entre sí, en la Unión Soviética se construyeron algunas centrales gigantescas en puntos concretos, por lo general en el centro de grandes complejos industriales[206]. Por ejemplo, gran parte del suministro de energía de Moscú procedía de una gran central situada en el curso superior del Volga. Según nuestras informaciones, en la capital soviética se concentraba el 60% de la producción de aparatos ópticos y equipamiento eléctrico. Si se destruían algunas de las grandes centrales de los Urales, se podría paralizar de forma permanente la industria del acero y la de tanques y municiones. Un blanco en las turbinas o en sus tubos de alimentación liberaría unas masas de agua cuyo poder destructivo sería mayor que el de muchas bombas. Y los informes de que disponíamos eran fidedignos, pues buena parte de las grandes centrales soviéticas de producción de energía se habían levantado con el concurso de la industria alemana.

El 26 de noviembre, Göring dio la orden de reforzar con bombarderos de gran autonomía el VI Cuerpo Aéreo, al mando del general de división Rudolf Meister. En diciembre se concentraron las unidades cerca de Bialystok[207]. Hicimos construir maquetas de madera de las centrales de energía para

adiestrar a los pilotos. Yo informé a Hitler a primeros de noviembre[208] y Milch habló de nuestros planes a Günther Korten, amigo suyo y nuevo jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe. El 4 de febrero le escribí que «todavía existen hoy buenas perspectivas […] de una guerra aérea operativa contra la Unión Soviética. […] Tengo la firme esperanza de que con estas operaciones [me refería a los ataques contra las centrales de energía de la zona de Moscú-curso superior del Volga] se lograrán resultados que repercutirán de manera notable en la potencia combativa de la Unión Soviética». El éxito —como siempre en tales empresas— dependía del azar. Yo no confiaba en conseguir una victoria decisiva, pero, tal como escribí a Korten, esperaba debilitar la potencia ofensiva soviética de tal modo que incluso los refuerzos americanos tardarían meses en compensar los daños.

Una vez más, llegamos dos años tarde. La ofensiva rusa de invierno obligó a nuestras tropas a retroceder. La situación se había vuelto crítica. Hitler, que era de una sorprendente miopía en las situaciones de emergencia, me dijo a finales de febrero que el Cuerpo Meister había recibido la orden de destruir las líneas férreas para interrumpir los suministros que recibían las tropas soviéticas. Mis objeciones de que el suelo ruso estaba endurecido por las heladas, de que las bombas sólo conseguirían un efecto superficial y de que sabíamos, por propia experiencia, que vías férreas alemanas mucho más delicadas podían repararse en unas horas, resultaron completamente infructuosas. El Cuerpo Meister se consumió en una operación inútil que no afectó a los movimientos del Ejército soviético.

Cualquier interés que Hitler pudiera tener en la estrategia quedaba ahogado por sus tercos propósitos de venganza contra Inglaterra. Incluso después de que el Cuerpo Meister fuera aniquilado, disponíamos de bastantes bombarderos para poner en práctica nuestros proyectos. Pero Hitler alentaba la vana

esperanza de que algunos ataques masivos sobre Londres obligarían a los ingleses a renunciar a su ofensiva aérea contra Alemania. Sólo por eso en 1943 seguía exigiendo que se desarrollaran y produjeran bombarderos más pesados. El hecho de que en el Este pudieran encontrarse objetivos mucho más provechosos lo dejaba indiferente, aunque en ocasiones, incluso en el verano de 1944, se mostrara de acuerdo con mis argumentos[209]: ni él ni el Estado Mayor de la Luftwaffe eran capaces de hacer una guerra aérea basada en consideraciones tecnológicas, en vez de en anticuados conceptos militares. Al principio también al enemigo le sucedió lo mismo.

Mientras me esforzaba en demostrar a Hitler y al Estado Mayor de la Luftwaffe la existencia de objetivos ventajosos, el enemigo occidental desencadenó, en ocho días (del 25 de julio al 2 de agosto), cinco grandes ataques aéreos contra una sola ciudad: Hamburgo[210]. Y aunque esta acción contradecía cualquier reflexión táctica, sus consecuencias fueron catastróficas. En los primeros ataques resultaron destruidas las tuberías de conducción de agua, por lo que los bomberos no pudieron extinguir ningún incendio durante los ataques siguientes. Las lenguas de fuego de las gigantescas hogueras bramaban como ciclones. Ardió el asfalto de las calles y las personas se asfixiaban en los refugios o quedaban carbonizadas en la vía pública. El efecto de aquella serie de bombardeos sólo podría compararse al de un terremoto. El jefe regional Kaufmann telegrafió repetidamente a Hitler rogándole que visitara la ciudad. Como no tuvo éxito, le pidió que recibiera al menos a una delegación compuesta por grupos de salvamento que se hubieran distinguido de manera especial, pero Hitler también rechazó hacerlo.

En Hamburgo se produjo lo que Hitler y Göring habrían deseado hacer con Londres; en 1940, durante una cena en la Cancillería del Reich, Hitler se había ido dejando dominar por

el ansia de destrucción:

—¿Han visto ustedes alguna vez un mapa de Londres? La ciudad está tan apiñada que un solo foco de incendio bastaría para destruirla, como pasó hace más de doscientos años. Göring quiere emplear una gran cantidad de un nuevo tipo de bombas incendiarias para que se inicie el fuego en distintos barrios. Incendios por todas partes. Miles de incendios que se unirán para formar una enorme hoguera. Göring ha tenido una buena idea: las bombas explosivas no sirven, pero con las incendiarias sí se puede hacer: ¡Destruir Londres por completo! ¿De qué les van a servir sus bomberos cuando empiece todo esto?

Lo ocurrido en Hamburgo me alarmó en extremo. Al reunirse la Central de Planificación en la tarde del 29 de julio, expuse lo siguiente:

—Si los ataques aéreos prosiguen al mismo ritmo que hasta ahora, dentro de doce semanas nos veremos libres de un montón de los problemas con que nos enfrentamos ahora, pues caeremos con bastante rapidez por la pendiente… ¡Y entonces podremos celebrar la sesión de clausura de la Central de Planificación!

Tres días después comuniqué a Hitler que la producción de armamentos se había visto seriamente afectada por aquellos ataques y que, si seguían y se ampliaban a otras seis grandes ciudades, quedaría paralizada en toda Alemania[211]. Hitler me escuchó sin mostrar ninguna emoción.

—Usted lo arreglará —fue lo único que dijo.

Y, en efecto, Hitler tenía razón: conseguimos arreglarlo. Pero no gracias a nuestra organización, que, aun con toda su buena voluntad, no podía hacer otra cosa que dar directrices generales, sino por los tremendos esfuerzos que hicieron los afectados, sobre todo los propios trabajadores. Afortunadamente, la serie de ataques lanzados contra

Hamburgo no se repitió con la misma dureza en otras ciudades. De ese modo, el enemigo volvió a darnos ocasión de adaptarnos a sus ataques.

El 17 de agosto de 1943, sólo quince días después de lo de Hamburgo, recibimos un nuevo golpe. La flota aérea americana lanzó el primero de sus ataques estratégicos. Lo dirigió contra Schweinfurt, donde se concentraban grandes industrias de fabricación de rodamientos, ámbito que ya de por sí constituía un escollo en nuestros esfuerzos para acrecentar la producción armamentista.

Ahora bien, ya en aquel primer ataque el enemigo cometió un error decisivo: en lugar de concentrar sus bombas sobre las fábricas de producción de cojinetes, dividió la respetable cantidad de 376 Fortalezas Volantes atacando simultáneamente una fábrica de montaje de aviones en Ratisbona con 146 aparatos; a pesar del éxito de aquella acción, tuvo pocas consecuencias. Y resultó aún más decisivo que las fuerzas aéreas británicas prosiguieran con sus ataques dispersos sobre otras ciudades.

Después de aquella ofensiva, la producción de rodamientos de 6,4 a 24 cm de diámetro, especialmente importante, disminuyó en un 38%.[212] A pesar del riesgo que corría la ciudad de Schweinfurt, tuvimos que reactivar en ella la mayor parte de la producción, pues un traslado de las fábricas habría supuesto paralizarla durante tres o cuatro meses. Nuestra situación de emergencia hizo también imposible trasladar las fábricas de rodamientos de Berlín-Erkner, Cannstatt o Steyr, a pesar de que el enemigo debía de conocer su ubicación.

En junio de 1945, el Estado Mayor de la RAF me preguntó qué consecuencias habrían podido tener los ataques contra las fábricas de rodamientos.

—La producción de armamentos habría estado muy

debilitada a los dos meses —contesté—, y habría quedado paralizada por completo al cabo de unos cuatro, si: 1) se hubieran atacado al mismo tiempo todas las fábricas de rodamientos (en Schweinfurt, Steyr, Erkner, Cannstatt, Francia e Italia), 2) estos ataques se hubiesen repetido tres o cuatro veces cada quince días, y 3) se hubiera impedido después cualquier trabajo de reconstrucción lanzando dos fuertes ataques aéreos cada ocho semanas durante seis meses[213].

Tras aquel primer golpe, conseguimos resolver las mayores dificultades empleando los rodamientos que la Wehrmacht había almacenado para reparaciones. Además, se consumieron las existencias que se encontraban en el llamado período de prueba del proceso de fabricación. Una vez terminado este período, que duraba de seis a ocho semanas, la escasa producción se llevaba desde las fábricas a los talleres de montaje, muchas veces en simples mochilas. Por aquellos días nos preguntábamos, muy preocupados, si la estrategia aérea del enemigo se dirigía a paralizar miles de fábricas de armamentos destruyendo tan sólo cinco o seis objetivos relativamente pequeños.

Sin embargo, el segundo golpe no se produjo hasta dos meses más tarde. El 14 de octubre de 1943, mientras se celebraba una reunión con Hitler en el cuartel general de la Prusia Oriental para tratar cuestiones de armamento, Schaub nos interrumpió diciendo:

—El mariscal del Reich desea hablar con usted urgentemente. ¡Esta vez trae una buena noticia!

Según nos comunicó Hitler, un nuevo ataque contra Schweinfurt había terminado con una gran victoria de la artillería antiaérea[214]. Al parecer, el campo estaba cubierto de bombarderos americanos derribados. Las novedades me intranquilizaron y pedí a Hitler que me permitiera suspender la

reunión, pues quería ponerme en contacto telefónico con Schweinfurt. Sin embargo, las líneas estaban cortadas; por fin, con ayuda de la policía, logré hablar con el jefe de taller de una de las fábricas de rodamientos: me dijo que todas habían sufrido graves destrozos; los baños de aceite habían ocasionado graves incendios en las naves donde estaba la maquinaria y, por lo tanto, la devastación era mucho peor que tras el primer ataque. Esta vez, la producción de rodamientos (de 6,3 a 24 cm de diámetro) se redujo un 67%.

La primera medida que adopté después del segundo ataque fue la de nombrar comisario especial para la producción de rodamientos a uno de mis colaboradores más enérgicos, el director general Kessler. Las reservas estaban agotadas, y los esfuerzos para traer cojinetes de Suiza o de Suecia apenas habían dado resultado. No obstante, logramos evitar una catástrofe sustituyendo los rodamientos por cojinetes deslizantes[215] siempre que era posible. Pero también contribuyó a evitarla el hecho de que el enemigo, para asombro nuestro, suspendiera una vez más los ataques contra la industria de rodamientos[216].

Aunque el 23 de diciembre el centro de producción de Erkner resultó muy dañado, no pudimos esclarecer si se había tratado de un ataque premeditado contra este lugar, pues las bombas habían caído diseminadas por todo Berlín. La situación no cambió hasta febrero de 1944: en cuatro días, Schweinfurt, Steyr y Cannstatt fueron objeto de dos duros ataques. Luego Erkner y, de nuevo, Schweinfurt y Steyr. Nuestra producción (de más de 6,3 cm de diámetro) descendió al 29% en sólo seis semanas[217].

Sin embargo, a comienzos de abril de 1944 los ataques contra la industria de rodamientos cesaron repentinamente. Por culpa de su inconsecuencia, los aliados dejaron escapar de nuevo el éxito. Si hubiesen proseguido con la misma energía sus

ataques de marzo y abril, pronto habríamos llegado al final[218]; sin embargo, ni un solo tanque, avión o aparato dejó de funcionar por falta de rodamientos, a pesar de que la producción armamentista se había incrementado en un 17% desde julio de 1943 hasta abril de 1944[219]. En cualquier caso, al menos por lo que se refiere a los armamentos parecía hacerse realidad la teoría de Hitler de que se podía hacer posible lo imposible y de que todos los pronósticos y temores eran excesivamente pesimistas.

• • •

No supe hasta después de la guerra a qué se había debido el fallo del enemigo: el Alto Mando de sus ejércitos supuso que en el Estado autoritario de Hitler las producciones más importantes serían evacuadas con rapidez y energía de las ciudades amenazadas. El 20 de diciembre de 1943, Harris estaba convencido de que «en esta fase de la guerra, los alemanes ya hace tiempo que han hecho todos los esfuerzos posibles para repartir por el país una producción tan importante como la de los rodamientos». Harris sobrevaloraba la efectividad de un sistema que desde el exterior parecía muy compacto.

El 19 de diciembre de 1942, es decir, ocho meses antes del primer ataque contra Schweinfurt, publiqué un decreto dirigido a toda la industria armamentista: «La creciente intensidad de los ataques aéreos del enemigo obliga a adoptar rápidamente medidas para trasladar las industrias de armamento más importantes». Sin embargo, tropecé con toda clase de resistencias. Los jefes regionales no querían que se instalaran nuevas fábricas en su territorio, pues temían ver perturbada la calma de sus villas rurales, casi propia de tiempos de paz, y los responsables de la producción no deseaban exponerse a dificultades políticas. Así pues, no cambió casi nada.

Tras el segundo gran ataque contra Schweinfurt, que tuvo

lugar el 14 de octubre de 1943, volvió a decidirse diseminar por los pueblos circundantes una parte de la producción y trasladar el resto a otras ciudades del este de Alemania que todavía parecían seguras[220]. Con está «política de dispersión» se pretendía evitar nuevos desastres; sin embargo, el proyecto tropezó con toda clase de resistencias. En enero de 1944 se seguía discutiendo sobre el traslado de la producción de rodamientos al interior de cuevas[221], y en agosto del mismo año mi delegado se lamentó de las dificultades que hallaba para «realizar las obras necesarias para trasladar la producción de rodamientos»[222]. En vez de paralizar sectores técnicos de la producción, la Royal Air Force comenzó una ofensiva aérea contra Berlín. El 22 de noviembre de 1943, durante una reunión en mi despacho, sonó la alarma a las siete y media de la tarde: se anunció que una gran flota de bombarderos volaba hacia nosotros. Suspendí la reunión cuando los atacantes llegaron a Potsdam y me dirigí en coche, como solía hacer, a una cercana torre de defensa antiaérea desde donde deseaba observar el bombardeo. En cuanto llegué arriba tuve que refugiarme en el interior de la torre, pues los violentos impactos hacían temblar su estructura a pesar de que los muros eran muy gruesos. Numerosos soldados de la defensa antiaérea que habían sufrido el impacto de la onda expansiva pugnaban por bajar. Las bombas cayeron sin interrupción durante veinte minutos. En la entrada de la torre había una multitud apiñada, envuelta por el polvo cada vez más denso que caía de las paredes de hormigón. Cuando la lluvia de bombas cesó, salí de nuevo a la plataforma superior; mi cercano Ministerio era una hoguera gigantesca. Corrí hacia allí. Algunas secretarias, provistas de cascos de acero que hacían que parecieran amazonas, se esforzaban por salvar expedientes, y en las inmediaciones seguía estallando alguna que otra bomba. Donde antes estaba mi despacho no hallé más que un gran cráter.

El rápido avance de las llamas nos impidió salvar gran cosa. Cerca de allí se encontraba el edificio de la Dirección General de Armamentos del Ejército de Tierra, de ocho pisos; como el fuego amenazaba con adueñarse también de él, nosotros, dominados por un nervioso afán de hacer algo, penetramos en él para salvar al menos los valiosos aparatos telefónicos especiales. Los arrancamos de sus conexiones y los amontonamos en el sótano del edificio, en un lugar seguro. El general Leeb, jefe de la Dirección General, me visitó a la mañana siguiente y me dijo:

—Hemos podido extinguir el gran incendio de mi edificio a primeras horas de la mañana. Pero, desgraciadamente —me dijo sonriendo—, no podemos trabajar. Alguien ha arrancado esta noche todos los teléfonos de las paredes.

Cuando Göring, que estaba en Karinhall, se enteró de mi visita nocturna a la torre antiaérea, ordenó que no se me permitiera volver a subir a ella. Sin embargo, los oficiales habían trabado conmigo una relación que tuvo más peso que la orden de Göring, así que no se me impidieron las visitas.

Los ataques aéreos contra Berlín ofrecían desde la torre una imagen inolvidable, y había que llamarse continuamente a la cruel realidad para no dejarse fascinar por el espectáculo: la iluminación de los paracaídas de las bombas incendiarias, llamadas «árboles de Navidad» por los berlineses; los relámpagos de las explosiones que se entremezclaban con las nubes de humo; los incontables reflectores que buscaban aviones en el cielo; el excitante juego del aparato intentando rehuir el haz luminoso al ser descubierto; una antorcha que se encendía cuando era alcanzado por el proyectil antiaéreo…: el Apocalipsis ofrecía un espectáculo grandioso.

En cuanto los aviones daban media vuelta, me dirigía en automóvil a las fábricas importantes situadas en los distritos afectados. Avanzábamos por calles recién destruidas y cubiertas

de escombros; las casas ardían; quienes habían perdido su vivienda se apiñaban en torno a las ruinas; algunos muebles y pertenencias salvados de las llamas salpicaban las aceras; la atmósfera, llena de un humo acre, hollín y llamas, era sombría. Algunas personas mostraban esa singular hilaridad histérica que se observa con frecuencia como reacción ante las catástrofes. La ciudad estaba cubierta por una densa humareda de unos seis mil metros de altura que hacía que incluso a pleno día aquella escena macabra se hallara sumida en la oscuridad.

Traté varias veces de describir a Hitler mis impresiones, pero siempre me interrumpía diciendo:

—Por cierto, Speer, ¿cuántos tanques tendrá listos el mes que viene?

Cuatro días después de la destrucción de mi Ministerio, el 26 de noviembre de 1943 otro violento bombardeo de Berlín dañó seriamente nuestra principal fábrica de tanques, situada en Allkett. Puesto que la Central de Comunicaciones de Berlín estaba destrozada, a mi colaborador Saur se le ocurrió llamar al cuartel general del *Führer* por la línea directa, que estaba intacta, para que avisaran a los bomberos desde allí. Hitler se enteró así del incendio y, sin pedir más detalles, ordenó que se concentraran inmediatamente en la fábrica todos los servicios de bomberos, incluso los que había en los alrededores de la capital.

Entretanto, yo había llegado a Allkett. La mayor parte de las naves había sido destruida por el fuego, pero los bomberos de Berlín ya lo habían apagado. La orden de Hitler hizo que se presentaran ante mí, uno tras otro, los capitanes de varios regimientos de extinción de incendios, que acudían sin cesar al lugar del siniestro desde ciudades muy alejadas, como Brandenburgo, Oranienburg y Potsdam. Como habían recibido órdenes directas del *Führer*, no pude enviarlos a extinguir otros incendios, y a primeras horas de la mañana las calles que

rodeaban la fábrica estaban ocupadas por una gran cantidad de unidades de extinción de incendios inactivas, mientras el fuego seguía propagándose libremente por otros barrios de la ciudad.

• • •

Milch y yo organizamos en septiembre de 1943 una reunión en el Centro de Experimentación de la Luftwaffe de Rechlin, a orillas del lago Müritz, para comentar con mis colaboradores los problemas del armamento aéreo. Milch y sus especialistas hablaron, entre otras cosas, de la futura producción de aviones enemigos. Nos mostraron imágenes de los distintos tipos y comparamos las curvas de producción americanas con las nuestras. Las cifras que más nos asustaron fueron las relacionadas con los cuatrimotores de bombardeo diurno; de acuerdo con ellas, lo que habíamos sufrido hasta entonces no era más que un preludio.

Naturalmente, surgió la pregunta de hasta qué punto Hitler y Göring estaban al corriente de aquellas cifras. Milch me explicó con amargura que hacía meses que intentaba en vano que sus expertos en armamento enemigo expusieran la situación a Göring, quien no quería ni oír hablar del asunto. Al parecer, Hitler le había dicho que todo aquello no era más que propaganda y él había aceptado su explicación. También yo fracasé cada vez que traté de llamar la atención de Hitler al respecto.

—¡No se deje usted engañar! —Me contestaba—. Todos esos informes están amañados, y los derrotistas del Ministerio del Aire caen en la trampa como niños.

Hitler ya rechazaba con observaciones de este tipo nuestras advertencias en invierno de 1942, y seguía en sus trece mientras nuestras ciudades eran reducidas a escombros una tras otra.

Por la misma época fui testigo de un altercado entre Göring y el comandante de los pilotos de caza, Galland, quien informó

a Hitler de que algunos cazas que escoltaban a las escuadrillas de bombarderos americanos habían sido derribados cerca de Aquisgrán y le habló del peligro que correríamos si los americanos, utilizando unos depósitos de combustible mayores, lograban que sus aparatos se internaran más en territorio alemán. Hitler comunicó estas preocupaciones a Göring, quien se disponía a ir en su tren especial hacia el valle del Rominte cuando apareció Galland.

—¿Cómo se le ha ocurrido —preguntó Göring encarándose con él— decirle al *Führer* que los pilotos americanos han penetrado en el territorio del Reich?

—Señor mariscal del Reich —respondió Galland sin inmutarse—, pronto llegarán aún más lejos.

Göring reaccionó con vehemencia:

—¡Eso son tonterías, Galland! ¿De dónde saca esas fantasías? ¡Es mentira!

—¡Son hechos, señor mariscal del Reich! —dijo Galland negando con la cabeza. Tenía aspecto tranquilo, con la gorra un poco ladeada y el cigarrillo entre los labios—. Hemos derribado cazas americanos cerca de Aquisgrán. De eso no hay duda.

—Sencillamente, eso no es verdad, Galland. ¡Es imposible! —insistió Göring:

—Puede usted ordenar que alguien compruebe si hay cazas americanos cerca de Aquisgrán, señor mariscal del Reich —respondió Galland, algo burlón.

Göring cambió de tono:

—Mire, Galland, déjeme que le diga una cosa: soy un piloto de caza experto y sé lo que es posible y lo que no. Confiese que se ha equivocado.

En lugar de responder, Galland se limitó a negar con la cabeza. Göring terminó diciendo:

—Sólo queda la posibilidad de que fueran derribados mucho más al Oeste. Quiero decir que, si estaban muy altos cuando los derribaron, pudieron planear un buen trecho durante la caída.

Galland permaneció imperturbable.

—¿Hacia el Este, señor mariscal? Si yo fuera alcanzado por un proyectil…

—Bueno, señor Galland —dijo Göring enérgico, tratando de zanjar la disputa—, le ordeno oficialmente que admita que los cazas americanos no llegaron hasta Aquisgrán.

Galland intentó protestar por última vez.

—¡Pero si estaban allí, señor mariscal del Reich!

En ese momento, Göring perdió los estribos.

—¡Le ordeno oficialmente que admita que no estaban allí! ¿Lo ha entendido? ¡Los cazas americanos no estaban allí! Queda claro, ¿verdad? Voy a comunicárselo al *Führer*. —Göring se volvió para irse, aunque lo miró amenazadoramente una vez más —: Tiene usted una orden, oficial.

—A sus órdenes, señor mariscal del Reich —replicó Galland con una sonrisa inolvidable.

En el fondo, no es que Göring se negara a ver la realidad, y en varias ocasiones lo oí enjuiciar la situación con acierto. Actuaba más bien como un banquero a punto de quebrar que quiere engañar a los demás y a sí mismo hasta el último momento. Su arbitrariedad y despreocupación ante los acontecimientos ya llevaron al famoso piloto de caza Ernst Udet a buscar la muerte en 1941, y otro de los más estrechos colaboradores de Göring, jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe desde hacía más de cuatro años, el capitán general Jeschonnek, fue encontrado muerto en su despacho en agosto de 1943. También se había suicidado. Según supe por Milch, Jeschonnek

dejó una nota sobre la mesa: no quería que Göring asistiera a su entierro. Sin embargo, éste asistió y depositó en su tumba una corona de flores de parte de Hitler[223].

• • •

Siempre consideré una virtud en extremo deseable ser capaz de ver la realidad y no dejarse llevar por ideas delirantes. No obstante, cuando reflexiono sobre mi vida antes de ingresar en prisión, veo que en ningún momento me libré de las visiones engañosas.

El alejamiento creciente de la realidad no es una característica específica del régimen nacionalsocialista. Ahora bien, mientras que en circunstancias normales esto se ve compensado por el entorno, por las burlas, las críticas y la pérdida de credibilidad, en el Tercer Reich no se daban tales correctivos, sobre todo entre la clase dirigente. Al contrario: igual que en una sala de espejos, cada autoengaño se multiplicaba en la imagen, Confirmada una y otra vez, de un mundo quimérico que no tenía nada que ver con la sombría realidad exterior. En estos espejos sólo podía ver reflejada repetidamente mi propia imagen; ninguna mirada extraña perturbaba la uniformidad de cien rostros siempre iguales y que siempre eran el mío.

Existían distintos grados de evasión. No hay duda de que Goebbels estaba muchísimo más cerca de la realidad que, por ejemplo, Göring o Ley. Pero las diferencias se reducen si tenemos en cuenta lo alejados que vivíamos, tanto los ilusos como los supuestos realistas, de lo que realmente estaba pasando.

CAPÍTULO XXI

HITLER EN OTOÑO DE 1943

Los antiguos colaboradores de Hitler coincidían con sus asistentes en que éste había sufrido un cambio durante el último año. Eso no podía sorprender a nadie, pues durante aquel período vivió la catástrofe de Stalingrado, vio impotente cómo más de 250 000 soldados capitulaban en Túnez y presenció la destrucción de ciudades alemanas sin poder ofrecer apenas resistencia; al mismo tiempo, tuvo que renunciar a una de sus mayores esperanzas bélicas y aceptar la decisión de la Marina de retirar los submarinos del Atlántico. No hay duda de que Hitler se daba cuenta del giro que estaban tomando los acontecimientos, ni de que reaccionó ante ellos como un ser humano: sintiéndose desengañado y abatido; su optimismo era cada vez más forzado. Puede que hoy en día Hitler se haya convertido en un objeto de frío estudio para el historiador; pero para mí sigue siendo una persona, sigue estando físicamente presente.

Entre la primavera de 1942 y el verano de 1943 se mostró deprimido algunas veces, pero después pareció producirse en él una extraña transformación. Incluso en las situaciones desesperadas solía mostrar plena confianza en la victoria. Apenas recuerdo una palabra suya sobre nuestra catastrófica situación en los últimos tiempos, aunque yo la esperaba. ¿Se había autosugestionado hasta tal punto sobre la victoria que creía ciegamente en ella? En todo caso, se mostraba más firme y

convencido de la infalibilidad de sus decisiones cuanto más inevitable parecía la catástrofe.

Su entorno más íntimo veía con preocupación su creciente reserva. Adoptaba sus decisiones en un aislamiento consciente. También se fue volviendo menos flexible y apenas se interesaba por las novedades. En cierto modo, avanzaba por un camino trazado de antemano y no encontraba fuerzas para apartarse de él.

La causa principal de su anquilosamiento era lo forzado de la situación a que lo había arrastrado la superioridad de sus enemigos, que en enero de 1943 acordaron proseguir la lucha hasta obtener la capitulación incondicional de Alemania. Es posible que Hitler fuera el único que no se hacía ilusiones sobre la seriedad del momento. Goebbels, Göring y otros jugaban en sus conversaciones con la idea de aprovechar las desavenencias políticas entre los aliados. También había quien esperaba que Hitler trataría al menos de paliar las consecuencias políticas de sus derrotas. Antes, desde la ocupación de Austria hasta el pacto con la Unión Soviética, ¿no se le habían ocurrido siempre, con aparente facilidad, nuevas artimañas, nuevos giros, nuevos refinamientos? En cambio, en las reuniones estratégicas decía cada vez con más frecuencia: «No se hagan ustedes ilusiones. Ya no podemos volver atrás. Sólo podemos seguir adelante; se han roto todos los puentes que había a nuestras espaldas». El trasfondo de estas palabras, con las que Hitler privó a su propio gobierno de toda capacidad de negociación, no se vería con claridad hasta el proceso de Nuremberg.

• • •

Una de las causas del cambio que experimentó Hitler fue, en mi opinión, la incesante sobrecarga a que lo sometía una forma de trabajar a la que no estaba acostumbrado. Desde que comenzó la campaña de Rusia, su antigua manera de solucionar

los asuntos, consistente en despacharlo todo de golpe y después intercalar fases de ocio, fue sustituida por una larga jornada de trabajo que se repetía diariamente. Si antes había sabido conseguir, con gran habilidad, que otros trabajaran por él, cuando los problemas crecieron se ocupó cada vez más de los detalles. Quiso convertirse en un trabajador disciplinado, pero eso no respondía a su manera de ser y no mejoró su capacidad de tomar decisiones.

Es verdad que antes de la guerra Hitler ya había sufrido estados de agotamiento que se reflejaban en un chocante horror a tomar decisiones, en fases de ausencia o en su inclinación a pronunciar enrevesados monólogos. Entonces se quedaba sin palabras o respondía a su interlocutor con un simple «sí» o «no», y no había forma de saber si seguía prestando atención o se había sumido en cavilaciones muy alejadas del tema que se estaba tratando. Sin embargo, en aquel tiempo solía recuperarse pronto. Después de pasar unas semanas en el Obersalzberg se lo veía más despierto, la vida volvía a sus ojos, aumentaba su capacidad de reacción y recobraba las ganas de decidir.

En 1943, su entorno insistía para que se tomara unas vacaciones. A veces cambiaba de residencia y pasaba algunas semanas, incluso unos meses, en el Obersalzberg[224], aunque eso no alteraba su jornada de trabajo. Bormann no dejaba de acudir a él para que decidiera sobre cuestiones de detalle y siempre tenía visitas que trataban de aprovechar su presencia en el Berghof o en la Cancillería del Reich, donde exigían verlo jefes regionales o ministros a los que no recibía en el cuartel general. Además, las largas reuniones estratégicas se mantenían, pues el Estado Mayor en pleno lo seguía a todas partes. Cuando le expresábamos nuestra preocupación por su salud, solía responder:

—Resulta muy fácil aconsejarme que me tome unas

vacaciones. Pero es imposible. No puedo dejar que otros tomen las decisiones militares ni siquiera durante veinticuatro horas.

Los que componían su entorno militar estaban acostumbrados a trabajar intensamente cada día desde muy jóvenes, por lo que no se podía esperar de ellos que entendieran la sobrecarga a la que se encontraba sometido Hitler. Tampoco Bormann comprendía que le estaba exigiendo demasiado. Aparte de esto, Hitler no hacía lo que cualquier director de fábrica habría hecho: nombrar delegados capaces para dirigir cada departamento. No sólo le faltaba un presidente del Gobierno eficaz y un jefe enérgico de la Wehrmacht, sino también un buen comandante del Ejército de Tierra. No cesaba de violar la antigua regla, que antes había seguido, de que cuanto más elevada es la posición en que uno se encuentra, más tiempo libre necesita.

El sobreesfuerzo y el aislamiento lo llevaron a un peculiar estado de petrificación y endurecimiento, de torturada vacilación, de permanente irritabilidad. Tenía que exprimir su extenuado cerebro para tomar las decisiones que antes adoptaba de forma casi lúdica[225]. Como deportista, yo sabía lo que era el sobreentrenamiento: en esta situación, a un menor rendimiento se une el desánimo, la impaciencia y la pérdida de elasticidad, y uno se vuelve un autómata hasta el punto de no desear ningún momento de descanso y de querer prolongar el entrenamiento indefinidamente. El sobreesfuerzo intelectual puede tener las mismas consecuencias. Durante los momentos difíciles de la guerra observé en mí mismo cómo el pensamiento continúa trabajando mecánicamente al tiempo que pierde la frescura y rapidez de percepción y adopta decisiones en un estado parecido al sopor.

• • •

Que Hitler saliera sigilosamente de la oscura Cancillería del

Reich en la noche del 3 de septiembre de 1939 para dirigirse al frente resultó ser un indicio de lo que ocurriría en el futuro. Su relación con el pueblo cambió: incluso aunque todavía entrara en contacto con la multitud, lo que ahora hacía muy de vez en cuando, el entusiasmo y la capacidad de las masas de apasionarse se habían extinguido en la misma medida que el afán de Hitler por convencerlas.

Al principio de los años treinta, durante las últimas batallas por el poder, Hitler se exigió casi tanto a sí mismo como en la segunda mitad de la guerra, aunque seguramente los mítines a los que acudía a pesar de su agotamiento le daban más fuerzas de las que perdía en ellos. Incluso entre 1933 y 1939, cuando la posición que había alcanzado le facilitaba la existencia, estaba claro que la procesión diaria de admiradores entusiastas que desfilaba frente a él en el Obersalzberg lo reanimaba, y las manifestaciones de la época anterior a la guerra se convirtieron para él en un estimulante del que no podía prescindir. Después se lo veía más firme y seguro de sí mismo que nunca.

Es probable que el círculo privado (secretarias, médicos y asistentes) en que se movía en el cuartel general fuera aún menos estimulante que el que lo rodeaba antes de la guerra en el Obersalzberg y la Cancillería del Reich. No tenía ante él a personas fascinadas e incapaces de hablar por la emoción. El trato diario con Hitler, y eso es algo que ya observé en la época en que nos dedicábamos a soñar juntos en nuestras obras arquitectónicas, lo bajaba del pedestal de semidiós al que lo había subido Goebbels y lo ponía al nivel de cualquier otro ser humano, con todas sus carencias y debilidades, por mucho que su autoridad siguiera intacta.

También su entorno militar tenía que resultarle agotador, pues cualquier gesto notorio de admiración habría causado un efecto desagradable en la atmósfera desapasionada del cuartel

general. Al contrario, los oficiales se comportaban con completa frialdad, incluso aunque no fueran así por naturaleza, porque aquella actitud reservada formaba parte de su educación. A su lado, el servilismo de Keitel y Göring resultaba chocante y a nadie le parecía auténtico; Hitler no fomentaba la sumisión de sus colaboradores militares. En aquel círculo predominaba la objetividad.

Hitler no toleraba que se criticara su forma de vivir, y su entorno la aceptaba a pesar de la inquietud que sentía por él. Cada vez rehuía más las conversaciones de carácter personal, y sólo mantenía algunas con sus camaradas de los tiempos de lucha, como Ley, Goebbels o Esser. Sin embargo, su manera de dirigirse a mí o a los demás era impersonal y distante. Que Hitler tomara alguna decisión con la frescura y espontaneidad de antes o que escuchara atentamente los argumentos que se oponían a los suyos resultaba muy poco frecuente y que lo hiciera provocaba siempre comentarios entre nosotros.

• • •

A Schmundt y a mí nos pareció que sería buena idea presentar a Hitler a jóvenes oficiales llegados del frente, que podrían introducir algo del espíritu del mundo exterior en la sofocante y cerrada atmósfera del cuartel general, pero nuestro intento fue un fracaso. Por un lado, Hitler no mostró grandes deseos de emplear en ello su escaso tiempo, y además tuvimos que reconocer que más bien creaba contratiempos. Por ejemplo, un joven oficial de una división acorazada le habló del avance en el Terek, en el que su unidad casi no había encontrado resistencia y sólo se había visto detenida por la falta de municiones. Hitler se excitó mucho e insistió durante varios días en el tema.

—¡Eso es lo que ocurre! ¡Falta munición del siete y medio! ¿Qué pasa con la producción? Hay que aumentarla rápidamente

como sea.

De hecho, a pesar de la escasez de nuestros recursos, disponíamos de existencias suficientes de aquel tipo de munición, pero la impetuosidad del avance había hecho imposible que el suministro llegara a tiempo; debe tenerse en cuenta que la trayectoria de abastecimiento era desmesurada. Pero Hitler se negaba a aceptarlo.

Sus encuentros con jóvenes oficiales del frente le permitieron averiguar otros detalles en los que quiso ver enseguida serias negligencias del Estado Mayor. En realidad, la mayor parte de las dificultades se debían a la velocidad que Hitler imponía a las tropas, pero a los especialistas les resultaba imposible hacérselo ver porque no conocía bien el complicado aparato que implicaba un avance de tal naturaleza.

Hitler siguió recibiendo, aunque no con mucha frecuencia, a aquellos oficiales y soldados, a los que distinguía con altas condecoraciones. Dada su desconfianza respecto a la capacidad del Estado Mayor, esas visitas solían ir seguidas de toda clase de enfados y órdenes. Para evitarlo, Keitel y Schmundt trataban de neutralizar en la medida de lo posible a los visitantes antes de que se entrevistaran con él.

• • •

El té nocturno de Hitler, al que también nos invitaba en el cuartel general, se había ido retrasando paulatinamente hasta las dos de la madrugada y terminaba a las tres o a las cuatro. Hitler demoraba cada vez más la hora de acostarse y no se iba a la cama hasta altas horas de la mañana, lo que me hizo decir en una ocasión:

—Si la guerra dura mucho más, conseguiremos ajustarnos al horario de los madrugadores y los tés nocturnos de Hitler se convertirán en nuestro té de la mañana.

No hay duda de que Hitler sufría de insomnio. Hablaba de

torturantes horas en blanco si se acostaba demasiado pronto. Durante la hora del té solía quejarse de que la noche anterior no había conseguido conciliar el sueño hasta primeras horas de la mañana y que aquel rato se le había hecho interminable.

Sólo eran admitidos al té los conocidos más íntimos: sus médicos, sus secretarias, sus asistentes militares y civiles, el delegado del jefe de prensa, el embajador Hewel, a veces su cocinera vienesa, algún visitante que le fuera muy próximo y el inevitable Bormann. También yo era bien acogido en todo momento. Tomábamos asiento en el comedor, en incómodas butacas. A Hitler le gustaba seguir creando una atmósfera «agradable», a ser posible frente al fuego del hogar. Servía el pastel a las secretarias con gesto caballeroso y se ocupaba afectuosamente de sus invitados, como un anfitrión despreocupado. A mí me daba pena; sus intentos de irradiar calidez para poder recibirla eran del todo inútiles.

Como en el cuartel general la música estaba mal vista, sólo nos quedaba la conversación, cuyo peso llevaba Hitler casi exclusivamente. Aunque sus archisabidos chistes eran recibidos con las mismas risas de la primera vez y sus relatos sobre su dura juventud o sus «tiempos de lucha» se escuchaban con el mismo interés que el primer día, aquel círculo no podía contribuir mucho a animar la velada. Una ley no escrita prohibía hablar de política o de los sucesos del frente, y también criticar a los dirigentes. Es comprensible que Hitler no tuviera ganas de hablar de eso. El único que se permitía hacer comentarios provocativos era Bormann. También las cartas de Eva Braun podían romper aquella regla si escribía, por ejemplo, sobre la extrema cerrazón de los departamentos oficiales. Cuando en pleno invierno se prohibió a los muniqueses practicar el esquí en las montañas cercanas, Hitler se mostró muy alterado y pronunció unas parrafadas interminables sobre su lucha eterna y vana contra la estupidez de la burocracia. Al final Bormann

recibía el encargo de ocuparse del asunto.

La insignificancia de los temas tratados demostraba hasta qué punto había descendido el umbral del interés de Hitler. Con todo, las nimiedades servían para relajarlo, pues lo devolvían a una escala pequeña en la que su criterio seguía teniendo valor y le hacían olvidar, al menos por unos momentos, la impotencia que sentía desde que era el enemigo quien determinaba el curso de los acontecimientos y sus órdenes militares no conseguían los objetivos deseados.

Sin embargo, a pesar de todos sus intentos de evadirse, Hitler no se podía sustraer ni siquiera en aquel reducido círculo a la conciencia de la situación. Entonces le gustaba repetir sus viejas lamentaciones de que en realidad se había hecho político en contra de su voluntad, que en el fondo era un arquitecto frustrado y que si no había logrado ejercer era sólo porque había tenido que convertirse en promotor estatal para encargar las únicas obras que estaban a su altura. Se dejaba llevar por la autocompasión y solía decir que sólo le quedaba un deseo:

—Volveré a colgar la guerrera gris en cuanto me sea posible[226]. Cuando la guerra concluya y hayamos logrado la victoria, la misión de mi vida habrá terminado y me retiraré en Linz, cerca del Danubio. Y entonces, ¡que mi sucesor se apañe con todos los problemas!

Aunque ya había expresado a veces tales pensamientos antes de la guerra, durante las relajadas tertulias de té del Obersalzberg, entonces sólo se trataba de una especie de coquetería. Ahora, sin embargo, formulaba estas ideas sin nada de patetismo, en un tono normal y mostrando una amargura que parecía real.

También su interés siempre vivo por los proyectos relacionados con la ciudad a la que pensaba retirarse parecía cada vez más una forma de evadirse de la realidad. En los

últimos tiempos de la guerra, Hermann Giessler, el arquitecto jefe de Linz, era llamado cada vez con más frecuencia al cuartel general para presentar sus proyectos, mientras que Hitler apenas se acordaba de los proyectos de Hamburgo, Berlín, Nuremberg o Munich, que tanto habían significado para él. Después decía abatido que los tormentos que tenía que soportar hacían que la muerte sólo significara una liberación. Al examinar los planos de Linz, ese estado de ánimo lo llevaba a mirar una y otra vez los bocetos de su tumba, que debía situarse en una de las torres de las instalaciones del Partido en Linz. De este modo dejaba claro que ni siquiera después de ganar la guerra estaba dispuesto a ser enterrado junto a sus mariscales en la «Galería de los Soldados» de Berlín.

En las conversaciones nocturnas mantenidas en los cuarteles generales de Ucrania o de la Prusia Oriental, Hitler daba a menudo la impresión de estar desequilibrado. A los pocos que participábamos en ellas nos afectaba la plúmbea pesadez de las primeras horas de la mañana. Sólo la cortesía y el sentido del deber nos movían a quedarnos, aunque a duras penas lográbamos mantener los ojos abiertos, ya que aquellas monótonas charlas tenían lugar después de las agotadoras reuniones estratégicas. Antes de que Hitler se presentara, alguien preguntaba:

—¿Dónde está Morell esta noche?

Y otro respondía con desgana:

—Ya hace tres noches que no viene.

Y una de las secretarias observaba:

—Ese bien se podría quedar despierto un rato más. Siempre somos los mismos… A mí también me gustaría dormir.

Otra secretaria añadía:

—En realidad deberíamos quedarnos por turnos. No puede ser que siempre tengamos que quedarnos los mismos mientras

otros se escabullen.

Por supuesto, Hitler seguía siendo venerado en aquel círculo, pero su aureola se había diluido.

• • •

Después de que Hitler hubiera desayunado, a última hora de la mañana, se le presentaban los periódicos del día y los comunicados de prensa. Este servicio era de crucial importancia para que se formara una opinión e influía mucho en su estado de ánimo. Ciertas noticias del extranjero provocaban en él una reacción inmediata; daba entonces réplicas oficiales, por lo general agresivas, que solía dictar a su jefe de prensa, el doctor Dietrich, o a su representante, Lorenz. Se inmiscuía sin reflexionar en asuntos que incumbían a uno u otro Ministerio y no informaba siquiera a los ministros responsables, normalmente Goebbels o Ribbentrop.

A continuación, Hewel le exponía cuestiones de política exterior, que Hitler se tomaba con más calma que los comunicados de prensa. Visto en retrospectiva, tengo la impresión de que daba más importancia al efecto que a la realidad y de que las noticias impresas le interesaban más que los propios acontecimientos. Acto seguido, Schaub le facilitaba los informes sobre los ataques aéreos de la noche anterior, que habían sido transmitidos a Bormann por los jefes regionales. Como uno o dos días después yo solía inspeccionar las fábricas de las ciudades destruidas, estoy en disposición de afirmar que Hitler era correctamente informado sobre la magnitud de los daños. De hecho, habría sido poco inteligente que los jefes regionales trataran de restarles importancia, puesto que su prestigio aumentaba si conseguían reactivar la producción y la vida normal de la ciudad a pesar de los terribles desperfectos.

Hitler quedaba visiblemente abatido tras escuchar estos informes, aunque menos por las bajas sufridas por la población

o porque se hubieran destruido zonas habitadas que por la pérdida de edificios valiosos, sobre todo si eran teatros. Al igual que antes de la guerra con sus proyectos para «reestructurar las ciudades alemanas», lo que le interesaba por encima de todo era la representación. En cambio, pasaba por alto la penuria social y el sufrimiento humano; sus exigencias casi siempre incluían que se reedificaran los teatros destruidos por las llamas. Le hice notar más de una vez las dificultades por las que pasaba la construcción y, al parecer, también los departamentos políticos locales vacilaban antes de poner en práctica unas órdenes tan impopulares; Hitler, absorbido por la situación militar, apenas se informaba nunca sobre el estado de los trabajos. Sólo se impuso en dos ciudades: insistió en que los teatros de ópera de Munich, su segunda ciudad natal, y Berlín fueran reconstruidos a cualquier precio[227].

Por lo demás, demostraba un notable desconocimiento de la verdadera situación y del ambiente de la calle cuando rechazaba todas las objeciones diciendo:

—Las representaciones teatrales deben proseguir precisamente para elevar el estado de ánimo de la población.

No cabe duda de que la gente que vivía en las ciudades tenía otras preocupaciones. Las palabras de Hitler demostraban una vez más su «espíritu burgués».

Durante la lectura de los informes de daños, Hitler acostumbraba insultar groseramente al Gobierno británico y a los judíos, a los que consideraba culpables de los ataques. Decía que sólo la creación de una gran flota de bombarderos podría obligar al enemigo a suspenderlos. Si yo objetaba que carecíamos de aviones y explosivos suficientes para una guerra de bombardeos prolongada, su respuesta era siempre la misma[228].

—Usted ha hecho posibles tantas cosas, Speer, que también

conseguirá esto.

Visto en retrospectiva, creo que el hecho de que nuestra producción aumentara continuamente a pesar de los bombardeos enemigos fue una de las razones de que Hitler no se tomara en serio la batalla aérea que se estaba librando en los cielos de Alemania y de que rechazara las propuestas que le hacíamos Milch y yo de disminuir de manera radical la fabricación de bombarderos y aumentar la de cazas hasta que fue demasiado tarde.

Intenté que Hitler viajara por las poblaciones arrasadas y se dejara ver en ellas[229]; el propio Goebbels fracasó en el empeño a pesar de su ascendiente sobre Hitler, y se refería con envidia al comportamiento de Churchill:

—¡Con el partido propagandístico que yo podría sacarle a una visita así!

Hitler, sin embargo, no quería hacerlo. Cuando se dirigía desde la estación de Stettin a la Cancillería del Reich o acudía a su domicilio de Munich, en Prinzregentenstrasse, ordenaba que se tomara el camino más corto, cuando antiguamente siempre le había encantado dar grandes rodeos. Algunas veces lo acompañé en esos viajes y pude constatar el desinterés y la indiferencia con que tomaba nota de las imágenes que ofrecía el enorme campo de ruinas que atravesaba su coche.

• • •

A pesar de que Morell le había recomendado dar largos paseos, no le hizo demasiado caso. ¡Con lo sencillo que habría sido trazar algunos caminos en los bosques de la Prusia Oriental! Pero Hitler se oponía a ello, y su paseo diario se limitaba a un breve trayecto circular, de apenas cien metros de longitud, dentro de la zona restringida número I.

Durante sus paseos, el interés de Hitler no se centraba en su acompañante, sino en su perro pastor Blondi, al que intentaba

amaestrar. Después de algunos ejercicios de cobrado de piezas, el perro tenía que hacer equilibrios sobre una pasarela de unos veinte centímetros de anchura y ocho metros de longitud, montada a una altura de dos metros. Naturalmente, Hitler sabía que para el perro no hay otro amo que el que le lleva la comida, y antes de dar al criado la orden de abrir la puerta de la perrera hacía que el animal, excitado por la alegría y el hambre, se pasara algunos minutos saltando contra la cerca de tela metálica entre ladridos y aullidos. Como yo disfrutaba del favor de Hitler, alguna vez me permitió acompañarlo a dar de comer al perro, mientras que todos los demás tenían que asistir a esta operación desde lejos. Es probable que aquel perro pastor desempeñara el papel principal en la vida privada de Hitler; era más importante que sus más estrechos colaboradores.

Cuando en el cuartel general no había ningún invitado que le resultara agradable, Hitler comía sólo en compañía del perro. Por supuesto, cuando yo me encontraba en el cuartel general —solía quedarme dos o tres días—, Hitler me invitaba a comer una o dos veces. Más de uno del cuartel general debió de pensar que nos ocupábamos de cosas generales de cierta importancia o de temas personales. Sin embargo, me resultaba imposible hablar con Hitler de los aspectos globales de la guerra o de la situación económica, y nos entreteníamos con trivialidades o repasábamos áridas cifras de producción.

Al principio todavía se interesaba por asuntos que tiempo atrás nos habían absorbido a los dos, como la futura configuración de las ciudades alemanas. También nos ocupábamos a menudo de su deseo de proyectar, una vez terminada la guerra, una red de ferrocarriles transcontinentales que aglutinara económicamente a su futuro Estado. Fijó un ancho de vía mayor que el usual y ordenó que los Ferrocarriles del Reich diseñaran distintos tipos de vagones e hicieran cálculos detallados sobre la carga útil de los trenes de

mercancías, todo lo cual estudiaba en sus noches de insomnio[230]. El Ministerio de Comunicaciones consideró que tener dos sistemas de vías férreas supondría más inconvenientes que ventajas, pero Hitler estaba empeñado en aquella idea, a la que, en su función de abrazadera del Imperio, daba mayor importancia que a las autopistas.

A medida que transcurrían los meses, Hitler se iba tornando más y más silencioso. También puede ser que en mi presencia se sintiera relajado e hiciera menos esfuerzos por mantener una conversación que con otros invitados menos íntimos. De todos modos, desde otoño de 1943 comer con él se convirtió en un martirio. Tomábamos la sopa en silencio y, durante la pausa que se producía hasta la llegada del nuevo plato, hacíamos quizá algún comentario sobre el tiempo, que Hitler aprovechaba para lanzar algunas frases despectivas sobre la incapacidad del servicio meteorológico, y la conversación recaía finalmente en la calidad de la comida. Estaba muy satisfecho con su cocinera, especialista en dietética, y alababa sus platos vegetarianos. Cuando alguno le parecía particularmente bueno, me invitaba a probarlo. Siempre tuvo miedo de engordar.

—¡No puede ser! Imagínese que me paseara por ahí con un barrigón. ¡Eso me destrozaría políticamente! —Muchas veces hacía que su criado pusiera fin a la tentación diciéndole—: Haga el favor de llevarse esto, me está gustando demasiado.

Seguía burlándose de los que comían carne, aunque nunca trató de influir en mis gustos. Tampoco tenía nada en contra de que me tomara una Steinhäger después de una comida muy grasa, aunque solía decir, con expresión afligida, que con lo que él comía no le hacía falta ningún digestivo. Cuando había caldo de carne, podía estar seguro de que Hitler no tardaría en referirse a la «infusión de cadáveres». Si nos servían cangrejos, repetía la historia de una abuela que había sido arrojada por sus

deudos al arroyo para atraerlos, y, si se trataba de anguilas, afirmaba que la mejor forma de cebarlas y capturarlas era empleando gatos muertos.

En los tiempos de la Cancillería del Reich, Hitler no se avergonzaba de repetir estas historias una y otra vez; ahora, en época de retiradas y derrotas, indicaban que se sentía de buen humor, lo que era poco frecuente, pues por lo general reinaba en la mesa un silencio de muerte. Yo teñía la impresión de estar frente a un hombre que se iba extinguiendo poco a poco.

Durante las reuniones, que solían durar horas, o en las comidas, Hitler ordenaba a su perro que se tendiera en un rincón que tenía asignado y el animal se tumbaba allí con un gruñido de disgusto. Cuando sentía que no lo observaban, se iba aproximando lentamente al lugar en que se encontraba su amo y, tras complejas maniobras, terminaba con el hocico sobre su rodilla, y entonces Hitler lo desterraba de nuevo a su rincón con una orden seca. Como cualquier otro invitado de Hitler medianamente listo, evité despertar la confianza del perro. Eso no siempre resultaba fácil, por ejemplo si el animal me ponía la cabeza en la rodilla durante las comidas y se dedicaba a contemplar fijamente la carne que tenía en el plato, que parecía interesarle más que los alimentos vegetarianos de su amo. Cuando Hitler percibía esos intentos de aproximación, llamaba al perro con voz enojada. En el fondo, éste era el único ser viviente del cuartel general que sabía animarlo tal como Schmundt y yo habríamos deseado poder hacer. La única pega es que el perro no hablaba.

• • •

Hitler fue perdiendo el contacto con sus semejantes paulatinamente, de una forma casi imperceptible. Una observación que repetía con frecuencia desde otoño de 1943 hacía patente su infeliz aislamiento:

—Speer, llegará el día en que ya no tendré más que dos amigos: la señorita Braun y mi perro.

Su tono era tan misantrópico y directo que yo no podía recordarle mi lealtad ni mostrarme herido. Visto desde fuera, esta parece haber sido la única predicción en la que acertó de pleno, aunque no se debiera a sus propios méritos, sino más bien a la valentía de su amante y a la dependencia de su perro.

Más tarde, durante mis largos años de prisión, comprendí lo que significa vivir sometido a una gran presión psíquica. Entonces me di cuenta de que la vida de Hitler era muy semejante a la de un preso. En su bunker, que entonces aún no era el enorme mausoleo en que se convertiría en julio de 1944, paredes y techos eran gruesos como los de una prisión, puertas y contraventanas de hierro cerraban las pocas aberturas, y los escasos paseos que daba por la zona cercada con alambre de espino no le hacían llegar más aire que a un presidiario que hiciera la ronda en el patio de una cárcel.

La gran hora de Hitler llegaba después del almuerzo, cuando hacia las dos de la tarde daba comienzo la reunión estratégica. Las conferencias no parecían haber sufrido cambio alguno desde la primavera de 1941. Alrededor de Hitler, frente a la gran mesa de los mapas, seguían agrupándose casi los mismos generales y asistentes, pero ahora se los veía más viejos y apagados debido a los acontecimientos del último año y medio. Recibían las consignas y órdenes con expresión indiferente, más bien resignada.

Se discutían las expectativas. El interrogatorio de los prisioneros y las noticias que llegaban del frente ruso parecían indicar que el enemigo estaba agotado. Las pérdidas experimentadas por los rusos parecían mucho mayores que las nuestras, incluso teniendo en cuenta la población total de ambos países. Los partes sobre éxitos insignificantes iban adquiriendo

importancia durante la conversación, hasta que para Hitler se convertían en la prueba irrebatible de que Alemania podría contener el ataque ruso el tiempo suficiente para que se agotara por sí mismo. Por otra parte, muchos de nosotros creíamos que Hitler podría terminar la guerra cuando lo considerara oportuno.

Jodl preparó un informe para Hitler con objeto de establecer la evolución más probable de los acontecimientos en los meses siguientes. Con ello trataba también de ejercer su cargo de jefe de la plana mayor de la Wehrmacht, cuyas funciones había ido acaparando Hitler. Jodl sabía que éste desconfiaba de los cálculos; a fines de 1943 seguía hablando con sarcasmo de un estudio del general Georg Thomas, responsable de la economía de guerra, que consideraba que el potencial bélico de los soviéticos era extraordinario, y siempre se enojaba al recordarlo: poco después de serle expuesto, prohibió a Thomas y al Alto Mando de la Wehrmacht realizar más investigaciones como aquélla. Cuando mi Departamento de Planificación, con la mejor voluntad, preparó un memorando para ayudar a la cúpula militar a tomar decisiones acertadas, Keitel nos comunicó la prohibición de enviar estudios de esa clase al Alto Mando de la Wehrmacht.

Jodl sabía que tendría que superar dificultades para conseguir lo que quería. Por eso eligió a un joven coronel de la Luftwaffe, Christian, que debía empezar exponiendo algunos argumentos generales durante una de las reuniones estratégicas. El coronel gozaba de la nada despreciable ventaja de estar casado con una de las secretarias de Hitler que siempre participaba en sus tés nocturnos. El análisis estudiaba los planes tácticos del enemigo a largo plazo y sus consecuencias para nosotros. Salvo algunos grandes mapas de Europa sobre los que Christian estuvo dando explicaciones a un Hitler que permanecía mudo, no recuerdo nada más de aquella tentativa, que fracasó

lastimosamente.

Sin mayor discusión y sin que los asistentes protestaran, las cosas siguieron como siempre: Hitler continuaba tomando todas las decisiones sin disponer de estudios concretos. Renunció a analizar la situación, a considerar qué consecuencias logísticas comportaba la puesta en práctica de sus ideas; no quiso saber nada de comisiones de estudio que examinaran las distintas ofensivas desde todos los puntos de vista para establecer tanto sus posibilidades de éxito como las contramedidas que podría tomar el enemigo. El Estado Mayor que se reunía en el cuartel general estaba perfectamente preparado para responder a las exigencias de una guerra moderna; sólo había que permitirle actuar. Aunque Hitler exigía ser informado de todos los aspectos parciales, los datos así reunidos sólo constituían una visión de conjunto en su cabeza. Así pues, sus mariscales y sus inmediatos colaboradores en realidad no ejercían más que de asesores, pues normalmente Hitler tenía sus decisiones tomadas de antemano y sólo cabía modificarlas en aspectos de matiz. Además, evitó extraer las necesarias consecuencias de la campaña del Este de 1942-1943.

• • •

La tremenda presión de la responsabilidad hacía que nada fuera mejor acogido en el cuartel general que una orden superior, lo que obviaba las propias decisiones y servía tanto de alivio como de excusa. En contadas ocasiones oí que alguno de los interesados había pedido el traslado voluntario al frente para escapar al permanente conflicto de conciencia al que uno se veía sometido en el cuartel general. Éste es uno de esos fenómenos que aún hoy sigo sin explicarme, pues, a pesar de todas las críticas, ninguno de nosotros planteaba nunca una objeción. La verdad es que tampoco teníamos nada que objetar. En el mundo insensibilizador del cuartel general no nos conmovía lo que

significaban las decisiones de Hitler para el frente, donde se estaba combatiendo y muriendo, como, por ejemplo, cuando las tropas quedaban sitiadas sólo porque Hitler demoraba una y otra vez ordenar la retirada que le proponía el Estado Mayor.

Es verdad que nadie puede esperar de un jefe del Estado que inspeccione el frente con regularidad, pero Hitler estaba obligado a hacerlo en su calidad de comandante en jefe del Ejército, más aún teniendo en cuenta que, como tal, tomaba decisiones relativas incluso a los asuntos de menor importancia. Si estaba demasiado enfermo, tendría que haber nombrado a otro, y si temía por su vida, entonces no podía ser comandante en jefe de un ejército.

Algunos viajes al frente habrían hecho evidentes, tanto para él como para su Estado Mayor, los errores fundamentales que tanta sangre estaban costando. Sin embargo, Hitler y sus colaboradores militares creían poder dirigir la guerra desde sus mapas. No conocían el invierno ruso, las condiciones de las carreteras o las fatigas que soportaban los soldados, que, sin alojamiento, mal equipados, exhaustos y medio congelados, tenían que vivir en agujeros abiertos en la tierra, con una capacidad de resistencia quebrantada desde hacía mucho tiempo. Durante las reuniones estratégicas, Hitler consideraba que estas unidades estaban en plena forma. Desplazaba de un lado a otro sobre el mapa a unas divisiones extenuadas, sin armas ni municiones, y a menudo les imponía unos plazos que era del todo imposible cumplir. Como solía ordenar ataques inmediatos, la vanguardia se hallaba en la línea de fuego antes de que el resto de las tropas pudieran desplegar en bloque toda su potencia combativa. Así se las conducía frente al enemigo y se las aniquilaba paulatinamente.

El servicio de información del cuartel general era ejemplar para su época. Podía comunicarse al instante con los principales

escenarios de la guerra. Pero Hitler sobrestimaba las posibilidades que le ofrecían el teléfono, la radio y el telégrafo. Al mismo tiempo, y esto constituyó una gran diferencia respecto a las guerras anteriores, impedía que los mandos correspondientes actuaran con independencia, ya que intervenía continuamente en todos los sectores del frente. El servicio de enlace permitía dirigir a las distintas divisiones, en todos los escenarios de la guerra, desde la mesa de mapas de Hitler. Cuanto más difícil era la situación, mayor era el distanciamiento que la técnica moderna abría entre la realidad y la fantasía con que se operaba desde aquella mesa.

• • •

Se dice que ser un líder militar es cuestión de inteligencia, tenacidad y nervios de acero: Hitler creía poseer estas cualidades en grado mucho mayor que sus generales. Desde la catástrofe del invierno de 1941 a 1942, no cesaba de predecir que quedaban por superar situaciones aún más difíciles y que hasta entonces no se demostraría realmente su firmeza y la resistencia de sus nervios[231].

Esas manifestaciones ya eran de por sí bastante humillantes para los oficiales, pero no era raro que Hitler también dirigiera palabras ofensivas directamente a los miembros del Estado Mayor que estaban junto a él; los acusaba de ser poco resistentes, de favorecer siempre las retiradas, de abandonar sin razón alguna el terreno conquistado. Acusaba a aquellos cobardes del Estado Mayor de no haber entrado jamás en una guerra. Decía que no cesaban de oponerse a él, de decirle que nuestras fuerzas eran demasiado débiles. Pero ¿a quién le daba la razón el éxito sino a él? Hitler reiteraba la acostumbrada enumeración de sus antiguas victorias militares y de la postura negativa adoptada por el Estado Mayor ante las operaciones que las permitieron. Dada la situación a la que se había llegado, todo

aquello resultaba bastante increíble. En algunos momentos Hitler llegaba a perder los estribos y, rojo de cólera, gritaba atropelladamente:

—¡No sólo son unos cobardes declarados, sino que además son unos hipócritas! ¡Unos embusteros redomados! ¡La educación del Estado Mayor sólo enseña a mentir y estafar! ¡Zeitzler, estos datos son falsos! ¡También a usted lo engañan! ¡Créame, nos presentan la situación como si fuera desfavorable para forzarme a la retirada!

Naturalmente, Hitler ordenaba que se mantuviera la línea del frente a cualquier precio, y con la misma naturalidad las fuerzas soviéticas tomaban esa posición unos días o semanas después. Esto generaba nuevos exabruptos de Hitler, unidos a nuevas afrentas a los oficiales y frecuentemente acompañados de juicios desfavorables sobre los soldados alemanes:

—Los soldados de la Primera Guerra Mundial eran mucho más resistentes. ¡Lo que tuvieron que aguantar en Verdún, en el Somme! Si hoy se encontraran en una situación así, echarían a correr.

Más de uno de los que tuvieron que sufrir sus afrentas participó después en el atentado del 20 de julio. Hitler iba sembrando vientos. Antes había tenido una aguda capacidad para dirigirse de la manera más adecuada a cada una de las personas que lo rodeaban. Ahora se mostraba incapaz de dominarse. Su torrente de palabras se desplegaba sin límites, como el de un detenido que revela peligrosos secretos a su acusador. Hitler, me parecía a mí, hablaba como si estuviera bajo presión.

• • •

Con objeto de poder demostrar a la posteridad que sus órdenes siempre habían sido acertadas, ya a finales de otoño de 1942 Hitler hizo venir del Reichstag a unos taquígrafos jurados

que se sentaban a la mesa de la sala de reuniones estratégicas para tomar nota de cada palabra.

A veces, cuando creía haber encontrado la solución de un dilema, añadía:

—¿Lo ha anotado? Sí, algún día se me dará la razón, aunque estos idiotas del Estado Mayor no quieran hacerme caso. —Incluso cuando las tropas retrocedían en masa, seguía diciendo triunfante—: ¿No ordené hace tres días que esto se hiciera de tal y tal modo? Han vuelto a desoír mis órdenes. Ustedes no me obedecen y luego me vienen con la excusa de los rusos. Me mienten diciendo que los rusos les han impedido llevarlas a cabo.

Hitler no quería admitir que sus fracasos se debían a la debilidad de la posición a que nos había conducido su guerra de varios frentes.

Puede que, unos meses antes, los taquígrafos que habían ido a parar por sorpresa a aquella casa de locos todavía creyeran en la imagen ideal de un Hitler dotado de un espíritu superior que Goebbels había creado, pero allí no tenían más remedio que ver la realidad. Es como si aún los estuviera viendo escribir con cara de susto, ir afligidos de un lado a otro por el cuartel general en sus ratos libres. Para mí eran como delegados del pueblo, condenados a ser testigos de primera fila de la tragedia.

• • •

Mientras que al principio Hitler, dominado por su teoría del subhombre eslavo, calificó la guerra contra los rusos como un «juego de castillos de arena», éstos fueron despertando su respeto a medida que se prolongaba la campaña. Admiraba la entereza con la que aceptaban sus derrotas. Hablaba de Stalin con gran aprecio, acentuando sobre todo el paralelismo de su capacidad de resistencia: el peligro al que se vio expuesto Moscú en el invierno de 1941 le parecía similar a la situación en que él se

encontraba en ese momento. Cuando lo invadía la fe en la victoria[232], decía a veces con socarronería que lo mejor sería confiar a Stalin la administración de Rusia después de conquistarla —bajo soberanía alemana, naturalmente—, pues era el mejor hombre que cabía imaginar para manejar a los rusos. En general veía en Stalin a una especie de colega. Quizá este respeto explica que ordenara dar un trato especial al hijo de Stalin cuando cayó prisionero. Habían cambiado mucho las cosas desde los días que siguieron al armisticio con Francia, cuando Hitler vaticinó que la guerra contra Rusia sería como derribar castillos de arena.

Sin embargo, a pesar de que llegó a convencerse de que tenía que vérselas con un enemigo decidido en el Este, Hitler se obstinó en su idea preconcebida acerca del escaso valor combativo de las tropas occidentales hasta los últimos días de la guerra. Ni siquiera los éxitos conseguidos por los aliados en África e Italia pudieron disuadirlo de su convicción de que echarían a correr en cuanto se vieran frente al primer ataque serio. En su opinión, la democracia debilitaba a los pueblos. En el verano de 1944 seguía repitiendo que todos los territorios del Oeste serían reconquistados pronto. Y su opinión sobre los estadistas occidentales no era mejor. En las reuniones estratégicas afirmaba con frecuencia que Churchill era un demagogo incapaz, entregado a la bebida, y decía muy en serio que Roosevelt no padecía las secuelas de una parálisis infantil, sino de origen sifilítico, por lo que no era responsable de sus actos. También aquí se evidenciaba la evasión de la realidad que caracterizó los últimos años de su vida.

En Rastenburg se había construido una casa de té en la zona restringida I; su decoración destacaba agradablemente frente a la sobriedad del cuartel general. Aquí nos encontrábamos de vez en cuando para tomar un vermut, o esperaban los mariscales el comienzo de sus entrevistas con Hitler, quien evitaba aquella

estancia para no tropezarse con los generales y oficiales del Estado Mayor y del Alto Mando de la Wehrmacht. Sin embargo, unos días después de que el fascismo terminara silenciosamente en Italia, lo que ocurrió el 25 de julio de 1943, y de que Badoglio asumiera el poder, Hitler acudió allí una tarde para tomar el té con unos diez de sus colaboradores militares y políticos, entre ellos Keitel, Jodl y Bormann. De pronto, Jodl espetó:

—En realidad, todo el fascismo ha estallado como una pompa de jabón.

Se produjo entonces un aterrorizado silencio que alguien rompió sacando otro tema; Jodl, muy asustado, enrojeció violentamente.

Unas semanas después, el príncipe Felipe de Hesse fue invitado al cuartel general. Era uno de los partidarios de Hitler a los que éste siempre trató con consideración y respeto. Felipe lo había apoyado con frecuencia y le había procurado los contactos necesarios con los líderes del fascismo italiano, sobre todo durante los primeros años del Reich. Además, fue de gran ayuda cuando Hitler quiso comprar unas valiosas obras de arte que se pudieron traer de Italia gracias al parentesco del príncipe con la casa real italiana.

Cuando unos días después el príncipe quiso partir, Hitler le dijo sin ambages que no se le permitiría alejarse del cuartel general. Aunque siguió tratándolo con la más exquisita cortesía y lo invitaba a comer con él, los miembros de su entorno, que poco antes se habían mostrado satisfechos de codearse con un «príncipe auténtico», ahora lo evitaban como si padeciera una enfermedad contagiosa. El 9 de septiembre, por orden de Hitler, el príncipe y la princesa Mafalda, hija del rey de Italia, fueron internados en un campo de concentración.

Semanas después de tomar aquella decisión, Hitler se seguía

felicitando por haber sospechado que el príncipe facilitaba informes a la casa real italiana. Lo estuvo vigilando y dio orden de que se intervinieran sus conversaciones telefónicas, y de ese modo había descubierto que el príncipe transmitía códigos cifrados a su esposa. Aun así, lo había seguido tratando con toda amabilidad. Eso formaba parte de su táctica, decía regodeándose visiblemente en su éxito detectivesco.

La detención del príncipe y de su esposa hizo recordar a todos los que rodeaban a Hitler que habían caído en sus manos sin remedio. De forma inconsciente se fue extendiendo la sensación de que podía espiar con la misma alevosía a cualquier miembro de su círculo y entregarlo a un destino similar, sin darle la menor oportunidad de explicarse.

Mussolini, después de apoyar a Hitler durante la crisis austríaca, mantuvo hacia él una actitud que para todos nosotros correspondía a una relación amistosa. Tras la caída y desaparición del jefe del Estado italiano, Hitler dio muestras de una especie de lealtad propia de nibelungos. En las reuniones estratégicas exhortaba una y otra vez a hacer todo lo posible por localizar al desaparecido. Hablaba de la pesadilla que no lo abandonaba ni de día ni de noche.

El 12 de septiembre de 1943 se convocó una reunión a la que asistimos los jefes regionales del Tirol y de Carintia y yo. En ella se estableció por escrito que no sólo el Tirol meridional, sino también una parte del territorio italiano, hasta cerca de Verona, quedaba bajo la jurisdicción del jefe regional del Tirol, Hofer, y que grandes regiones del Véneto que limitaban con la región de Carintia, incluida Trieste, se asignaban al jefe regional Rainer. Ese día no me costó ningún esfuerzo conseguir el control, a efectos armamentistas y de producción, sobre el resto del territorio italiano, pasando por encima de las autoridades italianas. La sorpresa fue grande cuando, a las pocas horas de

firmar estos tres decretos, se dio a conocer la liberación de Mussolini. Los dos jefes regionales vieron su reciente incremento de poder tan perdido como yo el mío: «¡El *Führer* no irá a imponer al *Duce* nada parecido!». Poco después me encontré con Hitler y le propuse que revocara la ampliación de mis atribuciones. Supuse que aprobaría mi sugerencia. Sin embargo, para mi asombro, la rechazó enérgicamente: el decreto seguiría en vigor a pesar de todo. Hice notar a Hitler que la formación de un nuevo gobierno fascista bajo el mando de Mussolini podía hacer fracasar su plan de injerencia en la soberanía italiana. Hitler reflexionó unos instantes y dispuso:

—Presénteme otra vez el decreto a la firma, pero con fecha de mañana. Así no habrá duda de que mi orden no se ha visto afectada por la liberación del *Duce*[233].

Seguramente Hitler ya sabía, unos días antes de amputar el norte de Italia, que se había averiguado el paradero de Mussolini, y sospeché que al citarnos en el cuartel general quería adelantarse a su liberación, que estaba a punto de producirse.

Al día siguiente, Mussolini llegó a Rastenburg. Hitler lo abrazó, sinceramente conmovido. En el aniversario del Pacto Tripartito, Hitler expresó por carta «al *Duce* amigo y aliado […] los más ardientes deseos por el futuro de una Italia que ha recuperado su honrosa libertad gracias al fascismo».

Quince días antes había mutilado Italia.

CAPÍTULO XXII

DECLIVE

El desarrollo de la producción de armamentos fortaleció mi posición hasta otoño de 1943. Después de haber agotado casi por completo las reservas industriales de Alemania, traté de aprovechar el potencial del resto de los países europeos que estaban bajo nuestra influencia[234]. Al principio, Hitler se resistió a aprovechar totalmente la capacidad industrial de Occidente. Incluso proyectaba desindustrializar los territorios orientales ocupados; decía que la industria fomentaba el comunismo y daba pie a la formación de un estamento intelectual nada deseable. Sin embargo, las circunstancias pronto demostraron ser más fuertes que las ideas de Hitler en todos los territorios ocupados, y él tenía el suficiente sentido práctico para admitir que una industria intacta permitiría abastecer mejor a las tropas.

En términos industriales, Francia era el más importante de los países ocupados. Hasta la primavera de 1943, su capacidad en este sentido apenas nos benefició. El reclutamiento forzoso de mano de obra efectuado por Sauckel nos causó más perjuicios que otra cosa, pues los obreros franceses huían de las fábricas, muchas de las cuales trabajaban para nuestra industria de armamentos, para eludir el servicio obligatorio. Me quejé a Sauckel por primera vez en mayo de 1943. En julio del mismo año, durante una reunión celebrada en París, propuse que al menos las industrias francesas que cooperaban con nosotros

quedaran protegidas de la intervención de Sauckel[235].

Mis colaboradores y yo pretendíamos fabricar bienes de consumo en grandes cantidades para la población civil alemana, como ropas, zapatos, artículos textiles y muebles, sobre todo en Francia, aunque también en Bélgica y Holanda, con el fin de que las fábricas alemanas pudieran dedicarse al armamento. Inmediatamente después de hacerme cargo, en los primeros días de septiembre, de la totalidad de la producción alemana, invité a Berlín al ministro de industria francés, Bichelonne, que era profesor de la Sorbona y tenía fama de ser un hombre eficiente y enérgico.

No sin algunos enfrentamientos con el Ministerio de Asuntos Exteriores, conseguí que el ministro francés fuera recibido como invitado oficial. Para ello tuve que apelar a la influencia de Hitler, a quien dije que Bichelonne no iba a entrar en mi Ministerio por la «puerta de servicio». Así pues, fue alojado en el edificio que el Gobierno del Reich había habilitado en Berlín para sus invitados oficiales.

Además, cinco días antes de que Bichelonne llegara a Berlín hice que Hitler me confirmara que estaba de acuerdo con la planificación industrial a nivel europeo y que Francia participaría en ella con los mismos derechos que los demás países. Tanto Hitler como yo partíamos de la base de que Alemania seguiría llevando la voz cantante también en este campo[236].

El 17 de septiembre de 1943 recibí a Bichelonne, con el que pronto me unió una relación casi personal. Los dos éramos jóvenes, los dos creíamos tener el futuro en nuestras manos y, por la misma razón, los dos nos prometimos evitar en el futuro los errores cometidos por la generación belicista que actualmente estaba a cargo del gobierno. Incluso habría estado dispuesto a revocar posteriormente la mutilación de Francia que

Hitler había proyectado, tanto más cuanto que, a mi modo de ver, en una Europa industrialmente unida las fronteras nacionales serían irrelevantes. Bichelonne y yo nos perdíamos por entonces en tales utopías, que revelan el mundo ilusorio en que nos movíamos.

El último día de las conversaciones, Bichelonne me rogó que habláramos a solas. Comenzó explicándome que, por indicación de Sauckel, su jefe de Gobierno, Laval, le había prohibido tratar conmigo el asunto del traslado de mano de obra francesa a Alemania[237]. ¿Estaría yo dispuesto a hablar de ello a pesar de todo? Le dije que sí. Bichelonne me expuso sus preocupaciones y yo terminé preguntándole si le serviría de ayuda que protegiéramos a las empresas industriales francesas de las deportaciones.

—Si eso fuera posible, todos mis problemas, incluso los relacionados con el programa que acabamos de acordar, habrían desaparecido —contestó Bichelonne con expresión de alivio—; pero eso también implicaría el fin del traslado de trabajadores franceses a Alemania. Se lo digo con sinceridad.

No tenía ninguna duda al respecto, pero sólo así podía conseguir que el aparato industrial francés trabajara para nosotros. Ambos hicimos algo insólito: Bichelonne desoyó las órdenes de Laval y yo desautoricé a Sauckel, y de este modo, en realidad sin respaldo alguno, establecimos un importante acuerdo[238].

A continuación nos dirigimos a una reunión conjunta en la que los juristas discutieron largo y tendido sobre algunos puntos controvertidos. La discusión podría haber durado varias horas, pero ¿para qué? El hecho de que los artículos estuvieran mejor redactados no tenía nada que ver con la voluntad de cooperación. Por consiguiente, interrumpí aquellas fatigosas deliberaciones y propuse considerar concertado nuestro pacto

mediante un simple apretón de manos. Los juristas de ambas partes quedaron muy sorprendidos. No obstante, yo respeté hasta el fin este acuerdo informal y me preocupé por conservar la industria francesa incluso cuando ya no tenía ningún valor para nosotros y Hitler había ordenado destruirla.

Nuestro plan era ventajoso para ambas partes: yo podía ganar en potencial armamentista y los franceses, por su parte, supieron apreciar la oportunidad de reactivar su producción de tiempos de paz en plena guerra. Con ayuda del comandante en jefe de las tropas de ocupación en Francia, se designaron empresas protegidas por todo el país y, mediante carteles que me comprometían personalmente, pues iban sellados con un facsímil de mi firma, se prometió protección frente a Sauckel a todos los obreros que trabajaran en tales fábricas. También hubo que reforzar la industria básica francesa, garantizar los transportes, asegurar el sustento de la población…, de modo que casi todas las empresas importantes, finalmente unas diez mil, se vieron a salvo de las intromisiones de Sauckel.

Bichelonne y yo pasamos el fin de semana en la casa de campo de mi amigo Arno Breker. A principios de la semana siguiente informé a los colaboradores de Sauckel de los acuerdos adoptados y los exhorté a que en el futuro encaminaran sus esfuerzos a conseguir que los obreros franceses trabajaran en las empresas francesas. Su número sería incluido en la cuota de «producción alemana de armamento»[239].

Diez días más tarde me encontraba en el cuartel general. Quería adelantarme a Sauckel con mi informe, pues la experiencia nos había enseñado que el primero en exponer sus argumentos llevaba siempre ventaja. Hitler se mostró satisfecho, aprobó mis acuerdos e incluso consideró soportable el posible riesgo de déficit a consecuencia de huelgas o disturbios[240]. Eso puso fin en la práctica a las actuaciones de Sauckel en Francia.

Los 50 000 obreros que había traído mensualmente a Alemania hasta entonces se redujeron pronto a 5000[241]. Unos meses más tarde, el 1 de marzo de 1944, Sauckel informó con enojo:

—¡Mis secciones oficiales en Francia me han dicho que allí todo se ha acabado, que no tiene sentido continuar! En todas las prefecturas se les dice que el ministro Bichelonne ha llegado a un acuerdo con el ministro Speer. Y Laval me ha dicho que no va a poner a más gente a disposición de Alemania.

Poco tiempo después procedí de la misma forma con Holanda, Bélgica e Italia.

• • •

El 20 de agosto de 1943, Heinrich Himmler fue nombrado ministro del Interior del Reich. Aunque hasta entonces había sido el jefe nacional de las omnipotentes SS, calificadas de «Estado dentro del Estado», como jefe de policía era, curiosamente, un subordinado del ministro Frick.

Con el respaldo de Bormann, el poder de los jefes regionales había originado una descomposición de la autoridad del Reich. Entre ellos había dos categorías: por una parte los antiguos, que ya habían sido jefes regionales antes de 1933 y que eran sencillamente incapaces de gobernar un aparato administrativo, y los de una nueva clase, perteneciente a la escuela de Bormann, que había ido ascendiendo con el paso de los años. Estos últimos eran funcionarios jóvenes, por lo general con formación jurídica, capacitados para reforzar la influencia del Partido dentro del Estado.

A causa de la duplicidad de funciones que Hitler fomentaba, los jefes regionales dependían de Bormann en su calidad de funcionarios del Partido y del ministro del Interior por su condición de comisarios de Defensa del Reich; la debilidad de Frick hacía que esta reglamentación no supusiera ningún peligro para Bormann. Sin embargo, los observadores políticos

conjeturaron que, con Himmler como ministro del Interior, a Bormann le había salido un serio rival.

También yo compartía esta opinión y confié en el poder de Himmler. Sobre todo tenía la esperanza de que pondría coto a Bormann y a la progresiva descomposición organizativa de la administración unificada del Reich. Himmler también me aseguró enseguida que pediría cuentas a todos los jefes regionales del Reich que fueran demasiado ineficaces en asuntos administrativos[242].

• • •

El 6 de octubre de 1943 pronuncié un discurso ante los jefes nacionales del Partido y los jefes regionales. La acogida de mi discurso señalaría un punto de inflexión. Quería hacer que la jefatura política del Reich se diera cuenta del verdadero estado de cosas, disipar sus esperanzas de que pronto podríamos contar con un cohete de gran tamaño e intentar que comprendiera que ahora era el enemigo quien dictaba lo que teníamos que producir. Había que transformar de una vez por todas la estructura económica de Alemania, que en gran parte seguía como en tiempos de paz, de tal modo que, de los seis millones de personas que trabajaban en la industria de bienes de consumo, que ahora serían fabricados en Francia, un millón y medio pasaran a la fabricación de armamento. Confesé que esto daría a Francia una buena posición de partida en la posguerra.

—No obstante, soy de la opinión —expuse frente a un auditorio aparentemente petrificado— de que, si queremos ganar la guerra, vamos a tener que ser los primeros en sacrificarnos.

Los jefes regionales se sintieron más alterados cuando seguí diciendo, con cierto exceso de franqueza:

—Les ruego que tengan en cuenta lo siguiente: algunas regiones se han librado hasta ahora del cierre de la industria de

bienes de consumo, pero eso no podrá seguir tolerándose, y si las regiones en cuestión no obedecen mis instrucciones en un plazo de quince días, tomaré medidas al respecto. ¡Puedo asegurarles que tengo la intención de imponer la autoridad del Reich, cueste lo que cueste! He hablado del asunto con el jefe nacional de las SS y, a partir de ahora, trataré como es debido a las regiones que no ejecuten estas medidas.

Probablemente, el hecho de que yo fuera partidario de una línea dura no debió de irritar tanto a los jefes regionales como estas dos últimas frases. En cuanto terminé mi discurso, algunos de ellos se precipitaron coléricos hacia mí. A gritos y gesticulando, liderados por uno de los más antiguos, Bürkel, me echaron en cara que los había amenazado con el campo de concentración. Para poner en claro al menos este punto, pedí a Bormann que me cediera de nuevo la palabra, pero éste rechazó mi petición. Con hipócrita amabilidad, opinó que no era necesario, pues no le parecía que hubiera ningún malentendido.

La noche después de la reunión, debido a sus excesos alcohólicos, muchos de los jefes regionales necesitaron ayuda para llegar al tren especial que debía trasladarlos al cuartel general. A la mañana siguiente pedí a Hitler que pronunciara algunas palabras a favor de la templanza de sus colaboradores políticos; pero, como siempre, respetó a sus camaradas de los viejos tiempos. Por otra parte, Bormann lo informó de mi enfrentamiento con los jefes regionales[243]. Hitler me dio a entender que éstos estaban muy agitados, pero no me indicó los motivos. Se vio pronto que Bormann había logrado minar, al menos en parte, mi prestigio frente a él, y siguió machacando sobre el asunto hasta lograr cierto éxito por primera vez. Yo mismo le había facilitado la palanca que necesitaba. A partir de entonces no pude seguir dando por sobreentendida la lealtad de Hitler.

Tampoco tardé en comprender lo que cabía esperar de la promesa de Himmler de que en el futuro impondría las disposiciones de las autoridades del Reich. Le envié cierta documentación relativa a graves enfrentamientos con jefes regionales y pasé varias semanas sin recibir respuesta hasta que el subsecretario de Himmler, Stuckart, me comunicó, con visible embarazo, que el ministro del Interior había remitido las actas a Bormann, y que su contestación había llegado hacía poco: todos los casos habían sido revisados por los jefes regionales y se había visto, tal como se esperaba, que mis disposiciones eran equivocadas y que sus resistencias frente a mí estaban completamente justificadas. Himmler había aceptado este informe. Así pues, el esperado fortalecimiento de la autoridad del Reich fue un absoluto fracaso, al igual que la alianza Speer-Himmler. Unos meses más tarde conseguí averiguar por qué aquel plan estaba abocado al fracaso: me enteré por Hanke, jefe regional de la Baja Silesia, de que Himmler había intentado atacar la soberanía de algunos jefes regionales. Les había transmitido órdenes a través de sus subordinados de las SS en la región, lo que equivalía a una afrenta, y posteriormente se había visto obligado a reconocer que los jefes regionales contaban con toda clase de apoyos en la jefatura del Partido, regida por Bormann; unos días después, este último consiguió que Hitler prohibiera las intromisiones de Himmler: si había que elegir, siempre terminaba imponiéndose la relación de compañerismo que existía entre Hitler y los camaradas que lo habían ayudado a ascender en los años veinte, a pesar del desprecio que sentía por ellos. Ni siquiera Himmler y las SS eran capaces de quebrantar aquel sentimiento. Tras su derrota en una acción tan torpe, el jefe de las SS renunció definitivamente a poner la autoridad del Reich contra la de los jefes regionales. Aunque Himmler había pretendido que los «comisarios de Defensa del Reich» fueran convocados a las reuniones de Berlín, tuvo que contentarse con

reunir a los alcaldes y gobernadores civiles, políticamente menos señalados, y a establecer una alianza con ellos. Bormann y Himmler, que ya se tuteaban antes de aquello, volvieron a ser buenos amigos. Mi discurso evidenció el juego de intereses, dio a conocer las relaciones de poder existentes y minó mi posición.

• • •

Mi intento de desarrollar el poder y las posibilidades del régimen había fracasado tres veces en pocos meses. Aquello me planteaba un dilema que traté de resolver pasando a la ofensiva. Sólo cinco días después de pronunciar el discurso mencionado, conseguí que Hitler incluyera entre mis competencias la futura planificación de todas las ciudades dañadas por los bombardeos. Obtuve así plenos poderes en un campo que muchos de mis rivales, entre ellos Bormann, tenían más en cuenta que los problemas de la guerra. Ya entonces consideraban que la reconstrucción de las ciudades sería su principal misión en el futuro, y el decreto de Hitler les recordó que dependerían de mí para llevarla a cabo.

Por lo demás, al hacer esto intentaba también salir al paso del peligro que implicaba el radicalismo ideológico de los jefes regionales: la destrucción de las ciudades les daba una excusa para demoler edificios históricos, incluso aunque todavía pudieran ser restaurados. Por ejemplo, cuando, después de un duro bombardeo, contemplé desde la terraza de un edificio las ruinas de Essen junto al jefe regional, éste me comentó que habría que demoler la catedral, muy dañada por las bombas, porque era un obstáculo para la modernización de la ciudad. El alcalde de Mannheim me pidió que lo ayudara a impedir la demolición del palacio y el Teatro Nacional, devastados por el fuego. También me enteré de que el jefe regional de Stuttgart se proponía derribar el palacio de su ciudad, que también se había incendiado[244].

En todos los casos, el argumento era siempre el mismo: ¡Fuera palacios e iglesias! ¡Después de la guerra levantaremos nuestros propios monumentos! Con esto se hacía patente el complejo de inferioridad de los grandes del Partido respecto al pasado, y también resultó reveladora la razón que me dio uno de los jefes regionales para justificar la demolición de un edificio: los palacios e iglesias eran reductos de un pasado reaccionario y no hacían más que obstaculizar nuestra revolución. Aquí se hacía patente el fanatismo de la primera época del Partido, que se había ido perdiendo debido a los compromisos con el poder.

Consideré tan importante conservar la sustancia histórica de las ciudades alemanas y preparar una reconstrucción razonable que yo mismo, en el momento crucial de la guerra, en noviembre y diciembre de 1943, dirigí a todos los jefes regionales una circular cuyas directrices quedaban muy lejos de los planes que tenía antes de la guerra: nada de ideas altamente artísticas, sino ahorro; una planificación generosa del tráfico que impidiera la asfixia de las ciudades; saneamiento del casco antiguo, construcción industrial de viviendas y casas comerciales en el centro de las ciudades[245]. Nadie hablaba ya de obras monumentales. A mí se me habían pasado las ganas, y a Hitler, con quien estudié las líneas generales de la nueva concepción urbanística, seguramente también.

• • •

A comienzos de noviembre, las tropas soviéticas se aproximaron a Níkopol, centro de las minas de manganeso. En aquella época ocurrió algo que puso a Hitler bajo una luz no menos singular que a Göring cuando ordenó a su general en jefe de los cazas que mintiera.

A primeros de noviembre de 1943, Zeitzler, jefe del Estado Mayor, me comunicó excitado por teléfono que acababa de tener una fuerte disputa con Hitler. Éste había insistido en

convocar a todas las divisiones que estuvieran disponibles en las proximidades de Níkopol para defender esta posición y había manifestado acaloradamente que, sin manganeso, la guerra se perdería en muy poco tiempo, porque Speer tendría que suspender a los tres meses la producción de armamento por falta de materias primas[246]. Zeitzler me suplicó encarecidamente que lo ayudara: en vez de concentrar a las tropas, sería mejor iniciar la retirada, a no ser que quisiéramos repetir lo de Stalingrado.

Inmediatamente después de esta conversación me reuní con Röchling y Rohland, los especialistas de la industria del hierro, para esclarecer nuestra situación respecto al manganeso, uno de los principales aditivos en el proceso de fabricación del acero; después de hablar con el jefe del Estado Mayor tuve claro que había que dar por perdidas las minas de la Rusia meridional. Mis entrevistas dieron un resultado sorprendentemente positivo. El 11 de noviembre envié a Zeitzler y a Hitler sendos telegramas con el siguiente texto: «Manteniendo el procedimiento de fabricación seguido hasta la fecha, el Reich tiene asegurada la provisión de manganeso durante diez o doce meses. La industria alemana del hierro garantiza que, en el caso de perder Níkopol, las existencias de manganeso podrían durar hasta dieciocho meses gracias a la introducción de otros procedimientos que no supondrán ningún perjuicio para otras aleaciones»[247]. Añadía que, aunque se perdiera también el cercano centro de Krivói Rog, que Hitler pretendía sostener a toda costa, la producción alemana de acero podría continuar sin problemas.

Cuando, dos días más tarde, llegué al cuartel general del *Führer*, éste se dirigió a mí con malos modos y me dijo con desacostumbrada brutalidad:

—¿Cómo se le ha ocurrido enviar al jefe del Estado Mayor su informe sobre la situación del manganeso?

Yo, que había esperado encontrar a un Hitler satisfecho, me

quedé perplejo y sólo supe decir:

—¡Pero, *mein Führer*, si es un resultado excelente!

Sin embargo, no transigió.

—¡No tiene por qué enviar informes al jefe del Estado Mayor! ¡Cuando quiera usted algo, haga el favor de decírmelo a mí! Me ha puesto en una situación insostenible. Acabo de ordenar que todas las tropas disponibles se concentren para la defensa de Níkopol. ¡Por fin tenía una razón que obligara al grupo de ejércitos a combatir! Y entonces me viene Zeitzler con su informe. ¡He quedado como un mentiroso! Si ahora perdemos Níkopol, la culpa será suya. ¡Le prohibo de una vez para siempre —terminó gritando— que envíe ningún tipo de informe a nadie más que a mí! ¿Me ha entendido? ¡Se lo prohibo!

A pesar de todo, mi informe hizo su efecto, pues poco después Hitler dejó de insistir en la batalla para defender las minas de manganeso; sin embargo, como al mismo tiempo remitió la presión soviética en la región, Níkopol no se perdió hasta el 18 de febrero de 1944.

Nuestras existencias de todos los metales empleados en las aleaciones figuraban en una segunda memoria que entregué a Hitler aquel mismo día. En ella, que incluía la observación de que «no se han tenido en cuenta las entradas procedentes de los Balcanes, Turquía, Finlandia y Noruega septentrional», insinuaba cautelosamente que consideraba probable la pérdida de estos territorios. Los resultados se resumían como sigue:

Manganeso:

Existencias nacionales: 140 000 t.

Entradas de Islandia: 8100 t.

Consumo: 15 000 t.

Meses cubiertos: 19.

Níquel:

Existencias nacionales: 6000 t.

Entradas de Islandia: 190 t.

Consumo: 750 t.

Meses cubiertos: 10.

Cromo:

Existencias nacionales: 21 000 t.

Entradas de Islandia: –

Consumo: 3751 t.

Meses cubiertos: 5,6.

Volframio:

Existencias nacionales: 1330 t.

Entradas de Islandia: –

Consumo: 160 t.

Meses cubiertos: 10,6.

Molibdeno:

Existencias nacionales: 425 t.

Entradas de Islandia: 15.5 t.

Consumo: 69,5 t.

Meses cubiertos: 7,8.

Silicio:

Existencias nacionales: 17 900 t.

Entradas de Islandia: 4200 t.

Consumo: 7000 t.

Meses cubiertos: 6,4.

Añadí a la memoria el siguiente comentario: «Según esta tabla, las existencias más escasas son las de cromo, material muy importante, dado que sin cromo no se puede mantener una industria de armamentos altamente desarrollada. Si se pierden

los Balcanes, y con ellos Turquía, las existencias de cromo sólo están garantizadas para 5,6 meses. Esto significa que, tras agotarse las existencias del mineral en bruto, lo que sucedería dos meses después del plazo indicado, se produciría la paralización de distintas ramas de importancia (aviones, tanques, camiones, granadas para tanques, submarinos, casi toda la fabricación de municiones) entre uno y tres meses más tarde, ya que entonces se habrán agotado todas las reservas»[248].

Esto quería decir, ni más ni menos, que la guerra acabaría a los diez meses de perder los Balcanes. Hitler escuchó en silencio mi exposición, según la cual eran los Balcanes, y no Níkopol, los que determinarían el curso de la guerra. Después me volvió la espalda, malhumorado, y se dirigió a mi colaborador Saur para discutir con él los nuevos programas de fabricación de tanques.

Hasta el verano de 1943, Hitler me llamaba por teléfono al principio de cada mes para enterarse de las cifras de producción más recientes, que anotaba en una lista que ya tenía preparada. Yo le iba dando los números y Hitler solía recibirlos con estas exclamaciones:

—¡Muy bien! ¡Eso es realmente maravilloso! ¿De verdad tenemos ciento diez *Tigres*? Es más de lo que me prometió usted… ¿Y cuántos cree que se podrán fabricar el mes que viene? Ahora cada tanque más es importante…

A veces concluía estas conversaciones aludiendo brevemente a la situación:

—Hoy hemos tomado Jarkov. Las cosas marchan bien. Bueno, gracias por todo. Salude a su esposa de mi parte. ¿Todavía está en el Obersalzberg? Bien, dele recuerdos de mi parte.

Cuando le daba las gracias y me despedía con la fórmula habitual: «*Heil, mein Führer!*», Hitler respondía a veces: «*Heil, Speer!*». Esta respuesta, que empleaba en muy contadas ocasiones

con Göring, Goebbels y otros íntimos, suponía una distinción en la que se podía percibir una leve ironía respecto al «*Heil, mein Führer!*» que se había implantado oficialmente. En esos momentos sentía que mi trabajo era reconocido, y no me daba cuenta del fondo condescendiente de aquella familiaridad. Aunque la fascinación del principio y la intimidad del trato privado habían desaparecido hacía mucho tiempo; aunque yo había dejado de tener la peculiar posición única del arquitecto; aunque me había convertido en uno más de los muchos componentes del aparato gubernamental, las palabras de Hitler no habían perdido para mí ni un ápice de su mágica fuerza. Bien mirado, todas las intrigas y luchas por el poder tenían como meta conseguirlas, al menos por lo que implicaban. La posición de cada uno de nosotros dependía de ellas.

Las llamadas fueron cesando poco a poco. Me resulta difícil fijar el momento exacto. En todo caso, puede que a partir de otoño de 1943 Hitler adoptara la costumbre de ponerse en contacto telefónico con Saur para que le diera las cifras mensuales[249]. No me puse a la defensiva contra esto, ya que reconocía a Hitler el derecho de quitarme lo que me había confiado; sin embargo, como además Bormann estaba en buenas relaciones con Saur y con Dorsch, viejos camaradas del Partido, comencé a sentirme inseguro en mi propio Ministerio.

Por el momento, intenté afianzar mi posición asignando a cada uno de mis diez jefes de sección un representante en la industria[250], aunque precisamente Dorsch y Saur consiguieron impedir que esta medida afectara a sus respectivos campos. Los indicios de que en mi Ministerio se había formado una especie de partido de oposición dirigido por Dorsch iba adquiriendo fuerza, y el 21 de diciembre de 1943 di una especie de «golpe de Estado»: Escogí a dos de mis antiguos colaboradores de confianza, de mi época de arquitecto, y los nombré jefes de las secciones de Personal y Organización[251], y puse también bajo

sus órdenes la Organización Todt, que hasta ese momento había sido autónoma.

Al día siguiente escapé a la dura carga del año 1943, con sus innumerables intrigas y desengaños, dirigiéndome al rincón más alejado y solitario de los territorios que habíamos ocupado: Laponia del Norte. Aunque en 1941 y 1942 Hitler me impidió viajar a Noruega, Finlandia y Rusia, por estimarlo demasiado peligroso y considerarme insustituible, esta vez dio su aprobación sin vacilar.

Despegamos al alba con mi nuevo avión, un cuatrimotor *Condor Focke-Wulf*, que contaba con unos depósitos de reserva que le daban una gran autonomía[252]. El violinista Siegfried Borries y un mago aficionado que se haría famoso después de la guerra bajo el nombre de Kalanag viajaban conmigo porque quería dar una alegría navideña a los soldados y trabajadores de la Organización Todt que se encontraban en el norte, en vez de dedicarme a pronunciar discursos. Contemplamos de cerca el sistema de lagos de Finlandia, una de las metas más anheladas de mi juventud, que en su día mi esposa y yo habíamos intentado recorrer con una tienda y un bote plegable. A primeras horas de la tarde, las últimas del crepúsculo en aquella región septentrional, aterrizamos en un primitivo campo cubierto de nieve y señalizado con lámparas de petróleo cerca de Rovaniemi.

Al día siguiente recorrimos en descapotable seiscientos kilómetros en dirección norte, hasta alcanzar el pequeño puerto ártico de Petsamo. El paisaje, de tipo alpino, resultaba monótono, pero los innumerables matices de la luz, del amarillo al rojo, a que daba origen la posición del sol tras el horizonte eran de una hermosura que parecía irreal. En Petsamo se celebraron varías fiestas navideñas con obreros, soldados y oficiales, a las que seguirían otras muchas en el resto de cuarteles. Pasamos la segunda noche en la cabaña de troncos del

general que estaba al mando del frente del Ártico, y desde allí visitamos unas bases avanzadas de apoyo situadas en la península de Fischer, nuestro sector de frente más septentrional e inhabitable, a sólo ochenta kilómetros de Murmansk. La luz pálida y verdosa que atravesaba oblicuamente el velo de niebla y nieve daba un aire de tristeza a aquel paisaje muerto, sin árboles, de una angustiosa soledad. Acompañados por el general Hengl, esquiamos lenta y trabajosamente hasta la base avanzada. En una de las posiciones, una unidad me demostró la eficacia de nuestro cañón de infantería de 15 cm disparando contra un refugio soviético. Fue el primer «ejercicio de tiro real» que contemplé en mi vida, pues aunque anteriormente ya había visto en acción una de las baterías pesadas del cabo Gris Nez, cuyo objetivo era la ciudad de Dover, el comandante me explicó después que en realidad había hecho disparar al mar. En cambio, donde me encontraba ahora vi volar por los aires, tras un blanco certero, las vigas de madera del refugio ruso. Al instante, y a poquísima distancia de donde yo me encontraba, un cabo se desplomó sin proferir un solo gemido: un tirador soviético le había dado en la cabeza por debajo del casco. No deja de ser sorprendente que aquélla fuera la primera vez que me veía ante la realidad de la guerra. Mientras que hasta entonces, en las presentaciones que realizábamos en el campo de tiro, había tenido a nuestro cañón de infantería por un mero producto técnico útil que contemplaba teóricamente, de repente me di cuenta de que era capaz de destruir vidas humanas.

Durante aquel viaje de inspección, todos los soldados y oficiales se quejaron de la escasez de armas ligeras de infantería. Sobre todo echaban en falta buenas ametralladoras; los soldados se las arreglaban con las que podían quitar a las tropas soviéticas.

El reproche afectaba directamente a Hitler. Como antiguo soldado de infantería de la Primera Guerra Mundial, seguía confiando en la carabina. En verano de 1942 rechazó nuestra

propuesta de dotar a la tropa de un modelo de ametralladora arguyendo que el fusil servía mejor al objetivo de la infantería. También se debía a sus experiencias como soldado de trincheras, tal como constaté en aquel momento, que privilegiara las armas pesadas y los tanques que tanto admiraba y negligiera el desarrollo y fabricación de armas de infantería.

A mi regreso traté de subsanar esta omisión. Nuestro programa de infantería contó con el apoyo de peticiones precisas, formuladas a principios de enero por el Estado Mayor del Ejército y por el comandante en jefe del Ejército de Reserva. Sin embargo, Hitler no dio su conformidad hasta seis meses después, y a partir de entonces nos reprochó que nuestro programa no avanzara según los plazos previstos. En nueve meses logramos notables incrementos de producción en este campo, llegando a multiplicar por veinte el número de ametralladoras (fusil de asalto 44) fabricadas, que hasta entonces había sido mínimo[253]. Habríamos podido alcanzar esas cifras dos años antes, porque para fabricar estas armas no se requerían los recursos que estaban destinados al armamento pesado.

• • •

Al día siguiente inspeccioné la planta de níquel de Kolosiokki, nuestra única fuente de obtención de dicho metal y, en realidad, el verdadero objetivo de mi viaje navideño. Había allí una gran cantidad de metal que se amontonaba por falta de camiones, mientras que, simultáneamente, nuestros medios de transporte estaban concentrados en el levantamiento de una central de energía con protección antiaérea. Atribuí a la central un grado de urgencia medio, lo que incrementó la capacidad de transporte de las existencias de níquel. En medio del bosque virgen, mucho más allá del lago Inari, se reunieron en un claro leñadores alemanes y lapones alrededor de una hoguera pintoresca que servía al mismo tiempo de fuente de calor y de

iluminación, y Siegfried Borries inició la velada con la famosa chacona de la *Partita en re menor* de Bach. Después, tras varias horas de esquí nocturno, nos dirigimos a un campamento lapón. Sin embargo, a una temperatura de treinta grados bajo cero y bajo la luz polar, dormir en la tienda no resultaba precisamente idílico, pues el viento la llenaba de humo. Salí al aire libre y hacia las tres de la madrugada me eché a descansar en mi saco de dormir de piel de reno. A la mañana siguiente sentí un agudo dolor en la rodilla.

Unos días después volvía a hallarme en el cuartel general. Por sugerencia de Bormann había convocado una gran reunión, a la que debían asistir los ministros más importantes, para establecer el programa de trabajo de 1944 y para que Sauckel formulara sus quejas contra mí. El día anterior propuse a Hitler celebrar antes otra, presidida por Lammers, para solventar las diferencias que pudiera haber entre nosotros, pero se mostró casi despectivo al oírme y me dijo, con voz helada, que me prohibía influir en los asistentes a la reunión. No quería que se le expusieran opiniones preconcebidas; quería ser él mismo quien adoptara la decisión pertinente.

Después de esta reprimenda, fui con mis técnicos a ver a Himmler, que, según mi deseo, ya se hallaba en compañía del mariscal Keitel[254]. Quería al menos convenir con ellos una táctica conjunta para impedir que Sauckel reemprendiera las deportaciones de obreros procedentes de los territorios occidentales ocupados; Keitel, en su calidad de jefe de todos los mandos militares, y Himmler, como responsable del orden público en aquellos territorios, temían que el reclutamiento forzoso de trabajadores contribuyera a engrosar el número de partisanos. Nos pusimos de acuerdo en que los dos declararían durante la reunión que no disponían de la necesaria capacidad ejecutiva para llevar a cabo las nuevas acciones de reclutamiento de Sauckel, por lo que éstas podrían comportar desórdenes.

Esperaba terminar de una vez por todas con las deportaciones de obreros e incrementar el empleo eficaz de las reservas alemanas, particularmente de las mujeres.

Al parecer, Bormann había preparado a Hitler para estos problemas del mismo modo que yo lo había hecho con Himmler y Keitel. Ya cuando nos saludamos demostró a todos los asistentes, con su frialdad y descortesía, que estaba de mal humor. Viéndolo así, todos los que lo conocían, sabiendo que era un mal momento, procuraban evitar las decisiones. También yo habría dejado reposar en el fondo de mi cartera de mano lo más importante y me habría limitado a tratar cuestiones inocuas, pero no había forma de eludir el tema de la reunión. Cuando comencé mi exposición, Hitler me cortó la palabra irritado:

—Le prohibo, señor Speer, que intente adelantarse otra vez al resultado de una reunión. Soy yo quien preside ésta y seré yo quien decida al final lo que va a pasar. ¡No usted! ¡Téngalo en cuenta!

Nadie plantó cara a aquel Hitler malhumorado y colérico. Tampoco mis aliados Keitel y Himmler pensaron ya en exponer sus opiniones. Al contrario, aseguraron que harían todo lo que estuviera en su mano para apoyar el programa de Sauckel. Hitler comenzó a preguntar a los ministros presentes por el número de trabajadores que necesitaban para el año 1944, anotó con cuidado todas las peticiones, sumó él mismo las cifras y se dirigió después a Sauckel[255].

—Camarada Sauckel, ¿puede usted proporcionarnos cuatro millones de trabajadores este año? ¿Sí o no? Sauckel se lanzó al ruedo:

—¡Naturalmente, *mein Führer*, se lo prometo! Puede estar seguro de que lo haré, pero necesito tener por fin las manos libres en los territorios ocupados.

Hitler interrumpió con dureza mis objeciones de que creía posible movilizar a una buena parte de aquellos obreros en la propia Alemania:

—¿Quién es el responsable de buscar la mano de obra, usted o el camarada Sauckel?

En un tono que impedía toda réplica, Hitler ordenó a Keitel y a Himmler que crearan los organismos necesarios para impulsar el programa de reclutamiento de trabajadores. Keitel sólo decía: «Sí, *mein Führer*», y Himmler permaneció mudo. La batalla parecía perdida. Intentando salvar algo, pregunté a Sauckel si, a pesar de los reclutamientos, podía garantizar que se cubrirían las demandas de personal de las empresas de los países occidentales consideradas intocables. Sauckel contestó con fanfarronería que eso no suponía ninguna dificultad. A continuación traté de establecer prioridades y de conseguir que Sauckel se comprometiera a no enviar trabajadores a Alemania hasta que quedaran cubiertas las necesidades de aquellas empresas, petición a la que Sauckel accedió con un simple gesto. Hitler intervino al instante:

—¿Qué más quiere, señor Speer? ¿No se lo está asegurando el camarada Sauckel? Con eso, sus reparos en relación con la industria francesa ya no tienen razón de ser.

De seguir con aquello, no habría hecho más que fortalecer la posición de Sauckel. Terminada la reunión, Hitler se volvió a mostrar accesible e intercambió también conmigo unas palabras amables. Por otra parte, las deportaciones de Sauckel nunca se reemprendieron, aunque debo admitir que esto tuvo muy poco que ver con mis intentos, realizados a través de mis delegaciones francesas y con ayuda de las autoridades de la Wehrmacht, de obstaculizar sus planes[256], cuya ejecución resultó impedida tanto por la pérdida de autoridad en los territorios ocupados y por la creciente actividad de los partisanos, además de la

creciente reluctancia de los administradores alemanes de ocupación en aumentar sus dificultades. El resultado de la reunión celebrada en el cuartel general del *Führer* sólo tuvo consecuencias para mí. El trato que me había dado Hitler mostró a todo el mundo que había caído en desgracia. El vencedor de la disputa entre Sauckel y yo se llamaba Bormann. A partir de aquel momento, mis colaboradores en la industria se vieron expuestos a ataques que, aunque al principio eran disimulados, no tardaron en ser cada vez más claros. Tuve que defenderlos con frecuencia en la cancillería del Partido de distintas sospechas e incluso me vi obligado a intervenir en su favor frente al Servicio de Seguridad[257].

• • •

Tampoco la última reunión de la flor y nata del Reich, que tuvo lugar en un escenario espléndido, pudo distraerme de mis preocupaciones. Fue la fiesta de gala organizada por Göring en Karinhall el 12 de enero de 1944 para celebrar su cumpleaños. Todos acudimos con los valiosos regalos que él esperaba: cigarros de Holanda, lingotes de oro de los Balcanes y cuadros y esculturas de gran valor. Göring me había hecho saber que le gustaría tener un busto monumental de Hitler en mármol hecho por Breker. La mesa de regalos había sido instalada en la gran biblioteca y Göring se complacía en mostrarla a sus distinguidos invitados. Extendió también sobre ella los planos que había preparado su arquitecto para ese día: la residencia palaciega de Göring debía duplicar su tamaño.

En la mesa, suntuosamente dispuesta, del espléndido comedor, unos criados vestidos con librea blanca sirvieron una comida no demasiado abundante, acorde con las circunstancias. Durante el banquete, Funk pronunció como cada año el discurso de cumpleaños; éste sería el último. Elogió, en tono muy elevado, la capacidad, las cualidades y las virtudes de

Göring y terminó brindando por «uno de los alemanes más grandes». Las entusiastas palabras de Funk contrastaban de forma grotesca con la situación real. Una fiesta fantasmagórica se estaba celebrando sobre el trasfondo del amenazador ocaso del Reich.

Después de comer, los invitados se diseminaron por las amplias estancias de Karinhall. Milch y yo nos preguntamos de dónde podría proceder el dinero necesario para pagar todo aquel lujo. Hacía poco que Loerzer, un antiguo amigo de Göring y famoso piloto de caza de la Primera Guerra Mundial, había enviado a Milch un vagón lleno de objetos (medias, jabón y otros artículos escasos) procedentes del mercado negro italiano diciéndole que podría venderlos con facilidad; la remesa incluía una lista de precios, posiblemente para unificar los del mercado negro en el Reich, que indicaba también las ganancias de Milch, pero éste ordenó que las mercancías fueran distribuidas entre los empleados de su Ministerio. Poco después oyó decir que el importe de la venta de los artículos contenidos en muchos otros vagones había ido a parar a los bolsillos de Göring. Más adelante Plagemann, intendente del Ministerio del Aire y encargado de realizar ese tipo de negocios para Göring, pasó a trabajar directamente a las órdenes de este último.

Yo tenía mi propia experiencia respecto a los cumpleaños de Göring. Desde que era miembro del Consejo de Estado de Prusia y, como tal, me correspondían seis mil marcos anuales, poco antes de la fecha del cumpleaños recibía un escrito en el que se me comunicaba que una parte importante de mis ingresos iba a ser retenida para el regalo que le haría el Consejo de Estado. Nadie me preguntó nunca si estaba de acuerdo. Tras contárselo a Milch, éste me informó de que pasaba algo parecido con los fondos del Ministerio del Aire. En cada cumpleaños, una buena suma era desviada a la cuenta de Göring, y el propio mariscal del Reich determinaba qué cuadro

había de comprarse con ella.

No obstante, éramos conscientes de que todo esto sólo podía cubrir una pequeña parte de los tremendos dispendios de Göring. No sabíamos exactamente qué industriales le pagaban contribuciones, pero que lo hacían es algo que Milch y yo pudimos comprobar más de una vez, siempre que Göring nos llamaba porque alguno de sus favoritos había sido tratado con poca delicadeza por alguna de nuestras organizaciones.

Mis recientes experiencias y encuentros en Laponia contrastaban de un modo casi inimaginable con la atmósfera artificial de aquel mundo corrompido e hipócrita. Seguramente la inseguridad de mi relación con Hitler me afligía más de lo que yo estaba dispuesto a admitir. Poco a poco fui notando las consecuencias de haber mantenido la tensión durante casi dos años. A mis treinta y ocho años me encontraba físicamente agotado. El dolor de la rodilla no me abandonaba casi nunca. Ya no me quedaban reservas. ¿O acaso fue una forma de evadirme?

El 18 de enero de 1944 ingresé en un hospital.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XXIII

ENFERMEDAD

El profesor Gebhardt, general de División de las SS y conocido en el mundo del deporte europeo como especialista en lesiones de rodilla[258], era director del Hospital Hohenlychen de la Cruz Roja, enclavado a orillas de un lago y rodeado de bosques, unos cien kilómetros al norte de Berlín. Sin saberlo, me había puesto en manos de un médico que era uno de los pocos amigos de Heinrich Himmler que lo tuteaban. Residí durante más de dos meses en una sencilla habitación de este hospital, mis secretarias ocuparon otras estancias y se instaló una línea telefónica directa con el Ministerio, pues tenía intención de continuar trabajando.

En el Tercer Reich, enfermar siendo ministro era muy problemático. Hitler había prescindido con harta frecuencia de personas que ocupaban cargos importantes por motivos de salud. Por lo tanto, la noticia de que alguien había «enfermado» despertaba gran interés en los círculos políticos. Y, como yo estaba enfermo de verdad, parecía lo más aconsejable continuar lo más activo posible. Además, no podía dejar de la mano mi aparato ministerial, pues, al igual que Hitler, no disponía de un representante apropiado. A pesar de todos los esfuerzos de mi entorno para que disfrutara de tranquilidad, las conversaciones telefónicas, entrevistas y dictados hechos desde la cama no solían cesar antes de medianoche.

Apenas ingresé en el hospital, Bohr, mi recién nombrado jefe de personal, me llamó muy afligido. En su despacho había

un archivador cerrado; Dorsch había ordenado transportarlo enseguida a la jefatura de la Organización Todt. Dispuse que el archivador se quedara donde estaba. Unos días después aparecieron unos representantes de la Jefatura Regional de Berlín acompañados de varios empleados de mudanzas. Bohr me dijo que tenían el encargo de llevarse el archivador y que sostenían que tanto el mueble como su contenido eran propiedad del Partido. Bohr no sabía qué hacer. Gracias a una conversación telefónica con Naumann, uno de los más íntimos colaboradores de Goebbels, se pudo demorar la acción: los funcionarios del Partido se limitaron a sellar la puerta del archivador. Acto seguido, ordené que se desatornillara la parte posterior. Al día siguiente se presentó Bohr con un paquete de fotocopias de expedientes sobre varios de mis antiguos colaboradores; casi todos expresaban juicios negativos sobre ellos. La mayoría eran acusados de observar una conducta hostil al Partido, e incluso se recomendaba que la Gestapo vigilara a algunos. Leí también que el Partido tenía un hombre de confianza en el Ministerio: Xaver Dorsch. El hecho en sí me sorprendió menos que saber quién era la persona elegida.

Yo había estado tratando de ascender a un funcionario de mi Ministerio desde otoño. Sin embargo, este empleado no era bien visto por la camarilla que últimamente se había formado en el Ministerio y mi primer jefe de personal presentó excusas de toda clase hasta que finalmente le obligué a tramitar la propuesta de ascenso. Poco antes de caer enfermo recibí una negativa brusca y hostil de Bormann. Entre los expedientes encontramos el borrador de la carta de Bormann, que resultó haber sido redactado por el mismo Dorsch y por mi antiguo jefe de personal, Haasemann, y que Bormann había copiado literalmente en la carta que me dirigió[259]. Desde la cama del hospital llamé por teléfono a Goebbels, pues, como jefe regional de Berlín, los delegados del Partido en los Ministerios estaban a

sus órdenes. Sin la menor vacilación, se mostró conforme con que mi antiguo colaborador Frank ocupara el cargo:

—Es intolerable que haya un gobierno paralelo. Actualmente, todos los ministros son camaradas del Partido. ¡O podemos confiar en él, o que se largue!

Sin embargo, me quedé sin saber qué personas de confianza tenía la Gestapo dentro de mi Ministerio.

Más difícil todavía me resultó mantener mi posición mientras estuve enfermo. Tuve que pedir a Klopfer, secretario de Bormann, que mantuviera a raya a las autoridades del Partido, e hice especial hincapié en que no se pusieran dificultades a los industriales. Inmediatamente después de caer enfermo, los consejeros económicos regionales del Partido se arrogaron atribuciones que afectaban al núcleo de mi actividad. Pedí a Funk y a su colaborador Ohlendorf, que le había sido cedido por Himmler, que mostraran una actitud positiva respecto al concepto de autorresponsabilización de la industria y que me apoyaran frente a los consejeros económicos regionales de Bormann. También Sauckel aprovechó mi ausencia para «en un llamamiento nacional, pedir a los operarios de armamentos que trabajaran hasta sus últimas fuerzas». A la vista de los intentos de mis enemigos para sacar provecho de mi ausencia y menoscabar mi posición, me dirigí por escrito a Hitler para comunicarle mis preocupaciones y solicitar su ayuda. Veintitrés páginas mecanografiadas en cuatro días son señal del nerviosismo que se había apoderado de mí. Me quejé de las pretensiones de Sauckel y de la actuación de los consejeros regionales de Bormann y le rogué que confirmara mi autoridad incondicional respecto a todas las cuestiones relacionadas con mi cometido. En el fondo, mis peticiones no hacían sino repetir exactamente lo que había exigido sin éxito, y para enojo de los jefes regionales, con las drásticas palabras de la reunión de

Pozna. Seguía diciendo que sólo sería posible dirigir de forma planificada el conjunto de la producción si se reunían bajo mi mando «la gran cantidad de departamentos oficiales que establecen disposiciones y reglamentos, formulan reparos y dan consejos a la dirección de las empresas»[260].

Cuatro días después volví a dirigirme a Hitler por escrito. Con una franqueza que en realidad ya no respondía a nuestra relación, lo informé sobre la camarilla del Ministerio que, a mis espaldas, se dedicaba a obstaculizar que se ejecutaran mis órdenes. Lo informé de que había sido engañado y de que un pequeño círculo de antiguos colaboradores de Todt, encabezado por Dorsch, había quebrantado la lealtad que me debía. Y que por ello me veía obligado a sustituir a Dorsch por un hombre de mi confianza[261].

No hay duda de que esta última carta, en la que comunicaba a Hitler, sin haberle consultado, la destitución de uno de sus favoritos, fue particularmente torpe, porque olvidaba una de las reglas del régimen: insinuar a Hitler con habilidad y en el momento apropiado los asuntos personales. Yo, en cambio, le expuse sin rodeos que un colaborador había quebrantado la lealtad debida y no era de fiar. El hecho de que, además, enviara a Bormann una copia de mis quejas sólo podía deberse a un ataque de locura o entenderse como una provocación. Al hacerlo daba la espalda a toda la experiencia adquirida como diplomático hábil en el intrigante entorno de Hitler. Es posible que dictara mi conducta cierta terquedad a la que me inducía mi aislamiento.

La enfermedad me había alejado demasiado de Hitler, el polo de poder que todo lo decidía. No reaccionó negativa ni positivamente a mis propuestas, peticiones y quejas: estuve hablando en el vacío, pues no me hizo llegar ninguna respuesta. Yo ya no era el ministro favorito de Hitler y uno de sus posibles

sucesores; unas cuantas insinuaciones de Bormann y algunas semanas de enfermedad me habían apartado por completo de la escena política. También tuvo algo que ver en ello la peculiar manera de ser de Hitler, tantas veces observada, de borrar sin más de su lista a cualquiera que hubiera desaparecido por cierto tiempo de su esfera visual. Si después el afectado volvía a aparecer cerca de él, su imagen podía cambiar otra vez. Durante mi enfermedad pude vivir varias veces esta experiencia, que me defraudó y me alejó íntimamente de Hitler. Con todo, durante aquellos días no me sentí furioso ni desesperado por mi nueva situación. Estaba muy débil y lo único que sentía era cansancio y resignación.

Tuve que darme cuenta de que Hitler no tenía ninguna intención de renunciar a Dorsch, compañero de Partido de los años veinte. Durante aquellas semanas lo distinguió de forma casi ostentosa concediéndole entrevistas en privado que fortalecían su posición. Göring, Bormann y Himmler comprendieron enseguida que se había desplazado el centro de gravedad e intentaron aprovechar la situación para acabar, por fin, con mi autoridad como ministro. Estoy seguro de que los tres actuaron de forma independiente, por motivos distintos y sin haberse puesto de acuerdo. No podía seguir pensando en destituir a Dorsch.

• • •

Pasé veinte días tendido boca arriba, con la pierna inmovilizada por la escayola, y tuve tiempo de sobra para reflexionar sobre mi enojo y mis desengaños. Unas horas después de levantarme por primera vez sentí vivos dolores en la espalda y en la caja torácica, y una expectoración sanguinolenta indicó una posible embolia pulmonar. Sin embargo, el profesor Gebhardt me diagnosticó reumatismo muscular, me dio masajes en el tórax con veneno de abejas (Forapin) y me administró

sulfamidas, quinina y narcóticos[262]. Dos días después sufrí un segundo ataque, muy fuerte. Mi estado empezó a ser preocupante; sin embargo, Gebhardt continuó insistiendo en su diagnóstico de reumatismo muscular. Entonces mi esposa comunicó lo ocurrido al doctor Brandt, quien envió aquella misma noche a Hohenlychen al profesor Friedrich Koch, internista de la Universidad de Berlín y colaborador de Sauerbruch. Brandt, médico de cabecera de Hitler y «delegado de Sanidad», transfirió expresamente a Koch la responsabilidad única de mi tratamiento, al tiempo que prohibía al profesor Gebhardt adoptar ninguna disposición médica. Por orden del doctor Brandt, al profesor Koch le fue asignada una habitación contigua a la mía y se le encargó no abandonarme ni de noche ni de día[263].

Según hizo constar el profesor Koch en su informe médico, permanecí tres días en un estado «extremadamente grave. Máxima disnea, fuerte amoratamiento, notable aceleración del pulso, altas temperaturas, molesta tos irritativa, dolores y expectoración sanguinolenta. De acuerdo con estos síntomas, el cuadro de la enfermedad sólo puede ser interpretado como un infarto». Los médicos prepararon a mi esposa diciéndole que cabía esperar lo peor. En cambio, a mí aquella situación transitoria me sumió en una euforia casi dichosa: la pequeña habitación se amplió hasta convertirse en una sala grande y maravillosa; un pobre armario de madera que había estado tres semanas ante mi vista se tornó una pieza suntuosa, ricamente tallada en maderas preciosas; me sentí alegre y a gusto como pocas veces en mi vida.

Cuando me hube recuperado un poco, mi amigo Robert Frank me habló de la conversación que había tenido una noche con el profesor Koch. Desde luego, lo que me contó sonaba novelesco: estando yo grave, Gebhardt pidió al profesor que me practicara una pequeña intervención que habría puesto en

peligro mi vida. Al principio, el profesor Koch pretendió no comprenderlo, y después se negó en redondo a efectuar la intervención. Entonces el profesor Gebhardt desvió el golpe alegando que sólo había querido ponerlo a prueba.

Frank me suplicó que no tomara ninguna medida, pues el profesor Koch temía acabar en un campo de concentración, mientras que mi propio informador habría tenido serias dificultades con la Gestapo. Tuve que guardar silencio, pues ni siquiera podía recurrir a Hitler. Su reacción era previsible: en un acceso de cólera, lo habría tachado todo de sencillamente imposible, habría pulsado el timbre que siempre tenía a mano para llamar a Bormann y habría ordenado detener a los difamadores de Himmler.

En aquel tiempo este asunto no me sonó tan novelesco como pueda parecer hoy. Incluso en los círculos del Partido, Himmler tenía fama de ser un hombre cruel, frío y consecuente; nadie se atrevía a enfrentarse seriamente a él. Además, la ocasión que se le ofrecía era demasiado favorable: yo no habría podido resistir la menor complicación, por lo que no habría habido sospechas. Mi caso era una lucha de diádocos; era un indicio de que mi posición seguía siendo poderosa, aunque ya estaba tan debilitada que después de aquel fracaso se podían urdir nuevas intrigas.

Funk no me contó los detalles de un asunto sobre el que en 1944 sólo se atrevió a hacer vagas alusiones hasta que nos encontramos en Spandau: hacia otoño de 1943 el Estado Mayor del Ejército de las SS de Sepp Dietrich había celebrado una francachela en la que, además de Gebhardt, participó también Horst Walter, asistente y amigo de Funk durante muchos años y entonces asistente de Dietrich. Gebhardt declaró en aquel círculo de jefes de las SS que, en opinión de Himmler, Speer era un peligro y tenía que desaparecer.

Empecé a sentir prisa por salir de aquel hospital, que me empezaba a parecer siniestro, aunque seguramente mi estado de salud no hiciera recomendable mi traslado. El 19 de febrero ordené que se me encontrara una nueva residencia urgentemente. Al principio, Gebhardt se opuso con argumentos médicos; pero cuando a comienzos de marzo pude levantarme de la cama siguió resistiéndose a que me trasladara. Ocho días más tarde, un hospital cercano fue alcanzado por las bombas de la VIII Flota Aérea americana; Gerbhardt creyó que el ataque se dirigía contra mí y entonces cambió de opinión de la noche a la mañana. El 17 de marzo pude abandonar por fin aquél deprimente lugar.

Poco antes de que terminara la guerra le pregunté a Koch qué había ocurrido en realidad. Pero ni siquiera entonces quiso aclarármelo. Sólo me confirmó que había tenido una fuerte disputa sobre mi caso con Gebhardt, quien le había dicho que él no era un simple médico, sino un «médico político». Desde luego, Gebhardt hizo grandes esfuerzos para retenerme en su clínica el mayor tiempo posible[264].

El 23 de febrero de 1944, Milch me hizo una visita en el hospital. Me dijo que las flotas aéreas americanas VIII y XV habían concentrado sus bombardeos sobre la industria alemana de aviación, por lo que al mes siguiente sólo podríamos fabricar un tercio de los aviones terminados en los meses anteriores. Milch trajo consigo una propuesta escrita: del mismo modo que el llamado Estado Mayor del Ruhr trabajaba con gran éxito reparando los daños causados por las bombas en aquella región, debería constituirse un Estado Mayor de Cazas para, en un esfuerzo común de ambos Ministerios, superar las dificultades que atravesaba el armamento aéreo. Quizá habría sido más inteligente responderle con evasivas, pero yo quería intentar todo lo posible para ayudar a la apurada Luftwaffe y di mi conformidad a su propuesta. Tanto Milch como yo teníamos

plena conciencia de que el Estado Mayor de Cazas sería el primer paso para que las armas, incluso las del último ejército de la Wehrmacht, se fusionaran con mi Ministerio.

Lo primero que hice fue telefonear a Göring desde la cama; se negó a suscribir nuestra iniciativa para trabajar en colaboración diciendo que me estaba entrometiendo en sus competencias. No acepté sus objeciones y llamé por teléfono a Hitler, quien encontró buena la idea, aunque se mostró distante y frío cuando le comuniqué que habíamos pensado en el jefe regional Hanke para desempeñar el cargo de jefe del Estado Mayor de Cazas:

—Cometí un gran error cuando encargué a Sauckel el reclutamiento de trabajadores —respondió Hitler por teléfono —. A su posición como jefe regional sólo corresponden disposiciones irrevocables, y sin embargo tiene que andar continuamente negociando y buscando fórmulas de compromiso. No volveré a encargar nunca más a un jefe regional esta clase de tareas. —Hitler se había ido enojando gradualmente—. El ejemplo de Sauckel ha mermado la autoridad de todos los jefes regionales. ¡Saur se ocupará de esta misión!

Hitler terminó abruptamente la conversación con estas palabras; por segunda vez en poco tiempo se había entrometido en mi política personal. Mientras hablábamos, su voz fue fría y hostil; pensé que quizá otro asunto lo había puesto de mal humor. Pero como también Milch prefirió para el cargo a Saur, cuyo poder había aumentado aún más durante mi enfermedad, acepté sin reservas la orden de Hitler.

Con los años me había familiarizado con las diferencias que hacía Hitler cuando su asistente Schaub le recordaba un cumpleaños o le anunciaba la enfermedad de alguno de sus numerosos conocidos. Un breve «flores y carta» significaba una

misiva de texto prefijado que le era presentada a la firma, quedando la elección de las flores a cargo del asistente. En tales casos, podía considerarse una distinción que Hitler añadiera algunas palabras de su puño y letra. Sin embargo, cuando se trataba de personas por las que sentía especial afecto, ordenaba que Schaub le alcanzara papel y pluma y escribía personalmente unas cuantas líneas, y a veces incluso decidía las flores que había que enviar. Antes yo había sido uno de los más distinguidos, junto a las estrellas cinematográficas y las cantantes. Por eso, cuando poco después de la crisis que puso en peligro mi vida recibí un ramo de flores acompañado de un texto convencional escrito a máquina, fui consciente de que, aunque me había convertido en uno de los miembros más importantes de su Gobierno, me hallaba en el último escalón de la jerarquía real. Como estaba enfermo, reaccioné con cierta hipersensibilidad que a lo mejor no estaba del todo justificada, pues también es verdad que Hitler me llamó por teléfono dos o tres veces para preguntarme por mi salud, aunque me daba la culpa de mi enfermedad:

—¿Por qué tuvo usted que ponerse a esquiar? Siempre he dicho que eso es una locura. ¡Pasearse con esas tablas en los pies! ¡Échelas a la hoguera cuanto antes! —Añadía cada vez con la intención, torpemente expresada, de concluir la conversación con una broma.

• • •

El internista profesor Koch no quería exponer de ningún modo mis pulmones al aire de las alturas del Obersalzberg. En el parque del palacio de Klessheim, la residencia de invitados de Hitler situada cerca de Salzburgo, los obispos electores habían hecho que el arquitecto barroco Fischer von Erlach construyera un pabellón de deliciosas líneas curvas, conocido con el nombre de Palacete de la Hoja de Trébol. El 18 de marzo se me asignó

éste edificio renovado como lugar de residencia, pues el «regente» húngaro Horthy ocupaba entonces el palacio principal a causa de unas negociaciones que terminarían veinticuatro horas después con la última entrada de las tropas de Hitler en un país extranjero: Hungría. La misma noche de mi llegada, Hitler me hizo una visita durante una pausa en las conversaciones.

Al volver a verlo al cabo de diez semanas, me llamó la atención por primera vez en todos los años que nos conocíamos la anchura excesiva de su nariz, su palidez y lo repelente de su cara; un primer síntoma de que estaba empezando a ganar distancia respecto a él y a mirarlo sin prejuicios. Durante casi un trimestre no sólo había dejado de estar sometido a su influencia personal, sino que me había sentido vejado y relegado. Tras años de embriaguez y de movimiento febril, había empezado a cuestionarme por primera vez mi actuación a su lado. Mientras que antes, con algunas palabras o con un gesto, Hitler lograba hacer desaparecer mi abatimiento y liberar en mí energías extraordinarias, ahora, incluso durante este reencuentro y a pesar de la cordialidad de Hitler, mi cansancio no desaparecía. Lo único que deseaba era poder viajar lo antes posible a Meran con mi esposa y nuestros hijos, pasar allí varias semanas y recuperar fuerzas, aunque sin saber realmente para qué, pues ya no tenía ningún objetivo.

No obstante, mi voluntad de autoafirmación se despertó de nuevo cuando, durante los cinco días que permanecí en Klessheim, me vi obligado a constatar que, mediante mentiras e intrigas, estaban tratando de arrinconarme definitivamente. Al día siguiente Göring vino a verme para felicitarme por mi cumpleaños. Cuando aproveché la ocasión para informarlo, exagerando un poco, de mi buena salud, Göring me contestó, y no en tono de lamento, sino más bien con gran satisfacción:

—¡Vaya, eso no es verdad! El profesor Gebhardt me dijo ayer que está usted gravemente enfermo del corazón y que no hay perspectivas de mejora. ¡Quizá no lo sepa usted aún!

Acto seguido, y con muchas palabras de elogio hacia el trabajo que había realizado hasta entonces, Göring insinuó mi próxima sustitución. Le dije que las radiografías y los electrocardiogramas no revelaban ninguna afección[265]. Repuso que estaba claro que alguien me había informado mal y se negó en redondo a escucharme. Sin embargo, era a él a quien Gebhardt había informado mal.

También Hitler, visiblemente impresionado, declaró a los que lo rodeaban, entre los que se encontraba mi mujer:

—Ya no se puede contar con Speer.

También él había hablado con Gebhardt, quien me había calificado de ruina humana incapaz de trabajar.

Quizá Hitler recordara nuestros sueños arquitectónicos comunes, cuya ejecución ya no podría emprender debido a una enfermedad cardíaca incurable, o quizá se acordara de la muerte prematura de su primer arquitecto, el profesor Troost; en cualquier caso, ese mismo día se presentó de nuevo en Klessheim para sorprenderme con un gigantesco ramo de flores que su criado le había preparado, en un gesto totalmente desacostumbrado en él. Unas horas después de que se marchara, Himmler se hizo anunciar y me comunicó oficialmente que Hitler había encargado a Gebhardt que, como general de división de las SS, respondiera de mi seguridad y que, como médico, velara por mi salud. De esta forma mi internista quedaba fuera de juego, mientras que se asignaba a las órdenes de Gebhardt una sección de escolta de las SS para protegerme[266].

El 23 de marzo Hitler acudió de nuevo a visitarme, esta vez para despedirse, como si notara el distanciamiento que se había

apoderado de mí durante mi enfermedad. En efecto, a pesar de que volvía a demostrarme la vieja cordialidad, mi relación con él había sufrido un perceptible cambio de matiz. Seguía afectándome mucho que sólo recordara que me sentía cercano a él cuando me veía y que mis servicios como arquitecto y como ministro no hubieran tenido peso suficiente para resistir una separación de varias semanas. Naturalmente, comprendía que un hombre como Hitler, sobrecargado de trabajo y sometido a una presión extrema, tenía derecho a descuidar a los colaboradores que estuvieran lejos de su vista. Sin embargo, su conducta de las últimas semanas me había demostrado lo poco que yo contaba en el círculo de sus seguidores y también lo poco dispuesto que estaba él a dejarse guiar por la sensatez y la imparcialidad en sus decisiones. Quizá porque percibía mi frialdad, o quizá para consolarme, me dijo con aire deprimido que tampoco su salud era buena. Incluso había indicios seguros de que no tardaría en quedarse ciego. No hizo ningún comentario cuando le dije que el profesor Brandt lo informaría sobre el buen estado de mi corazón.

• • •

El castillo de Goyen se alzaba sobre una colina que dominaba Meran. Aquí pasé las seis semanas más hermosas de mi época ministerial, las únicas que estuve junto a mi familia. Gebhardt estableció su cuartel general en el valle, lejos de donde yo vivía, y apenas aprovechó el derecho de prioridad de que gozaba sobre mi agenda.

Durante los días que permanecí en Meran, Göring, sin preguntarme ni informarme siquiera, mantuvo varias entrevistas con Hitler a las que acudió acompañado de mis colaboradores Dorsch y Saur, en un arrebato de actividad del todo inusual. Era evidentísimo que deseaba aprovechar la oportunidad que se le ofrecía de lograr el puesto de segundo hombre del Reich y

resarcirse de los numerosos reveses sufridos hasta entonces, lo que pasaba por fortalecer a mi costa la posición de mis colaboradores, que para él no suponían ningún peligro. Además, propagó el rumor de que se esperaba mi destitución y preguntó al jefe regional del Alto Danubio, Eigruber, cuál era la opinión del Partido acerca del director general Meindl, amigo de Göring. Fundamentó esta pregunta diciendo que tenía el propósito de presentar a Meindl como sucesor mío en su entrevista con Hitler[267]. También Ley, jefe nacional del Partido y saturado de cargos, formuló sus pretensiones: si Speer se marchaba, dijo sin que nadie le preguntara nada, él también podría asumir su trabajo. ¡Él se ocuparía de todo!

Entretanto, Bormann y Himmler intentaron rebajar a los ojos de Hitler la valía de mis restantes jefes de sección haciendo recaer graves sospechas sobre ellos. De manera indirecta, pues Hitler no consideró necesario tenerme informado, supe que estaba tan enojado con tres de ellos —Liebel, Waeger y Schieber — que se podía contar con su pronto despido. Al parecer habían bastado unas semanas para que Hitler olvidara los días de Klessheim. Aparte de Fromm, Zeitzler, Guderian, Milch y Dönitz, el ministro de Economía Funk fue el único del pequeño círculo de los dirigentes del régimen que me mostró afecto durante las semanas de mi enfermedad.

Hacía meses que Hitler, para evitar las repercusiones de los bombardeos aéreos, había exigido que la industria fuera trasladada a cuevas y a grandes refugios de tipo bunker. Yo le había replicado que no se podía luchar con hormigón contra los bombarderos, pues ni siquiera tras muchos años de trabajo se podrían instalar bajo tierra u hormigón las industrias de armamento. Además, y para nuestra suerte, para atacar la producción de armamentos el enemigo debía repartirse, por así decirlo, por un amplio delta fluvial que tenía muchos brazos secundarios. Si protegíamos el delta, haríamos que lanzara sus

ataques sobre el punto en que se concentraba la industria, en una cuenca estrecha y profunda. Al decir esto pensaba en la química, el carbón, las centrales de energía y otras de mis pesadillas. No hay ninguna duda de que en aquellos momentos (primavera de 1944), a Inglaterra y América les habría sido posible aniquilar por completo, en un plazo muy corto, una de estas ramas de la producción, y todo esfuerzo por protegerla habría sido inútil.

El 14 de abril, Göring tomó la iniciativa y convocó a Dorsch a una entrevista: sólo cabía imaginar la construcción de los grandes refugios que Hitler exigía, le dijo en tono revelador, si se ocupaba de ello la Organización Todt. Dorsch repuso que, como tales instalaciones se hallaban en Alemania, no eran de la competencia de este organismo, que se ocupaba de las obras en los territorios ocupados. No obstante, podía presentarle de inmediato un proyecto terminado que se quería construir en Francia. Aquella misma noche, Hitler llamó a Dorsch:

—Ordenaré que en el futuro se encargue sólo usted de estas grandes obras, incluso en territorio del Reich.

Al día siguiente Dorsch propuso algunos emplazamientos y enumeró los detalles técnico-administrativos que requería la construcción de aquellos seis grandes búnkers, de 100 000 m^2 de superficie cada uno. Prometió que las obras estarían terminadas en noviembre de 1944[268]. En uno de sus temidos decretos espontáneos, Hitler puso a Dorsch a sus órdenes directas y dio a estos búnkers tal prioridad que Dorsch pudo modificar a su antojo el resto de proyectos para primar el suyo. No obstante, no resultaba difícil prever que aquellas gigantescas obras no estarían terminadas en el plazo prometido de seis meses; es más, que ni siquiera llegarían a ponerse nunca en servicio. Es fácil saber la verdad cuando la mentira es tan burda.

Hitler no consideró necesario informarme de las medidas

con las que había ido minando aún más mi posición sin vacilar. Seguramente, mi orgullo herido y el sentimiento de las vejaciones sufridas influyeron en la carta que le escribí el 19 de abril; en ella ponía abiertamente en duda el acierto de las decisiones adoptadas e inauguraba la larga serie de cartas y memorándums en los que, a menudo oculta tras diferencias de opinión objetivas, se hacía patente que iba adquiriendo conciencia de mí mismo después de años de ofuscación causada por la fuerza mágica de Hitler. En esta carta alegué que emprender en aquellos momentos tan grandes proyectos constructivos era quimérico, pues «sólo con muchas dificultades podrán satisfacerse simultáneamente las necesidades más perentorias para alojar a la población obrera alemana y extranjera y para reconstruir nuestras fábricas de armamentos. Ya no se me plantea la posibilidad de iniciar obras a largo plazo […], y continuamente tengo que paralizar las fábricas que se están construyendo para garantizar la producción alemana de armamentos durante los meses siguientes».

Después de exponerle los hechos objetivos, le censuré no haberse comportado correctamente: «Ya desde que era su arquitecto, siempre me he ajustado al principio de dejar que mis colaboradores trabajen con independencia, aunque esta forma de actuar me ha causado más de un desengaño, pues no todo el mundo es capaz de resistirse a la atracción del poder, y más de uno me ha vuelto la espalda […] tras haber adquirido el prestigio suficiente». A Hitler no le resultaría difícil adivinar que con esta frase me refería a Dorsch. No sin cierto tono de reproche, proseguí diciendo: «Sin embargo, tales decepciones no me impedirán jamás continuar ateniéndome férreamente a este principio, que, a mi modo de ver, es el único con el que se puede gobernar y crear desde una posición elevada». Añadía que, tal como estaban las cosas, la construcción y los armamentos constituían un todo indivisible. Sin duda, Dorsch

podía continuar al frente de las obras que se realizaran en los territorios ocupados; pero, en lo que se refería al territorio alemán, yo quería entregar la dirección de tales obras a Willi Henne, antiguo colaborador de Todt. Ambos desempeñarían sus cometidos bajo la dirección única de Walter Brugmann, un leal colaborador[269]. Hitler rechazó mis propuestas y cinco semanas después, el 26 de mayo de 1944, Brugmann perdió la vida de la misma forma que mi predecesor, Todt: en un accidente de aviación cuyas circunstancias nunca se aclararon.

Mi antiguo colaborador Frank entregó a Hitler el escrito en la víspera de su cumpleaños, y también el ruego de que aceptara mi dimisión si no estaba de acuerdo conmigo. Johanna Wolf, la secretaria de dirección de Hitler y la mejor fuente posible en este caso, me dijo que se había enfurecido mucho con mi carta y que, entre otras cosas, había observado:

—Incluso Speer tiene que atenerse a la razón de Estado.

Ya se había expresado de forma similar mes y medio antes, cuando paralicé provisionalmente la construcción de búnkers para altos mandos en Berlín que él había ordenado para reparar los graves daños causados por los ataques aéreos. Al parecer, a Hitler le había dado la impresión de que yo interpretaba sus disposiciones como me daba la gana, o al menos empleó este reproche para expresar su enojo contra mí. Entonces encargó a Bormann que, sin consideración hacia mi enfermedad, me comunicara de forma contundente que «las órdenes del *Führer* tenían que ser obedecidas por todos los alemanes, y que no podían suspenderse o demorarse sin más ni más». Al mismo tiempo, Hitler amenazó con «hacer detener de inmediato por la policía estatal e internar en un campo de concentración al funcionario competente por resistencia a las órdenes del *Führer*»[270].

Acababa de conocer —como siempre, de manera indirecta

— la reacción de Hitler cuando Göring me llamó por teléfono desde el Obersalzberg: me dijo que se había enterado de mis intenciones de dimitir, pero que tenía el encargo de comunicarme que sólo al *Führer* le era dado disponer cuándo un ministro podía retirarse de su servicio. Estuvimos hablando durante media hora muy excitados y finalmente llegamos a un compromiso:

—En vez de dimitir, alargaré mi enfermedad y simplemente desapareceré como ministro.

Göring aceptó mi propuesta casi con entusiasmo:

—¡Sí, ésa es la solución! ¡Podemos hacerlo así! Y también el *Führer* estará de acuerdo.

Hitler, que en los casos desagradables siempre trataba de evitar la confrontación, no se atrevió a convocarme para decirme cara a cara que, después de lo ocurrido, tenía que sacar sus consecuencias y enviarme de vacaciones. Un año después, cuando la situación llegó a la ruptura, ese mismo reparo le impidió obligarme a pedir la dimisión. Ahora, visto en retrospectiva, me parece perfectamente posible que alguien pudiera enojar a Hitler hasta el punto de ser destituido. Sin embargo, los que permanecían en su círculo íntimo lo hacían voluntariamente.

Fueran cuales fuesen mis motivos, el caso es que me agradaba la idea de retirarme; podía ver casi a diario a los mensajeros del fin de la guerra en el cielo azul meridional, cuando los bombarderos de la XV Flota Aérea americana sobrevolaban los Alpes a una altura desafiantemente baja, procedentes de las bases italianas, para destruir la industria alemana. En ninguna parte se veía un caza, ni se oía un solo disparo de la artillería antiaérea. Aquella imagen de total y absoluta indefensión resultaba más impresionante que ningún informe. Aunque hasta entonces se había conseguido reemplazar

una y otra vez las armas perdidas durante las retiradas, la ofensiva aérea enemiga haría que eso terminara pronto, pensaba yo con pesimismo. ¿Qué era más fácil que aprovechar la oportunidad que me había ofrecido Göring y no ocupar una posición responsable cuando ocurriera la catástrofe que estaba cada vez más cerca, sino desaparecer sigilosamente? Sin embargo, y a pesar de todas las diferencias, no se me ocurrió la idea de renunciar a mi cargo para, al dejar de colaborar con él, acelerar el fin de Hitler y de su régimen; probablemente tampoco hoy se me ocurriría en una situación similar.

Mis propósitos de fuga se vieron perturbados en la tarde del 20 de abril por la visita de Rohland, el más íntimo de mis colaboradores. Por lo visto habían llegado a oídos de la industria algunos rumores sobre mi intención de dimitir y Rohland venía a verme para que desistiera de hacerlo:

—La industria lo ha seguido hasta hoy y no debe dejarla en manos de quienes vengan detrás de usted. ¡Cabe imaginar cómo serán! Hay, ante todo, algo decisivo para nuestro futuro: ¿cómo conservar la potencia industrial necesaria para enfrentarnos a la derrota? ¡Tiene usted que permanecer en su puesto!

Por lo que recuerdo, el espectro de la «tierra quemada» apareció ante mis ojos por primera vez cuando Rohland, después de estas palabras, habló del peligro de que unos líderes desesperados pudieran ordenar destruirlo todo. En aquel momento sentí nacer en mi interior algo que, independientemente de Hitler, ya sólo tenía en cuenta al pueblo y a la nación: una responsabilidad que por el momento aún sentía vaga y oscura.

Unas horas después, hacia la una de la madrugada, se presentaron el mariscal Milch, Saur y el doctor Frank. Habían emprendido el viaje a últimas horas de la tarde y venían directamente del Obersalzberg. Milch me traía un mensaje de

Hitler: en él me hacía saber la gran estima en que me tenía y lo inalterable que era su relación conmigo. Sonaba casi como una declaración de amor, a pesar de que, según supe por Milch veintitrés años más tarde, había surgido sólo gracias a su insistencia. Unas semanas atrás me habría sentido al mismo tiempo conmovido y feliz por tal distinción; pero ahora, en cambio, contesté:

—¡No, estoy harto! ¡No quiero oír nada más[271]!

Milch, Saur y Frank insistieron para que accediera y yo me resistí bastante rato a hacerlo. Aunque la nueva actitud de Hitler me pareció de mal gusto e inverosímil, después de que Rohland echara sobre mis espaldas una nueva responsabilidad había dejado de desear poner fin a mi actividad ministerial, por lo que al cabo de varias horas cedí, poniendo como condición que Dorsch quedara subordinado de nuevo a mí y que se restableciera el estado de cosas anterior. Respecto a los grandes refugios, estaba dispuesto a transigir: ya no me importaban. Al día siguiente Hitler firmó un escrito que yo redacté durante la noche en el que se satisfacía este requisito: Dorsch continuaría construyendo los refugios con la máxima urgencia, pero sometido a mi autoridad[272].

Sin embargo, tres días después me di cuenta de que mi decisión había sido demasiado precipitada. Por consiguiente, me decidí a escribir a Hitler de nuevo, pues vi con claridad que aquello me pondría en una situación sumamente ingrata, porque si apoyaba a Dorsch para construir aquellas grandes obras y le facilitaba materiales y mano de obra, me vería frente al desagradable cometido de escuchar y rechazar las quejas de las autoridades del Reich cuyos programas resultaran perjudicados por este motivo, y, si no satisfacía las exigencias de Dorsch, estaríamos intercambiando cartas de queja y de «cobertura» continuamente. Por consiguiente, sería más lógico —proseguía

— que Dorsch asumiera también la responsabilidad de los proyectos de obras «cuya marcha se viera perjudicada por la construcción de los grandes refugios». A continuación señalaba que, dadas las circunstancias, lo mejor sería separar la actividad constructiva de los armamentos y la producción bélica y, en consecuencia, proponía nombrar a Dorsch Inspector General de Construcciones, cargo directamente subordinado a Hitler. Cualquier otra regulación acarrearía serias dificultades personales entre Dorsch y yo.

Al llegar a este punto interrumpí la redacción del borrador, pues mientras lo estaba escribiendo tomé la decisión de suspender inmediatamente mi convalecencia e ir a ver a Hitler al Obersalzberg. Al principio también esto me causó dificultades. Gebhardt se remitía una y otra vez a los plenos poderes que le había otorgado Hitler y formulaba objeciones de carácter médico. En cambio, el profesor Koch me había dicho unos días antes que podía viajar en avión sin ningún problema[273]. Finalmente, Gebhardt llamó por teléfono a Himmler, quien se manifestó conforme con mi vuelo a condición de que, antes de entrevistarme con Hitler, fuera a visitarlo.

Himmler me habló con franqueza, cosa que en tales situaciones es un alivio. La separación entre las actividades constructivas y el Ministerio de Armamentos y la transferencia de aquéllas a Dorsch había sido decidida tiempo atrás en entrevistas con Hitler en las que estuvo presente Göring. Y él, Himmler, me invitaba a no causar más dificultades a partir de aquel momento. Aunque todo lo que dijo era una insolencia, como respondía plenamente a mis intenciones, la conversación transcurrió en una atmósfera agradable.

En cuanto llegué a mi casa del Obersalzberg, el asistente de Hitler me pidió que acudiera a tomar el té. Sin embargo, quería hablar con Hitler de modo oficial. Estaba seguro de que el

ambiente íntimo de la hora del té habría limado todas las asperezas, y eso era algo que quería evitar. Por tanto, rechacé la invitación. Hitler comprendió la razón de aquel gesto inusitado y poco después me concedió una cita en el Berghof.

Hitler llevaba puesta la gorra del uniforme y, con los guantes en la mano, me esperaba oficialmente en la entrada del Berghof; después me acompañó a la sala de estar, tratándome como si yo fuera un huésped de Estado. Me sentí muy impresionado, pues no acerté a comprender la intención psicológica de esta actitud. A partir de entonces, mi relación con él entró en una fase de esquizofrenia aguda: por una parte, me destacaba y me dispensaba favores especiales que no me resultaban indiferentes; pero, por otra parte, su actuación, de la que fui adquiriendo conciencia poco a poco, era cada vez más comprometida para el pueblo alemán. Y aunque el antiguo encanto de Hitler seguía teniendo efecto, y aunque seguía mostrando su certero instinto en el trato a las personas, me iba resultando cada vez más difícil seguir siéndole incondicionalmente leal.

No sólo en aquella cordial salutación, sino también durante la entrevista que mantuvimos acto seguido, los frentes señalaron un curioso desplazamiento: ahora era Hitler el que no quería renunciar a mi colaboración. Cuando le propuse que una parte de las competencias que yo había tenido hasta la fecha fueran traspasadas a Dorsch, Hitler se negó:

—No voy a separar estos ámbitos de ninguna manera. Tampoco tengo a nadie a quien pueda encomendar la construcción. Por desgracia, el doctor Todt está muerto, y usted sabe, señor Speer, lo que esta actividad significa para mí. ¡Compréndalo! Además, me declaro conforme de antemano con todas las medidas que usted considere convenientes en este campo[274].

Con estas palabras se contradecía a sí mismo, pues sólo unos días antes había decidido, también en presencia de Himmler y Göring, nombrar a Dorsch para este cometido. De forma completamente arbitraria, como siempre, pasaba por alto su reciente declaración y, en el fondo, también los sentimientos de Dorsch: la arbitrariedad de sus opiniones era un signo harto elocuente del profundo desprecio que sentía por el género humano. Todo me permitía suponer que tampoco aquel cambio de actitud sería muy duradero, por lo que le repuse que había que adoptar una decisión a largo plazo:

—Para mí resulta impensable que volvamos a discutir este asunto.

Hitler prometió mantenerse firme:

—Mi resolución es definitiva. No pienso volver a cambiarla.

A continuación se extendió en reproches de poca monta contra tres de mis jefes de sección, con cuya destitución yo ya había contado[275].

Una vez concluida la entrevista, Hitler me acompañó de nuevo hasta el guardarropa, volvió a coger la gorra y los guantes y se dispuso a acompañarme hasta la salida. Como esto me pareció un exceso de formalismo, le dije en el tono despreocupado propio de su entorno íntimo que todavía tenía una cita con Von Below, su asistente de la Luftwaffe, en el piso superior. Por la noche participé en la tertulia, rodeado como antaño por Hitler, Eva Braun y los miembros de su corte. La conversación transcurrió con indiferencia y Bormann propuso poner unos discos. Se comenzó con un aria de Wagner para pasar muy pronto a *El murciélago*.

Después de tanto ir y venir, después de las tensiones e inquietudes de los últimos tiempos, aquella noche me sentí satisfecho: todas las dificultades y conflictos parecían orillados. La inseguridad de las últimas semanas me había afectado

profundamente. Yo no podía trabajar sin sentirme apreciado y reconocido, y ahora podía considerarme el vencedor en una lucha por el poder que Göring, Himmler y Bormann habían dirigido contra mí. Sin duda estarían muy decepcionados, pues seguro que habían creído que ya estaba en la cuneta. Ya en aquel tiempo me pregunté si Hitler no se habría dado cuenta del juego que los tres se traían entre manos y en el que se había dejado enredar de una forma inadmisible.

Al analizar la complejidad de los motivos que me llevaron a regresar de forma tan sorprendente al círculo íntimo de Hitler, me parece que fue sin duda una razón importante el deseo de seguir conservando mi posición de poder. Si bien es verdad que no hacía más que participar en el poder de Hitler, extremo sobre el que seguramente no llegué a engañarme nunca, siempre me pareció apetecible que, estando a su lado, también recayera sobre mí algo de su popularidad, de su esplendor, de su grandeza. Hasta 1942 seguí pensando que mi vocación de arquitecto me permitía gozar de una conciencia de mí mismo independiente de Hitler, pero el afán de ejercer un poder puro, de efectuar nombramientos, de decidir sobre cuestiones importantes, de disponer de miles de millones, finalmente había conseguido sobornarme y embriagarme. A pesar de que había estado dispuesto a dimitir, me habría costado renunciar a los estimulantes que proporciona la embriaguez del mando. Por otra parte, los reparos que la reciente evolución de los acontecimientos habían suscitado en mí fueron borrados de mi conciencia por el llamamiento de la industria, así como por la sugestión inalterablemente fuerte que podía ejercer Hitler. Aunque nuestra relación había experimentado un salto y mi lealtad se hallaba debilitada y nunca volvería a ser lo que había sido, cosa de la que me estaba dando cuenta, por lo pronto había regresado al círculo íntimo de Hitler… y me sentía satisfecho.

• • •

Dos días después fui de nuevo con Dorsch a ver a Hitler para presentárselo como recién nombrado jefe del sector de construcciones. Hitler reaccionó a este cambio tal como yo había esperado:

—Dejo completamente a su cargo, querido Speer, las disposiciones que quiera usted adoptar en su Ministerio; es cosa suya a quién encomiende las tareas. Desde luego, estoy de acuerdo con el nombramiento de Dorsch, pero la responsabilidad en lo que se refiere a la construcción sigue siendo sólo suya[276].

Parecía una victoria. Pero yo ya había aprendido que las victorias no contaban mucho. Al día siguiente todo podía ser distinto.

Informé a Göring de la nueva situación con frialdad. Ni siquiera lo tuve en cuenta cuando me decidí a nombrar a Dorsch mi representante en el campo de la construcción en el Plan Cuatrienal; pues, tal como le escribí no sin cierto tono sarcástico, «al hacerlo así supuse que usted, dada la confianza que tiene en el director general señor Dorsch, estaría plenamente de acuerdo». Göring contestó con pocas palabras y de mala gana: «Estoy de acuerdo en todo. Ya he sometido a Dorsch todo el sector de la construcción de la Luftwaffe»[277].

Himmler no mostró ninguna reacción; en tales circunstancias era escurridizo como un pez. Sin embargo, en lo que se refiere a Bormann, el viento comenzó a soplar visiblemente a mi favor por primera vez en dos años; enseguida se dio cuenta de que yo había salido reforzado de la conspiración y de que todas sus laboriosas intrigas de los últimos meses habían fracasado. No tenía el valor ni el poder suficientes para, dejándose llevar por su rencor hacia mí, no tener en cuenta el nuevo giro de los acontecimientos. Yo lo trataba con una

indiferencia ostensible; en la primera ocasión que tuvo, durante uno de los paseos en grupo hacia la casa de té y con una cordialidad exagerada, me aseguró que él no había participado en las maquinaciones urdidas contra mí. A lo mejor decía la verdad, aunque me resultaba difícil creerlo; en cualquier caso, al decirme aquello no hacía sino reconocer que habían existido maquinaciones en mi contra.

Poco después nos invitó a Lammers y a mí a su casa del Obersalzberg, amueblada de un modo impersonal. Sin que viniera a cuento y de forma bastante forzada, nos incitó a beber y hacia la medianoche sugirió que nos tuteáramos en señal de confianza. Al día siguiente restablecí las distancias, pero Lammers quedó atrapado en el tuteo, lo que no impidió a Bormann arrinconarlo muy pronto sin mayores miramientos, mientras que aceptaba mi desplante sin reacción aparente y con gran cordialidad, pues se daba cuenta de que seguía gozando del favor de Hitler.

A mediados de mayo de 1944, durante una visita a los astilleros de Hamburgo, el jefe regional Kaufmann me dijo en confianza que, a pesar del medio año transcurrido, seguía sin aplacarse el disgusto que les había causado aquel discurso mío. Casi todos los jefes regionales estaban en mi contra y Bormann apoyaba y animaba esta actitud. Kaufmann me previno contra el peligro que esto suponía.

Aquella advertencia me pareció lo bastante grave para llamar la atención de Hitler al respecto en mi siguiente conversación con él. Me había distinguido de nuevo con un pequeño gesto y por primera vez me invitó a visitarlo en su despacho del primer piso del Berghof, donde acostumbraba mantener entrevistas personales o muy confidenciales. En tono quedo, casi como si yo fuera su amigo íntimo, me aconsejó que evitara hacer nada que pudiera soliviantar a los jefes regionales y ponerlos en mi

contra, y añadió que no debía subestimar nunca el poder de los jefes regionales, pues ello podía perjudicarme en un futuro inmediato. Me dijo que ya sabía que la mayoría de ellos tenían un carácter difícil y que muchos eran unos auténticos matones, más bien rudos, pero muy leales. Había que aceptarlos como eran. La postura de Hitler me dio a entender que de ningún modo estaba dispuesto a dejar que Bormann dictara su conducta hacia mí:

—Es verdad que me han llegado quejas, pero, por lo que a mí respecta, el asunto está resuelto.

Estas palabras dejaban claro que esta parte de la ofensiva de Bormann también había fracasado.

Hitler parecía preso de sentimientos encontrados cuando dicho esto me comunicó, casi como si me pidiera comprensión por no distinguirme con un honor equivalente, que pensaba conceder a Himmler la máxima condecoración del Reich. El *Reichsführer-SS* había hecho unos méritos muy especiales, añadió como disculpándose[278]. Le respondí de buen humor que esperaba que después de la guerra me fuera concedida, por mis méritos arquitectónicos, la no menos valiosa condecoración del Arte y la Ciencia. Desde luego, Hitler no había estado seguro de mi reacción ante aquella muestra de preferencia hacia Himmler.

Aquel día me intranquilizaba más que Bormann pudiera presentar a Hitler, con unas cuantas observaciones bien enfocadas, un artículo aparecido en el Observer inglés del 9 de abril de 1944 en el que se me calificaba de cuerpo extraño en el doctrinario engranaje del Partido. Con el fin de adelantarme, entregué a Hitler una traducción de este artículo haciendo a la vez unas cuantas observaciones jocosas. Hitler se caló las gafas con cierta torpeza y comenzó a leer: «Speer es hoy, en cierto modo, más importante para Alemania que Hitler, Himmler, Göring, Goebbels o los generales. En realidad, todos ellos no

son sino colaboradores de este hombre, que es quien realmente dirige la gigantesca máquina bélica y saca de ella el máximo rendimiento. Vemos en él la precisa materialización de la revolución del ejecutivo. Speer no es uno de esos nazis extravagantes y pintorescos. De hecho ni siquiera se sabe si tiene opiniones políticas. Se habría podido adscribir a cualquier otro Partido político, si hacerlo le hubiera servido para conseguir trabajo y una carrera. Es un prototipo destacado del hombre medio, triunfador, bien vestido, cortés, incorruptible. Su estilo de vida, con esposa y seis hijos, es característico de la clase media. Speer se asemeja a algo típicamente nacionalsocialista o típicamente alemán muchísimo menos que cualquier otro líder alemán. Más bien simboliza un tipo de hombre que se está volviendo cada día más importante en todos los Estados que participan en la guerra: el técnico puro, el hombre brillante que no proviene de una clase social ni tiene antepasados gloriosos y cuyo único objetivo es abrirse camino en el mundo gracias a sus facultades como técnico y organizador. Precisamente su falta de lastre psicológico y anímico y la desenvoltura con que maneja la temible maquinaria técnica y organizativa de nuestro tiempo hace que esta tipología insignificante llegue tan lejos en nuestros días. Éste es su tiempo. Puede que nos deshagamos de los Hitler y de los Himmler, pero los Speer, sea lo que fuere lo que pueda pasarle a éste en particular, seguirán mucho tiempo entre nosotros». Hitler leyó el comentario con toda calma, dobló la hoja y me la devolvió sin despegar los labios, pero con mucho respeto.

A pesar de todo, en las semanas y los meses que siguieron se fue haciendo cada vez más evidente para mí la distancia que se había creado entre Hitler y yo, que no dejaba de aumentar. Nada hay más difícil que restablecer una autoridad que ha sido puesta en tela de juicio. Ahora, tras haberle ofrecido resistencia por primera vez, mi forma de pensar y actuar se había hecho

más independiente de Hitler, quien, en vez de mostrarse colérico ante mi rebeldía, había reaccionado más bien como un hombre desamparado, con gestos que expresaban un favor especial, y, finalmente, había llegado incluso a renunciar a sus intenciones, a pesar de habérselas anunciado a Himmler, Göring y Bormann. Aunque yo también hubiera tenido que ceder, eso no desvirtuaba la experiencia de que, si me oponía a él con decisión, también a Hitler podía imponerle proyectos difíciles.

De todos modos, nada de todo aquello consiguió que se me crearan más que unas primeras dudas sobre el carácter del régimen, cuestionable desde su misma base. Lo que me escandalizaba era que los jerarcas continuaran sin mostrarse dispuestos en absoluto a someterse a las mismas privaciones que esperaban que aceptara la nación; que continuaran disponiendo de las vidas de los demás sin consideración alguna; que siguieran demostrando su degradación moral y entregándose a sus banales intrigas. Es posible que todo esto influyera en mi lento distanciamiento. Poco a poco, todavía vacilante, comencé a despedirme de la vida que había llevado, de las tareas y vínculos anteriores, así como de la irreflexión que me había conducido hasta allí.

CAPÍTULO XXIV

LA GUERRA, PERDIDA POR PARTIDA TRIPLE

El 8 de mayo de 1944 regresé a Berlín para reanudar mi trabajo. Siempre recordaré la fecha del 12 de mayo, cuatro días después, cuando se decidió técnicamente la guerra[279]. Hasta entonces habíamos logrado suministrar a la Wehrmacht casi tantas armas como necesitaba, a pesar de las grandes pérdidas sufridas. Con el ataque lanzado por 935 bombarderos diurnos de la VIII Flota Aérea americana contra varias fábricas de carburante en el centro y el este de Alemania comenzó una nueva época de la guerra aérea; una época que significó el fin de la producción alemana de armamentos.

Al día siguiente, junto a los especialistas de las fábricas atacadas de la ciudad de Leuna, tratamos de abrirnos camino a través de un entramado de tuberías retorcidas y destrozadas. Las fábricas de productos químicos resultaron muy dañadas por las bombas; ni siquiera los mejores pronósticos permitían esperar que pudiera reemprenderse la producción antes de varias semanas. Tras este ataque, nuestra producción diaria de 5850 toneladas de carburante para aviones quedó reducida a 4820. Con todo, la reserva de 574 000 toneladas, aunque sólo constituía algo más de tres meses de producción, pudo compensar este déficit durante más de diecinueve meses.

Después de hacerme una idea de las consecuencias del ataque, el 19 de mayo de 1944 volé al Obersalzberg, donde Hitler me recibió en presencia de Keitel. Le anuncié la catástrofe

que se avecinaba:

—El enemigo nos ha golpeado en uno de nuestros puntos más débiles. Si esta vez insiste, dentro de poco no podremos producir el carburante que necesitamos. ¡Sólo nos queda la esperanza de que el enemigo cuente con un Estado Mayor del Aire que piense de manera tan poco planificada como nosotros!

Keitel, en cambio, que siempre se esforzaba por agradar a Hitler, trivializó la situación alegando que disponía de suficientes reservas para afrontar aquellas dificultades, y concluyó con el argumento estándar de Hitler:

—¡Cuántas situaciones difíciles no habremos superado ya! —Y después, volviéndose a Hitler, añadió—: ¡También superaremos ésta, *mein Führer*!

Pero Hitler no parecía compartir el optimismo de Keitel: convocó a los industriales Krauch, Pleiger, Bütefisch y E. R. Fischer, así como al jefe del Departamento de Planificación y Materias Primas, Kehrl, además de a Göring, Keitel y Milch, para estudiar la situación[280]. Göring se opuso a que los delegados de la industria asistieran a la reunión, pues, según dijo, en temas de tanta importancia era mejor que todo quedara entre nosotros. Pero Hitler ya estaba decidido.

Cuatro días después, todos nosotros esperábamos a Hitler, que estaba celebrando una entrevista en la sala de estar, en la poco acogedora escalera del Berghof. Aunque yo había rogado a los representantes de la industria de carburantes que dijeran la verdad tal cual era, Göring aprovechó los últimos minutos para instar a los industriales a no expresarse con excesivo pesimismo. Probablemente temía que los reproches de Hitler se dirigieran sobre todo contra él.

Los oficiales de alta graduación que habían estado conferenciando con Hitler pasaron apresuradamente ante nosotros; acto seguido, uno de los asistentes nos invitó a entrar.

Hitler, con aire ausente, nos saludó a todos con un apretón de manos. A continuación nos rogó que tomáramos asiento, explicó que nos había convocado para informarse de las consecuencias de los últimos ataques y pidió a los delegados de la industria que expusieran su opinión. Entonces éstos, acostumbrados a considerar los hechos con frialdad, demostraron sin ambages lo desesperado de la situación en caso de que los ataques continuaran de forma sistemática. Al principio Hitler intentó hacer frente a su pesimismo con argumentos estereotipados, tales como «ustedes lo conseguirán» o «hemos pasado por situaciones más difíciles», y desde luego Keitel y Göring se agarraron de inmediato a estas consignas para aumentar la fe de Hitler en el futuro y debilitar la impresión que hubieran podido causarle nuestras explicaciones; Keitel no dejaba de referirse a sus reservas de carburante. Pero los industriales estaban hechos de un material más duro que el entorno de Hitler: sin dejarse influir, prosiguieron con las mismas advertencias, fundamentándolas en datos y cifras comparativas. De pronto Hitler pareció animarlos a analizar la situación de forma totalmente objetiva: era como si, de una vez por todas, quisiera escuchar la desagradable verdad, como si estuviera cansado de tanto ocultamiento, falso optimismo y servilismo hipócrita. Él mismo resumió así el resultado de la reunión:

—Al parecer, las fábricas de carburante, buna y nitrógeno constituyen un punto clave para la guerra, ya que en un pequeño número de fábricas se producen las materias primas imprescindibles para los armamentos[281].

A pesar de lo embotado y ausente que pudiera haber parecido al principio, Hitler dio entonces la impresión de ser un hombre concentrado, práctico y capaz de comprender la situación; sin embargo, unos meses después, cuando la catástrofe ya era una realidad, no quiso admitir lo que ahora había

comprendido. Göring, por su parte, en cuanto nos hallamos de nuevo en la antesala nos reprochó haber descargado sobre Hitler tantas preocupaciones y futilidades pesimistas.

Llegaron los automóviles y los congregados se dirigieron al Berchtesgadener Hof para tomar un refresco, pues en tales ocasiones el Berghof no era para Hitler más que un lugar para celebrar reuniones y no se sentía obligado como anfitrión. Por otra parte, cuando aquéllos se hubieron marchado, salieron de las habitaciones del piso de arriba los miembros del círculo privado de Hitler. Éste, que se había retirado unos minutos mientras nosotros lo esperábamos en la escalera, cogió un bastón, el sombrero y su abrigo negro: comenzaba el paseo diario hasta la casa de té, donde nos esperaban café y bollos. El fuego crepitaba en la chimenea y hablamos de cosas intrascendentes. Hitler se dejó apartar de las preocupaciones para sumergirse en un mundo más agradable: resultaba ostensible lo mucho que lo estaba necesitando y no volvió a hablar del peligro que se cernía sobre nosotros, ni siquiera conmigo.

Cuando, tras diecisiete días de febriles reparaciones, acabábamos de alcanzar de nuevo unas cifras de producción elevadas, el 28 y el 29 de mayo de 1944 nos alcanzó la segunda oleada de bombardeos. Esta vez, sólo 400 bombarderos de la VIII Flota Aérea americana nos causaron más daños que en el primer ataque, en el que tomaron parte el doble de aparatos. Al mismo tiempo, la XV Flota Aérea americana atacó las importantes refinerías de los campos petrolíferos rumanos de Ploesti. Ahora la producción quedó reducida a la mitad[282]. Con ello, el pesimismo que manifestamos en el Obersalzberg quedó plenamente justificado al cabo de sólo cinco días, al tiempo que los hechos rebatían las palabras tranquilizadoras de Göring. Alguna que otra observación de Hitler nos permitió deducir que el prestigio de éste había vuelto a descender mucho.

No tardé en aprovechar la debilidad de la posición de Göring, y no únicamente por razones de oportunismo. Aunque nuestros éxitos en la fabricación de cazas eran razón más que suficiente para proponer a Hitler que mi Ministerio se hiciera cargo de todo el armamento aéreo[283], me seducía mucho la idea de devolver a Göring el golpe que había intentado darme durante mi enfermedad. El 4 de junio pedí a Hitler, que seguía dirigiendo la guerra desde el Obersalzberg, «que influyera en el mariscal del Reich para que partiera de él la propuesta de invitarme a una entrevista y de poner bajo mi autoridad todo el armamento de la aviación». Hitler aceptó este desafío sin replicar; al contrario, se mostró comprensivo, dado que mi táctica respetaba de forma evidente el orgullo y el prestigio de Göring. Y añadió, no sin mordacidad:

—El armamento aéreo tiene que quedar integrado en su Ministerio, sobre eso no cabe discusión. Haré venir enseguida al mariscal del Reich y le comunicaré mis intenciones. Usted discutirá con él los detalles del traspaso[284].

Sólo unos meses antes, Hitler no se atrevía a decirle su opinión a la cara a su viejo paladín. A fines del año anterior, por ejemplo, me había encomendado que fuera a verlo a las alejadas praderas del valle del Rominte para comunicarle alguna noticia desagradable no muy importante y que hace mucho que he olvidado. En contra de sus costumbres, Göring, que debía de estar enterado de la misión que me llevaba a él, me trató como a un invitado de honor, hizo preparar el coche de caballos para dar conmigo un largo paseo por el extenso coto de caza y no dejó de hablar ni un momento, por lo que regresé sin haberle dicho ni una sola palabra de lo que me había llevado a verlo. Con todo, Hitler se mostró comprensivo hacia mi postura evasiva.

Esta vez, en cambio, Göring no intentó refugiarse en una

rutinaria cordialidad. Nuestra entrevista tuvo lugar en el despacho de su casa del Obersalzberg. Ya estaba informado, pues Hitler había hablado con él. Göring se quejó con palabras muy duras de su veleidad. Hacía sólo quince días, él me había querido arrebatar la construcción, todo estaba preparado, y entonces Hitler, tras hablar brevemente conmigo, se había vuelto atrás. Siempre era así, continuó lamentándose Göring, pues el *Führer*, desgraciadamente, había demostrado demasiadas veces que no era hombre de decisiones firmes. Desde luego, opinó resignado, si Hitler se empeñaba, me daría el armamento aéreo, aunque no acertaba a comprenderlo, pues poco antes le había dicho que tenía demasiadas competencias.

Aunque aquel súbito cambio me pareció significativo y vi también en él el mayor de los peligros para mi futuro, confieso que estimé que no era una compensación injusta que se hubieran trocado los papeles. Sin embargo, renuncié a humillar a Göring de forma ostensible. En lugar de proponer a Hitler que firmara un decreto, convine con Göring que sería él mismo quien transfiriera la responsabilidad del armamento aéreo a mi ministerio[285].

La asunción del armamento aéreo constituyó un intermedio insignificante al lado de los acontecimientos que tuvieron lugar en Alemania a causa de la superioridad de la aviación enemiga. Aunque ésta tuvo que concentrar sus fuerzas para apoyar la invasión, tras un respiro de dos semanas una nueva serie de ataques puso fuera de servicio numerosas fábricas de carburante. El 22 de junio se habían paralizado nueve décimas partes de la producción: ya sólo se fabricaban 632 toneladas diarias. Cuando los bombardeos menguaron nos volvimos a situar, el 17 de julio, en 2307 toneladas, lo que suponía aproximadamente el 40% de la producción primitiva, pero sólo cuatro días después, el 21 de julio, descendimos a 120 toneladas diarias. Había quedado paralizado el 98% de la producción de carburante.

Como el enemigo permitió que siguieran funcionando parcialmente las grandes empresas químicas de Leuna, a finales de julio pudimos llegar a las 609 toneladas. Ahora nos parecía un éxito haber alcanzado una décima parte de la producción. Pero los numerosos ataques habían desquiciado de tal forma los sistemas de tuberías de las empresas químicas que ya no sólo los blancos directos, sino incluso las sacudidas ocasionadas por las bombas que estallaban en las inmediaciones provocaban escapes, y las reparaciones resultaban casi imposibles. En agosto alcanzamos el 10%, el 5,5% en septiembre y, en octubre, de nuevo el 10% de nuestra antigua capacidad. En noviembre de 1944 nos sorprendió llegar al 28% (1633 toneladas diarias)[286]. «Los informes sospechosamente optimistas de los departamentos de la Wehrmacht hacen temer al ministro que no se ha percibido completamente el alcance de nuestra crítica situación respecto a los carburantes; algunos párrafos concordaban casi literalmente con la del 30 de junio[287]. Ambas señalaban claramente que la paralización que cabía esperar que se produjera en julio y agosto acabaría sin lugar a dudas con la mayor parte de las reservas de carburante para la aviación y de otros tipos, lo que tendría "consecuencias trágicas"»[288].

Al mismo tiempo, propuse a Hitler diversas medidas que debían permitirnos evitar tan graves consecuencias o al menos demorarlas; le pedí plenos poderes para movilizar todas las fuerzas necesarias para luchar contra la devastación causada por los ataques y también que diera a Edmund Geilenberg, nuestro excelente jefe de producción de municiones, autoridad para confiscar material, intervenir en otras industrias y contratar a especialistas, con el fin de restablecer en lo posible la fabricación de carburante. Al principio, Hitler rechazó la propuesta:

—Si otorgo estos poderes, en seguida nos faltarán tanques. ¡No puede ser! No puedo permitirlo.

Era evidente que aún no había comprendido la gravedad de la situación, a pesar de que ya habíamos hablado con bastante frecuencia sobre lo crítico de los acontecimientos y de que yo siempre le repetía que los tanques no tendrían ningún sentido si no conseguíamos producir el carburante suficiente. Sólo después de que le prometiera una elevada producción de tanques y de que Saur confirmara mi promesa, Hitler se avino a firmar. Dos meses más tarde, 150 000 nuevos trabajadores, entre los que se contaba un alto porcentaje de excelentes especialistas indispensables para fabricar armamentos, se dedicaban a reconstruir las plantas hidrogenadoras. A fines de otoño de 1944 eran ya 350 000.

Mientras dictaba mi memoria, me sentía escandalizado por la falta de comprensión de los altos mandos. Tenía frente a mí los informes de mi Departamento de Planificación sobre las pérdidas diarias, las paralizaciones y los plazos para reactivar la producción; sin embargo, era imprescindible impedir los ataques enemigos o, al menos, reducirlos. En mi memoria del 28 de julio de 1944 casi supliqué a Hitler «que se destinara a la defensa de la patria una cantidad de cazas mucho mayor»[289], y le pregunté si no sería mucho más adecuado «proteger de momento, como medida de emergencia, las plantas hidrogenadoras situadas en territorio alemán mediante los cazas, a fin de poder remontar la producción en agosto y septiembre, en vez de seguir con el método anterior, que conduciría con seguridad a que en septiembre u octubre la Luftwaffe, tanto la que combatía en el frente como la que lo hacía en nuestro territorio, quedara paralizada por falta de carburante»[290].

Era ya la segunda vez que planteaba a Hitler estas cuestiones. Después de la reunión celebrada en el Obersalzberg a finales de mayo, dio su conformidad a un plan del general Galland para destinar una parte del gran número de cazas que fabricábamos a constituir una flota de defensa del suelo alemán.

Göring, por su parte, en una gran conferencia celebrada en Karinhall —después de que los delegados de la industria de los carburantes le expusieran una vez más lo desesperado de la situación—, prometió solemnemente que la flota aérea «Reich» nunca sería enviada al frente. Sin embargo, cuando comenzó la invasión, Hitler y Göring la destinaron a Francia, donde los cazas se perdieron en pocas semanas sin ningún provecho. A finales de julio, Hitler y Göring renovaron su promesa: de nuevo se constituyó una flota aérea de dos mil cazas para la defensa del territorio alemán. Los aparatos debían estar listos para el despegue en el mes de septiembre, pero una vez más la incomprensión hizo fracasar el proyecto.

El 1 de diciembre de 1944, durante una reunión sobre armamentos, tras analizar retrospectivamente la situación dije:

—Debemos tener claro que los que planifican los bombardeos estratégicos desde el campo enemigo tienen algún conocimiento de la vida económica alemana y que, al contrario de lo que ocurre con nuestros ataques aéreos, realizan una planificación inteligente. Hemos tenido la suerte de que esta planificación no haya sido ejecutada de manera consecuente hasta los dos o tres últimos trimestres… y de que anteriormente, desde su mismo punto de vista, hayan hecho el tonto.

Al decir esto yo no sabía que ya el 9 de diciembre de 1942, o sea, dos años antes, un informe de trabajo de la *Economic Warfare Division* estadounidense había llegado a la conclusión de que sería mejor «causar graves daños en algunas industrias verdaderamente indispensables que daños leves en muchas. De este modo, los resultados se multiplicarían. Una vez aceptado el plan, debe llevarse adelante con inflexible decisión»[291]. La idea era acertada, pero su realización, defectuosa.

• • •

Ya en agosto de 1942 Hitler había manifestado en sus

conferencias con el Alto Mando de la Marina que para que una invasión tuviera éxito se requería un puerto de gran tamaño[292]. Sin él, a la larga no sería posible suministrar a las tropas enemigas que hubieran desembarcado en cualquier lugar de la costa los refuerzos necesarios para resistir el contraataque de las fuerzas alemanas. Establecer una línea continua de búnkers a lo largo de las costas francesa, belga y holandesa, a poca distancia unos de otros para que se protegieran mutuamente, era una tarea que superaba ampliamente la capacidad de nuestra industria. Además, no disponíamos de bastantes soldados para ocuparlos. Por lo tanto, sólo se rodearon con un semicírculo de búnkers los puertos de cierto tamaño, mientras que en las zonas costeras intermedias se levantaron búnkers de observación separados por grandes distancias. Unos 15 000 búnkers pequeños debían proteger a los soldados que se prepararan para un ataque de artillería; Hitler imaginaba que los soldados saldrían al exterior cuando tuviera lugar el ataque, ya que una posición protegida iría en detrimento del valor y la iniciativa personal necesarios para el combate. Hitler proyectó estas instalaciones defensivas hasta el menor detalle; incluso diseñó los diversos tipos de bunker, normalmente durante la noche. Eran simples bocetos, pero estaban realizados con notable precisión. Sin temor a caer en el autoelogio, Hitler solía observar que sus proyectos respondían de forma ideal a las necesidades de un soldado en el frente. Fueron aceptados casi sin cambios por el general de zapadores y enviados para su ejecución.

Estas obras, realizadas en apenas dos años de construcción precipitada, consumieron 13 302 000 m^3 de hormigón[293], costaron 3 700 000 000 marcos e implicaron además retirar 1 200 000 toneladas de hierro de la producción de armamentos. Gracias a una sola idea técnicamente genial, todo este esfuerzo fue reducido a la nada por el enemigo a los catorce días del primer desembarco; como es sabido, las tropas de invasión

trajeron consigo sus propios puertos y construyeron, en la costa abierta de Arromanches y Omaha, rampas de descarga y otras instalaciones, con arreglo a planes precisos, que les permitieron asegurar el abastecimiento de munición y equipo, así como el desembarco de unidades de refuerzo[294]. Todo el plan defensivo quedó invalidado.

Rommel, a quien Hitler había nombrado a fines de 1943 inspector de las defensas costeras occidentales, mostró una mayor previsión. Al poco de su nombramiento fue convocado en el cuartel general de la Prusia Oriental. Tras una larga entrevista, Hitler acompañó al mariscal hasta su bunker, donde yo ya lo estaba esperando para la siguiente reunión. Parecían haber discutido, y Rommel le dijo a Hitler sin rodeos:

—Tenemos que contener al enemigo en el primer desembarco. Los búnkers y los puertos no son adecuados para eso. Hay que disponer barreras y obstáculos, primitivos pero eficaces, a lo largo de toda la costa para dificultarle el desembarco y hacer que nuestras contramedidas sean efectivas. —Rommel hablaba de forma decidida y concisa—. Si no lo conseguimos, la invasión será un hecho a pesar de la muralla del Atlántico. Además, últimamente han arrojado tal cantidad de bombas sobre Trípoli y Túnez que incluso nuestras mejores tropas están desmoralizadas. Si no puede usted frenar esto, todas las demás medidas serán ineficaces, incluso las barreras.

Rommel se mostraba cortés pero distante y evitaba de forma casi manifiesta dirigirse a Hitler con el acostumbrado «*mein Führer*». Había adquirido fama de especialista; Hitler lo consideraba una especie de técnico para combatir las ofensivas occidentales. Sólo por eso aceptaba con calma las críticas de Rommel. Ahora pareció haber estado esperando este último argumento sobre los ataques aéreos masivos:

—Precisamente eso es lo que quería mostrarle hoy, señor

mariscal.

Hitler nos guió hasta un vehículo de pruebas, un coche completamente blindado sobre el que se había montado un cañón antiaéreo de 8,8 centímetros. Los soldados demostraron su capacidad de tiro y su estabilidad durante el disparo.

—¿Cuántas unidades de este tipo podrá suministrarnos en los próximos meses, señor Saur? Saur contestó que unas cien.

—¿Lo ven? Este cañón antiaéreo acorazado nos permitirá acabar con la concentración de bombarderos sobre nuestras divisiones.

¿Había renunciado Rommel a presentar argumentos contra tanto diletantismo? En todo caso, reaccionó con una sonrisa desdeñosa, casi compasiva. Cuando Hitler se dio cuenta de que no podía generar la confianza que esperaba, se despidió rápidamente y, malhumorado, se encaminó con Saur y conmigo a su bunker para celebrar la reunión, sin pronunciar una sola palabra sobre el incidente. Más tarde, después de la invasión, Sepp Dietrich me informó de un modo muy elocuente sobre el efecto desmoralizador que las nubes de bombas habían tenido en su división de élite. Los soldados supervivientes perdían el equilibrio anímico, se tornaban apáticos y su capacidad de lucha, aunque hubieran salido ilesos, quedaba quebrantada durante días.

• • •

Serían sobre las diez de la mañana del 6 de junio cuando, encontrándome en el Berghof, uno de los asistentes militares de Hitler me informó de que a primeras horas de la mañana había comenzado la invasión.

—¿Han despertado al *Führer*?

El asistente negó con la cabeza:

—No, recibirá la noticia cuando haya tomado su desayuno.

Dado que Hitler había dicho una y otra vez a lo largo de los últimos días que era previsible que el enemigo iniciara la invasión con un falso ataque, destinado a alejar a nuestras tropas del verdadero lugar de desembarco, nadie quería despertarlo para no ser acusado de haber enjuiciado mal la situación.

Durante la reunión estratégica que tuvo lugar unas horas más tarde en la sala de estar del Berghof, Hitler parecía aún más seguro de que el enemigo sólo pretendía engañarlo:

—¿Se acuerdan ustedes? Entre los muchos informes que hemos recibido, había uno que señalaba exactamente el punto, el día y la hora del desembarco, lo que refuerza mi idea de que no puede tratarse de la verdadera invasión.

Hitler sostenía que el contraespionaje enemigo nos había facilitado aquellos informes con el único objeto de desviar su atención del verdadero punto de desembarco y hacer que se precipitara a destinar a sus tropas a un lugar equivocado. Inducido a error por una información correcta, rechazó la idea, que él mismo había tenido en un principio, de que la costa de Normandía era el frente de invasión más probable.

En las semanas precedentes, Hitler había recibido comunicados de los servicios de información de las SS, de la Wehrmacht y del Ministerio de Asuntos Exteriores, instituciones que rivalizaban entre sí y que presentaron estimaciones contradictorias respecto al lugar y la hora de la invasión. Al igual que en otros muchos campos, también en este Hitler había tomado sobre sí la tarea, que ya resulta difícil para los expertos en la materia, de considerar qué noticia podía ser la auténtica, qué servicio de información merecía más confianza y cuál de ellos había conseguido adentrarse más profundamente en campo enemigo. Ahora incluso se mofaba de la incapacidad de los distintos servicios de información y acababa lanzando invectivas contra su insensatez:

—¿Cuántos de estos agentes «limpios» no están al servicio de los aliados? Nos dan noticias confusas a propósito. Y tampoco pienso dejar que esta llegue a París. No se lo diremos; lo único que conseguiríamos sería que el Estado Mayor se pusiera nervioso.

Hasta mediodía no se tomó la principal decisión del día: emplear la «reserva del Alto Mando de la Wehrmacht», instalada en Francia, contra la cabeza de puente establecida por los ingleses y americanos. Hitler se había reservado la capacidad de decidir sobre los movimientos de cualquier división y accedió muy a disgusto al ruego del comandante en jefe del frente occidental, el mariscal Rundstedt, de dejar que estas divisiones lucharan. Debido a esa demora, dos divisiones acorazadas no pudieron aprovechar la noche del 6 al 7 de junio para avanzar. Los bombarderos enemigos los atacaron durante su marcha a la luz del día, por lo que sufrieron grandes pérdidas humanas y de material incluso antes de entrar en contacto con el enemigo.

Este día tan decisivo para el curso de la guerra no discurrió de manera febril, como habría cabido esperar. Precisamente en las situaciones más dramáticas Hitler trataba de conservar la calma… y su Estado Mayor imitaba este autodominio. Mostrar nerviosismo o preocupación habría ido contra las convenciones.

Durante los días y semanas siguientes, Hitler, dejándose llevar por su característica desconfianza, que resultaba cada vez más absurda, siguió defendiendo la idea de que sólo se trataba de un amago de invasión destinado a hacerle disponer equivocadamente sus fuerzas defensivas. Sostenía que la verdadera invasión tendría lugar en una región distinta y totalmente desprotegida. Según decía, incluso la Marina consideraba que aquel terreno era inadecuado para desembarcos a gran escala. Hitler esperaba que el ataque decisivo se produciría en la región de Calais, como si exigiera incluso de su

enemigo que le diera la razón, ya que en 1942 había hecho instalar allí pesados cañones, protegidos por gruesas paredes de hormigón, con objeto de destruir la flota de desembarco. Ésta fue otra de las razones de que no empleara al XV Ejército, estacionado en las inmediaciones de Calais, en el campo de batalla de la costa normanda[295].

Había otro motivo que llevaba a suponer a Hitler que el ataque se produciría en el paso de Calais, donde se habían preparado cincuenta y cinco bases desde las cuales debían lanzarse diariamente a Londres alrededor de un centenar de bombas volantes. Le parecía que la verdadera invasión habría de dirigirse contra estas bases. De algún modo, no estaba dispuesto a admitir que también desde Normandía los aliados podrían ocupar pronto esta parte de Francia. Más bien contaba con que llegaría a estrechar mediante duros combates la cabeza de puente del enemigo.

Tanto Hitler como nosotros teníamos la esperanza de que la nueva arma, la V1, causaría terror y confusión en el campo enemigo. Sobrestimábamos su efecto. La verdad es que yo sentía cierta prevención por la escasa velocidad de estas bombas volantes, por lo que aconsejé a Hitler que sólo permitiera que se lanzaran cuando hubiera nubes muy bajas[296]. No me hizo caso. Cuando el 12 de junio, obedeciendo a una orden urgente de Hitler, se lanzaron precipitadamente los primeros cohetes V1, la falta de organización hizo que no partieran más que diez de estos ingenios, y sólo cinco alcanzaron Londres. Hitler olvidó que era él quien había apremiado a lanzarlos y descargó su cólera por aquel fracaso sobre los constructores de las bombas. En la siguiente reunión estratégica, Göring se apresuró a echarle las culpas a su rival Milch y Hitler estuvo a punto de suspender la fabricación de las bombas volantes, supuestamente tan defectuosas. Sin embargo, su estado de ánimo cambió por completo cuando el jefe de prensa del Reich le presentó unas

noticias sensacionalistas y exageradas, aparecidas en los periódicos londinenses, que hablaban del efecto de las V1. Entonces exigió que se aumentara la producción. Llegados a este punto, Göring dijo que él siempre había exigido e impulsado aquella gran labor de su Luftwaffe. No se volvió a hablar de Milch, el chivo expiatorio del día anterior.

Antes de la invasión, Hitler había recalcado que en cuanto se produjera el desembarco se encargaría de dirigir personalmente las operaciones desde Francia. Para este fin se tendieron cientos de miles de kilómetros de cable telefónico, lo que supuso un gasto de muchos millones de marcos, y la Organización Todt construyó dos cuarteles generales, empleando para ello grandes cantidades de hormigón y costosas instalaciones. Hitler había fijado el emplazamiento y las dimensiones de los cuarteles. En esos días en los que Francia se le estaba escapando de las manos justificó el tremendo gasto diciendo que, al menos, uno de los dos cuarteles generales se encontraba exactamente en la futura frontera occidental alemana y, por lo tanto, podría ser utilizado como parte de un sistema de fortificaciones. El 17 de junio visitó este cuartel, llamado W2 y ubicado entre Soisson y Laon, para regresar aquel mismo día al Obersalzberg. Estaba de mal humor:

—Rommel ha perdido los nervios y se ha vuelto pesimista; hoy en día sólo pueden conseguir algo los optimistas.

Esos comentarios hacían pensar que el relevo de Rommel era sólo cuestión de tiempo, puesto que Hitler seguía considerando que su posición defensiva frente a la cabeza de puente era insuperable. Aquella misma noche me dijo que el cuartel W 2 le parecía demasiado inseguro, ya que se encontraba en medio de una Francia infestada de partisanos.

Casi coincidiendo con los primeros grandes éxitos de la invasión, el 22 de junio de 1944 comenzó una ofensiva de las

tropas soviéticas que pronto habría de causar la pérdida de veinticinco divisiones alemanas. Ya no era posible contener el avance del Ejército Rojo, ni siquiera durante el verano. No hay duda de que incluso durante estas semanas, cuando se estaban desplomando tres frentes bélicos (el del Oeste, el del Este y el aéreo), Hitler demostró ser dueño de sus nervios y poseer una sorprendente capacidad de resistencia. Es posible que su larga lucha por la conquista del poder y los numerosos reveses sufridos lo fortalecieran, igual que había sucedido, por ejemplo, con Goebbels u otros de sus compañeros. Quizá también aprendiera, durante este «período de lucha», que frente a los colaboradores no debe manifestarse ni la más mínima preocupación. Su entorno admiraba el aplomo que mostraba en los momentos críticos. Puede que ésta fuera en gran medida la base de la confianza con que se acogían sus decisiones. Estaba claro que era siempre consciente de los muchos ojos que estaban puestos en él y del gran desánimo que habría causado que perdiera la calma siquiera un momento. Este dominio de sí mismo, que perduró hasta el último momento, fue un extraordinario logro de su voluntad: se mantuvo firme a pesar del envejecimiento, de la enfermedad, de los experimentos de Morell y de las presiones que aumentaban sin cesar. Muchas veces su voluntad me parecía desbocada y tosca como la de un niño de seis años al que nada puede desanimar o fatigar; sin embargo, por ridícula que, en parte, pudiera resultar, lo cierto es que también imponía respeto.

No obstante, su gran energía no basta para explicar aquella confianza en la victoria en una época de continuas derrotas. Cuando estábamos en la prisión de Spandau, Funk me dijo que, como Hitler creía en sus propias mentiras, sólo podía orientar a los médicos de forma errónea sobre su estado de salud. Añadió que esta tesis había constituido la base de la propaganda de Goebbels. Desde luego, no puedo explicarme la rigidez de

Hitler más que partiendo de la base de que se obligaba a creer en su victoria final. En cierto sentido, se adoraba. En todo momento tenía frente a sí su propio reflejo y en él no se contemplaba sólo a sí mismo, sino que veía también confirmada su misión por la divina Providencia. Su religión era el «gran azar» que tendría que beneficiarlo; su método, un refuerzo de sí mismo por autosugestión. Cuanto más lo arrinconaban los acontecimientos, tanto mayor era su confianza en su destino. Naturalmente que constataba con realismo las circunstancias militares, pero las transfería al campo de su fe y percibía, incluso en las derrotas, una constelación oculta creada por la Providencia para el éxito que habría de venir. Aunque a veces era capaz de apreciar lo desesperado de su situación, su esperanza de que el destino le depararía un giro propicio en el último momento era inquebrantable. Si había algo enfermizo en Hitler era esta fe inconmovible en su buena estrella. Respondía a la tipología del creyente; sin embargo, su capacidad para la fe se había pervertido, convirtiéndose en fe en sí mismo[297].

La crédula obsesión de Hitler no dejó de surtir efecto en su entorno. En cuanto a mí, aunque en parte era consciente de que pronto habría terminado todo, me refería con frecuencia, aunque sólo en el ejercicio de mis funciones, al «restablecimiento de la situación». Esta confianza se hallaba curiosamente separada de la conciencia de nuestra inevitable derrota.

Cuando el 24 de junio de 1944, durante una reunión sobre armamentos en Linz y en medio de la triple catástrofe militar que se estaba produciendo, traté de seguir aparentando confianza, fracasé totalmente. Hoy, al releer el texto de mi discurso, me asusta la audacia casi grotesca que me indujo a intentar inculcar a hombres serios la idea de que un esfuerzo máximo todavía podría llevarnos al éxito. Al final de mis explicaciones expresé el convencimiento de que seríamos capaces

de superar la crisis que se avecinaba y de que la producción de armamentos seguiría creciendo al mismo ritmo que el año anterior. La misma inercia me impulsó, durante mi improvisado discurso, a expresar unas esperanzas que a la luz de la realidad resultaban más que fantásticas, a pesar de que en los meses siguientes se produjo un incremento efectivo de la producción. Con todo, ¿no fui al mismo tiempo lo bastante realista para dirigir a Hitler una serie de memorias en las que le anunciaba la catástrofe que se nos venía encima y que terminó por imponerse? Lo segundo procedía del conocimiento; lo primero, de la fe. La separación absoluta entre una y otra forma de considerar los hechos evidencia la especial perturbación de los sentidos con que cualquier persona del entorno de Hitler se enfrentaba al inevitable fin.

Sólo en la última frase de mi discurso expresé la idea de una responsabilidad que iba más allá de la lealtad personal, ya fuera a Hitler o a mis colaboradores. Sonaba como una simple muletilla, pero quería decir algo más con ella:

—Seguiremos cumpliendo con nuestro deber respecto al pueblo alemán.

Esto era lo que el círculo de industriales quería oír. Al decirlo asumía por primera vez abiertamente aquella responsabilidad superior a la que apeló Rohland cuando me visitó en abril. Aquel pensamiento se había ido fortaleciendo dentro de mí, y cada vez me parecía más una misión por la que era necesario trabajar.

No quedaba lugar a dudas: no logré convencer a los jefes de la industria. Después de mi discurso y en los días que siguieron oí muchas voces de desesperanza. Diez días antes Hitler me había prometido hablar a los industriales. Ahora esperaba que su discurso ejerciera una influencia positiva en aquel desolado estado de ánimo.

Antes de la guerra y por orden de Hitler, Bormann había mandado levantar en las proximidades del Berghof un hotel que ofreciera a los innumerables visitantes que acudían casi en peregrinación al Obersalzberg la posibilidad de descansar o incluso de pasar la noche en las proximidades. El 26 de junio se reunieron en una de las salas del Platterhof los cerca de cien representantes de la industria de armamentos. Durante nuestra reunión en Linz me había dado cuenta de que su descontento se debía en parte al continuo aumento de poder del aparato del Partido en la vida económica. Efectivamente, en la mente de numerosos funcionarios del Partido iba ganando terreno la idea de una especie de socialismo estatal. Ya habían tenido cierto éxito las aspiraciones de hacer depender de las autoridades regionales las empresas propiedad del Estado, y las numerosas industrias instaladas bajo tierra, construidas y financiadas por el Estado, pero cuyo personal directivo, especialistas y maquinaria habían sido facilitados por las empresas comerciales, parecían correr el riesgo de quedar bajo control estatal después de la guerra[298]. Precisamente nuestro sistema industrial condicionado por la guerra, que por lo demás había demostrado ser tan efectivo, podía convertirse en la base de un orden económico socialista, por lo que, al mejorar su rendimiento, la propia industria parecía suministrar en cierto modo a los jefes del Partido las herramientas necesarias para hundirla.

Rogué a Hitler que tuviera en cuenta estas preocupaciones. Me pidió unas cuantas frases clave para su discurso, y le anoté que debía prometer a todos los que habían colaborado en la autorresponsabilización industrial que se los ayudaría en la dura época de crisis que cabía esperar; además, que serían protegidos contra las intromisiones de las autoridades locales del Partido y que «la propiedad privada de las empresas no sería vulnerada, aunque durante su alojamiento subterráneo provisional funcionaran como empresas estatales; economía libre después de

la guerra y rechazo radical a la nacionalización de la industria».

Durante su discurso, Hitler, que se atuvo a mis consignas, dio la impresión de estar algo cohibido. Se equivocaba con frecuencia, se detenía, se quedaba cortado en medio de las frases y se confundía de vez en cuando. Todo ello revelaba su espantoso estado de agotamiento. Precisamente aquel día habían empeorado de tal modo las cosas en el frente de la invasión que no se pudo evitar la pérdida del primer gran puerto: Cherburgo. Esta victoria significaba la solución de todos los problemas de aprovisionamiento de los aliados y reforzaría sin duda la potencia de sus tropas.

Hitler rechazó cualquier clase de reserva ideológica, «pues sólo puede haber un dogma, y este dogma dice únicamente: lo acertado es lo que resulta útil». Con eso reafirmaba su manera pragmática de pensar y, en el fondo, estaba retirando todas las promesas que acababa de hacer a la industria.

Dio también rienda suelta a su gusto por las teorías histórico-filosóficas, por vagos conceptos sobre la evolución, y aseguró de forma confusa:

—La fuerza creadora no sólo da forma a las cosas, sino que también se ocupa de administrarlas. Esto es el origen de lo que conocemos con el nombre de capital privado o propiedad privada en general. Por consiguiente, al contrario de lo que predica el comunismo, el futuro no será el ideal de igualdad comunista, sino que cuanto más evolucione la humanidad, tanto más diferenciados serán los resultados y, por lo tanto, lo más apropiado será asignar la administración de lo conseguido a quienes hayan generado el rendimiento… El fomento de la iniciativa privada es la única premisa que permite la evolución real de toda la humanidad. Cuando esta guerra acabe con nuestra victoria, la iniciativa privada de la economía alemana vivirá su mejor época. ¡Entonces sí que habrá que trabajar! No

crean ustedes que me daré por satisfecho con unas pocas oficinas estatales para fomentar la construcción o con un par de dependencias económicas del Estado… Y cuando llegue la paz y se reinicie la gran época de la economía alemana, tendré un único interés: dejar trabajar a los mayores genios de la economía… Les estoy agradecido por haberme prestado su apoyo para afrontar la guerra. Les expreso mi máximo agradecimiento, pero tienen que aceptar la promesa de que más adelante seguiré mostrándome agradecido, y de que ningún miembro del pueblo alemán podrá echarme en cara haber vulnerado alguna vez mi programa. Eso significa que si les digo que la economía alemana experimentará después de esta guerra su máximo florecimiento, quizá el mayor de todos los tiempos, tienen que tomarlo también como una promesa que algún día llegará a verse cumplida.

Hitler apenas cosechó aplausos durante este deshilvanado discurso. Todos estábamos perplejos. Quizá fuera esta reserva la que lo incitó a asustar a los jefes de la industria con las perspectivas que los esperaban si se perdía la guerra:

—No hay duda de que si llegáramos a perder esta guerra no quedaría nada que pudiera calificarse de industria privada alemana, sino que, naturalmente, la aniquilación de todo el pueblo alemán comportaría la de la economía alemana. No sólo porque los enemigos pudieran no desear la competencia alemana, pues éstas son consideraciones totalmente superficiales, sino porque se está tratando de algo fundamental. Nos enfrentamos a una lucha para decidir entre dos puntos de vista: o la regresión de la humanidad al estado primitivo de hace unos miles de años, con una producción masiva gestionada exclusivamente por el Estado, o su desarrollo mediante el fomento de la iniciativa privada.

Unos minutos más tarde volvió sobre este pensamiento:

—Si la guerra se pierde, señores, no será necesario que se planteen la transformación hacia la economía pacífica. Entonces ya sólo quedará que cada cual reflexione sobre su propia transformación: si quiere hacerlo personalmente, si desea dejarse ahorcar, si quiere morir de hambre o si quiere trabajar en Siberia; estas serán las únicas consideraciones que tendrá que tomar el individuo.

Hitler había pronunciado estas frases de una manera casi sarcástica y con cierto tono de desprecio por aquellas «cobardes almas burguesas». Esto no pasó desapercibido y bastó por sí solo para destruir mis esperanzas de que los jefes de la industria se sintieran espoleados por su discurso.

Quizá irritado por la presencia de Bormann, o quizá advertido por él, el apoyo de Hitler a la economía libre en tiempos de paz, que yo le había pedido y él me había prometido, resultó más confusa de lo que esperaba[299]. Con todo, algunas frases de su discurso fueron lo bastante notables para ser recogidas en nuestro archivo. Hitler accedió a mi petición de que se grabara el discurso y me rogó que le hiciera una propuesta de reelaboración. Sin embargo, Bormann impidió que se publicara, por lo que tuve que recordar a Hitler que me había dado su conformidad. Sin embargo, esta vez eludió la cuestión y me dijo que antes tendría que revisar de nuevo el texto[300].

CAPÍTULO XXV

DISPOSICIONES ERRÓNEAS, ARMAS MILAGROSAS Y SS

A medida que la situación empeoraba, Hitler se fue volviendo más y más inaccesible a todo argumento que se opusiera a sus opiniones y empezó a mostrarse aún más prepotente que hasta entonces. Su anquilosamiento tuvo también consecuencias decisivas en el campo técnico, donde iba a inutilizar precisamente la más valiosa de nuestras «armas maravillosas»: el Me 262, nuestro caza más moderno, accionado por dos reactores, cuya velocidad (que podía rebasar los 800 km por hora) y capacidad de ascensión lo hacían muy superior a todos los aparatos enemigos.

Ya en 1941, todavía como arquitecto, al visitar la fábrica de aviones Heinkel situada en Rostock oí el ruido ensordecedor de un motor a reacción en un banco de pruebas. Su constructor, el profesor Ernst Heinkel, insistió en que se evaluara la adaptación de aquel invento revolucionario a los aviones[301]. Durante la sesión sobre armamentos celebrada en septiembre de 1943 en el campo de pruebas de la Luftwaffe en Rechlin, Milch me tendió sin mediar palabra un telegrama que le habían entregado; transmitía la orden de Hitler de paralizar los preparativos para la fabricación en serie del Me 262. Aunque decidimos hacer caso omiso de la orden, no pudimos proseguir los trabajos con la misma celeridad.

Aproximadamente tres meses después, el 7 de enero de

1944, Milch y yo fuimos llamados urgentemente al cuartel general. Un recorte de la prensa inglesa en el que se informaba de que las pruebas hechas en aquel país para fabricar aviones a reacción estaban muy adelantadas impuso un cambio de rumbo, y ahora Hitler exigía con impaciencia que se produjera un gran número de aviones de este tipo en el tiempo más breve posible. Sin embargo, como habíamos negligido todos los preparativos, sólo pudimos prometer que a partir de julio de 1944 entregaríamos 60 unidades mensuales; en enero de 1945 ya serían 210[302]. En el transcurso de la entrevista Hitler insinuó que pensaba emplear este avión como bombardero rápido en vez de como caza. Los especialistas de la Luftwaffe se sintieron defraudados, aunque esperaban hacerle cambiar de opinión con sus argumentos respecto al peso del aparato. Sin embargo, el resultado fue el contrario: Hitler ordenó tercamente que se quitaran todas las armas de a bordo para poder transportar más bombas. Decía que los aviones a reacción no necesitaban defenderse, puesto que su velocidad hacía imposible que los atacaran los cazas enemigos. No confiaba demasiado en aquel invento y determinó que, con el fin de proteger la cabina y el motor, de momento realizara sobre todo vuelos rectos a gran altura, y que por lo pronto se disminuyera la velocidad para reducir los esfuerzos a que se sometía un sistema todavía poco ensayado[303].

Con una carga de unos quinientos kilos de bombas y un primitivo dispositivo de puntería, el efecto de estos pequeños bombarderos resultó ridículo e insignificante. Sin embargo, utilizados como cazas, estos aviones a reacción, gracias a su superioridad, habrían estado en condiciones de abatir varios de los cuatrimotores americanos que, operación tras operación, arrojaban miles de toneladas de explosivos sobre las ciudades alemanas.

A fines de junio de 1944, Göring y yo volvimos a intentar

persuadir a Hitler, aunque fue otra vez en vano. Los pilotos de la flota de cazas habían probado los nuevos aparatos y pedían emplearlos contra los bombarderos americanos. Hitler no nos hizo caso: aprovechando cualquier cosa como argumento, alegaba que la velocidad de giro y la rapidez con que estos aparatos cambiaban de altitud expondrían a los pilotos a un esfuerzo físico excesivo, y que precisamente la mayor velocidad de los nuevos cazas supondría una desventaja en el combate aéreo, debido a que los del enemigo podrían maniobrar mejor porque eran más lentos[304]. Que estos nuevos aparatos pudieran volar a mayor altura que los cazas de escolta americanos y que, por su mayor velocidad, pudieran atacar a las lentas agrupaciones americanas de bombardeo no fueron argumentos que convencieran al empecinado Hitler. Cuanto más intentábamos disuadirlo de sus ideas, más tercamente se aferraba a ellas, y trató de consolarnos prometiéndonos que en un futuro lejano ordenaría que estos aparatos fueran empleados en algunas misiones de caza.

Los aviones sobre cuyo posible destino ya discutíamos en junio sólo existían de momento en forma de prototipos. Aun así, la orden de Hitler tuvo que influir a la fuerza en la táctica militar a largo plazo, porque el Estado Mayor esperaba que precisamente gracias a estos aparatos la guerra aérea diera un giro decisivo. Dado lo desesperado de nuestra situación en este frente, todos los que tenían cierta autoridad en este tema intentaron que cambiara de parecer: Jodl, Guderian, Model, Sepp Dietrich y, por supuesto, los generales que estaban al mando de la Luftwaffe se pronunciaron insistentemente contra esta diletante decisión de Hitler. Sin embargo, lo único que consiguieron fue provocar su enojo, pues en cierto modo se daba cuenta de que aquellas iniciativas ponían en duda sus conocimientos militares y técnicos. En otoño de 1944 prohibió de plano que se volviera a discutir aquel tema, con lo que se

libró de la disputa y a la vez de demostrar su creciente inseguridad.

Cuando comuniqué por teléfono al general Kreipe, nuevo jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe, lo que pensaba escribir a Hitler en mi informe de mediados de septiembre sobre la cuestión de los aviones, insistió en que me abstuviera de volver a mencionar el asunto. Me dijo que si le hablaba del Me 262 Hitler se saldría de sus casillas y le pondría las cosas muy difíciles, pues, naturalmente, creería que la iniciativa había partido del jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe. Sin hacer caso al general, expuse de nuevo a Hitler que no tenía sentido emplear como bombardero aquel aparato, fabricado para misiones de caza, y que hacerlo constituía un error, dada nuestra situación militar. Le dije que no sólo los pilotos compartían aquella opinión, sino también todos los oficiales del Ejército de Tierra[305]. No obstante, Hitler no atendió a razones, y yo, después de tantos esfuerzos inútiles, me retiré de nuevo a lo mío. Desde luego, el destino que se diera a los aviones me incumbía tan poco como decidir qué tipo de aparato había que fabricar.

• • •

El avión a reacción no era la única arma nueva y superior que habría podido abandonar el estadio experimental para ser fabricada en serie en 1944. También teníamos una bomba volante teledirigida, un avión cohete aún más rápido que los aparatos a reacción, una bomba cohete que se dirigía automáticamente contra los aviones enemigos por las ondas de calor, un torpedo que podía captar sonidos y, de esta forma, perseguir y hacer blanco en los buques aunque éstos huyeran en zigzag. También se había concluido el desarrollo de un cohete tierra-aire. El constructor Lippisch había diseñado aviones a reacción, según el principio monoplano, muy avanzados para el estado de la técnica aérea de aquel tiempo.

Casi adolecíamos de un exceso de proyectos en fase de desarrollo; si nos hubiéramos concentrado en algunos con la suficiente antelación, es probable que hubiésemos podido terminar antes muchas cosas. Por este motivo se decidió, durante una conferencia con las autoridades competentes, no fomentar tanto las nuevas ideas e impulsar enérgicamente una cantidad de prototipos adecuada a nuestra capacidad de desarrollo de aquellas sobre las que ya se estaba trabajando.

Fue otra vez Hitler quien, a pesar de todos los errores tácticos de los aliados, realizó unas jugadas que contribuyeron al éxito de la ofensiva aérea enemiga en 1944: no sólo puso trabas al desarrollo del caza y después lo convirtió en un cazabombardero, sino que pretendió vengarse de Inglaterra empleando los nuevos cohetes. Por orden suya, a partir de julio de 1943 nuestra enorme capacidad industrial se orientó a la construcción de los pesados cohetes autopropulsados conocidos con el nombre de V2, de catorce metros de longitud y más de trece toneladas de peso, de los cuales quería que se produjeran 900 unidades cada mes. Resultaba absurdo querer vengarse en 1944 de las flotas de bombarderos enemigas, que con sus 4100 trimotores arrojaron diariamente sobre Alemania un promedio de 3000 toneladas de bombas durante varios meses, empleando para ello un arma que habría enviado a Inglaterra 24 toneladas de material explosivo al día: el equivalente a lo que arrojaban en un solo ataque seis Fortalezas Volantes[306].

Es posible que uno de los errores más graves que cometí mientras dirigía el armamento alemán fue que no sólo aprobé esta decisión de Hitler, sino que incluso la apoyé, cuando habríamos hecho mejor en concentrar nuestros esfuerzos en producir cohetes defensivos tierra-aire. Este programa, que recibió el nombre de Cascada, había alcanzado ya tal desarrollo en el año 1942 que pronto habría sido posible fabricar los cohetes en serie si a partir de entonces hubiéramos concentrado

en la tarea la capacidad de los técnicos y científicos que trabajaban en Peenemünde bajo la dirección de Wernher von Braun[307].

El cohete tierra-aire, de ocho metros de largo, podía transportar unos 300 kilos de explosivo hasta 15 000 metros de altura y estaba dirigido por un sensor que le permitía alcanzar con absoluta seguridad los bombarderos enemigos, independientemente de que fuera de día o de noche o de que hubiera nubes o niebla. Así como más adelante pudimos producir 900 unidades del gran cohete ofensivo cada mes, sin lugar a dudas también habríamos podido fabricar unos cuantos miles de estos pequeños cohetes, menos costosos. Sigo pensando que los cohetes defensivos, junto a los cazas a reacción, habrían hecho fracasar, a partir de 1944, la ofensiva aérea de los aliados occidentales contra nuestras industrias. En cambio, se dedicó una enorme cantidad de dinero y esfuerzo al desarrollo y producción de cohetes de largo alcance, los cuales, cuando por fin estuvieron listos para su empleo en otoño de 1944, demostraron ser un fracaso casi total. El más caro de nuestros proyectos fue al mismo tiempo el más insensato. Nuestro orgullo y la que constituyó temporalmente mi meta armamentista favorita resultó la única inversión equivocada. Además, fue una de las causas de que se perdiera la guerra aérea defensiva.

• • •

Ya desde el invierno de 1939 mantenía un estrecho contacto con la base experimental de Peenemünde, aunque al principio sólo era responsable de ejecutar sus proyectos de edificación. Me encontraba a gusto en aquel círculo de jóvenes científicos e inventores apolíticos a la cabeza del cual se encontraba Wernher von Braun, de veintisiete años, hombre de ideas claras y que pensaba en el futuro de una manera realista. Resultaba

extraordinario que un equipo tan joven e inexperto tuviera la oportunidad de recibir cientos de millones de marcos para desarrollar un proyecto de tan largo plazo de ejecución. Bajo el mando del paternal coronel Walter Dornberger, estos jóvenes podían trabajar, libres de trabas burocráticas, en ideas que a veces parecían utópicas.

Lo que en 1939 no empezaba más que a perfilarse en aquel lugar ejercía sobre mí una extraña fascinación: en cierto modo parecían estar planificando un milagro. Esos técnicos con sus fantásticas visiones, esos románticos calculadores, me impresionaban profundamente en cada visita que hacía a Peenemünde y me sentí de algún modo identificado con ellos. Este sentimiento se mantuvo incluso cuando Hitler, a fines de otoño de 1939, despojó de todo carácter de urgencia al proyecto de producción de cohetes, con lo que éste perdió automáticamente la mano de obra y el material que necesitaba. Mediante un acuerdo tácito con la Dirección General de Armamentos y sin autorización expresa, seguí construyendo las instalaciones de Peenemünde; una actitud que posiblemente sólo yo podía permitirme.

Por supuesto, al ser nombrado ministro de Armamentos me interesé aún más por aquel gran proyecto. Sin embargo, Hitler siguió contemplándolo con escepticismo: con la desconfianza sistemática que le inspiraba cualquier innovación que, como el avión a reacción o la bomba atómica, se encontraban más allá del horizonte técnico de la generación de la Primera Guerra Mundial y pertenecían a un mundo desconocido para él.

El 13 de junio de 1942 los jefes de Armamentos de los tres ejércitos de la Wehrmacht (mariscal Milch, almirante Witzell y capitán general Fromm) y yo volamos a la base de Peenemünde. En un claro del bosque de pinos se elevaba frente a nosotros, sin ningún apoyo, un proyectil de aspecto irreal que tenía una

altura de cuatro pisos. El coronel Dornberger, Wernher von Braun y su equipo esperaban con la misma tensión que nosotros el resultado del primer lanzamiento. Yo conocía las esperanzas que el joven inventor tenía puestas en este experimento, que para él y su equipo no representaba el desarrollo de una nueva arma, sino un paso hacia la tecnología del futuro.

Unos ligeros vapores anunciaron que se estaban llenando los tanques de combustible. En el segundo previsto, como vacilante al principio, pero con el rugido de un gigante desbocado a continuación, el cohete empezó a elevarse lentamente, por una fracción de segundo pareció permanecer inmóvil sobre su cola de fuego y acto seguido desapareció, silbando, entre las nubes bajas que cubrían el cielo. Wernher von Braun estaba radiante; yo, en cambio, me quedé atónito ante la precisión de aquella maravilla técnica, así como por lo que tenía de anulación de todas las leyes de la gravedad el hecho de que trece toneladas se elevaran verticalmente hacia el cielo sin que ningún dispositivo mecánico las pilotara.

Los especialistas nos estaban explicando a qué distancia se encontraba el proyectil cuando, minuto y medio después, un silbido que se oía cada vez más fuerte nos indicó que el cohete descendía cerca de allí. Quedamos petrificados cuando el proyectil cayó a un kilómetro de donde nos encontrábamos. Más tarde supimos que el mecanismo de control del cohete había fallado; pero, a pesar de ello, los técnicos se mostraron satisfechos, ya que habían solucionado el problema más difícil, el del despegue. Hitler, por el contrario, continuó oponiendo «gravísimos reparos» al proyectil, y puso en duda que alguna vez «pudiera garantizarse» la exactitud del disparo[308].

El 14 de octubre de 1942 pude comunicarle que sus reparos carecían ya de fundamento: el segundo cohete había recorrido con éxito el trayecto previsto de 190 kilómetros y había

alcanzado el blanco con una desviación de sólo cuatro kilómetros. Por primera vez en la historia, un producto del ingenio humano había rozado el espacio a más de cien kilómetros de altura; era como avanzar hacia un sueño. Por fin también Hitler se mostró vivamente interesado. Y, como de costumbre, sus deseos superaron todas las posibilidades: pidió que cuando se empleara por primera vez el cohete con fines bélicos se dispararan 5000 proyectiles, «con el fin de realizar un ataque en masa»[309].

Tras este éxito tuve que encargarme de adelantar el comienzo de la producción en serie. Aunque el cohete no estaba preparado todavía para ello, el 22 de diciembre de 1942 presenté a la firma de Hitler la orden correspondiente[310]. Creí poder asumir el riesgo que esto implicaba, pues el nivel de desarrollo alcanzado y las promesas del equipo de Peenemünde debían permitirnos tener asentadas las bases técnicas definitivas antes de julio de 1943.

Por encargo de Hitler, en la mañana del 7 de julio de 1943 invité a Dornberger y a Von Braun a acudir al cuartel general: Hitler deseaba ser informado sobre los detalles del V2. Una vez estuvimos reunidos, nos encaminamos a la sala de proyección, donde algunos colaboradores de Wernher von Braun habían dispuesto lo necesario para mostrar el proyecto. Tras una breve introducción y con la sala a oscuras se proyectó una película en color en la que Hitler fue testigo, por primera vez, del majestuoso espectáculo de un gran cohete que despegaba del suelo por impulso propio y desaparecía en la estratosfera. Sin la menor inhibición y con un entusiasmo totalmente juvenil, Von Braun explicó sus planes, y no hay duda: se metió a Hitler definitivamente en el bolsillo. Dornberger discutió algunas cuestiones organizativas y yo propuse a Hitler que Von Braun fuera nombrado profesor.

—Sí, organícelo enseguida con Meissner —contestó con viveza—. En este caso incluso firmaré personalmente el nombramiento.

Hitler se despidió con gran cordialidad de los componentes del equipo de Peenemünde; estaba impresionado y lleno de entusiasmo al mismo tiempo. De regreso a su bunker, se embriagó por completo con las perspectivas que ofrecía este proyecto:

—La A4 será decisiva para la guerra. ¡Y qué alivio para la patria cuando ataquemos con ella a los ingleses! Esta arma es definitiva y, además, se puede fabricar con medios relativamente reducidos. Usted, Speer, tiene que impulsar la A4 con todas sus fuerzas. Tiene que poner de inmediato a su disposición todo el material y la mano de obra que necesiten. Yo ya iba a firmar el decreto sobre el programa de fabricación de tanques, pero ahora debe modificarlo de modo que la producción de A4 tenga la misma importancia. Sin embargo —añadió Hitler a continuación—, solamente podremos emplear a alemanes para fabricar estas armas. ¡Que Dios se apiade de nosotros si en el extranjero se enteran de este asunto[311]!

Cuando volvimos a estar solos me habló de lo único que no estaba dispuesto a creer:

—¿No se ha equivocado usted? ¿Ese muchacho tiene veintiocho años? ¡Yo le habría echado aún menos!

De todos modos, le pareció sorprendente que un hombre tan joven hubiese podido llevar a la práctica una idea técnica que cambiaba las perspectivas del futuro. Más tarde, cuando explicaba a veces su teoría de que los hombres de nuestro siglo desperdiciaban sus mejores años en futilidades, mientras que Alejandro Magno ya había establecido un gran imperio a los veintitrés años y Napoleón había conseguido sus geniales victorias a los treinta, podía suceder que mencionara también a

Wernher von Braun, que en plena juventud había creado en Peenemünde un milagro técnico.

En otoño de 1943 nos dimos cuenta de que nos habíamos precipitado con nuestras expectativas. Los últimos esquemas constructivos no pudieron entregarse en julio, tal como se había prometido, por lo que tampoco se pudo pasar a la pronta fabricación en serie. Hubo muchos fallos. En los primeros experimentos de disparo real se produjeron inexplicables explosiones prematuras cuando el cohete regresaba a la atmósfera[312]. Quedaban todavía muchos problemas por resolver, como advertí en un discurso que pronuncié el 6 de octubre de 1943, por lo que era prematuro «hablar de un empleo seguro de esta nueva arma». La enorme complicación del mecanismo aumentaba la distancia, siempre grande, entre fabricarlo pieza por pieza y producirlo en serie.

Hubo de transcurrir casi un año más: los primeros cohetes fueron lanzados contra Inglaterra a primeros de septiembre de 1944. A pesar de los deseos de Hitler, no se lanzaron 5000 de una sola vez, sino 25 en diez días.

• • •

También Himmler despertó al ver que el proyecto V2 suscitaba el entusiasmo de Hitler. Seis semanas más tarde le hizo una propuesta que permitía garantizar de la forma más sencilla imaginable la confidencialidad de un programa de armamentos que se esperaba que fuera decisivo para la guerra: si los internados en los campos de concentración se ocupaban de todo el proceso, quedaría excluido todo contacto con el exterior, ya que ni siquiera existía el correo; se comprometía también a suministrar los especialistas necesarios, que conseguiría entre los propios prisioneros. La industria sólo debería facilitarle los ingenieros y los directores de producción. Hitler aceptó la propuesta, mientras que a Saur y a mí no nos quedó más

remedio que hacer lo mismo, ya que no podíamos formular ninguna más efectiva[313].

La consecuencia fue que hubimos de negociar con la jefatura de las SS el reglamento de una empresa común: la «fábrica mixta». Mis colaboradores se pusieron a la tarea con cierta vacilación y sus temores no tardaron en verse confirmados. Aunque en el terreno formal seguíamos controlando la producción, en los casos dudosos nos vimos obligados a someternos a la mayor autoridad de la jefatura de las SS. Por decirlo así, Himmler había metido un pie en nuestra puerta y nosotros mismos le habíamos ayudado a abrirla.

Mi colaboración con Himmler había comenzado con una desavenencia que se produjo entre nosotros en cuanto fui nombrado ministro. Casi todos los ministros del Reich cuyo peso personal o político debiera ser tenido en cuenta por Himmler recibían de él un cargo honorífico en las SS. A mí me ofreció una distinción particularmente elevada: quería nombrarme *Oberstgruppenführer* de las SS, categoría equivalente a la de capitán general y que hasta entonces había sido otorgada en contadas ocasiones. Aunque Himmler me hizo saber lo inusitado que resultaba aquel honor, rechacé cortésmente su oferta diciéndole que también había declinado las ofertas del Ejército de Tierra[314] y de las SA y el NSKK de distinguirme con cargos honoríficos. De todos modos, para quitar hierro a mi negativa, le propuse recuperar mi antigua adscripción a las SS de Mannheim, sin sospechar que no se me contaba como miembro de aquella organización.

Concediendo tales distinciones, Himmler intentaba conseguir influencia y entrometerse en campos que estaban al margen de sus competencias. En mi caso, la desconfianza que yo abrigaba demostró estar más que justificada, porque Himmler hizo enseguida todo lo posible para inmiscuirse en asuntos del

armamento del Ejército de Tierra, para lo que nos ofrecía de buen grado un número incontable de sus internados en los campos de concentración y hacía uso de su poder, ya en 1942, para presionar a varios de mis colaboradores. Por lo que cabía deducir, pensaba convertir los campos de concentración en grandes y modernos centros productivos dedicados sobre todo a fabricar armamento bajo el control directo de las SS. Fromm me hizo notar entonces que aquello podía poner en peligro la dotación armamentística del Ejército de Tierra y Hitler, como se vio enseguida, estuvo de mi parte. Antes de la guerra ya habíamos experimentado lo que significaba que las SS fabricaran ladrillos y se ocuparan de trabajar el granito; los resultados habrían asustado a cualquiera. El 21 de septiembre de 1942 Hitler resolvió la disputa: los internados en los campos trabajarían en empresas sometidas a la organización industrial de armamentos. De momento, los afanes de expansión de Himmler en este terreno quedaban frenados[315].

Al principio, los directores de las fábricas se quejaron de que los internos llegaban en un estado de gran debilidad y que al cabo de unos meses estaban completamente agotados y había que devolverlos a los campos. Teniendo en cuenta que el período de aprendizaje llevaba unas semanas y que andábamos escasos de instructores, no podíamos permitirnos repetir cada pocos meses el período de formación de los recién llegados. Gracias a nuestras quejas, las condiciones sanitarias y la alimentación en los campos de las SS experimentaron una mejora notable. Durante mis visitas de inspección a las fábricas de producción de armamentos no tardé en ver prisioneros con caras más satisfechas y mejor alimentados[316].

• • •

Hitler quebrantó la regla según la cual en la producción de armamentos trabajábamos con independencia cuando dio la

orden de instalar una fábrica para producir cohetes a gran escala bajo el mando de las SS.

Antes de la guerra se había establecido, en un apartado valle del Harz, un sistema de cuevas subterráneas muy ramificado en el que se almacenaban productos químicos necesarios para el combate. Aquí visité el 10 de diciembre de 1943 las amplias instalaciones subterráneas en donde debían fabricarse los cohetes V2 en el futuro. En naves de longitud interminable, los internos de los campos de concentración se ocupaban en montar máquinas y tender instalaciones. No mostraban expresión alguna al verme; tenían la mirada perdida en el vacío y a nuestro paso se quitaban mecánicamente la gorra de dril azul de presidiarios.

No puedo olvidar a un profesor del Instituto Pasteur de París que declaró como testigo en el proceso de Nuremberg. Había trabajado en la fábrica mixta que visité aquel día. Imparcialmente, sin la menor excitación, expuso las condiciones inhumanas de aquella fábrica igualmente inhumana: me resulta inolvidable y me sigue inquietando su acusación desprovista de odio; sólo estaba triste, quebrantado y aturdido por tanta degeneración humana.

Desde luego, las condiciones en que vivían aquellos prisioneros eran realmente bárbaras, y cada vez que pienso en ello me invade un sentimiento de honda consternación y de culpa personal. Según supe por los vigilantes después de la visita de inspección, las condiciones sanitarias eran deficientes, proliferaban las enfermedades y, como los prisioneros se alojaban en húmedas cuevas situadas en el mismo lugar de trabajo, la mortalidad era muy elevada[317]. Aquel mismo día di las órdenes oportunas para que se levantara enseguida un campamento de barracones en una colina cercana y autoricé el suministro de los materiales necesarios. Además, insté a la

dirección del campo de las SS a adoptar de inmediato toda clase de medidas para mejorar las condiciones sanitarias y la alimentación de los hombres.

En realidad, hasta entonces apenas me había preocupado de aquellas cuestiones; como los jefes de campamento me garantizaron que todo se haría como yo había dispuesto, las descuidé durante un mes más. Sin embargo, el 13 de enero de 1944 el doctor Poschmann, asesor médico de todos los departamentos de mi Ministerio, me volvió a pintar con los colores más negros las condiciones higiénicas de la fábrica mixta, y al día siguiente envié allí a uno de mis jefes de Sección[318]. Al mismo tiempo, el doctor Poschmann comenzó a ordenar medidas sanitarias adicionales. Algunos días más tarde, yo mismo caí enfermo. Poco después de mi regreso, el 26 de mayo, el doctor Poschmann me informó de que había médicos civiles empleados en numerosos campos de trabajo, pero que tropezaba con algunas dificultades. Aquel mismo día recibí un grosero escrito de Robert Ley en el que este se quejaba, por razones de procedimiento, de la actividad del doctor Poschmann. Opinaba que la atención médica en los campos era únicamente de su incumbencia y me exigía, muy enojado, no sólo que amonestara al doctor Poschmann, sino que le prohibiera volver a interferir en sus competencias, que le pidiera cuentas y lo sometiera a expediente disciplinario. Le contesté sin demora que no veía ningún motivo que me obligara a someterme a sus exigencias y que, al contrario, todos teníamos el máximo interés en que los prisioneros disfrutaran de una atención médica suficiente[319]; aquel mismo día discutí con el doctor Poschmann la posibilidad de tomar medidas médicas complementarias. Como lo había puesto todo en marcha con la aquiescencia del doctor Brandt y, más allá de las consideraciones humanitarias, también el sentido común estaba de nuestra parte, no me preocupé en absoluto por la reacción de Ley. Estaba seguro de que Hitler no sólo le

recordaría sus límites a la burocracia del Partido, sino que se burlaría de ésta.

No volví a tener noticias de Ley. Tampoco Himmler tuvo éxito cuando intentó demostrarme que podía obrar a su antojo incluso contra personas importantes. El 14 de marzo de 1944 ordenó detener a Wernher von Braun y a dos de sus colaboradores. Se comunicó al jefe del departamento central que habían violado una de mis disposiciones al dejarse distraer de sus importantes cometidos bélicos por proyectos pacíficos. Efectivamente, Von Braun y sus colaboradores habían hablado muchas veces, sin ninguna inhibición, de sus ideas respecto a la posibilidad de que, en un futuro lejano, un cohete transportara el correo entre Estados Unidos y Europa. Se aferraban a sus sueños con imprudencia e ingenuidad y dejaron que una revista ilustrada reprodujera unos dibujos llenos de fantasía. Cuando Hitler acudió a visitarme a Klessheim mientras estaba enfermo, aproveché que me trataba con sorprendente consideración para hacerle prometer que liberaría a los tres detenidos. Tardó una semana en hacerlo, y un mes y medio después seguía refunfuñando por lo duro que le había resultado adoptar aquella medida. Según consta en el Acta de reuniones del *Führer* del 13 de mayo de 1944, Hitler sólo accedía a mis deseos «en el asunto B […] mientras aquél [hombre] me fuera indispensable y no estuviera involucrado en ningún procedimiento criminal, por graves que pudieran ser las consecuencias generales derivadas de esta actuación». No obstante, Himmler consiguió su objetivo: de entonces en adelante, ni siquiera los principales miembros del equipo de desarrollo de cohetes se sintieron seguros frente a la arbitrariedad de sus decisiones. Al fin y al cabo, era perfectamente posible que yo no siempre estuviera en situación de conseguir su libertad con rapidez.

• • •

Hacía mucho tiempo que Himmler se proponía establecer un consorcio económico privativo de las SS, pero Hitler —o al menos así me lo parecía— era reacio a la idea y yo también. Quizá fuera esta una de las razones de la extraña conducta de Himmler durante mi enfermedad. En aquellos meses convenció definitivamente a Hitler de que una gran empresa económica de las SS podría ofrecer innumerables ventajas, y a principios de junio de 1944 éste me pidió que apoyara la aspiración de las SS de montar un imperio económico que abarcara desde las materias primas hasta la industria de acabados. Para apoyar su exigencia alegó un argumento que sonaba bastante inadecuado: que las SS debían disponer de poder suficiente para que sus futuros sucesores pudieran enfrentarse, por ejemplo, a un ministro de Hacienda que pretendiera limitar sus medios.

Esto era lo que yo había temido desde el comienzo de mi actividad ministerial. Sin embargo, logré que Hitler estableciera que las empresas de Himmler «tendrían que estar sometidas a los mismos controles que el resto de la producción bélica y de armamentos», con el fin de que «una parte de la Wehrmacht no emprendiera el camino de la independencia después de que yo, tras dos años de arduos esfuerzos, consiguiera unificar el armamento de las tres armas de la Wehrmacht»[320]. Hitler me prometió apoyarme frente a Himmler, pero no tenía ninguna certeza respecto a su capacidad de imponerse; por otra parte, no cabía duda de que Himmler había sido informado por Hitler de esta entrevista cuando me invitó a su casa de Berchtesgaden.

Aunque a veces el *Reichsführer* SS parecía un visionario cuyos delirios ideológicos le resultaban ridículos incluso a Hitler, también podía ser una persona realista que pensaba con lucidez y tenía bien claras sus ambiciosas metas políticas. En las reuniones era de una corrección amable, a veces algo forzada, nunca cordial, y siempre procuraba tener como testigo a uno de los miembros de su plana mayor. Tenía la virtud —rara en

aquella época— de escuchar con paciencia los argumentos de sus visitantes. En las discusiones solía dar una impresión de suspicacia y pedantería y parecía meditar sus palabras a fondo y sin prisas. Era evidente que no le importaba si de aquel modo sugería rigidez o limitación intelectual. Su departamento trabajaba con la precisión de una máquina bien engrasada, lo que al mismo tiempo podía ser reflejo de su falta de personalidad; en cualquier caso, siempre tuve la sensación de que su carácter indefinido se reflejaba en el estilo totalmente neutro de su secretaría. Sus escribientes eran muchachas jóvenes que de ningún modo podían considerarse bellas, pero que siempre parecían muy diligentes y concienzudas.

Himmler sometió a mi consideración una idea de vasto alcance que había meditado a fondo. A pesar de todos los esfuerzos de Saur, las SS se habían apropiado, durante mi enfermedad, de la importante factoría de armamentos húngara Manfred-Weiss. Himmler me explicó que quería crear en torno a aquel núcleo un gran consorcio económico y me pidió que le sugiriera un especialista para ocuparse de tan gigantesca empresa. Tras reflexionar unos instantes le propuse para el cargo a Paul Pleiger, que había levantado grandes empresas de acero para el Plan Cuatrienal y que era un hombre enérgico y obstinado que, dadas sus numerosas relaciones con la industria, no se lo pondría fácil a Himmler para ampliar desmesuradamente su compañía. Pero a Himmler no le gustó mi consejo y no volvió a hablarme de sus planes de futuro.

Tres de los colaboradores de Himmler, Pohl, Jüttner y Berger, eran hombres medianamente bonachones, a pesar de su forma terca y desconsiderada de negociar: tenían esa clase de banalidad que en una primera impresión resulta agradable. Sin embargo, otros dos colaboradores exteriorizaban la misma frialdad que su jefe: tanto Heydrich como Kammler eran rubios, de ojos azules y cráneo alargado, siempre bien vestidos y bien

educados. Los dos eran capaces de adoptar decisiones inesperadas en cualquier momento y sabían imponerlas con una rara tenacidad frente a toda clase de resistencias. La elección de Kammler era significativa porque, a pesar de todo su fanatismo ideológico, en cuestiones de personal no daba ningún valor al hecho de que alguien fuera un viejo miembro del Partido; para Himmler era más importante haber encontrado a un hombre enérgico, de comprensión rápida y exceso de celo. En primavera de 1942 Himmler nombró a Kammler, hasta entonces un alto funcionario del Ministerio del Aire, jefe de construcciones de las SS y en verano de 1943 lo destinó al programa de desarrollo de cohetes. Durante la colaboración que resultó de este nombramiento, el nuevo hombre de confianza de Himmler demostró ser un hombre calculador, frío, despiadado, fanático en la persecución de sus metas, que sabía definir con tanto cuidado como falta de escrúpulos.

Himmler le asignaba una misión tras otra y lo acercaba a Hitler siempre que podía; pronto empezaron a circular rumores de que pretendía que Kammler fuera mi sucesor[321]. En ese tiempo me agradaba la objetiva frialdad de aquel hombre que era mi asociado en muchas tareas, mi rival en cuanto a su supuesta posición futura y mi reflejo en su forma de trabajar y su trayectoria; también él procedía de una familia burguesa acomodada, tenía estudios universitarios, había sido descubierto por su actividad en el ramo de la construcción y había hecho una rápida carrera en campos que, en el fondo, no eran de su especialidad.

• • •

Durante la guerra, el número de trabajadores determinaba en gran medida la capacidad de las empresas. Ya a principios de los años cuarenta, y después con una rapidez creciente, las SS comenzaron a montar campos de trabajo en secreto y a procurar

que se llenaran. En una carta del 7 de mayo de 1944, el jefe de sección Schieber me hizo notar que las SS aspiraban a emplear su poder para obtener la mano de obra necesaria para llevar a cabo su expansión económica. Además, las SS tendían cada vez más irreflexivamente a sustraer mano de obra extranjera de nuestras fábricas, arguyendo transgresiones insignificantes que les permitían detener a los delincuentes y llevarlos a sus propios campos[322]. Mis colaboradores estimaron que durante la primavera de 1944 las SS nos habían quitado por este procedimiento entre 30 000 y 40 000 trabajadores al mes. Por consiguiente, a comienzos de junio de 1944 expliqué a Hitler que yo «no podía resistir una reducción anual de 500 000 trabajadores, menos aún teniendo en cuenta que en gran parte se trataba de obreros cualificados a los que había costado gran trabajo instruir». Estos hombres «debían ser devueltos lo antes posible a su profesión primitiva». Hitler me prometió que después de mantener una entrevista con Himmler y conmigo decidiría a mi favor[323]. Pero Himmler, tanto delante de mí como de Hitler, se limitó sencillamente a negar que se llevaran a cabo tales prácticas, a pesar de la incuestionable realidad.

Los mismos prisioneros, según pude confirmar en ocasiones, temían la creciente ambición económica de Himmler. Recuerdo un recorrido que hice en verano de 1944 por las fábricas de acero de Linz, un lugar en que los prisioneros se movían con libertad entre el resto de los trabajadores. Estaban al pie de las máquinas montadas en las naves de la fábrica y servían de auxiliares a los obreros cualificados, que conversaban despreocupadamente con ellos. No los vigilaban hombres de las SS, sino soldados del ejército. Cuando nos encontramos con un grupo de veinte rusos, les pregunté por medio del intérprete si estaban satisfechos del trato que se les daba. Dijeron que sí con gestos de apasionada aprobación. Su aspecto confirmaba lo que decían; al contrario que los hombres que se iban consumiendo

lentamente en las cuevas de la fábrica mixta, estaban bien alimentados. Y cuando, por decirles algo, les pregunté si no preferirían regresar al campo de donde procedían, vi que se asustaban; sus rostros expresaron un terror no disimulado.

No seguí haciendo preguntas. ¿Para qué? En el fondo sus caras ya lo decían todo. Cuando hoy trato de profundizar en las sensaciones que experimenté entonces; cuando, después de toda una vida, intento averiguar lo que realmente me guiaba, si la lástima, la irritación, la pena o el enojo, me parece que la desesperada carrera contra el tiempo, la testarudez obsesiva por las cifras de producción se superpusieron a todas las consideraciones y sentimientos de humanidad. Un historiador americano ha dicho de mí que yo amaba más a las máquinas que a los seres humanos[324]. No le falta razón; me doy cuenta de que ver a hombres sufriendo sólo influía en mis sensaciones, no en mi forma de comportarme. En el nivel emotivo me permitía el sentimentalismo, pero en el nivel de las decisiones, por el contrario, seguía dominando el principio de la utilidad. En el proceso de Nuremberg, el empleo de prisioneros en las fábricas de armamentos fue motivo de acusación y de reproche contra mí.

El tribunal estableció que mi culpa habría sido mayor si, oponiéndome a Himmler, hubiera conseguido incrementar el número de nuestros prisioneros y, con ello, las posibilidades de supervivencia de algunos hombres más. Paradójicamente, hoy me sentiría mejor si hubiera sido más culpable en este sentido. Pero ni los criterios de Nuremberg ni la enumeración de las víctimas salvadas inciden en lo que actualmente siento. Lo que me intranquiliza mucho más es no haber visto reflejada en las caras de aquellos prisioneros la fisonomía del régimen, cuya existencia yo trataba tan obsesivamente de prolongar en aquellas semanas y meses. No supe ver la posición moral que había fuera del sistema y que yo debería haber adoptado, y a veces me

pregunto quién era aquel joven, tan extraño a mí, que hace veinticinco años recorría la sala de máquinas de la fábrica de Linz o descendía a las galerías de la fábrica mixta.

Un día, allá por el verano de 1944, recibí la visita de mi amigo Karl Hanke, jefe regional de la Baja Silesia. En años anteriores me había hablado mucho de las campañas polaca y francesa; al informarme de los muertos y heridos, de dolores y tormentos, se había mostrado como un hombre compasivo. Esta vez, sin embargo, sentado en un sillón de cuero verde de mi despacho, parecía confuso y hablaba a trompicones. Me dijo que no aceptara nunca el ofrecimiento de visitar un campo de concentración en la Alta Silesia. Nunca, bajo ningún concepto. Había visto allí algo que no le estaba permitido describir, y tampoco podría hacerlo aunque quisiera.

No le hice ninguna pregunta, ni tampoco a Himmler, ni a Hitler, ni hablé de ello con mis amigos. No hice ninguna investigación. No quería saber lo que estaba ocurriendo allí. Debía de tratarse de Auschwitz. En aquel momento, mientras Hanke me ponía sobre aviso, toda mi responsabilidad se hacía real. Tuve que pensar sobre todo en aquellos instantes cuando en el proceso de Nuremberg constaté frente al tribunal internacional que yo, como miembro destacado de la jefatura del Reich, tenía que correr con parte de la responsabilidad por todo lo que había ocurrido, pues a partir de aquel momento quedé moralmente aprisionado de forma irremediable por los crímenes, ya que, por miedo a descubrir algo que me habría obligado a ser consecuente, cerré los ojos. Mi ceguera voluntaria contrarresta todo lo positivo que quise y debí hacer en el último período de la guerra. Comparadas con esta ceguera, mis actividades se reducen a nada. Precisamente porque en aquella ocasión fallé, aún hoy me sigo sintiendo personalmente responsable de Auschwitz.

CAPÍTULO XXVI

OPERACIÓN VALQUIRIA

Durante un vuelo sobre una planta hidrogenadora destruida por las bombas me sorprendió la precisión con que las flotas de bombarderos aliados hacían blanco en sus objetivos. De repente cruzó por mi cabeza el pensamiento de que, con esa exactitud, a los aliados tendría que resultarles muy fácil destruir todos los puentes del Rin en un solo día. Los expertos a quienes encomendé señalar la situación de esos puentes en las fotografías aéreas de los campos de cráteres abiertos por las bombas confirmaron mis temores. Me ocupé a toda prisa de que se prepararan las vigas metálicas adecuadas para poder, en caso necesario, reparar los puentes con rapidez. Además, ordené construir diez transbordadores y un buque-puente[325].

Diez días más tarde, el 29 de mayo de 1944, escribí preocupado a Jodl: «Me atormenta la idea de que un día puedan destruir todos los puentes del Rin, algo que, de acuerdo con la densidad de los bombardeos de los últimos meses, podría llegar a suceder. ¿En qué situación nos encontraríamos si el enemigo, después de cortar el paso a los ejércitos que se encuentran en los territorios occidentales ocupados, efectuara sus desembarcos en la costa alemana del mar del Norte en lugar de hacerlo por la parte de la muralla del Atlántico? Creo que eso sería perfectamente posible, pues el enemigo cuenta con una superioridad aérea absoluta, primera condición para el éxito de un desembarco en la costa norte de Alemania. En cualquier

caso, de hacerlo así sus pérdidas serían menores que las que podría sufrir atacando directamente la muralla del Atlántico».

Apenas disponíamos de tropas en suelo alemán. Mis temores me decían que si se ocupaban, mediante unidades de paracaidistas, los campos de aviación de Hamburgo y Bremen y acto seguido se tomaban, lo que requeriría pocas fuerzas, los puertos de estas ciudades, los ejércitos de invasión podrían ocupar Berlín e incluso Alemania entera en unos cuantos días sin hallar resistencia, puesto que los tres ejércitos que combatían en el Oeste no podrían pasar el Rin y los del frente oriental se encontrarían inmovilizados por los duros combates defensivos y, además, estarían demasiado lejos para poder intervenir a tiempo.

Esos temores eran casi tan peregrinos como las ideas que a veces tenía Hitler. En mi siguiente estancia en el Obersalzberg, Jodl me dijo con ironía que, para colmo, yo me había pasado al grupo de estrategas, pero Hitler no descartó mi idea. El 5 de junio de 1944, Jodl anotó en su diario: «Deben crearse en Alemania unas formaciones tales que, en caso de necesidad, puedan incorporar a los soldados de permiso y a los convalecientes al producirse una emergencia. Speer pondrá a su disposición las armas que se requieran para una acción de choque. Siempre hay unos 300 000 soldados de permiso en casa, lo que supone entre diez y doce divisiones»[326].

Esta idea había sido estudiada desde mucho antes sin que Jodl ni yo lo supiéramos. Desde mayo de 1942, bajo el nombre de «Operación Valquiria», se habían tomado disposiciones para reunir rápidamente, en caso de disturbios o de situaciones de emergencia, las unidades que se encontraran en Alemania[327]. Ahora el asunto despertó el interés de Hitler y el 7 de junio de 1944 se celebró una reunión en el Obersalzberg para tratarlo; en ella, además de Keitel y Fromm, participó también el coronel Von Stauffenberg.

El conde Stauffenberg había sido elegido por el general Schmundt, asistente jefe de Hitler, para ocuparse, como jefe del Estado Mayor, del trabajo de Fromm, que daba muestras de fatiga. Según me dijo Schmundt, Stauffenberg era considerado uno de los oficiales más inteligentes y capacitados de todo el ejército alemán[328]. El mismo Hitler me invitó en ocasiones a colaborar estrecha y confidencialmente con él. A pesar de las graves heridas sufridas, Stauffenberg conservaba un encanto juvenil y tenía un aire extrañamente poético y preciso al mismo tiempo; lo habían marcado dos experiencias formativas aparentemente irreconciliables: el círculo del poeta Stefan George y el Estado Mayor. Nos habríamos llevado bien incluso sin los comentarios de Schmundt. Después del suceso que ha quedado indisolublemente unido a su nombre he reflexionado a menudo sobre él y no he encontrado ningún pensamiento que lo defina tan bien como este de Hölderlin: «Un carácter extremadamente antinatural y absurdo si no es visto a la luz de las circunstancias que impusieron esta forma rígida a su delicado espíritu».

Las reuniones prosiguieron el 6 y el 8 de julio. Además de Hitler, alrededor de la mesa redonda situada junto a la gran ventana de la sala de estar del Berghof se sentaban Keitel, Fromm y otros oficiales; Von Stauffenberg, que llevaba una cartera muy abultada, tomó asiento junto a mí y explicó el plan de acción de la «Operación Valquiria». Hitler lo escuchaba atentamente y en la discusión que siguió aceptó la mayoría de sus propuestas. Al final decidió que, en caso de haber acciones combativas dentro del territorio del Reich, a los mandos militares les correspondía un poder ejecutivo ilimitado, mientras que los departamentos políticos —por consiguiente, sobre todo los jefes regionales en su calidad de comisarios de defensa del Reich— sólo actuarían como asesores. Esto significaba que las autoridades militares podían dar todas las instrucciones

necesarias directamente a los departamentos estatales y municipales, sin necesidad de consultar a los jefes regionales[329].

• • •

Ya fuera por casualidad o porque estaba preparado así, en aquellos días se hallaban reunidos en Berchtesgaden los principales militares conjurados, los mismos que, tal y como sé hoy, habían acordado unos días antes con Stauffenberg llevar a cabo el atentado contra Hitler con una bomba que tenía dispuesta el general de brigada Stieff. El 8 de julio me entrevisté con el general Friedrich Olbricht para discutir sobre la incorporación de trabajadores al Ejército, ya que no había podido ponerme de acuerdo en este sentido con Keitel, con quien había estado hablando poco antes. Como tantas otras veces, volvió a lamentarse de las dificultades que ocasionaría dividir en cuatro la organización de la Wehrmacht. Señaló también que resolviendo ciertas anomalías sería posible trasladar a cientos de miles de jóvenes soldados de la Luftwaffe al Ejército de Tierra.

Al día siguiente me reuní en el hotel Berchtesgadener Hof con el aposentador general Edward Wagner, con el general de transmisiones Erich Fellgiebel, con el general del Estado Mayor Fritz Lindemann y con el jefe de organización del Alto Mando del Ejército de Tierra, el general de brigada Helmut Stieff. Todos estaban implicados en la conjura y ninguno de ellos iba a sobrevivir a los meses siguientes. Quizá precisamente porque la resolución tanto tiempo demorada de dar un golpe de Estado era ya irrevocable, aquella tarde todos mostraron una actitud más bien despreocupada, como suele suceder después de adoptar grandes decisiones. La crónica de mi Ministerio consigna la estupefacción que sentí al constatar la forma en que estos oficiales trivializaban la desesperada situación de los frentes: «Según las palabras del aposentador general, las dificultades son

de poca monta[…]. Los generales tratan la situación del frente oriental con superioridad, como si no tuviera ninguna importancia»[330].

Sólo una o dos semanas antes, el general Wagner pintaba la situación con los colores más negros y formulaba peticiones de armamento tan desmesuradas para el caso de nuevas retiradas que yo de ningún modo habría podido satisfacerlas. Actualmente creo que sus exigencias sólo podían tener por objeto demostrar a Hitler que ya no era posible conseguir que el ejército dispusiera de suficientes armas y que íbamos camino de la catástrofe. En mi ausencia, mi colaborador Saur, apoyado por Hitler, había sermoneado al aposentador general, mucho mayor que él, como si se tratara de un colegial. Ese día me dirigí a él para expresarle mis simpatías, pero pude comprobar que aquello hacía tiempo que no lo preocupaba.

Hablamos extensamente de los problemas que se habían presentado en la dirección de la guerra por la falta de un mando superior adecuado. El general Fellgiebel describió el innecesario derroche de soldados y material que representaba que cada uno de los ejércitos de la Wehrmacht tuviera que disponer de una red de comunicaciones propia; la Luftwaffe y el Ejército de Tierra habían llegado a tender cables por separado hasta Atenas y Laponia. Aparte de las consideraciones económicas, la fusión de los distintos sistemas evitaría los roces. Sin embargo, Hitler siempre reaccionaba negativamente y con aspereza si se le insinuaba algo por el estilo. Yo mismo puse algunos ejemplos que demostraban las ventajas que comportaría la dirección unitaria del armamento de todas las ramas de la Wehrmacht.

Aunque solía mantener conversaciones inusitadamente francas con los conjurados, no me di cuenta de sus intenciones. Sólo una vez percibí que se estaba tramando algo, aunque no fue hablando con ellos, sino por unas palabras de Himmler. Sería a

fines del otoño de 1943 cuando éste mantuvo una conversación con Hitler en los terrenos del cuartel general; yo me hallaba cerca, así que fui testigo involuntario del siguiente diálogo:

—Así pues, ¿está usted de acuerdo, *mein Führer*, en que hable con la «eminencia gris» y haga como si colaborara con ellos?

Hitler asintió.

—Están tramando algo; quizá me entere de algo más si me gano su confianza. Si usted, *mein Führer*, tuviera conocimiento de mi actuación por terceras personas, ya sabrá mis motivos.

Hitler hizo un gesto de asentimiento.

—Naturalmente, tengo plena confianza en usted.

Después le pregunté a un asistente si sabía quién era apodado «eminencia gris».

—Ah, sí —repuso—. ¡Ése es Popitz, el ministro prusiano de Hacienda!

• • •

El azar se encargó de distribuir los papeles. Durante un tiempo pareció vacilar sobre si el 20 de julio de 1944 me haría estar en pleno centro del golpe de Estado, en la Bendlerstrasse, o en el centro de la defensa, el domicilio de Goebbels.

El 17 de julio, Fromm me expresó el deseo de Von Stauffenberg, jefe de su Estado Mayor, de que el 20 de julio acudiera a la Bendlerstrasse a comer con él para celebrar después una reunión. Sin embargo, como hacía tiempo que tenía concertado para última hora de esa mañana un discurso a los representantes del Gobierno del Reich y de la economía para explicarles la situación armamentística, tuve que excusar mi asistencia. A pesar de mi negativa, el jefe del Estado Mayor de Fromm insistió en invitarme el 20 de julio: era absolutamente necesario que fuera a verlo. Pero como no deseaba hacer el

esfuerzo adicional de debatir asuntos armamentísticos importantes con Fromm tras el acto sin duda fatigoso de aquella mañana, rehusé también esta segunda vez.

Mi conferencia comenzó hacia las once de la mañana en la representativa sala del Ministerio de Propaganda, decorada y pintada por Schinkel, que Goebbels había puesto a mi disposición. Se habían reunido unas doscientas personas: todos los ministros que estaban en Berlín y todos los secretarios y funcionarios importantes; acudió el círculo político berlinés al completo. Empecé repitiendo mi llamamiento para que se emplearan más a fondo los recursos nacionales; lo había formulado ya tantas veces que podía recitarlo casi maquinalmente. Después les mostré, por medio de gráficos, el estado en que se encontraba nuestra producción de armamentos.

Más o menos a la misma hora en que terminaba mi discurso y Goebbels, como anfitrión, pronunciaba algunas palabras de despedida, estalló en Rastenburg la bomba de Stauffenberg. Si los golpistas hubieran sido más hábiles, podrían haber aprovechado para detener a la vez, de forma paralela al atentado, el Gobierno del Reich prácticamente en pleno y a sus principales colaboradores, empleando para ello sólo a la figura casi proverbial del subteniente y a diez hombres más. Sin sospechar nada, Goebbels nos llevó a Funk y a mí a su despacho del Ministerio. Como era habitual en los últimos tiempos, estuvimos conversando sobre oportunidades fallidas o todavía posibles para movilizar a las fuerzas; entonces, un pequeño altavoz anunció:

—El cuartel general desea hablar urgentemente con el señor ministro. El doctor Dietrich está al aparato.

Goebbels repuso:

—Páseme la comunicación aquí.

Entonces se dirigió a su escritorio, levantó el auricular y preguntó:

—¿Doctor Dietrich? ¿Sí? Aquí Goebbels… ¿Qué? ¿Un atentado contra el *Führer*? ¿Hace un instante?… El *Führer* está vivo, dice usted… Ajá, en el barracón de Speer. ¿Se sabe algo más concreto? ¿Que el *Führer* cree que ha sido alguien de la Organización Todt?

Dietrich tenía prisa y la conversación terminó. Se había puesto en marcha la Operación Valquiria, el plan de acción de los conjurados para movilizar las reservas nacionales sobre el que deliberaban abiertamente desde hacía meses, incluso con Hitler.

«¡Sólo me faltaba esto!», pensé cuando Goebbels nos repitió lo que acababa de oír y mencionó que se sospechaba de alguien de la Organización Todt. Si se confirmaba esta suposición, mi prestigio estaría en juego, porque Bormann podría recurrir a mi responsabilidad como pretexto para urdir nuevas intrigas y reanudar sus insinuaciones. Goebbels ya se mostró colérico sólo porque no pude informarlo sobre las medidas de control a las que habían tenido que someterse los trabajadores de la Organización Todt antes de ser seleccionados para Rastenburg. Le dije que cientos de trabajadores entraban diariamente en la zona restringida I para reforzar el bunker de Hitler y que éste trabajaba actualmente en mi barracón porque era el único que disponía de una sala grande para reuniones y, además, estaba vacío durante mi ausencia. En tales circunstancias, dijo negando con la cabeza ante tanta irreflexión, debió de ser empresa fácil acceder al recinto mejor protegido y vigilado del mundo.

—¿Qué sentido tienen entonces todas las medidas de seguridad? —preguntó en el aire, como dirigiéndose a un responsable imaginario.

Goebbels se despidió de nosotros al cabo de poco; incluso en un caso así, tanto él como yo nos encontrábamos atados por

la rutina ministerial. Cuando por fin, a una hora avanzada, me fui a comer, ya me estaba esperando el coronel Engel, antiguo asistente de Hitler en el Ejército de Tierra. Me interesaba la opinión que pudiera tener de una memoria en la que yo exigía el nombramiento de un «subdictador», es decir, de un hombre provisto de unos poderes inhabituales que eliminara de una vez la inextricable organización triple y cuádruple de la Wehrmacht, sin consideración alguna hacia su prestigio, y estableciera por fin una organización efectiva. Aunque esta memoria, preparada hacía días, llevaba la fecha del 20 de julio sólo por casualidad, no dejaba de reflejar muchas de las ideas discutidas en las conversaciones con los que habían participado en la conjura[331].

Entretanto, no se me ocurrió la idea elemental de telefonear al cuartel general del *Führer* para informarme de los detalles del suceso. Probablemente pensé que, dada la excitación que un acontecimiento semejante tenía que suscitar a la fuerza, mi llamada sólo ocasionaría molestias; además, me pesaba la sospecha de que el autor del atentado pudiera proceder de mi organización. Después de comer, siguiendo mi agenda, recibí a Clodius, delegado del Ministerio de Asuntos Exteriores, que me informó sobre el modo de proteger el petróleo rumano. Sin embargo, antes de que la entrevista hubiera terminado recibí una llamada de Goebbels[332].

Su voz había sufrido un cambio notable desde la mañana; sonaba ronca y alterada.

—¿Puede usted interrumpir su trabajo enseguida? ¡Venga a verme! ¡Es muy urgente! No, no le puedo decir nada por teléfono.

Suspendí la entrevista y, a eso de las cinco de la tarde, me encaminé al domicilio de Goebbels. El ministro de Propaganda me recibió en un despacho del primer piso de su palacio residencial, situado al sur de la Puerta de Brandenburgo. Me

dijo apresuradamente:

—Acabo de saber por el cuartel general que se ha puesto en marcha un golpe militar en todo el Reich. Quiero tenerlo conmigo en esta situación. A veces me precipito en mis decisiones. Usted, con su aplomo, me será útil. Tenemos que obrar reflexivamente.

En realidad, la noticia me causó no menos excitación que a Goebbels. De repente acudieron a mi memoria las conversaciones que había tenido con Fromm, Zeitzler, Guderian, Wagner, Stieff, Fellgiebel, Olbricht o Lindemann. A la desesperada situación en todos los frentes, el éxito de la invasión enemiga, la superioridad del Ejército Rojo y la amenaza de ruina del abastecimiento de carburante se unía el recuerdo de nuestras críticas, a menudo amargas, sobre el diletantismo de Hitler, sus insensatas decisiones, sus continuas ofensas a oficiales de alta graduación, sus incesantes destituciones y afrentas. Desde luego, no pensé que Stauffenberg, Olbricht, Stieff y su círculo ejecutaran el golpe; más bien se lo habría atribuido a un hombre de temperamento colérico como Guderian. Más tarde descubrí que en aquel momento Goebbels ya estaba informado de que las sospechas se dirigían hacia Stauffenberg. Sin embargo, no me dijo nada. Tampoco me comunicó que justo antes de que yo llegara había estado hablando por teléfono con el propio Hitler[333].

Aun sin saber nada de esto, yo ya había tomado una decisión: en realidad me pareció que en aquel momento un golpe de Estado sería catastrófico; pero, una vez más, no supe ver su dimensión moral. Goebbels podía contar conmigo.

Las ventanas del despacho daban a la calle. Unos minutos después de mi llegada vi a unos soldados completamente equipados, con cascos de acero, granadas de mano en el cinturón y ametralladoras, dirigiéndose en pequeños grupos

hacia la Puerta de Brandenburgo. Una vez allí instalaron las ametralladoras e interrumpieron el tráfico mientras dos de ellos, fuertemente armados, se dirigían a la puerta de entrada del parque y montaban guardia. Llamé a Goebbels, quien comprendió enseguida lo que aquello significaba. Desapareció en el dormitorio contiguo, cogió unas pastillas de un estuche y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta, y dijo, muy tenso:

—¡Por lo que pudiera pasar!

Enviamos a un asistente a averiguar qué órdenes tenían aquellos centinelas, pero no sacamos gran cosa en claro. Los soldados que hacían guardia se mostraron poco locuaces y, finalmente, se limitaron a declarar:

—Aquí no entra ni sale nadie.

Las múltiples llamadas telefónicas de un Goebbels incansable generaron novedades confusas: Tropas de Potsdam habían iniciado su marcha hacia Berlín, adonde también se dirigían, al parecer, guarniciones de distintas provincias. Personalmente, a pesar de mi rechazo espontáneo del levantamiento, me sentía invadido por la extraña sensación de ser un simple testigo imparcial, como si no me importara lo más mínimo aquella febril actividad de Goebbels, que se mostraba nervioso y decidido. En algunos momentos la situación pareció más bien desesperada y se mostró muy preocupado. Sólo el hecho de que el teléfono continuara funcionando y que la radio no emitiera todavía ninguna proclama de los sublevados le hizo deducir que la parte contraria vacilaba. Desde luego, es incomprensible que los conjurados no pusieran fuera de servicio los medios de comunicación ni los utilizaran para sus propios fines, a pesar de que semanas atrás habían establecido un detallado programa que preveía no sólo detener a Goebbels, sino también ocupar la Central de Telecomunicaciones de Berlín, la Jefatura Superior de Telecomunicaciones, la Central de

Comunicaciones de las SS, la Central de Correos del Reich, las emisoras más importantes, situadas en los alrededores de Berlín, y la Jefatura de Radio[334]. Sólo se habrían necesitado unos cuantos soldados para penetrar en el domicilio de Goebbels y detener al ministro sin hallar resistencia, pues no disponíamos más que de un par de pistolas para defendernos. Es probable que Goebbels hubiera tratado de impedir la detención tomando las pastillas de cianuro que tenía preparadas, con lo cual los conjurados se habrían deshecho de su enemigo más capacitado.

También resultó muy sorprendente que, durante unas horas tan críticas, Goebbels no pudiera comunicarse con Himmler, el único que disponía de gente de incuestionable confianza para sofocar el levantamiento. Como no conseguía encontrar una razón plausible que explicara aquella falta de contacto, expresó varias veces su desconfianza hacia el jefe nacional de las SS y ministro del Interior, y siempre me ha parecido un síntoma de la incertidumbre que reinaba en aquellos momentos el hecho de que dudara abiertamente de que un hombre como Himmler mereciera su confianza.

¿Expresaba también su recelo hacia mí que durante una conversación telefónica me invitara a entrar en una habitación contigua? Me dejó sentir su escepticismo sin mucho disimulo. Después se me ha pasado por la cabeza que quizá creyera que la mejor forma de estar seguro de mí era tenerme cerca de él, sobre todo teniendo en cuenta que las primeras sospechas habían recaído sobre Stauffenberg y, por lo tanto, también forzosamente sobre Fromm. Al fin y al cabo, Goebbels conocía mi amistad con este último, al que hacía tiempo que calificaba de «enemigo del Partido».

También yo pensé enseguida en él. Cuando Goebbels me hubo dejado a solas, pedí que me comunicaran con la central telefónica de la Bendlerstrasse para hablar con Fromm, quien

estaría en mejores condiciones que nadie para facilitarme detalles.

—El capitán general Fromm no puede ponerse —me dijeron.

Ignoraba que en aquellos momentos ya estaba encerrado en una habitación de la Bendlerstrasse.

—Entonces comuníqueme con su asistente.

Me respondieron que nadie contestaba en ese número.

—Pues entonces haga el favor de ponerme con el general Olbricht.

Éste se puso enseguida al aparato.

—¿Qué pasa, mi general? —le pregunté, empleando el habitual tono de broma que contribuía a salvar situaciones difíciles—. Tengo que trabajar y aquí hay unos soldados que me impiden salir de casa de Goebbels.

Olbricht se disculpó:

—Lo siento mucho; en su caso, se trata de un error. Lo arreglaré enseguida.

El general colgó el teléfono antes de que yo pudiera seguir preguntándole nada. Por mi parte, evité dar cuenta a Goebbels de mi conversación con Olbricht, cuyo tono y contenido insinuaban un acuerdo que podía suscitar su desconfianza.

Schacht, jefe regional en funciones de Berlín, entró entonces en la habitación en la que yo estaba. Un conocido suyo llamado Hagen acababa de responderle de la integridad nacionalsocialista del comandante Remer, cuyo batallón había cercado el distrito gubernamental. Goebbels trató enseguida de hacerlo venir. Cuando obtuvo su conformidad, me hizo volver al despacho. Confiaba por completo en que podría ganar a Remer para su causa y me rogó que estuviera presente cuando llegara. Me dijo que Hitler estaba informado de que iba a mantener aquella

entrevista, que esperaba el resultado en el cuartel general y que hablaría personalmente con el comandante si era necesario.

Minutos después entró el comandante Remer. Goebbels daba la impresión de mantener el control, pero estaba nervioso. Parecía saber que el destino de la rebelión y, por consiguiente, el suyo iban a decidirse en aquel momento. Al cabo de unos minutos extrañamente carentes de dramatismo todo había pasado y el golpe había fracasado.

Lo primero que hizo Goebbels fue recordar al comandante su juramento de lealtad al *Führer*. Remer contestó afirmando su lealtad a éste y al Partido, pero añadió que Hitler había muerto. Por consiguiente, tenía que obedecer las órdenes de su jefe, el teniente general Von Hase. Goebbels le opuso el argumento decisivo que anulaba cualquier otro:

—¡El *Führer* vive! —Al notar que Remer comenzaba a vacilar y que luego se mostraba visiblemente inseguro, añadió—: ¡Vive! ¡Acabo de hablar con él! ¡Una pequeña camarilla de generales ambiciosos ha intentado dar un golpe militar! ¡Es una infamia! ¡La mayor infamia de la historia!

La posibilidad de que Hitler siguiera vivo fue un alivio para aquel hombre acosado e irritado por la orden de cercar el distrito gubernamental. Remer nos miró fijamente, feliz aunque todavía algo incrédulo. Goebbels le hizo notar la hora que estaban viviendo, su tremenda responsabilidad ante la Historia, una responsabilidad que pesaba sobre sus jóvenes hombros: pocas veces el destino había reservado una oportunidad semejante a una sola persona; de él dependía aprovecharla o no. Quien hubiera visto a Remer en aquel momento, quien hubiera observado la transformación que obraban en él aquellas palabras, habría sabido que Goebbels había ganado la partida. Fue entonces cuando éste jugó su mejor baza:

—Ahora hablaré con el *Führer* y también usted lo hará. El

Führer puede darle órdenes que dejen sin efecto las de su general, ¿verdad? —concluyó en tono levemente irónico.

Y entonces estableció comunicación con Rastenburg.

Goebbels podía ponerse directamente en contacto con el cuartel general del *Führer* a través de una línea especial del Ministerio. Unos segundos después, Hitler estaba al aparato; Goebbels, tras un par de observaciones sobre la situación, le pasó el teléfono al comandante. Remer reconoció al instante la voz del supuestamente difunto Hitler y como sin querer, con el auricular en la mano, adoptó la posición de firmes. Sólo se le oía repetir:

—Sí, *mein Führer*…, sí. ¡A sus órdenes, *mein Führer*!

A continuación, Goebbels se puso otra vez al habla y preguntó a Hitler por el resultado de la conversación: en vez del general Hase, sería el comandante quien se encargara de tomar todas las medidas militares necesarias en Berlín, y se le había dado la orden de ejecutar todas las instrucciones que le diera Goebbels. Una única línea telefónica intacta había hecho fracasar definitivamente el levantamiento. Goebbels pasó a la ofensiva y ordenó que todos los hombres del batallón de la guardia disponibles fueran concentrados rápidamente en el jardín de su domicilio.

• • •

Aunque la rebelión había fracasado, aún no había sido sofocada por completo cuando Goebbels, sobre las siete de la tarde, hizo transmitir por radio la noticia de que Hitler había sufrido un atentado con explosivos, pero que vivía y había reanudado su trabajo. De nuevo empleaba uno de los medios técnicos que los sublevados habían negligido durante las pasadas horas, con tan graves consecuencias para sus planes.

Esta confianza era engañosa: el éxito volvió a quedar en entredicho cuando, poco después, se comunicó a Goebbels que

había llegado a la plaza de Fehrbellin una brigada de tanques que se resistía a obedecer a Remer. Alegó someterse únicamente a las órdenes del capitán general Guderian; sus instrucciones, expresadas con laconismo militar, eran: «El que no obedezca será fusilado». Su capacidad combativa era tan claramente superior que su postura no determinaría sólo lo que ocurriera en las próximas horas.

Hablaba de la incertidumbre de nuestra situación que nadie supiera decir a ciencia cierta si aquellas tropas acorazadas a las que Goebbels no podía oponer ninguna fuerza equivalente pertenecían a los sublevados o al Gobierno. Tanto Goebbels como Remer consideraban posible que Guderian participara en la sublevación[335]. El coronel Bollbrinker estaba al mando de la brigada. Como era un buen conocido mío, intenté ponerme en contacto con él por teléfono. Su respuesta fue tranquilizadora: los tanques habían acudido a aplastar la insurrección.

Unos ciento cincuenta soldados del batallón de la guardia de Berlín, por lo general hombres de cierta edad, se habían concentrado entretanto en el jardín de la residencia de Goebbels. Antes de dirigirse a ellos, el ministro me dijo:

—Cuando los haya convencido, habremos ganado el juego. ¡Fíjese en cómo lo hago!

Ya era de noche y la escena sólo estaba iluminada por la luz que salía por una puerta que daba al jardín. Los soldados escucharon con la mayor atención el largo discurso de Goebbels, quien en el fondo no decía nada. No obstante, se mostró muy seguro de sí mismo, como si fuera el gran triunfador del día. Precisamente porque supo centrar en lo personal los tópicos de siempre, su parlamento tuvo un efecto fascinante. Casi podía leer en los rostros de aquellos hombres la impresión que les causaba; se ganó a quienes formaban frente a él en la penumbra sin emplear órdenes ni amenazas, sino la persuasión.

El coronel Bollbrinker llegó hacia las once de la noche a la habitación que me había sido asignada. Me dijo que Fromm tenía la intención de someter a los conjurados ya detenidos a un consejo de guerra en la Bendlerstrasse. Me di cuenta enseguida de que eso tendría que resultarle extremadamente difícil; además, en mi opinión tenía que ser el propio Hitler quien decidiera lo que tenía que pasar con los sublevados. Poco después de medianoche me puse en marcha para tratar de impedir cualquier ejecución. Bollbrinker y Remer me acompañaban en el automóvil. En medio de un Berlín a oscuras, la Bendlerstrasse estaba vivamente iluminada por reflectores: era una imagen irreal y fantasmagórica. Tenía el efecto teatral de un escenario cinematográfico iluminado por los focos en un gran estudio oscuro. Unas sombras largas y nítidamente recortadas daban plasticidad al edificio.

Cuando quise enfilar la Bendlerstrasse, un oficial de las SS me ordenó detenerme junto al bordillo de la Tiergartenstrasse. Ocultos en la oscuridad de los árboles se encontraban, casi indistinguibles, el jefe de la Gestapo, Kaltenbrunner, y Skorzeny, el que liberó a Mussolini, rodeados de numerosos subordinados. La conducta de aquellos hombres parecía tan irreal como sus oscuras figuras. Nadie juntó los talones para saludar; toda la firmeza de la que habitualmente se hacía gala había desaparecido; todo discurría con suavidad; incluso las conversaciones se mantenían en voz baja, como en un entierro. Expliqué a Kaltenbrunner que quería impedir que Fromm celebrara el consejo de guerra; tanto aquel como Skorzeny, de los que más bien habría esperado expresiones de odio o de triunfo por la derrota moral de su rival, el Ejército de Tierra, me contestaron, casi con indiferencia, que los acontecimientos del día eran competencia del ejército.

—No queremos mezclarnos en esto y no vamos a intervenir de ningún modo. Por otra parte, creo que el consejo de guerra

ya se ha celebrado.

Kaltenbrunner me informó de que no se iba a emplear a las SS para sofocar la revuelta o ejecutar las sentencias, porque eso sólo ocasionaría nuevas discordias con el Ejército de Tierra y agravaría las tensiones[336]. Incluso había prohibido a su gente entrar en el edificio de la Bendlerstrasse. Sin embargo, aquellas consideraciones tácticas, surgidas en el momento, no se respetaron: al cabo de dos horas los órganos de las SS ya habían empezado a perseguir a los oficiales del Ejército de Tierra que habían participado en la conjura.

Cuando Kaltenbrunner terminó de hablar, se hizo visible una poderosa sombra que se recortaba en el fondo claramente iluminado de la Bendlerstrasse; Fromm, vestido de uniforme y completamente solo, se acercaba con paso cansado hacia nosotros. Me despedí de Kaltenbrunner y sus acompañantes y salí de la oscuridad de los árboles al encuentro de Fromm.

—El golpe ha terminado —empezó a decir el capitán general, dominándose con esfuerzo—. Acabo de dar las órdenes pertinentes a todos los destacamentos de la región militar. Durante un buen rato se me ha impedido dar órdenes al Ejército establecido en suelo alemán. ¡Me han encerrado en una habitación! ¡El jefe de mi Estado Mayor, mis colaboradores más cercanos! —Su enojo y también su inquietud se hacían perceptibles cuando, con voz cada vez más fuerte, trató de justificar el fusilamiento de los componentes de su Estado Mayor—: En mi calidad de juez, tenía la obligación de formar inmediatamente un consejo de guerra a todos los que hubieran participado en la conjura. —Y en voz baja añadió, atormentado —: El general Olbricht y el jefe de mi Estado Mayor, el coronel Von Stauffenberg, están muertos.

El próximo paso que Fromm pensaba dar era telefonear a Hitler. Le rogué en vano que fuera antes a mi Ministerio, pero

insistió en ver a Goebbels, aunque sabía tan bien como yo que el ministro sentía hacia él animosidad y desconfianza.

En el domicilio de Goebbels ya se había detenido al comandante militar de Berlín, el general Hase. Fromm explicó brevemente los acontecimientos en mi presencia y rogó a Goebbels que lo pusiera en comunicación con Hitler. Sin embargo, en vez de responderle, Goebbels le pidió que entrara en una habitación contigua y llamó él mismo a Hitler. Cuando obtuvo la comunicación me invitó a dejarlo solo. Unos veinte minutos después salió a la puerta y ordenó a un centinela que hiciera guardia frente a la habitación en la que se encontraba Fromm.

Mucho después de medianoche llegó al domicilio de Goebbels el hasta entonces ilocalizable Himmler. Sin que nadie lo invitara a hacerlo, comenzó a explicar el motivo de su alejamiento con una vieja regla muy acreditada para sofocar levantamientos: había que mantenerse siempre lejos del centro e iniciar las contraofensivas desde el exterior[337]. Era una cuestión de estrategia. Goebbels pareció aceptar esta explicación. Se mostró de muy buen humor y disfrutó demostrando a Himmler, mediante un pormenorizado relato de los acontecimientos, cómo había dominado prácticamente sólo la situación.

—¡Si no hubiesen sido tan torpes! Han tenido una gran oportunidad. ¡Qué triunfos tenían! ¡Qué chiquilladas! ¡Cuando pienso en cómo lo habría hecho yo…! ¿Por qué no han ocupado la radio y no han difundido las más increíbles mentiras? ¡Me ponen centinelas delante de la puerta, pero me dejan que llame al *Führer* con toda tranquilidad y que movilice a todo el mundo! Ni siquiera me han cortado el teléfono. ¡Con los triunfos que tenían en la mano…! ¡Menudos principiantes!

Prosiguió diciendo que aquellos militares habían confiado

demasiado en la trasnochada idea de la obediencia, según la cual cualquier orden es ejecutada con toda naturalidad por los oficiales subordinados y las tropas. Sólo eso ya habría condenado el golpe al fracaso, pues, añadió con una satisfacción singularmente fría, en los últimos años los alemanes habían sido educados por el Estado nacionalsocialista para pensar políticamente.

—Hoy ya no se los puede someter como muñecos a las órdenes de una camarilla de generales. —Goebbels se detuvo repentinamente al llegar a este punto. Y añadió, como si le molestara mi presencia—: Tengo que hablar a solas de unas cuantas cosas con el *Reichsführer*, mi querido señor Speer. Buenas noches.

• • •

Al día siguiente, 21 de julio, los ministros más importantes fueron llamados al cuartel general de Hitler para felicitarlo. En mi invitación se me indicaba que llevara conmigo a Dorsch y Saur, mis dos principales colaboradores. La petición era insólita, tanto más cuanto que los demás ministros llegaron sin acompañamiento. Durante la recepción, Hitler los saludó de forma ostensiblemente cordial, mientras que al pasar junto a mí me estrechó mecánicamente la mano. También el entorno de Hitler se comportaba de una manera inexplicablemente reservada. Tan pronto entraba en una habitación, cesaban las conversaciones y los presentes se retiraban o se apartaban. Schaub, el asistente civil de Hitler, me dijo con mirada significativa:

—Ahora sabemos quién estaba detrás del atentado.

Y dicho esto me dejó plantado. No logré averiguar nada más. Saur y Dorsch incluso fueron invitados sin mí al té nocturno del entorno íntimo. Todo era inquietante y yo me sentía muy intranquilo.

Keitel, en cambio, había vencido definitivamente las sospechas que quienes rodeaban a Hitler habían expresado en las últimas semanas. Según contaba Hitler, tras levantarse del polvo inmediatamente después del atentado y ver que éste se encontraba en pie, ileso, se precipitó hacia él exclamando: «¡*Mein Führer*, está vivo, está vivo!», y lo abrazó con vehemencia sin respetar ninguna convención. Estaba claro que después de esto Hitler ya no lo dejaría de su mano, sobre todo teniendo en cuenta que Keitel le parecía el hombre apropiado para tomar dura venganza de los conjurados.

—Keitel ha estado a punto de morir. No va a tener compasión.

Al día siguiente Hitler volvió a mostrarse más amable conmigo y su entorno hizo lo mismo. Presidida por él, se celebró en la casa de té una reunión en la que participé al lado de Keitel, Himmler, Bormann y Goebbels. Aunque sin declararlo así, Hitler había hecho suya la idea que yo le había propuesto por escrito quince días antes y nombró a Goebbels «apoderado del Reich para la guerra total»[338]. Su salvación lo empujaba a tomar decisiones. En pocos minutos se alcanzaron objetivos por los que Goebbels y yo habíamos luchado durante más de un año.

Acto seguido, Hitler se centró en los acontecimientos de los últimos días y dijo con expresión de triunfo que había llegado por fin el gran giro positivo de la guerra. Según él, había quedado atrás la época de la traición; unos generales nuevos y mejores iban a tomar el mando. Prosiguió diciendo que ahora se daba cuenta de que Stalin, con su proceso contra Tujachevski, había dado un paso decisivo para llevar adelante la guerra con éxito. Al liquidar al Estado Mayor, había dejado sitio a gente fresca que ya no procedía de la época de los zares. Siempre había tenido por falsas las acusaciones formuladas en el año 1937,

durante los procesos de Moscú; sin embargo, después de la experiencia del 20 de julio, se preguntaba si no habría habido algo de verdad en todo aquello. Aunque seguía sin tener pruebas concretas, siguió diciendo, no podía excluir la posibilidad de que los dos Estados Mayores hubieran conspirado conjuntamente.

Todos dijeron estar de acuerdo. Goebbels se dedicó entonces a verter frases despectivas y burlas sobre el generalato. Cuando traté de matizar su postura, enseguida se encaró conmigo con dureza y hostilidad. Hitler escuchaba en silencio[339].

El hecho de que el general Fellgiebel, jefe de transmisiones, fuera también uno de los conjurados dio ocasión a Hitler para un exabrupto en el que se mezclaban la satisfacción, la cólera y el triunfo con la conciencia de su propia justificación:

—Ahora sé por qué en los últimos años han fracasado todos mis grandes planes en Rusia. ¡Todo era traición! ¡Sin esos traidores, hace mucho tiempo que habríamos vencido! ¡Ésta es mi justificación ante la Historia! ¡Ahora hay que comprobar sin falta si Fellgiebel tenía contacto directo con Suiza para comunicar desde allí todos mis planes a los rusos! Hay que emplear todos los medios para interrogarlo… ¡He vuelto a tener razón! ¿Quién quería creerme cuando me oponía a todo intento de unificar la jefatura de la Wehrmacht? ¡Gobernada por una sola mano, la Wehrmacht es un peligro! ¿Siguen pensando que fue casualidad que hiciera organizar la mayor cantidad posible de divisiones de las Waffen-SS? Yo sé por qué he dado esa orden contra toda resistencia… Por eso nombré a un inspector general de las tropas acorazadas: todo lo hice única y exclusivamente para dividir aún más al Ejército de Tierra.

Luego montó en cólera al hablar de los conjurados; iba a «exterminarlos y aniquilarlos» a todos. Entonces se le ocurrieron

varios nombres de personas que se le habían enfrentado de algún modo y a las que ahora incluía en el círculo de los conjurados. Schacht, por ejemplo, había sido un saboteador en el campo de los armamentos. Por desgracia, él siempre se había mostrado demasiado tolerante. Ordenó que se detuviera enseguida a Schacht.

—También Hess será ahorcado sin miramientos, exactamente igual que esos cerdos, esos oficiales criminales. Fue él quien dio el primer ejemplo de traición.

Después de esos exabruptos, Hitler se tranquilizaba. Con el alivio de alguien que acaba de superar un tremendo peligro, habló de las circunstancias que habían originado el atentado, del giro que éste había dado a la situación y de la victoria, ahora ya cercana. Lleno de euforia, extrajo una nueva confianza del fracaso del atentado y también nosotros nos dejamos convencer demasiado fácilmente por su optimismo.

Poco después del 20 de julio quedó terminado el bunker cuyas obras habían obligado a Hitler a celebrar la conferencia en mi barracón el día del atentado. Si hay algo que se pueda considerar símbolo de una situación y que se exprese por medio de un edificio, eso era el bunker de Hitler: semejante por fuera a un monumento funerario del Egipto faraónico, en realidad sólo era un gran bloque de hormigón carente de ventanas, sin entrada de aire directa, cuya sección presentaba un espacio útil muchísimo menor que el que ocupaban las masas de hormigón. Hitler vivía, trabajaba y dormía en aquella tumba. Parecía como si los muros de cinco metros de espesor que lo rodeaban también lo separaran en sentido metafórico del mundo exterior y lo encerraran en su propio delirio.

Aproveché mi estancia en el cuartel general para hacer una visita de despedida al jefe del Alto Estado Mayor del Ejército de Tierra, Zeitzler, que había sido destituido de su cargo la misma

noche del 20 de julio. Me dirigí a su cercano cuartel general sin poder evitar que Saur me acompañara. Durante nuestra conversación se presentó el asistente de Zeitzler, teniente coronel Günther Smend, que sería ajusticiado unas semanas más tarde. Saur concibió sospechas al instante:

—¿Se ha fijado en la mirada de complicidad que han intercambiado al saludarse?

Repliqué enojado con un «no». Poco después, cuando Zeitzler y yo nos quedamos solos, supe que Smend venía de Berchtesgaden, donde había vaciado la caja fuerte del Estado Mayor. Precisamente el hecho de que Zeitzler me hablara de ello con tanta tranquilidad confirmó mi impresión de que los conjurados no lo habían iniciado en sus intrigas. Nunca he sabido si Saur comunicó a Hitler su observación.

Regresé a Berlín a primeras horas de la mañana del 24 de julio, tras haber permanecido tres días en el cuartel general del *Führer*.

• • •

Kaltenbrunner, capitán general de las SS y jefe de la Gestapo, se presentó en mi domicilio, donde no había estado nunca antes. Lo recibí tumbado, pues la pierna volvía a dolerme. Kaltenbrunner, tan peligrosamente cordial ahora como durante la noche del 20 de julio, pareció mirarme inquisitivo. Sin mayores preámbulos, comenzó:

—En la caja fuerte de la Bendlerstrasse hemos encontrado la lista del Gobierno del 20 de julio. Figura usted en ella como ministro de Armamentos.

Me preguntó si sabía algo del cargo que me había sido asignado por los conjurados; por lo demás, se mostró correcto y con su buena educación habitual. Quizá puse una cara tan consternada ante su revelación que se convenció de que lo que yo decía era cierto. Pronto renunció a seguir haciendo pesquisas

y, en vez de eso, sacó un documento del bolsillo: el plan de organización del Gobierno golpista. Parecía obra de un oficial, pues la estructuración de la Wehrmacht había sido estudiada con particular esmero. Un «Alto Estado Mayor» abarcaba las tres ramas de la Wehrmacht. Subordinado a él se encontraba el comandante en jefe del Ejército, que al mismo tiempo era el jefe supremo de todo lo relacionado con los armamentos. Dependiente de éste y entre otras muchas casillas, limpiamente escrito con letra de imprenta leí: «Armamentos: Speer». Un escéptico había escrito al lado con lápiz: «Si es posible», añadiendo un signo de interrogación. Este desconocido, y el hecho de que no hubiera aceptado la invitación de Fromm para comer en la Bendlerstrasse el 20 de julio, me salvaron. Curiosamente, Hitler nunca me habló de ello[340].

Por supuesto, en aquel entonces me pregunté qué habría hecho si el golpe del 20 de julio hubiera triunfado y me hubiesen invitado a seguir desempeñando mi cargo. Es posible que lo hubiese hecho durante un período de transición, aunque no sin reservas. Con todo lo que sé hoy sobre las personas y los motivos de la conjura, creo que mi colaboración con ellos me habría desligado en poco tiempo de mis vínculos con Hitler y me habría ganado para su causa. Sin embargo, precisamente esos vínculos habrían hecho muy problemático en el primer momento que yo estuviera en el Gobierno y me lo habrían imposibilitado ante mí mismo, pues una consideración moral acerca de la naturaleza del régimen y de mi posición personal en él tendría que haber comportado que en la Alemania posterior a Hitler no fuera imaginable que yo ocupara un puesto dirigente.

• • •

Aquella misma tarde, al igual que se hizo en todos los Ministerios, organizamos un acto de adhesión que se celebró en la sala de reuniones y al que asistieron los colaboradores más

relevantes. No duró más de veinte minutos. En él pronuncié el más vacilante y débil de mis discursos. Mientras que hasta entonces había solido evitar las fórmulas estereotipadas, en aquella ocasión resalté con vehemencia la grandeza de Hitler y nuestra fe en él, y acabé por primera vez un discurso con un «*Sieg Heil!*». Nunca había tenido necesidad de recurrir a esos bizantinismos, tan opuestos a mi temperamento como a mi arrogancia. Pero ahora me sentía inseguro, comprometido y, a pesar de todo, implicado en turbios procesos.

Desde luego, mis temores no carecían de fundamento. Circulaban rumores de que me habían detenido, mientras que otros pretendían saberme ya ajusticiado; era un síntoma de que la opinión pública, que subsistía a pesar de todo, veía peligrar mi posición[341].

Todos estos temores se disiparon cuando Bormann me transmitió la invitación a dar una nueva charla sobre armamento el 3 de agosto, durante una reunión de jefes regionales en Poznan. Los asistentes todavía estaban bajo la impresión del 20 de julio; a pesar de que la invitación me rehabilitaba de forma oficial, tropecé desde el principio con una helada reserva. Me hallé sólo entre los numerosos jefes regionales que se habían reunido allí. Nada podía definir mejor la situación que unas palabras que dijo Goebbels aquella mañana a los jefes regionales y nacionales del Partido que lo rodeaban:

—Ahora sabemos por fin dónde está Speer[342].

Precisamente en julio de 1944 nuestra producción de armamentos había alcanzado su punto culminante. Para no irritar de nuevo a los jefes del Partido y perjudicar aún más mi posición, esta vez me mostré muy cauteloso con las observaciones genéricas y en cambio volqué sobre ellos un alud de cifras que demostraban el éxito alcanzado hasta entonces con nuestra actividad y el cumplimiento de los nuevos programas

que Hitler había confiado a mi Ministerio. Todo aquello se dirigía a demostrar incluso a los jefes del Partido que mi aparato y yo éramos insustituibles. Logré relajar un poco la tensión reinante cuando, recurriendo a numerosos ejemplos, demostré que la Wehrmacht disponía de grandes reservas que no estaban siendo utilizadas. Goebbels gritó: «¡Sabotaje, sabotaje!», evidenciando así hasta qué punto, desde el 20 de julio, la dirección del Partido veía traiciones, conjuras y perfidias por todas partes. Con todo, los jefes regionales quedaron impresionados por mi informe de rendimiento.

Después, los asistentes fueron desde Poznan al cuartel general, donde al día siguiente Hitler les dirigió la palabra en la sala de proyecciones. Me invitó expresamente a participar en la reunión, aunque, de acuerdo con mi categoría oficial, no pertenecía a aquel círculo[343]. Tomé asiento en la última fila.

Hitler habló sobre las consecuencias del 20 de julio, atribuyó de nuevo los fracasos que había sufrido hasta entonces a la traición de los oficiales del ejército y se mostró lleno de esperanza ante el futuro: dijo haber adquirido ahora una confianza «como jamás la he sentido en mi vida»[344]. Añadió que hasta aquel momento todos sus esfuerzos habían sido saboteados, pero ahora se había descubierto y eliminado por fin la camarilla de criminales, por lo que quizá esta intentona fuera un acontecimiento prometedor para nuestro futuro. Hitler, por lo tanto, no hizo sino repetir casi palabra por palabra lo que había dicho ya, ante un círculo más reducido, justo después del fracaso del golpe. Yo ya estaba a punto, a pesar de todas mis reservas, de dejarme prender por la magia de sus palabras cuando pronunció unas frases que, como si hubiera recibido un latigazo, me despertaron de mi autoengaño:

—Si el pueblo alemán sucumbe en esta lucha, será que ha sido demasiado débil. En ese caso, no habrá superado su prueba

ante la Historia y únicamente estará destinado al hundimiento[345].

Sorprendentemente, en aquel discurso Hitler, rompiendo su costumbre de no destacar a ningún colaborador, hizo alusión a mi trabajo y a mis méritos. Es posible que supiera o sospechara que, teniendo en cuenta la postura hostil de los jefes regionales, era necesario que me rehabilitara si quería que continuara teniendo éxito en mi trabajo en el futuro, y de aquel modo demostró de una forma inequívoca a los dirigentes del Partido que sus relaciones conmigo no se habían enfriado después del 20 de julio.

Aproveché la renovada firmeza de mi posición para ayudar a conocidos y colaboradores que se habían visto afectados por la ola de persecuciones provocada por el atentado del 20 de julio[346]. Saur, en cambio, denunció a dos altos oficiales de la Dirección General de Armamentos del Ejército de Tierra, el general Schneider y el coronel Fichtner, cuya detención fue ordenada por Hitler inmediatamente. A pesar de todo, Saur sólo le había hablado de unas supuestas declaraciones de Schneider en las cuales este habría dicho que él, Hitler, no estaba capacitado para juzgar sobre cuestiones técnicas; para detener a Fichtner bastó que no hubiese impulsado con toda energía la fabricación del nuevo tipo de tanques que le solicitó al principio de la guerra, lo cual lo hizo sospechoso de sabotaje. Sin embargo, la inseguridad de Hitler hizo que se manifestara conforme de inmediato en poner en libertad a aquellos dos oficiales cuando intercedí por ellos[347], si bien puso la condición de que no volvieran a trabajar en la Dirección General de Armamentos del Ejército de Tierra.

Un ejemplo que demuestra la inquietud que embargó a Hitler por la supuesta falta de fiabilidad de sus oficiales fue el acontecimiento que viví el 18 de agosto en el cuartel general.

Durante un viaje que había emprendido tres días antes a la zona ocupada por el VIII Ejército, el mariscal Kluge, comandante en jefe del frente occidental, estuvo ilocalizable durante varias horas. Al tener noticia de que Kluge se había aproximado al frente acompañado únicamente por su asistente, que llevaba un transmisor, Hitler comenzó a hacer suposiciones que se fueron concretando hasta que ya no le cupo ninguna duda de que Kluge se había dirigido a un lugar prefijado donde, opinaba él, habrían de celebrarse unas negociaciones pactadas con los aliados occidentales para la capitulación de los ejércitos alemanes del frente del Oeste; si las negociaciones no se efectuaron, decía, era sólo porque un ataque aéreo había interrumpido el viaje del mariscal y había hecho fracasar sus traidoras intenciones. Cuando llegué al cuartel general, Hitler ya había destituido a Kluge y le había ordenado presentarse ante él. Cuando finalmente se recibió la noticia de que el mariscal había muerto durante el viaje a consecuencia de un ataque cardíaco, Hitler, guiándose por su sexto sentido, ordenó inmediatamente que la Gestapo practicara la autopsia al cadáver. Cuando se demostró que la muerte había sido causada por un veneno, Hitler se mostró triunfal: ahora estaba completamente convencido de los traidores manejos de Kluge, a pesar de que antes de suicidarse el mariscal le había dejado una carta en la que le aseguraba su fidelidad hasta la muerte.

Durante esta estancia en el cuartel general vi, en la mesa de mapas de Hitler, los informes de los interrogatorios efectuados por Kaltenbrunner. Un asistente de Hitler con quien me unía una relación de amistad me los dejó dos noches enteras para que los leyera, porque yo seguía sin sentirme seguro. Mucho de lo que antes del 20 de julio se habría considerado una crítica justificada, ahora constituía una prueba de cargo. Sin embargo, ninguno de los detenidos había declarado contra mí. Los conjurados tan sólo habían tomado de mí el remoquete de

«asnos cabeceantes» con que yo había bautizado a los miembros del entorno de Hitler que decían amén a todo.

En aquellos días también había sobre la mesa un montón de fotografías. Un día las tomé distraídamente, pero volví a dejarlas enseguida. En la primera foto se veía a un hombre ahorcado; llevaba ropas de presidiario con una amplia franja de tela de color en los pantalones. Un jefe de las SS que se encontraba a mi lado me explicó:

—Es Witzleben. ¿Quiere ver también las otras? Son fotografías de las ejecuciones.

Por la noche se proyectaron películas de las ejecuciones en la sala de proyección. Yo no podía ni quería verlas. Para no llamar la atención, pretexté estar sobrecargado de trabajo, pero vi entrar en la sala a mucha gente, sobre todo paisanos y jefes de poca categoría de las SS. Sin embargo, no vi a un solo oficial de la Wehrmacht.

CAPÍTULO XXVII

LA OLA DE OCCIDENTE

Cuando, a primeros de julio, propuse a Hitler que encomendara a Goebbels, en vez de al ineficaz triunvirato, ocuparse de los problemas derivados de la implicación bélica total de Alemania, no podía imaginar que unas semanas después el entendimiento que existía entre Goebbels y yo se habría roto, muy en perjuicio mío, a causa de la pérdida de prestigio que yo había sufrido por haber sido candidato de los conjurados. Además, eran cada vez más numerosos los jefes del Partido que opinaban que las pasadas derrotas se debían sobre todo a la insuficiente intervención del Partido. Incluso habrían designado ellos mismos a los generales. Los jefes regionales se lamentaban abiertamente de que en 1934 las SA hubieran sido supeditadas a la Wehrmacht; en los antiguos esfuerzos de Röhm por formar un ejército popular veían ahora una oportunidad perdida; un ejército popular habría sabido forjar a tiempo un cuerpo de oficiales impregnado del espíritu nacionalsocialista, y ahora atribuían a su falta los fracasos de los últimos años. El Partido creía que ahora, por fin, debía hacer presión por lo menos en el sector civil y dar órdenes rigurosas y enérgicas al Estado y a todos nosotros.

Una semana después de la reunión con los jefes regionales en Poznan, el jefe de la Comisión Principal de Armas, Tix, me manifestó que «los jefes regionales, los mandos de las SA y otros estamentos del Partido, repentinamente y sin consulta previa»,

estaban tratando de intervenir en las empresas. Tres semanas después, debido a la intromisión del Partido, había surgido «un mando doble». Las centrales de armamentos estaban sometidas «en parte a la presión de los jefes regionales, cuyas arbitrarias intervenciones daban lugar a una confusión que clamaba al cielo»[348].

Los jefes regionales se vieron animados en su ambición y en sus actividades por Goebbels, quien de pronto se sentía menos ministro del Reich que jefe del Partido y, apoyado por Bormann y Keitel, preparaba amplias movilizaciones. Era de esperar que aquellas arbitrariedades causaran graves perturbaciones en la producción de armamentos. El 30 de agosto de 1944 comuniqué a los jefes de sección que pensaba hacer responsables de los suministros de armamentos a los jefes regionales[349]. Quería capitular.

Entre otras cosas, me había quedado indefenso; ni a mí ni a la mayoría de los ministros nos quedaba la posibilidad de exponer a Hitler tales sucesos, sobre todo si afectaban al Partido. En cuanto la conversación tomaba un rumbo desagradable, él la eludía. Últimamente me resultaba más eficaz presentarle mis quejas por escrito.

Éstas se dirigieron contra las crecientes intromisiones del Partido. El 20 de septiembre escribí a Hitler una extensa carta en la que le expuse sin rodeos todos los reproches que me hacía el Partido, sus esfuerzos por prescindir de mí y desautorizarme, sus suspicacias y sus tácticas vejatorias.

Los sucesos del 20 de julio, le decía en mi carta, «habían alimentado nuevamente la desconfianza hacia la lealtad de mi extenso círculo de colaboradores industriales». Además, el Partido estaba convencido de que mi entorno más inmediato era «reaccionario, con intereses económicos particulares y contrario al Partido». Goebbels y Bormann me habían dicho claramente

que la autorresponsabilización de la industria que yo había creado y mi propio Ministerio podían considerarse «focos de atracción de economistas reaccionarios y hasta hostiles al Partido». Yo no me sentiría «lo bastante fuerte para ejecutar con éxito y sin obstáculos mi propio trabajo, ni tampoco podrán hacerlo mis colaboradores, si ha de medirse con un rasero de política partidista»[350].

Sólo bajo dos condiciones, seguía diciendo en mi carta, estaría dispuesto a acceder a que el Partido interviniera en la organización armamentista; tanto los jefes regionales como los delegados económicos de Bormann en las distintas regiones (asesores económicos regionales) deberían estar directamente subordinados a mí en todos los asuntos del armamento. Debería haber «claridad sobre la jerarquía de mando y sobre la jurisdicción»[351]. Además, exigía que Hitler apoyara de nuevo el principio con arreglo al cual yo había orientado la industria de armamentos: «Es preciso decidir categóricamente si en el futuro debe seguir rigiendo el principio de autorresponsabilización de la industria, basado en la confianza hacia los empresarios, o si la industria ha de ser dirigida por otro sistema. En mi opinión, debe mantenerse la responsabilidad de los empresarios, acentuándola todo lo posible. No debe cambiarse un sistema que ha demostrado su eficacia», concluía, pero consideraba necesario que se tomara una decisión «que indicara claramente, incluso de cara al exterior, qué dirección iba a tomar el gobierno económico en el futuro».

• • •

El 21 de septiembre me presenté en el cuartel general y entregué mi escrito a Hitler, quien lo leyó en silencio. Sin darme respuesta alguna, oprimió el timbre y pasó el documento a su asistente, con la indicación de que se lo entregara a Bormann. Al mismo tiempo encargó a su secretario que dictaminara junto a

Goebbels, que se encontraba en el cuartel general, sobre el contenido del escrito. Aquello era mi derrota definitiva. Por lo visto, Hitler se había cansado de intervenir en aquellas disputas que le resultaban tan confusas.

Horas después, Bormann me llamó a su despacho, situado a pocos pasos del bunker de Hitler. Iba en mangas de camisa, con los tirantes sobre su torso voluminoso. Goebbels, en cambio, vestía impecablemente. Invocando el decreto de Hitler de 25 de julio, el ministro me espetó que pensaba hacer uso ilimitado de los plenos poderes que lo facultaban para darme órdenes. Bormann se mostró de acuerdo: yo debía someterme a Goebbels. Por lo demás, me prohibía todo intento de influir en Hitler. Llevaba aquel enfrentamiento, cada vez más desagradable, en tono grosero, mientras Goebbels escuchaba con aire amenazador y hacía comentarios cínicos ocasionales. Aquella iniciativa por la que yo tanto había luchado era una realidad, aunque adoptaba la forma más inesperada, la connivencia entre Goebbels y Bormann.

Dos días después, Hitler, que había guardado silencio respecto a mis peticiones, me dio pruebas de su buena disposición y firmó un llamamiento, redactado por mí y destinado a los directores de las fábricas, que, en el fondo, no era sino la concesión de lo que le había pedido en mi carta. En circunstancias normales, esto habría equivalido a un triunfo sobre Bormann y Goebbels. En aquellos momentos, sin embargo, la autoridad de Hitler dentro del Partido distaba de ser sólida. Los jerarcas más fanáticos se limitaron a hacer caso omiso del llamamiento y siguieron entrometiéndose a su antojo en la economía; eran los primeros síntomas de una descomposición que ahora también atacaba al aparato del Partido y a la lealtad de sus líderes. La lucha sorda, cada vez más enconada, que siguió librándose en las semanas siguientes no hizo sino acentuar estos síntomas[352]. Naturalmente, el propio

Hitler tenía parte de culpa en su pérdida de autoridad. Se mostraba impotente entre las peticiones de más soldados con que lo asediaba Goebbels y las mías para aumentar la producción de armamento, accedía a unas y a otras, dando así su conformidad a órdenes contradictorias hasta que las bombas y el avance de los ejércitos enemigos las hicieron totalmente inocuas, quitaron todo sentido a aquel forcejeo y, por último, convirtieron la cuestión de la autoridad de Hitler en algo superfluo.

• • •

Acosado en igual medida por la política interior y por el enemigo exterior, encontraba un gran alivio cada vez que podía alejarme de Berlín. Pronto empecé a prolongar cada vez más mis visitas al frente. Desde luego, nada podía hacer para mejorar el suministro, pues las experiencias que ahora recogía ya no tenían ninguna utilidad. Sin embargo, esperaba que mis observaciones y los informes que me daban los comandantes me permitieran influir en algunas medidas del cuartel general.

Sin embargo, en conjunto puede decirse que mis informes, tanto de palabra como por escrito, no surtieron el menor efecto a medio plazo. Por ejemplo, muchos generales del frente con los que hablé me pidieron que renovara sus viejas unidades proveyéndolas de nuevas armas y tanques de nuestra todavía abundante producción. Pero Hitler y su nuevo comandante en jefe del Ejército de Reserva, Himmler, opinaban, contra toda argumentación, que las tropas rechazadas por el enemigo habían perdido su espíritu de resistencia y, por lo tanto, era preferible formar a toda prisa nuevas unidades, las llamadas Divisiones de Infantería del Pueblo. Como dijeron con reveladora metáfora, había que dejar que las divisiones que ya estaban diezmadas se «desangraran» del todo.

A fines de septiembre de 1944, durante una visita a una

división blindada de instrucción en Bitburg, pude comprobar las consecuencias de este sistema. Su comandante, curtido por muchos años de guerra, me mostró el campo de batalla en el que pocos días antes se había consumado una tragedia con una brigada acorazada inexperta. Insuficientemente adiestrados, durante la marcha, a causa de un avance incorrecto, habían perdido diez de los treinta y dos nuevos tanques Pantera. Los veintidós restantes fueron conducidos al campo de batalla tan desacertadamente, según me demostró el comandante, que quince de ellos fueron destruidos por una unidad de artillería antitanque americana con tanta facilidad como si estuvieran en un campo de pruebas.

—Era la primera batalla de esta unidad, recién formada. ¡Lo que habrían podido hacer mis veteranos con todos esos tanques! —dijo el capitán con amargura.

Al terminar de explicarle el caso a Hitler, comenté irónicamente que «la creación de nuevas unidades está muchas veces en franca desventaja frente a la renovación de las existentes»[353]. Pero Hitler no se dejó impresionar. Durante una reunión estratégica afirmó que sabía por experiencia que los soldados sólo cuidan bien sus armas cuando se escatima en los suministros.

Otras visitas me demostraron que en el frente occidental se trataba a veces de llegar a acuerdos con el enemigo respecto a temas puntuales. Cerca de Arnheim encontré enfurecido a Bittrich, general de las Waffen-SS; su II Cuerpo Acorazado había tenido la víspera un encuentro con la División Aerotransportada británica. Durante la lucha, el general había establecido con los ingleses un acuerdo que los autorizaba a gestionar un hospital de campaña situado tras las líneas alemanas. Funcionarios del Partido habían dado muerte a los pilotos ingleses y americanos, por lo que los esfuerzos de Bittrich

quedaban desautorizados. Los duros reproches que oí aquel día contra el Partido resultaban muy sorprendentes porque procedían de un general de las SS.

También el coronel Engel, antiguo asistente de Hitler para el Ejército de Tierra que ahora mandaba la 12.ª División de Infantería en Duren, había establecido por propia iniciativa un acuerdo con el enemigo para retirar a los heridos durante las treguas. No era aconsejable hablar de estos acuerdos en el cuartel general, pues era bien sabido que Hitler los consideraba prueba de debilidad. Todos lo habíamos oído hablar en tono sarcástico de la supuesta caballerosidad de los oficiales prusianos. Por el contrario, según él, la dureza e implacabilidad con que ambos bandos luchaban en el Este acrecentaban el espíritu de resistencia del soldado, al no dar cabida a cuestiones humanitarias.

Recuerdo un solo caso en el que Hitler consintió, aunque contra su voluntad, en llegar a un acuerdo con el enemigo. A fines de otoño de 1944, la flota británica dejó incomunicadas a las tropas alemanas que se encontraban en las islas griegas. A pesar de la absoluta superioridad naval de los ingleses, las unidades alemanas pudieron ser transportadas sin contratiempos a tierra firme y algunas de ellas cruzaron ante la vista de los navíos ingleses. En compensación, los alemanes habían accedido a emplear aquellas tropas para defender Salónica de los rusos hasta que pudieran tomarla los ingleses. Cuando terminó la operación, que había sido propuesta por Jodl, Hitler declaró:

—No volveremos a prestarnos a nada semejante.

• • •

En septiembre de 1944, los generales del frente, los industriales y los jefes regionales del sector occidental esperaban que los ejércitos ingleses y americanos aprovecharían al máximo su superioridad y arrollarían a nuestras fuerzas, cansadas y casi

sin armas, en una ofensiva sin tregua[354]. Nadie contaba ya con poderlos detener, nadie que conservara el sentido de la realidad confiaba en un «milagro del Marne» a favor nuestro.

Competía a mi Ministerio preparar la destrucción de todo tipo de instalaciones industriales, incluso en los territorios ocupados. En nuestras retiradas de la Unión Soviética, Hitler había dado la orden de amargar en cierto modo al enemigo la recuperación de territorio recurriendo al procedimiento de la «tierra quemada». Tampoco vaciló en dar instrucciones análogas para los territorios ocupados occidentales en cuanto los ejércitos de invasión empezaron a avanzar desde la cabeza de puente de Normandía. En un principio, esta política de destrucción se fundaba en frías razones operativas. Había que impedir que el enemigo consolidara sus posiciones, que obtuviera refuerzos en los territorios liberados, que utilizara los servicios técnicos de reparación y los suministros de gas y electricidad y que, más a largo plazo, pudiera levantar una industria armamentista. Mientras el final de la guerra fue imprevisible, estos procedimientos me parecieron justificados, pero perdieron sentido desde el momento en que la derrota pareció ineluctable y próxima.

Ante lo desesperado de la situación, era natural que yo tratara de evitar innecesarios destrozos que harían más difícil la futura reconstrucción; el espíritu apocalíptico que iba impregnando a ojos vistas al séquito de Hitler no se apoderó de mí. Por medio de un ardid asombrosamente sencillo, conseguía una y otra vez vencer con sus propios argumentos a Hitler, que cada día se mostraba más brutal y obstinado en la organización de la catástrofe. Puesto que hasta en las situaciones más calamitosas insistía en que los territorios perdidos serían reconquistados enseguida, no tenía más que hacer hincapié en que entonces volveríamos a necesitar las industrias que allí había para mantener nuestros suministros de armamento.

Al comienzo de la invasión, el 20 de junio, cuando los americanos rompieron el frente defensivo alemán y cercaron Cherburgo, este argumento hizo que Hitler decidiera que «a pesar de las actuales dificultades de transporte en el frente», de ningún modo había que pensar en «renunciar al potencial industrial de la zona»[355]. Al mismo tiempo, esto permitió al comandante militar eludir una orden anterior de Hitler para que, en el caso de que se produjera una invasión, fueran deportados a Alemania un millón de obreros franceses de las industrias protegidas[356].

Sin embargo, ahora Hitler volvía a hablar de la necesidad de destruir por completo la industria francesa. A pesar de ello, el 19 de agosto, cuando las tropas aliadas todavía estaban al noroeste de París, obtuve su consentimiento para que las industrias y centrales eléctricas que cayeran en manos del enemigo fueran únicamente paralizadas, no destruidas[357].

Con todo, me fue imposible conseguir que Hitler tomara una decisión general a este respecto; tenía que servirme en cada caso del argumento, de peor gusto cada vez, de que nuestras retiradas sólo eran transitorias.

Cuando, a fines de agosto, las tropas enemigas se aproximaban a la cuenca minera de Longwy y Brie, la situación tomó un cariz distinto porque, como el territorio de Lorena ya había sido prácticamente anexionado por el Reich en 1940, tuve que vérmelas por primera vez con la jurisdicción de un jefe regional. Era inútil que tratara de convencerlo de que cediera al adversario el territorio intacto, así que me dirigí directamente a Hitler y fui autorizado a conservar las minas de hierro y las industrias e informar de ello al jefe regional competente[358].

A mediados de septiembre de 1944, Röchling me comunicó en Sarrebruck que habíamos entregado las minas francesas en perfecto estado de explotación. Pero, casualmente, la central

eléctrica que alimentaba las bombas de las minas estaba en nuestro lado del frente. Röchling me preguntó cautelosamente si podría suministrar energía a las bombas por la línea de alta tensión, que permanecía intacta. Yo accedí, como había accedido también a la proposición de un comandante de enviar fluido eléctrico a Lieja, ya en manos del enemigo, con destino a los hospitales y centros sanitarios de la zona, dado que el desplazamiento del frente había aislado a la ciudad de sus fuentes de suministro.

Pocas semanas después, en la segunda mitad de septiembre, tuve que tomar una decisión sobre lo que debía ocurrir con la industria alemana. Por supuesto, los industriales no estaban dispuestos a permitir que se destruyeran sus fábricas; por asombroso que pueda parecer, algunos jefes regionales de los territorios amenazados se solidarizaron con ellos. Empezó entonces una etapa singular. En aquellas conversaciones de doble intención, llenas de trampas y de evasivas, cada uno exploraba las intenciones del otro, se establecían complicidades y, por fin, cada cual se ponía en manos del otro.

A fin de preparar el terreno, por si a Hitler le llegaban noticias de que en el frente alemán no se estaban llevando a cabo las destrucciones, en el informe de un viaje que efectué entre el 10 y el 14 de septiembre le comuniqué que los industriales podían seguir trabajando bastante bien a muy poca distancia del frente. Por ejemplo, en la ciudad próxima al frente de Aquisgrán había una fábrica que producía cuatro millones de proyectiles mensuales para la infantería, y traté de hacer que mis propuestas fueran creíbles para Hitler diciendo que sería muy conveniente que dicha fábrica siguiera produciendo hasta el último momento, incluso bajo el fuego enemigo, para abastecer a las tropas que combatían en el sector. Añadí que no tendría sentido paralizar las explotaciones de coque de Aquisgrán cuando éstas permitían seguir asegurando el suministro de gas a

Colonia al tiempo que producían varias toneladas diarias de benzol, que nos servían para cubrir las necesidades de esas tropas. Sería igualmente un error inutilizar las centrales eléctricas situadas cerca del frente, ya que tanto los servicios postales como las comunicaciones telefónicas dependían de ellas. Al mismo tiempo, amparándome en decisiones anteriores de Hitler, cursé un telegrama a todos los jefes regionales para comunicarles que las instalaciones industriales no debían sufrir daños[359].

• • •

De pronto todo pareció estar de nuevo en peligro. Ya en Berlín, de regreso de aquel viaje, Liebel, jefe del Departamento Central, me recibió en la residencia de ingenieros de Wannsee con la noticia de que se habían cursado a todos los ministerios importantes órdenes de Hitler según las cuales el principio de «tierra quemada» debía aplicarse sin restricciones en todo el territorio alemán.

A fin de protegernos de posibles indiscreciones, nos sentamos en el jardín de la quinta. Era un día soleado de fines de verano. Ante nosotros navegaban lentamente los balandros. Liebel resumió los propósitos de Hitler diciendo que a ningún alemán se le debía permitir que viviera en los territorios ocupados por el enemigo. Y quien, pese a todo, se quedara, debería vegetar en un desierto sin rastro de civilización. No sólo debían ser destruidas las industrias y las centrales de agua, gas, electricidad y teléfonos, sino todo lo necesario para seguir viviendo: la documentación de las tarjetas de racionamiento, las actas del Registro Civil, las listas de empadronamiento, las relaciones de cuentas bancarias; también había que destruir las reservas de alimentos, prender fuego a las granjas y dar muerte al ganado. Ni siquiera de las obras de arte que habían resistido los ataques aéreos debía quedar nada: los edificios representativos y

monumentos, castillos, palacios, iglesias y teatros estaban condenados a la destrucción. Unos días antes, el 7 de septiembre de 1944, apareció, por orden de Hitler, un artículo en el *Völkischer Beobachter* que plasmaba en palabras esta explosión de vandalismo: «Que ninguna espiga alemana alimente al enemigo, que ninguna boca alemana le dé información, que ninguna mano alemana le ofrezca ayuda. Que encuentre destruidos todos los puentes y cerrados todos los caminos. Que sólo le salgan al encuentro la muerte, la desolación y el odio»[360].

Traté en vano de despertar la compasión de Hitler con el informe de mi viaje: «En la región de Aquisgrán se ven las tristes columnas de evacuados que, al igual que en Francia en 1940, marchan con niños y ancianos. Si las evacuaciones aumentan, estas escenas se harán cada vez más frecuentes, lo cual aconseja proceder con prudencia al cursar las órdenes de retirada». Le instaba también a viajar «al Oeste, para comprobar por sí mismo la situación… El pueblo espera que lo haga»[361].

Pero Hitler no fue. Cuando se enteró de que el jefe comarcal de Aquisgrán, Schmeer, no había empleado todos los medios coercitivos de que disponía para efectuar la evacuación, lo desposeyó de su cargo, lo expulsó del Partido y lo envió al frente como soldado raso. Habría sido inútil tratar de convencerlo para que revocara su decisión y mi autoridad no me permitía actuar por mi cuenta. Movido por la inquietud y la preocupación, dicté de improviso un telegrama que, una vez autorizado por Hitler, debía ser cursado por Bormann a los ocho jefes regionales del sector occidental. Quería obligar a Hitler a desmentirse a sí mismo: haciendo caso omiso de las radicales disposiciones de los últimos días y resumiendo las decisiones particulares aplicadas hasta entonces, lo invitaba a dar instrucciones generales. Psicológicamente, mi texto volvía a apoyarse en la fe de Hitler, auténtica o simulada, en la victoria final: traté de atraparlo alegando que, si no rectificaba sus

órdenes de destrucción, estaba reconociendo que daba la guerra por perdida y desproveía de fuerza a la exigencia de resistir hasta el final. Lapidariamente, empezaba diciendo: «El *Führer* ha comprobado que en breve podrá reconquistar los territorios perdidos. Dado que los territorios del Oeste tienen gran importancia para la producción de armamentos y de material de guerra en general, durante las retiradas se tomarán las medidas necesarias para que las industrias de la zona puedan volver a trabajar a pleno rendimiento. […] Las instalaciones industriales no deberán ser "paralizadas" hasta el último momento, y lo serán de forma que queden inutilizadas durante bastante tiempo. […] Las centrales eléctricas de las cuencas mineras deberán seguir en funcionamiento, a fin de que el nivel del agua permita mantener los pozos en las debidas condiciones. Si dejan de funcionar las bombas y se inundan los pozos, las minas no podrán volver a explotarse en varios meses». Poco después llamé por teléfono al cuartel general para preguntar si se le había presentado el telegrama a Hitler. Efectivamente, ya había sido cursado, aunque con una rectificación. Supuse que se habría hecho alguna tachadura aquí y allá y se habría enfatizado el pasaje que se refería a las medidas de paralización. En realidad, Hitler había dejado intacto el cuerpo del telegrama y sólo había hecho una añadidura respecto a su seguridad en la victoria. Ahora, la segunda frase decía: «La reconquista de una parte de los territorios perdidos en el Oeste no queda de ningún modo descartada».

Bormann cursó el telegrama a los jefes regionales con la siguiente nota: «Por encargo del *Führer*, adjunto le remito un escrito del ministro del Reich, Speer, que deberá ser obedecido sin falta»[362]. El propio Bormann había colaborado. Parecía comprender mejor que Hitler las devastadoras consecuencias que podía tener la total destrucción de los territorios que había que abandonar.

Pero, en el fondo, Hitler ya sólo trataba de salvar la cara cuando hablaba de «la reconquista de una parte de los territorios perdidos en el Oeste», porque hacía más de una semana que sabía que, incluso si se lograba estabilizar el frente, la guerra acabaría en algunos meses por falta de material. Entretanto, Jodl corroboró con datos estratégicos mis pronósticos del año anterior relativos a la política de armamentos, expuso que el ejército ocupaba un área demasiado extensa e ilustró sus argumentos con la imagen de la serpiente inmovilizada por haber devorado una presa demasiado grande. Por lo tanto, proponía abandonar Finlandia, el norte de Noruega, la Italia septentrional y la mayor parte de los Balcanes, a fin de que, a costa de reducir los territorios ocupados, pudiéramos elegir posiciones defensivas geográficamente favorables junto a los ríos Tisza y Sava y en las estribaciones meridionales de los Alpes. Esperaba poder liberar así numerosas divisiones. Al principio, Hitler se resistió a la idea de autoliquidación que implicaba aquel plan, pero, finalmente, el 20 de agosto de 1944 me autorizó a estudiar los efectos que podría tener renunciar a las materias primas de aquellos territorios[363].

Sin embargo, tres días antes de terminar mi informe, el 2 de septiembre de 1944, Finlandia y la Unión Soviética concertaron un alto el fuego y conminaron a las tropas alemanas a abandonar el territorio antes del día 15. Jodl me llamó enseguida y me preguntó cuál era el resultado de mis cálculos. Hitler había cambiado de parecer. No quería ni oír hablar de una retirada voluntaria. Jodl, por el contrario, insistía más que nunca en retirarse de inmediato de Laponia, aprovechando el buen tiempo: todas las armas se perderían irremisiblemente si durante la retirada las tropas eran sorprendidas por las tormentas de nieve que solían producirse a principios de otoño. Hitler esgrimió el mismo argumento de un año antes, durante la disputa sobre el abandono de los yacimientos de manganeso del

sur de Rusia:

—Si perdemos las minas de níquel del norte de Laponia, en unos meses quedará paralizada la producción de armamentos.

Este argumento no resistió mucho tiempo. Tres días después, el 5 de septiembre, cursé mi informe a Hitler y a Jodl a través de un mensajero. En él demostraba que no era sólo la pérdida de los yacimientos de níquel fineses, sino también el cese de los suministros de mineral de cromo de Turquía, lo que nos iba a hacer perder materialmente la guerra. Suponiendo que la producción de armamentos siguiera marchando a pleno rendimiento —lo cual, teniendo en cuenta los bombardeos, no era más que una hipótesis—, la última entrega de cromo a la industria tendría lugar el 1 de junio de 1945. «Habida cuenta del plazo de almacenaje y elaboración de la industria manufacturera, toda la producción que dependa del cromo, es decir, la producción total de armamentos, cesará irremediablemente el 1 de enero de 1946»[364].

Hacía ya tiempo que las reacciones de Hitler eran imprevisibles. Yo estaba preparado para una explosión de rabia impotente, pero aceptó con calma el contenido de mi informe, no sacó consecuencias de él y, pese a los consejos de Jodl, demoró el comienzo de la retirada hasta mediados de octubre. Es probable que, dada la situación militar del momento, tales previsiones lo dejaran indiferente. Una vez rotos los frentes del Este y del Oeste, aquella fecha del 1 de enero de 1946 tenía que parecerle utópica incluso a Hitler.

Por el momento, lo más acuciante era la escasez de combustible. En julio había comunicado a Hitler que todos los movimientos tácticos tendrían que cesar en septiembre de 1944 por falta de carburante; ahora se confirmaba la previsión. A fines de septiembre le escribí: «Una agrupación de cazas, estacionada cerca de Krefeld, que dispone de 37 aviones en perfecto estado,

se ha visto forzada a permanecer inactiva durante dos días a pesar del buen tiempo; al tercer día ha conseguido veinte toneladas de carburante y ha podido hacer una corta incursión hasta Aquisgrán, aunque sólo con veinte aviones». Cuando, al cabo de poco, aterricé en un campo de aviación situado al este de Berlín, en Werneuchen, el comandante del centro de adiestramiento me dijo que los aprendices de vuelo sólo podían entrenarse una hora a la semana, puesto que aquella unidad no recibía más que una parte del carburante que necesitaba.

También el Ejército de Tierra estaba casi paralizado por falta de combustible. A fines de octubre informé a Hitler de mi visita nocturna al X Ejército, que se encontraba al sur del Po. Encontré allí «una columna de 150 camiones tirados cada uno por cuatro bueyes; otros eran remolcados por tanques y tractores». A principios de diciembre me preocupaba que «la formación de los pilotos de tanques dejara mucho que desear», debido a «la falta de carburante para los ejercicios»[365]. Naturalmente, el capitán general Jodl conocía mejor que yo lo precario de la situación. Para conseguir las 17 500 toneladas de carburante necesarias para la ofensiva de las Ardenas, que anteriormente habrían supuesto dos días y medio de producción, el 10 de noviembre de 1944 tuvo que suspender el suministro a otros grupos de ejércitos[366].

Entretanto, los efectos del bombardeo de las fábricas de hidrogenación habían empezado a notarse en toda la industria química. Tuve que informar a Hitler de que «para poder llenar las cápsulas disponibles, había que alargar el explosivo mezclándolo con sal, llegando al límite de lo asumible». Efectivamente, desde octubre de 1944 los explosivos contenían un 20% de sal mineral, lo cual disminuía su eficacia en la misma proporción[367].

• • •

En aquella desesperada situación, Hitler ni siquiera supo jugar su último triunfo estratégico. Por grotesco que pueda parecer, precisamente en aquellos meses fabricábamos cada vez más cazas; durante la última fase de la guerra, en sólo seis meses se entregaron 12 720 cazas a las tropas, que en 1939 disponían sólo de 771 aparatos[368]. A fines de julio, Hitler accedió por segunda vez a que se diera un entrenamiento especial a dos mil pilotos, pues todavía creíamos que con ataques masivos podríamos infligir grandes pérdidas a la aviación americana y obligarla a suspender los bombardeos, aprovechando que, en el vuelo de ida y en el de vuelta, sus escuadrillas de bombarderos ofrecían, por término medio, un flanco de más de mil kilómetros de longitud.

El general de los pilotos de caza Adolf Galland y yo calculamos que se perdería un caza alemán por cada bombardero derribado en nuestro territorio, pero que la proporción de pérdidas materiales de uno y otro lado sería de uno a seis y la de bajas de pilotos, de uno a dos. Teniendo en cuenta que la mitad de los pilotos alemanes derribados podría salvarse arrojándose en paracaídas, mientras que las tripulaciones de los aviones adversarios que cayeran en suelo alemán serían hechas prisioneras, en esta lucha todas las ventajas estaban de nuestra parte, incluso a pesar de la superioridad del enemigo en cuanto a hombres, material y entrenamiento[369].

Hacia el 10 de agosto, Galland, muy excitado, me pidió que volara enseguida con él al cuartel general: tomando una de sus arbitrarias decisiones, Hitler había dado la orden de que la flota aérea «Reich», compuesta por 2000 cazas y próxima a formarse, fuera destinada al frente occidental, donde, a juzgar por nuestra experiencia, sería destruida en poco tiempo. Desde luego, Hitler ya se figuraba por qué íbamos a verle. Sabía que había roto la promesa que me hizo en julio de proteger con los cazas las fábricas de hidrogenación. Con todo, evitó un enfrentamiento

durante la reunión estratégica y determinó que nos recibiría después, a solas.

Empecé cautelosamente por poner en duda la eficacia de aquella orden y, a pesar de mi excitación, le expuse con relativa calma la catastrófica situación de los armamentos, le di algunas cifras y le describí las consecuencias de un bombardeo continuado. Sólo con hablarle de esto, Hitler empezó a dar muestras de nerviosismo e impaciencia. Aunque me escuchaba en silencio, pude percibir en sus facciones, en el rápido movimiento de sus manos y en su forma de mordisquearse las uñas que se sentía cada vez más tenso. Cuando terminé y creí haberle demostrado que era preciso destinar a luchar contra los bombarderos hasta el último caza del Reich, Hitler ya no era dueño de sí. Su cara había enrojecido violentamente y su mirada se había vuelto fija e inanimada. Entonces rompió a gritar sin contenerse:

—¡Las operaciones militares son asunto mío! ¡Usted haga el favor de ocuparse de sus armamentos! ¡Esto no es asunto suyo!

Tal vez habría aceptado mejor mis recomendaciones si hubiéramos estado solos. La presencia de Galland le hacía imposible rectificar. Puso fin bruscamente a la entrevista, atajando así cualquier argumentación:

—No tengo más tiempo para ustedes.

Perplejo, me fui con Galland a mi barracón de trabajo.

Al día siguiente, cuando ya nos disponíamos a regresar a Berlín sin haber cumplido nuestro propósito, Schaub nos comunicó que debíamos volver a ver a Hitler. En un tono mucho más brusco y atropellado que el de la víspera, nos gritó:

—No quiero que se fabriquen más aviones. Vamos a renunciar a los cazas. ¡Detenga inmediatamente la producción de aviones! ¡Inmediatamente! ¿Entendido? ¿No se queja usted siempre de que falta mano de obra especializada? Pues pásela a la

fabricación de artillería antiaérea. ¡Todos los obreros a los antiaéreos! ¡Y el material también! ¡Es una orden! ¡Haga venir enseguida a Saur al cuartel general! Hay que establecer un programa de fabricación de artillería antiaérea. Dígaselo. Un programa diez veces más amplio… Cientos de miles de obreros pasarán a la producción de antiaéreos. En la prensa extranjera leo todos los días lo peligrosa que es la artillería antiaérea. Esto aún les causa respeto, pero nuestros cazas ya no.

Galland trató de replicar que los cazas podrían derribar más aviones que los antiaéreos si los utilizábamos sobre suelo alemán, pero no pudo terminar ni una frase. Volvió a despedirnos bruscamente; en realidad, nos echó de su despacho.

Lo primero que hice al llegar a la cantina fue servirme un vermut de la botella que había allí preparada para estos casos; la escena me había afectado los nervios. Galland, de ordinario tan sereno y reposado, parecía trastornado por primera vez desde que lo conocía. No lograba asimilar que el arma que estaba bajo su mando fuera a ser disuelta por cobardía ante el enemigo. A mí, por el contrario, ya no me sorprendían aquellos exabruptos de Hitler y sabía que en la mayoría de los casos, con una táctica adecuada, se podía conseguir que rectificara. Tranquilicé a Galland: con las industrias de los cazas no se podían fabricar cañones. Además, no eran cañones antiaéreos lo que escaseaba, sino municiones, sobre todo por la falta de explosivos.

Saur coincidía conmigo en el temor de que Hitler hubiera planteado exigencias imposibles de cumplir. Al día siguiente le expuso en privado que el aumento en la producción de cañones antiaéreos dependía del suministro de unas máquinas-herramienta especiales para el vaciado de tubos largos.

Poco después me dirigí de nuevo con Saur al cuartel general para discutir los detalles de aquella orden, que Hitler, encima, nos había cursado también por escrito. Después de mucho

bregar, su pretensión inicial de quintuplicar la producción quedó reducida a un incremento de dos veces y media. Para cumplir el programa nos dio un plazo que expiraba en diciembre de 1945 y, además, exigió que se duplicara la producción de los proyectiles correspondientes[370]. Pudimos discutir tranquilamente con él más de veintiocho puntos del orden del día, pero cuando quise llamar de nuevo su atención sobre la necesidad de que los cazas fueran utilizados en el territorio nacional, volvió a interrumpirme enfurecido, repitió la orden de aumentar la producción de cañones antiaéreos y disminuir la de los cazas y levantó la sesión.

Fue la primera orden de Hitler que Saur y yo desobedecimos. Actuando por mi cuenta y riesgo, al día siguiente manifesté a los directivos de la industria de armamentos que era preciso «mantener a toda costa la producción de cazas al máximo». Tres días después reuní a los representantes de la industria aeronáutica y, en presencia de Galland, les expliqué la importancia de su misión, que, «mediante el aumento de la producción de cazas», consistía en «conjurar el mayor de los peligros que nos amenazaban: la destrucción de la industria de armamentos en Alemania»[371]. Entretanto, Hitler se había calmado y hasta me concedió repentinamente autorización para dar máxima prioridad a un programa —limitado, eso sí— de cazas. Había pasado la tormenta.

• • •

A la vez que nos veíamos obligados a limitar la producción y hasta a suspender el desarrollo de nuevas armas, en sus conversaciones con los mandos militares y políticos Hitler empezó a hacer insinuaciones cada vez más inequívocas sobre la próxima utilización de unas armas nuevas que iban a decidir la guerra. Cuando visitaba a las divisiones, se me preguntaba con

frecuencia, con una sonrisita irónica, cuándo llegarían esas armas milagrosas. Aquellas ilusiones me resultaban desagradables; algún día tenía que producirse el desengaño, por lo que a mediados de septiembre, cuando las V2 ya habían entrado en servicio, dirigí a Hitler estas líneas: «Se halla muy extendida entre las tropas la creencia de que en breve vamos a utilizar una nueva arma decisiva para la guerra. Esperan que entre en servicio dentro de unos días. Incluso algunos oficiales de alta graduación comparten seriamente esta idea. No creo que en momentos tan difíciles como los que atravesamos sea aconsejable alentar unas esperanzas que en ningún caso podrán verse realizadas en tan breve plazo, lo que provocará una decepción que forzosamente afectará a la moral de los soldados. Puesto que también la población civil espera día tras día el arma milagrosa y está empezando a dudar de que sepamos que está acercándose la hora crítica, y opina que una nueva demora en el empleo de estas armas, que supone que tenemos almacenadas, resulta intolerable, cabe preguntar si este tipo de propaganda resulta aconsejable»[372].

En una entrevista que mantuvimos a solas, Hitler reconoció que yo tenía razón; sin embargo —como no tardé en comprobar—, no renunció a hacer alusiones a las armas milagrosas. Por lo tanto, el 2 de noviembre de 1944 escribí a Goebbels que me parecía «desacertado dar a la opinión pública unas esperanzas cuya realización no puede garantizarse en un futuro previsible… Por consiguiente, le ruego que tome las medidas oportunas para que en la prensa diaria y en las revistas técnicas se eviten en lo sucesivo las alusiones a futuros éxitos de nuestra industria de guerra».

En efecto, a partir de aquel momento Goebbels dejó de dar informaciones sobre nuevas armas. Sin embargo, paradójicamente, los rumores se hicieron más insistentes. Mucho después, durante el proceso de Nuremberg, me enteré

por Fritzsche, uno de los principales colaboradores del ministro de Propaganda, de que Goebbels había montado un dispositivo especial para difundir estos rumores, que se ajustaban bastante a lo que se esperaba que sucediera en el futuro. ¡Cuántas veces, al terminar la sesión de trabajo de la Junta de Armamentos, nos habíamos reunido por la noche para comentar los últimos avances de la técnica! Incluso hablábamos de la posibilidad de fabricar una bomba atómica. Muchas veces asistieron a nuestras reuniones unos reporteros próximos a Goebbels que también participaban en las informales veladas nocturnas[373].

En aquellos tiempos de ansiedad, en los que todos deseaban conservar la esperanza, estos rumores encontraban campo abonado. Por otra parte, hacía ya tiempo que nadie daba crédito a lo que decían los periódicos. Sin embargo, durante los últimos meses de la guerra, las secciones dedicadas a la astrología constituyeron una excepción para un número creciente de desesperados. Como tales secciones dependían, por múltiples motivos, del Ministerio de Propaganda, según me dijo Fritzsche en Nuremberg, se emplearon como medio para influir en la opinión pública. Los horóscopos manipulados hablaban de profundos valles que debían cruzarse, vaticinaban giros sorprendentes para un futuro inmediato y se extendían en prometedoras especulaciones. El régimen sólo seguía teniendo futuro en las páginas astrológicas.

CAPÍTULO XXVIII

LA CAÍDA

A fines de otoño de 1944, el servicio de armamentos que había estado concentrado en mi Ministerio desde la primavera estaba empezando a disolverse. No era sólo que la fabricación de los grandes cohetes, considerada decisiva, hubiera pasado a las SS, sino que algunos jefes regionales habían logrado imponer su autonomía para organizar la producción de armamentos en sus respectivas demarcaciones. Hitler apoyaba estas iniciativas. Por ejemplo, dio su consentimiento para que Sauckel construyera en su región de Turingia una gran fábrica subterránea para producir en serie un caza monomotor a reacción al que Hitler dio el nombre de «caza popular». No obstante, como ya nos encontrábamos al principio de la agonía económica, la disgregación no llegó a consumarse.

Simultáneamente surgían, indicando un creciente desconcierto, ciertas esperanzas de que incluso mediante el uso de armas primitivas podríamos alcanzar éxitos que compensaran nuestra situación de emergencia en la cuestión del armamento. La eficacia técnica de las armas debía ser sustituida por el valor del hombre. En abril de 1944 Dönitz nombró al ingenioso vicealmirante Heye delegado para la construcción de submarinos monoplaza y otras naves de combate. Sin embargo, la producción no pudo ser muy elevada hasta el mes de agosto, cuando la invasión ya se había producido y, por lo tanto, era demasiado tarde. Himmler, por su parte, insistía en crear un

«Comando de la Muerte» constituido por aviones-cohete tripulados que debían destruir los bombarderos enemigos lanzándose contra ellos. Otro medio de combate primitivo era el llamado «puño de tanque», un pequeño cohete lanzado a mano que debía sustituir a la inexistente artillería antitanque[374].

A fines de otoño de 1944, Hitler intervino inesperadamente en la producción de caretas antigás y nombró a un delegado especial, dependiente de él. Con toda urgencia se elaboró un programa que debía proteger a toda la población de los efectos de una guerra de gases. Si bien, por orden expresa de Hitler, a partir de octubre de 1944 se consiguió triplicar la producción, que llegó a 2 300 000 unidades, la protección de la población urbana no podría garantizarse hasta varios meses después, por lo que los órganos del Partido publicaron consejos para fabricarse protecciones rudimentarias hechas de papel.

Aunque por aquel entonces Hitler solía hablar del peligro de un ataque enemigo con gases venenosos contra las ciudades alemanas[375], mi amigo el doctor Karl Brandt, a quien él había encomendado las medidas de protección, contemplaba la posibilidad de que aquellos febriles preparativos estuvieran destinados a protegernos de una guerra de gases iniciada por nosotros. Entre nuestras «armas milagrosas» había un gas venenoso, llamado tabún, que penetraba a través de los filtros de todas las máscaras antigás conocidas y tenía efectos letales incluso en cantidades mínimas.

En otoño de 1944, Robert Ley, químico de profesión, me llevó de regreso en su coche-salón tras una reunión en Sonthofen. Como era habitual en él, nos sentamos junto a una botella de vino. La excitación acentuaba su tartamudeo.

—Pero ahora tenemos ese nuevo gas, he oído hablar de él. El *Führer* tiene que usarlo, es preciso, y tiene que ser ahora. ¿Cuándo, si no? ¡Es la última oportunidad! También usted

debería decirle que no puede esperar más.

Me callé. Pero, al parecer, Ley ya había sostenido una conversación parecida con Goebbels, quien preguntó a nuestros colaboradores de la industria química por el veneno y sus efectos e intervino ante Hitler para que se empleara el nuevo gas. Aunque éste siempre se había resistido a utilizarlo, ahora, durante una reunión estratégica celebrada en el cuartel general, insinuó que si se usara en el frente del Este se podría contener el avance de las tropas soviéticas. Con ello expresaba la vaga esperanza de que las potencias occidentales aceptarían una guerra de gases contra el Este, ya que en aquella fase los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos estarían interesados en detener el avance de los rusos. Como ninguno de los que asistíamos a la reunión reaccionó positivamente, Hitler no volvió a hablar del tema.

No hay duda de que el generalato temía las imprevisibles consecuencias de una decisión semejante. En cuanto a mí, el 11 de octubre de 1944 escribí a Keitel para comunicarle que, debido al colapso de la industria química, las materias primas cianuro y metanol se habían agotado[376]. Por lo tanto, a partir del 1 de noviembre debería suspenderse la fabricación de tabún y reducirse a la cuarta parte la de gas mostaza. Aunque Keitel logró que Hitler diera la orden de no reducir la producción de gas venenoso bajo ningún concepto, esas órdenes ya no tenían nada que ver con la realidad. Sin darle ninguna respuesta, la asignación de las materias primas fundamentales para las industrias químicas se ajustó a mi propuesta.

• • •

El 11 de noviembre tuve que añadir un nuevo aviso de alarma a mi memoria sobre las carencias de la industria del carburante: hacía más de seis semanas que el territorio del Ruhr se encontraba prácticamente incomunicado. Escribí a Hitler que

«dada la estructura económica general del Reich, resulta evidente que, a la larga, la pérdida de la zona industrial de Renania y Westfalia sería insoportable tanto para la economía alemana como para continuar con éxito la guerra. […] Varias fábricas de armamento de importancia capital se encuentran al borde de la paralización y en las presentes circunstancias no existe posibilidad de evitarla».

Añadí que, como el carbón ya no podía ser transportado al resto del territorio del Reich, las existencias con que contaban los ferrocarriles disminuían rápidamente, las fábricas de gas amenazaban detenerse, las de aceites y margarinas tampoco podrían seguir trabajando y hasta las entregas de coque a los hospitales eran insuficientes[377].

En efecto, por todas partes se veía el final. Se advertían síntomas de una creciente anarquía. Los transportes de carbón no llegaban a su destino porque eran detenidos por el camino y requisados por los jefes regionales para satisfacer sus necesidades. Los edificios de Berlín estaban sin calefacción y los suministros de gas y electricidad sólo funcionaban algunas horas al día. Llegó una enfurecida queja de la Cancillería del Reich porque nuestra Central de Carbón le había denegado el suministro para el resto del invierno.

La situación ya no nos permitía llevar a cabo nuestros programas y sólo podíamos tratar de producir las piezas que faltaran. Cuando se agotara el resto de las existencias, el programa de armamentos quedaría cerrado. Sin embargo, subestimé —como también lo hicieron los estrategas de la aviación enemiga— la gran reserva de piezas sueltas que se había acumulado en las fábricas[378]. Una investigación a fondo reveló que seguíamos pudiendo producir una buena cantidad de armamentos, aunque sólo durante unos meses. Hitler aceptó con una calma casi tétrica la necesidad de recurrir a un último

Programa de Emergencia o de Complemento, como nosotros lo llamamos. No pronunció ni una palabra sobre sus consecuencias, si bien éstas quedaban muy claras.

En aquel tiempo, durante una reunión estratégica, Hitler comentó, en presencia de todos los generales:

—Tenemos la suerte de contar con un verdadero genio en el suministro de armamentos. Me refiero a Saur. Es capaz de vencer cualquier dificultad.

—*Mein Führer*, el ministro Speer está aquí —le hizo notar el general Thomale.

—Ya lo sé —respondió él con sequedad, molesto por la interrupción—. Pero Saur es el genio que sabrá dominar la situación.

Por curioso que pueda parecer, tomé esta ofensa deliberada sin inmutarme, casi con indiferencia: ya estaba empezando a despedirme.

• • •

El 12 de octubre de 1944, cuando se había vuelto a consolidar la situación militar en el Oeste y se pudo volver a hablar de un frente y no sólo de hombres indefensos que retrocedían en oleadas, Hitler me llevó aparte después de una reunión estratégica. Me hizo prometer silencio y me dijo que pensaba reunir todos los efectivos disponibles en el Oeste para llevar a cabo una gran ofensiva:

—Es preciso que organice usted a los obreros de la construcción en un cuerpo que esté lo bastante motorizado para encargarse de levantar puentes de todas clases, aunque se interrumpan las comunicaciones ferroviarias. Aténgase para ello a las formas de organización que ya demostraron su eficacia en la campaña occidental de 1940[379].

Yo objeté que apenas dispondríamos de camiones suficientes

para semejante empresa.

—En un caso así, todo lo demás tiene que esperar —dijo en tono tajante—. No importan las consecuencias. Ésta será la gran batalla y hay que ganarla a toda costa.

Hacia fines de noviembre, Hitler declaró una vez más que todo lo cifraba en aquella ofensiva y, como estaba seguro del triunfo, no le importaba reconocer que aquélla iba a ser la última tentativa:

—Si fracasa, no veo otra posibilidad de ganar la guerra… Pero nos abriremos paso —añadió, perdiéndose de nuevo en unas quimeras cada vez más irreales—. ¡Una sola brecha en el frente del Oeste! ¡Ya lo verán! Eso provocará el pánico entre los americanos. Cruzaremos por el centro y tomaremos Amberes. Entonces habrán perdido su puerto de avituallamiento y se formará un cerco enorme alrededor del ejército británico; tomaremos cientos de miles de prisioneros. ¡Igual que hicimos en Rusia!

Cuando por aquellas mismas fechas me reuní con Albert Vögler para tratar de la desesperada situación que los bombardeos habían creado en el Ruhr, me preguntó sin ambages:

—¿Cuándo va a terminar esto?

Yo le insinué que Hitler quería concentrar todos los efectivos para hacer un último esfuerzo, pero Vögler insistió:

—Supongo que tiene claro que después de eso todo habrá acabado, ¿no? Estamos perdiendo demasiadas cosas sustanciales. ¿Cómo vamos a llevar a cabo la reconstrucción si continúan bombardeando las industrias, aunque esto sólo dure unos meses más?

—Yo creo que Hitler se dispone a jugar su última carta y que él lo sabe —respondí.

Vögler me miró con escepticismo.

—Desde luego, será su última carta, porque nuestra producción se está resquebrajando en todos los frentes. ¿La acción será contra el Este, para darnos un respiro por ese lado?

Le respondí con una evasiva.

—Seguro que será en el frente del Este —afirmó Vögler—. Nadie puede estar tan loco como para desprotegerlo e intentar contener al enemigo en el Oeste.

En las reuniones estratégicas celebradas a partir de noviembre, el capitán general Guderian, jefe del Alto Estado Mayor del Ejército de Tierra, no dejaba de llamar la atención de Hitler sobre la amenaza que representaba para la Alta Silesia la concentración de tropas en el frente oriental. Naturalmente, pretendía que las divisiones que se habían formado para lanzar la ofensiva en el Oeste fueran trasladadas al Este para evitar una catástrofe. Por cierto que en el proceso de Nuremberg varios acusados trataron de justificar la prolongación de la guerra más allá del invierno de 1944-1945 aduciendo que Hitler prosiguió la lucha con el fin de salvar la vida de los refugiados del Este y exponer al menor número posible de soldados alemanes a ser capturados por los rusos. Sin embargo, las decisiones que tomó en aquel tiempo demuestran precisamente lo contrario.

Yo defendía la opinión de que era necesario jugar la «última carta» de Hitler con la mayor eficacia posible. Por consiguiente, acordé con el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B, mariscal Model, que durante la ofensiva se le prestaría un apoyo armamentístico improvisado. El 16 de diciembre, fecha del ataque, me instalé en un pequeño cuartel habilitado en un pabellón de caza de los alrededores de Bonn. Ya durante el viaje nocturno hacia el Oeste, en un automotor de los ferrocarriles del Reich, pude ver las estaciones de maniobras del este de Alemania llenas a rebosar de trenes de mercancías; los

suministros para la ofensiva se habían quedado atascados allí a consecuencia de los ataques aéreos.

El cuartel general de Model se hallaba en el fondo de un estrecho valle boscoso del Eifel, en el pabellón de caza de un rico industrial. Al igual que el Estado Mayor del Ejército, también Model había renunciado a construir ningún bunker allí, a fin de no llamar la atención de los servicios de espionaje enemigos sobre aquel lugar. Model estaba satisfecho, pues el ataque por sorpresa había sido un éxito y se había roto el frente; sus tropas avanzaban con rapidez. El tiempo era favorable, justo como lo había deseado Hitler antes de la ofensiva:

—Tiene que hacer mal tiempo; si no, la operación no resultará.

En mi calidad de merodeador de batallas, traté de acercarme al frente todo lo posible. Las tropas avanzaban satisfechas, pues las nubes bajas impedían que actuaran las fuerzas aéreas. Sin embargo, al segundo día la situación de los transportes era ya caótica. Los camiones pesados avanzaban metro a metro por la carretera de tres carriles. Para recorrer de tres a cuatro kilómetros, mi coche, rodeado por camiones de municiones, necesitaba un promedio de una hora. Temía que el tiempo pudiera aclarar.

Model encontró varias razones para explicar aquel desconcierto, entre otras la falta de disciplina de las nuevas unidades y el caos de la retaguardia. Sea como fuere, era evidente que el Ejército de Tierra había perdido su proverbial capacidad de organización, sin lugar a dudas a causa de los tres años de ser dirigido por Hitler.

El primer objetivo de nuestro trabajoso avance era un puente que había sido destruido y que se hallaba al norte de la posición ocupada por el VI Ejército Acorazado de las SS. En mi deseo de ayudar, había prometido a Model que trataría de hallar

el medio de repararlo a la mayor brevedad. Los soldados reaccionaron con escepticismo al verme aparecer. Mi asistente oyó a uno de ellos explicar así el motivo de mi visita:

—El *Führer* le habrá calentado las orejas porque el puente aún no está listo. Ahora le habrá dado la orden de arreglárselas él sólito.

Efectivamente, la reparación de los puentes progresaba con gran lentitud, porque las unidades de ingenieros de la Organización Todt que con tanto esmero habíamos formado estaban atrapadas en el inmenso atasco de la orilla oriental del Rin, junto con la mayor parte del material. Por lo tanto, aunque no fuese más que por la falta de elementos para reconstruir los puentes, la ofensiva estaba condenada a acabar pronto.

También el deficiente suministro de carburante obstaculizaba la buena marcha de las operaciones. Las unidades acorazadas iniciaron el ataque con escasas reservas de combustible. Hitler había confiado ingenuamente en que los tanques podrían abastecerse en los depósitos que se conquistaran a los americanos. Cuando la ofensiva amenazó con atascarse, acudí en ayuda de Model y ordené por teléfono a las fábricas de benzol de la cercana cuenca del Ruhr que organizaran un convoy improvisado de camiones cisterna con destino al frente.

Pocos días después, las líneas de abastecimiento quedaron desarticuladas cuando las nubes se disiparon y el claro cielo se pobló de innumerables cazas y bombarderos enemigos. Viajar de día era un problema, incluso en un rápido utilitario; cada vez que la carretera penetraba en un bosque nos sentíamos aliviados. A partir de ese momento, los suministros tuvieron que transportarse de noche, avanzando casi a tientas[380]. El 23 de diciembre, víspera de Nochebuena, Model me comunicó que la ofensiva había fracasado; sin embargo, Hitler ordenó continuar con ella.

Permanecí en el territorio de la ofensiva hasta fines de diciembre; visité varias divisiones, fui ametrallado por aviones y artillería y vi el espantoso efecto de un ataque alemán a una posición de ametralladoras: cientos de soldados acribillados yacían tirados en un campo. La última noche visité a Sepp Dietrich, simple cabo del antiguo ejército alemán y entonces comandante de un ejército acorazado de las SS, en su cuartel general, situado en las inmediaciones de la ciudad fronteriza belga de Houffalize. Era uno de los pocos que quedaban de la primera época del Partido y con el tiempo, a su sencilla manera, también se había distanciado de Hitler. Nuestra conversación no tardó en versar sobre las últimas órdenes; Hitler exigía con creciente energía que «a cualquier precio» se tomara la ciudad de Bastogne. Sepp Dietrich refunfuñó que Hitler no estaba dispuesto a entender que las divisiones de élite de las SS no pudieran arrollar sin el menor esfuerzo a los americanos. Era imposible convencerlo de que eran unos adversarios duros y del mismo fuste que sus hombres.

—Además —agregó—, no recibimos municiones. Las líneas de aprovisionamiento han sido cortadas por los bombardeos.

Como para ilustrar nuestra impotencia, la conversación de aquella noche se vio interrumpida por un ataque a baja altura de grandes unidades de bombarderos cuatrimotores. Bombas que silbaban en el aire y estallaban, llamaradas rojas y amarillas que iluminaban las nubes, bramido de motores y ni la más mínima defensa; me dejó anonadado aquella imagen de indefensión militar que se alzaba sobre el fondo grotesco de los errores de cálculo de Hitler.

Hacia las cuatro de la mañana del 31 de diciembre, cuando la oscuridad aún nos protegía de los ataques enemigos a las carreteras, Poser y yo nos dirigimos al cuartel general de Hitler, al que no llegamos hasta el día siguiente hacia las dos de la

madrugada. Una y otra vez nos vimos obligados a ponernos a cubierto de los cazas; para cubrir una distancia de 340 kilómetros, con pausas muy cortas, necesitamos veintidós horas.

El cuartel general occidental de Hitler, desde donde dirigió la ofensiva de las Ardenas, estaba situado en el extremo de un valle solitario cubierto de prados, dos kilómetros al noroeste de Ziegenberg, en Bad Nauheim. Escondidos en el bosque y camuflados como casas prefabricadas, los búnkers estaban tan bien protegidos por gruesos techos y paredes como todos los lugares de residencia de Hitler.

Desde que fui nombrado ministro, había tratado de felicitar en persona el Año Nuevo a Hitler en tres ocasiones sin conseguirlo; en 1943 se me había congelado el avión y en 1944 se averió el motor del aparato que me traía de regreso del frente del Ártico.

Habían transcurrido ya dos horas de 1945 cuando por fin, tras cruzar numerosas barreras, entré en su bunker particular. Llegué a tiempo: los asistentes, médicos, secretarias y Bormann —todos, a excepción de los altos mandos militares del cuartel general del *Führer*— estaban reunidos en torno a Hitler y bebían champaña. En aquel ambiente de moderada animación causada por el alcohol, Hitler parecía el único ebrio, incluso sin ninguna bebida estimulante, presa de una euforia crónica.

Aunque el comienzo de un nuevo año en nada hacía cambiar la desesperada situación del anterior, todos los presentes parecían aliviados de poder empezar de nuevo, por lo menos sobre el calendario. Hitler hacía pronósticos optimistas para 1945: el mal momento que atravesábamos pronto quedaría atrás; al final nos esperaba la victoria. Su auditorio guardaba silencio. Sólo Bormann lo apoyaba con frases de entusiasmo. Después de más de dos horas de oír hablar a Hitler en aquel tono de crédulo optimismo, los miembros de su entorno, yo

entre ellos, empezamos a sentirnos cada vez más despreocupados, a pesar de nuestro escepticismo. Él seguía conservando su mágico poder, aunque racionalmente nadie pudiera convencerse. La sola reflexión de que Hitler, al establecer un paralelismo con la situación de Federico el Grande al final de la guerra de los Siete Años[381], estaba reconociendo su propia derrota militar, debería habernos abierto los ojos. Pero ninguno de nosotros pensó en ello.

Tres días después, durante una importante conferencia con Keitel, Bormann y Goebbels, se reavivaron aquellas vanas esperanzas. Había que conseguir una *levée en masse* que haría cambiar el rumbo de los acontecimientos. Goebbels se mostró insultante cuando me opuse aduciendo que eso sería muy perjudicial para el resto de programas y haría que la producción se desmoronara[382]. Me miró perplejo y furioso. Luego, volviéndose hacia Hitler, exclamó con voz solemne:

—¡En tal caso, señor Speer, suya será la culpa histórica de que por falta de unos cientos de miles de soldados perdamos la guerra! ¿Por qué no se decide por fin a decir que sí? ¡Piénselo! ¡Sería culpa suya!

Permanecimos un momento de pie, indecisos, irritados, imperturbables…, hasta que, por fin, Hitler se decidió por Goebbels y, en consecuencia, por ganar la guerra.

A aquel encuentro siguió una reunión sobre armamentos a la que, como invitados de Hitler, también asistieron Goebbels y su subsecretario, Naumann. Como era habitual en él desde hacía tiempo, Hitler se desentendió por completo de mí durante el debate, no me pidió mi opinión y se dirigió exclusivamente a Saur. Mi papel se reducía más bien al del oyente mudo. Después de la reunión, Goebbels me dijo que lo había impresionado la pasividad con que me dejaba desplazar por Saur. Pero todo aquello ya no eran más que charlas insustanciales. Con la

ofensiva de las Ardenas, la guerra había terminado. Lo que ahora seguía no era más que un esfuerzo confuso e impotente para retrasar la ocupación del país.

No era yo el único que rehuía los conflictos. En todo el cuartel general se notaba una indiferencia que no podía atribuirse tan sólo al letargo, al exceso de trabajo y al influjo psíquico de Hitler. En lugar de los violentos choques y de las tensiones de los años y meses anteriores entre las distintas facciones, intereses y grupos hostiles entre sí que luchaban por conquistar el favor de Hitler y se echaban mutuamente la culpa por las derrotas cada vez más frecuentes, ahora reinaba una calma apática que anunciaba el fin. Cuando, por ejemplo, durante aquellos días Saur consiguió que el general Buhle sustituyera a Himmler en el cargo de Jefe de Armamentos del Ejército de Tierra[383], este paso, que significaba una reducción del poder de éste, apenas se notó. En realidad, ya no había ambiente de trabajo; los acontecimientos ya no causaban ninguna impresión, pues la certeza de que el ineludible final estaba próximo borraba todo lo demás.

Mi viaje al frente me mantuvo alejado de Berlín durante más de tres semanas, porque ya no era posible gobernar desde la capital. Las caóticas circunstancias generales hacían cada vez más complicado dirigir desde un puesto central la organización de Armamentos. Pero también hacían que ésta fuera cada vez más inútil.

• • •

El 12 de enero se inició en el Este la gran ofensiva soviética vaticinada por Guderian. Nuestras líneas defensivas se hundieron en un ancho frente. Ni siquiera los 2000 modernos tanques alemanes que se hallaban en el Oeste habrían podido neutralizar la superioridad de las tropas soviéticas.

Varios días después estábamos todos en el llamado Salón de

Embajadores de la Cancillería del Reich, una antesala cubierta de tapices que daba acceso al despacho de Hitler, esperando el comienzo de la reunión estratégica. Cuando llegó Guderian, que se había retrasado porque había ido a visitar al embajador japonés Oshima, un criado, vestido con el sencillo uniforme negro y blanco de las SS, abrió la puerta del despacho de Hitler. Pisando la gruesa alfombra anudada a mano nos acercamos a la mesa de mapas que había junto a la ventana. La enorme losa de mármol de la mesa, de una sola pieza, procedía de Austria y, sobre un fondo rosa, mostraba los cortes de un blanco amarillento producidos por un banco de coral. Nos colocamos al lado de la ventana. Hitler tomó asiento frente a nosotros.

El ejército alemán de Curlandia había quedado rodeado sin remedio. Guderian trató de convencer a Hitler de que aquella posición debía ser abandonada y las tropas evacuadas por el Báltico. Hitler lo contradijo, como siempre que se trataba de aprobar una retirada. Guderian no dio su brazo a torcer, Hitler insistió, el tono se agrió y, finalmente, Guderian se opuso a Hitler con una claridad totalmente insólita en aquellas esferas. Animado sin duda por el licor que había tomado en casa de Oshima, Guderian se desinhibió por completo. Con los ojos chispeantes y el bigote literalmente erizado se mantenía erguido frente a Hitler, quien, a su vez, también se había puesto en pie. Entre los dos se extendía la mesa de mármol.

—¡Sencillamente, es nuestro deber salvar a esos hombres! —exclamó Guderian, desafiante—. ¡Todavía estamos a tiempo de evacuarlos!

Hitler, furioso y muy excitado, replicó:

—¡Seguirán luchando allí! ¡No podemos renunciar a ese territorio!

Guderian insistió tercamente:

—Pero es inútil sacrificar a esos hombres de una forma tan

absurda. ¡No hay tiempo que perder! ¡Tenemos que embarcar a esos soldados de inmediato!

Entonces ocurrió lo que nadie habría creído posible. Hitler se mostró intimidado por aquel vehemente ataque. En realidad, no podía aceptar la pérdida de prestigio que suponía el tono de Guderian. Sin embargo, para mi sorpresa, se escabulló remitiéndose a razones militares. Dijo que una retirada hacia los puertos provocaría un descontrol general y unas pérdidas mayores que si se proseguía la defensa. Una vez más, Guderian insistió con energía en que la retirada había sido estratégicamente preparada hasta el último detalle y era perfectamente posible. Pero se impuso la decisión de Hitler.

¿Era aquello un síntoma de pérdida de autoridad? Como siempre, Hitler se había salido con la suya, nadie había dejado la sala furioso, nadie había declarado que no podía seguir asumiendo aquella responsabilidad. Por este motivo el prestigio de Hitler permaneció inalterable hasta el final, a pesar de que durante unos minutos aquella infracción del protocolo nos dejó a todos atónitos. Zeitzler habló en un tono más comedido; incluso cuando discrepaba, en él seguían apreciándose respeto y lealtad. Pero por primera vez se había producido una disputa declarada ante testigos. El distanciamiento se había hecho casi palpable, se había hundido un mundo. Es cierto que Hitler salvó la cara, y eso era mucho, pero al mismo tiempo era también muy poco.

• • •

En vista del rápido avance de los ejércitos rusos, me pareció conveniente hacer una nueva visita a la zona industrial de Silesia, para convencerme de que mis órdenes de conservar la industria no habían sido contravenidas por organismos subordinados. Cuando el 21 de enero de 1945 me reuní en Oppeln con el recién nombrado comandante en jefe de un

grupo de ejércitos, mariscal Schörner, éste me comunicó que de su agrupación ya no quedaba más que el nombre; los tanques y las armas pesadas se habían perdido durante la batalla. Nadie sabía lo cerca de Oppeln que podían estar ya los rusos; en cualquier caso, los oficiales del cuartel general se estaban marchando y en nuestro hotel quedaban ya muy pocos huéspedes.

En mi habitación había un grabado de Käthe Kollwitz, *La Carmagnole*. Una turba delirante, con los rostros marcados por el odio, baila alrededor de la guillotina; a un lado, en el suelo, llora una mujer. Yo también me sentía cada vez más deprimido por la desesperada situación de aquella guerra que estaba acabando. Mi sueño inquieto se vio turbado por las figuras espectrales del grabado. El miedo a tener yo mismo un final terrible, que durante el día conseguía reprimir o sofocar con el trabajo, me acometió aquella noche con más fuerza que nunca. ¿Se levantaría el pueblo, movido por la indignación y el desengaño, contra sus antiguos dirigentes y los liquidaría como la turba del grabado? En círculos íntimos, entre amigos y conocidos, hablábamos a veces del sombrío porvenir que nos aguardaba. Milch solía asegurar que el enemigo no se andaría con chiquitas con los dirigentes del Tercer Reich. Yo compartía su opinión.

Una llamada telefónica del coronel Von Below, mi enlace con Hitler, me sacó de las pesadillas de aquella noche. El 16 de enero ya le había indicado a Hitler que, después de la separación de la cuenca del Ruhr del resto del Reich, la pérdida de la Alta Silesia acarrearía a la fuerza un inmediato colapso económico, y poco después le insistí, por medio de un telegrama, sobre la importancia de la Alta Silesia y le pedí que se asignara al Grupo de Ejércitos de Schörner «por lo menos entre el 30% y el 50% de la producción de armamentos de enero»[384].

Con ello también pretendía apoyar a Guderian, quien seguía reclamando que Hitler desistiera de sus esfuerzos de ofensiva en el Oeste y que las escasas unidades acorazadas de que aún disponíamos fueran enviadas al Este. Asimismo, yo había hecho notar que «los rusos están obteniendo sin preocupación sus abastecimientos en líneas bien cerradas y visibles desde muy lejos gracias a la nieve. Dado que el empleo de los cazas alemanes en el Oeste apenas procura ya un alivio perceptible, quizá sería conveniente aplicar esta arma, todavía muy valiosa, de forma concentrada». Below me dijo entonces que Hitler, con una risa sarcástica, había estimado correctas mis apreciaciones; sin embargo, no dio ninguna orden. ¿Consideraba que Occidente era su verdadero enemigo? ¿Sentía solidaridad o incluso simpatía hacia el régimen de Stalin? Recordé entonces algunas observaciones anteriores que podían interpretarse en este sentido y que tal vez explicaran su conducta de entonces.

Al día siguiente traté de continuar el viaje hasta Katowice, en el centro de la zona industrial de Silesia; pero no conseguí llegar. Al salir de una curva, mi coche patinó sobre el hielo y choqué contra un camión. Rompí el volante con el pecho e incluso llegué a doblar la barra de la dirección. Sentado en los escalones de la entrada de una fonda de pueblo, pálido y descompuesto, luchaba por recobrar la respiración.

—Parece usted un ministro que ha perdido la guerra —comentó Poser.

El coche quedó averiado y una ambulancia me llevó de regreso. Tuve que renunciar al viaje. Cuando pude levantarme, llamé por teléfono a mis colaboradores en Katowice, quienes me confirmaron que se estaban cumpliendo todas nuestras instrucciones.

Mientras regresábamos a Berlín, Hanke, jefe regional de Breslau, me mostró el viejo edificio del Gobierno, construido

tiempo atrás por Langhans y que acababa de ser restaurado.

—Los rusos jamás se apoderarán de esto —exclamó, patético—. ¡Antes lo quemo!

Yo puse objeciones, pero Hanke se mostró inflexible. Todo Breslau le sería indiferente si caía en manos del enemigo. Por fin conseguí convencerlo de la importancia histórica de aquel edificio y disuadirlo de sus propósitos de vandalismo[385].

De nuevo en Berlín, mostré a Hitler infinidad de fotografías del drama de los refugiados que había mandado tomar durante mi viaje. Alimentaba la vaga esperanza de que aquellas imágenes de los fugitivos —mujeres, niños y ancianos— que con un frío glacial iban al encuentro de un destino miserable conmoverían a Hitler. Creía que quizá podría inducirlo, por lo menos, a tratar de frenar el avance de los rusos retirando algunas tropas del Oeste. Pero él, con ademán enérgico, apartó las fotografías. No se podía saber si era que no le interesaban o que lo afectaban demasiado.

El 24 de enero de 1945, Guderian fue a visitar al ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop. Le expuso la situación militar y le dijo sin rodeos que habíamos perdido la guerra. Atemorizado, Von Ribbentrop se abstuvo de tomar partido y trató de zafarse del compromiso informando enseguida a Hitler, en tono de asombro, de que el jefe del Alto Estado Mayor se había formado su propia opinión sobre el punto en que se hallaba la guerra. Dos horas después, durante la reunión estratégica, Hitler advirtió excitado que en el futuro castigaría con el mayor rigor aquella clase de manifestaciones derrotistas. Sus colaboradores sólo podían dirigirse directamente a él.

—¡Queda terminantemente prohibido generalizar y sacar conclusiones sobre la situación general! ¡Eso seguirá siendo asunto mío! Todo aquel que en el futuro se permita afirmar ante terceros que hemos perdido la guerra será tratado como traidor a

la patria, y las consecuencias recaerán en él y en su familia. ¡Sean cuales sean su rango y su prestigio!

Nadie se atrevió a abrir la boca. Lo escuchamos en silencio y salimos del despacho igualmente en silencio. A partir de entonces, en las reuniones estratégicas solía haber un invitado más. Se mantenía apartado, pero su sola presencia resultaba del todo eficaz: era el jefe de la Gestapo, Ernst Kaltenbrunner.

• • •

En vista de las amenazas de Hitler y de su carácter cada vez más impredecible, tres días después, el 27 de enero de 1945, envié a los trescientos colaboradores industriales más importantes de mi organización un informe final sobre la labor que habíamos llevado a cabo en el campo de los armamentos durante los tres últimos años. También mandé llamar a los que habían colaborado conmigo como arquitecto y les pedí que reunieran las fotografías de nuestros proyectos y las pusieran en lugar seguro. No tenía tiempo ni tampoco el propósito de comunicarles mis preocupaciones y mis sentimientos. Pero lo comprendieron: era la despedida del pasado.

El 30 de enero de 1945 entregué a mi oficial de enlace Von Below un informe para Hitler. Casualmente, llevaba la fecha del duodécimo aniversario de la «toma de poder». En él exponía punto por punto que, en el campo de la economía y los armamentos, la guerra había terminado y que, en aquellas circunstancias, los alimentos, los combustibles de uso doméstico y la electricidad debían tener preferencia sobre los tanques, los motores de avión y las municiones.

A fin de refutar las exageradas esperanzas que Hitler expresaba respecto a la producción de armamentos en 1945, añadí a mi informe una lista de la producción residual de tanques, armas y municiones que podía esperarse para los tres meses siguientes. Mi informe concluía así: «Después de la

pérdida de la Alta Silesia, el armamento alemán no estará en absoluto en condiciones de cubrir las necesidades del frente en cuanto a municiones, armas y tanques. No podemos enfrentarnos a la superioridad material del adversario sólo con el valor de nuestros soldados». En el pasado, Hitler solía decir que, en cuanto el soldado alemán peleara en suelo alemán por la conservación de su patria, nuestra inferioridad quedaría compensada por milagros de valor. Mi memoria trataba de replicar a esa afirmación.

Después de recibir mi escrito, Hitler me ignoró y también hizo caso omiso de mi presencia durante la reunión estratégica. No me hizo llamar hasta el 5 de febrero. Exigió que también acudiera Saur. Con aquellos precedentes, me preparé para un choque desagradable. Pero el mero hecho de que nos recibiera en la intimidad del despacho de su residencia en la Cancillería era un indicio de que no pensaba aplicar las severas medidas que había anunciado. No nos dejó de pie, como solía hacer cuando quería expresar su enfado, sino que nos ofreció amablemente los sillones tapizados de felpa. Luego se dirigió a Saur. Su voz sonaba forzada; parecía sentirse incómodo. Me pareció que se sentía algo turbado y que intentaba pasar sencillamente por alto mis discrepancias y limitarse a discutir los problemas del día respecto a la producción de armamentos. Con exagerada calma, expuso las posibilidades que ofrecían los meses siguientes. Saur, por su parte, haciendo mención de algún que otro detalle favorable, suavizó la deprimente impresión que causaba mi informe. Su optimismo no parecía totalmente injustificado. Al fin y al cabo, en no pocas ocasiones mis pronósticos habían resultado erróneos en los últimos años, ya que el enemigo no respondía con las consecuencias en las que yo basaba mis cálculos.

Yo los escuchaba contrariado, sin intervenir en el diálogo. Sólo hacia el final Hitler se dirigió a mí:

—Aunque puede usted informarme por escrito de su opinión sobre el estado de los armamentos, le prohibo que ponga al corriente de ella a nadie más. Tampoco lo autorizo a entregar a nadie una copia de su informe. En cuanto al último párrafo… —Aquí su voz se hizo helada y cortante—, ni siquiera a mí puede usted escribirme algo así. Podría haberse ahorrado estas conclusiones. Debe dejar que sea yo quien saque las consecuencias de nuestra situación armamentística.

Lo dijo sin mostrar la menor excitación, en voz muy baja, silbando ligeramente entre dientes. El efecto fue no sólo mucho más eficaz, sino infinitamente más amenazador que el de sus accesos de ira, cuyos efectos podían quedar anulados al día siguiente. Aquella vez pude darme cuenta enseguida de que se trataba de su última palabra. Nos despidió. A mí, secamente. A Saur, con más cordialidad.

El 30 de enero había entregado a Poser seis copias del informe para que las distribuyera entre otras tantas secciones del Estado Mayor del Ejército de Tierra. A fin de cumplir la orden de Hitler, pedí que me fueran devueltas. A Guderian y a otros, Hitler les dijo que había guardado mi informe en la caja fuerte sin leerlo.

Procedí de inmediato a preparar un nuevo informe. A fin de implicar a Saur, quien, en el fondo, compartía mi parecer sobre el estado de los armamentos, acordé con los jefes de las principales comisiones que esta vez sería él quien lo redactara y lo firmara. Para dar una idea de mi situación, baste decir que trasladé en secreto el lugar de la reunión a Bernau, donde Stahl, jefe de nuestra producción de municiones, tenía una fábrica. Todos los asistentes prometieron tratar de convencer a Saur para que corroborara por escrito mi declaración de quiebra.

Saur se retorcía como una anguila. No logramos convencerlo de que hiciera una declaración por escrito, pero al

fin accedió a confirmar mis pronósticos negativos en la próxima entrevista que tuviéramos con Hitler. Sin embargo, ésta se desarrolló como siempre. Cuando acabé de exponer la situación, Saur empezó a intentar suavizar la nota pesimista. Habló de una conversación que acababa de sostener con Messerschmidt y sacó de la cartera el boceto de un bombardero de cuatro reactores. A pesar de que, incluso en circunstancias normales, para fabricar un avión capaz de llegar a Nueva York se habrían requerido varios años, Hitler y Saur se embriagaban pensando en el terrible efecto psicológico que causaría un bombardeo en la ciudad de los rascacielos.

Durante los meses de febrero y marzo de 1945, Hitler aludió alguna que otra vez a ciertos contactos que, por distintos medios, había mandado establecer con el enemigo, aunque sin dar pormenores. Sin embargo, yo tenía más bien la impresión de que lo que perseguía era crear un ambiente de absoluto desacuerdo. Durante la conferencia de Yalta le oí dar instrucciones al delegado de prensa, Lorenz. Descontento ante la reacción de los periódicos alemanes, exigía un tono más duro y agresivo:

—Tenemos que insultar a esos belicistas de Yalta; debemos atacarlos e insultarlos de tal modo que no les quede la menor posibilidad de hacer ninguna propuesta al pueblo alemán. No podemos permitir que nos ofrezcan nada. Lo único que quiere esa pandilla es apartar al pueblo de sus dirigentes. Lo he dicho siempre: ¡no volveremos a capitular! —Y, tras vacilar un momento, añadió—: ¡La Historia no se repite!

En su último discurso radiado, Hitler desarrolló esta idea y aseguró «de una vez por todas a esos estadistas que cualquier tentativa de influir en la Alemania nacionalsocialista con frases que recuerdan las de Wilson presupone una ingenuidad que la Alemania de hoy no conoce». Del deber de representar sin

transigencias los intereses de su pueblo, añadió, sólo podría relevarlo quien le había encargado hacerlo. Se refería al «Todopoderoso», al que mencionó varias veces en aquel discurso[386].

• • •

A medida que se acercaba el fin de su dominio, Hitler, que había pasado los años de conquistas triunfales rodeado de sus generales, se iba retrayendo de forma evidente a la esfera íntima de los camaradas del Partido con los que tiempo atrás iniciara su carrera. Pasaba todas las veladas en compañía de Goebbels, Ley y Bormann. No se admitía a nadie más ni era posible saber de qué hablaban, si estaban recordando sus comienzos o si especulaban sobre el fin y lo que ocurriría después. Esperé inútilmente que al menos uno de ellos tuviera una sola frase de compasión por el futuro del pueblo vencido. Pero ellos se agarraban a un clavo ardiendo, se aferraban al más vago indicio de un posible cambio de rumbo y no estaban dispuestos a dar ni siquiera la misma importancia al destino de todo el pueblo alemán y al suyo.

—A los americanos, a los ingleses y a los rusos no vamos a dejarles más que un desierto.

No era raro que terminaran con esta frase sus discusiones sobre la situación. Aunque Hitler no se expresaba en términos tan radicales como Goebbels, Bormann y Ley, se mostraba de acuerdo con ellos. Sin embargo, semanas después se vería que era el más radical de todos. Mientras los demás hablaban, él ocultaba su punto de vista tras la pose del estadista para dar después la orden de destruir las bases de la existencia del pueblo.

Cuando en una reunión estratégica de principios de febrero los mapas mostraban un catastrófico panorama de innumerables rupturas de frentes y asedios, llevé aparte a Dönitz y le dije:

—Hay que hacer algo.

Él me respondió con llamativa sequedad:

—Yo aquí tan sólo represento a la Marina. Lo demás no es asunto mío. El *Führer* sabe lo que hace.

Resulta revelador que el grupo de personas que día tras día se reunía alrededor de la mesa de mapas frente a un Hitler cansado y testarudo no se planteara nunca la posibilidad de emprender una acción conjunta. Seguramente Göring hacía tiempo que estaba demasiado corrompido y se sentía cada vez más extenuado; sin embargo, desde el día que estalló la guerra fue uno de los pocos que vieron con realismo y sin hacerse ilusiones el giro que Hitler había provocado con aquel conflicto. Si Göring, como segundo hombre del Estado, junto con Keitel, Jodl, Dönitz, Guderian y conmigo, hubiera dado a Hitler un ultimátum exigiéndole que nos expusiera sus planes sobre la forma en que pensaba terminar la guerra, se habría visto obligado a explicarse. No es sólo que Hitler siempre hubiera temido esta clase de conflictos, sino que en aquellos momentos se habría podido permitir menos que nunca renunciar a la ficción de un mando unánime.

Una noche de mediados de febrero visité a Göring en Karinhall. Yo había descubierto sobre el mapa de posiciones que había concentrado su división de paracaidistas alrededor de su residencia de caza. Hacía tiempo que se había convertido en el chivo expiatorio de los fracasos de la Luftwaffe; de todos los oficiales, él era quien se llevaba los más duros reproches de Hitler durante las reuniones estratégicas. Y es posible que las escenas que debía de hacerle cuando estaban a solas fueran aún peores. Algunas veces, mientras esperaba en la antesala, podía oír cómo Hitler lo ahogaba a reproches.

Aquella noche, en Karinhall, fue la primera y única vez que me sentí personalmente cerca de Göring. Ordenó servir un Rothschild-Lafitte añejo junto a la chimenea y dijo al criado que

no se nos molestara. Yo le expuse con toda franqueza la decepción que me había causado Hitler y Göring me respondió con la misma franqueza que me comprendía perfectamente y que muchas veces se sentía igual que yo. De todos modos, mi situación era menos comprometida que la suya, ya que yo había conocido a Hitler mucho más tarde y, por lo tanto, podía apartarme de él con facilidad. Él, por el contrario, estaba estrechamente unido a Hitler por los años de experiencias y preocupaciones comunes y ya no podía liberarse. Pocos días después, Hitler hizo trasladar al frente la división de paracaidistas concentrada en Karinhall.

En aquella época, un alto jefe de las SS me insinuó que Himmler estaba preparando medidas decisivas. En febrero de 1945, el jefe nacional de las SS había tomado el mando del grupo de ejércitos del Vístula, aunque no tuvo más éxito que sus predecesores en el intento de detener el avance de los rusos. También él era ahora el blanco de los violentos reproches de Hitler, por lo que el prestigio personal que aún le quedaba quedó consumido por unas pocas semanas de mando en el frente.

Sin embargo, seguía siendo temido por todos, y el día en que mi asistente me dijo que Himmler había anunciado que iría a verme por la noche me sentí alarmado. Fue, por cierto, la única vez que me hizo una visita. Mi intranquilidad aumentó cuando Hupfauer, el nuevo jefe de nuestro departamento central, con el que yo había hablado varias veces con bastante franqueza, me comunicó muy agitado que el jefe de la Gestapo, Kaltenbrunner, lo visitaría a él a la misma hora.

Antes de que entrara Himmler, mi asistente me susurró:

—Ha venido solo.

Las ventanas de mi despacho no tenían cristales; como cada dos días se rompían a causa de los bombardeos, ya no los

mandábamos reponer. Encima de la mesa había una triste vela, pues el suministro de electricidad estaba interrumpido. Envueltos en nuestros abrigos, nos sentamos frente a frente. Himmler habló de asuntos intrascendentes, me pidió varios datos sin importancia, aludió a la situación en el frente y, finalmente, soltó esta trivialidad:

—Cuando las cosas van cuesta abajo, siempre se acaba por llegar al fondo de un valle, y entonces, señor Speer, se vuelve a subir.

Como yo nada dije para rebatir ni aprobar esta primitiva filosofía y, además, sólo le respondía con monosílabos, se despidió pronto. Se mostró cordial hasta el último momento, pero también impenetrable. Nunca llegué a saber qué quería de mí ni por qué Kaltenbrunner fue a ver a Hupfauer a la misma hora. Tal vez se hubieran enterado de lo crítico de mi posición; tal vez sólo querían investigar sobre nosotros.

El 14 de febrero escribí al ministro de Hacienda para proponerle que «recaudara en favor del Reich el incremento del patrimonio nacional, que desde el año 1933 había alcanzado un importe considerable». Esta medida tenía por objeto contribuir a la estabilización del marco, cuyo poder adquisitivo se mantenía trabajosamente con medidas coercitivas y que, cuando éstas desaparecieran, se hundiría sin remedio. Cuando el ministro de Hacienda, el conde Schwerin-Krosigk, discutió mi sugerencia con Goebbels, tropezó con una tenaz y elocuente oposición, pues esta medida lo habría perjudicado.

Aún menos posibilidades de éxito tuvo otra idea mía que en la actualidad revela el mundo sentimental ilusorio y romántico en que yo vivía. A fines de enero discutí cautelosamente lo desesperado de la situación con Naumann, secretario del ministro de Propaganda. Un azar nos había reunido en el refugio subterráneo del Ministerio. Partiendo del supuesto de

que al menos Goebbels era capaz de ver la situación y ser consecuente, esbocé vagamente la idea de un gran punto final: yo tenía en mente un acto conjunto del Gobierno, el Partido y el alto mando. Bajo la dirección de Hitler, debía emitirse una proclama por la cual se haría saber que los líderes del Reich estaban dispuestos a entregarse al enemigo si éste garantizaba al pueblo alemán unas condiciones de subsistencia aceptables. En esta idea un tanto melodramática se conjugaban reminiscencias históricas y el recuerdo de Napoleón, quien se entregó a los ingleses tras su derrota en Waterloo. Wagnerianismos de autoinmolación y redención… Me alegro de que nunca llegaran a realizarse.

• • •

De entre todos mis colaboradores industriales, el doctor Lüschen, jefe de la industria eléctrica alemana y consejero y jefe de desarrollo de la empresa Siemens, era uno de los más próximos a mí. Este septuagenario al que tanto me agradaba escuchar veía acercarse una época difícil para el pueblo alemán, pero no dudaba de que terminaría remontándola.

A primeros de febrero, Lüschen me visitó en mi pequeño apartamento, situado en la parte trasera de mi Ministerio de la Pariser Platz, sacó una hoja del bolsillo y me la entregó mientras me decía:

—¿Sabe cuál es la frase de *Mi lucha* de Hitler que más se está citando por ahí?

En la hoja se leía: «Un servicio diplomático debe procurar que un pueblo no se hunda heroicamente, sino que se conserve en la práctica. Cualquier camino que conduzca a ello será lícito, y no seguirlo debe considerarse un delito de omisión». Lüschen agregó que había encontrado otra cita muy a propósito que decía: «La autoridad del Estado no puede existir como un fin en sí mismo, ya que en tal caso todas las tiranías de la Tierra serían

inatacables y quedarían consagradas. Si un Gobierno recurre a la fuerza para llevar a un pueblo a la ruina, la rebelión no es sólo un derecho, sino un deber para cada ciudadano de ese pueblo»[387].

Lüschen se despidió sin decir nada y me dejó a solas con aquel papel. Empecé a pasear por la habitación, nervioso. El propio Hitler expresaba allí lo que yo había estado sosteniendo durante los últimos meses. Sólo cabía una conclusión: incluso midiéndolo con su propio programa político, Hitler cometía deliberadamente un delito de alta traición contra su propio pueblo, que se había sacrificado a sus objetivos y al que se lo debía todo; desde luego, más de lo que yo le debía a Hitler.

Aquella noche tomé la decisión de eliminarlo. Desde luego, mis proyectos no pasaron a mayores y resultan algo ridículos, pero son también testimonio del carácter del régimen y de la deformación del de sus actores. Aún hoy me estremezco al pensar hasta dónde había llegado, yo que en su día no aspiraba más que a ser el arquitecto de Hitler. Seguía sentándome ocasionalmente frente a él y a veces incluso hojeábamos los viejos proyectos de obras…, mientras yo iba pensando en la forma de procurarme el gas venenoso que necesitaba para quitar de en medio al hombre que, pese a todas nuestras desavenencias, aún me apreciaba y era más indulgente conmigo que con cualquier otro. Durante años viví en un ambiente en el que una vida humana no significaba nada y nunca pareció importarme. Pero ahora me daba cuenta de que aquellas experiencias no habían pasado por mi lado sin más. Ya no era sólo que estuviera enredado en aquella maraña de engaños, intrigas, vilezas y conjuras, sino que yo mismo me había convertido en parte de aquel mundo pervertido. Durante doce años viví irreflexivamente entre asesinos y en pleno ocaso del régimen me disponía a sacar precisamente de una cita de *Mi lucha* el impulso moral necesario para asesinar a Hitler.

Durante el proceso de Nuremberg, Göring se burló de mí y dijo que yo era «un segundo Bruto». Algunos acusados también me reprocharon que quebrantara el juramento que había prestado al *Führer*. Pero el recuerdo de aquel juramento carecía de peso y no era más que una forma de sustraerse a la obligación de pensar por uno mismo. Además, el propio Hitler les había arrebatado ese argumento, como me lo arrebató a mí en febrero de 1945.

• • •

Durante mis paseos por el parque de la Cancillería me fijé en el conducto de ventilación del bunker de Hitler. El orificio de entrada se encontraba a ras de suelo, entre unos matorrales, protegido por una fina rejilla. El aire pasaba a través de un filtro. Un filtro que, como todos los demás, era ineficaz contra nuestro gas venenoso tabún.

Una casualidad me permitió trabar cierta amistad con el director de nuestras fábricas de municiones, Dieter Stahl. Debido a unas palabras derrotistas, tuvo que rendir cuentas ante la policía secreta del Estado. Me pidió que interviniera, a fin de que no se le instruyera proceso. Puesto que yo conocía bastante bien al jefe regional de Brandenburgo, el caso pudo resolverse satisfactoriamente. Hacia mediados de febrero, unos días después de la visita de Lüschen, Stahl y yo coincidimos en una cabina del refugio antiaéreo de Berlín durante un bombardeo. La situación contribuyó a que conversáramos con franqueza. En aquella cámara sombría, de paredes de hormigón y puerta de acero, amueblada con unas simples sillas, hablamos de lo que sucedía en la Cancillería del Reich y de la política catastrófica que desde allí se dictaba. De pronto, Stahl me agarró del brazo y gritó:

—¡Va a ser espantoso, espantoso!

Le pregunté con mucha cautela por el nuevo gas venenoso y

traté de averiguar si podría conseguirlo. A pesar de lo extraño de la pregunta, Stahl no se mostró reservado. Tras una pausa, le dije:

—Es el único medio de acabar la guerra. Voy a tratar de introducir el gas en la Cancillería del Reich.

A pesar de la relación de confianza que se había instaurado entre nosotros, por un momento yo mismo me asusté de mi sinceridad. Pero él no pareció consternado ni nervioso, sino que me prometió con gran serenidad que en los días siguientes buscaría un medio para obtener el gas.

Al cabo de varios días, Stahl me comunicó que había establecido contacto con el comandante Soyka, jefe del Departamento de Munición de la Dirección General de Armamentos del Ejército de Tierra. Quizá existiera la posibilidad de rectificar las granadas que se producían en la fábrica de Stahl y emplearlas para lanzar gases venenosos. En realidad, cualquier empleado medio de las fábricas de gases podía acceder más fácilmente al tabún que el ministro de Armamentos. Durante nuestras conversaciones se puso de manifiesto que el tabún sólo resultaba efectivo al ser explosionado. Eso lo hacía inutilizable, pues una explosión destruiría las delgadas paredes de los conductos de aire. Entonces ya debíamos de estar a principios de marzo. Yo seguía firme en mi propósito, ya que me parecía el único medio de suprimir no sólo a Hitler, sino también, al mismo tiempo, a Bormann, Goebbels y Ley, para lo que el atentado tendría que realizarse a la hora en que celebraban sus reuniones nocturnas.

Stahl creyó poder procurarme pronto uno de los gases convencionales. Yo conocía a Henschel, jefe de los servicios técnicos de la Cancillería, desde que ésta se construyó. Le sugerí que tal vez fuera necesario cambiar los filtros del aire, pues llevaban ya mucho tiempo en servicio y Hitler se había quejado

algunas veces en mi presencia de que el aire del bunker estaba viciado. Henschel actuó deprisa, mucho más que yo; los filtros fueron desmontados y las dependencias del bunker quedaron sin protección.

Sin embargo, aunque hubiéramos conseguido el gas, todos los preparativos habrían sido inútiles, como verifiqué cuando, uno de aquellos días, alegué un pretexto para inspeccionar el conducto de ventilación y me topé con una escena bien distinta a la que conocía. Sobre los tejados de todo el complejo había apostados centinelas de las SS bien armados, se habían instalado focos y, en el lugar donde se encontraba la toma del aire, se había construido una chimenea de más de tres metros de altura que dejaba fuera de alcance el orificio. Me sentí como si me hubieran golpeado en la cabeza. Por un momento temí que mis planes hubieran sido descubiertos, pero en realidad sólo había intervenido el azar. Hitler, que durante la Primera Guerra Mundial sufrió ceguera transitoria a causa de un gas venenoso, había ordenado construir aquella chimenea porque el gas es más pesado que el aire.

En el fondo, me sentí aliviado al ver que mi plan se había desbaratado definitivamente. Durante tres o cuatro semanas me persiguió el temor de que alguien pudiera delatar el complot; además, a veces me obsesionaba la idea de que se me notara que había estado conspirando. Al fin y al cabo, desde el 20 de julio de 1944 había que contar con el riesgo de que también la familia tuviera que rendir cuentas, de manera que mi castigo habría alcanzado a mi esposa y a nuestros seis hijos.

De este modo no sólo se vino abajo aquel plan concreto, sino que la sola idea del atentado se borró de mi mente con la misma rapidez con que se había formado. Desde entonces ya no pensé que mi misión era eliminar a Hitler, sino procurar que sus órdenes de destrucción no se llevaran a cabo. También esto me

alivió, pues aún se entremezclaban por igual en mí los conceptos de afecto, rebeldía, lealtad e indignación. Independientemente del miedo que pudiera sentir, me habría resultado imposible enfrentarme a Hitler pistola en mano. Cara a cara, su poder de sugestión sobre mí sería demasiado fuerte hasta el final.

La confusión total de mis emociones se manifestaba en que, aun siendo consciente de la amoralidad de su conducta, no podía evitar sentir cierta tristeza por su irremediable caída y la desintegración de su existencia, basada en la confianza en sí mismo. En aquellos momentos me inspiraba una mezcla de repugnancia, piedad y fascinación.

• • •

Además, tenía miedo. Cuando, a mediados de marzo, quise presentarme de nuevo a Hitler con un informe en el que retomaba el tema prohibido de la derrota final, pensé acompañarlo de una carta personal. Empecé a escribir el borrador con letra nerviosa y con la tinta verde reservada a los ministros. Quiso la casualidad que utilizara para el borrador el dorso de la hoja en la que mi secretaria había copiado la cita de Mi lucha con la escritura de gran tamaño con la que había que dirigirse a Hitler. Aún quería recordarle su propio llamamiento a la sublevación en el caso de perder la guerra.

«Tenía que escribir el informe adjunto —empezaba diciendo—; en mi calidad de ministro de Armamentos y Producción de Guerra del Reich, es mi deber para con usted y con el pueblo alemán». Aquí vacilé y cambié el orden de la frase. Mediante una corrección, puse al pueblo alemán en primer lugar. Luego continué: «Sé que este escrito me acarreará graves consecuencias personales».

Aquí se interrumpe el borrador. También en esta frase introduje una enmienda. Todo lo dejaba en manos de Hitler. La enmienda era insignificante: «… puede acarrearme graves

consecuencias personales».

CAPÍTULO XXIX

LA SENTENCIA

Durante aquella última fase de la guerra, el trabajo me distraía y me apaciguaba. Dejé que Saur se encargara de la producción de armamentos, que se acercaba a su fin[388]. Yo, por el contrario, traté de vincularme lo más estrechamente posible con los industriales para debatir los urgentes problemas de abastecimiento y la transición a una economía de posguerra.

El Plan Morgenthau ofreció a Hitler y al Partido la oportunidad de hacer saber a la población que la posible derrota sellaría definitivamente el destino de todos los alemanes. Amplios sectores se dejaron influir por esta amenaza. Nosotros, sin embargo, hacía tiempo que teníamos otra idea de lo que iba a ser el desarrollo futuro. Hitler y sus políticos de confianza en los territorios ocupados habían perseguido alcanzar en estos unas metas muy similares a las que definía el Plan Morgenthau, aunque de forma mucho más dura y rigurosa. Sin embargo, la experiencia demostraba que tanto en Checoslovaquia como en Polonia, en Noruega como en Francia, las industrias se habían recuperado incluso en contra del propósito de Alemania, ya que, a la postre, el estímulo de reactivarlas para fines propios había resultado mucho más fuerte que las aberraciones de unos ideólogos amargados, y, si se empezaban a reactivar las industrias, también había que mantener ciertas condiciones socioeconómicas, alimentar y vestir a la población y pagar salarios.

Así había ocurrido, por lo menos, en los territorios ocupados. Nosotros opinábamos que la única condición indispensable para ello era que el mecanismo de la producción quedara prácticamente intacto. Hacia el final de la guerra, sobre todo después de haber renunciado a mis planes para cometer un atentado, mis actividades se centraron casi exclusivamente, sin prejuicios ideológicos ni nacionalistas, y a pesar de todas las dificultades, a salvar la capacidad industrial. Eso me obligó a vencer no pocas resistencias y a seguir avanzando por el camino de la mentira, la simulación y la esquizofrenia que había emprendido. En enero de 1945, durante una reunión estratégica, Hitler me tendió una noticia de la prensa extranjera:

—¡Pero si yo había ordenado que en Francia se destruyera todo! ¿Cómo es posible que sólo unos meses después la industria francesa ya se esté acercando a su nivel de producción de antes de la guerra? —dijo, mirándome indignado.

—Quizá sólo sea propaganda —respondí con calma.

Hitler se mostraba receptivo a la idea de la falsa propaganda, por lo que de momento la cuestión quedó salvada.

En febrero de 1945 volé nuevamente a los yacimientos húngaros de petróleo, a lo que nos quedaba de la cuenca carbonífera de la Alta Silesia, a Checoslovaquia y a Danzig. En todas partes conseguimos contar con el apoyo de los delegados locales del Ministerio y con la comprensión de los generales. Junto al lago Balatón, en Hungría, pude contemplar el desfile de varias divisiones de las SS que debían tomar parte en una gran ofensiva ordenada por Hitler. Puesto que aquella operación estaba calificada de altamente confidencial, resultaba grotesco que aquellas unidades proclamaran con las insignias de sus uniformes su carácter de formaciones de élite, aunque también lo era, más aún que aquel despliegue descubierto de tropas para preparar un ataque sorpresa, la idea de Hitler de que podría

destruir el poderío soviético recién establecido en los Balcanes con unas cuantas divisiones acorazadas. Pensaba que, después de haberlo sufrido durante unos meses, los pueblos del sudeste de Europa estarían cansados del dominio soviético. En la desesperación de aquellas semanas, Hitler se empeñó en convencerse a sí mismo de que unos cuantos triunfos iniciales supondrían un punto de inflexión. Sin lugar a dudas se produciría un levantamiento contra la Unión Soviética y la población haría causa común con nosotros hasta lograr la victoria. Resultaba delirante.

Mi visita a Danzig me llevó al cuartel general de Himmler, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos del Vístula. Lo había instalado en Deutsch-Krone, en un tren especial muy bien acondicionado. Por casualidad oí que hablaba por teléfono con el general Weiss; Himmler atajaba con toda clase de estereotipos los argumentos del general para abandonar una posición perdida:

—Le he dado una orden. Responde usted con su cabeza. Si perdemos la posición, tendrá que rendirme cuentas personalmente.

Sin embargo, cuando al día siguiente visité al general Weiss en Preussisch-Stargard, supe que la posición había sido abandonada durante la noche. Weiss no se mostró en absoluto intimidado por las amenazas de Himmler.

—No pienso exponer a mis tropas a unas exigencias que es imposible cumplir y que costarían cientos de bajas. Sólo hago lo que es posible.

Las amenazas de Hitler y de Himmler empezaban a perder efecto. También durante aquel viaje hice que el fotógrafo del Ministerio registrara las interminables columnas de refugiados que, presos de un pánico silencioso, se dirigían hacia el Oeste, y Hitler volvió a negarse a mirar las fotos. Sin enojo, más bien con

resignación, las dejó tan lejos de sí como pudo sobre la gran mesa de mapas.

Durante mi viaje a la Alta Silesia conocí de cerca al capitán general Heinrici, en quien vi a un hombre sensato, y trabajé en estrecha colaboración con él durante las últimas semanas de la guerra. A mediados de febrero decidimos que las instalaciones ferroviarias que en el futuro deberían utilizarse para transportar carbón hacia el Sudeste debían ser respetadas. Juntos visitamos una mina en Ribnyk. Las tropas soviéticas dejaban que siguiera funcionando, a pesar de que se encontraba en las inmediaciones del frente; también el enemigo parecía respetar nuestra política de no destrucción. Los obreros polacos se habían acomodado al giro de la situación y trabajaban a pleno rendimiento gracias a nuestra promesa de conservar la mina intacta si renunciaban al sabotaje.

A primeros de marzo me trasladé a la cuenca del Ruhr con el fin de averiguar las medidas que exigían allí el inminente final y la futura reconstrucción. Los medios de transporte eran lo que más preocupaba a los industriales: aunque se conservaran intactas las minas de carbón y las acerías, si se destruían los puentes quedaría interrumpido el ciclo del carbón, acero y laminado. Por ello, el mismo día de mi llegada fui al ver al mariscal Model[389]. Me contó muy excitado que Hitler acababa de ordenarle que atacara con unas divisiones determinadas al enemigo en su flanco de Remagen y que recuperara el puente. En tono resignado, dijo:

—Al haber perdido las armas, estas divisiones carecen de toda fuerza combativa y su importancia militar es inferior a la de una compañía. Como siempre, en el cuartel general no tienen ni idea. Luego, naturalmente, me echarán a mí la culpa del fracaso.

El mal humor que le habían provocado las órdenes de Hitler hizo que Model prestara atención a mis propuestas. Me aseguró

que durante la lucha en la cuenca del Ruhr se respetarían los insustituibles puentes del sector y en especial las instalaciones ferroviarias.

A fin de reducir en lo posible la destrucción de puentes, tan comprometedora para el futuro, acordé con el capitán general Guderian[390] redactar un decreto fundamental básico sobre «Medidas destructivas en territorio propio» para prohibir cualquier voladura que «impidiera el abastecimiento de la población». Las destrucciones se limitarían al mínimo indispensable, procurando que las interrupciones de servicio así causadas pudieran restablecerse fácilmente. Guderian aceptó dictar esta disposición, bajo su propia responsabilidad, para que se aplicara en el frente oriental; cuando trató de convencer al capitán general Jodl, a cuyo mando estaba al frente occidental, para que firmara también el decreto, no tuvo más remedio que enviárselo a Keitel, quien tomó el borrador y dijo que lo discutiría con Hitler. El resultado era de prever: en la siguiente reunión estratégica, éste ratificó las severas órdenes de destrucción vigentes y se mostró muy irritado por la actitud de Guderian.

• • •

A mediados de marzo volví a presentarle a Hitler una memoria en la que le daba sin ambages mi opinión sobre las medidas que había que aplicar en aquel momento. Sabía muy bien que mi escrito violaba todos los tabúes que él había impuesto durante los últimos meses. Sin embargo, pocos días antes había convocado a todos mis colaboradores de la industria a una reunión en Bernau y en ella les dije que respondía con mi cabeza de que, aunque la situación militar siguiera empeorando, de ningún modo serían destruidas las industrias. Al mismo tiempo, envié una circular a todas mis delegaciones en la que les ordenaba que se abstuvieran de destruir nada[391].

A fin de conseguir que Hitler leyera la memoria, en la primera página empleé el tono habitual, empezando con un informe sobre la producción de carbón. Sin embargo, ya en la segunda página el presupuesto para armamentos aparecía en el último lugar de una lista que encabezaban las necesidades de la población civil: alimentos, servicios, gas y electricidad[392]. La memoria seguía diciendo que, «con toda seguridad, cabía esperar el hundimiento definitivo de la economía alemana» en unas cuatro u ocho semanas, después de las cuales «la guerra tampoco podría proseguir en el terreno militar». Luego, con una alusión directa a Hitler, decía: «Nadie puede pretender que el destino del pueblo alemán esté ligado a su destino personal». Durante aquellas últimas semanas de la guerra, el deber más honroso del Gobierno tenía que ser «ayudar al pueblo en todo lo posible». Y concluía con estas palabras: «En esta fase de la guerra, no tenemos ningún derecho a provocar destrucciones que puedan afectar a la vida del pueblo».

Hasta aquel momento había combatido los propósitos devastadores de Hitler escudándome tras el hipócrita optimismo de la línea oficial y arguyendo que las industrias no debían ser destruidas, a fin de que «pudieran volver a utilizarse a la mayor brevedad posible cuando fueran recuperadas». Hitler difícilmente podía oponerse a este argumento. Por el contrario, ahora le decía por primera vez que había que conservar el potencial industrial «aun en el caso de que no pareciera posible reconquistarlo. […] De ningún modo la actividad militar en nuestra patria puede consistir en destruir tantos puentes que, con los medios limitados de la posguerra, hagan falta años para reconstruir la red de comunicaciones […]. Su destrucción supone anular las posibilidades de supervivencia del pueblo alemán»[393].

• • •

Esta vez no me atreví a entregar mi memoria a Hitler sin tomar ciertas medidas. Era demasiado imprevisible y podía reaccionar con precipitación. Por lo tanto, di las veintidós páginas de mi escrito al coronel Von Below, mi oficial de enlace en el cuartel general del *Führer*, y le recomendé que se lo presentara en el momento más oportuno. Después le pedí a Julius Schaub, asistente personal de Hitler, que le solicitara una foto con su dedicatoria personal con motivo de mi cuadragésimo cumpleaños. Yo era el único de los colaboradores cercanos de Hitler que no se la había pedido aún en doce años. Ahora, al final de su dominio y de nuestras relaciones personales, quería darle a entender que, aunque me oponía a él y en mi escrito constataba abiertamente la derrota, seguía venerándolo como siempre y daba valor a la distinción que suponía una foto dedicada. De todos modos, me sentía inseguro y dispuse todo lo necesario para situarme lejos de su alcance en cuanto hubiera entregado la memoria. Aquella misma noche quise trasladarme en avión a Königsberg, amenazada por los ejércitos soviéticos; el pretexto me lo brindaba la habitual entrevista con mis colaboradores para evitar destrucciones innecesarias, y también quería despedirme de ellos.

Finalmente, la noche del 18 de marzo acudí a la reunión estratégica para quitarme aquel papel de encima. Desde hacía algún tiempo, las reuniones ya no se celebraban en el suntuoso despacho que yo diseñara siete años antes. Hitler las había trasladado definitivamente a su pequeño gabinete del bunker subterráneo. Con melancólica amargura me dijo:

—Sabe, señor Speer, su hermosa arquitectura ya no resulta un marco adecuado para las reuniones estratégicas.

El tema que debíamos tratar en la reunión del 18 de marzo era la defensa del territorio del Sarre, duramente hostigado por el ejército de Patton. Como había sucedido en el caso de los

yacimientos rusos de manganeso, Hitler se volvió hacia mí en busca de apoyo:

—¡Dígales usted mismo a estos señores lo que supondría la pérdida del carbón del Sarre!

Se me escapó esta frase espontáneamente:

—Eso no haría sino acelerar la derrota.

Nos miramos fijamente, estupefactos y desconcertados. Yo estaba tan asombrado como Hitler. Tras un embarazoso silencio, cambió de tema.

Aquel mismo día, el mariscal Kesselring, comandante en jefe del frente occidental, informó de que la población entorpecía en gran medida la lucha contra el avance de las tropas americanas. Al parecer, era cada vez más habitual que la gente no dejara entrar a las tropas alemanas en los pueblos. Los oficiales recibían presiones para que los lugares no fueran destruidos con acciones de guerra. La tropa accedía en muchos casos a aquella desesperada petición. Sin reflexionar ni un momento sobre las consecuencias, Hitler se volvió hacia Keitel y le ordenó que cursara una orden al comandante en jefe del frente occidental y a los jefes regionales para que toda la población fuera evacuada por la fuerza. Diligentemente, Keitel se sentó enseguida a una mesa que había en el rincón y se dispuso a redactar la orden.

Uno de los generales presentes trató de persuadir a Hitler diciendo que sería imposible evacuar a cientos de miles de personas. No disponíamos de trenes. Hacía tiempo que las comunicaciones estaban cortadas. Hitler permaneció impasible.

—¡Pues que vayan andando! —replicó.

Tampoco eso era posible, insistió el general. Para ello se necesitarían abastecimientos. La columna tendría que ser dirigida a través de zonas poco pobladas. Además, la gente no disponía de calzado adecuado. Sin embargo, no pudo terminar. Imperturbable, Hitler le dio la espalda.

Keitel había escrito un borrador de la orden y se lo leyó a Hitler, quien lo aprobó. La orden decía así: «La presencia de población civil en los sectores amenazados por el enemigo es tan gravosa para los combatientes como para la propia población. Por lo tanto, el *Führer* ordena lo siguiente: la zona occidental del Rin, es decir, el Palatinado del Sarre, deberá ser inmediatamente evacuada de todos sus pobladores por detrás de la línea del frente. […] La población deberá ser dirigida hacia el Sudeste, al sur de la línea de Sankt Wendel-Kaiserslautern-Ludwigshafen. Los detalles serán resueltos por el Grupo de Ejércitos G, de acuerdo con los jefes regionales. Los jefes regionales recibirán idénticas instrucciones del jefe de la cancillería del Partido. Firmado: mariscal general Keitel, Jefe del Alto Mando de la Wehrmacht»[394].

Nadie protestó cuando Hitler concluyó diciendo:

—Ya no podemos ser considerados con la población.

Abandoné la habitación con Zander, el enlace de Bormann ante Hitler. Zander estaba desesperado.

—¡Pero eso no puede ser! ¡Va a provocar una catástrofe! ¡No hay nada preparado!

Impulsivamente, le dije que suspendería mi vuelo a Königsberg y que aquella misma noche saldría hacia el Oeste.

La reunión había terminado. Era más de medianoche y había llegado mi cuadragésimo cumpleaños. Pedí a Hitler que me permitiera hablar con él un instante. Hitler llamó al criado:

—Vaya a buscar el retrato que he firmado.

A continuación me entregó el estuche rojo de piel con la insignia grabada en oro en el que solía hacer entrega de su retrato en un marco de plata, al tiempo que me felicitaba cordialmente. Le di las gracias y dejé el estuche encima de la mesa para sacar la memoria. Entretanto, Hitler me decía:

—Últimamente me cuesta mucho trabajo escribir, aunque sólo sean unas palabras. Ya sabe cómo me tiembla la mano. A veces casi no puedo acabar de firmar. Lo que le he escrito me ha salido bastante ilegible.

Al oír esto abrí el estuche para leer la dedicatoria. Realmente, apenas era legible, pero estaba redactada con extraordinaria afabilidad y en ella me daba las gracias por mi trabajo y me aseguraba su firme amistad. Ahora me resultaba difícil entregarle a cambio aquella memoria en la que hacía constar de forma palmaria el derrumbamiento de la obra de su vida.

Hitler la cogió en silencio. Con el fin de suavizar la tensión del momento, le dije que aquella misma noche pensaba salir hacia el Oeste. Luego me despedí. Cuando estaba pidiendo por teléfono, desde el propio bunker, el coche y el chófer que necesitaba, Hitler me mandó llamar de nuevo.

—Lo he pensado mejor: es preferible que coja uno de mis coches y que le lleve Kempka, mi chófer.

Yo me resistí con algunos pretextos. Por fin, accedió a que usara mi coche, pero con la condición de que lo condujera Kempka. Me sentí un poco intranquilo, pues se había desvanecido la cordialidad con la que Hitler casi me había fascinado al entregarme el retrato. Me despidió visiblemente contrariado. Yo estaba ya en la puerta cuando, como si no quisiera darme ocasión de responder, me dijo:

—¡Esta vez contestaré a su memoria por escrito! —Tras una breve pausa, añadió en tono glacial—: Si la guerra se pierde, también el pueblo estará perdido. No es necesario pensar en lo que precisará el pueblo para sobrevivir. Al contrario, es mejor destruir incluso esto, porque este pueblo ha demostrado ser el más débil, y el futuro pertenece en exclusiva a los más fuertes del Este. ¡Los que queden después de esta lucha no serán más que

subhombres, pues los buenos han caído ya[395]!

Cuando me encontré sentado al volante de mi coche, respirando el aire frío de la noche, con el chófer de Hitler a mi lado y el teniente coronel Von Poser, mi oficial de enlace con el Estado Mayor, en el asiento de atrás, respiré aliviado. Había convenido con Kempka que conduciríamos por turnos. Era ya la una y media de la madrugada y, si queríamos recorrer los 500 kilómetros de autopista que nos separaban del cuartel general del comandante del frente occidental, situado en Nauheim, antes de que se hiciera de día y aparecieran los bombarderos, teníamos que darnos prisa. Sintonizamos en la radio la emisora que transmitía para los cazas nocturnos e íbamos siguiendo con exactitud la posición de las escuadrillas enemigas en el plano cuadriculado que sosteníamos sobre las rodillas: «Cazas nocturnos en la zona… Varios "mosquitos" en la zona… Cazas nocturnos en la zona…». Cuando los aviones enemigos se acercaban a nosotros, aminorábamos la marcha y avanzábamos despacio por el arcén con las luces de posición, y en cuanto nuestro sector quedaba despejado, encendíamos los potentes faros Zeiss, las luces antiniebla y el foco orientable y nos lanzábamos por la autopista a toda velocidad, haciendo rugir el compresor. Aun así, la mañana nos sorprendió en ruta. Afortunadamente, las nubes bajas habían hecho cesar la actividad aérea. Al llegar al cuartel general me retiré a descansar unas horas[396].

Hacia mediodía me reuní con Kesselring, pero nuestra conversación no dio ningún resultado. Él adoptó una actitud de soldado y no se avino a discutir las órdenes de Hitler. Por asombroso que parezca, el delegado del Partido de su plana mayor se mostró mucho más comprensivo. Mientras paseábamos de un lado a otro por la terraza del castillo, me aseguró que en el futuro haría todo lo posible para evitar que se cursaran informes sobre la conducta de la población que

pudieran provocar reacciones indeseables en Hitler.

Durante el frugal almuerzo con su plana mayor, Kesselring acababa de pronunciar un corto brindis por mi cuadragésimo cumpleaños cuando de repente una escuadrilla de cazas enemigos se abatió con gran estrépito sobre el castillo y unas ráfagas de ametralladora rompieron las ventanas. Nos arrojamos al suelo inmediatamente. Hasta entonces no sonó la sirena de alarma, en el mismo momento en que pesadas bombas empezaban a estallar muy cerca de nosotros. Mientras los impactos se iban produciendo a derecha e izquierda, nos dirigimos a toda prisa al bunker entre nubes de humo y polvo.

Evidentemente, el objetivo del ataque era el corazón de la defensa occidental. Las explosiones se sucedían sin cesar. Las paredes del bunker temblaron, pero no recibió ningún impacto directo. Cuando pasó el ataque proseguimos la discusión, ahora también en presencia del industrial del Sarre Hermann Röchling. Kesselring manifestó al septuagenario Röchling que en los días siguientes se iba a perder el Sarre. El anciano escuchó con entereza, casi con indiferencia, la noticia de que perdería su patria y su fábrica.

—Ya perdimos el Sarre una vez y luego lo recobramos. A pesar de mi edad, aún he de ver el día en que vuelva a ser nuestro.

Nuestra próxima etapa era Heidelberg, adonde había sido trasladada la central de armamentos para el sudoeste de Alemania. Yo quería aprovechar la ocasión para hacerles al menos una corta visita de cumpleaños a mis padres. Durante el día era imposible circular por la autopista, a causa de los aviones; dado que yo conocía desde mi juventud las carreteras secundarias, Röchling y yo fuimos por el Odenwald. El tiempo era primaveral, cálido y soleado. Por primera vez hablamos con absoluta franqueza; Röchling, antes gran admirador de Hitler,

no se contuvo al expresar su opinión de que seguir con la guerra era un acto de fanatismo insensato. Ya casi era de noche cuando llegamos a Heidelberg. Las noticias que llegaban del Sarre eran esperanzadoras: apenas se habían hecho preparativos para destruir las instalaciones. Como ya no quedaba tiempo, ni siquiera una orden de Hitler podría causar graves daños.

El viaje por carreteras atestadas de soldados en retirada resultó penoso; fuimos profusamente insultados por aquellos hombres cansados y enflaquecidos. Hasta pasada la medianoche no llegamos al cuartel al que nos dirigíamos, situado en un pueblo vinícola del Palatinado. El general Hausser, de las SS, tenía opiniones más razonables que su comandante en jefe acerca de la forma de interpretar órdenes absurdas. Hausser consideraba impracticable la evacuación que se había ordenado e irresponsable la voladura de puentes. Cinco meses después, procedente de Versalles, yo cruzaría el Sarre y el Palatinado como prisionero, en un camión. Tanto las instalaciones ferroviarias como los puentes estaban prácticamente intactos.

Stöhr, jefe regional del Palatinado y el Sarre, declaró sin ambages que no pensaba obedecer las órdenes de evacuación que había recibido. Entonces tuvo lugar un curioso diálogo entre el jefe regional y yo, que hablaba como ministro:

—Si no lleva a cabo la evacuación y el *Führer* le pide cuentas por ello, puede alegar que le he dicho que la orden ha sido anulada.

—No; es usted muy amable, pero asumo la responsabilidad.

Yo insistía:

—Pero yo no tengo inconveniente en cargar con ello… Stöhr negaba con la cabeza: —No, lo haré yo. Será sólo culpa mía. Fue el único punto sobre el que no pudimos ponernos de acuerdo.

Nuestro próximo destino era el cuartel general del mariscal

Model, situado en el Westerwald, a 200 kilómetros de distancia. Por la mañana aparecieron de nuevo los aviones americanos en vuelo rasante, por lo que abandonamos la carretera principal y, por caminos secundarios, alcanzamos finalmente un apacible pueblecito. Nada hacía suponer que allí se encontrara el mando central de ningún grupo de ejércitos. No había ningún oficial, ningún soldado, ni un coche, ni un letrero. Estaba prohibido que circularan coches durante el día.

En la fonda del pueblo reanudé inmediatamente con Model el debate que habíamos iniciado en Siegburg acerca de la conservación de las instalaciones ferroviarias del Ruhr. Mientras hablábamos, entró un oficial que traía un telegrama.

—Esto le concierne —dijo Model, confundido y perplejo.

Me temí algo muy grave.

Era la «respuesta por escrito» que daba Hitler a mi memoria. Establecía en todos los puntos justo lo contrario de lo que yo había solicitado el 18 de marzo. «Todas las instalaciones militares, de comunicaciones, industriales y de servicios, así como todos los bienes muebles» que se encontraran dentro del territorio del Reich debían ser destruidos. Era la sentencia de muerte para el pueblo alemán, el principio de la «tierra quemada» en su forma más feroz. Yo mismo perdía mi poder por aquel decreto y todas mis órdenes para la conservación de la industria quedaban explícitamente invalidadas. A partir de entonces, los jefes regionales serían los encargados de aplicar las medidas de destrucción[397].

Las consecuencias habrían sido inimaginables; durante un tiempo imprevisible no habría luz, ni gas, ni agua potable; no habría carbón ni comunicaciones. Todas las vías férreas, los canales, las esclusas, los muelles, los barcos, las locomotoras, serían destruidos. Incluso en los lugares en los que se hubieran respetado las industrias, éstas no podrían producir por falta de

electricidad, gas y agua; no habría reservas ni teléfono. En suma, un país devuelto a la Edad Media.

El cambio de actitud del mariscal Model evidenciaba que mi posición había cambiado. Continuó hablando, pero en un tono mucho más frío, y rehuyó tratar del tema que en realidad era el motivo principal de nuestro encuentro: la conservación de la industria del Ruhr[398]. Afligido y fatigado, me fui a dormir a una granja. Unas horas después salí al campo y subí a una colina. Abajo, envuelto en una tenue neblina, el pueblo yacía apaciblemente al sol. Se divisaba una gran extensión, hasta mucho más allá de las colinas del Sauerland. ¿Cómo era posible que alguien quisiera convertir aquella tierra en un desierto? Me tumbé entre los helechos. Todo me parecía irreal. La tierra exhalaba un aroma penetrante y ya asomaban del suelo los nuevos brotes. Cuando regresé al pueblo, el sol se estaba poniendo. Había tomado una decisión. Debía impedir que aquella orden fuera ejecutada. Anulé las entrevistas que pensaba celebrar aquella noche en el Ruhr; me dirigiría a Berlín para reconocer la situación.

El coche fue sacado de los matorrales y, a pesar de la gran actividad aérea que se registraba, aquella misma noche emprendí el viaje hacia el Este con las luces de posición. Mientras Kempka conducía, yo hojeaba mis notas. La mayoría se referían a las conversaciones que había sostenido durante los dos últimos días. Pasaba las páginas vacilante. Luego empecé a romperlas disimuladamente y a arrojar los fragmentos por la ventanilla. Durante una parada, mi mirada se posó en el estribo. A causa del viento, los comprometedores papeles habían quedado amontonados en un rincón. Los empujé discretamente hacia la cuneta.

CAPÍTULO XXX

EL ULTIMÁTUM DE HITLER

El cansancio nos mueve a la indiferencia. Así, no me sentí nada excitado cuando la tarde del 21 de marzo de 1945 me encontré con Hitler en la Cancillería del Reich. Me preguntó lacónicamente por el viaje y se mostró muy reservado, sin aludir a su «respuesta por escrito». A mí me pareció inútil hablar de ella. A Kempka, por el contrario, estuvo interrogándolo durante más de una hora sin consultarme sobre ello.

Contraviniendo las órdenes de Hitler, aquella misma noche entregué a Guderian un duplicado de mi memoria. Keitel se negó escandalizado a cogerla, como si se tratara de un peligroso explosivo. En vano traté de averiguar en qué circunstancias había dictado Hitler aquella orden. Igual que después de que se descubriera mi nombre en la lista de ministros del 20 de julio, en torno a mí se había hecho el vacío. Estaba claro que para el entorno de Hitler yo había caído definitivamente en desgracia; lo peor del caso era que había perdido toda influencia en el terreno más importante: el de la conservación de las industrias que de mí dependían.

Dos decisiones adoptadas por Hitler en aquellas fechas me demostraron que estaba decidido a actuar con la mayor brutalidad. En el informe de la Wehrmacht del 18 de marzo de 1945 leí que había sido ejecutada la sentencia de muerte dictada contra cuatro oficiales por no haber ordenado a su debido tiempo la voladura del puente sobre el Rin en Remagen; Model

acababa de decirme que aquellos oficiales eran completamente inocentes. «El horror de Remagen», como se llamó al caso, haría temblar a muchos responsables hasta el final de la guerra.

El mismo día oí rumores de que Hitler había ordenado ejecutar al capitán general Fromm. Unas semanas antes, el ministro de Justicia Thierack me dijo entre plato y plato durante una comida, con la mayor indiferencia:

—¡También Fromm va a perder pronto su cabecita!

Los esfuerzos que hice aquella noche para que Thierack cambiara de opinión resultaron inútiles; no se dejó impresionar en lo más mínimo. Por lo tanto, varios días después le dirigí una carta oficial de cinco pliegos en la que rebatía la mayor parte de las acusaciones contra Fromm de las que tenía noticia y me ofrecía al tribunal como testigo de la defensa.

Debió de tratarse de una petición insólita para un ministro del Reich; sólo tres días después, el 6 de marzo de 1945, Thierack me escribió escuetamente que para declarar ante el tribunal necesitaba una autorización de Hitler. «El *Führer* acaba de hacerme saber —proseguía— que de ningún modo piensa concederle tal autorización para el caso Fromm. Por lo tanto, no me es posible incluir su declaración en el sumario»[399]. La ejecución de aquella sentencia de muerte me hizo ver también a mí lo comprometido de mi situación.

Me encontraba en un callejón sin salida. Cuando, el 22 de marzo, Hitler me convocó a una de sus conferencias de armamentos, envié de nuevo a Saur en mi lugar. Sus notas de aquella reunión me demostraron que ambos se habían mantenido alegremente alejados de la realidad. A pesar de que la producción de armamentos había llegado hacía tiempo a su fin, estuvieron discutiendo proyectos y más proyectos, como si pudieran disponer aún de todo el año 1945. No sólo hablaron de una producción de acero bruto totalmente irreal, sino que

acordaron aumentar al máximo el suministro de cañones antitanques de 8,8 cm, así como de lanzagranadas de 21 cm; se entusiasmaron al tratar de la creación de nuevas armas, como un fusil especial para los paracaidistas, que por supuesto «se produciría en cantidades elevadas», y un lanzagranadas de 30,5 cm, un calibre desmesurado. En aquel acta también se registró una orden de Hitler para que en el plazo de unas semanas le fueran presentadas cinco nuevas variantes de los tanques existentes. Además, quería que se investigara el efecto del «fuego griego», conocido desde la Antigüedad, y que nuestro caza reactor Me 262 fuera reconvertido a la mayor brevedad posible en caza convencional. De este modo reconocía involuntariamente el fallo estratégico que había cometido un año y medio antes, cuando, contra la opinión de los técnicos, hizo prevalecer su terquedad[400].

• • •

Regresé a Berlín el 21 de marzo. Tres días después, a primeras horas de la mañana, se me comunicó que, en un ancho frente situado al norte del territorio del Ruhr, las tropas inglesas habían cruzado el Rin sin encontrar resistencia. Yo ya sabía por Model que nuestras tropas eran impotentes. En septiembre de 1944, el rendimiento extremo de nuestras fábricas de armamentos había permitido dotar a un ejército sin armas de los medios necesarios para establecer con rapidez una nueva línea de defensa. Ahora ya no teníamos esa posibilidad; Alemania estaba siendo arrollada.

Me puse otra vez al volante de mi coche para dirigirme de nuevo hacia el Ruhr, cuya conservación era de importancia decisiva para la posguerra. En Westfalia, poco antes de llegar a nuestro destino, un pinchazo nos obligó a detenernos. Estuve charlando con unos campesinos en una casa de labor sin ser reconocido, gracias a la penumbra. Con gran asombro, descubrí

que la confianza en Hitler que les había sido inculcada durante los últimos años seguía en pie incluso en aquellas circunstancias: él, Hitler, no podía perder la guerra, me dijeron.

—El *Führer* se reserva algo que pondrá en juego en el último momento. Entonces cambiarán las cosas. Ha dejado que el enemigo llegue tan lejos sólo para tenderle una trampa.

Incluso entre los miembros del Gobierno se daban estos casos de fe en el arma milagrosa que deliberadamente se había reservado para el último momento y que destruiría al incauto extranjero que tan despreocupadamente se había adentrado en el país. Funk, por ejemplo, me preguntó en aquel tiempo:

—Pero todavía nos queda un arma especial, ¿verdad? Un arma que lo cambiará todo…

Aquella misma noche inicié mis conversaciones con el doctor Rohland, director de la plana mayor del Ruhr, y sus más importantes colaboradores. Su informe era aterrador. Los tres jefes regionales del Ruhr estaban decididos a ejecutar la orden de destrucción de Hitler. Hörner, uno de nuestros colaboradores técnicos, que, por desgracia, era también director de la Oficina Técnica del Partido, había trazado un plan destructivo por orden de los jefes regionales. Molesto, pero habituado a obedecer, me dio pormenores de su proyecto, el cual, técnicamente correcto, pondría fuera de servicio toda la industria del Ruhr durante un tiempo imprevisible; hasta los pozos de carbón debían ser anegados y, tras arrasar las instalaciones transportadoras, quedarían inutilizables durante años. Se hundirían barcazas cargadas de cemento para bloquear todos los puertos y vías fluviales del Ruhr. Los jefes regionales querían empezar al día siguiente con las primeras voladuras, pues las tropas enemigas avanzaban rápidamente por el norte de la cuenca del Ruhr. Por fortuna, disponían de tan pocos medios de transporte que dependían de la ayuda de mi organización de

armamentos. Esperaban encontrar abundante dinamita, detonadores y mecha en las minas.

Rohland mandó llamar inmediatamente al castillo Thyssen de Landsberg, sede de la plana mayor del Ruhr, a una veintena de representantes de confianza de la explotación carbonífera. Tras un breve debate, y como si se tratara de lo más natural del mundo, se acordó arrojar la pólvora, los detonadores y las mechas a la «ciénaga» de las minas, para inutilizarlos. A uno de nuestros colaboradores se le encomendó utilizar las escasas existencias de carburante de que disponíamos para sacar del Ruhr todos nuestros camiones. En caso necesario, los camiones y el carburante debían ser puestos a disposición de los combatientes, con lo cual quedarían definitivamente fuera del alcance del sector civil. Finalmente, prometí a Rohland y a sus colaboradores cincuenta ametralladoras de lo que quedaba de nuestra producción para defender de las brigadas de destrucción de los jefes regionales las centrales eléctricas y otras instalaciones industriales relevantes. En aquel momento, en manos de hombres decididos a defender sus fábricas, aquellas armas constituían una fuerza muy importante, pues no hacía mucho que la policía y los miembros del Partido habían tenido que entregar las suyas al Ejército. A este respecto, incluso hablamos de rebeliones abiertas.

Los jefes regionales Florian, Hoffmann y Schlessmann se hallaban reunidos en el pueblo de Rummenohl, cerca de Hagen. Pese a todas las prohibiciones de Hitler, al día siguiente traté una vez más de convencerlos. Se produjo entonces una acalorada discusión con el jefe regional de Dusseldorf, Florian, quien venía a decir que si la guerra se había perdido no era por culpa de Hitler o del Partido, sino del pueblo alemán. De todos modos, sólo las criaturas más miserables podrían sobrevivir a una catástrofe semejante. Hoffmann y Schlessmann, a diferencia de Florian, terminaron por dejarse convencer. Sin embargo,

argüían, las órdenes del *Führer* debían ser obedecidas y nadie podía eximirlos de su responsabilidad. No sabían qué hacer. Por si fuera poco, Bormann acababa de comunicarles una nueva orden de Hitler que llegaba aún más lejos que el decreto para destruir las bases de la existencia del pueblo[401]. Hitler ordenaba una vez más que «todos los territorios que por el momento no podamos conservar y cuya ocupación por el enemigo sea previsible» fueran evacuados. Para cortar de raíz toda posible réplica, la orden añadía: «El *Führer* está perfectamente informado de las enormes dificultades que entraña esta disposición. Esta medida es el resultado de una reflexión precisa y minuciosa. La necesidad de evacuar queda fuera de cualquier discusión».

La evacuación de millones de personas de los sectores situados al oeste del Rin y de la cuenca del Ruhr, de los centros de población de Mannheim y Francfort, ya sólo podía efectuarse hacia regiones poco pobladas, como Turingia y los llanos del Elba. Una población civil mal vestida y peor alimentada debía invadir una región carente de servicios sanitarios, alojamiento y comida. El hambre, las epidemias y la miseria serían inevitables.

Los jefes regionales que estaban reunidos conmigo coincidían en que el Partido ya no disponía de los medios necesarios para aplicar aquellas órdenes, aunque Florian, con gran asombro de todos, leyó el texto de un entusiasta llamamiento, dirigido a los funcionarios del Partido de Dusseldorf, que iba a mandar imprimir en carteles: cuando se acercara el enemigo, todos los edificios de la ciudad que se conservaran en pie debían ser incendiados y sus habitantes, evacuados. El enemigo no debía hallar más que una ciudad arrasada y vacía[402].

Los otros dos jefes regionales empezaron a vacilar. Se mostraron de acuerdo con mi interpretación de la orden de

Hitler, según la cual la producción de la cuenca del Ruhr seguía siendo de gran importancia para el armamento, ya que nos permitiría suministrar municiones directamente a las tropas que combatían en ese sector. Así, la destrucción de las centrales eléctricas, prevista para el día siguiente, quedó aplazada y la orden se transformó en una exigencia de paralización.

Inmediatamente fui a buscar al mariscal Model a su cuartel general. Se mostró dispuesto a circunscribir los combates, en la medida de lo posible, a los territorios alejados del núcleo industrial, lo que permitiría reducir las voladuras al mínimo, y a no ordenar que se destruyeran las fábricas[403]. Me prometió también que durante las semanas siguientes se mantendría en estrecho contacto con el doctor Rohland y sus colaboradores.

Supe por Model que las tropas americanas avanzaban hacia Francfort, que era imposible determinar con exactitud las líneas del frente y que el cuartel general de Kesselring iba a ser desplazado al Este aquella misma noche. A eso de las tres de la madrugada llegamos a Nauheim, donde había estado el cuartel hasta entonces; una conversación con el jefe de su plana mayor, general Westphal, dio como resultado que también él prometiera moderarse al aplicar las órdenes de destrucción. Como ni siquiera el jefe de la plana mayor del comandante en jefe del frente occidental podía decirnos cuánto había avanzado el enemigo durante la noche, dimos un rodeo hacia el Este por el Spessart y el Oldenwald en dirección a Heidelberg y cruzamos la pequeña ciudad de Lohr. Nuestras tropas ya se habían retirado y en las calles y plazas se advertía un extraño ambiente de expectación. En un cruce encontramos a un soldado con unos cuantos lanzagranadas ligeros. Me miró sorprendido:

—¿A quién está esperando? —le pregunté.

—A los americanos.

—¿Y qué piensa hacer cuando lleguen?

No tuvo que pensar la respuesta:

—¡Largarme a toda prisa!

Al igual que aquí, en todas partes daba la impresión de que la gente consideraba que la guerra había terminado.

En la Central de Armamentos de Heidelberg, de la que dependían las regiones de Baden y Württemberg, se habían recibido ya las órdenes del jefe regional de Baden para destruir las centrales de agua y gas de mi ciudad natal y de todas las demás de la región. El medio de evitar que se ejecutaran no pudo ser más sencillo: las transmitimos por escrito, pero depositamos las cartas en el buzón de una ciudad que pronto iba a ser ocupada por el enemigo.

Los americanos ya habían tomado Mannheim, a sólo veinte kilómetros, y avanzaban lentamente hacia Heidelberg. Tras una entrevista nocturna con su alcalde, doctor Neinhaus, como último servicio a mi ciudad natal pedí al general de las SS, Hausser, a quien ya conocía del Sarre, que declarara Heidelberg ciudad-hospital y la entregara sin oponer resistencia. Empezaba a clarear cuando me despedí de mis padres. Durante las últimas horas que pasamos juntos, también ellos mostraron la inquietante conformidad que se había apoderado de la sufriente población. Cuando mi coche arrancó, los dos estaban frente al portal; mi padre corrió una vez más hacia la ventanilla y me estrechó la mano mientras me miraba a los ojos en silencio. Intuíamos que no íbamos a volver a vernos.

Tropas en retirada, sin armas y sin equipo, bloqueaban la carretera que iba a Wurzburgo. A la luz del amanecer, varios soldados persiguieron ruidosamente a un jabalí que había salido del bosque. Cuando llegué a Wurzburgo fui a ver al jefe regional Hellmuth, quien me invitó a un suculento desayuno. Mientras comíamos salchichas y huevos, me dijo con la mayor naturalidad que, en cumplimiento de las órdenes de Hitler,

había ordenado que se destruyera la industria de rodamientos de Schweinfurt; en una habitación contigua se encontraban ya los representantes de las fábricas y los funcionarios del Partido, aguardando instrucciones. El plan estaba bien trazado: se prendería fuego a los baños de aceite de las máquinas especiales. Con ello, según habían demostrado los ataques aéreos, las máquinas quedarían convertidas en chatarra. Al principio no había manera de convencerlo de que aquello era un desatino, y me preguntó cuándo pensaba emplear el *Führer* el arma milagrosa. A través de Bormann y Goebbels había recibido informes del cuartel general según los cuales el empleo de esta arma era inminente. Como tantas otras veces, tuve que explicarle también a él que no existía. Yo sabía que aquel jefe regional pertenecía a la categoría de los razonables, por lo que le pedí que no ejecutara la orden de Hitler. Añadí que en aquellas circunstancias era un disparate arrebatar a la población las bases imprescindibles de su existencia volando fábricas y puentes.

Le dije que las tropas alemanas se estaban concentrando al este de Schweinfurt para realizar un contraataque y reconquistar los centros de producción de armamentos, lo cual ni siquiera era del todo falso, ya que el alto mando planeaba en efecto un próximo contraataque. El viejo argumento de que Hitler no podría continuar la guerra sin rodamientos volvió a ser eficaz. Lo hubiera convencido o no, aquel jefe regional no estaba dispuesto a cargar con la culpa histórica de haber eliminado todas las perspectivas de triunfo al destruir las fábricas de Schweinfurt.

Al salir de Wurzburgo, el tiempo aclaró. Muy de tarde en tarde nos cruzábamos con pequeñas unidades que, a pie y sin armas pesadas, iban al encuentro del enemigo. Eran unidades de instrucción, destinadas a la última ofensiva. Los vecinos de los pueblos se dedicaban a cavar fosas en sus jardines para enterrar la plata y demás objetos de valor. La población rural nos recibía

en todas partes con amabilidad. Sin embargo, la gente no veía con buenos ojos que nos arrimáramos a las casas para ponernos a cubierto de los aviones, ya que con ello poníamos en peligro sus hogares.

—Señor ministro, ¿no podría apartarse un poquito, hasta la casa del vecino? —Me gritaron en cierta ocasión desde una ventana.

Precisamente porque la población se mostraba resignada y amigable y porque por ninguna parte se veían unidades bien equipadas, el proyecto de destruir todos aquellos puentes me afectaba mucho más que desde mi despacho de Berlín.

En las pequeñas ciudades y pueblos de Turingia deambulaban sin rumbo uniformadas formaciones del Partido, especialmente de las SA. Sauckel había llamado a las últimas reservas, hombres maduros y niños de dieciséis años. El *Volkssturm*, las milicias del pueblo, debía oponerse al enemigo, pero ya nadie podía darle armas. Varios días después, Sauckel hizo un vibrante llamamiento animándolo a luchar hasta el final; acto seguido subió a su coche y se fue al sur de Alemania.

El 27 de marzo, a última hora de la tarde, llegué a Berlín. Me encontré con una situación distinta.

• • •

Entretanto, Hitler había ordenado que Kammler, general de división de las SS, aparte de responsabilizarse de los cohetes se ocupara en lo sucesivo del desarrollo y producción de todos los aviones modernos. De este modo excluía de mi jurisdicción el armamento aéreo, pero además dispuso que Kammler podía servirse de mis colaboradores del Ministerio, lo cual originaba una situación muy violenta, tanto en las cuestiones protocolarias como organizativas, y ordenó explícitamente que Göring y yo suscribiéramos el nombramiento de Kammler y nos subordináramos a él. Yo firmé sin formular objeciones, aunque

me sentía furioso y herido por aquella humillación; aquel día no asistí a la reunión estratégica. Casi al mismo tiempo, Poser me comunicó que Guderian había sido retirado, oficialmente por motivos de salud; sin embargo, todo el que conociera los procedimientos habituales sabía que Guderian no iba a regresar. Con él perdí a uno de los escasos consejeros militares de Hitler que no sólo estaba de mi parte, sino que siempre había apoyado mis actuaciones.

Por si fuera poco, mi secretaria me presentó las normas, redactadas por el jefe de Transmisiones, para ejecutar la orden de destrucción de todos los bienes nacionales dictada por Hitler. Ajustándose exactamente a sus propósitos, ordenaban destruir todos los establecimientos de transmisiones, no sólo los dependientes de la Wehrmacht, sino también los de Correos, Ferrocarriles, vías fluviales y policía, así como las líneas eléctricas. Por medio de «voladura, incendio o demolición», debían quedar definitivamente fuera de servicio las centrales telefónicas, telegráficas y repetidoras, las líneas eléctricas, antenas y emisoras de radio. En los territorios ocupados por el enemigo no debía ser posible llevar a cabo ni siquiera una reconstrucción provisional de la red de comunicaciones, para lo que no sólo debían destruirse todas las existencias de repuestos, cables y conducciones, sino también los cuadros de distribución y las descripciones técnicas de los aparatos[404]. De todos modos, el general Albert Praun me dio a entender que pensaba moderarse al aplicar aquella disposición tan radical.

Por otra parte, se me hizo saber confidencialmente que la organización de los armamentos iba a ser confiada a Saur, aunque bajo la autoridad de Himmler, el cual sería nombrado inspector general de toda la producción bélica[405]. Aquella noticia me daba a entender que Hitler pensaba prescindir de mí. Poco después recibí una llamada de Schaub, quien, con alarmante sequedad, me ordenó presentarme ante Hitler aquella

misma noche.

Sentí cierta opresión mientras me acompañaban al despacho subterráneo de Hitler. Lo hallé solo; me recibió glacialmente, sin ofrecerme la mano ni contestar apenas a mi saludo, y enseguida, en un tono duro y en voz baja, entró en materia:

—He recibido un informe de Bormann sobre sus conversaciones con los jefes regionales del Ruhr. Usted los ha incitado a no ejecutar mis órdenes y les ha dicho que la guerra estaba perdida. ¿Sabe usted lo que eso puede acarrearle?

Como si acabara de recordar algo muy lejano, cambió de tono, se relajó y, casi como una persona normal, añadió:

—Si no fuera usted mi arquitecto, sería consecuente y adoptaría las medidas que requiere un caso como el suyo.

En parte por franca insubordinación y en parte por fatiga, le respondí, más impulsivo que valiente:

—Adopte las medidas que crea necesarias y no tenga consideraciones hacia mi persona.

Al parecer, Hitler quedó desconcertado, pues se hizo una breve pausa. En tono cordial, aunque en mi opinión muy bien meditado, prosiguió:

—Está usted cansado y enfermo. Por eso he decidido que se tome inmediatamente unos días de vacaciones. Otro dirigirá su Ministerio por usted.

—No; me encuentro perfectamente —respondí con decisión—. No voy a irme de vacaciones. Si no desea que siga siendo su ministro, reléveme del cargo.

En el mismo instante me acordé de que hacía un año Göring había rehusado aquella misma solución. Hitler me respondió, en tono concluyente:

—No quiero relevarlo del cargo. Pero insisto en que se tome inmediatamente un descanso por enfermedad.

Yo no cedí:

—No puedo conservar mi responsabilidad como ministro y dejar que otro actúe en mi nombre. —En un tono algo más conciliador, casi apremiante, añadí—: No puedo, *mein Führer*.

Era la primera vez que me dirigía a él con este tratamiento, pero no se mostró conmovido:

—No tiene alternativa. ¡No me es posible relevarlo del cargo! —Esbozando a su vez un gesto de debilidad, prosiguió—: Por motivos de política interior y exterior, no puedo prescindir de usted.

Envalentonado, repliqué:

—Me es imposible tomarme un permiso. Mientras esté en el cargo, dirigiré el Ministerio. ¡No estoy enfermo!

Hubo una larga pausa. Hitler se sentó. Yo hice lo mismo, aun sin haber sido invitado. En un tono más tranquilo, dijo:

—Speer, si pudiera usted convencerse de que la guerra no está perdida, podría permanecer en el cargo.

Gracias a mis memorias, y seguramente también por el informe de Bormann, estaba enterado de mi forma de ver la situación y de afrontarla. Era evidente que intentaba obligarme a hacer una declaración que en lo sucesivo me impidiera divulgar las verdaderas circunstancias a otras personas.

—Usted sabe que no puedo convencerme de eso. La guerra está perdida —respondí con sinceridad y sin ánimo de desafiarlo.

Hitler se puso nostálgico y me habló de las situaciones difíciles que había atravesado, en las que todo parecía perdido y que, sin embargo, había conseguido dominar a fuerza de tesón, energía y fanatismo. De una forma que se me antojó interminable, se dejó llevar por los recuerdos de su época de lucha; el invierno de 1941-1942, la amenaza de catástrofe que

pesaba sobre los transportes e incluso mis éxitos en la producción de armamentos le sirvieron de ejemplo. Le había oído referir todo aquello tantas veces que casi me sabía de memoria su monólogo y, si lo hubieran interrumpido, habría podido continuar recitándolo casi textualmente. Su voz apenas cambiaba de registro, pero quizá fuera aquel tono desapasionado y suplicante a la vez lo que daba una gran fuerza persuasiva a sus intentos de convencerme. Me invadió una sensación parecida a la que experimentara años atrás en la casa de té, cuando me negué a desviar los ojos de su sugestiva mirada.

Como yo seguía callado y me limitaba a mirarlo con fijeza, me sorprendió atenuando bruscamente sus exigencias:

—Si creyera usted que aún puede ganarse la guerra, si pudiera al menos creerlo, entonces todo estaría bien.

Su tono era cada vez más suplicante y por un momento pensé que resultaba mucho más persuasivo cuando se mostraba débil que en sus arranques de altivez. En otras circunstancias seguramente me habría ablandado y habría cedido. Pero el recuerdo de sus propósitos de destrucción me salvó de su influjo. Agitado y, por lo tanto, en voz tal vez demasiado alta, respondí:

—No puedo, de ninguna manera. Y, finalmente, tampoco querría ser uno de esos cerdos que lo rodean, que le aseguran que creen en la victoria cuando ya hace tiempo que no es así.

Hitler no reaccionó. Permaneció unos momentos con la mirada fija en el vacío y luego empezó a hablar otra vez de sus experiencias de la época de lucha por el poder y, como tantas otras veces durante aquellas semanas, sacó nuevamente a relucir la inesperada salvación de Federico el Grande.

—Hay que creer que al final todo saldrá bien —dijo—. ¿Confía en que la guerra puede tomar de nuevo un rumbo victorioso, o ha perdido por completo la fe? —Una vez más,

Hitler redujo su petición a una declaración formal que me comprometiera—: Si por lo menos pudiera tener la esperanza de que no hemos perdido… ¡Tendría que confiar en ello…! Con eso me daría por satisfecho[406].

No le respondí.

Se hizo una pausa larga y embarazosa. Por fin, Hitler se levantó bruscamente y, adoptando de nuevo el tono cortante y frío del principio de la entrevista, me dijo:

—¡Tiene veinticuatro horas para meditar su respuesta! Mañana me dirá si sigue confiando en que podemos ganar la guerra.

Me despidió sin darme la mano.

Como para ilustrar lo que ocurriría en Alemania de cumplirse la voluntad de Hitler, inmediatamente después de aquella conversación recibí un télex del jefe del Servicio de Transportes, fechado el 29 de marzo de 1945: «El objetivo es crear un desierto de comunicaciones en el territorio perdido […]. La escasez de explosivos exige aprovechar con inventiva todas las posibilidades para lograr una destrucción duradera». Tal y como especificaba el decreto, debían destruirse toda clase de puentes, vías férreas y garitas de señales, todos los servicios técnicos de los centros de maniobras, fábricas y talleres, y también las esclusas e instalaciones de nuestras vías de navegación fluvial. Al mismo tiempo, había que destruir por completo todas las locomotoras, los vagones de pasajeros y de mercancías, los barcos mercantes y las gabarras, y debían bloquearse eficazmente ríos y canales mediante el hundimiento de barcos. Para ello debía recurrirse a cualquier tipo de munición, al fuego o a la voladura de las piezas más importantes. Sólo un especialista puede concebir la magnitud de la catástrofe que habría supuesto para Alemania que se ejecutaran unas órdenes tan precisas, que certificaban a la vez la

meticulosidad con la que se ponían en práctica las órdenes genéricas de Hitler.

• • •

Al llegar a mi pequeña vivienda provisional, situada en la parte trasera del Ministerio, me tumbé en la cama, cansado, y me puse a pensar de forma confusa cómo debía responder a aquel ultimátum de veinticuatro horas que me había planteado Hitler. Finalmente me levanté y empecé a redactar una carta. Al principio el texto se movía de forma incongruente entre el deseo de convencer a Hitler, la tentación de complacerlo y la ineludible verdad. Pero poco a poco el tono se fue definiendo con brutal claridad: «Cuando leí la orden de destrucción (del 19 de marzo de 1945) y, poco después, el edicto de evacuación, vi en ellos los primeros pasos hacia la ejecución de estos propósitos. —Acto seguido pasaba a dar respuesta al ultimátum —: Pero ya no puedo seguir creyendo en el triunfo de nuestra buena causa si en estos meses críticos procedemos deliberada y sistemáticamente a destruir las bases de la vida de nuestro pueblo. Se trata de una injusticia tan grave para con él que, de llevarla a cabo, el destino ya no podrá estar de nuestro lado […]. Por lo tanto, le suplico que no ejecute estas medidas contra el pueblo. Si usted pudiera desistir de algún modo de dar semejante paso, yo recuperaría el valor y la fe necesarios para seguir trabajando con la mayor energía. Ya no está en nuestra mano —agregaba, aludiendo al ultimátum de Hitler— decidir el curso del destino. Sólo la Providencia puede cambiar aún nuestro futuro. Lo único que podemos hacer nosotros es mantener una conducta firme y una fe inquebrantable en el eterno futuro de nuestro pueblo».

No concluí, como era habitual en aquellos escritos privados, con un «*Heil, mein Führer!*», sino que con las últimas palabras me remití a lo único que aún cabía esperar: «Que Dios proteja a

Alemania»[407].

Al releer la carta, me pareció bastante floja. Quizá Hitler creyó que hallaría en ella un tono de desafío que lo obligaría a proceder contra mí, pues cuando le pedí a una de sus secretarias que copiara en la máquina de escribir especial de Hitler, de letra grande, aquella carta que, al ser estrictamente personal, estaba escrita a mano y resultaba difícil de leer, me llamó para decirme:

—El *Führer* me ha prohibido que acepte cartas de usted. Quiere que le dé su respuesta de palabra.

Al poco rato recibí la orden de presentarme inmediatamente ante Hitler.

Hacia medianoche recorrí, por las ruinas de la Wilhelmstrasse, totalmente destruida por las bombas, los pocos cientos de metros que me separaban de la Cancillería del Reich, sin saber qué debía hacer o responder. Habían pasado las veinticuatro horas y, sencillamente, no tenía respuesta. Dejé que decidiera el instante.

Hitler estaba delante de mí. No las tenía todas consigo, incluso parecía algo temeroso, y me preguntó lacónicamente:

—¿Y bien?

Por un instante me quedé confuso. No tenía una respuesta preparada. Pero entonces, como por decir algo, me vino a la cabeza de forma irreflexiva la ambigua respuesta:

—Estoy incondicionalmente con usted, *mein Führer*.

Hitler no contestó, pero aquello lo conmovió. Tras una breve vacilación me tendió la mano que no me había ofrecido al recibirme y sus ojos, como tan frecuentemente ocurría entonces, se humedecieron.

—Entonces todo está bien.

Demostró claramente el alivio que sentía. También yo, ante aquella reacción cálida e imprevista, me sentí emocionado por

un momento. Entre nosotros volvía a haber algo de aquella relación de antaño.

—Pero, como estoy incondicionalmente con usted —dije, tomando la palabra enseguida para aprovechar la situación—, tiene que volver a encomendarme a mí, y no a los jefes regionales, la ejecución de su decreto.

Me autorizó a redactar un escrito al efecto, que él firmaría inmediatamente; sin embargo, cuando salió el tema, se mantuvo firme en su decisión de destruir las industrias y los puentes. Así me despedí. Era la una de la madrugada.

En uno de los despachos de la Cancillería, redacté un «Decreto de ejecución» que complementaba la orden de destrucción de Hitler del 19 de marzo de 1945. A fin de evitar cualquier discusión, ni siquiera intenté revocarla. Sólo puntualicé dos cosas: «La ejecución de la orden será de la exclusiva incumbencia de las centrales y delegaciones del Ministerio de Armamentos y Producción de Guerra. El ministro de Armamentos y Producción de Guerra cuenta con mi aprobación para dictar las disposiciones necesarias para que se ejecute la orden. Él podrá impartir instrucciones concretas a los comisarios de defensa del Reich»[408]. De aquel modo, yo volvía a ocupar mi cargo. Además, en otro párrafo había impuesto a Hitler la idea de que en las instalaciones industriales «se puede lograr el mismo resultado mediante una paralización eficaz»; naturalmente, para tranquilizarlo añadí que en algunas fábricas de especial importancia se procedería a ejecutar la destrucción total cuando él lo indicara. Hitler nunca llegó a hacerlo.

Hitler, con mano temblorosa y casi sin hacer objeciones, firmó el escrito con lápiz, después de introducir en él varias enmiendas. Una que hizo en la primera frase del texto demostraba que todavía estaba a la altura de la situación: yo la había redactado en los términos más genéricos posibles, a fin de

establecer que las medidas de destrucción que se habían dictado tenían exclusivamente por objeto impedir que el enemigo aprovechara nuestras fábricas e instalaciones «para aumentar su fuerza combativa». Sentado tras la mesa de mapas de la sala de reuniones estratégicas, fatigado, limitó de su puño y letra esta disposición a las instalaciones industriales.

Creo que Hitler comprendía claramente que, después de aquello, buena parte de sus planes de destrucción no serían ejecutados. Durante la conversación que siguió, logré ponerme de acuerdo con él en que «la táctica de "tierra quemada" no tenía sentido en un territorio tan pequeño como Alemania. Sólo puede cumplir su objetivo en extensiones grandes, como Rusia». Tomé nota de este acuerdo en un apartado del acta de la reunión.

Como en la mayoría de los casos, Hitler obró con ambigüedad. Aquella misma noche ordenó a todos los comandantes en jefe «activar hasta el fanatismo la lucha contra el enemigo. ¡Hoy por hoy no podemos tener en cuenta a la población!»[409].

• • •

Una hora después hice reunir todas las motocicletas, coches y ordenanzas disponibles y mandé ocupar la imprenta y el teletexto, con el fin de recuperar mi terreno y detener las operaciones de destrucción que ya se habían iniciado. A las cuatro de la mañana mandé cursar mis disposiciones, aunque sin solicitar de Hitler la aprobación acordada. Sin el menor escrúpulo, puse de nuevo en vigor todas mis normas, que Hitler había anulado el 19 de marzo, para conservar las industrias, centrales de agua, gas y electricidad y fábricas de productos alimenticios. Para la total destrucción de las industrias, anuncié que pronto se promulgarían unas instrucciones especiales… que nunca llegaron a materializarse.

Aquel mismo día, y sin contar con la autorización de Hitler, ordené que los terrenos en obras de la Organización Todt «se prepararan por si el enemigo los flanqueaba», y que debían enviarse de diez a doce convoyes de alimentos a las inmediaciones del Ruhr, ya rodeado. Con el general Winter, del Alto Mando de la Wehrmacht, acordé un decreto para detener la voladura de puentes, aunque Keitel impidió que tuviera efecto; con el capitán general de las SS Frank, responsable de todos los almacenes de ropa y alimentos de la Wehrmacht, convine distribuir las existencias entre la población civil, y Malzacher, mi delegado en Checoslovaquia y Polonia, debía impedir que se destruyeran puentes en el territorio de la Alta Silesia[410].

Al día siguiente me reuní con Seyss-Inquart, comisario general para los Países Bajos, en Oldenburg. Durante aquel viaje, en una parada, me ejercité por primera vez en el tiro de pistola. Después de los preámbulos de rigor, Seyss-Inquart admitió, con gran asombro mío, que se había abierto una vía de contacto con el bando contrario. No quería destruir nada en Holanda y se proponía impedir las inundaciones previstas por Hitler. Hallé una actitud semejante en Kaufmann, jefe regional de Hamburgo, a quien visité al regresar de Oldenburg.

El 3 de abril, en cuanto regresé, prohibí que se volaran las esclusas, baluartes, presas, pantanos y puentes de canales[411]. Los télex, cada vez más numerosos y acuciantes, en los que se solicitaban órdenes especiales para destruir industrias, eran contestados invariablemente con la instrucción de proceder únicamente a paralizarlas[412].

Al menos podía contar con apoyo al tomar estas decisiones. Mi representante político, el doctor Hupfauer, se había aliado con los secretarios más influyentes con el fin de neutralizar en lo posible la política de Hitler. A su círculo pertenecía también

Klopfer, el representante de Bormann. Habíamos conseguido que este último perdiera pie. En cierto modo, sus órdenes caían en el vacío. Tal vez él dominara a Hitler durante aquella última etapa del Tercer Reich, pero fuera del bunker regían otras leyes. Incluso el mismo Ohlendorf, jefe del Servicio de Seguridad de las SS, me aseguró durante el cautiverio que había estado en todo momento al corriente de mis actos, pero que siempre se abstuvo de dar parte.

De hecho, en abril de 1945 tenía la impresión de que, en colaboración con los secretarios, podía conseguir en mi terreno más que Hitler, Goebbels y Bormann juntos. En el lado militar había entablado buenas relaciones con Krebs, nuevo jefe del Estado Mayor, ya que procedía de la plana mayor de Model; también Jodl, Buhle y Praun, jefe de Transmisiones, se mostraban cada vez más comprensivos conmigo.

Era consciente de que, de haber conocido mis actividades, Hitler habría obrado finalmente en consecuencia. Tenía que partir de la base de que terminaría por atacar. Durante aquellos meses de juego a dos bandas me regí por un principio muy simple: mantenerme en todo momento lo más cerca posible de Hitler. Cualquier intento de alejarme podía ocasionar sospechas y, a la vez, cualquier sospecha que pudiera existir sólo podría ser comprobada o eliminada de cerca. Yo no tenía ninguna propensión al suicidio; me había preparado un refugio de emergencia en un rústico pabellón de caza situado a cien kilómetros de Berlín; además, Rohland me consiguió un alojamiento en uno de los numerosos pabellones de caza del príncipe Fürstenberg.

• • •

En las reuniones estratégicas de principios de abril, Hitler seguía hablando de operaciones de contraataque y de incursiones sobre los flancos descubiertos del enemigo, que, tras

haber rebasado Kassel, avanzaba a marchas forzadas en dirección a Eisenach. Hitler seguía moviendo divisiones de un lugar a otro, en un juego de guerra terrible y siniestro. Cuando al regresar de uno de mis viajes al frente vi marcados en el mapa los movimientos de nuestras tropas, no pude sino constatar que en el sector que yo había recorrido no se las veía por ninguna parte; a lo sumo se divisaba a unos cuantos soldados sin armas pesadas, equipados sólo con fusiles.

También en mi despacho se celebraba ahora cada día una pequeña reunión estratégica a la que mi oficial de enlace con el Estado Mayor aportaba las últimas noticias, desobedeciendo así una orden de Hitler, que había prohibido informar sobre la situación militar a los organismos no militares. Día tras día Poser nos indicaba, con bastante exactitud, los territorios que iban a ser ocupados por el adversario durante las siguientes veinticuatro horas. Sus partes, sobrios y realistas, en nada se parecían a los discursos encubiertos que se pronunciaban en el bunker de la Cancillería. Allí no se hablaba de evacuaciones ni de retiradas. Me daba la impresión de que el Estado Mayor dirigido por el general Krebs había desistido definitivamente de poner a Hitler al corriente de la realidad y que se limitaba en cierto modo a entretenerlo jugando a la guerra. Cuando, en contra de las previsiones de la víspera, caían ciudades y sectores, Hitler se mostraba tranquilo. Ya no increpaba a sus colaboradores como hacía semanas atrás. Parecía resignado.

A primeros de abril, Hitler llamó a Kesselring, comandante en jefe del sector occidental. Casualmente, fui testigo del grotesco diálogo que mantuvieron. Kesselring trataba de exponer a Hitler lo desesperado de la situación, pero al cabo de dos o tres frases éste monopolizó la conversación y dio una clase magistral sobre cómo, atacando el flanco con unos cuantos cientos de tanques, aniquilaría a la avanzadilla americana de Eisenach, con lo que la sumiría en un pánico colosal y expulsaría

al enemigo occidental de Alemania. Hitler se perdió en una larga perorata sobre la notoria incapacidad de los soldados americanos para encajar una derrota, a pesar de que durante la ofensiva de las Ardenas había tenido ocasión de comprobar todo lo contrario. La reacción de Kesselring me irritó; tras resistírsele un poco, se mostró de acuerdo con las fantasías de Hitler y pareció tomar en serio sus planes. En cualquier caso, no tenía ningún sentido irritarse por batallas que ya no iban a tener lugar.

En una de las siguientes reuniones estratégicas, Hitler expuso de nuevo su idea de atacar por el flanco. Con la mayor sequedad, comenté:

—Si todo queda destruido, recuperar esos territorios no me va a servir de nada. Ya no podré producir en ellos.

Hitler guardó silencio.

—No podría reconstruir los puentes con tanta rapidez —añadí.

Entonces, visiblemente eufórico, Hitler me respondió:

—Tranquilícese, señor Speer. No se han destruido tantos puentes como yo he ordenado.

Con la misma jovialidad, casi en broma, repliqué que resultaba curioso alegrarse porque no se hubiera cumplido una orden. Para mi sorpresa, Hitler se mostró dispuesto a examinar un decreto que yo le presentara al efecto.

Cuando le mostré el texto a Keitel, perdió los estribos por un momento:

—¿Por qué otra contraorden? ¡Pero si ya tenemos la orden de destrucción…! ¡Sin volar puentes no se puede hacer una guerra!

Finalmente, tras introducir algunas rectificaciones sin importancia, Keitel aprobó el decreto y Hitler firmó que a partir

de entonces sólo se paralizarían las instalaciones de transportes y comunicaciones, conservando intactos los puentes hasta el último momento. Una vez más, tres semanas antes del fin, hice que Hitler corroborara que, al aplicar «las medidas de destrucción y evacuación, deberá procurarse que cuando se recuperen los territorios perdidos estos puedan ser reutilizados para la producción alemana»[413]. No obstante, tachó con lápiz azul una frase que decía que había que demorar la destrucción, aun a riesgo de que «en caso de producirse un rápido movimiento del enemigo pudiera caer en sus manos un puente intacto».

Aquel mismo día, el general Praun, jefe de los servicios de Transmisiones, revocó su decreto del 27 de marzo de 1945, suspendió todas las órdenes de destrucción e incluso dio la orden interna de que se conservaran las existencias almacenadas, pues después de la guerra servirían para restablecer la red de comunicaciones. Manifestó que, de todos modos, la destrucción de los medios de comunicación que Hitler había ordenado no tenía sentido, puesto que el enemigo contaba con sus propios cables y emisoras de radio. No sé si el jefe de Transportes revocó también su decreto sobre la creación de un desierto de comunicaciones. En todo caso, Keitel se negó a tomar el último decreto de Hitler como base para redactar nuevas normas de ejecución que eran susceptibles de múltiples interpretaciones[414].

Keitel me reprochaba, con razón, que la orden de Hitler del 7 de abril había creado confusión en la cadena de mando. En los diecinueve días comprendidos entre el 18 de marzo y el 7 de abril de 1945 se habían cursado doce órdenes contradictorias. Sin embargo, aquella confusión contribuyó a aminorar el caos.

CAPÍTULO XXXI

LAS DOCE Y CINCO

En el mes de septiembre, Werner Naumann, secretario del Ministerio de Propaganda, me había pedido que pronunciara un discurso, que sería radiado por todas las emisoras, para reforzar la voluntad de resistencia del pueblo. Como creí ver en aquella propuesta una trampa de Goebbels, no accedí. Sin embargo, ahora que Hitler, tras haber firmado el decreto redactado por mí, parecía haberse puesto de mi parte, me pareció conveniente aprovechar la resonancia que tendría un discurso radiado con el fin de convencer a un sector lo más amplio posible de la opinión pública para que evitara las destrucciones inútiles. Acepté pronunciarlo y, una vez cursado el decreto de Hitler, me instalé en el pabellón de caza de Milch, en el lejano Stechlinsee, en Brandenburgo.

Durante aquella última etapa, estábamos preparados para cualquier cosa. Con el fin de poder defenderme en caso necesario, me dediqué a hacer prácticas de tiro a orillas del lago disparando a una silueta humana, y trabajé en el borrador de mi discurso. Al anochecer me sentía satisfecho: mis disparos hacían blanco en rápida sucesión y el discurso me parecía totalmente inequívoco, aunque sin llegar al extremo de comprometerme. Se lo leí a Milch y a un amigo suyo mientras tomábamos una copa de vino. «Es un error creer que aparecerán armas milagrosas que puedan sustituir la acción del soldado». Seguía diciendo que no habíamos destruido las industrias de los territorios ocupados y

que ahora considerábamos un deber conservar también las bases de la existencia en nuestro país: «Todos aquellos que, con un exceso de celo, se resistan a comprender el significado de estas medidas, deberán ser castigados con el máximo rigor, pues —añadía con el patetismo que se estilaba entonces— estará pecando contra lo más sagrado que existe para el pueblo alemán: contra la fuente de la fuerza vital de nuestro pueblo».

Mencionaba brevemente la teoría de la recuperación de territorios y después me refería a la expresión «desierto de comunicaciones» utilizada por el jefe del servicio de Transportes: «Deben emplearse todas las fuerzas populares para impedir que se lleven a cabo estos propósitos. Si todas las medidas se aplican con prudencia, puede asegurarse la alimentación del pueblo, aunque con ciertas dificultades, hasta la próxima cosecha». Cuando terminé, Milch comentó con ecuanimidad y estoicismo:

—El sentido se capta perfectamente, ¡pero también lo hará la Gestapo!

El 11 de abril, el camión de la emisora de radio estaba ya ante el Ministerio y unos obreros instalaban los cables en mi despacho cuando recibí una llamada:

—Preséntese al *Führer* con el texto del discurso.

Yo había suavizado las expresiones más fuertes en una versión para los periódicos[415], aunque sin renunciar al propósito de leer mi texto original. Me llevé la versión atenuada. Hitler estaba tomando el té en el bunker con una de sus secretarias; pusieron una tercera taza para mí. Hacía tiempo que no había tenido un encuentro tan informal y privado con Hitler. Se caló torpemente sus gafas de montura metálica, que le daban un cierto aire profesoral, cogió un lápiz y empezó a tachar párrafos enteros del discurso desde las primeras páginas. Sin prestarse a discusión, de vez en cuando decía en tono

perfectamente cordial: «Esto vamos a suprimirlo». O bien: «Este pasaje es superfluo».

Su secretaria iba leyendo sin inmutarse las páginas que Hitler dejaba a un lado y se lamentaba:

—¡Qué lástima, con lo bonito que estaba quedando!

Hitler me despidió amistosamente, casi afectuoso.

—Por qué no prepara otro borrador[416]…

En su versión corregida, el discurso había perdido todo sentido. Sin embargo, mientras no tuviera la aprobación de Hitler, no podría disponer de las emisoras del Reich. En vista de que tampoco Naumann volvió a hablarme del asunto, dejé que cayera en el olvido.

A mediados de diciembre, al finalizar el último concierto que ofreció en Berlín Wilhelm Furtwängler con su Filarmónica, éste me llamó a su camerino. Con una ingenuidad que desarmaba, me preguntó si aún teníamos alguna posibilidad de ganar la guerra. Cuando le respondí que el fin era inminente, Furtwängler asintió; la respuesta debió de responder a sus expectativas. Me pareció que corría peligro, ya que Bormann, Goebbels y el mismo Himmler no habían olvidado muchas de sus francas declaraciones ni su intercesión en favor del proscrito compositor Hindemith. Así pues, le aconsejé que no regresara a Alemania después de su próxima gira por Suiza.

—Pero ¿qué va a ser de mi orquesta? ¡Soy responsable de ella!

Le prometí ocuparme de los músicos en los meses siguientes.

A primeros de abril de 1945, Gerhart von Westermann, intendente de la Filarmónica, me comunicó que, por orden de Goebbels, todos los miembros de la orquesta habían sido llamados a luchar en la defensa de Berlín. Traté de conseguir por teléfono que no fueran reclutados por el *Volkssturm*.

Goebbels me respondió secamente:

—Yo he encumbrado a esta orquesta. Ha llegado a ser lo que hoy representa en el mundo gracias a mi iniciativa y a mi dinero. Quienes vengan después de nosotros no tendrán ningún derecho a ella. Que se hunda con nosotros.

Entonces recurrí al sistema por el cual Hitler, al principio de la guerra, había impedido que se movilizara a sus artistas predilectos y pedí al coronel Von Poser que destruyera los papeles de los miembros de la Filarmónica que hubiera en las oficinas de reclutamiento. A fin de apoyar también económicamente a la orquesta, el Ministerio organizó algunos conciertos.

—Cuando se interprete la *Sinfonía romántica* de Brückner, será que ha llegado el fin —dije a mis amigos.

Aquel concierto de despedida se celebró el 12 de abril de 1945 por la tarde. En la sala de la Filarmónica, sin calefacción, sentados en sillas traídas de casa y con el abrigo puesto, se habían reunido todos los habitantes de la ciudad amenazada que se enteraron de aquel último concierto. Los berlineses debieron de llevarse una sorpresa, ya que aquel día, por orden mía, se suprimió el corte de corriente habitual a aquella hora, a fin de que pudiera iluminarse la sala. Para la primera parte había elegido la última aria de Brunilda y el final de *El crepúsculo de los dioses*; un gesto patético y melancólico a la vez ante el fin del Reich. Después del *Concierto para violín* de Beethoven, la *Sinfonía* de Brückner, con su último movimiento de corte arquitectónico, cerró durante mucho tiempo todas las experiencias musicales de mi vida.

Cuando regresé al Ministerio encontré un aviso de que debía llamar inmediatamente al asistente de Hitler.

—¿Dónde se había metido? El *Führer* lo está esperando.

Al verme, Hitler se precipitó a mi encuentro con una

vivacidad inusitada, agitando en la mano una noticia de la prensa:

—¡Tome, lea esto! Aquí, ¡aquí! Usted, que nunca ha querido creerlo… —Hablaba atropelladamente—. Aquí tiene el gran milagro que yo siempre había vaticinado. Y ahora, ¿quién tiene razón? La guerra no está perdida. ¡Lea usted! ¡Roosevelt ha muerto!

Era incapaz de tranquilizarse. Creía definitivamente demostrado el carácter infalible de la Providencia que lo protegía. Goebbels y muchos de los presentes confirmaban, radiantes, que no se equivocaba en el convencimiento que había expresado hasta la saciedad: ahora se repetía la historia que en el último momento, cuando la derrota parecía inevitable, había dado la victoria a Federico el Grande. ¡El milagro de la casa de los Brandenburgo! La zarina había vuelto a morir, se había producido el punto de inflexión, repetía Goebbels sin cesar. Por un momento, aquella escena retiró el velo de optimismo fingido de los últimos meses. Después, Hitler se dejó caer exhausto en su butaca, como liberado y aturdido a la vez; a pesar de todo, parecía desesperado.

Varios días después, como una más de las incontables fantasías que brotaron por todas partes tras la noticia de la muerte de Roosevelt, Goebbels me mandó decir que, puesto que yo gozaba de tanto renombre en el Occidente burgués, quizá fuera aconsejable que tomara el avión para visitar al nuevo presidente, Truman. Tales ideas se desvanecían tan rápidamente como aparecían.

• • •

En la que antaño fuera la vivienda de Bismarck, en aquellos mismos días de abril me encontré al doctor Ley rodeado de un grupo de personas, entre ellas Schaub y Bormann, además de varios asistentes y secretarios; reinaba una gran confusión. Ley

corrió a mi encuentro con estas palabras: —¡Se han inventado los rayos de la muerte! Es un aparato sencillísimo que podemos fabricar a gran escala. He estudiado bien los planos y no hay duda: ¡con esto daremos el golpe!—. Mientras Bormann lo animaba con un gesto de asentimiento, el doctor Ley prosiguió, tartamudeando como siempre y en tono de reproche: —En su Ministerio no quisieron escuchar al inventor, que por fortuna me escribió a mí, y ahora va a tener que ocuparse personalmente del asunto. Enseguida… ¡Ahora mismo no hay nada más importante!

Ley la emprendió entonces con la insuficiencia de mi organización; dijo que estaba demasiado burocratizada y que era excesivamente rígida. Todo aquello resultaba tan absurdo que ni siquiera lo contradije:

—¡Tiene toda la razón! ¿No quiere ocuparse personalmente de ello? Estaré encantado de asignarle el cargo de «responsable de los rayos de la muerte».

Ley se mostró entusiasmado con la propuesta.

—¡Desde luego! ¡Yo me encargaré! En este asunto, incluso estoy dispuesto a subordinarme a usted. ¡Al fin y al cabo, procedo de una familia de químicos!

Le sugerí que hiciera un experimento y le aconsejé que utilizara conejos propios, ya que muchas veces los animales preparados resultaban engañosos. Efectivamente, varios días después me llamó su asistente desde un apartado lugar de Alemania para darme la lista de los aparatos electrónicos que necesitaban.

Decidimos seguir la comedia. Pusimos al corriente a nuestro amigo Lüschen, jefe de la industria electrónica, y le pedimos que suministrara al inventor los aparatos que solicitaba. Poco después regresó diciendo:

—He podido darles todo lo que pedían, menos un

interruptor del circuito. No tenemos ninguno que dé la velocidad de interrupción que quieren. Sin embargo, el «inventor» insiste precisamente en este punto. ¿Sabe lo que he averiguado? —añadió Lüschen entre risas—. Este interruptor hace cuarenta años que no se fabrica y se menciona en una vieja edición del *Graetz*, un manual de Física de enseñanza media, de allá por el año 1900.

Casos como éste proliferaron cada vez más a medida que se acercaba el enemigo. Ley defendía, completamente en serio, la siguiente teoría:

—Si los rusos nos arrollan por el Este, la ola de refugiados alemanes se hará tan fuerte que caerá sobre el Oeste como una gran migración, lo invadirá y terminará dominándolo.

Aunque Hitler se burlaba de las ridículas fantasías de Ley, por aquellos tiempos era uno de los miembros favoritos de su entorno personal.

• • •

Durante la primera mitad de abril, Eva Braun se presentó por sorpresa y sin ser llamada en Berlín y manifestó que no pensaba moverse del lado de Hitler. Él trató de convencerla para que volviera a Munich y también yo le ofrecí una plaza en nuestro avión correo. Pero ella lo rechazó todo obstinadamente, y los que estábamos en el bunker supimos por qué había venido. Con su presencia, un mensajero de muerte simbólico y real había entrado a vivir en el bunker.

El doctor Brandt, médico personal de Hitler y asiduo miembro del círculo del Obersalzberg desde 1934, había dejado que su esposa y su hijo fueran «arrollados», como se decía entonces, por los americanos en Turingia. Hitler le formó un consejo de guerra constituido por Goebbels, el jefe de las juventudes Axmann y el general Berger, de las SS; él intervino en el proceso en calidad de fiscal y presidente del tribunal a la

vez, exigió la pena de muerte y formuló las acusaciones: Brandt sabía que podía alojar a su familia en el Obersalzberg; además, existía la sospecha de que, por mediación de su esposa, hubiera hecho llegar informes secretos a los americanos. La señora Wolf, secretaria de dirección de Hitler desde hacía muchos años, decía entre lágrimas:

—Ya no puedo entenderlo.

Himmler entró en el bunker y calmó los ánimos de los presentes: primero había que interrogar a un testigo de importancia. Y, añadió taimado, «a ese testigo no vamos a encontrarlo».

Aquel inesperado incidente me puso también a mí en una situación incómoda, pues desde el 6 de abril había alojado a mi familia lejos de las grandes ciudades, en el Báltico, en una hacienda situada cerca de Kappeln, en Holstein[417]. De pronto eso se había convertido en un crimen. Cuando Hitler, por mediación de Eva Braun, se interesó por el paradero de mi familia, mentí diciendo que estaba en casa de un amigo, cerca de Berlín. La explicación tranquilizó a Hitler, pero me hizo asegurarle que, cuando él se retirase al Obersalzberg, lo acompañaríamos. Todavía tenía el propósito de librar su última batalla en la llamada Fortaleza de los Alpes.

Goebbels, por su parte, declaró que aunque Hitler abandonara Berlín, él pensaba acabar sus días en la capital.

—Mi mujer y mis hijos no deben sobrevivirme. Los americanos no harían más que adiestrarlos para que hicieran propaganda contra mí.

A la señora Goebbels, por el contrario, la idea de que sus hijos tuvieran que morir le parecía insoportable, como me dijo cuando acudí a visitarla en Schwanenwerder a mediados de abril, pero, al parecer, acataba la voluntad de su marido. Unos días más tarde le propuse enviarle en el último momento, por la

noche, una barcaza de nuestra flota de transporte al embarcadero de la finca. Ella y los niños podrían esconderse bajo cubierta hasta que la barca amarrara en algún afluente del lado occidental del Elba. En el barco habría alimentos suficientes para que pudieran vivir algún tiempo sin ser descubiertos.

Después de que Hitler declarara que no iba a sobrevivir a una derrota, muchos de sus más íntimos colaboradores se apresuraron a manifestar que tampoco ellos veían más salida que el suicidio. Yo, por el contrario, opinaba que debían aceptar el sacrificio y someterse a un proceso judicial del enemigo. Dos de los más eficientes oficiales de la Luftwaffe, Baumbach y Galland, y yo elaboramos durante los últimos días de la guerra un extravagante plan para poner a buen recaudo a los principales colaboradores de Hitler e impedir que se suicidaran. Habíamos averiguado que Bormann, Ley y Himmler salían de Berlín todas las noches, cada uno por su lado, para pernoctar en distintas localidades del entorno poco expuestas a las alarmas aéreas. Nuestro plan era sencillo: cuando los bombarderos nocturnos del enemigo dejaban caer sus bombas luminosas blancas, todos los coches se detenían y sus ocupantes huían hacia los campos. Unos cohetes luminosos parecidos, disparados por pistolas de señales, tenían que producir una reacción similar; un pelotón equipado con pistolas ametralladoras podría reducir a los seis hombres de la escolta. La munición luminosa ya estaba en mi casa, se había establecido la composición del pelotón y se habían estudiado todos los detalles. La confusión general haría que no resultara difícil llevar a los detenidos a lugar seguro. El doctor Hupfauer, antaño el principal colaborador del doctor Ley, insistió, con gran asombro por mi parte, en que el golpe de mano contra Bormann debía ser ejecutado por miembros del Partido con experiencia en el frente: no había nadie en el Partido más aborrecido que él. El jefe regional Kaufmann

insistió en que le dejaran liquidar personalmente al «Mefistófeles del *Führer*». Con todo, cuando se enteró de nuestros fantásticos propósitos, el general Thomale, jefe del Estado Mayor de las tropas acorazadas, me convenció, durante una conversación nocturna en la carretera, de que nadie debía torcer la justicia divina.

También Bormann tenía sus planes. Cuando Brandt, a quien consideraba equivocadamente la piedra angular de mi influencia sobre Hitler, fue encarcelado, el subsecretario Kopfer me hizo una advertencia: no había sido Hitler, sino Bormann el responsable de aquella detención, que también iba contra mí. Me aconsejó que tuviera mucho cuidado con lo que decía[418]. Además, ciertas noticias difundidas por la radio del enemigo me intranquilizaron: informaban de que yo habría ayudado a salir en libertad a un sobrino que debía comparecer ante un consejo de guerra por haber impreso escritos de Lenin[419]. Por si fuera poco, Hettlage, que siempre había sido atacado por el Partido, estaba a punto de ser detenido. Finalmente, se aseguraba que un periódico suizo había informado de que Von Brauchitsch, antiguo comandante en jefe del Ejército de Tierra, y yo éramos los únicos con los que se podría negociar una capitulación. Tal vez el enemigo tratara de dividir así al Gobierno, o quizá fueran simples rumores.

Con la mayor cautela, durante aquellos días el Ejército de Tierra instaló en mi casa a varios oficiales de confianza armados con metralletas. Por si se producía una emergencia, teníamos preparada una tanqueta de reconocimiento de ocho ruedas con la que en principio habríamos podido escapar de Berlín. Todavía hoy ignoro por orden de quién o a partir de qué informaciones se tomaron estas medidas.

• • •

El ataque a Berlín era inminente. Hitler ya había nombrado

al general Reymann comandante militar de la ciudad. Al principio aún estuvo a las órdenes del capitán general Heinrici, comandante en jefe del grupo de ejércitos que, a lo largo del río Oder, se extendía desde el Báltico hasta unos cien kilómetros al sur de Francfort del Oder. Heinrici contaba con mi confianza, pues lo conocía desde hacía mucho tiempo y últimamente me había ayudado a transferir intacta al enemigo la industria de la cuenca carbonífera de Rybnick. Como Reymann insistía en preparar todos los puentes de Berlín para volarlos, el 15 de abril, un día antes de la gran ofensiva rusa contra Berlín, me dirigí al cuartel general de Heinrici en Prenzlau. Para disponer del apoyo técnico necesario, me acompañaban Langer, concejal de urbanismo encargado de la construcción de calles y vías subterráneas, y Beck, presidente de los Ferrocarriles del Reich; Heinrici, a petición mía, había mandado llamar a Reymann.

Los dos especialistas demostraron que las destrucciones proyectadas supondrían la muerte de Berlín[420]. El comandante militar de la ciudad se remitió a la orden de Hitler de que Berlín debía ser defendido por todos los medios.

—Yo tengo que combatir, y para eso tengo que poder destruir los puentes.

—Pero sólo los del sector de la ofensiva principal —replicó Heinrici.

—No; cualquiera donde se esté combatiendo —respondió el general.

A mi pregunta de si también iban a ser destruidos los puentes del centro de la ciudad en el caso de que produjeran combates callejeros, Reymann respondió afirmativamente. Como tantas otras veces, eché mano de mi mejor argumento:

—¿Lucha usted porque cree en la victoria?

El general titubeó un momento y luego no tuvo más remedio que responder que sí también a esta pregunta.

—Si Berlín es arrasado —proseguí—, la industria quedará fuera de servicio durante un tiempo indeterminado, y sin ella la guerra estará perdida.

El general Reymann no sabía qué decir. La conversación no habría llegado a ningún resultado si el capitán general Heinrici no hubiese ordenado retirar los explosivos de algunas de las principales arterias de Berlín y limitar la voladura de puentes a las operaciones de combate más importantes[421].

Cuando nuestros colaboradores se hubieron marchado, Heinrici me dijo:

—De acuerdo con estas instrucciones, ningún puente de Berlín será destruido —manifestó—, ya que no habrá combates alrededor de la ciudad. Cuando los rusos penetren en ella, un ala del ejército se replegará hacia el norte y otra hacia el sur. En el norte nos atrincheraremos en el sistema de canales Este-Oeste. Allí, desde luego, no podré conservar los puentes.

Comprendí lo que me decía.

—Entonces, ¿Berlín va a ser tomado rápidamente?

El capitán general asintió.

—Al menos, sin una resistencia significativa.

A la mañana siguiente, 16 de abril, me despertaron muy temprano. El teniente coronel Von Poser y yo queríamos presenciar la última gran ofensiva de la guerra, el ataque soviético a Berlín, desde una colina situada sobre el valle del Oder, cerca de Wriezen. Una densa niebla impedía la visibilidad; al cabo de unas horas, un guarda forestal trajo la noticia de que todo el mundo se retiraba y de que los rusos pronto estarían allí. Así que también nosotros nos fuimos.

Pasamos junto a las grandes esclusas de Nieder-Finow, una maravilla técnica de los años treinta que era clave para la navegación hacia Berlín por el Oder. Se habían colocado

explosivos en los puntos adecuados de la gran estructura de hierro de 36 metros de altura. Oímos fuego de artillería a cierta distancia; un teniente de zapadores nos informó de que todo estaba dispuesto para volar las esclusas, por lo que nos dimos cuenta de que allí todavía se obraba de acuerdo con la orden de destrucción promulgada por Hitler el 19 de marzo. El teniente oyó con visible alivio las instrucciones de Von Poser de no efectuar la voladura. Con todo, aquel incidente resultaba desesperanzador, ya que demostraba que la orden del 3 de abril de 1945 de dejar intactas las vías fluviales no había trascendido.

En aquellos momentos, de nada habría servido tratar de confirmar unas disposiciones cursadas semanas atrás, ya que la red de comunicaciones se había ido deteriorando cada vez más. En todo caso, me pareció insensato albergar la esperanza de que haciéndolo podría impedir que se cumplieran unos propósitos de destrucción dictados por tan ciego fanatismo. La comprensión que había encontrado en el capitán general Heinrici me indujo a reactivar mi plan de llamar a la opinión pública a la cordura por medio de una proclama directa. Confiaba en que, en la confusión del combate, Heinrici podría poner a mi disposición una de las emisoras de radio de su grupo de ejércitos.

Treinta kilómetros más adelante penetramos en el paraíso animal de Göring, los solitarios bosques de Schorfheide. Pedí a mis acompañantes que me dejaran solo, me acomodé en el tocón de un árbol y, después de que cinco días antes el borrador de mi discurso fracasara por culpa de Hitler, escribí de una sentada uno de rebelión. Esta vez quise hacer un llamamiento a la resistencia, a prohibir sin rodeos que se destruyeran las fábricas, los puentes, los canales, las instalaciones ferroviarias y de comunicaciones, a llamar a los soldados de la Wehrmacht y del *Volkssturm* a que «por todos los medios y, en caso necesario, por la fuerza de las armas» impidieran las destrucciones. En mi

borrador también exigía que los presos políticos y, por tanto, también los judíos, fueran entregados indemnes a las fuerzas de ocupación y que no se impidiera que los prisioneros de guerra y los trabajadores extranjeros regresaran a su patria. Prohibía las actividades de la organización de resistencia nazi Werwolf y exigía que las ciudades y pueblos fueran entregados sin combatir. Para concluir recurría una vez más a cierto exceso de solemnidad y reiteraba nuestra «fe inquebrantable en el futuro de nuestro pueblo, que perdurará por los siglos de los siglos»[422].

Por mediación de Poser, envié al doctor Richard Fischer, director general de las centrales eléctricas de Berlín, una nota que escribí a lápiz a toda prisa para pedirle que garantizara el suministro eléctrico de la más potente emisora de radio alemana, situada en Königswusterhausen, hasta que fuera ocupada por el enemigo[423]. Esta emisora, que radiaba a diario las emisiones de Werwolf, debía terminar difundiendo precisamente un discurso en el que se prohibían todas las actividades de esta organización.

A última hora de la tarde me reuní con el capitán general Heinrici en su cuartel general, que había sido evacuado a Dammsmühle. Quería pronunciar mi discurso en el breve intervalo en que la emisora se hallaría en «zona de combate» y, por lo tanto, habría pasado de la jurisdicción estatal a la de las tropas. Heinrici creía que la emisora habría sido ocupada por los rusos antes de que yo hubiera terminado de hablar. Por lo tanto, propuso que grabara mi discurso en un disco en aquel momento y se lo confiara. Él se encargaría de difundirlo poco antes de la ocupación soviética. No obstante, a pesar de todos los esfuerzos de Lüschen no fue posible encontrar un aparato de grabación adecuado.

Dos días después, Kaufmann me llamó a Hamburgo con la mayor urgencia, ya que la Marina de Guerra estaba preparando

la voladura de las instalaciones portuarias. Celebramos una reunión con los principales representantes de las industrias, astilleros, administración del puerto y la Marina y, gracias a la determinación del jefe regional, se decidió no destruir nada[424]. Proseguí mi conversación con Kaufmann en una casa de la zona de Aussenalster. Un grupo de estudiantes poderosamente armados se encargaba de protegerlo.

—Usted se quedará en Hamburgo con nosotros —me dijo Kaufmann—. Aquí estará seguro. En caso de emergencia, podemos confiar en mis hombres.

Sin embargo, regresé a Berlín y le recordé a Goebbels que él, que había pasado a la historia del Partido como el «conquistador de Berlín», perdería su reputación si terminaba su vida como destructor de la ciudad. Por grotescas que puedan parecer estas palabras, se adaptaban a la visión del mundo que teníamos todos nosotros, y muy especialmente a la de Goebbels, que creía que el suicidio aumentaría su fama. La noche del 19 de abril, antes de empezar la reunión estratégica, Hitler manifestó que se adhería a una propuesta del jefe regional y que, con la entrada en acción de todas las reservas, el combate decisivo tendría lugar frente a las puertas de la capital del Reich.

CAPÍTULO XXXII

LA ANIQUILACIÓN

Según creí advertir, durante las últimas semanas de su vida Hitler se liberó de la rigidez en la que había caído durante los años anteriores. Volvía a mostrarse asequible y a veces incluso estaba dispuesto a discutir sus decisiones. En el mismo invierno de 1944 habría sido inconcebible que se aviniera a hablar conmigo sobre las perspectivas de la guerra. También su transigencia respecto a la orden de «tierra quemada» habría sido inimaginable entonces, así como la muda corrección de mi discurso radiofónico. Volvía a estar abierto a unos argumentos que sólo un año antes no habría estado dispuesto a escuchar. Con todo, no se trataba de un relajamiento interno, sino que más bien daba la impresión de ser alguien cuya obra vital había quedado destruida y que sólo se mantenía en movimiento por la inercia de los años anteriores, a pesar de que en realidad lo ha abandonado todo y se ha resignado.

Casi parecía carecer de esencia, aunque quizá en esto fue siempre el mismo. Al mirar hacia atrás, a veces me pregunto si aquella intangibilidad, aquella falta de esencia, no era una característica que lo acompañó desde su juventud hasta su muerte violenta. De este modo, las actitudes coléricas podían apoderarse de él con gran vehemencia, ya que no eran contrarrestadas por ninguna emoción humana. Nadie podía aproximarse a su ser precisamente porque estaba muerto y vacío.

Ahora se trataba también de la falta de esencia de un

anciano. Le temblaban los miembros y andaba encorvado, arrastrando los pies; hasta su voz era insegura y había perdido su antigua determinación. Su vigor había dado paso a una forma de hablar titubeante y monótona. Cuando se excitaba, lo que sucedía con frecuencia, como suele pasar con los ancianos, casi tenía voz de falsete. Seguía teniendo accesos de testarudez, pero ya no me recordaban las rabietas de un niño, sino más bien las de un viejo. Tenía la tez descolorida y la cara hinchada; su uniforme, antes impecable, en aquellos últimos días de su vida solía estar desaliñado y con manchas de la comida que había ingerido con mano temblorosa.

No hay duda de que su estado conmovía al círculo que lo había acompañado en los momentos culminantes de su vida. También yo corría constantemente el riesgo de sucumbir a aquel contraste, que resultaba sobrecogedor en múltiples aspectos. Tal vez por eso todo el mundo lo escuchaba en silencio cuando en aquella situación, que durante largo tiempo fue desesperada, seguía trasladando divisiones inexistentes u ordenaba efectuar transportes con unos aviones que no podrían despegar por falta de carburante. Tal vez por ello también se aceptaba que se evadiera cada vez con más frecuencia de la realidad y que se perdiera en su mundo de fantasía y se pusiera a hablar del gran conflicto que no podría dejar de producirse entre Oriente y Occidente y que aseguraba que era inevitable. Aunque su entorno debería haber visto lo quimérico de aquellas ideas, su continua y sugestiva reiteración seguía ejerciendo un efecto fascinante, como cuando aseguraba que sólo él, con su personalidad y su fuerza y aliado con Occidente, estaba en disposición de aplastar al bolchevismo; sonaba plausible cuando aseguraba que todos sus esfuerzos ya no se encaminaban a otro fin, aunque para sí mismo deseaba que llegara pronto su última hora. Precisamente aquella entereza con que veía acercarse el fin inspiraba piedad y aumentaba la veneración de los que lo

rodeaban.

Además, volvía a mostrarse afable y sencillo. En muchas cosas me recordaba al Hitler que había conocido doce años antes, cuando empecé a trabajar para él, sólo que ahora parecía más carente de contornos. Su afabilidad se limitaba a las pocas mujeres que estaban con él desde hacía años. Sus mayores atenciones eran para la señora Junge, la viuda de su criado caído en combate, aunque también su cocinera dietética vienesa contaba con su favor; sus dos secretarias, la señora Wolf y la señora Christian, formaban asimismo parte del círculo privado en el que Hitler pasó las últimas semanas de su vida. Hacía meses que comía y tomaba el té prácticamente sólo con ellas; los hombres ya casi no tenían acceso a su intimidad. Tampoco yo participaba en sus comidas desde hacía mucho tiempo. Por lo demás, la llegada de Eva Braun introdujo algunos cambios en la rutina diaria, sin que por eso cesara la relación, probablemente inocua, que tenía con las otras mujeres de su entorno. Sin duda actuaba movido por un concepto elemental de fidelidad, al que, en la desgracia, las mujeres parecían responder mejor que los hombres de su plana mayor, de quienes parecía desconfiar a veces. Sólo con Bormann, Goebbels y Ley hacía una excepción, como si con ellos se sintiera seguro.

En torno a aquel Hitler espectral, el aparato del Gobierno seguía funcionando mecánicamente, como si también hubiera acumulado la inercia necesaria para mantenerse en movimiento a pesar de que su impulsor hubiera dejado de aportarle la energía original. A mi modo de ver, este mismo automatismo impulsaba también a los generales a seguir el camino trazado incluso en aquella última etapa en que la magnética voluntad de Hitler empezaba a debilitarse. Keitel, por ejemplo, seguía exigiendo que se destruyeran los puentes cuando Hitler se había resignado a dejarlos intactos.

Hitler tenía que darse cuenta de que la disciplina había empezado a relajarse en su entorno. Antes, cuando él entraba en una habitación, todos los presentes se ponían en pie y no volvían a sentarse hasta que él lo había hecho. Ahora, en cambio, proseguían las conversaciones y nadie se levantaba, los criados hablaban con los invitados en su presencia y algunos colaboradores alcoholizados dormían en las butacas mientras otros discutían sin inhibiciones, a voz en grito. Tal vez pasara deliberadamente por alto estos cambios. Aquellas escenas eran como una pesadilla para mí. Parecían acordes con ellas los cambios que se habían ido produciendo en los últimos meses en la Cancillería: se habían quitado los tapices y los cuadros, que, junto con las alfombras y los muebles valiosos, habían sido puestos a buen recaudo en un bunker. Manchas claras en el papel de las paredes, huecos en el mobiliario, periódicos tirados aquí y allá, vasos vacíos, platos sucios, un sombrero que alguien había lanzado sin más sobre una silla, todo ello daba la impresión de estar en plena mudanza.

Hacía tiempo que Hitler había abandonado las habitaciones superiores, aduciendo que los constantes bombardeos no lo dejaban descansar y afectaban a su capacidad de trabajo. Al menos en el bunker podía dormir de un tirón. Así pues, dejó que su vida siguiera desarrollándose bajo tierra.

Aquella huida hacia su futura bóveda sepulcral siempre me pareció dotada de un gran simbolismo. El aislamiento de aquel bunker, totalmente apartado de la vida y rodeado de hormigón y tierra, selló definitivamente la separación de Hitler de la tragedia que tenía lugar en el exterior, a cielo abierto. Ya no guardaba ninguna relación con ella. Cuando hablaba del fin, se refería al suyo, no al del pueblo. Había llegado a la última estación de su huida de la realidad, una realidad que ni siquiera en su juventud quiso reconocer. En aquel entonces yo llamaba a este mundo irreal la «Isla de los Bienaventurados».

Incluso en esta última época de su vida, en abril de 1945, hubo ocasiones en las que Hitler y yo volvimos a inclinarnos en el bunker sobre los planos de Linz y contemplamos en silencio los sueños de antaño. Su despacho, situado bajo tierra y cubierto de hormigón, era sin duda el lugar más seguro de Berlín. Cuando cerca de allí explotaba alguna bomba de gran calibre, la masa del bunker vibraba a consecuencia de la transmisión de la onda expansiva por el suelo arenoso de la ciudad. Entonces Hitler se sobresaltaba. ¡Qué transformación había sufrido aquel intrépido cabo de la Primera Guerra Mundial! No era más que una ruina, un manojo de nervios que ya no sabía ocultar sus reacciones.

• • •

En realidad, el último cumpleaños de Hitler no llegó a celebrarse. A diferencia de otros años, en los que en aquella fecha llegaban numerosos automóviles, la guardia rendía honores y los dignatarios del Reich y de los países extranjeros acudían a felicitarlo, esta vez reinaba la calma. Es verdad que Hitler salió del bunker y subió a la Cancillería, que en su descuido parecía ofrecer un marco muy adecuado a su lastimoso estado. En el jardín le fue presentada una delegación de las Juventudes Hitlerianas que se había distinguido en combate; Hitler pronunció unas palabras y repartió alguna que otra palmadita afectuosa. Su voz era débil. Al poco rato se fue. Sin duda comprendía que no podía hacer que nadie sintiera más que compasión. La mayoría eludió la embarazosa felicitación formal acudiendo como siempre a la reunión estratégica. Nadie sabía muy bien qué decir. De acuerdo con las circunstancias, Hitler recibió las felicitaciones con frialdad, casi a la defensiva. Al poco rato nos hallamos reunidos, como tantas otras veces, en torno a la mesa de mapas del pequeño despacho del bunker. Frente a Hitler se había sentado Göring. Éste, que siempre dio tanta importancia a su atuendo, en los últimos días había

modificado notablemente su uniforme. Con gran asombro, vimos que había sustituido la tela gris por el tejido marrón que usaban los americanos, y que en lugar de las hombreras doradas, de cinco centímetros de ancho, llevaba unas más simples de tela en las que, por todo adorno, estaba prendida la insignia de su rango, el águila de oro de mariscal del Reich.

—Igual que un general americano —me susurró uno de los asistentes.

Pero Hitler tampoco pareció reparar en aquel cambio.

En la reunión se trató del inminente ataque al núcleo urbano de Berlín. Hitler abandonó de la noche a la mañana la idea de no defender la metrópoli y trasladarse a la fortaleza de los Alpes y decidió que se lucharía por la ciudad en las calles de Berlín. Todos lo instamos a revocar su decisión, ya que era no sólo conveniente sino urgentísimo trasladar la sede del cuartel general al sur, al Obersalzberg. Göring hizo notar que sólo nos quedaba una vía de comunicación norte-sur, la que pasaba a través del bosque de Baviera, y que en cualquier momento podíamos perder la última posibilidad de escapar hacia Berchtesgaden. Hitler se indignó ante la idea de abandonar Berlín precisamente en aquellos momentos.

—¿Cómo voy a poder animar a las tropas a librar la batalla decisiva por Berlín si yo me pongo a salvo?

Göring, con su uniforme nuevo, lo miraba con ojos muy abiertos, pálido y sudoroso, mientras Hitler proseguía, cada vez más excitado:

—¡Voy a dejar en manos del destino si he de morir en la capital o si volaré al Obersalzberg en el último momento!

Apenas terminó la reunión y se hubieron despedido los generales, Göring se volvió hacia Hitler, alterado: dijo tener asuntos importantísimos que atender en el sur y que debía salir de Berlín aquella misma noche. Hitler lo miró con expresión

ausente. Me pareció que en aquel momento él mismo se sentía impresionado por su decisión de permanecer en Berlín y poner en juego su vida. Con unas palabras que expresaban su indiferencia, le estrechó la mano y no dejó traslucir que comprendía perfectamente sus propósitos. Yo, que estaba a pocos pasos de los dos, tuve la sensación de presenciar un acto histórico: el Gobierno del Reich se escindía. Así terminó la reunión del día del cumpleaños.

Yo había abandonado el despacho con los demás asistentes, con la informalidad habitual, sin despedirme personalmente de Hitler. Contradiciendo nuestra intención inicial, el teniente coronel Von Poser me instó aquella misma noche a que también yo me preparara para partir. El ejército soviético había iniciado el ataque definitivo contra Berlín y era evidente que avanzaba con rapidez. Hacía ya varios días que todo estaba dispuesto para la huida; la mayor parte del equipaje ya había sido enviada a Hamburgo y a orillas del lago Eutin, cerca del cuartel general de Dönitz, situado en Plön, nos esperaban dos coches cama de los Ferrocarriles del Reich.

En Hamburgo visité de nuevo al jefe regional Kaufmann. Como a mí, le resultaba incomprensible que en aquellas circunstancias se siguiera combatiendo a cualquier precio. Su actitud me animó a darle a leer el texto del discurso que había redactado unas semanas antes, sentado en un tocón de árbol en los bosques de Schorfheide. No estaba muy seguro de cómo se lo iba a tomar.

—Debería pronunciar este discurso. ¿Por qué no lo ha hecho aún?

Después de haberle hablado de mis dificultades, me dijo:

—¿Quiere usted hablar a través de nuestra emisora de Hamburgo? Yo respondo del director técnico. Al menos, en nuestro estudio podrá grabar su discurso en un disco[425].

Kaufmann me condujo aquella misma noche al bunker en el que estaban instalados los servicios técnicos de la emisora de Hamburgo. Después de atravesar varias salas vacías llegamos a un pequeño estudio de grabación en el que me presentó a dos técnicos que al parecer ya estaban al corriente de mis propósitos. Por un momento se me pasó por la cabeza que unos minutos después estaría a merced de aquellos desconocidos. A fin de cerciorarme de su fiabilidad y, al mismo tiempo, convertirlos en cómplices, antes de empezar a grabar les informé del contenido del discurso, para que después pudieran decidir por sí mismos si lo aprobaban o, por el contrario, preferían destruir la placa. Entonces me senté ante el micrófono y leí el discurso. Los técnicos permanecieron mudos; quizá estaban asustados, o tal vez los convenció lo que acababan de oír; el caso es que no pusieron objeciones.

Kaufmann se hizo cargo de los discos. Le expliqué en qué condiciones podía radiar aquel discurso sin necesidad de solicitar antes mi aprobación; enumerarlas revela los sentimientos que me dominaban en aquellos días: en el caso de que yo fuera asesinado por iniciativa de algún adversario político, entre los que debía situar en primer lugar a Bormann; en el caso de que Hitler hubiera sido informado de mis actividades y me condenara a muerte; en el caso de que Hitler muriera y su sucesor tratara de seguir imponiendo su desesperada política de destrucción.

Puesto que el capitán general Heinrici no tenía intención de defender Berlín, había que contar con que en pocos días la ciudad sería tomada y habría llegado el fin. Según me dijeron el general Berger, de las SS[426], y también Eva Braun —ésta durante mi última visita a Berlín—, Hitler había querido suicidarse el 22 de abril. Sin embargo, Heinrici fue sustituido por el teniente general de paracaidistas Student, a quien Hitler consideraba uno de sus oficiales más eficaces y que en aquellas

circunstancias le inspiraba confianza porque era un hombre de cortos alcances. Al mismo tiempo se ordenó a Keitel y a Jodl que enviaran a Berlín a todas las divisiones disponibles.

Yo ya no tenía trabajo, pues no había industria de armamentos. Sin embargo, una viva inquietud interior no me dejaba parar ni un momento. Sin motivo ni razón, decidí que aquella noche me quedaría en la granja de Wilsnack en la que había pasado tantos fines de semana con mi familia. Allí encontré a un colaborador del doctor Brandt, quien me dijo que el médico de Hitler se encontraba preso en una torre de las afueras, al oeste de Berlín. Me describió el lugar, me dio el número de teléfono y me dijo que sus guardianes de las SS eran personas razonables. Estuvimos discutiendo si, dado el caos que reinaría en aquel momento en Berlín, me sería posible liberar a Brandt; también quería ver una vez más a Lüschen y convencerlo para que huyera de los rusos y se refugiara en Occidente.

Éstos fueron los motivos que me indujeron a regresar por última vez a Berlín. Sin embargo, tenía un poder mayor que estos pretextos el magnetismo de Hitler. Quería verlo por última vez y despedirme de él. Me parecía que mi partida dos días antes había sido una escapada. ¿Debían terminar así todos aquellos años de trabajo en común? Durante muchos días, mes tras mes, habíamos discutido, casi como camaradas, nuestros proyectos comunes. Durante años nos había recibido a mi familia y a mí en el Obersalzberg y había sido un anfitrión amable y atento. Aquel poderosísimo deseo de volver a verlo evidenciaba la ambivalencia de mis sentimientos, porque racionalmente estaba convencido de que era indispensable y urgente que Hitler muriera, aunque hacía tiempo que era demasiado tarde. Todo lo que había hecho contra él durante los meses anteriores estuvo dictado por el propósito de impedir que arrastrara al pueblo en su caída. ¿Qué podía demostrar nuestra oposición con mayor

elocuencia que aquel discurso que había grabado el día anterior y el hecho de que esperara su muerte con impaciencia? Pero precisamente en esto se hacía palpable mi vinculación sentimental con Hitler: mi deseo de no radiar el discurso hasta después de su muerte debía ahorrarle la constatación de que también yo me había vuelto contra él. Mi compasión para con el vencido era cada vez más fuerte. Tal vez muchos de los que formaban su séquito sintieron aquellos días lo mismo que yo. El sentido del deber, el juramento, la fidelidad, el agradecimiento se alzaban frente al sufrimiento personal y a la catástrofe nacional —todo ello causado por una misma persona: Hitler.

Aún hoy me alegro de haber cumplido mi propósito de ver a Hitler por última vez. A pesar de todas nuestras diferencias, ofrecerle este gesto después de doce años de colaboración era lo correcto. Es verdad que en aquellos momentos, al salir de Wilsnack, actuaba movido por un impulso casi mecánico. Antes de partir escribí unas líneas a mi esposa para darle ánimos y al mismo tiempo hacerle comprender que no pensaba morir con Hitler. A unos noventa kilómetros de Berlín, una verdadera avalancha de vehículos que se dirigían a Hamburgo obstruía la carretera: modelos viejísimos y automóviles de lujo, camiones y camionetas, motos y hasta autobombas del Servicio de Bomberos de Berlín. Para mí era un misterio de dónde podía haber salido de repente tanta gasolina. Seguramente la guardaban hacía meses para esta ocasión.

En Kyritz encontré a la plana mayor de una división; desde allí llamé por teléfono a la casa de Berlín en la que suponía que se hallaba preso el doctor Brandt a la espera de que se ejecutara su sentencia de muerte, pero lo habían trasladado a un lugar seguro, en el norte de Alemania, por orden expresa de Himmler. Tampoco pude localizar a Lüschen. Sin embargo, no alteré mis planes y anuncié a uno de los asistentes de Hitler que era posible que acudiera a hacerle una visita aquella misma tarde. Estando

todavía con la plana mayor en Kyritz supimos que las fuerzas soviéticas avanzaban con rapidez, pero que no era de esperar que Berlín fuera cercado enseguida; era previsible que el aeropuerto de Gatow, a orillas del Havel, permaneciera aún cierto tiempo en poder de nuestras tropas. Así pues, nos dirigimos al gran aeropuerto de pruebas de Rechlin, en Mecklemburgo, donde había presenciado muchas demostraciones y era bien conocido, por lo que podía confiar en que pondrían un aparato a mi disposición. De allí despegaban los cazas que combatían contra las tropas soviéticas situadas al sur de Potsdam. El comandante se mostró dispuesto a llevarme a Gatow en un caza de entrenamiento. Al mismo tiempo, me reservaron dos «cigüeñas» —monomotores de reconocimiento de baja velocidad de aterrizaje— que nos llevarían a mí y a mi oficial de enlace al interior de Berlín y que después podríamos utilizar para el vuelo de regreso. Mientras preparaban el aparato para el despegue estuve estudiando con la plana mayor las posiciones de las fuerzas rusas que indicaban los mapas.

Escoltados por una escuadrilla de cazas, volamos a unos mil metros de altitud en dirección sur; la visibilidad era buena y estábamos lejos de la zona de combate. Desde aquella altura, la batalla de Berlín parecía inofensiva; tras casi ciento cincuenta años, la ciudad iba a ser conquistada otra vez por tropas enemigas. Todo aquello tenía lugar en un paisaje siniestramente tranquilo cuyas carreteras, pueblos y arrabales había recorrido tantas veces. Sólo se divisaban los breves fogonazos de la artillería, apenas más intensos que el breve destello de un fósforo, y las granjas incendiadas que se consumían lentamente. Es verdad que en la frontera oriental de Berlín se veían grandes columnas de humo. El zumbido del motor ahogaba el lejano fragor de la lucha.

Cuando aterrizamos en Gatow, la escuadrilla de cazas siguió volando hacia sus objetivos, situados al sur de Potsdam. El

aeropuerto estaba casi desierto. El general Christian, que, en su calidad de colaborador de Jodl, pertenecía al Estado Mayor de Hitler, se estaba preparando para partir. Intercambiamos unas frases triviales. Entonces mis acompañantes y yo subimos a las dos «cigüeñas» que nos esperaban, aunque también habríamos podido ir en coche, y sobrevolamos, en vuelo rasante y saboreando con romanticismo la aventura, la misma pista que recorrí con Hitler la víspera de su quincuagésimo cumpleaños. Poco antes de la Puerta de Brandenburgo aterrizamos en plena avenida, para asombro de los escasos coches que circulaban, mandamos parar a un transporte de la Wehrmacht y nos hicimos conducir a la Cancillería. Era más de media tarde, pues habíamos tardado unas diez horas en recorrer los ciento cincuenta kilómetros que separan Wilsnack de Berlín.

No estaba muy seguro de no correr ningún riesgo al presentarme a Hitler; no sabía si en aquellos dos días habría cambiado de humor. En cierto modo, sin embargo, todo me daba igual. Aunque esperaba que la aventura terminara bien, también habría aceptado un final funesto.

La Cancillería del Reich que yo había construido siete años antes estaba ya bajo el fuego de la artillería pesada soviética, pero en aquel momento los impactos eran todavía escasos. El efecto de los proyectiles resultaba insignificante al lado del montón de ruinas a que los ataques diurnos americanos habían reducido mis edificios en las últimas semanas. Pasé por encima de un montón de vigas retorcidas y por debajo de techos desmoronados y entré en la sala donde durante varios años habían tenido lugar nuestras aburridas reuniones nocturnas, la misma sala en la que Bismarck había celebrado sus consejos y en la que ahora Schaub, asistente de Hitler, estaba bebiendo coñac con varios hombres, la mayoría desconocidos para mí. A pesar de mi llamada telefónica, nadie me esperaba y todos se mostraron asombrados al ver que había vuelto. Schaub me

saludó cordialmente, lo cual me tranquilizó, y pensé que no se habían enterado de la grabación de mi discurso en Hamburgo. Luego fue a anunciar mi llegada. Mientras esperaba pedí al teniente coronel Von Poser que utilizara la central telefónica de la Cancillería para localizar a Lüschen y hacerlo venir.

• • •

El asistente de Hitler regresó:

—El *Führer* desea hablar con usted.

¡Cuántas veces, durante los últimos doce años, Hitler me había mandado llamar recurriendo a esta fórmula estereotipada! Pero no era en eso en lo que pensaba mientras bajaba los cincuenta escalones que conducían a los sótanos, sino en si volvería a subir sano y salvo. Al llegar abajo, al primero que vi fue a Bormann. Su inusitada cortesía hizo que me sintiera completamente seguro, porque la actitud de Bormann o de Schaub había sido siempre una señal inequívoca del humor de Hitler. Humildemente, me dijo:

—Si habla con el *Führer*…, seguramente le preguntará si cree que debemos quedarnos en Berlín o irnos a Berchtesgaden; es urgente que se haga cargo del mando en el sur de Alemania… Dentro de unas horas ya no será posible llegar allí. ¿Verdad que le recomendará que se vaya?

Era obvio que, si alguien en aquel bunker sentía apego por la vida, ése era Bormann, por mucho que tres semanas antes hubiera conminado a los funcionarios del Partido a vencer toda debilidad y luchar hasta triunfar o morir[427]. Le respondí con una evasiva y experimenté una tardía sensación de triunfo frente a aquel hombre que me miraba casi suplicante.

Entonces fui conducido al despacho de Hitler. No me recibió conmovido como unas semanas atrás, cuando le prometí fidelidad. No mostró la menor emoción. Una vez más, me pareció que estaba vacío, acabado, sin vida. Adoptó una

expresión profesional bajo la que podía ocultar cualquier cosa y me preguntó qué pensaba de la manera de trabajar de Dönitz. Comprendí claramente que su interés no era casual, sino que tenía que ver con la elección de su sucesor. Aún hoy creo firmemente que Dönitz liquidó la ingrata herencia que cayó inesperadamente en sus manos con más inteligencia, dignidad y consideración que la que habrían podido demostrar Bormann o Himmler. Yo manifesté que mi impresión era francamente positiva e ilustré mis palabras con algunos detalles que sabía que iban a gustarle. Sin embargo, escarmentado por la experiencia, no traté de influir en él a favor de Dönitz para no fomentar su espíritu de contradicción. Hitler me preguntó de repente:

—¿Qué le parece? ¿Debo quedarme aquí o irme a Berchtesgaden? Jodl me ha dicho que mañana se habrá acabado el tiempo.

Mi respuesta espontánea fue que se quedara en Berlín. ¿Qué iba a hacer en el Obersalzberg? Si Berlín caía, la lucha habría terminado de todos modos.

—Creo que, si no hay más remedio, será mejor que termine su vida de *Führer* aquí, en la capital, que en su casa de recreo.

De nuevo me sentí emocionado. En aquel momento me pareció un buen consejo, pero no lo era, ya que seguramente que no se fuera al Obersalzberg alargó una semana la batalla por Berlín.

Aquel día no volvió a hablar de que fuera a producirse un giro decisivo ni de que todavía quedaran esperanzas. Con cierta apatía, con cansancio, como si fuera la cosa más natural, empezó a hablar de su muerte.

—Yo también estoy decidido a quedarme. Sólo quería saber su opinión. —Sin la menor emoción, prosiguió—: No voy a luchar. El peligro de resultar herido y caer vivo en manos de los rusos es demasiado grande. Tampoco quiero que mis enemigos

ultrajen mi cuerpo. He dispuesto que se me incinere. La señorita Braun quiere morir conmigo, y antes tendré que matar a Blondi. Créame, Speer, me resulta fácil poner fin a mi vida. Un solo instante y quedaré libre de todo, de esta dolorosa existencia.

Me pareció estar hablando con un muerto. La atmósfera era cada vez más siniestra. La tragedia llegaba a su fin.

Durante los últimos meses había habido momentos en que lo odiaba, en que combatí contra él, le mentí y le engañé; pero en aquel instante me sentí confuso y conmovido.

Entonces perdí el dominio de mí mismo y le confesé en voz baja, para mi propio asombro, que no había llevado a cabo destrucción alguna y que incluso las había impedido. Por un momento, sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no reaccionó. Aquellos asuntos, tan importantes hacía sólo unas semanas, ya no lo afectaban. Me miró fija e inexpresivamente cuando le ofrecí vacilante quedarme en Berlín. No me contestó. Tal vez advirtiera mi falta de sinceridad. Desde entonces me he preguntado muchas veces si no habría sabido siempre, instintivamente, que en aquellos últimos meses había estado trabajando contra él, si no habría sacado las conclusiones pertinentes de mis informes; y también si, al dejarme actuar en contra de sus órdenes, no había dado una prueba más de la complejidad de su enigmática naturaleza. Nunca lo sabré.

En aquel momento se le anunció la llegada del general Krebs, jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, para darle su informe[428]. Así pues, en eso no había cambiado nada: el comandante en jefe de la Wehrmacht seguía recibiendo los partes de todos los frentes. Sin embargo, mientras que tres días antes en el gabinete del bunker apenas cabían los altos oficiales y comandantes en jefe de las unidades de la Wehrmacht y de las SS, ahora ya se habían ido casi todos. Además de Göring, Dönitz y Himmler, también Keitel y Jodl, Koller, jefe del

Estado Mayor de la Luftwaffe, y los más importantes oficiales se hallaban fuera de Berlín; ya sólo quedaban oficiales subalternos de enlace. El tipo de informe también había cambiado: del exterior sólo llegaban noticias muy vagas; el jefe del Estado Mayor no podía exponer más que conjeturas. El mapa que extendió ante Hitler cubría únicamente el sector de Berlín y Potsdam, y ni siquiera allí los datos sobre el avance soviético coincidían con lo que yo había observado mientras volaba pocas horas antes. Las tropas soviéticas estaban mucho más cerca de lo que indicaba el mapa. Asombrado, vi que Hitler trataba de mostrarse optimista una vez más, a pesar de que acababa de hablarme de su muerte y de lo que había decidido que se hiciera con sus restos. Desde luego, había perdido buena parte de sus antiguas dotes de persuasión. Krebs le escuchó con paciencia y cortesía. Antes yo creía que Hitler se dejaba llevar por sus propias y rígidas convicciones cuando, a pesar de lo desesperado de la situación, aseguraba que al final todo se arreglaría. Pero ahora se hacía patente que actuaba con duplicidad. ¿Cuánto tiempo llevaba engañándonos? ¿Desde cuándo sabía que la guerra estaba perdida? ¿Desde el invierno de la ofensiva sobre Moscú? ¿Desde Stalingrado? ¿Desde la invasión? ¿Desde la fallida ofensiva de las Ardenas de diciembre de 1944? ¿Hasta dónde llegaba la hipocresía y dónde empezaba el cálculo? También puede ser que lo que yo acababa de presenciar no fuera más que uno de sus bruscos cambios de humor y que al hablar con el general Krebs se estuviera mostrando tan sincero como minutos antes conmigo.

El informe estratégico, que solía durar horas, terminó muy pronto y mostraba con toda claridad el estado agónico en que se encontraba aquel resto de lo que fuera un cuartel general. Aquel día, Hitler renunció incluso a perderse de nuevo en su mundo de fantasía hablando de un milagro de la Providencia. Fuimos despedidos lacónicamente y abandonamos aquella habitación

que había sido escenario de un turbio capítulo de errores, extravíos y crímenes. Como si yo no hubiera volado a Berlín sólo por él, Hitler me trató como a un visitante habitual, sin preguntarme si pensaba quedarme o quería despedirme. Nos separamos sin darnos la mano, en la forma acostumbrada, como si tuviéramos que volver a vernos al día siguiente. Fuera me encontré con Goebbels:

—Ayer el *Führer* tomó una decisión capital. Una decisión histórica. Ordenó que se suspendiera la lucha en el Oeste para que los occidentales pudieran entrar en Berlín sin dificultad.

De nuevo pasaba uno de esos fantasmas que por aquel entonces elevaban fugazmente los ánimos y hacían concebir nuevas esperanzas que pronto eran sustituidas por otras. Goebbels me dijo que ahora su esposa y sus seis hijos eran huéspedes de Hitler en el bunker, y que pensaban acabar sus vidas, como decía él, en aquel escenario histórico. Él, a diferencia de Hitler, controlaba sus emociones con la máxima precisión; al verlo nadie habría dicho que ya se había despedido de la vida.

Era ya última hora de la tarde; un médico de las SS me dijo que la señora Goebbels estaba en cama, aquejada de una gran debilidad, y que había sufrido varios ataques al corazón. Le pedí que me recibiera. Habría preferido hablar con ella a solas, pero Goebbels me esperaba en la antecámara y me condujo a la pequeña habitación donde se encontraba ella, acostada en una sencilla cama. Estaba pálida y se limitó a decir trivialidades en voz muy baja, aunque se notaba que sufría al pensar que cada vez se aproximaba más la inevitable hora de la muerte violenta de sus hijos. Goebbels permaneció a mi lado, por lo que la conversación se limitó al estado de la enferma. Hasta el final no aludió a lo que en realidad la atormentaba:

—Qué contenta estoy de que por lo menos Harald —el hijo

de su primer matrimonio— siga con vida.

También yo me sentí cohibido y no encontraba palabras. ¿Qué se puede decir en un caso así? Nos despedimos emocionados y en silencio. Su marido no nos concedió ni unos minutos para despedirnos a solas.

En el pasillo había una gran agitación. Había llegado un telegrama de Göring y Bormann se apresuraba a llevárselo a Hitler. Yo lo seguí sin guardar las formas, movido por la curiosidad. En el telegrama, Göring se limitaba a preguntar si, de acuerdo con el decreto de sucesión, debía hacerse cargo del Gobierno del Reich en caso de que Hitler se quedara en la fortaleza de Berlín, pero Bormann opinó que había dado un golpe de Estado en toda regla; quizá fuera su último intento de sugerir a Hitler, quien recibió la noticia con la misma apatía que había demostrado durante todo el día, que se trasladara a Berchtesgaden para poner las cosas en orden desde allí. El apremio de Bormann se hizo más insistente cuando se le entregó un nuevo comunicado de Göring. Yo me guardé un borrador que, en medio de la confusión del momento, encontré tirado en el bunker: «¡Asunto de mando! ¡Transmítase únicamente por medio de un oficial! Radio n.º 1899. Emisora Robinson a Kurfürst, emitido el 23-IV, 17.59. Al ministro del Reich Von Ribbentrop. He pedido al *Führer* que me dé instrucciones antes de las 22.00 del 23-IV. En caso de que a esta hora se hiciera patente que el *Führer* ha perdido la libertad de acción para el gobierno del Reich, entrará en vigor su decreto del 29-VI-41, por el cual asumiré todas sus funciones en calidad de representante suyo. Si a las 24.00 del 23-IV-45 no hubiera recibido otra comunicación directa del *Führer* o mía, le ruego que emprenda viaje hacia aquí sin demora, por vía aérea. Firmado: Göring, mariscal del Reich». Con esto, Bormann creyó tener un nuevo argumento:

—Göring ha cometido traición —dijo, muy excitado—. Ya está mandando telegramas a los miembros del Gobierno y le comunica a usted que, en virtud de sus poderes, asumirá su cargo, *mein Führer*, esta noche a las veinticuatro horas.

Si ante el primer telegrama Hitler se había mostrado más bien indiferente, ahora Bormann había ganado el juego. Por medio de un radio redactado por el propio Bormann, le fueron retirados a Göring, su antiguo rival, los derechos a la sucesión, al tiempo que era acusado de traición a Hitler y al nacionalsocialismo. Además, Hitler ordenó que se le comunicara que renunciaría a tomar otras medidas si abandonaba todos sus cargos alegando motivos de salud. De este modo, Bormann consiguió por fin sacar a Hitler de su letargo. Siguió un acceso de furia desatada en la que se mezclaban los sentimientos de amargura, auto-compasión, impotencia y desesperación. Con la cara colorada y los ojos fijos, Hitler parecía haberse olvidado de nuestra presencia:

—Hace tiempo que lo sé. Sé que Göring es un vago. Por su culpa se ha desmoronado la Luftwaffe. Era un hombre corrupto. Su ejemplo ha hecho cundir la corrupción en nuestro Estado. Además, hace años que es morfinómano. Hace tiempo que lo sé.

De manera que Hitler estaba enterado de todo eso; sin embargo, no había hecho nada. Entonces, en un cambio sorprendente, volvió a caer en su apatía:

—Aunque, lo que es por mí… Que se encargue él de negociar la capitulación. De todos modos, si se pierde la guerra ya da igual quién lo haga.

Había en estas palabras un marcado desprecio hacia el pueblo alemán: así pues, Göring todavía era lo bastante bueno para eso. Entonces Hitler llegó al límite de sus fuerzas y volvió a adoptar el mismo tono de cansancio característico en él aquel día. Durante años no dejó de hacer sobreesfuerzos; durante años

apartó de sí mismo y de los demás, empleando su inmensa voluntad, la creciente certeza respecto al final. Ahora ya no le quedaba energía para disimular su estado. Se daba por vencido.

Una media hora después, Bormann trajo el telegrama de respuesta de Göring: a causa de una grave dolencia cardíaca, dimitía de todos sus cargos. Cuántas veces no había recurrido Hitler al pretexto de una enfermedad para deshacerse de un colaborador incómodo sin llegar a destituirlo, para preservar la fe del pueblo alemán en la unidad de su Gobierno. Incluso más allá del fin, Hitler seguía siendo fiel a esta consideración.

Así pues, Bormann consiguió su propósito en el último momento. Göring quedaba descartado. Es posible que también Bormann estuviera convencido de su incapacidad; sin embargo, si lo había odiado y derribado era porque concentraba demasiado poder. En cierto modo, en aquellos momentos sentí compasión por Göring. Recordé la conversación en la que me declaró su lealtad hacia Hitler.

Aquella breve tormenta escenificada por Bormann había pasado, se habían extinguido algunos acordes de *El crepúsculo de los dioses*, el supuesto Hagen había hecho mutis. Para mi sorpresa, Hitler acogió favorablemente una petición que al principio sólo le formulé con titubeos. Algunos directores checos de las fábricas Skoda temían, seguramente no sin razón, que los rusos les depararan un triste destino por haber colaborado con nosotros, aunque sus anteriores relaciones con la industria americana les habían hecho concebir la esperanza de volar al cuartel general de las fuerzas de Estados Unidos. Unos días antes, Hitler se había negado rotundamente a acceder a una petición similar, pero ahora se mostró dispuesto a firmar la orden pertinente para que se resolvieran todas las formalidades.

Mientras trataba este asunto con Hitler, Bormann le recordó que Ribbentrop esperaba que le concediera una entrevista.

Aquél reaccionó con nerviosismo.

—Ya le he dicho varias veces que no quiero hablar con él.

Parecía agobiarlo la idea de encontrarse con Ribbentrop. Bormann insistió:

—Ribbentrop ha dicho que no piensa moverse. Esperará ante la puerta como un perro fiel hasta que usted lo llame.

Esta comparación lo ablandó; mandó llamar a Ribbentrop. Hablaron a solas. Por lo visto, Hitler le habló del viaje de los directores checos. Incluso en aquella desesperada situación, el ministro de Asuntos Exteriores seguía luchando por mantener su autoridad. En el pasillo, me sermoneó:

—Esto es asunto de mi Ministerio. —Y, con más suavidad, añadió—: En este caso no tengo nada que objetar a la orden, siempre y cuando agregue usted: «A propuesta del ministro de Asuntos Exteriores del Reich».

Yo extendí la orden con ese añadido, Ribbentrop se mostró satisfecho y Hitler la firmó. Si no me equivoco, éste fue el último asunto de Gobierno que Hitler despachó con su ministro de Asuntos Exteriores.

Entretanto, Lüschen, mi paternal consejero de los últimos años, había llegado a la Cancillería. Todos mis esfuerzos por convencerlo de que abandonara Berlín fueron inútiles. Nos despedimos; más adelante, en Nuremberg, supe que se había suicidado tras la toma de Berlín.

Hacia medianoche, Eva Braun me pidió, por medio de un ordenanza de las SS, que fuera a verla a su habitación del bunker, un pequeño gabinete que era dormitorio y sala de estar a la vez. Estaba muy bien arreglado. Había mandado traer los suntuosos muebles del piso de arriba que yo había diseñado años atrás para las dos habitaciones que ella ocupaba en la residencia de la Cancillería. Ni las proporciones ni la forma de las piezas elegidas se adaptaban a aquel lóbrego ambiente; en

uno de los ornamentos de marquetería de la cómoda figuraban sus iniciales en forma de trébol de la suerte.

Pudimos hablar tranquilamente, pues Hitler se había retirado a descansar. En realidad, ella era la única de los notables condenados a muerte de aquel bunker que mostraba una serenidad admirable y soberana. Mientras que los demás estaban heroicamente exaltados como Goebbels, o decididos a salvarse como Bormann, o apáticos como Hitler, o quebrantados como la señora Goebbels, Eva Braun aparentaba una tranquilidad casi alegre.

—¿Qué le parecería una botella de champaña como despedida? Y unos pastelitos. Seguro que ya hace rato que no ha comido.

El mero hecho de que fuera la primera que se planteara que yo, tras haber pasado varias horas en el bunker, podía estar hambriento me pareció una atención conmovedora. El ordenanza nos trajo una botella de Moët et Chandon, pasteles y bombones. Nos quedamos solos.

—¿Sabe? Ha estado bien que haya venido una vez más. El *Führer* había supuesto que usted trabajaba contra él, pero su visita le ha demostrado lo contrario, ¿no es verdad?

No contesté.

—Por cierto —prosiguió—, le ha gustado lo que usted le ha dicho. Ha decidido quedarse aquí, y yo me quedaré con él. Lo demás, ya lo sabe usted… Quería obligarme a volver a Munich, pero me he negado; vine aquí para terminar. —Fue la única persona del bunker que hizo una reflexión humana—: ¿Por qué tienen que caer todavía tantos hombres? —preguntó—. Si ya todo es inútil… Por cierto que por poco no nos encuentra. Ayer la situación era tan angustiosa que pensamos que los rusos ocuparían Berlín inmediatamente. El *Führer* quería abandonar, pero Goebbels habló con él y aquí estamos todavía.

Conversaba conmigo con naturalidad. Lanzaba alguna que otra invectiva contra Bormann, que seguía intrigando; pero insistía una y otra vez en lo contenta que estaba de encontrarse en el bunker.

Ya eran casi las tres de la mañana. Hitler había vuelto a levantarse. Le hice decir que quería despedirme. El día me había afectado mucho y temía no poder dominarme durante la despedida. Aquel anciano tembloroso volvió a estar frente a mí por última vez; aquél a quien decidí consagrar mi vida doce años antes. Yo estaba emocionado y confuso al mismo tiempo. Él, en cambio, no mostró la menor excitación cuando nos hallamos cara a cara. Sus palabras fueron tan frías como la mano que me tendió.

—Entonces, ¿se marcha? Bien. Adiós.

Ni un saludo a mi familia, ni buenos deseos, ni gracias, nada. Por un momento perdí el control y le dije que pensaba volver. Pero él pudo advertir con facilidad que se trataba de una mentira piadosa y se volvió hacia otro lado. Ya me había despedido.

Diez minutos después, acompañado por el silencio de los que se quedaban, abandoné la vivienda de la Cancillería. Quise recorrer por última vez el palacio de la Cancillería contiguo, que yo había construido. Como la instalación eléctrica estaba averiada, me conformé con unos minutos de despedida en el Patio de Honor, cuyo contorno apenas se distinguía de la negrura del cielo y cuya arquitectura ya no supe intuir. Reinaba un silencio casi espectral, como el que sólo hay por la noche en las montañas. El ruido de la ciudad que en años anteriores llegaba hasta allí incluso a aquellas horas de la madrugada había enmudecido. De tarde en tarde oía las detonaciones de las granadas rusas: mi última visita a la Cancillería del Reich. La había construido hacía años, lleno de proyectos y de ilusiones

para el futuro. Ahora abandonaba las ruinas no sólo de mi obra, sino también de los mejores años de mi vida.

• • •

—¿Cómo le ha ido? —me preguntó Poser.

—Gracias a Dios, no voy a tener que hacer de príncipe Max von Baden —respondí aliviado[429].

Había interpretado acertadamente la frialdad de Hitler durante la despedida, pues seis días después me suprimió de su testamento político y nombró en mi lugar a Saur, que desde hacía tiempo se había convertido en su favorito.

La calle que discurría entre la Puerta de Brandenburgo y la Columna de la Victoria había sido convertida en pista de despegue con ayuda de unas cuantas luces rojas. Unas brigadas de operarios habían rellenado los hoyos producidos por los últimos impactos de granadas. Despegamos sin dificultades; una sombra cruzó fugazmente a nuestra derecha: la Columna de la Victoria. Teníamos vía libre. En Berlín y sus alrededores podíamos ver grandes incendios, fogonazos de artillería, bolas luminosas que parecían luciérnagas; sin embargo, la escena no podía compararse a la de cualquiera de los grandes bombardeos que había sufrido Berlín. Pusimos proa hacia allí donde el aro del fuego de artillería todavía dejaba un hueco de oscuridad. A eso de las cinco, cuando empezaba a amanecer, llegamos al campo de pruebas de Rechlin.

Hice explicar a un piloto de caza que debía presentar a Karl Hermann Frank, gobernador de Hitler en Praga, la orden firmada por el *Führer* relativa a los directores de Skoda, pero no sé si llegó a su destino. Como deseaba evitar los aviones que batían las carreteras de la zona de combate inglesa en vuelo rasante, me quedaba tiempo hasta la noche para reanudar mi viaje a Hamburgo. En el campo de aviación me enteré de que Himmler se encontraba a sólo cuarenta kilómetros de allí,

precisamente en la misma clínica que me había albergado un año antes en tan extrañas circunstancias. Aterrizamos con el «cigüeña» en un prado cercano. Himmler se mostró sorprendido al verme. Me recibió en la misma habitación que yo había ocupado y, para que la situación fuera aún más grotesca, también se hallaba presente el profesor Gebhardt. Como siempre, Himmler hizo gala de aquel compañerismo profesional que impedía toda familiaridad. Se interesó, sobre todo, por lo que había visto en Berlín. Pasó por alto la destitución de Göring decretada por Hitler, que tenía que haber llegado ya a sus oídos, y también cuando, con ciertas reservas, le hablé de la renuncia de aquél a todos sus cargos, actuó como si eso no significara nada.

—No, al final Göring será el sucesor. Hace tiempo que he acordado con él que seré su primer ministro. Incluso sin Hitler puedo hacer de él un jefe de Estado… Usted ya lo conoce… —dijo sin recato y con una sonrisa de complicidad—. Naturalmente, mi influencia va a ser decisiva. Ya me he puesto en contacto con varias personas a las que pienso incluir en mi gabinete. Luego vendrá a verme Keitel…

Tal vez Himmler pensaba que había ido a verlo para conseguir un nuevo cargo. El mundo en que se movía era delirante.

—Sin mí, Europa tampoco podrá sobrevivir en el futuro —aseguró—. Seguirá necesitándome como jefe de policía para mantener el orden. ¡Una hora con Eisenhower y será de la misma opinión! Muy pronto se darán cuenta de que no pueden pasar sin mí, si no quieren que sobrevenga la anarquía.

Me habló de sus conversaciones con el conde Bernadotte para ceder los campos de concentración a la Cruz Roja Internacional. Entonces comprendí por qué había visto, unos días antes, numerosos coches de la Cruz Roja en el Sachsenwald,

cerca de Hamburgo. Aunque siempre habían dicho que cuando llegara el fin todos los presos políticos serían liquidados, ahora Himmler trataba de concertar un arreglo por su cuenta con los vencedores. El propio Hitler, como pude comprobar durante nuestra última conversación, ya no se preocupaba de estas cosas.

Finalmente, Himmler terminó por dejar entrever una lejana posibilidad de que fuera ministro con él. Yo, no sin ironía, le ofrecí mi avión para que hiciera una visita de despedida a Hitler. Rehusó sin alterarse. No tenía tiempo.

—Ahora tengo que preparar mi Gobierno. Y además soy demasiado importante para el futuro de Alemania como para correr el riesgo de tomar un avión.

La llegada de Keitel interrumpió nuestra conversación. Entonces fui testigo de cómo el mariscal, con la misma firmeza en la voz con que solía hacer sus patéticas declaraciones a Hitler, expresaba a Himmler su adhesión incondicional. Afirmó quedar completamente a su disposición.

Por la noche estaba de regreso en Hamburgo. El jefe regional me propuso radiar mi discurso a la población de inmediato, es decir, antes de la muerte de Hitler, pero al pensar en el drama que aquellos días, en aquellas horas, tenía que estarse desarrollando en el bunker de Berlín, el impulso que me llevaba a la desobediencia se desvaneció. Hitler había conseguido paralizarme psíquicamente una vez más. Justifiqué ante mí mismo y quizá también ante los demás mi cambio de opinión aduciendo que sería un error y una tontería tratar de seguir interviniendo en la tragedia.

Me despedí de Kaufmann y me dirigí a Schleswig-Holstein. Nos instalamos en nuestras caravanas, a orillas del lago Eutin. De vez en cuando visitaba a Dönitz y a otros conocidos del Estado Mayor que esperaban, tan inactivos como yo, la evolución de los acontecimientos. Así pues, estaba con Dönitz

cuando el 1 de mayo de 1945 le fue entregado un radio por el que se limitaban en gran medida sus poderes como sucesor de Hitler[430]. En él, éste dictaba al nuevo presidente del Reich el gobierno que debía formar: Goebbels como canciller, Seyss-Inquart como ministro de Asuntos Exteriores y Bormann como ministro del Partido. Al mismo tiempo, Bormann anunciaba su pronta llegada.

—¡Esto no puede ser! —exclamó Dönitz, consternado ante semejante limitación de sus poderes—. ¿Ha visto alguien más este radio?

Su asistente Lüdde-Neurath constató que había pasado directamente del operador al almirante. Dönitz ordenó entonces que se hiciera jurar al radiotelegrafista que guardaría silencio, que se pusiera de inmediato el radiograma a buen recaudo y que no lo viera nadie.

—¿Qué vamos a hacer si, efectivamente, Goebbels y Bormann se presentan aquí? —preguntó Dönitz, añadiendo con determinación—: De ningún modo voy a trabajar con ellos.

Aquella noche los dos coincidimos en que teníamos que hallar la forma de protegernos de Bormann y Goebbels.

Así pues, Hitler obligó a Dönitz a iniciar su mandato con un acto ilegal[431]. Aquella ocultación de un documento oficial fue el último eslabón de la cadena de mentiras, traiciones, hipocresías e intrigas que se había forjado durante las últimas semanas: Himmler, que con sus negociaciones había traicionado a su *Führer*; Bormann, que engañando a Hitler había triunfado en su última gran intriga contra Göring; Göring, que trataba de llegar a un arreglo con los aliados; Kaufmann, que había entablado negociaciones con los ingleses y ponía la emisora de Hamburgo a mi disposición; Keitel, que todavía en vida de Hitler buscaba congraciarse con un nuevo amo; y finalmente yo mismo, que durante los últimos meses había estado engañando a

mi descubridor y mecenas y que en algún momento llegué a querer liquidarlo. Todos nos habíamos visto obligados a actuar como lo hicimos por el sistema al que habíamos representado y también por Hitler, que nos había traicionado a todos, al igual que a sí mismo y a su pueblo. Así terminó el Tercer Reich.

• • •

La noche de aquel 1 de mayo en que se difundió la noticia de la muerte de Hitler, yo dormía en una pequeña habitación del cuartel general de Dönitz. Al abrir la maleta hallé el estuche rojo de piel, todavía cerrado, que albergaba el retrato de Hitler. Mi secretaria lo había puesto allí. Tenía los nervios deshechos. Cuando puse el retrato encima de la mesa, me acometió una crisis de llanto. Hasta ese momento no acabó mi relación con Hitler. Sólo entonces se rompió el hechizo, se extinguió su magia. Lo que quedaba eran las imágenes de los campos cubiertos de cadáveres, las ciudades arrasadas, los millones de seres afligidos, los campos de concentración. En aquel momento no desfilaron ante mí esas imágenes y, sin embargo, debí de tenerlas presentes. Caí en un sueño profundo.

Dos semanas después, bajo la impresión que me produjo descubrir los crímenes cometidos en los campos de concentración, escribí a Von Schwerin-Krosigk, presidente del gabinete ministerial: «Quienes han gobernado hasta ahora al pueblo alemán cargan de forma general con la culpa del destino que ahora aguarda a este pueblo. Sin embargo, esta culpa general tiene que ser llevada de forma individual por cada uno de los que intervinieron en el Gobierno, de manera que la parte de culpa que, de otro modo, podría recaer sobre todo el pueblo alemán, se circunscriba en la mayor medida posible a estos individuos».

Así daba comienzo una fase de mi vida que aún hoy no ha terminado.

EPÍLOGO

CAPÍTULO XXXIII

ETAPAS DEL CAUTIVERIO

Karl Dönitz, el nuevo jefe del Estado, al igual que yo y más de lo que cualquiera de nosotros habría sospechado, estaba todavía imbuido de las ideas del régimen nacionalsocialista. Habíamos servido a sus objetivos durante doce años y, en consecuencia, nos parecía un burdo oportunismo dar ahora un giro brusco. Sin embargo, con la muerte de Hitler se había desvanecido al menos aquella rigidez que durante tanto tiempo nos impidió pensar con claridad. Muy pronto, el sentido práctico del militar de carrera marcó la pauta. Desde el primer momento Dönitz sostuvo la opinión de que debíamos acabar con la guerra lo antes posible y que, una vez cumplida esta misión, nuestro trabajo habría terminado.

El mismo 1 de mayo de 1945 se celebró una de las primeras conferencias militares entre Dönitz, en cuanto nuevo jefe supremo de la Wehrmacht, y el mariscal Ernst Busch. Busch pretendía atacar a las fuerzas de combate británicas, muy superiores a las nuestras, que marchaban sobre Hamburgo, mientras que Dönitz consideraba fuera de lugar toda ofensiva. Lo único que importaba era mantener abierto tanto tiempo como fuera posible el camino hacia el Oeste, para permitir el paso de los refugiados orientales que se estaban agrupando cerca de Lübeck; las tropas alemanas sólo ofrecerían resistencia en el sector occidental, con el fin de ganar tiempo para conseguir este último objetivo. Irritado, Busch reprochó al gran almirante que

actuando así no obraba según la filosofía de Hitler. Pero Dönitz no se dejó confundir.

A pesar de que el 30 de abril, durante una acalorada disputa con el nuevo jefe del Estado, Himmler había tenido que renunciar a la idea de ocupar un cargo de poder en el nuevo Gobierno, al día siguiente se presentó en el cuartel general de Dönitz sin hacerse anunciar. Era mediodía y Dönitz lo invitó a almorzar con nosotros, aunque no precisamente por simpatía. A pesar de que Himmler no le gustaba, a Dönitz le habría parecido una descortesía tratar ahora con desprecio a un hombre que había sido tan poderoso. Himmler trajo la noticia de que el jefe regional Kaufmann tenía el propósito de entregar Hamburgo sin lucha a los ingleses y que se estaban imprimiendo octavillas dirigidas a la población con el fin de prepararla para la entrada de las tropas británicas. Dönitz se enfureció; si cada cual empezaba a actuar por su cuenta, su misión ya no tenía ningún sentido. Me ofrecí para ir a ver a Kaufmann.

En su jefatura regional, bien custodiada por una guardia compuesta por estudiantes, Kaufmann estaba tan furioso como Dönitz; el comandante de la ciudad tenía la orden de luchar por Hamburgo y los ingleses habían lanzado un ultimátum: si la ciudad no se rendía, sus fuerzas aéreas la someterían a un bombardeo aún más intenso que los anteriores.

—¿Es que tengo que hacer lo mismo que el jefe regional de Bremen, que, después de dirigir un llamamiento a la población para que luchara hasta el último hombre, se puso a salvo mientras la ciudad era sometida a un espantoso bombardeo?

Estaba decidido a impedir el combate por Hamburgo y, en caso necesario, movilizaría a las masas para que se opusieran de forma activa a la defensa de la ciudad. Informé a Dönitz por teléfono de que en Hamburgo existía el peligro de una rebelión abierta; él pidió tiempo para reflexionar. Al cabo de una hora

dio al comandante de la ciudad la orden de entregar la ciudad sin combatir.

El 21 de abril, cuando grabé mi discurso en la emisora de Hamburgo, Kaufmann me propuso entregarnos juntos. Ahora reiteró su ofrecimiento, pero yo lo rechacé, al igual que el plan de huida provisional que nos había hecho anteriormente nuestro mejor piloto de guerra, Werner Baumbach. Un hidroavión cuatrimotor de gran autonomía que durante la guerra había abastecido, partiendo del norte de Noruega, una base meteorológica alemana en Groenlandia, podría llevarnos a Baumbach, a mí y a varios amigos a una de las tranquilas bahías groenlandesas, donde podríamos permanecer ocultos durante los primeros meses de la ocupación de Alemania. Ya se habían empaquetado libros, medicamentos, papel para escribir (pues quería empezar a redactar mis memorias), fusiles y municiones, mi bote plegable, esquíes, tiendas, granadas de mano para la pesca y provisiones[432]. Desde que vi la película de Ernst Udet *SOS-Iceberg*, Groenlandia fue siempre uno de mis lugares preferidos para pasar las vacaciones. Sin embargo, cuando Dönitz llegó al Gobierno renuncié también a este plan, que combinaba, en extraña mezcla, sentimientos de pánico y de romanticismo.

• • •

Cuando regresaba a Eutin vi, al borde de la carretera, camiones cisterna en llamas, alcanzados por los proyectiles que, pocos minutos antes, les habían lanzado los cazas ingleses. En Schleswig el tráfico se hizo más denso; una abigarrada mezcla de vehículos militares y civiles y soldados y paisanos a pie. Los que me reconocían no me lanzaban invectivas, sino que me trataban con una reserva entre amistosa y compasiva.

Cuando el 2 de mayo por la noche llegué al puesto de Plön, Dönitz, ante el rápido avance de las tropas inglesas, se había

retirado a Flensburg. De todos modos, aún encontré allí a Keitel y a Jodl, dispuestos a reunirse con su nuevo señor. Dönitz se había instalado en el barco de pasajeros Patria. Mientras desayunábamos juntos en el camarote del capitán le presenté un decreto por el que también se prohibía la destrucción de los puentes; lo firmó en el acto. Con ello, aunque demasiado tarde, conseguía imponer todos los puntos que había solicitado a Hitler el 19 de marzo.

Dönitz estuvo de acuerdo en que yo pronunciara un discurso haciendo un llamamiento al pueblo alemán para que emprendiera con toda energía los trabajos de reconstrucción en los territorios ocupados; mis palabras debían contrarrestar la apatía en la que «el terror paralizante y el inmenso desengaño de los últimos meses habían sumido al pueblo»[433], y únicamente me pidió que sometiera el discurso a la aprobación del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Schwerin-Krosigk, que se encontraba en la Escuela Naval de Mürwik, cerca de Flensburg. Éste también se mostró conforme con el discurso, aunque a condición de añadir algunas frases que él me dictó para explicar la política del Gobierno. Cuando leí el discurso en la emisora de Flensburg, se conectaron las únicas estaciones que aún podían emitir en nuestro sector, es decir, Copenhague y Oslo.

Cuando salí del estudio, Himmler me estaba esperando. Dándose importancia, me recordó que aún nos quedaban territorios valiosos, como Noruega y Dinamarca, que podríamos utilizar como moneda de cambio para garantizar nuestra seguridad. El enemigo los consideraría lo bastante importantes para negociar algunas concesiones personales si los entregábamos voluntariamente. De mis palabras se podía deducir que íbamos a liberar aquellos territorios sin combates y a cambio de nada; por lo tanto, mi discurso había resultado perjudicial. Luego sorprendió a Keitel con la propuesta de nombrar un censor de todas las declaraciones públicas del

Gobierno, cargo que él desempeñaría con mucho gusto. Pero Dönitz había denegado aquel mismo día una petición similar formulada por Terboven, gobernador de Hitler en Noruega, y el 6 de mayo firmó una orden por la que se prohibía llevar a cabo destrucciones en los territorios aún ocupados por las tropas alemanas, como ciertas regiones de Holanda, Checoslovaquia, Dinamarca y Noruega. Con ello quedaba totalmente descartada la política de garantías, como la llamaba Himmler.

El gran almirante se negó también rotundamente a abandonar Flensburg, que podía ser ocupada por los ingleses de un momento a otro, para huir a Dinamarca o a Praga y seguir dirigiendo desde allí los asuntos del Gobierno. A Himmler le atraía mucho la idea de escapar a Praga; según decía, una antigua ciudad imperial era un lugar más apropiado para servir de sede del Gobierno que la históricamente insignificante Flensburg; se le olvidó añadir que en Praga abandonaríamos la esfera de influencia de la Marina para entrar en la de las SS. Dönitz zanjó definitivamente aquella discusión, que empezaba a hacerse demasiado larga, manifestando que en ningún caso proseguiríamos nuestras actividades fuera de las fronteras de Alemania.

—Si los ingleses quieren venir a buscarnos, que lo hagan.

Himmler pidió entonces a Baumbach, que había quedado al mando de la flota aérea del Gobierno, que le cediera un aparato para volar hasta Praga. Baumbach y yo acordamos que lo enviaríamos a un campo de aviación enemigo, pero el servicio de información de Himmler seguía funcionando.

—Cuando uno vuela en sus aviones, no sabe nunca adónde irá a parar —le espetó con furia contenida a Baumbach.

Algunos días después, tras haber establecido contacto con el mariscal Montgomery, Himmler entregó a Jodl una carta con el ruego de que se la hiciera llegar. El general Kinzl, oficial de

enlace con las fuerzas británicas, me dijo que Himmler pedía en aquella carta una entrevista con el mariscal británico a cambio de un salvoconducto. En caso de ser detenido, puntualizaba, tenía derecho a ser tratado con las consideraciones estipuladas por los acuerdos internacionales para las altas jerarquías militares, ya que durante un tiempo había sido comandante en jefe del Grupo de Ejércitos del Vístula. Pero aquella carta nunca llegó a su destino, ya que Jodl, según me dijo en Nuremberg, la destruyó. Como siempre en las situaciones críticas, durante aquellos días se puso de manifiesto el carácter de cada uno. El jefe regional Koch, de la Prusia Oriental, que durante algún tiempo había sido comisario del Reich en Ucrania, vino a Flensburg a pedir un submarino que lo llevara a América del Sur, y el jefe regional Lohse expresó el mismo deseo. Dönitz se negó rotundamente. Rosenberg, que a la sazón era el más antiguo jefe nacional del NSDAP, quería disolver el Partido; afirmó ser el único que podía hacerlo. Varios días después fue ingresado en Mürwik casi sin vida; dijo algo sobre haberse envenenado y se sospechó que había intentado suicidarse, pero finalmente se constató que sólo estaba borracho.

Sin embargo, también se daban actitudes valerosas: más de uno renunció a desaparecer entre las masas de refugiados de Holstein. Seyss-Inquart, comisario del Reich en los Países Bajos ocupados, atravesó de noche con una lancha el bloqueo enemigo con el único objeto de conferenciar con Dönitz y conmigo; rehusó quedarse con nosotros en la sede del Gobierno y volvió a Holanda en la lancha.

—Mi sitio está allí —dijo melancólicamente—. En cuanto regrese, seré detenido.

• • •

El alto el fuego en el norte de Alemania fue seguido tres días después, el 7 de mayo de 1945, por la capitulación

incondicional de todos los frentes, que un día más tarde sería solemnemente ratificada con la firma de Keitel y de los tres representantes de los tres cuerpos de la Wehrmacht en el cuartel general de las fuerzas soviéticas de Karlshorst, cerca de Berlín. Keitel nos contó que los generales rusos, a los que la propaganda de Goebbels presentaba como bárbaros carentes de educación y de modales, sirvieron una excelente comida a la delegación alemana después de la firma, con caviar y champaña[434]. Evidentemente, Keitel no tenía suficiente sensibilidad para pensar que, después de semejante paso, que significaba el fin del Reich y condenaba a millones de soldados al cautiverio, habría sido mejor no probar el champaña de los vencedores y conformarse con lo más indispensable para calmar el hambre. Su satisfacción por aquel gesto de los vencedores denotaba una espantosa falta de dignidad y estilo. Sin embargo, ya se había comportado de un modo similar después de Stalingrado.

Las tropas británicas cercaron Flensburg. Allí se formó un minúsculo enclave en el que nuestro Gobierno todavía conservaba fuerza ejecutiva. En el buque Patria se instaló el Comité de Control para el Alto Mando de la Wehrmacht, a las órdenes del general de brigada Rooks, que muy pronto pasó a desempeñar las funciones de enlace con el Gobierno de Dönitz. A mi parecer, al capitular quedaba cumplida la misión del Gobierno de Dönitz de poner fin a una guerra que estaba perdida. Por lo tanto, el 7 de mayo de 1945 propuse difundir una última proclama por la que nosotros, ya sin libertad para obrar, nos declaráramos dispuestos sólo a asumir las tareas que conllevaba la pérdida de la guerra: «No obstante, esperamos que el enemigo, a pesar de esta labor, nos pida cuentas por nuestras anteriores actividades del mismo modo que a los restantes responsables del Estado nacionalsocialista». Con esta observación quería salir al paso de cualquier interpretación errónea de nuestro ofrecimiento[435].

Sin embargo, el secretario Stuckart, ahora director general del Ministerio del Interior, había preparado una memoria en la que expresaba la opinión de que Dönitz, en su calidad de jefe del Estado y legítimo sucesor de Hitler, no podía renunciar a su cargo voluntariamente, porque si lo hacía se perdería la continuidad del Reich alemán y peligrarían los futuros gobiernos. Dönitz, que al principio se había mostrado dispuesto a aceptar mi teoría, dio finalmente por válida la opinión de Stuckart, lo que prolongó la vida de su Gobierno quince días más.

Empezaron a llegar los primeros reporteros de los campamentos inglés y americano; cada una de sus noticias despertaba las más diversas esperanzas irreales. Al mismo tiempo, desaparecieron los uniformes de las SS. De un día para otro, Wegener, Stuckart y Ohlendorf se convirtieron en civiles, y Gebhardt, íntimo de Himmler, se transformó nada menos que en general de la Cruz Roja. Además, aprovechando la inactividad, el Gobierno empezó a organizarse. Según la costumbre imperial, Dönitz nombró a un jefe del Gabinete Militar (el almirante Wagner) y a uno del Gabinete Civil (el jefe regional Wegener). Tras algún tira y afloja se decidió seguir dando el tratamiento de «gran almirante» al jefe del Estado; se creó un servicio de información y un viejo aparato de radio permitió escuchar las últimas noticias. Incluso uno de los grandes Mercedes de Hitler había ido a parar a Flensburg y ahora servía para conducir a Dönitz a su residencia, situada a quinientos metros. Apareció alguien del estudio de Heinrich Hoffmann, fotógrafo personal de Hitler, para retratar al Gobierno mientras trabajaba. Así, uno de aquellos días le dije al asistente de Dönitz que la tragedia se estaba empezando a convertir en tragicomedia. Hasta el momento de la capitulación, Dönitz había actuado con corrección y se había esforzado de modo razonable por poner fin a la guerra cuanto antes; sin

embargo, ahora nuestra situación empezaba a resultar muy confusa. Dos de los miembros del nuevo Gobierno, los ministros Backe y Dorpmüller, desaparecieron sin dejar rastro; corrían rumores de que habían sido llevados al cuartel general de Eisenhower para encargarse de las primeras medidas encaminadas a la reconstrucción de Alemania. El mariscal Keitel, que seguía siendo jefe del alto mando de la Wehrmacht, fue hecho prisionero. No es sólo que nuestro Gobierno fuera impotente, sino que ni tan sólo era tenido en cuenta.

Redactábamos memorias que se perdían en el vacío y tratábamos de cubrir nuestra insignificancia bajo una aparente actividad. Todas las mañanas se celebraba a las diez un consejo de ministros en la llamada Sala de Sesiones del Gabinete, en realidad el aula de una vieja escuela; parecía como si Schwerin-Krosigk quisiera resarcirse de todas las reuniones que habían dejado de celebrarse durante el año anterior. La mesa estaba pintada y las sillas eran de distintas procedencias. El ministro de Abastecimientos trajo a una de aquellas reuniones unas cuantas botellas de aguardiente de trigo de su almacén. Fuimos a buscar vasos y copas a nuestras habitaciones y pasamos a tratar sobre las modificaciones que debían introducirse en el Gabinete para adaptarlo a las circunstancias. Se produjo una acalorada discusión sobre si debía incorporarse un ministro de Asuntos Eclesiásticos al Gabinete. Propusimos para el cargo a un renombrado teólogo, mientras que para otros el candidato ideal era Niemöller. El Gabinete, decían, debía adquirir una forma más «presentable». Mi sarcástica sugerencia de ir en busca de varios socialdemócratas y centristas de relieve para ofrecerles nuestros cargos no fue tenida en cuenta. Las existencias del almacén del ministro de Abastecimientos contribuyeron a animar el debate. En mi opinión, estábamos en el mejor camino para ponernos en ridículo, si era que todavía no lo habíamos conseguido. Toda la seriedad que había reinado entre nosotros

mientras se preparaban las negociaciones para capitular brillaba ahora por su ausencia. El 15 de mayo escribí a Schwerin-Krosigk que el Gobierno del Reich debía estar formado por personas capaces de despertar la confianza de los aliados; el Gabinete debía modificarse y los íntimos colaboradores de Hitler debían ser sustituidos. Además, le decía, tan disparatado era «encomendar a un artista la amortización de una deuda como lo fue —en el pasado— confiar el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich a un comerciante de champaña». Le rogaba que me relevara «de todas las funciones de ministro de Economía y Producción de Reich». No obtuve respuesta.

• • •

Después de la capitulación, aparecían de vez en cuando oficiales subalternos americanos e ingleses que se paseaban tranquilamente por las dependencias de nuestra «sede de Gobierno». Un día, hacia mediados de mayo, se presentó en mi habitación un teniente americano.

—¿Sabe usted dónde se ha metido Speer? —me preguntó.

Cuando me hube identificado, me dijo que el cuartel general americano estaba recogiendo datos sobre los efectos de los bombardeos aliados. Me declaré dispuesto a facilitarle información.

Pocos días antes, el duque Von Holstein me había ofrecido el castillo de Glücksburg, situado a varios kilómetros de Flensburg, para establecer allí mi residencia. Aquel mismo día me reuní en este castillo, construido en el siglo XVI y rodeado de agua, con varios civiles, más o menos de mi misma edad, del *United States Strategical Bombing Survey*, dependiente de la plana mayor de Eisenhower. Discutimos los fallos y peculiaridades que habían caracterizado a los bombardeos de ambos bandos. A la mañana siguiente, mi asistente me anunció que a la puerta del castillo se encontraban muchos oficiales

americanos, entre ellos un importante general. Nuestra guardia, formada por miembros del Grupo Acorazado alemán, presentó armas[436], y así, en cierto modo bajo la protección de las armas alemanas, el general F. L. Anderson, comandante en jefe de las unidades de bombardeo de la VIII Flota Aérea americana, entró en mi habitación. Me dio las gracias muy cortésmente por haber accedido a ponerme a su disposición para nuevas conversaciones. Así pues, durante tres días seguimos estudiando sistemáticamente los distintos aspectos de una guerra de bombardeos; el 19 de mayo nos visitó el presidente del *Economic Warfare* de Washington, D'Olier, acompañado de su vicepresidente, Alexander, y sus colaboradores, doctor Galbraith, Paul Nitze, George Ball, coronel Gilkrest y Williams. Yo conocía, por mis anteriores actividades, la gran importancia que tenía este servicio en la política militar norteamericana.

Durante los días que siguieron, en nuestra Escuela Superior de Bombarderos reinó un ambiente casi de camaradería, que, sin embargo, desapareció bruscamente cuando la prensa mundial se alarmó a causa del desayuno con champaña celebrado por Göring y el general Patton. Sin embargo, antes de eso el general Anderson me dedicó el cumplido más singular y halagador de mi carrera:

—Si hubiera conocido antes su capacidad, habría destinado a la VIII Flota Aérea americana al completo al único fin de enviarlo bajo tierra.

Aquella flota disponía de más de dos mil bombarderos pesados diurnos; menos mal que se enteró demasiado tarde.

• • •

Mi familia había instalado su alojamiento de emergencia a cuarenta kilómetros de Glücksburg. Puesto que el único riesgo que corría era adelantar unos días mi detención, tomé el coche, crucé el cerco de Flensburg y, gracias a la despreocupación de

los ingleses, atravesé sin dificultades la zona ocupada. Los ingleses paseaban por las calles sin reparar en mí. En todos los pueblos había tanques pesados con los cañones protegidos por fundas de lona. Así pude llegar hasta la escalera de entrada de la finca donde se alojaba mi familia. Todos nos alegramos de aquella jugarreta, que pude repetir varias veces. Pero tal vez confiara demasiado en la despreocupación de los ingleses, después de todo. El 21 de mayo fui conducido en mi automóvil a Flensburg y encerrado en una habitación del *Secret Service* en la que me vigilaba un soldado con la metralleta sobre las rodillas. Al cabo de varias horas me soltaron. Mi coche había desaparecido. Los ingleses me llevaron de regreso a Glücksburg en uno de sus vehículos.

Dos días después, a primera hora de la mañana, mi asistente se precipitó en mi habitación. Los ingleses habían rodeado Glücksburg. Un sargento entró en mi cuarto y me dijo que estaba detenido. Se quitó el cinto con la pistola, la dejó encima de la mesa como por casualidad y se marchó para dejarme hacer el equipaje. Poco después fui conducido a Flensburg en camión. Pude observar que alrededor del castillo de Glücksburg se habían montado varias piezas de artillería ligera. Seguían creyéndome capaz de demasiadas cosas. A aquella misma hora se arriaba en la Escuela Naval la bandera de guerra del Reich, que hasta entonces había sido izada todos los días. Si algo podía simbolizar que el Gobierno de Dönitz, a pesar de todos los esfuerzos, no suponía realmente un nuevo punto de partida era esa obcecación en la vieja bandera. Al comienzo de aquellos días de Flensburg, Dönitz y yo pensamos que la bandera debía seguir en su sitio. Yo sostenía que no nos correspondía a nosotros empezar de nuevo. Flensburg era sólo la última etapa del Tercer Reich, nada más.

• • •

Para mi sorpresa, la caída desde las alturas del poder, que tal vez en circunstancias normales vaya acompañada de graves crisis, no me produjo ningún trastorno interior. También me adapté rápidamente a las condiciones del cautiverio, lo cual tal vez deba atribuirse a mis doce años de adiestramiento en la subordinación, pues, pensándolo bien, en el Estado de Hitler yo ya era un prisionero. Ahora, liberado de la responsabilidad de las decisiones diarias, durante los primeros meses me acometió una desconocida necesidad de dormir y se apoderó de mí una fatiga espiritual que procuraba que no trascendiera al exterior.

En Flensburg nos reencontramos todos los miembros del Gobierno de Dönitz en una habitación, como si se tratara de una sala de espera. Ahí estábamos, sentados en unos bancos que había a lo largo de las paredes y rodeados de las maletas que contenían nuestros efectos personales. Así debían de verse los emigrantes que aguardaban la llegada de su barco. Reinaba un humor melancólico. Uno a uno nos fueron llamando a una habitación contigua en la que nos registraban, paso previo a nuestro encierro. Cada cual salía de allí, según su carácter, malhumorado, deprimido u ofendido. Cuando me llegó el turno, también yo sentí repugnancia ante el desagradable examen al que fui sometido. Probablemente lo hacían así a consecuencia del suicidio de Himmler, que había mantenido escondida en la boca una cápsula de veneno.

Dönitz, Jodl y yo fuimos conducidos a un pequeño patio en el que gran cantidad de ametralladoras nos apuntaba dramáticamente desde las ventanas del piso superior. Los fotógrafos de prensa y los cámaras cumplieron con su cometido, mientras yo trataba de aparentar que toda aquella escenografía, montada únicamente para los noticiarios semanales, me traía sin cuidado. Después, junto con los restantes compañeros de desgracia de la sala de espera, nos comprimieron en varios camiones. Delante y detrás de nosotros, según podía ver en las

curvas despejadas, marchaba una escolta compuesta por treinta o cuarenta vehículos acorazados, la mayor que haya tenido nunca, ya que hasta entonces solía viajar en mi coche solo y sin protección. En un campo de aviación subimos a dos aparatos bimotores de carga. Sentados en maletas y cajones, debíamos de ofrecer ya un aspecto muy convincente como prisioneros. El punto de destino nos era desconocido. Hacía falta cierta capacidad de adaptación para acostumbrarse a no saber nunca en el futuro adonde iba uno, después de haber decidido durante tantos años nuestras rutas con tanta naturalidad. Sólo dos de aquellos viajes tuvieron un destino inequívoco: Nuremberg y Spandau.

Sobrevolamos paisajes costeros y luego, durante mucho tiempo, el mar del Norte. Entonces, ¿nos dirigíamos a Londres? El avión puso rumbo al sur. A juzgar por el paisaje y la densidad de población, estábamos cruzando Francia. Divisamos una gran ciudad. Reims, dijeron algunos, pero era Luxemburgo. El avión aterrizó. Fuera se formó un doble cordón de soldados americanos, todos con la metralleta apuntando hacia el pasillo por el que debíamos avanzar. Sólo había visto un recibimiento semejante en las películas de gangsters, cuando por fin conseguían detener a la banda de delincuentes. Subimos a unos primitivos camiones provistos de un doble banco de madera; entre cada uno de nosotros había soldados que nos apuntaban con sus metralletas: así atravesamos varios pueblos, entre silbidos y abucheos ininteligibles de la población. Había empezado la primera etapa de mi cautiverio.

Nos detuvimos delante de un gran edificio, el Hotel Palace de Mondorf, y fuimos conducidos a la sala de recepción. Fuera, a través de las vidrieras, vimos a Göring y a otros antiguos jerarcas del Tercer Reich paseando arriba y abajo. Ministros, mariscales, jefes nacionales del Partido, secretarios y generales. Constituía una imagen fantasmagórica ver de nuevo allí

reunidos a todos los que durante los últimos días de la guerra se habían diseminado como arena en todas direcciones. Yo me mantenía apartado y absorbía en la medida de lo posible la paz del lugar. Sólo una vez me dirigí a Kesselring para preguntarle por qué había seguido volando puentes aun después de que hubieran quedado sin efecto las órdenes de Hitler. Con obcecada mentalidad militar, me dijo que mientras se estuviera luchando había que volar puentes. A él, en su calidad de comandante en jefe, lo único que lo preocupaba era la seguridad de sus soldados. No tardaron en producirse roces por cuestiones de jerarquía. Göring era el sucesor que Hitler había nombrado años atrás, mientras que Dönitz era el nuevo jefe del Estado, proclamado por Hitler en el último momento. Pero Göring, en su calidad de mariscal del Reich, era también el oficial presente de mayor graduación. Se entabló una callada lucha entre el nuevo jefe del Estado y el destituido sucesor para determinar a quién correspondía la preferencia en el desalojado Hotel Palace de Mondorf, quién debía presidir la mesa y, en general, quién era el líder indiscutible de nuestro grupo. No pudo llegarse a un acuerdo. Pronto ambas partes evitaron coincidir en las puertas; en el comedor, cada uno se sentaba presidiendo una mesa distinta. Göring, sobre todo, se revelaba consciente en todo momento de su posición especial. Cierta vez en que el doctor Brandt le habló, entre otras cosas, de todo lo que había perdido, Göring comentó:

—¡Bah, qué sabrá usted! No tiene motivos para quejarse. ¿Qué ha llegado a tener usted? Yo, en cambio, que he tenido tantas cosas…

• • •

Apenas dos semanas después de nuestro ingreso se me comunicó que iba a ser trasladado; desde aquel momento, casi imperceptiblemente, los americanos empezaron a tratarme con

cierto respeto. Muchos de mis compañeros de cautiverio, que todavía no se habían hecho a la idea de que las cosas también podían marchar sin nosotros, interpretaron aquella noticia con excesivo optimismo y la vieron como un encargo para reconstruir Alemania. Me mandaron recuerdos para amigos y parientes. Frente a la puerta del Hotel Palace había un coche esperando; esta vez no era un camión, sino una limusina, y no lo conducía un policía militar con metralleta, sino un teniente que me saludó con amabilidad. Viajamos hacia el Oeste, vía Reims, con destino a París. En el centro de la capital, el teniente se apeó delante de un edificio público y volvió a salir poco después. Provisto de un plano y de nuevas órdenes, nos condujo aguas arriba del Sena. En mi confusión creí que me llevaba a la Bastilla, olvidando por completo que había sido demolida hacía años. Pero el teniente estaba nervioso, cotejaba los nombres de las calles y, según comprobé con alivio, se había extraviado. Chapurreando con esfuerzo mi inglés escolar, me ofrecí como guía. Por fin, no sin vacilar, me indicó nuestro destino: el Hotel Trianon Palace de Versalles. Yo conocía bien el camino. Había sido mi alojamiento favorito mientras diseñaba el pabellón alemán de la Exposición Universal de 1937.

Los lujosos automóviles estacionados allí y la guardia de honor apostada en el portal me indicaron que aquel hotel no era un centro de prisioneros, sino la sede de los aliados. Era el cuartel general de Eisenhower. El teniente desapareció en el interior del edificio y yo me quedé contemplando tranquilamente el ir y venir de los coches de los generales. Después de una larga espera, un sargento nos condujo por una avenida, a través de unos prados, hasta un palacete cuya verja se abrió cuando llegamos.

Durante varias semanas, Chesnay se convirtió en mi alojamiento. Fui a dar a una pequeña habitación del segundo piso, con vistas a un patio interior, espartanamente equipada

con una cama de campaña y una silla. Además, la ventana estaba protegida con denso alambre de espino. Frente a la puerta se apostó un centinela armado.

Al día siguiente tuve ocasión de admirar la fachada principal del palacete. Rodeado de viejos árboles, se hallaba en un pequeño parque provisto de una tapia muy alta por encima de la cual se divisaban las dependencias contiguas del palacio de Versalles. Bellas esculturas del siglo XVIII creaban un ambiente idílico. Se me permitió pasear durante media hora; me seguía un soldado con metralleta. Estaba prohibido establecer contactos, pero al cabo de unos días ya tenía bastante información sobre los demás presos. Casi todos eran técnicos y científicos de relieve, peritos agrícolas y especialistas de ferrocarriles; entre ellos se encontraba el antiguo ministro Dorpmüller. Reconocí al profesor Heinkel, el constructor de aviones, y a uno de sus colaboradores, así como a otros muchos que habían trabajado conmigo. Una semana después de mi llegada me retiraron a mi acompañante perpetuo y me permitieron moverme libremente durante mis paseos. Con ello terminó la monotonía del aislamiento y mi bienestar psíquico mejoró bastante. Llegaron nuevos inquilinos: varios colaboradores de mi Departamento, entre ellos Frank y Saur, acompañados de algunos oficiales técnicos de las fuerzas americanas y británicas que deseaban ampliar sus conocimientos. Estábamos todos de acuerdo en que pondríamos nuestras experiencias técnicas en la producción de armamento a su servicio.

Yo no pude contribuir demasiado a ello, pues era Saur quien conocía bien todos los detalles. Así pues, quedé infinitamente agradecido al comandante del centro de internamiento, un paracaidista británico, cuando me sustrajo de aquel espantoso aburrimiento y me invitó a dar un paseo en coche.

Por entre pequeños parques y palacetes nos dirigimos a

Saint Germain, la hermosa obra de Francisco I, y desde allí, por la orilla del Sena, a París. Pasamos por delante del Coq Hardi, el célebre restaurante de Bougival donde tantas veladas deliciosas había pasado con Cortot, Vlaminck, Despiau y otros artistas franceses, y llegamos a los Campos Elíseos. Una vez allí, el comandante me propuso dar una vuelta a pie, a lo que me negué en atención a él, pues siempre cabía la posibilidad de que alguien me reconociera. Más allá de la Plaza de la Concordia doblamos hacia los muelles del Sena. Aquello estaba menos concurrido, por lo que nos arriesgamos a caminar un poco, y después regresamos al centro pasando por Saint Cloud.

Varios días después, en el patio del palacio se detuvo un gran autocar y una especie de grupo de turistas, entre ellos Schacht y el antiguo jefe de la organización de Armamentos, el general Thomas, se alojaron entre nosotros. Eran internos destacados de los campos de concentración alemanes que habían sido liberados por los americanos al sur del Tirol, posteriormente conducidos a Capri y, por fin, a nuestro campamento. Se decía que también Niemöller estaba entre ellos; ninguno de nosotros lo conocía, pero entre los recién llegados había un hombre de aspecto muy frágil, pelo blanco y traje negro. Aquél tenía que ser Niemöller, pensamos Heinkel, el constructor Flettner y yo. Sentíamos gran compasión por aquel hombre tan visiblemente marcado por los muchos años de cautiverio; Flettner se encargó de expresarle nuestra simpatía, pero no había hecho más que empezar a hablar cuando el otro lo interrumpió:

—¡Thyssen! ¡Mi nombre es Thyssen! Niemöller está ahí delante.

Allí estaba, en efecto, con aspecto juvenil y reconcentrado, fumando en pipa; un ejemplo de cómo pueden llegar a soportarse durante años las penalidades del cautiverio. Más

adelante iba a acordarme muchas veces de él. El autocar siguió adelante varios días después; sólo se quedaron con nosotros Thyssen y Schacht.

• • •

Cuando el cuartel general de Eisenhower fue trasladado a Francfort, frente a nuestro campamento apareció una columna de unos diez camiones militares americanos. Según un plan cuidadosamente elaborado, nos distribuyeron en dos camiones abiertos, provistos de bancos de madera; en los restantes cargaron el mobiliario. Al atravesar París, cada vez que nos deteníamos a causa del tráfico se congregaba a nuestro alrededor una multitud que nos lanzaba insultos y amenazas. A mediodía hicimos alto en un campo situado al este de París; guardianes y prisioneros se mezclaban despreocupados y ofrecían un cuadro muy pacífico. El objetivo de la primera jornada de viaje era Heidelberg. Me alegré de que no llegáramos a tiempo, ya que no quería alojarme en la cárcel de mi ciudad natal.

Al día siguiente llegamos a Mannheim. Parecía sin vida, con las calles desiertas y las casas destruidas. Un pobre soldado con la barba desaliñada, el uniforme destrozado y una caja de cartón cargada a la espalda estaba parado en la cuneta, como embobado: era la viva imagen de la derrota. Cerca de Nauheim abandonamos la autopista y, tras subir una cuesta, nos hallamos en el patio de armas del castillo de Kransberg. En el invierno de 1939 yo había ampliado aquel castillo, situado a cinco kilómetros del puesto de mando central de Hitler, para acoger el cuartel general de Göring. Entonces hubo que añadir un ala de dos pisos para albergar a la numerosa servidumbre de Göring. En aquel anexo nos instalaron a nosotros, los prisioneros.

Allí, a diferencia de Versalles, no había alambradas de espino; incluso las ventanas del piso superior de nuestra ala de servicio ofrecían una vista despejada. La verja de hierro forjado

diseñada por mí estaba abierta. Podíamos movernos con entera libertad por las tierras del castillo. Cinco años atrás, en la parte alta de la finca había proyectado un huerto de árboles frutales rodeado por una tapia de un metro de altura. Allí nos acomodábamos, con la vista perdida en el panorama de los bosques del Taunus; abajo se extendía el pueblecito de Kransberg, donde las chimeneas humeaban acogedoras.

En comparación con la población civil, obligada a pasar hambre en libertad, nosotros estábamos infinitamente mejor, pues recibíamos raciones militares americanas. Sin embargo, aquel lugar tenía muy mala fama entre los vecinos del pueblo. Según los rumores que corrían, éramos víctimas de muy malos tratos, no se nos daba de comer y en el calabozo de la torre languidecía Leni Riefenstahl. En realidad nos habían llevado a aquella fortaleza para tratar cuestiones técnicas militares. Comparecieron allí numerosos especialistas y casi toda la plana mayor de mi Ministerio, jefes de sección, los jefes de producción de municiones, tanques, automóviles, barcos, aviones y tejidos, los hombres clave de la industria química y diseñadores industriales como el profesor Porsche. Eran muy pocos los curiosos que se perdían por allí. Los detenidos se quejaban, ya que esperaban con razón que después de exprimir sus conocimientos los dejarían en libertad. También Wernher von Braun y sus colaboradores pasaron varios días con nosotros. Él y su equipo habían recibido ofertas de Estados Unidos y de Inglaterra; Von Braun las comentó conmigo; incluso los rusos consiguieron infiltrarse para ofrecerle un contrato a través del personal de cocina del rigurosamente vigilado campamento de Garmisch. Por lo demás, nos sacudíamos el aburrimiento haciendo deporte, organizando series de conferencias científicas e incluso, una vez, Schacht nos recitó poesías con asombrosa sensibilidad. Se creó también un cabaret que ofrecía una función semanal. Asistíamos a todas las representaciones. El

tema principal de todos los números era siempre nuestra propia situación, y a veces se nos saltaban las lágrimas de la risa que nos causaba nuestra propia caída.

• • •

Una mañana, poco después de las seis, entró a despertarme uno de mis colaboradores.

—¡Acabo de oír por la radio que usted y Schacht están entre los encausados en el proceso de Nuremberg!

Traté de conservar la serenidad, pero la noticia me afectó mucho. A pesar de que mis principios me hacían estar convencido de que, como antiguo dirigente del régimen, debía responder de sus culpas, al principio me costó hacerme a la idea de que así iba a suceder en realidad. No sin preocupación había visto en el periódico algunas fotografías del interior de la cárcel de Nuremberg, y semanas antes había leído que varios altos cargos del Gobierno habían sido conducidos allí. Pero mientras que Schacht, el otro encausado, tuvo que sustituir muy pronto nuestro relativamente confortable campamento por la cárcel de Nuremberg, aún debían transcurrir varias semanas antes de que fueran a buscarme a mí.

Aunque podía concluirse que sobre mí pesaba una acusación grave, no se produjo ningún cambio en el comportamiento del personal de guardia. Los americanos decían para consolarme:

—Pronto lo absolverán y podrá olvidarse de todo.

El sargento Williams me aumentó las raciones, para que, como decía él, estuviera fuerte para el proceso, y el comandante británico del campamento me invitó a dar un paseo en coche el mismo día en que se difundió la noticia. Solos, sin escolta, recorrimos los bosques del Taunus, dejamos el coche bajo un enorme árbol frutal, anduvimos por el bosque y me habló de las cacerías de osos en Cachemira.

Eran unos hermosos días de septiembre. A fines de mes, un

jeep americano cruzó la verja: venían a buscarme. Al principio el comandante británico se negó a entregar a su prisionero y pidió instrucciones a Francfort. El sargento Williams me dio infinidad de galletas y me preguntó una y otra vez si deseaba llevarme algo más de su almacén. Cuando por fin subí al coche, casi todo el personal del campamento había salido al patio. Todos me desearon suerte. Nunca olvidaré los bondadosos y asustados ojos del coronel británico cuando se despidió de mí en silencio.

CAPÍTULO XXXIV

NUREMBERG

Aquella noche fui ingresado en el tristemente célebre centro de interrogatorios de Oberursel, cerca de Francfort, donde el sargento de guardia me hizo objeto de chistes tontos y sarcásticos y me fue servida una insípida sopa aguada que acompañé mordisqueando mis galletas inglesas. Me acordaba con nostalgia del hermoso Kransberg. Durante la noche oí los ordinarios gritos de los guardianes americanos, respuestas angustiadas y gritos; por la mañana pasó junto a mí, bajo custodia, un general alemán: parecía desmoralizado y lleno de desesperación.

Proseguimos el viaje en un camión cubierto con lonas. Yo iba apretujado entre otros prisioneros. Reconocí entre ellos al doctor Strölin, alcalde de Stuttgart, y a Horthy, regente del Reich en Hungría. No se nos comunicó nuestro destino, pero tampoco hacía falta; estaba claro que era Nuremberg. Ya era de noche cuando llegamos. Se abrió una puerta; por unos instantes me encontré en el pasillo del ala que había visto en el periódico hacía unas semanas, pero antes de darme cuenta ya estaba otra vez encerrado. Por la abertura de la puerta de la celda de enfrente asomó la cabeza Göring. Un saco de paja, unas mantas sucias y rotas y ningún contacto personal con los presos. A pesar de que los cuatro pisos estaban ocupados reinaba un silencio siniestro, sólo interrumpido de vez en cuando al abrirse la puerta de una celda y sacar a un preso para interrogarlo. Göring,

mi vecino de enfrente, no cesaba de recorrer la celda de un lado a otro; a intervalos regulares veía pasar una parte de su pesado cuerpo por delante de la mirilla[437]. También yo empecé pronto a pasear por mi celda, al principio arriba y abajo y después, para aprovechar mejor el espacio, en círculos.

Al cabo de una semana, durante la cual permanecí en la incertidumbre sin que nadie me hiciera el menor caso, se produjo un cambio modesto para una persona corriente, pero trascendental para mí: fui trasladado al tercer piso, a la fachada de sol, donde había mejores celdas y mejores camas. Allí fue a verme por primera vez el director americano de la prisión, coronel Andrus.

—*Very pleased to see you!*

Como comandante del campo de prisioneros de Mondorf, Andrus había actuado con el máximo rigor, y ahora me pareció percibir cierto tono burlón en sus palabras. Por el contrario, fue muy grato volver a ver al personal alemán. Los cocineros, los que repartían la comida y los peluqueros había sido cuidadosamente reclutados entre los prisioneros de guerra. Precisamente porque también ellos habían pasado por el sufrimiento del cautiverio, se mostraban muy serviciales con nosotros siempre que no hubiera guardianes. Y a través de aquellos hombres llegaban discretamente hasta nosotros algunas noticias de la prensa, saludos y mensajes de aliento.

Si bajaba el batiente superior de la alta ventana de la celda podía tomar el sol de cintura para arriba. Tumbado en el suelo, sobre unas mantas, iba cambiando de posición para captar hasta el último rayo del atardecer. No había luz, ni libros, ni revistas. Dependía exclusivamente de mis propios recursos para combatir aquella opresión interna cada vez más acuciante.

• • •

Sauckel era conducido frecuentemente por delante de mi

celda. Cuando me veía, su expresión se volvía sombría, pero también mostraba cierto embarazo. Por fin se abrió también la puerta de mi celda y apareció un soldado americano con una tarjeta en la mano en la que figuraban mi nombre y la sala donde debía efectuarse el interrogatorio. Para llegar a ella tuvimos que cruzar varios patios y escaleras interiores del Palacio de Justicia de Nuremberg. Por el camino me crucé con Funk, que, muy afectado y deprimido, volvía de un interrogatorio. La última vez que nos habíamos visto, los dos estábamos en Berlín y en libertad.

—Así es como volvemos a vernos… —exclamó al pasar.

Por el aspecto que ofrecía, sin corbata, con el traje arrugado y el rostro pálido y demacrado, pude deducir cuál era la estampa que presentaba yo. Hacía varias semanas que no me veía en un espejo, y así seguiría durante años. Vi también a Keitel de pie en uno de los despachos, rodeado de varios oficiales americanos. También él ofrecía un aspecto tremendamente decaído.

Un joven oficial americano me estaba esperando. Amablemente, me invitó a sentarme y empezó a pedirme algunas explicaciones. Al parecer, Sauckel había estado tratando de desorientar a las autoridades que llevaban a cabo la instrucción del proceso presentándome como único responsable por la utilización de mano de obra extranjera. El oficial se mostró benévolo y, por propia iniciativa, redactó una declaración jurada que volvía a poner las cosas en su lugar. Yo me sentí aliviado, pues hasta entonces tuve la impresión de que, según la vieja práctica de «acusar al ausente», había sido bastante atacado desde mi marcha de Mondorf. Poco después fui conducido ante el segundo jefe de la acusación, Dodd. Sus preguntas eran duras y agresivas, pero yo no quería dejarme intimidar y le respondí sinceramente y sin evasivas, sin considerar mi futura defensa. Es más, omití ciertas cosas que

podrían haberse tomado como una disculpa. Cuando volví a la celda tenía la sensación de haber caído en una trampa. Efectivamente, aquella declaración constituiría después una pieza fundamental de la acusación contra mí.

No obstante, al mismo tiempo aquel interrogatorio me dio nuevas fuerzas; creía, y sigo creyendo, que actué correctamente al no emplear evasivas ni tratar de protegerme. Esperé atemorizado, pero también con el propósito de seguir por el mismo camino, el siguiente interrogatorio, que ya me habían anunciado, pero no llegó a producirse. Tal vez mi franqueza los impresionó; ignoro la causa de la suspensión. Sólo hubo unas cuantas preguntas muy correctas, efectuadas por unos oficiales soviéticos a los que acompañaba una secretaria muy maquillada que me llevó a cambiar la imagen que la propaganda me había dado de las rusas. A cada respuesta mía, los oficiales asentían y decían: «*Tak, tak*», lo que me sonaba un poco raro, pero pronto me enteré de que venía a significar «ajá». El coronel soviético me preguntó un día:

—Pero usted leído habrá *Mi lucha* de Hitler, ¿no?

En realidad no había hecho más que hojearlo, en parte porque el propio Hitler decía que el libro estaba superado y en parte porque su lectura resultaba difícil. Cuando respondí que no, se divirtieron de lo lindo. Irritado, me retracté y dije que sí lo había leído. Al fin y al cabo, era la única respuesta verosímil. Pero esta mentira tuvo consecuencias inesperadas durante el proceso. En el contrainterrogatorio, el fiscal soviético me echó en cara mi falsa confesión; hallándome bajo juramento, tuve que atenerme a la verdad y reconocer que en aquella ocasión había mentido.

• • •

A fines de octubre, todos los acusados fuimos reunidos en la planta baja y se desalojaron las celdas de aquel ala que ocupaban

otros presos. El silencio era inquietante. Veintiún hombres esperaban su proceso.

Entonces llegó también Rudolf Hess, procedente de Inglaterra; iba embutido en un abrigo gris y esposado a dos soldados americanos. Hess tenía una expresión ausente y obstinada a la vez. Aunque ya me había acostumbrado a ver a todos aquellos acusados que llevaban soberbios uniformes y se conducían con altivez o jovialidad, ahora la escena me parecía irreal; a veces creía estar soñando.

El caso es que también nosotros nos comportábamos ya como prisioneros. Por ejemplo, ¿quién de nosotros, cuando todavía era mariscal del Reich, almirante, ministro o jefe nacional, habría creído nunca que acabaría sometiéndose al test de inteligencia de los psicólogos militares americanos? Y, sin embargo, el test no sólo se realizó sin que nadie opusiera resistencia, sino que todos se esforzaron por ver confirmadas en él sus aptitudes.

El vencedor sorpresa del test, que comprendía pruebas de memoria, de capacidad de reacción y de creación imaginativa, fue Schacht. Ganó porque la edad suponía unos puntos de bonificación. Seyss-Inquart, de quien nadie lo habría sospechado, obtuvo la mayor puntuación efectiva. También Göring se encontraba entre los primeros; yo conseguí un satisfactorio lugar intermedio.

Varios días después de que nos aislaran de los restantes presos, el silencio mortal de nuestro bloque de celdas se vio roto por una comisión de oficiales que iban pasando de celda en celda. Les oía pronunciar unas palabras que no lograba entender, hasta que finalmente abrieron también mi puerta y me entregaron sin preámbulos un pliego de cargos impreso. Había terminado la instrucción y ahora empezaba el proceso propiamente dicho. En mi ingenuidad, yo había supuesto que

cada uno de nosotros recibiría su pliego de cargos particular. Sin embargo, ahora resultaba que cada uno de nosotros era acusado de todos los terribles crímenes que constaban en el documento. Cuando terminé de leerlo me invadió una sensación de desconsuelo. Pero en la desesperación ante lo sucedido y en el papel que yo había tenido en ello encontré también la línea de conducta que debía seguir durante el proceso: considerar irrelevante mi propio destino y no luchar por mi vida, sino asumir mi responsabilidad en un sentido general. A pesar de la resistencia de mi abogado y del esfuerzo que supuso el proceso, me mantuve firme en mi decisión.

Bajo el impacto de la acusación, escribí a mi esposa: «Debo dar mi vida por concluida. Sólo así podré configurar esa conclusión tal y como lo estimo necesario […]. Debo comparecer aquí como ministro del Reich, no como un particular. No debo guardar consideraciones ni para con vosotros ni para conmigo mismo. Sólo deseo una cosa: ser lo bastante fuerte para mantenerme en esta línea. Por extraño que parezca, estoy bien en los momentos en que dejo atrás toda esperanza y, en cambio, me siento inseguro e inquieto cuando creo vislumbrar una oportunidad […]. Tal vez con mi actitud pueda ayudar una vez más al pueblo alemán. Tal vez lo consiga. Aquí no hay muchos que puedan lograrlo»[438].

Cuando por aquellos días el psicólogo de la cárcel, C. M. Gilbert, fue de celda en celda con un ejemplar del pliego de cargos para recoger en él los comentarios y opiniones de los acusados y tuve ocasión de ver las frases, irónicas unas y evasivas otras, que habían escrito muchos de los demás acusados, yo escribí, con gran asombro suyo: «El proceso es necesario. Incluso en un Estado autoritario cabe exigir responsabilidades por tan horribles crímenes».

Aún hoy considero que el mayor esfuerzo psíquico de toda

mi vida es haber logrado mantener esta convicción a lo largo de los más de diez meses que duró el proceso.

• • •

Junto con el pliego de cargos se nos hizo entrega de una larga lista de nombres de abogados alemanes entre los cuales podíamos elegir a nuestro defensor, salvo que quisiéramos proponer alguno por nuestra cuenta. Por más que me esforcé, no pude recordar a ningún abogado, y los nombres de aquella lista me eran completamente desconocidos. Así pues, pedí al tribunal que eligiera por mí. Unos días después fui conducido a la planta baja del Palacio de Justicia. Un hombre flaco y de baja estatura se levantó de una mesa; usaba gruesas lentes y hablaba en voz baja.

—Si está usted conforme, voy a ser su abogado. Soy Hans Flächsner, de Berlín.

Tenía la mirada amable y no se daba importancia. Cuando empezamos a discutir algunos detalles de la acusación, me expresó su simpatía de forma nada teatral, lo cual me agradó. Finalmente me entregó un formulario:

—Llévese esto y piense si quiere que sea su defensor.

Yo firmé en aquel mismo momento y nunca me he arrepentido. Durante todo el proceso, Flächsner demostró ser un abogado considerado y sensible. Y, lo que fue más importante para mí, de su simpatía y comprensión surgió entre nosotros, a lo largo de los diez meses del proceso, un afecto auténtico que aún perdura.

Mientras se instruía el caso, la acusación había impedido que los presos estuviéramos en contacto. Ahora se aligeró un poco esta norma, de manera que no sólo coincidíamos a menudo en el patio de la prisión, sino que podíamos cambiar impresiones libremente. El proceso, el pliego de cargos, la ilegitimidad del tribunal internacional y la profunda

indignación ante aquella afrenta: durante los paseos tenía que escuchar una y otra vez los mismos temas y argumentos. Entre los veintiún acusados, sólo encontré a uno que estuviera de acuerdo conmigo: Fritzsche, con quien pude hablar largamente sobre el principio de la responsabilidad. Más adelante, también Seyss-Inquart demostró comprenderlo. Con cualquiera de los demás, cualquier discusión al respecto habría sido inútil y fatigosa. Hablábamos lenguas distintas.

Como era de esperar, también discrepábamos en otras cuestiones. Era de gran importancia decidir cómo debía presentarse en aquel proceso el poder de Hitler. Göring, que en otro tiempo había expresado ciertas críticas ante algunas prácticas del régimen, abogaba ahora por reivindicarlo sin reservas. Expuso sin escrúpulos que el sentido y la oportunidad de aquel proceso únicamente podían residir en crear una leyenda positiva en torno al régimen. A mí no sólo me parecía hipócrita engañar así al pueblo alemán, sino que también me parecía peligroso dificultarle de aquel modo la transición hacia el futuro. Únicamente la verdad podría acelerar el proceso de liberación del pasado.

Los verdaderos móviles de las declaraciones de Göring quedaron bien patentes cuando dijo que, aunque los vencedores podían matarlo, al cabo de sólo cincuenta años sus restos reposarían en un sarcófago de mármol y el pueblo alemán lo aclamaría como héroe nacional y mártir. Lo mismo creían de sí mismos muchos de los acusados. En otras cuestiones, Göring tuvo menos éxito: según él, todos estábamos irremisiblemente condenados a muerte de antemano. Por lo tanto, era inútil preocuparse por la defensa, a lo que yo repuse:

—Parece que Göring quiere entrar en el Walhalla con un gran séquito.

En realidad, Göring fue uno de los que se defendieron con

mayor tenacidad.

Desde que, en Mondorf y después en Nuremberg, Göring se sometió a una sistemática cura de desintoxicación que lo libró de su afición a la morfina, se encontraba en mejor forma que nunca. Derrochaba energía y se convirtió en la personalidad más imponente del grupo de acusados. Entonces lamenté que no hubiera estado en las mismas condiciones durante los meses que precedieron a la guerra y en ciertos momentos cruciales del conflicto, en los que su morfinomanía lo tornaba débil y condescendiente, pues era el único cuya fama y autoridad también Hitler habría tenido que tomar en consideración. En realidad, fue uno de los pocos que tuvieron suficiente vista para vaticinar el final. Después de haber desaprovechado esa oportunidad, era un disparate y hasta un crimen utilizar ahora las energías recobradas para engañar al pueblo. Porque se trataba de un engaño. Un día, en el patio de la prisión, comentó fríamente cierta noticia sobre unos judíos que habían logrado sobrevivir en Hungría:

—Ah, ¿así que aún quedan algunos? Pensaba que los habíamos liquidado a todos. El responsable debía de ser un inútil.

Yo estaba anonadado.

Mi decisión de asumir la responsabilidad por todos los actos del régimen también pasó por sus momentos de crisis. La única vía de escape que me quedaba consistía en eludir el proceso por medio de una muerte prematura. Algunas noches me invadía la desesperación. Una vez traté de estrangularme la pierna enferma con un pañuelo para provocarme una nueva flebitis. En Kransberg oí que un científico decía que la nicotina de un solo cigarro puro desmenuzado y diluido en agua podía ocasionar la muerte; después de eso llevé durante mucho tiempo un puro picado en el bolsillo. Pero de la intención a la decisión hay un

largo camino.

Las misas dominicales constituyeron un gran apoyo para mí. En Kransberg me negué a asistir a ellas, pues no quería aparentar debilidad. Pero en Nuremberg prescindí de estas consideraciones. La presión de las circunstancias me llevó, como a casi todos los demás acusados, con la excepción de Hess, Rosenberg y Streicher, hasta nuestra pequeña capilla.

• • •

Durante las últimas semanas se nos habían apolillado los trajes; los americanos nos habían dado unos monos de dril negro. Ahora pasaron por las celdas unos funcionarios para preguntarnos qué traje queríamos que nos llevaran a la tintorería para el proceso. Todos los detalles, hasta los gemelos, fueron minuciosamente discutidos con el comandante.

Después de que el coronel Andrus realizara una última inspección, el 19 de noviembre de 1945, escoltados cada uno por un soldado, pero sin esposas, fuimos conducidos por primera vez a la sala de audiencia aún vacía. Se nos asignaron nuestros lugares. En primera posición, Göring, Hess y Ribbentrop; yo era el tercero de la segunda fila empezando por el final y me encontraba en grata compañía: a mi derecha Seyss-Inquart, a mi izquierda Von Neurath y delante Streicher y Funk.

Me alegraba de que por fin empezara el proceso; casi todos los acusados compartían esta opinión: que todo termine de una vez.

• • •

El proceso se abrió con el demoledor discurso de la acusación, presentado por el primer fiscal americano, Robert H. Jackson. Una de sus frases me infundió ánimo: la culpa por los crímenes cometidos por el régimen pesaba sobre los veintiún acusados, no sobre el pueblo alemán. Este concepto coincidía

exactamente con el efecto secundario que yo esperaba del proceso: el odio que la propaganda de guerra había dirigido hacia el pueblo alemán y que el descubrimiento de los crímenes había hecho aumentar hasta el infinito iba a concentrarse en nosotros, los acusados. Según mi teoría, en una guerra moderna cabía esperar que los dirigentes cargaran al final con las consecuencias, precisamente porque durante la contienda no habían estado expuestos a ningún peligro[439]. Por eso, en una carta a mi defensor para darle la pauta de nuestra conducta, le decía que en aquel marco general todo cuanto pudiéramos discutir él y yo para mi defensa me parecía insignificante y ridículo.

Durante muchos meses se fueron acumulando documentos y testimonios que agravaban los crímenes cometidos, independientemente de si cada uno de los acusados había estado personalmente involucrado en ellos. Era terrible, y en realidad sólo se podía soportar porque los nervios se iban insensibilizando de día en día. Aún hoy me persigue el recuerdo de fotografías, documentos y órdenes que parecían tan monstruosos como increíbles, pero cuya autenticidad no ponía en duda ninguno de los acusados.

Por lo demás, la rutina diaria seguía: por la mañana, sesión hasta las doce; descanso para comer en las dependencias del piso superior del Palacio de Justicia; de las catorce a las diecisiete continuaba la sesión; luego, vuelta a la celda, donde me cambiaba de ropa rápidamente, daba el traje a planchar, cenaba y después solía ser conducido al locutorio de la defensa, donde discutía hasta las veintidós horas con mi abogado la marcha del proceso y redactaba las notas para la defensa. Por fin, ya muy tarde, volvía a la celda exhausto y me dormía inmediatamente. Los sábados y domingos no había sesión, pero a cambio se trabajaba más con los abogados. No quedaba mucho más de media hora al día para pasear por el patio.

Entre los acusados, a pesar de que nos hallábamos en la misma situación, no surgió ningún sentimiento de compañerismo. Estábamos divididos en grupos. Prueba de ello era la existencia del jardín de los generales: se había separado una pequeña parte, que no tendría más de seis metros de lado, del jardín de la prisión por medio de un seto bajo. Nuestros militares paseaban siempre por allí, en voluntario aislamiento, a pesar de que debía resultar bastante incómodo moverse en un espacio tan reducido. Nosotros, los civiles, respetábamos aquella barrera. Para el almuerzo, la dirección de la cárcel nos había distribuido en varias salas. Yo estaba con el grupo compuesto por Fritzche, Funk y Schirach.

Recobramos la esperanza de salvar la vida cuando aquella acusación general fue seguida de las particulares, que establecían marcadas diferencias, de modo que en aquellos momentos Fritzsche y yo contamos con recibir sentencias distintas, pues, en comparación, salíamos bastante bien librados.

En la sala de la audiencia no encontrábamos más que rostros desdeñosos y miradas frías. La única excepción era la cabina de los intérpretes, donde podía advertirse algún que otro gesto amistoso; también algunos miembros de la acusación británica o americana dejaban traslucir de vez en cuando algo que podía interpretarse como compasión. Me afectó que los periodistas empezaran a cruzar apuestas sobre el alcance de las sentencias que iban a dictarse, y hubo quien apostó que también nosotros moriríamos ahorcados.

• • •

La vista se suspendió durante varios días para permitir a la defensa realizar los últimos preparativos y después empezó el «contragolpe» del que tanto esperaban algunos. Antes de subir al estrado de los testigos, Göring había prometido a Funk, a Sauckel y a varios más que pensaba asumir sus responsabilidades

y que de este modo los exoneraría. Al principio de sus declaraciones, que daban una impresión de valentía, se mantuvo fiel a su promesa; pero al ir entrando en detalles fue asomando la desilusión en las caras de quienes habían cifrado en él sus esperanzas, ya que se dedicó a limitar punto por punto su responsabilidad.

Jackson, el fiscal, llevaba ventaja en su mano a mano con Göring, pues podía ir extrayendo documentos sorpresa de su gran cartera; pero Göring sabía sacar partido del desconocimiento de la materia del que adolecía su contrincante. Al final, a fuerza de evasivas, disimulos y protestas, sólo luchaba por salvar la vida.

Algo parecido sucedió con Ribbentrop y Keitel, los dos siguientes acusados. Aún agravaron más la impresión de querer eludir la responsabilidad; ante cualquier documento que llevara su firma, se remitieron a una orden de Hitler. Lleno de repugnancia, no pude contener la definición de «carteros bien pagados» que luego recorrió la prensa de todo el mundo. Sin embargo, cuando hoy pienso en ello, me parece que en el fondo tenían razón; en realidad se limitaban a transmitir las órdenes de Hitler. Rosenberg, por el contrario, se mostró franco y consecuente. Todos los esfuerzos que hizo su abogado, oficial y extraoficialmente, para que se retractara de su visión del mundo fueron inútiles. Hans Frank, abogado de Hitler y posteriormente gobernador general de Polonia, aceptó su responsabilidad; Funk rebatió los cargos con habilidad y recurriendo a la compasión; el defensor de Schacht, con un gran alarde de retórica, hizo grandes esfuerzos para presentar a su cliente como un golpista, lo cual sólo consiguió debilitar la eficacia del material de descargo. Dönitz, por su parte, luchó encarnizadamente en su defensa y en la de sus submarinos, y experimentó una espléndida satisfacción cuando su abogado pudo presentar una declaración del almirante Nimitz,

comandante en jefe de la flota americana del Pacífico, en la que hacía constar que en la guerra submarina se había atenido a las mismas normas que se aplicaban en las operaciones navales alemanas. Raeder causó una impresión de objetividad. La simplicidad de Sauckel resultaba más bien lamentable. Jodl impuso respeto por la precisión y sobriedad de su defensa. Fue uno de los pocos que supieron mantenerse por encima de la situación.

La sucesión de los interrogatorios respondía al orden en que estábamos colocados. Mi nerviosismo iba en aumento, ya que Seyss-Inquart, mi vecino de banco, estaba ya en el estrado de los testigos. Él era abogado y no se hacía ilusiones acerca de su situación, ya que había intervenido directamente en las deportaciones y en los fusilamientos de rehenes. Habló con dominio y terminó el interrogatorio declarando que tenía la obligación de responder de los hechos. Pocos días después de prestar aquella declaración que decidió su destino, una afortunada coincidencia le trajo noticias de su hijo, que había sido dado por desaparecido en Rusia.

• • •

Cuando me dirigí al estrado de los testigos estaba aterrorizado; rápidamente ingerí la píldora tranquilizante que el previsor médico alemán me había entregado. Frente a mí, a diez pasos de distancia, estaba Flächsner en el pupitre de la defensa; a mano izquierda, más elevada, estaba la mesa de los jueces.

Flächsner abrió su grueso manuscrito e inmediatamente empezaron las preguntas y las respuestas. Nada más empezar, manifesté:

—Si Hitler hubiese tenido amigos, seguro que yo habría sido uno de los más íntimos.

Con ello declaraba algo que hasta entonces ni siquiera la acusación había sugerido. Se discutieron infinidad de detalles

relativos a los documentos presentados; yo hice algunas puntualizaciones, aunque procurando no dar la impresión de buscar evasivas o querer disculparme[440]. Con unas cuantas frases asumí la responsabilidad de todas las órdenes de Hitler que yo había ejecutado. Aunque subrayé que en todo Estado las órdenes tienen que seguir siéndolo para los organismos subordinados, añadí que los altos cargos deben estudiar y analizar tales órdenes a todos los niveles y que no pueden ser eximidos de responsabilidad ni siquiera cuando las órdenes les hayan sido impuestas por medio de amenazas, y dije que para mí era aún más grave la responsabilidad general por todas las medidas, sin excluir los crímenes, que Hitler dictó a partir de 1942, dondequiera y por quienquiera que hubieran sido ejecutadas.

—En el funcionamiento de un Estado —dije ante el tribunal—, uno es responsable de lo que sucede en su jurisdicción; naturalmente, lo es de forma total y absoluta, pero además debe existir una responsabilidad global de los dirigentes respecto a los asuntos decisivos. Porque ¿quién, sino los más inmediatos colaboradores del jefe del Estado, debe asumir la responsabilidad por el desarrollo de los acontecimientos? Sin embargo, sólo debe apelarse a esta responsabilidad global en los asuntos fundamentales, no en los detalles […]. También en un régimen totalitario tiene que existir esta responsabilidad general de los dirigentes; queda descartado eludirla después de la catástrofe, porque si la guerra se hubiera ganado, probablemente todos los miembros del Gobierno habrían reclamado su parte de responsabilidad […]. Yo me considero tanto más ligado a este deber por cuanto el jefe del Gobierno se ha sustraído a la obligación de responder de sus actos ante el pueblo alemán y ante el mundo[441].

Hablando con Seyss-Inquart expresé aún más drásticamente uno de estos argumentos:

—¿Qué ocurriría si, de pronto, cambiara la escena y todos actuáramos como si hubiéramos ganado la guerra? ¡Imagínese cómo correrían todos a pregonar sus triunfos y sus méritos! Pero ahora los papeles están cambiados, porque, en lugar de honores, condecoraciones y prebendas, lo que cabe esperar son sentencias de muerte.

Durante las semanas anteriores, Flächsner había intentado en vano disuadirme de asumir la responsabilidad por asuntos ajenos a mi Ministerio. Decía que aquello me podía acarrear fatales consecuencias. Sin embargo, después de hacer mi declaración me sentí aliviado y, al mismo tiempo, contento por no haber cedido a la tentación de esquivar el golpe. Tras decir todo esto, creí estar íntimamente legitimado para iniciar la segunda parte de mi testimonio, que se refería a la última fase de la guerra. Suponía que la revelación de las intenciones de Hitler, desconocidas hasta entonces, de destruir los medios de vida del pueblo alemán una vez perdida la guerra tenía que hacer más fácil dar la espalda al pasado y, además, sería el argumento más eficaz para impedir que se forjara una leyenda en torno a Hitler[442]. Estas manifestaciones me valieron la más viva reprobación de Göring y de otros acusados[443].

Por el contrario, quería referirme muy brevemente, sólo para demostrar hasta qué punto me parecían peligrosos los propósitos destructivos de Hitler, al atentado que había estado planeando.

—No quisiera extenderme en detalles —dije, en tono evasivo.

Los jueces intercambiaron unas frases y el presidente del tribunal se dirigió a mí para decir:

—El tribunal desea oír los detalles. Por el momento se levanta la sesión.

Yo no me sentía inclinado a dar más explicaciones, pues quería evitar a toda costa vanagloriarme de aquello. De manera

que obedecí contra mi voluntad y convine con mi defensor que no emplearía aquella parte de mi declaración en el alegato de la defensa[444].

De nuevo sobre la pauta claramente marcada en nuestro manuscrito, pronuncié sin incidentes la última parte de mi declaración, que se refería al postrer período de la guerra. A fin de debilitar la impresión de haber hecho algún mérito especial, puntualicé conscientemente:

—En realidad, estas actividades no eran muy peligrosas. A partir de enero de 1945, en Alemania se podía aplicar cualquier medida razonable en contra de la política oficial; cualquier hombre prudente las recibía bien. Todos los interesados sabían lo que significaban nuestras contraórdenes. En aquellos momentos, hasta los antiguos miembros del Partido cumplieron con su deber para con el pueblo. Juntos pudimos hacer mucho para neutralizar las delirantes órdenes de Hitler.

Flächsner cerró el manuscrito con visible alivio, fue a ocupar su asiento junto a los demás abogados y en su lugar apareció entonces Jackson, primer fiscal de Estados Unidos y miembro del Tribunal Supremo norteamericano. Aquello no fue una sorpresa para mí, ya que la víspera por la noche un oficial americano había venido a mi celda para comunicarme que Jackson se ocuparía personalmente del contrainterrogatorio también en mi caso. A diferencia de lo que era habitual en él, empezó con calma, con voz casi benévola. Después de asegurarse una vez más de mi responsabilidad en el empleo de millones de trabajadores forzados mediante preguntas y documentos, apoyó la segunda parte de mi declaración: que yo había sido el único que tuvo el valor de decirle a Hitler a la cara que la guerra estaba perdida. Haciendo honor a la verdad, mencioné también a Guderian, a Jodl y a varios comandantes en jefe de los grupos de ejércitos que también se habían enfrentado abiertamente a

Hitler. A su pregunta de si hubo más complots de los que yo había citado, respondí con vaguedad:

—En aquellos momentos era sencillísimo urdir un complot. Uno se podía dirigir casi a cualquiera que pasara por la calle. Cuando se le explicaba cuál era la situación, respondía: «Es una verdadera locura». Y, si tenía valor, enseguida se ofrecía… No era tan peligroso como pueda parecer ahora, pues quizá sólo habría unas pocas docenas de insensatos. Los ochenta millones restantes eran muy razonables en cuanto averiguaban lo que pasaba[445].

Tras un nuevo contrainterrogatorio a cargo del representante de la acusación soviética, el general Raginsky, plagado de malentendidos a causa de los errores de traducción, se adelantó nuevamente Flächsner para entregar al tribunal un legajo con las declaraciones escritas de mis doce testigos; con ello terminaba la vista de la causa contra mí. Hacía varias horas que sufría fuertes dolores de estómago; cuando volví a mi celda, me dejé caer en la litera vencido tanto por el dolor físico como por el agotamiento moral.

CAPÍTULO XXXV

CONSECUENCIAS

Los acusadores tomaron la palabra por última vez; con sus alegatos se cerraba el proceso. A nosotros ya sólo nos quedaba pronunciar nuestras últimas palabras. Iban a ser difundidas íntegramente por radio, por lo que tendrían un significado especial: era nuestra última oportunidad de hablar en público y de mostrar al pueblo alemán al que nosotros habíamos descarriado el camino para salir de aquel dilema; para ello debíamos reconocer nuestra culpa y exponer claramente los crímenes del pasado[446].

Aquellos nueve meses nos marcaron profundamente. Incluso Göring, que había iniciado el proceso con un agresivo propósito de justificarse, habló en su última intervención de los graves crímenes que se habían descubierto y condenó los terribles asesinatos en masa, a su juicio incomprensibles. Keitel aseguró que escogería la muerte antes de dejarse involucrar en tales atrocidades. Frank habló de la culpa que Hitler y el pueblo alemán habían cargado sobre sí. Previno a los recalcitrantes contra «el camino de la necedad política que forzosamente lleva a la degeneración y a la muerte». Aunque su discurso sonó algo exaltado, coincidía con mi punto de vista. Incluso Streicher condenó el «genocidio de los judíos» que Hitler había llevado a cabo, Funk habló de horribles crímenes que lo llenaban de profunda vergüenza, Schacht estaba «consternado por las atrocidades sin nombre que él había tratado de evitar», Sauckel

se mostraba «conmocionado en lo más profundo de su alma por los crímenes que habían sido revelados durante el proceso», Von Papen declaró que «las fuerzas del mal habían resultado ser más poderosas que las del bien», Seyss-Inquart habló de «terribles excesos», Fritzsche manifestó que «el asesinato de cinco millones de criaturas constituía una horrible advertencia para el futuro». Sin embargo, todos negaron haber participado en estos acontecimientos.

En cierto modo, mis esperanzas se habían cumplido; la culpa jurídica se había concentrado en gran parte en nosotros, los acusados. En aquella desafortunada época, además de la depravación humana, entró por vez primera en la Historia un factor que distinguía a aquel régimen despótico de todos los precedentes y que en el futuro adquiriría mayor importancia. En mi calidad de máximo representante de un poder técnicamente muy desarrollado que acababa de emplear contra la humanidad, sin escrúpulos ni inhibiciones, todos los medios que tenía a su alcance[447], yo trataba no sólo de admitir aquellos hechos, sino también de comprender lo que había sucedido. Al tomar la palabra por última vez dije: «La de Hitler fue la primera dictadura de un Estado industrializado en estos tiempos de técnica moderna, una dictadura que, para ejercer el dominio sobre su propio pueblo, supo servirse a la perfección de todos los medios técnicos […]. Mediante los productos de la técnica, como la radio y el altavoz, ochenta millones de personas pudieron ser sometidas a la voluntad de un único individuo. El teléfono, el télex y la radio permitieron transmitir sin dilación las órdenes dictadas por la suprema jerarquía a los órganos inferiores, donde fueron obedecidas ciegamente debido a su elevada autoridad. Así, numerosas oficinas y unidades militares recibieron directamente sus siniestras órdenes. Se hizo posible crear una extensa red de vigilancia de la población y conseguir un alto grado de confidencialidad de los actos criminales. Para

alguien de fuera tal vez este aparato estatal sea como los cables enmarañados, en apariencia sin sentido, de una centralita telefónica, pero, igual que ésta, podía ser manejado y dirigido por una única voluntad. Las dictaduras de otros tiempos precisaban de hombres de grandes cualidades incluso en los puestos inferiores; hombres que supieran pensar y actuar por su cuenta. El sistema autoritario de los tiempos de la técnica puede prescindir de ellos; los medios de telecomunicaciones permiten mecanizar el trabajo del mando inferior. La consecuencia de todo ello es el tipo de hombre que se limita a obedecer órdenes sin cuestionarlas».

Los hechos criminales de aquellos años no se debían sólo a la personalidad de Hitler. La enormidad de aquellos delitos también debía atribuirse a que Hitler fue el primero en poder servirse de los medios de la técnica para multiplicarlos.

Pensé en las consecuencias que podría tener en el futuro un poder político ilimitado que actuara en complicidad con el de la técnica, dejándose asistir, pero también dominar, por ella. Aquella guerra, dije, habría terminado utilizando cohetes teledirigidos, aviones supersónicos y bombas atómicas, y existía también la perspectiva de las armas químicas y bacteriológicas. Al cabo de cinco o diez años, un cohete atómico manipulado por una docena de hombres podría aniquilar en unos segundos a un millón de seres humanos en el centro de Nueva York, así como propagar epidemias y destruir cosechas por medio de la guerra química. «Cuanto más se tecnifique el mundo, mayor es el peligro. […] Como antiguo ministro de unos armamentos altamente desarrollados, es mi último deber constatar aquí que una nueva gran guerra acabaría destruyendo toda cultura humana y toda la civilización. Nada impediría a una técnica y una ciencia que hubieran escapado a nuestro control consumar la obra de aniquilación del ser humano que han iniciado ya en esta guerra de forma tan terrible […]»[448].

«La frecuente pesadilla —dije— de que algún día los pueblos puedan llegar a ser dominados por la técnica ha estado a punto de realizarse bajo el sistema autoritario de Hitler. Todos los Estados del mundo corren hoy el riesgo de caer bajo el terrorismo de la técnica, aunque en una dictadura moderna ese peligro me parece ineludible. Por lo tanto, cuanto más se tecnifique el mundo será más necesario que, en contrapartida, se fomente la libertad individual y el respeto de cada hombre hacia su propia dignidad. […] Por ello, este proceso debe contribuir a establecer las reglas fundamentales en que se basa la convivencia humana. ¿Qué importancia tiene mi propio destino, después de todo lo que ha pasado y ante una meta tan elevada?».

Considerando el desarrollo del proceso, mi situación me parecía desesperada. Mi última frase no constituía de ningún modo una expresión puramente retórica. Daba mi vida por concluida[449].

• • •

El tribunal se retiró por tiempo indefinido para deliberar sobre la sentencia. Esperamos cuatro largas semanas. Durante aquel tiempo de tensión casi insoportable, exhausto tras los ocho meses de tortura mental del proceso, estuve leyendo precisamente la novela de Dickens sobre la Revolución Francesa *Historia de dos ciudades*. En ella se relata cómo los prisioneros aguardaban en la Bastilla su incierto destino con serenidad e incluso con alegría. Yo, por mi parte, era incapaz de sentir aquella libertad interior. El representante soviético de la acusación había pedido para mí la pena de muerte.

El 30 de septiembre de 1946, vestidos con nuestros trajes recién planchados, nos sentamos por última vez en el banquillo de los acusados. El tribunal había decidido evitarnos la presencia de los reporteros gráficos y operadores de cine durante la lectura de los considerandos. Los grandes focos que hasta entonces

habían iluminado la sala para que se pudieran grabar todos nuestros movimientos estaban apagados. La sala ofrecía un aspecto excepcionalmente lóbrego cuando, al entrar los jueces, los acusados, defensores, fiscales, observadores y periodistas se levantaron en su honor por última vez. Como en todas las demás sesiones, el presidente del tribunal, Lord Lawrence, se inclinó en todas direcciones y también hacia nosotros, los acusados. A continuación tomó asiento.

Los jueces se fueron relevando. Durante varias horas leyeron con voz monótona el capítulo sin duda más atroz de la Historia alemana. Me pareció que, al menos, la condena de los dirigentes descargaba al pueblo alemán de su culpa jurídica. Y es que si quien había sido durante años el jefe de las Juventudes Hitlerianas, Baldur Von Schirach, o el ministro de Economía de Hitler, Hjalmar Schacht, que había dirigido al principio la producción de armamentos, eran absueltos de la acusación de haber preparado y realizado una guerra de agresión, ¿cómo culpar entonces de ello a ningún soldado o a las mujeres y niños? Si el gran almirante Raeder y el lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess, eran absueltos de la acusación de haber participado en crímenes contra la humanidad, ¿cómo culpar entonces de ello, en términos jurídicos, a ningún técnico u obrero alemán? Además, yo esperaba que el proceso ejerciera una influencia directa sobre la política de ocupación de las potencias vencedoras: no podían actuar contra nuestro pueblo del mismo modo que acababan de definir como criminal. Pensaba sobre todo en el punto que constituía la acusación principal contra mí: el trabajo forzado[450].

Siguieron los considerandos de cada caso individual, aunque sin que se diera a conocer aún la sentencia[451]. Mis actividades fueron expuestas fría y objetivamente, en perfecta consonancia con lo que yo había declarado durante los interrogatorios. Se me reprochó mi responsabilidad en la deportación de obreros y

haber combatido los planes de Himmler únicamente por motivos de productividad, haber empleado sin vacilar a los presos de sus campos de concentración y haber insistido en poner a trabajar a los prisioneros de guerra soviéticos en la industria de armamentos. Se me reprochó, además, no haber atendido a ninguna consideración humanitaria ni ética al formular mis peticiones y haber contribuido así a la implantación del trabajo forzado.

Ninguno de los acusados, ni siquiera los que no podían esperar más que una sentencia de muerte, perdió la serenidad durante aquella lectura. Escuchaban en silencio, sin ningún signo perceptible de excitación. Aún hoy me parece inconcebible que pudiera resistir aquel proceso sin desmoronarme y que lograra atender a la lectura de los considerandos, aunque presa del miedo, conservando cierta capacidad de resistencia y de autocontrol. Flächsner se sentía demasiado optimista:

—¡Con semejantes considerandos, quizá sólo le impongan cuatro o cinco años!

Al día siguiente, antes de que se dictaran las sentencias, los acusados nos vimos por última vez. Nos encontramos en el sótano del Palacio de Justicia. Uno a uno iban entrando en un pequeño ascensor y ya no volvían. Arriba se dictaban las sentencias. Por fin me llegó el turno. Subí acompañado por un soldado americano. Se abrió una puerta y me encontré en un pequeño estrado en la sala, frente a los jueces. Me entregaron unos auriculares. En mis oídos resonaron estas palabras:

—Albert Speer, condenado a veinte años de prisión.

Varios días después firmé la sentencia. Renuncié a formular una petición de clemencia a las cuatro potencias. Cualquier pena resultaba insignificante comparada con la catástrofe que habíamos provocado en el mundo. «Porque hay cosas —escribí

en mi diario varias semanas después— de las que uno es culpable incluso aunque pueda disculparse, sencillamente porque la enormidad del crimen es tan desmesurada que anula cualquier disculpa humana».

Hoy, un cuarto de siglo después de aquellos acontecimientos, no sólo pesan sobre mi conciencia unos delitos determinados, por graves que fueran. Mi fracaso moral apenas puede concretarse en detalles concretos; siempre quedará la colaboración en el acontecer general. No sólo tomé parte en una guerra sobre cuyo objetivo de dominar el mundo nunca pudimos dudar en nuestro reducido círculo de dirigentes, sino que, con mi esfuerzo y habilidad, la prolongué durante muchos meses. En lo alto de la cúpula del nuevo Berlín puse precisamente aquella bola del mundo que Hitler ambicionaba poseer no sólo en términos simbólicos. La otra cara de su pretensión era el sometimiento de las naciones. Yo sabía que Francia debía ser degradada a la categoría de pequeño Estado, mientras que Bélgica, Holanda e incluso Borgoña iban a ser incorporadas al Reich de Hitler; sabía que la entidad nacional de los polacos y los rusos iba a ser desintegrada y que ellos serían reducidos a la esclavitud. Y, para quien quisiera oírlo, Hitler tampoco mantuvo nunca en secreto su propósito de exterminar al pueblo judío. Así lo expuso claramente en su discurso del 30 de enero de 1939[452]. Aun sin haber estado nunca totalmente de acuerdo con él, proyecté obras y fabriqué armas que servían a sus propósitos.

Durante los siguientes veinte años de mi vida me vigilaron, en la cárcel de Spandau, ciudadanos de las cuatro naciones contra las que yo había organizado la guerra de Hitler. A partir de aquel momento, ellos y los otros seis prisioneros fueron mi única compañía; a través de ellos conocí de forma directa el efecto de mis actividades. Muchos habían perdido a alguien en la guerra; especialmente los guardianes soviéticos tenían que

lamentar la muerte de parientes muy próximos, padres o hermanos. Pero nunca me echaron en cara mi culpa personal, nunca oí una palabra de reproche. En el momento en que mi existencia estaba hundida y a pesar del reglamento de la prisión, en contacto con estos hombres sencillos, descubrí sentimientos que no habían sido deformados: simpatía, compañerismo y comprensión… La víspera de mi nombramiento como ministro había encontrado en Ucrania a unos campesinos que me salvaron de sufrir congelaciones. Entonces únicamente me sentí conmovido, pero no llegué a comprender nada. Ahora, cuando todo había pasado ya, olvidando viejos antagonismos, recibí nuevas pruebas de bondad humana. Ahora, por fin, quise comprender. También este libro lo intenta.

«Esta catástrofe —escribía en 1947 en mi celda— ha puesto de manifiesto la vulnerabilidad del sistema de la civilización moderna, edificado a través de los siglos. Ahora sabemos que no vivimos en un edificio a prueba de terremotos. El complicado aparato del mundo moderno puede, mediante impulsos negativos que se incrementan mutuamente, descomponerse de forma irremisible. Ninguna voluntad humana podría detener esta evolución si el automatismo del progreso diera otro paso en su marcha hacia la despersonalización del hombre y lo privara cada vez más de la responsabilidad de sus propios actos».

Durante los años cruciales de mi vida me puse al servicio de la técnica, deslumbrado por sus posibilidades. Al final ya no me queda más que escepticismo.

CONCLUSIÓN

Con este libro pretendo no sólo exponer el pasado, sino también formular una advertencia para el futuro. Ya durante los primeros meses de cautiverio, estando todavía en Nuremberg, escribí mucho, impulsado por la necesidad de desahogar mi espíritu de la presión que los acontecimientos ejercían sobre él. Esto fue también lo que me impulsó a redactar nuevos estudios y notas sobre los años 1946 y 1947, hasta que, por fin, en marzo de 1953, me decidí a escribir mis memorias. ¿Fue una ventaja o un inconveniente que éstas surgieran en la más deprimente soledad? En aquel entonces, muchas veces me sentí impresionado por la falta de consideración con que juzgaba a los demás y a mí mismo. El 26 de diciembre de 1954 di por terminado el manuscrito.

En consecuencia, cuando el 1 de octubre de 1966 salí de la prisión de Spandau, disponía de más de mil páginas de material propio que, junto con los documentos de mi Ministerio que se conservan en el Archivo Federal de Coblenza, elaboré para escribir la presente autobiografía.

Deseo hacer constar mi agradecimiento a mis interlocutores durante estos dos años, Wolf Jobst Siedler, director de las editoriales Ullstein y Propyläen, y Joachim C. Fest, asesor de éstas. A sus apremiantes preguntas se deben muchas consideraciones generales de este libro, así como la explicación de los aspectos psicológicos e históricos de los acontecimientos. Nuestras conversaciones me permitieron confirmar y robustecer

la idea fundamental que yo tenía de Hitler, de su sistema y de mi propia participación en los hechos, que quedaron reflejadas catorce años antes en la primera redacción de mis memorias.

Expreso también mi agradecimiento al doctor Alfred Wagner, de la UNESCO (París), al jefe de archivos doctor Thomas Trumpp, así como a la señora Hedwig Singer, del Archivo Federal de Coblenza, y a David Irving, a quien debo la cesión de varias anotaciones hasta ahora inéditas de los diarios de Jodl y Goebbels.

ALBERT SPEER, (nacido Berthold Konrad Hermann Albert Speer, Mannheim, 19 de marzo de 1905 - Londres, 1 de septiembre de 1981). Fue un arquitecto alemán y Ministro de Armamento y Guerra del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial. Speer fue arquitecto jefe de Adolf Hitler antes de asumir la oficina ministerial. Es conocido también como «el nazi que pidió perdón» por aceptar su responsabilidad en los juicios de Nuremberg y en sus memorias por los crímenes del régimen nazi. Su nivel de implicación en la persecución de los judíos y su conocimiento del Holocausto siguen siendo motivo de controversia.

Acabada la guerra fue juzgado en Nuremberg y sentenciado a veinte años de prisión por su rol en el régimen nazi, principalmente por el uso de trabajadores forzados. Cumplió toda su condena, la mayor parte de ella en la prisión de Spandau, en Berlín Oeste. Tras salir de Spandau en 1966, Speer publicó dos exitosos libros autobiográficos: *Memorias* y *Diario de Spandau*. En ellos detalla su estrecha y habitual relación con Hitler, algo que ha dado a los historiadores y lectores una

perspectiva única sobre el funcionamiento del régimen Nazi. Más tarde escribió un tercer libro, *Infiltración*, sobre las SS.

Albert Speer murió por causas naturales en 1981 durante una visita a Londres.

Notas

[1] Desde 1192 y durante seiscientos años, los Von Pappenheim fueron mariscales del Imperio, jueces militares supremos de campaña y responsables de sanidad, transporte y carreteras del Ejército. (K. Bosl: *Die Reich sministerialitat*, Darmstadt, 1967). <<

[2] Los ataques tuvieron que suspenderse en 1917 a causa de las pérdidas sufridas. <<

[3] He extraído estas observaciones sobre música y literatura, así como las referentes a la ocupación del Ruhr y a la inflación, de las cartas a mi futura esposa. <<

[4] Frases finales de la obra de Heinrich Tessenow *Artesanía y ciudad provinciana* (1920). <<

[5] Éstas y las siguientes citas de Tessenow se encuentran en los apuntes inéditos del estudiante Wolfgang Jungermann, correspondientes a los años 1929-1932. <<

[6] Citado de memoria. <<

[7] Después de 1933 se le repitieron las críticas que se le habían hecho en este acto y se le reprochó su relación con el editor Cassirer y su círculo, por lo que fue considerado sospechoso y despojado de su cátedra. No obstante, gracias a mi situación privilegiada conseguí que Tessenow fuera rehabilitado y que volviera a ocupar su cátedra en la Escuela Técnica Superior de Berlín. Después de 1945 se le rindieron grandes honores; fue uno de los primeros rectores de la Universidad Técnica de

Berlín. «Aunque en los años que siguieron a 1933 fue convirtiéndose en un extraño —escribió en 1950 a mi mujer desde Neubrandenburg—, para mí Speer siguió siendo siempre el mismo hombre amable y de buena voluntad». <<

[8] Así se conocía a Goebbels en los círculos del Partido. En aquel tiempo no había precisamente muchos doctores en el Partido Nacionalsocialista. <<

[9] Sobre todo en los primeros años, los éxitos obtenidos por Hitler se debieron al trabajo de los organismos preexistentes, que él había reunido. Los antiguos funcionarios seguían trabajando en la Administración; los mandos militares de Hitler procedían de la élite del Ejército imperial y de la Reichswehr; las labores del Frente del Trabajo eran realizadas en parte por funcionarios sindicales incorporados al nuevo organismo; y, naturalmente, los directores de las industrias que más tarde estarían a mi cargo, con los que a partir de 1942 conseguí un asombroso aumento de la producción de armas, ya destacaban antes de 1933. Quizá resulte revelador que la fusión de aquellas antiguas y acreditadas organizaciones y sus bien elegidos colaboradores con el nuevo sistema de Hitler se tradujera en el logro de grandes éxitos. Sin embargo, seguramente eso no habría supuesto más que una fase transitoria. Transcurrida a lo sumo una generación, los puestos de responsabilidad habrían sido ocupados por unos dirigentes que, formados en los nuevos principios educativos de las Escuelas Adolf Hitler y de las Escuelas de Mandos, eran considerados arrogantes y sin escrúpulos incluso en los propios círculos del Partido. <<

[10] Véase *Die neue Reichskanzlei*, Editorial Central del NSDAP, Munich (sin fecha). <<

[11] Hitler era el único miembro del Partido que llevaba en la chaqueta una insignia de oro, un águila que sujetaba una esvástica con las garras. Todos los demás llevaban la insignia

redonda del partido. Naturalmente, la de Hitler no se distinguía de otras americanas de civil. <<

[12] En *The myth of the State* (Yale University Press, 1946), Ernst Cassirer escribe lo siguiente sobre el ascendiente ejercido por el Estado totalitario: «Eran personas inteligentes e instruidas, hombres honrados y sinceros que por propia iniciativa desdeñaron el mayor privilegio del ser humano, ser dueños de sí mismos… Dejaron de mostrarse críticos respecto a lo que los rodeaba y lo aceptaron como algo natural». <<

[13] Estando en prisión, me enteré por Funk de que Hindenburg se había dirigido a él expresándose en forma parecida. No se han podido aclarar las circunstancias que motivaron aquel telegrama de felicitación. <<

[14] Sobre este problema, de importancia general, Goethe constató en 1787 en su *Ifigenia en Táuride* que «el mejor de los hombres» termina por «acostumbrarse a la crueldad» y acaba «haciendo ley de aquello que aborrece», hasta el punto de que, «por la fuerza de la costumbre», se vuelve «duro y casi irreconocible». <<

[15] Para lograr este fin, pretendíamos renunciar en la medida de lo posible al hormigón armado y a la estructura de acero en todos los elementos constructivos que estuvieran expuestos a la acción de los agentes atmosféricos; los muros, incluso los de gran altura, debían seguir resistiendo la presión del viento cuando ya no tuvieran tejados o techos que los apuntalaran. Su estructura se calculaba en función de ello. <<

[16] *Sir* Nevile Henderson, *Failure of a mission* (1940): «Realmente, más allá de su exacerbado nacionalismo y de su ideología, había en la organización nazi y en sus instituciones sociales muchas cosas que deberíamos estudiar […] y adaptar a nuestra vieja democracia». <<

[17] En *Sir* Nevile Henderson, *Failure of a mission* (1940). <<

[18] El pintor de cámara de Hitler, el profesor Knirr, realizó el retrato de Schreck a partir de una fotografía, y Ludwig Johst pintó el de su madre, también a partir de una foto. Hitler acostumbraba remunerar generosamente los trabajos de este pintor. Una fotografía posterior muestra que Johst también recibió el encargo de pintar un retrato del padre de Hitler. <<

[19] Según Wagenfür, en 1944 Alemania gastó 71 000 millones de marcos en producción de armamento (*Die deutsche Industrie im Kriege 1939-1945*, pág. 86).

En la revista *Deutsche Bauzeitung* del año 1898, números 5, 9, 26 y 45, se dan detalles de las instalaciones que deberían construirse para celebrar las fiestas nacionales alemanas. <<

[20] El Estadio Olímpico de Berlín construido en 1936 tiene sólo 280 000 m^3. <<

[21] De un discurso inédito de Hitler, pronunciado el 9 de enero de 1939 ante los obreros que trabajaban en la construcción de la nueva Cancillería del Reich. <<

[22] Debía de referirse a los planos de Martin Mächler, que se mostraron al público en la gran exposición artística que se celebró en Berlín en 1927 y que, a pesar de todo, guardan un chocante parecido con las ideas de Hitler. Me enteré de su existencia por el libro de Alfred Schinz *Berlín, Stadtschicksal und Städtebau* (1946), que llegó a mis manos mientras estaba en Spandau. <<

[23] Véase el Boletín Oficial del Reich [*Reichsgesetzblatt*] del 30 de enero de 1937, pág. 103. <<

[24] Esta solución habría permitido también disponer a gran distancia de Berlín las vías de maniobra y los talleres de reparación, que de esa forma no estorbarían el futuro desarrollo de la ciudad. <<

[25] El terreno tenía una extensión de 3300 hectáreas. Según el uso actual del suelo, que supone 120 habitantes por hectárea,

esto habría arrojado una cifra de 400 000 habitantes. <<

[26] El proyecto de urbanización presentado en 1910 por los profesores Brix y Genzmer, con el que ganaron el primer premio en el Gran Concurso de Berlín, preveía una ciudad de diez millones de habitantes, cifra que se había de alcanzar, según ellos, en el año 2000 (*Deutsche Bauzeitung*, núm. 42, 1910). <<

[27] Con ocasión del centenario del American Institute of Architects, John Burchardt, decano del Massachusetts Institute of Technology, escribió, en colaboración con Bush-Brown, un libro titulado *The Architecture of America* (1961). En la página 423 de este volumen se lee: «Entre los gustos fascistas, comunistas y democráticos había pocas diferencias, al menos cuando se expresaban a través de los conductos oficiales». Burchardt cita, como ejemplos del estilo neoclasicista en Washington, el edificio de la Reserva Federal (arquitecto: Crete, 1937), la rotonda romana para el Jefferson Memorial (arquitecto: Pope, 1937), la National Gallery (arquitecto: Pope, 1939), el Tribunal Supremo y el Archivo Nacional. Y prosigue: «El antiguo edificio del Departamento de Guerra, que alojó más tarde al Departamento de Estado, rayaba en el neoclasicismo alemán tan querido por Hitler. La Rusia comunista, la Alemania nazi, la Italia fascista y la democrática América siguieron siendo los más fervorosos defensores del clasicismo». <<

[28] Esta casa, cercana a la residencia de Hitler en el Obersalzberg, había pertenecido a la familia Bechstein, con la que lo unía una cierta amistad. <<

[29] Se refería al llamado *Segundo libro de Hitler*, que se publicaría en 1961. <<

[30] El libro de N. E. Gun *Eva Braun-Hitler* (1967) incluye una lista de joyas de gran valor. Por lo que recuerdo, Eva Braun no las llevaba nunca, y tampoco aparecen en ninguna de las numerosas fotografías que hay de ella. Es posible que se trate de

objetos que Hitler le hizo llegar durante la guerra a través de Bormann a causa de su valor permanente. <<

[31] Edificada en estilo neogótico entre 1862 y 1924, su torre fue rebajada un metro para igualarla a la de la catedral de San Esteban. <<

[32] La lista recoge los edificios de los que Hitler hizo algún boceto. <<

[33] Hermann Esser era uno de los camaradas de Partido de los primeros tiempos y fue posteriormente subsecretario de Turismo. Christian Weber, también miembro del Partido desde el principio, a partir de 1933 desempeñó un papel secundario: entre otras cosas, se ocupó de dirigir las carreras de caballos de Riem. <<

[34] Hitler volvió a referirse a estas prisas en el discurso que pronunció el 9 de enero de 1939 en el Palacio de Deportes de Berlín con motivo de la conclusión de las obras. Ya en 1935 Hitler me había encargado unos bocetos para llevar a cabo una considerable ampliación de la Cancillería. <<

[35] Un consejo que le dio el doctor Grawitz, general de división de las SS y médico del Reich. <<

[36] Se trataba de Ultraseptyl. <<

[37] Iliá Méchnikov realizó investigaciones sobre bacterias, toxinas e inmunidad. En 1908 le fue otorgado el premio Nobel. <<

[38] Extraído de un discurso inédito de Hitler, pronunciado el 2 de agosto de 1938 en la Sala de Alemania de Berlín con motivo de la cobertura de aguas de la nueva Cancillería del Reich. <<

[39] De un discurso de Hitler, pronunciado el 9 de enero de 1939. <<

[40] Véase Friedrich Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler* (1949), pág. 207. <<

[41] Actualmente la Theodor-Heuss-Platz de Berlín. <<

[42] La propaganda nazi aludía con esta denominación despectiva a la República de Weimar. [N. del T.]. <<

[43] Del informe a Hitler del 20 de septiembre de 1944. <<

[44] Véase *Die Reichskanzlei* (Eher-Verlag, Munich), págs. 60 y 61. <<

[45] Winston S. Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, libro IV. <<

[46] Es verdad que Hitler celebraba todos los días numerosas entrevistas con los jefes regionales, conocidos y antiguos camaradas del partido que habían alcanzado honores y categoría. Sin embargo, en la medida en que me hallaba presente en ellas, pude comprobar que en tales entrevistas no se seguía ningún programa de trabajo, sino que Hitler, en una prolongación de la sobremesa, se extendía relajadamente sobre los problemas que lo acuciaban y, por lo general, la conversación derivaba pronto hacia la charla insustancial. Debo admitir que la agenda de Hitler da una impresión muy distinta de su capacidad de trabajo. <<

[47] Estas obras están consignadas en la Crónica de 1941. <<

[48] Departamento de Turismo, en la intersección de la gran avenida con la Potsdamer Strasse. <<

[49] Crónica de 1941: «La Ópera del Reich se encuentra frente al Ministerio de Economía; la Filarmónica, frente al Ministerio de Colonias». El arquitecto Klaje, director general de una sección del Ministerio, me dijo hacia 1941 que en la Sección de Construcciones del Alto Mando del Ejército de Tierra iban a exponerse unas maquetas de casas apropiadas para África. <<

[50] Del diario del Dr. Goebbels, anotación del 12 de mayo de 1943: «Si no se construye en el parque de Sanssouci un grandioso mausoleo, de estilo griego, para albergar los restos de

Federico el Grande, estos serán depositados en la gran "Galería de los Soldados" del futuro edificio del Ministerio de Guerra». <<

[51] Incluyendo el hueco del arco, el Arco de Triunfo de Berlín habría tenido un volumen de 2 366 000 m^3; el *Arc de Triomphe* de París habría cabido 49 veces dentro de él. La «Galería de los Soldados» era un cubo de 250 metros de longitud, 90 de anchura y 83 de alto. El terreno que se extendía tras la Sala, destinado al Alto Mando del Ejército de Tierra, tenía una extensión de 300 por 450 metros. El vestíbulo con escalinatas del nuevo edificio de Göring tenía una superficie de 48 por 48 metros, y una altura de 42 metros. Los costes del edificio destinado a Göring se estimaban en un mínimo de 160 millones de marcos del Reich. El nuevo Ayuntamiento de Berlín tenía una longitud de 450 metros, y su cuerpo central iba a alcanzar una altura de 60 metros. El edificio del Alto Mando de la Marina de Guerra habría de tener 320 metros de longitud; la nueva Jefatura Superior de Policía de Berlín, 280 metros. <<

[52] A pesar de mi cargo oficial como Inspector General de Edificación, Hitler me permitía proyectar grandes edificios como arquitecto particular. En la reestructuración de Berlín se observaba sistemáticamente el procedimiento de encomendar a arquitectos particulares tanto las obras del Estado como las casas comerciales. <<

[53] Del discurso que Hitler pronunció en la celebración de la cobertura de aguas de la nueva Cancillería del Reich, el 2 de agosto de 1938. <<

[54] Albert Speer: «Neuplanung der Reichshauptstadt», en *Der Baumeister*, Munich, 1939, núm. 1. El tradicional ingenio de los berlineses tomó como blanco nuestros planes de construcción, a pesar de lo poco que sabían de los auténticos proyectos. Según cuenta Ulrich von Hassel en su Diario,

Furtwängler me habría dicho lo maravilloso que tenía que ser poder construir obras tan grandes a partir de mis propias ideas, a lo que el pueblo de Berlín ponía en mi boca, a guisa de respuesta: «Imagínese que alguien le dijera a usted: "Es mi voluntad inquebrantable que a partir de ahora la *Novena* se ejecute únicamente con una armónica"». <<

[55] Crónica del 28 de marzo de 1941. <<

[56] Según Wagenfür, en el año 1939 se gastaron 12 800 millones de marcos del Reich en obras. <<

[57] Crónica del 29 de abril. <<

[58] Crónica del 31 de marzo de 1941. <<

[59] *Sir* Nevile Henderson habla de ello en su obra *Failure of a mission* (1940): «Por consiguiente, mi intención era cambiar mi Embajada, que el Gobierno alemán podría destinar a fines gubernamentales, por un gran solar situado en una esquina de la nueva gran avenida transversal. Hablé enseguida de mi proyecto a Göring y a Ribbentrop, y les rogué que hicieran saber a Hitler que más adelante le hablaría del asunto y que tenía la esperanza de que esta propuesta pudiera formar parte de un acuerdo general con Alemania».

Según la Crónica del 20 de agosto de 1941, Alfieri manifestó que «el *Duce* tenía un extraordinario interés por la arquitectura alemana. Y que ya le había preguntado a él, Alfieri, si tenía amistad con Speer». <<

[60] Por ejemplo, Trevor-Roper, Fest y Bullock. <<

[61] En el discurso que pronunció el 10 de noviembre de 1938 ante los redactores en jefe de la prensa alemana, Hitler describió así el método apropiado para preparar propagandísticamente una guerra: «Ciertos procesos deben iluminarse de manera que se vaya sembrando en la gran masa del pueblo, poco a poco y de forma automática, el convencimiento de que si una cosa no se puede conseguir por las buenas, no hay más remedio que

recurrir a las malas; que de ningún modo las cosas pueden seguir como estaban». <<

[62] En el plano, que todavía se conserva, se había previsto que el nuevo pleno dispondría de una sala de 2100 m^2. <<

[63] Se conservan los dibujos preliminares del proyecto, que datan de esa época. El 5 de noviembre de 1936 Hitler hizo también unos bocetos a partir de los primeros planos que yo le había presentado. <<

[64] Los tambores de estas columnas, de tres metros de diámetro, ya habían empezado a ser labrados en Suecia con granito rojo cuando comenzó la guerra. <<

[65] Los 21 000 000 m^3 correspondían a los 9 400 000 m^3 de la parte circular, incluyendo la cúpula,9 500 000 m^3 del basamento cuadrado, 2 200 000 m^3 de las cuatro antesalas y 8000 m^3 de la linterna. <<

[66] Según explica K. Lankheit en *Der Tempel der Vernunft* (Basilea, 1968), la cúpula de una obra proyectada hacia 1793 por Étienne L. Boullée para glorificar la «Razón» de la Revolución Francesa tenía un diámetro de 260 m <<

[67] Aunque la acústica suele ser el punto flaco de los recintos cerrados por medio de una cúpula, varios especialistas nos aseguraron, para nuestra tranquilidad, que no había motivo alguno de preocupación si se tomaban las medidas adecuadas. <<

[68] Para compensar las diferencias debidas a la naturaleza del suelo y, al mismo tiempo, aumentar su densidad, los ingenieros idearon una plancha-base maciza y continua de 320 x 320 m, que se enterraría hasta una profundidad de 30 m <<

[69] Uno de los ejes de la plaza medía 500 m, y el otro 450 m <<

[70] Hitler realizó esos bocetos el 5 de noviembre de 1936, en diciembre de 1937 y en marzo de 1940.

La Cancillería que había ocupado Bismarck en la Wilhelmstrasse tenía 13 000 m^3. El nuevo palacio del *Führer*, cuya conclusión estaba prevista para 1950, habría tenido 1 900 000 m^3, sin contar las dependencias de trabajo, que ocupaban 1 200 000 m^3. Con un total de 3 100 000 m^3, Hitler habría superado largamente el proyecto de Göring, de 580 000 m^3, por lo que no volvió a referirse a él.

Con sus 280 m de longitud, la fachada del palacio de Hitler que daba al jardín no podía equipararse con la del de Luis XIV en Versalles, de 576 m; pero eso era sólo porque el terreno no permitía una edificación más larga, por lo que tuve que doblar las dos alas en forma de U. Cada una de estas alas medía 195 m; así pues, la longitud total de esta fachada alcanzaba los 670 m, casi cien más que la de Versalles.

Se ha conservado el plano de la planta baja del palacio, y con él puedo reconstruir la distribución de los espacios, fijada personalmente por Hitler. Se llegaba al Patio de Honor, de 100 m de longitud, a través de un portal gigantesco que daba a la gran plaza; desde este patio, que comunicaba con otros dos, rodeados de columnas, se llegaba a las salas de recepción, que se abrían a una serie de estancias que se alineaban a lo largo de un cuarto de kilómetro; otra alineación de recintos, situada en el lado norte, habría alcanzado los 380 m. Desde allí se llegaba, cruzando una antesala, al enorme comedor, de 92 x 32 m, lo que hacía una superficie de 2940 m^2. La totalidad de la residencia del canciller Bismarck tenía sólo 1200 m^2, así que habría cabido perfectamente en el comedor.

En condiciones normales, se considera que la superficie que cada persona ocupa en un comedor es de 1,5 m^2, por lo que este salón habría podido acoger a casi dos mil comensales. <<

[71] Las ocho salas para reuniones sociales habrían tenido 15 000 m^2 en total. El teatro estaba proyectado para 400

cómodas butacas, aunque, puesto que la sala medía 320 m^2, la disposición normal de los asientos en los teatros, que asigna 0,4 m^2 por persona, habría permitido que se sentaran 800 espectadores en platea y 150 en las tribunas. Hitler había previsto un palco aparte para él. <<

[72] La sala de recepción de la Casa Blanca (*East Room*) de Washington tiene unos 500 m^3, mientras que la de Hitler medía 21 000 m^3.

El camino que debían recorrer los diplomáticos en la Cancillería del Reich edificada en 1938 tenía 220 m, y en la nueva serían 504 m. Tendrían que cruzar una sala de recepción de 34 x 36 m, una sala abovedada de 180 x 67 m, una sala cuadrada de 28 x 28 m, la galería de 220 m y una antesala de 28 x 28 m. La diferencia respecto a la longitud total corresponde al espesor de las paredes. <<

[73] Incluidas las dependencias de trabajo (200 000 m^3) de la Cancillería, situadas en el lado sudeste de la plaza e integradas en el edificio, se habría alcanzado una capacidad total de 1 400 000 m^3, mientras que la construcción de Siedler sólo tenía 20 000 m^3. <<

[74] El 2 de agosto de 1938, en la celebración de la cobertura de aguas de la nueva Cancillería del Reich, Hitler dijo: «No soy sólo el canciller del Reich, sino también un ciudadano. Como ciudadano, en Munich sigo viviendo en la misma casa que antes de alcanzar el poder. Sin embargo, como canciller del Reich y *Führer* de la nación alemana, es mi deseo que Alemania sea tan bien representada como cualquier otro Estado, incluso mejor. Así, comprenderán ustedes que mi orgullo no me permita residir en antiguos palacios. No haré tal cosa. El nuevo Reich levantará sus propios edificios. No viviré en esos palacios. En el resto de Estados, todo el mundo está metido en algún sitio: en Moscú, en el Kremlin; en Varsovia, en el Belvedere; en Budapest, en el

Palacio Real; en Praga, en Hradschin. Sólo tengo una ambición: dotar al nuevo Reich del pueblo alemán unas obras que no lo avergüencen al compararlas con esas antiguas mansiones palaciegas. Además, esta nueva República alemana no ocupará los antiguos aposentos reales. Si otros se alojan en el Kremlin, en Hradschin o en un castillo, nosotros aseguraremos la representación del Reich por medio de unas obras propias de nuestro tiempo… No sé quién habitará en estos nuevos edificios. Dios quiera que sean siempre los mejores hijos de nuestro pueblo, no importa cuál sea su origen. Pero sí sé una cosa: que en el resto del mundo no habrá nadie que mire por encima del hombro a los hijos de nuestro pueblo porque procedan de las capas más humildes. Desde el momento en que alguien ha sido llamado a representar a la nación alemana, está al mismo nivel que cualquier rey o emperador extranjero». En la inauguración, el 9 de enero de 1939, insistía: «He rehusado vivir en el que se conoce como Palacio del Presidente del Reich. ¿Por qué, compatriotas? Ahí vivió antiguamente el mayordomo mayor de la Corte y, ¿sabéis qué?, el *Führer* de la nación alemana no residirá en una casa en la que antes haya vivido el mayordomo mayor de la Corte. Preferiría irme a una azotea antes que vivir en ese palacio. Desde luego, nunca he comprendido a los de la antigua República. ¡Los caballeros proclamaron una república, acabaron con el antiguo Imperio y luego se fueron a vivir a casa del antiguo mayordomo mayor de la Corte! ¡Eso es una indignidad, obreros alemanes! No tuvieron la fuerza de darle enseguida un rostro propio al Estado que crearon. Ha sido y es mi decisión inquebrantable que el nuevo Estado disponga de unos símbolos propios». Así pues, era evidente que el asunto de su representación personal preocupaba a Hitler, cosa nada extraña dado el volumen de sus proyectos de futuro, que sólo conocíamos él y yo. <<

[75] He calculado un coste por metro cúbico de unos 200 DM

para la Sala y de 300 DM para las obras restantes. <<

[76] El solar del cuartel de las SS se situaba junto a la estación del sur, a siete kilómetros del centro hitleriano; el del regimiento berlinés Gran Alemania se dispondría a ochocientos metros, al norte de la Gran Sala. <<

[77] El 8 de mayo de 1943, Goebbels anotó en su Diario: «El *Führer* expresa su certeza inquebrantable de que el Reich llegará un día a dominar Europa entera. Aún nos quedan muchos combates para conseguirlo, pero no hay duda de que nos conducirán a los éxitos más gloriosos. Entonces quedará abierto el camino hacia el dominio del mundo. Quien sea dueño de Europa podrá reclamar el gobierno del mundo entero». <<

[78] El *Vólkischer Beobachter* publicó, el 23 de agosto de 1939, la siguiente noticia: «A las 2.45 horas de la madrugada del martes día 22, pudo contemplarse en el observatorio astronómico de Sonneberg una gran aurora boreal que se extendía por la zona norte y noroeste del cielo». <<

[79] Von Below, asistente de Hitler, me informó de esta observación. <<

[80] De hecho, en la Cancillería del Reich construida nueve meses antes hice poner bajorrelieves con escenas de la leyenda de Hércules. <<

[81] Citado de memoria. Hitler se expresó en términos similares respecto a aquel momento después de 1942, cuando yo era ya su ministro de Armamentos. <<

[82] El 23 de noviembre de 1937, durante la inauguración de la Escuela de Mandos de Sonthofen, se desató un júbilo inenarrable cuando Hitler, en un discurso que los jefes comarcales del partido acogieron con calma, exclamó de pronto, sin ninguna preparación retórica: «¡Inglaterra es nuestro enemigo número uno!». Entonces me dejaron perplejo tanto la unánime espontaneidad de aquella demostración de júbilo como

el inesperado giro de Hitler contra Inglaterra, pues yo había supuesto que esta nación continuaba teniendo un papel privilegiado en su mundo ideal. <<

[83] El 26 de junio de 1944, Hitler, en un discurso pronunciado ante los industriales en el Obersalzberg, dijo estas palabras: «No era mi intención repetir los errores de 1899, 1905 y 1912, es decir, confiar en que ocurriría un milagro y que no habría necesidad de lucha». <<

[84] Hermann Rauschning reproduce una observación de Hitler diciendo que, si la guerra no pudiera ganarse, la jefatura nacionalsocialista preferiría arrastrar consigo al abismo a todo el continente. (Rauschning, *Gesprache mit Hitler*, Zurich-Viena, 1945). <<

[85] «En mi opinión, la masa del pueblo alemán, la otra Alemania, estaba aterrorizada ante la idea de esta guerra, que le había sido impuesta por la fuerza. Sólo puedo decir que el ambiente general de Berlín era extraordinariamente sombrío y deprimido». (*Sir* Nevile Henderson, *Failure of a mission*, 1940). <<

[86] Crónica de 1941: «El 12 de mayo, en presencia del coronel Schmundt, Speer mantuvo una conversación con Hitler en el Obersalzberg sobre los futuros desfiles que habrían de celebrarse en la gran avenida. Para presidir el desfile, el *Führer* ya había elegido un punto situado en el centro de la avenida, cerca de los Ministerios. Las tropas deberían venir del sur». <<

[87] Según la carta que dirigí al tesorero del Reich del NSDAP el 19 de febrero de 1941: Augsburgo, Bayreuth, Bremen, Breslau, Danzig, Dresde, Dusseldorf, Graz, Hamburgo, Hannover, Heidelberg, Innsbruck, Colonia, Memel, Münster, Oldenburg, Poznari, Praga, Sarrebruck, Salzburg, Stettin, Waldbröl, Weimar, Wolfsburg, Wurzburg, Wuppertal. <<

[88] Del acta de mi conversación con Hitler del 17 de enero de

1941. Mediante una carta dirigida a Bormann el 20 de enero de 1941, renuncié al cargo de «Delegado de Edificación» de su Estado Mayor. El 30 del mismo mes y año dirigí otra carta al doctor Ley para renunciar a mi cargo en «Belleza del Trabajo» y a la alta inspección de las obras del Frente Alemán del Trabajo. Según la Crónica, se devolvió la alta inspección del levantamiento de casas comunales del Partido al tesorero nacional, M. X. Schwarz, y renuncié a mi facultad de «dictaminar sobre escritos de índole arquitectónica» y de designar a los arquitectos de confianza del departamento nacionalsocialista de bienestar social. También comuniqué al jefe nacional Rosenberg que, en lo sucesivo, no debía acompañar a mi nombre el título de «delegado para las obras del NSDAP» en la revista *Baukunst im Deutschen Reich* que editábamos conjuntamente. <<

[89] Sin embargo, me limité a cumplir nuestra promesa de ofrecer terrenos a las iglesias para reemplazar los que habían ocupado los edificios que serían derribados en el interior de la ciudad. <<

[90] Hitler había elegido para cada campaña una marcha distinta con la que anunciar por la radio las victorias obtenidas. <<

[91] Mi sugerencia de que el doctor Todt paralizara las obras y su correspondiente respuesta están registradas en la Crónica. <<

[92] Estos datos están tomados del informe final de la Crónica de 1941. Según otro informe, entre fines de marzo y comienzos de septiembre de 1941 Noruega proporcionó 2 400 000 m^3 de granito sin labrar y 9 270 000 m^3 de granito pulido; Suecia, que entregó 4 210 000 m^3 de un tipo y 5 300 000 m^3 del otro, obtuvo un contrato de suministro de granito por valor de dos millones de marcos anuales, garantizado durante diez años. <<

[93] Esta declaración de Hitler aparece consignada en la Crónica del 29 de noviembre de 1941. También se ha citado literalmente a partir de la Crónica la misión encargada al

almirante Lorey. <<

[94] Los detalles se han extraído de la Crónica del 1 de mayo y del 21 de junio y del acta de reuniones del *Führer* del 13 de mayo de 1942, punto 7. Recientemente se ha hallado un intercambio epistolar mío con la Marina de Guerra, del que se infiere que en Trondheim, en una superficie de 700 ha, iban a levantarse 55 000 viviendas para «el personal de la Marina». <<

[95] De la Crónica del 24 de noviembre de 1941 y del 27 de enero de 1942. <<

[96] Crónica de otoño de 1941 y del 1 de enero de 1942. <<

[97] La orden de Hitler seguía en vigor en diciembre de 1941, a pesar de que las circunstancias habían cambiado visiblemente. Hitler se mostraba vacilante cuando se trataba de revocar sus órdenes, en parte porque tenía una tendencia natural a la vacilación y en parte por razones de «prestigio». La orden que, en vista de la situación bélica, volvía a dar prioridad al armamento del Ejército de Tierra no se emitió hasta el 10 de enero de 1942. <<

[98] De la Crónica del 11 de noviembre de 1941. <<

[99] De la Crónica del 5 de mayo de 1941. <<

[100] Según la Crónica, a partir del 28 de enero de 1942 salió cada día de Berlín un tren con obreros y maquinaria hacia Ucrania. Con anterioridad ya habían llegado a Dniepropetrovsk algunos cientos de trabajadores para las tareas preparatorias. <<

[101] Todt se dirigía a Munich; probablemente se había previsto una escala en Berlín. <<

[102] Carta del doctor Todt del 24 de enero de 1941. <<

[103] En la Crónica del 10 de mayo de 1944 se citan las siguientes palabras de mi discurso: «En 1940, cuando se nombró al doctor Todt titular del Ministerio de Armamentos y Munición, el *Führer* me citó oficialmente y me dijo que la misión que se le

había encomendado —fabricar todo el armamento del Ejército de Tierra— era enorme, por lo que no podría ocuparse al mismo tiempo de dirigir la construcción. Rogué al *Führer* que desistiera de su propósito de encargarme aquella tarea, pues sabía que al doctor Todt le gustaba y que aquella decisión comportaría muchas dificultades. Le dije que la idea no sería de su agrado y el *Führer* desistió». <<

[104] El despegue se efectuó normalmente, pero muy poco después, mientras el aparato todavía era visible, el piloto dio un giro brusco y empezó a descender hacia la pista de aterrizaje; al parecer, tenía una emergencia y no le dio tiempo de poner el avión de cara al viento. Entonces sucedió la desgracia, no lejos del campo de aviación y a poca altura. El avión era un Heinkel III, adaptado para el transporte de pasajeros, que había puesto a disposición del doctor Todt el mariscal Sperrle, amigo suyo, porque el aparato de Todt necesitaba algunas reparaciones. Hitler supuso que, al igual que todos los correos que volaban hacia el frente, este avión tenía un dispositivo que, al accionarse por medio de una palanca situada entre los asientos del piloto y el acompañante, hacía que el avión estallara al cabo de unos minutos. El dictamen del tribunal militar, pronunciado el 8 de marzo de 1943 (K 1 T. L. 11/42) por el general en jefe Königsberg, establece lo siguiente: «Al parecer, a unos 700 metros de distancia del campo de aviación, el piloto cortó gas para volver a darlo dos o tres segundos después. En ese momento, en la parte delantera del aparato, al parecer a causa de una explosión, se encendió una violenta llamarada. Acto seguido el aparato se precipitó a tierra desde una altura de unos veinte metros, cayó sobre el plano de sustentación derecho y golpeó casi verticalmente contra el suelo. El aparato resultó destruido por el incendio que se inició brevísimos instantes después del golpe y que fue seguido de varias detonaciones». <<

[105] A los tres meses de mi nombramiento, el 8 de mayo de

1942, Hitler tranquilizó a Rosenberg: «A este respecto el *Führer* manifestó repetidas veces que el Ministerio del Reich de Speer sería disuelto el día en que se firmara la paz y que sus ocupaciones serían distribuidas». (Anotado por Rosenberg, documento de Nuremberg, 1520 PS).

En el mismo sentido escribí a Hitler desde mi lecho de enfermo en el hospital de Hohenlychen el 25 de enero de 1944: «No necesito recalcarle, *mein Führer*, que jamás he tenido la intención de ejercer actividades políticas, ni durante la guerra ni después de ella. Considero mi tarea actual pura y simplemente como un servicio de guerra y disfruto de antemano pensando en la época en que podré desarrollar de nuevo mi labor profesional como artista, que para mí tiene más importancia que cualquier actividad ministerial o política». <<

[106] Hasta el verano de 1943, cuando nos trasladamos a los «barracones del Knie», no pude cambiar sin llamar la atención aquellos muebles por los de mi antiguo despacho, diseñados por mí. De aquel modo logré deshacerme también de un cuadro que estuvo hasta entonces detrás de mi mesa. Mostraba a Hitler, que en realidad no sabía cabalgar, como caballero medieval, lanza en ristre, a lomos de un corcel y con el rostro severo. Los técnicos de fina sensibilidad no siempre tienen gusto artístico al decorar sus interiores. <<

[107] Véase también la Crónica del 12 de febrero: «Los intentos de Funk, Ley y Milch para inmiscuirse en las actividades del ministro a los pocos días de que éste se hiciera cargo del Departamento fueron sofocados enseguida». Se nombra a Ley en estas notas porque, poco después de mi nombramiento, escribió en el órgano del partido (*Angriff*) un artículo desleal que le acarreó una reprimenda de Hitler. Véase el Diario del doctor Goebbels de los días 13 y 25 de febrero de 1942. <<

[108] De mi discurso pronunciado el 18 de abril de 1942 ante los

consejeros económicos regionales. <<

[109] En una carta que me dirigió el 5 de noviembre de 1942, Göring reconocía de manera indirecta mi autoridad: «Ha sido un placer para mí traspasarle a usted estos poderes, derivados de mi pleno poder general, con objeto de que no pueda producirse un conflicto de intereses. De otro modo, habría tenido que rogar al *Führer* que me relevara del cargo de responsable de la ejecución del Plan Cuatrienal». <<

[110] Del decreto sobre los «apoderados generales de Armamento». <<

[111] Crónica del 2 de marzo de 1942. <<

[112] Véase Walther Rathenau: *Die neue Wirtschaft*, 1917. (*Gesammelte Schriften*, volumen 5). <<

[113] Existe una extensa literatura sobre la organización del Ministerio de Armamento. Citemos, por ejemplo, el libro de Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer*, y el de Rolf Wagenführ, *Die deutsche Industrie im Kriege 1939 bis 1945*. Estos trabajos explican todo lo relativo a la producción de armamento de un modo mucho más detallado de lo que yo lo habría hecho aunque me hubiera concentrado únicamente en ese tema. Según el decreto del 29 de octubre de 1943, relativo a la asignación de funciones, las comisiones y anillos principales eran responsables de los siguientes cometidos: tipificación, unificación de las normas sobre piezas en bruto destinadas a producir varios artículos, procesos de fabricación, ahorro de materias primas (cálculo del peso de las materias primas empleadas), sustitución de materias primas para ahorrar metales escasos, prohibición de fabricación, comparación de rendimientos, intercambio de experiencias, desarrollo de nuevos métodos de trabajo, limitación de los modelos y constitución de los programas de las empresas, concentración de la producción, destitución y ampliación de personal, justificantes de empresas, traslado de la

producción, control de acabados, solicitud y amortización de la maquinaria, ahorro de energía y gas, etc.

Los presidentes de las comisiones de desarrollo tenían que decidir si la fabricación de un prototipo requería una inversión razonable en términos militares o de economía armamentista, y si una vez desarrollado sería posible producirlo.

Los directores de las comisiones y anillos principales y de las comisiones de desarrollo estaban a mis órdenes directas. <<

[114] Según una carta de mi jefe de personal, Bohr, del 7 de junio de 1944. <<

[115] Autoricé a todos los jefes de sección para firmar «en representación» en vez de hacerlo con el habitual «por orden». De acuerdo con las normas de la burocracia, esto suponía otorgarles unos poderes que hasta entonces sólo tenía el subsecretario. Las protestas del ministro del Interior, responsable de la regulación de la técnica administrativa estatal, no llegaron a ninguna parte.

Al director de la Oficina Central, Willy Liebel, lo traje de Nuremberg, donde había ejercido el cargo de alcalde. El jefe de la Oficina Técnica, Karl Saur, procedía de las filas de los funcionarios intermedios del Partido y había desarrollado una actividad secundaria en una empresa industrial. El jefe de la Oficina de Suministros, doctor Walter Schieber, químico de profesión, encarnaba dentro de las SS y el Partido al típico viejo camarada que trabajaba en lo suyo. Mi representante en la Organización Todt, Xaver Dorsch, era nuestro más antiguo miembro del Partido. También el jefe de sección Seebauer, responsable de la producción de bienes de consumo, se había afiliado al Partido mucho antes de 1933. <<

[116] Crónica de 1942. <<

[117] Extraído del «índice de la producción alemana de armamentos» elaborado en enero de 1945 a partir del coste de

los diversos tipos de armamento, sin tener en cuenta el alza de precios para no falsear la validez de las cifras. El hecho de duplicar la producción de municiones, capítulo que representaba el 29% del coste total del armamento de las tres ramas de la Wehrmacht, repercutió fuertemente en el índice global. El siguiente resumen muestra la efectividad de nuestro trabajo en los tres sectores armamentistas principales:

1. Entre 1940 y 1944 se quintuplicó el número de tanques, aunque su capacidad combativa aumentó 7,7 veces, dado que eran cada vez más potentes. Este resultado se consiguió empleando un 270% más de mano de obra y un 212% más de acero. Así pues, la Comisión Central de Tanques consiguió, respecto a 1941, un ahorro del 79% en mano de obra y del 93% en la cantidad de acero empleado.

2. El índice global de municiones para el Ejército de Tierra, la Aviación y la Marina, que fue del 102 en 1941, se triplicó en 1944, aumentando hasta el 306. Para lograrlo se empleó un 67% más de mano de obra y un 182% más de acero. Así pues, incluso en este sector, a pesar de que la producción ya estaba mecanizada antes de iniciarse nuestra actividad, se logró reducir la mano de obra un 59% y sólo un 9,4% el acero.

3. De 1941 a 1944, el índice de cañones aumentó 3,3 veces, lo que requirió únicamente un 30% más de mano de obra, un 50% más de acero y un 38% más de cobre. (Los datos relativos a mano de obra, cobre y acero de estos tres ejemplos proceden del discurso que pronuncié en el Wartburg el 16 de julio de 1944).

La agricultura y la economía forestal se organizaron a partir de unos principios de autorregulación similares y consiguieron un crecimiento similar. <<

[118] Del discurso del 18 de abril de 1942. Partiendo del principio de la confianza, «por imposible que les parezca a los

burócratas de la administración, se puede llegar a derribar un sistema que, si perdura, será un obstáculo cada día mayor para toda la economía de guerra». No cabe duda de que exageraba cuando dos años más tarde, el 24 de agosto de 1944, afirmé ante los que colaboraban con nuestra organización de armamentos que «la confianza que depositábamos en los técnicos y jefes de empresa constituía un caso único en el mundo».

Dos semanas antes, el 10 de agosto de 1944, constaté, en presencia de las mismas personas: «Hemos construido nuestro aparato administrativo de tal forma que hasta ahora cada uno de nosotros, hasta el último de los obreros, ha sido tratado con la mayor desconfianza; se consideraba que todo el mundo estaba dispuesto a defraudar al Estado en cualquier momento, y para evitarlo se establecieron todo tipo de filtros, para que, por ejemplo, el director de una empresa que hubiera logrado rehuir uno de los filtros —como la comprobación de precios— fuera atrapado por los beneficios. Y después vienen los impuestos, con lo que al final igualmente no queda casi nada. De lo que se trata es de modificar la postura del Estado frente al pueblo alemán y de sustituir el recelo por la confianza. Esta medida permitiría a la Administración prescindir de unas 600 000 u 800 000 personas». Naturalmente, me proponía emplearlas en las fábricas de armamentos. <<

[119] Véase la carta que dirigí a Hitler el 20 de septiembre de 1944, citada en el capítulo XXVII. <<

[120] Del discurso pronunciado el 1 de agosto de 1944 ante mis colaboradores de la industria del armamento. <<

[121] Citado en la Crónica del 19 de febrero de 1943. <<

[122] Véase la carta del 20 de septiembre de 1944. <<

[123] Disposición del *Führer* para la protección de la economía armamentista del 21 de marzo de 1942. <<

[124] El 26 de mayo de 1944, tras una discusión con el general de

división de las SS Kammler, que había hecho detener a un director de la BMW por sabotaje, me reuní con los jefes de sección y dicté unas «Directrices de procedimiento en caso de faltas cometidas en la economía de armamento». El ministro desea «que un grupo de industriales adopte una postura respecto a las faltas antes de que los tribunales o las SS se ocupen de ellas. El ministro no tolerará detención ni condena alguna sin haber sido escuchado previamente». (Crónica). <<

[125] Respecto al tema de este capítulo, véase el discurso pronunciado en Essen ante los industriales el 6 de junio de 1944. <<

[126] Nueve meses antes había intentado en vano parar el alud de cartas poniéndoles un sello con mi firma y las siguientes palabras: «Devolver al remitente. Sin importancia bélica». Crónica del 11 de febrero de 1943. <<

[127] La fabricación de antitanques y antiaéreos en 1941 se ha contado con los cañones. Ese año se produjo la mitad de ametralladoras y aviones que en 1918. Sin embargo, la fabricación de pólvora y explosivos llegó a multiplicarse por 2,5 debido a las exigencias cada vez mayores de bombas y minas marinas y terrestres. Naturalmente, estas cifras son sólo relativas tanto en lo que se refiere a las armas como a los aviones, pues los requisitos técnicos exigidos a los equipos de armamento habían aumentado mucho desde 1918. (Los datos correspondientes a este último año han sido tomados del libro de Rolf Wagenführ).

Durante mucho tiempo la producción de municiones fue más baja que en la Primera Guerra Mundial. En mi discurso del 11 de agosto de 1944 establecí una comparación inequívoca: «En muchos sectores, y de forma especial en el de la fabricación de municiones, las cifras alcanzadas en la Primera Guerra Mundial fueron más altas que las actuales aproximadamente hasta 1943; sólo en estos últimos meses se ha conseguido superar la

producción máxima de municiones de las guerras mundiales, contando tanto la participación de Alemania como la del Protectorado y Austria». <<

[128] Las dificultades que la burocracia, autárquica y altamente desarrollada, introducía en nuestra economía de guerra pueden ilustrarse con el curioso ejemplo que sigue, que relaté detalladamente en mi discurso del 28 de abril de 1942:

«El 11 de febrero de 1942, una fábrica de armamento de Oldenburg pidió un kilo de alcohol a una empresa de Leipzig, que le exigió un formulario de compra del Departamento de Monopolios del Reich. La fábrica de Oldenburg se dirigió a este departamento, que la remitió a la Sección Económica competente para que le extendiera un documento que certificara la urgencia del pedido. Ésta encargó el asunto a su delegación de Hannover, que exigió y obtuvo una declaración jurada de que el alcohol se emplearía sólo para fines técnicos. El 19 de marzo, es decir, más de cinco semanas después, la oficina de Hannover comunicó que la solicitud había sido devuelta a la Sección Económica de Berlín; el 26 de marzo, la fábrica recibió un escrito de la Sección Económica en el que se le indicaba que el pedido había sido aprobado y remitido al Departamento de Monopolios del Reich, aunque al mismo tiempo se le comunicaba que carecía de objeto dirigirse a aquella sección para tales asuntos, ya que no tenía asignado ningún cupo de alcohol, por lo que en el futuro debería dirigir sus peticiones al Departamento de Monopolios… Que era precisamente lo que la empresa había hecho al principio. El 30 de marzo se cursó una nueva solicitud al Departamento de Monopolios del Reich, que doce días más tarde respondió diciendo que en primer lugar debía ser informado de la cantidad de alcohol que se consumía al mes, pero que, a pesar de ello, concedía generosamente a la fábrica de Oldenburg el kilo de alcohol en cuestión. A las ocho semanas de haber empezado a pedir el alcohol, un empleado fue

a recogerlo a la empresa de distribución pertinente, donde le dijeron que tenía que presentar un certificado de la Unidad de Alimentación del Reich, un organismo agrícola cuya delegación local manifestó con firmeza que sólo podía autorizar la distribución de alcohol para beber, no para usos técnicos o industriales. El 18 de abril la fábrica aún no tenía el kilo de alcohol que había solicitado el 11 de febrero, a pesar de que lo necesitaba urgentemente». <<

[129] Casi tres años más tarde, en mi informe final del 27 de enero de 1945, constaté que «con una concentración similar de todas las energías y eliminando todos los obstáculos sin contemplaciones, la producción de armamentos de 1944 se habría podido alcanzar ya en 1940 y 1941». <<

[130] «The Speer Plan in action», *Times* del 7 de septiembre de 1942. Pero no sólo el *Times* se mostraba ocasionalmente bien informado sobre asuntos internos de mi Ministerio. Leí también noticias relacionadas con procesos de fabricación de mi Ministerio que incluso a mí me resultaron reveladoras en otro periódico inglés. <<

[131] Del discurso del 18 de abril de 1942. <<

[132] Protocolo del *Führer* del 5-6 de marzo de 1942, apartado 17.3: «El *Führer* ha ordenado la paralización del Obersalzberg. Dirigir carta en este sentido al jefe nacional Bormann». Pero dos años y medio después —el 8 de septiembre de 1944—, las obras seguían en marcha. Sobre este particular, Bormann escribió a su esposa: «El señor Speer, quien, como constato una y otra vez, no me puede ver, exigió sin más a los señores Hagen y Schenk que lo informaran del estado de las obras del Obersalzberg. ¡Un procedimiento inaudito! ¡En lugar de seguir la vía oficial dirigiéndose a mí, el gran dios de las construcciones ordena sin ambages a mi gente que lo informe! Y como dependemos de él para obtener materiales y mano de obra, encima tengo que

poner buena cara». (*Bormann Letters*, pág. 103). <<

[133] En la carta que mi «delegado general de transformación de explotaciones» escribió a Bormann el 20 de marzo de 1944 se dice: «De acuerdo con su carta del 1 de marzo de 1944, he adoptado ya las medidas necesarias para que no se paralicen las valiosas fábricas de gobelinos ni otros centros de producción de objetos artísticos similares». El 23 de junio de 1944, Bormann escribió: «Querido señor Speer: El Grupo Nacional de Artesanía ha notificado a la empresa Pfefferle, a la que usted ya conoce, la prohibición de continuar fabricando marcos para cuadros, listones para esos marcos y objetos similares a pesar del certificado extendido por la Haus der Deutsche Kunst. Según le comunico por orden del *Führer*, es deseo de este que la empresa Pfefferle no tropiece en el futuro con más dificultades para realizar sus trabajos, que consisten principalmente en encargos del *Führer*. Le quedaría muy agradecido si tomara usted, a través de su Departamento de Producción, las medidas oportunas. *Heil Hitler!* Suyo, Bormann». <<

[134] Por razones propagandísticas, Goebbels intentó en vano cambiar el estilo de vida de las personalidades del Reich: «Bormann promulga un edicto en el que aboga por una mayor sencillez de los dirigentes del Partido en sus apariciones públicas, sobre todo en los banquetes. Se trata de una advertencia al Partido para que predique al pueblo con el ejemplo. Este edicto resulta muy oportuno. Esperemos que sea acatado, aunque me he vuelto un poco escéptico sobre este particular». (Diario de Goebbels, 20 de febrero de 1942).

El edicto de Bormann no surtió efecto. Más de un año después, el 22 de mayo de 1943, Goebbels escribía en su diario: «Dada la tensa situación interna, es natural que el pueblo no pierda de vista a los que considera personalidades. Por desgracia, eso no importa a todas las personalidades, y muchas de ellas llevan una

existencia que de ningún modo se puede considerar acorde con la actual situación». <<

[135] Según el punto número 18 del Protocolo del *Führer* del 20 de junio de 1944, «expuse al *Führer* que actualmente hay cerca de 28 000 trabajadores ocupados en la construcción de sus cuarteles generales».

Según mi carta del 22 de septiembre de 1944 al asistente de Hitler, se gastaron 36 000 000 de marcos del Reich en la construcción de búnkers en Rastenburg, 13 000 000 más en los de Pullach, cerca de Munich, que servían para la seguridad de Hitler durante sus estancias en esta ciudad, y otros 150 000 000 para la instalación de unos búnkers especiales («Gigante») cerca de Bad Charlottenbrunn. Según mi carta, estas obras requirieron 257 000 m^3 de hormigón armado (incluyendo cantidades menores de mampostería), 213 000 m^3 de galerías excavadas, 58 km de carreteras, seis puentes y 100 km de tuberías. Sólo el proyecto «Gigante» consumió más hormigón que el que se utilizó en 1944 para construir refugios antiaéreos destinados a la población civil.

Estas obras se realizaron en la misma época en que me vi obligado a escribir a Hitler (carta del 19 de abril de 1944): «Sólo con un gran esfuerzo se pueden satisfacer a la vez las necesidades más elementales de alojamiento de los trabajadores alemanes y extranjeros y las que impone la reconstrucción de nuestras fábricas de armamentos». <<

[136] Mi delegado para Franconia, el ingeniero jefe Wallraff, se opuso a Göring por orden mía, pues las obras de Veldenstein no estaban autorizadas, y éste lo envió a un campo de concentración, en el que permaneció hasta que fue puesto en libertad por exigencia nuestra, basándonos en el decreto del *Führer* del 21 de marzo de 1942. <<

[137] Estas obras ocupaban a los mejores especialistas y consumían

un acero valiosísimo y de larga elaboración. Argumenté, en contra de la opinión de Hitler, que «era mejor construir una sola planta hidrogenadora en unos cuantos meses que terminar varias en el triple de tiempo, pues si se construye una de estas plantas más rápidamente, empleando a toda la mano de obra disponible, podrá suministrar carburante durante muchos meses, en tanto que, de continuar como hasta ahora, no se podrá contar con el primer carburante adicional hasta pasado mucho más tiempo». Discurso del 18 de abril de 1942. <<

[138] De la Planificación Central. <<

[139] En aquella época, mis colaboradores me enseñaron informes de la actividad del ministro socialista de Trabajo Ernest Bevin, quien había organizado en Inglaterra a toda la mano de obra en forma de batallones que enviaba a los lugares en los que era necesaria. Posteriormente, en los años de prisión, leí más sobre aquella extraordinaria capacidad de organización: «El rendimiento industrial bélico de Inglaterra fue mayor que el de cualquier otro país beligerante. Toda la población civil inglesa, incluidas las mujeres, era en realidad un gigantesco ejército de trabajadores que, sin consideración alguna, como si se tratara de tropas en combate, era llevado de un lado a otro del país y empleado donde hiciera falta. Esta movilización total de la mano de obra inglesa fue obra de Bevin». (De un artículo del *Mercator* sobre Bevin, 1946).

Un registro de Goebbels del 28 de marzo de 1942 muestra que también nosotros consideramos al principio la posibilidad de movilizar las reservas de trabajadores alemanes: «A Sauckel lo han nombrado delegado general de Trabajo del Reich. […] No debería resultar muy difícil movilizar por lo menos a otro millón de trabajadores; bastará con actuar enérgicamente y no amedrentarse ante las dificultades». <<

[140] Me siento corresponsable de la desafortunada política de

trabajo de Sauckel. A pesar de nuestras diferencias de opinión, yo me mostraba siempre conforme con las deportaciones en masa de obreros extranjeros a Alemania que él organizaba.

Dado que el libro de Edward L. Homse titulado *Foreign Labor in Nazi Germany* (Princeton, 1967) facilita detalles exhaustivos sobre la pequeña guerra particular que se desarrolló pronto entre Sauckel y yo, me limitaré a tratar los puntos esenciales. También presenta una imagen acertada el libro del doctor Alian S. Milward *The new Order and the French Economy* (Londres, 1969). <<

[141] 9 de noviembre de 1941. Véase el volumen XXIII, pág. 553, de la edición inglesa de las actuaciones del Tribunal Militar Internacional. <<

[142] El 28 de enero de 1944, es decir, dos años después, pude echar en cara a Sauckel lo siguiente: «Veo en una noticia de prensa que en Inglaterra el trabajo de la mujer ha avanzado mucho más que aquí. De un total de 33 000 000 de personas que tienen entre 14 y 65 años, 22 300 000 prestan servicio militar o trabajan en la industria. De las 17 200 000 mujeres, 7 100 000 trabajan todo el día, en tanto que otras 3 300 000 lo hacen a media jornada. Así pues, 10 400 000 mujeres, el 61% de las inglesas en edad de trabajar, están empleadas en la industria. En Alemania, en cambio, hay cerca de 31 000 000 de mujeres entre los 14 y los 65 años, y sólo trabajan, la jornada entera o media jornada, 14 300 000, lo que equivale al 45%. Por lo tanto, el porcentaje de mujeres ocupadas en Alemania es muy inferior». Así pues, poseíamos todavía una reserva no utilizada de un 16%, lo que equivalía a 4 900 000 mujeres alemanas. (Documento 006 Sp del proceso de Nuremberg).

En aquella época yo no sabía aún que antes de comenzar la guerra, en junio de 1939, el subsecretario del Ministerio de Trabajo, Syrup, había presentado al Consejo de Defensa del

Reich un proyecto para movilizar a 5 500 000 mujeres desocupadas y emplearlas en la industria bélica, en la que ya trabajaban 13 800 000 mujeres. Además, estimaba posible el traslado de 2 000 000 de mujeres de distintas ramas de la industria a la del metal, a la química y a la agricultura. (Acta de la sesión celebrada el 23 de junio de 1939 por el Consejo de Defensa de Reich. Documento n.º 3787 PS del proceso de Nuremberg).

La puesta en práctica del proyecto de 1939 habría bastado para cubrir nuestro déficit de trabajadores por lo menos hasta 1943. <<

[143] De la proclama de Sauckel del 20 de abril de 1942. (Documento 016 del proceso de Nuremberg). <<

[144] Según Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany* (Londres, 1961), vol. IV, página 473, en 1939 había en Inglaterra 1 200 000 personas empleadas en el servicio doméstico, número que en junio de 1943 se había reducido a 400 000. En Alemania, esta cifra pasó de 1 582 000 personas el 31 de mayo de 1939 a 1 442 000 el 31 de mayo de 1943. <<

[145] Estas cifras proceden del discurso que pronuncié el 18 de abril de 1942 ante los consejeros económicos regionales. Frente a una producción de 31 200 000 toneladas de acero en 1942, el armamento llegó a perder 2 800 000 toneladas. <<

[146] Körner era íntimo amigo y subsecretario de Göring. <<

[147] Hasta entonces, esta misión había sido desempeñada en el Ministerio de Economía por el general Hannecken, cuya posición era muy débil, tanto frente a Hitler como frente a Göring. <<

[148] Los representantes de la acusación del Tribunal de Nuremberg consideraron esta reserva a la hora de adoptar decisiones como una prueba de cargo contra Göring. Durante mi interrogatorio declaré, con la conciencia tranquila: «No

habría podido recurrir a Göring, pues teníamos que realizar un trabajo práctico». La acusación estimó que mis palabras eran dignas de crédito. <<

[149] En la primera sesión de la Central de Planificación, celebrada el 27 de abril de 1942, se asignó al armamento del Ejército de Tierra, de la Luftwaffe y de la Marina una cuota de acero bruto de 980 000 toneladas de los dos millones de nuestra producción mensual, lo que la aumentaba del 37,5% al 49%; es decir, que la asignación de la Primera Guerra Mundial fue sobrepasada en un 46,5%. (Acta de la sesión del 27 de abril de 1942). En mayo de 1943 habíamos situado esta cifra en el 52%. (Acta de la sesión del 4 de mayo de 1943). Así pues, en 1943 el armamento recibió 5 900 000 toneladas más de acero bruto que antes de iniciar mi actividad; debe tenerse en cuenta que también la producción de acero era superior (1 300 000 toneladas más). <<

[150] En Wagenführ, *Die Deutsche Industrie im Krieg 1939-1945*, se realiza un estudio comparativo de las restricciones para fabricar bienes de consumo en Inglaterra y en Alemania. Partiendo de un 100% en 1938, en 1940 el porcentaje continuaba inalterable en Alemania, mientras que en Inglaterra se había reducido al 87%; en 1941, esta cifra era del 97% en Alemania y del 81% en Inglaterra y, en 1942, del 88% y del 79%, respectivamente. Debe tenerse en cuenta que en Inglaterra aún había paro antes de la guerra, por lo que el nivel de consumo de la población debió de ser más bajo que en Alemania. <<

[151] Acta de reuniones del *Führer* del 28-29 de junio de 1942, punto 11. <<

[152] Actas de reuniones del *Führer* del 5-6 de marzo de 1942 (punto 12), 19 de marzo de 1942 (punto 36), 13 de mayo de 1942 (punto 20) y 18 de mayo de 1942 (punto 9). La Crónica

del 21 de mayo de 1942 habla de la declaración de bancarrota de Dorpmüller y de su oferta de proponerme como «director absoluto de transportes». <<

[153] Las explicaciones de Hitler han sido sacadas de una copia escrita de varias páginas del Acta de reuniones del *Führer* del 24 de mayo de 1942. <<

[154] En 1942 logramos producir 2637 locomotoras, mientras que en 1941, debido a la variedad de los tipos fabricados, la cifra fue de 1918. En 1943 produjimos 5243, 2,7 veces la cantidad de 1941 y el doble del año precedente. <<

[155] Acta de reuniones del *Führer* del 30 de mayo de 1942. <<

[156] Crónica del 6 de mayo de 1942. <<

[157] Crónica de 1942: «El ministro regresó en avión a Berlín el 4 de junio. […] Por la tarde se celebró en la Harnackhaus una conferencia acerca de la desintegración del átomo, así como sobre el desarrollo de la máquina de uranio y del ciclotrón». <<

[158] El 19 de diciembre de 1944 le escribía al profesor Gerlach, encargado de la dirección del proyecto del uranio: «Puede usted contar en todo momento con mi apoyo para vencer cualquier dificultad que encuentre en su trabajo. A pesar del tremendo esfuerzo que exige el armamento de todas los cuerpos de la nación, aún nos es posible proporcionarle los medios relativamente modestos (!) que necesita». <<

[159] En el acta de mi conversación con Hitler del 23 de diciembre (punto 15) únicamente se consigna: «El *Führer* ha sido informado brevemente de la conferencia celebrada sobre la desintegración atómica y del apoyo que hemos prestado». <<

[160] Crónicas del 31 de agosto de 1943 y de marzo de 1944. En 1940 se habían confiscado en Bélgica 1200 toneladas de mineral de uranio. No se forzó el incremento de nuestra producción de uranio en Joachimstal. <<

[161] De 1937 a 1940 el Ejército de Tierra gastó 550 millones de marcos en el desarrollo del gran cohete, aunque tampoco en este proyecto habría sido posible tener éxito, ya que el principio de división establecido por Hitler incluso en el ámbito de la investigación hacía que existieran distintos grupos que trabajaban de modo independiente y a menudo en direcciones opuestas. Según la Crónica del 17 de agosto de 1944, además de los tres Ejércitos que componían la Wehrmacht, otras organizaciones, como las SS, Correos, etc., disponían de sus propios aparatos científicos. En cambio, en Estados Unidos, por ejemplo, todos los físicos atómicos estaban reunidos en un mismo organismo. <<

[162] Según L. W. Helwig: *Persönlichkeiten der Gegenwart* (1940), Lenard combatió las «teorías de la relatividad de espíritu extranjero». En su obra de cuatro volúmenes *Die Deutsche Phystk* (1935), Helwig sostiene que la física «ha sido limpiada de todas las excrecencias malignas que, de acuerdo con lo que establece la doctrina racial, han sido reconocidas como productos del espíritu judío, que el pueblo alemán debe evitar por no ser digno de su raza». <<

[163] Las 94 actas de reuniones del *Führer*, conservadas íntegramente con sus 2222 puntos, ilustran con claridad el alcance de estas reuniones, después de las cuales yo dictaba a alguien un resumen de los temas generales, al tiempo que Saur y el resto de mis colaboradores hacían lo propio en sus respectivas esferas. Sin embargo, estos resúmenes no reflejan con exactitud lo que pasaba en las reuniones, pues, por razones de autoridad, preferíamos encabezar los acuerdos adoptados con la fórmula: «El *Führer* ha decidido» o «En opinión del *Führer*», incluso aunque para llegar a ellos hubiéramos debido discutir fatigosamente con él o cuando lográbamos presentarle alguna propuesta de manera que no despertase su desconfianza; mi táctica en este sentido era la misma de Bormann. Según se

desprende de las actas de las reuniones, en 1942 me entrevisté con Hitler veinticinco veces —veinticuatro en 1943— para conferenciar sobre armamentos. En 1944 las visitas se redujeron a trece, señal evidente del paulatino descenso de mi relevancia. En 1945 sólo tuve ocasión de hablar con Hitler dos veces sobre cuestiones de armamento, pues, a partir de febrero de ese año, le dejé el campo libre a Saur. Véase también: W. A. Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg. Hitlers Konferenzen mit Albert Speer*. Francfort del Meno, 1969. <<

[164] A partir del tanque checo 38 T. En octubre de 1944 traté una vez más de convencer a Hitler para emplear tanques ligeros: «También en el frente sudoccidental (Italia) son muy favorables los juicios sobre los Sherman y su adaptación al terreno. Gracias a su motor, muy potente en relación a su peso, el Sherman sube pendientes que nuestros especialistas en tanques consideraban inaccesibles, y su capacidad de adaptación a terreno llano (en la llanura del Po) es también superior a la de nuestros tanques, según nos informa la XXVI División Acorazada, que combate en dicha región. El deseo de todos los conductores de tanques se centra en conseguir carros de combate más ligeros y, por consiguiente, más manejables y adaptables a todo tipo de terrenos, que garanticen la necesaria capacidad combativa por la superioridad de sus cañones». <<

[165] Del discurso pronunciado por Hitler el 26 de junio de 1944 en el Obersalzberg ante los industriales. <<

[166] Esta calamidad comenzó ya en 1942: «Se le han presentado al *Führer* las cifras de las piezas de repuesto que los tanques necesitan mensualmente y se le ha anunciado que las necesidades son tan elevadas que para satisfacerlas será necesario reducir por el momento la producción de tanques nuevos». (Acta de reuniones del *Führer* del 6-7 de mayo de 1942, punto 38). <<

[167] Las *Conversaciones de sobremesa* de Picker permiten hacerse una idea general de los temas que Hitler solía tratar. Sin embargo, hay que tener en cuenta que es un resumen que reproduce únicamente los pasajes de los monólogos diarios de Hitler que más llamaron la atención de Picker; una transcripción completa daría mejor la medida de lo aburridos que eran. <<

[168] Una división de montaña intentó avanzar hacia Tiflis por la antigua vía militar georgiana, cruzando los desfiladeros del Cáucaso. Hitler consideraba que esta carretera era poco adecuada como vía de aprovisionamiento, ya que pasaba muchos meses bloqueada por la nieve y los aludes. Una unidad de esta división fue la que conquistó el Elbrús. <<

[169] Hubieron de transcurrir todavía algunos meses antes de que Bormann y Ribbentrop consiguieran el mismo permiso. <<

[170] Recuerdo que la Escuela de Cadetes fue lanzada al combate cerca de Astracán. <<

[171] Estuve en el Obersalzberg del 20 al 24 de noviembre. Hitler se fue de allí el 22 de este mes para dirigirse a su cuartel general de Rastenburg. <<

[172] La nueva línea defensiva Oriol-Stalingrado-Terek-Maikop tenía una longitud 2,3 veces mayor que la línea Oriol-mar Negro, adoptada en primavera del mismo año. <<

[173] La experiencia de los combates de retirada de aquel invierno habla en contra de la teoría de Hitler, aceptada por algunos historiadores, según la cual el cerco de Stalingrado fue útil porque retuvo durante ocho semanas a las tropas soviéticas. <<

[174] El 18 de abril de 1941 Göring ordenó que se reedificara la Staatsoper de la avenida Unter den Linden, destruida por los ataques de la aviación enemiga. <<

[175] Milch dirigió esta operación desde el cuartel general de la Flota Aérea, instalado al sur de Stalingrado. Gracias a su

actividad hubo más vuelos hasta allí y pudo evacuarse a parte de los heridos. Una vez cumplida su misión, Milch fue recibido por Hitler; este encuentro terminó en una viva discusión a causa de la desesperada situación bélica, cuya gravedad Hitler se negaba a admitir. <<

[176] Hitler no habría podido evitar que se repartieran esas cartas sin levantar terribles rumores. Sin embargo, las postales que los prisioneros alemanes enviaron con autorización de los soviéticos fueron destruidas por orden suya, según me comunicó Fritzsche en Nuremberg, a pesar de que constituían la señal de que estaban vivos, o tal vez precisamente por eso: habrían podido atenuar la imagen terrorífica de los rusos que había creado la propaganda. <<

[177] Quince días después de promulgar el decreto de movilización del 8 de enero de 1943, Hitler exigió que se ampliara el programa de tanques. <<

[178] Reunión de la Central de Planificación del 26 de enero de 1943. Tenía intención de «transferir un millón de alemanes a las empresas de producción de armamentos», pero no logré imponerme. Según USSBS, *Effects of Strategic Bombing*, que utiliza datos extraídos del «Balance de la economía de guerra del Departamento Nacional de Estadística alemán», el personal se distribuía de la forma siguiente:

Mayo de 1943:

Comercio, banca, seguros: 3 100 000.

Administración: 2 800 000.

Transporte: 2 300 000.

Oficios: 3 400 000.

Servicios sociales: 1 000 000.

Servicio doméstico: 1 400 000.

TOTAL: 14 000 000.

Mayo de 1944:

Comercio, banca, seguros: 2 900 000.

Administración: 2 800 000.

Transporte: 2 300 000.

Oficios: 3 300 000.

Servicios sociales: 900 000.

Servicio doméstico: 1 400 000.

TOTAL: 13 600 000.

La disminución de 400 000 personas debe de corresponder en gran parte a vacantes por jubilación que no se cubrieron porque las nuevas generaciones habían sido incorporadas a las filas de la Wehrmacht. Así pues, después de intentar durante un año y medio que las fuerzas que no participaban directamente en la contienda fueran incorporadas a la producción de armamentos, no se consiguió nada.

El 12 de julio de 1944 expuse de nuevo a Hitler mis viejos argumentos: «Los bombardeos han demostrado que es posible continuar viviendo entre ruinas, sin hoteles ni fondas, sin locales de esparcimiento, sin viviendas, incluso sin poder satisfacer las necesidades diarias. Han demostrado que el comercio y las operaciones bancarias pueden proseguir aunque disminuya su actividad [o] que, por ejemplo, los viajeros siguen pagando el pasaje aunque no se les facilite billete porque se han quemado todos; y que incluso las agencias fiscales continúan percibiendo ingresos a pesar de que los expedientes del Ministerio de Hacienda están destruidos». <<

[179] El jefe regional Sauckel, en la reunión celebrada el 8 de enero de 1943 en la Sala de Sesiones del Reich, sostuvo que no era necesario emplear a mujeres porque había aún mano de obra suficiente. (Crónica). <<

[180] Incluso Goebbels se mostró vacilante cuando se planteó la

cuestión de los productos de belleza: «Se discutirán numerosas cuestiones (en el debate público), especialmente las relacionadas con los cuidados de belleza de la mujer […]. Tal vez haya que ceder un poco en este terreno». (Diario del 12 de marzo de 1943). La recomendación de Hitler ha sido tomada del Acta de reuniones del *Führer* del 25 de abril de 1943, punto 14. <<

[181] Estas palabras se oponen a la impresión que dan sus diarios de la época. No cabe duda de que Goebbels pensaba publicarlos después de ganar la guerra, y quizá por eso sofocara toda crítica a Hitler, aunque puede que también temiera sufrir algún día una inspección sorpresa de sus papeles personales. <<

[182] La disputa entre Göring y Goebbels por el asunto del restaurante también se vio suavizada por el hecho de que, aunque permaneció cerrado como tal, pudo reabrirse como club de la Luftwaffe. <<

[183] Véase también el detallado relato que hace Goebbels en su Diario al referirse a las reuniones en el Obersalzberg, en el cuartel general y en la residencia berlinesa de Göring. <<

[184] Posteriormente, por medio de nuestro inspector de Armamentos para la Alta Baviera, el general Roesch, pudimos averiguar que Sauckel contabilizaba a todos los obreros que se destinaban a las fábricas, aunque se demostraran incompetentes para el trabajo que se les había asignado y fueran rechazados. En cambio, las fábricas únicamente registraban al personal admitido. <<

[185] Una dama sufrió quemaduras en un local de baile, y Göring le calmó el dolor con una inyección de morfina; sin embargo, esta inyección, mal aplicada, le causó un perjuicio estético irremediable, por lo que la dama entabló un pleito contra Göring. <<

[186] A este respecto, el 15 de mayo de 1943 Goebbels escribió en su Diario inédito: «Él (Hitler) ha estado deliberando todo el día

con los responsables de la industria armamentista sobre las medidas que debíamos adoptar. Esta entrevista con el *Führer* pretendía compensar la última y desafortunada reunión con Göring, en la que éste se comportó con una absoluta falta de tacto y ofendió gravemente a los industriales. El *Führer* ha vuelto a arreglar la situación». <<

[187] Keitel estableció que: «Todos los prisioneros de guerra hechos en el Este a partir del 5 de julio de 1943 serán enviados a los campos de prisioneros del Alto Mando de la Wehrmacht, donde debe encontrárseles una utilidad de inmediato o, en caso contrario, serán empleados en las minas». Cita del interrogatorio al general soviético Raginsky. (Documento USA 455).

Las reacciones de Hitler eran impredecibles. Por ejemplo, el 19 de agosto de 1942, durante el desembarco en Dieppe, los soldados canadienses mataron a unos cuantos obreros de la Organización Todt que estaban construyendo búnkers. Seguramente los tomaron por funcionarios políticos, ya que llevaban uniformes pardos y brazales con la cruz gamada. En el cuartel general del *Führer*, Jodl me llevó aparte y me dijo:

—Creo que será mejor que no informemos de esto al *Führer*, pues si se entera ordenará represalias.

Pero como olvidé advertírselo a mi representante en la Organización Todt, Xaver Dorsch, éste informó a Hitler de lo ocurrido. Al contrario de lo que habíamos supuesto, se mostró accesible a los argumentos de Jodl, que atribuía el suceso a un lamentable descuido del Alto Mando de la Wehrmacht, el cual no había comunicado al enemigo, a través de Suiza, qué uniforme usaba la Organización Todt; se ocuparía enseguida de remediarlo. Hitler rechazó mi propuesta de renunciar al brazal con la cruz gamada. <<

[188] Los preparativos duraron varios meses, por lo que ya no había tiempo de realizar los trabajos de fortificación antes del

invierno. Según consta en el Acta de reuniones del *Führer* del 8 de julio de 1943 (punto 14), Hitler ordenó que a partir de la primavera de 1944 se dedicaran al nuevo frente del Este unos 200 000 m^3 de hormigón mensuales durante seis o siete meses. Según el Acta de reuniones del 13-15 de mayo de 1943 (punto 14), la Muralla del Atlántico consumía 600 000 m^3 de hormigón al mes. Hitler llegó incluso a mostrarse conforme con que «en la Muralla del Atlántico se emplearan cantidades menores». <<

[189] A primeros de octubre de 1943, Hitler seguía sin estar de acuerdo «con el establecimiento de una línea firme detrás del Dniéper», a pesar de que las tropas soviéticas ya habían cruzado el río unos días antes (Protocolo del *Führer* del 30 de septiembre-1 de octubre de 1943, punto 27). <<

[190] El 16 de diciembre de 1943, Jodl describió en su diario inédito el descubrimiento de este acto arbitrario: «Dorsch ha informado del empleo de hombres de la Organización Todt en la posición del Bug sin conocimiento del *Führer*. […] El *Führer* se mostró airado ante el ministro Speer y ante mí sobre el ánimo derrotista del Estado Mayor de Manstein, del que le había informado el jefe regional Koch». <<

[191] Debido a los corrimientos de tierra, hubo que proyectar una construcción de hierro particularmente sólida que habría requerido grandes cantidades de valioso acero. Además, como expuso Zeitzler en las reuniones estratégicas, y dada la deficiencia de las líneas de ferrocarril de Crimea, el transporte de los materiales necesarios para construir semejante puente haría que disminuyeran los refuerzos que podrían enviarse al frente. <<

[192] Se trata de la batalla naval del 31 de diciembre de 1942, en la que, en opinión de Hitler, los cruceros Lützow y Hipper claudicaron frente a fuerzas inglesas más débiles. En esta

ocasión, Hitler reprochó a la Marina su falta de espíritu combativo. <<

[193] Nuestros esfuerzos por racionalizar la construcción de submarinos tuvieron éxito: se tardaban once meses y medio en hacer un submarino de los antiguos. El montaje por secciones del nuevo modelo redujo a dos meses el tiempo necesario para que el submarino, listo para navegar, pudiera abandonar el astillero, amenazado por los ataques aéreos. (Según datos suministrados por Otto Merker el 1 de marzo de 1969). <<

[194] A pesar de la desorganización que empezó a hacerse notar en invierno de 1944, el programa de la Marina siguió funcionando a pleno rendimiento y de enero a marzo de 1945 se suministraron 83 submarinos. Según el informe del B.B.S.U., *The effects of Strategic Bombing in the Production of German U-Boats*, en el mismo período fueron destruidos en los astilleros 44 submarinos, y la cifra total de pérdidas (incluidas las de los astilleros) fue de un promedio de 42 mensuales durante el primer trimestre del año 1945. Por otra parte, y debido a los ataques aéreos, el índice de construcción de buques de altura se redujo de 181 en 1943 a 166 en 1944, es decir, en un 9%. <<

[195] Sería de suponer que a lo largo de los años Hitler habría adquirido experiencia suficiente para saber cómo reaccionaría su entorno ante ese tipo de observaciones. Nunca he sabido si era capaz de pensar en ello. A este respecto, a veces me parecía un verdadero necio…, o un misántropo que negaba que eso tuviera importancia. También puede que creyera que podía remediarlo en cualquier momento. <<

[196] El 7 de julio de 1944 el doctor G. Klopfer, subsecretario de Bormann, afirmó bajo juramento: «Bormann decía repetidamente que Speer era un enemigo declarado del Partido y que incluso aspiraba a suceder a Hitler». <<

[197] El *United States Strategic Bombing Survey* calcula en un 9%

las pérdidas de 1943 (*Area Studies Division Report*, tablas P y Q, pág. 18), Ante la producción de 11 900 tanques de tipo medio en 1943, por ejemplo, eso equivaldría a una pérdida de cerca de 1100 tanques. <<

[198] Gracias a la precisión de su puntería, nuestro cañón antiaéreo de 8,8 cm se había convertido precisamente en Rusia en uno de los antitanques más eficaces y temidos. De 1941 a 1943 se fabricaron 11 957 cañones antiaéreos pesados, de calibres comprendidos entre 8,8 y 12,8 cm, que tuvieron que emplearse en su mayor parte contra la aviación en Alemania o en zonas de retaguardia. Por lo que se refiere a los cañones antitanque pesados (de un calibre de 7,5 cm o superior), entre 1941 y 1943 se suministraron 12 006 unidades, de las que 1155 correspondían al calibre de 8,8 cm. En 1943, los antitanques recibieron sólo 12 900 000 proyectiles, y otros 14 000 000 (de 8,8 cm o más) se destinaron a aumentar la munición antiaérea. <<

[199] Hubo un notable déficit de equipos de transmisiones para el Ejército de Tierra, como por ejemplo de los de tipo mochila que usaban los soldados de infantería y de los fonómetros utilizados por la artillería. Además, el desarrollo de este tipo de aparatos tuvo que ser parcialmente desatendido a causa de la batalla antiaérea. <<

[200] Acta de reuniones del *Führer* del 4 de junio de 1942, punto 41: «El asunto de la conversación telefónica entre el mariscal del Reich y Grohe ha sido tratado con el *Führer* en la forma deseada por el mariscal del Reich». <<

[201] Protocolo del *Führer* del 30 de mayo de 1943, punto 16. Hicimos venir inmediatamente a especialistas de todas las regiones de Alemania, que se ocuparon de secar las bobinas eléctricas y confiscaron todos los motores similares existentes en otras fábricas, aun a costa de paralizar la maquinaria. Así se hizo

posible que en unas semanas la industria del Ruhr dispusiera de agua. <<

[202] El embalse del valle del Möhne tenía una capacidad de 134 000 000 m^3; el del valle del Sorpe, de 71 000 000. En caso de fallar este último, los restantes embalses del Ruhr sólo podían almacenar 33 000 000 m^3, es decir, el 16% del agua necesaria, que no habría bastado ni siquiera para un funcionamiento de emergencia de las industrias del Ruhr. Según un informe del ingeniero Walter Rohland (jefe del Estado Mayor del Ruhr en los últimos meses de la guerra) del 27 de febrero de 1969, la producción del Ruhr habría disminuido un 65%, por falta de agua para refrigerar los altos hornos y las fábricas de coque, si hubiesen quedado fuera de servicio todos los embalses de la cuenca. En efecto, el fallo transitorio de las instalaciones bombeadoras redujo notablemente la producción de gas porque las fábricas de coque quedaron paralizadas, y a las grandes empresas sólo se les pudo suministrar entre un 50 y un 60% del que necesitaban. (Crónica del 19 de mayo de 1943). <<

[203] Según Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany*, vol. II, después de que el quinto avión destruyera la presa del valle del Möhne, los ataques aéreos se dirigieron contra la del valle del Eder, que servía sobre todo para nivelar el agua del canal medio y mantener su navegabilidad durante el verano, y, cuando ésta quedó destruida, dos aviones atacaron la presa del Sorpe. No obstante, el mariscal del Aire Bottomley había propuesto el 5 de abril de 1943 que se atacara primero las presas del Möhne y del Sorpe y después la del Eder. Al parecer, las bombas que se habían preparado especialmente para aquella operación no se consideraron adecuadas para destruir la presa de tierra del embalse del Sorpe. <<

[204] Véanse las Actas de reuniones del *Führer* del 30 de

septiembre y del 1 de octubre de 1943, punto 28, y la Crónica del 2 de octubre de 1943. <<

[205] Crónica del 23 de junio de 1943: «La elección, en parte acertada, de los objetivos de los aviadores ingleses obligó al ministro a intervenir para determinar los de la aviación alemana. Según manifestaron los oficiales de la Luftwaffe competentes, hasta entonces su Estado Mayor no había tenido lo bastante en cuenta las consideraciones estratégicas respecto a los puntos de producción de armamento. El ministro ha constituido una comisión a la que pertenecen el doctor Rohland (experto en la industria del acero), el director general Pleiger (responsable de la industria del carbón) y el general Waeger (jefe de la Sección de Armamentos); se encarga de la gerencia el doctor Carl (de la Comisión de Energía), reclamado por el Ejército de Tierra para este fin». El 28 de junio comuniqué a Hitler que se había formado la comisión. (Acta de reuniones del *Führer*, punto 6). <<

[206] Por ejemplo, la industria de la cuenca del Dniéper dependía de una única gran central eléctrica. Según un comunicado del ingeniero Richard Fischer, delegado para el suministro de energía, del 12 de febrero de 1969, una reducción del 70% de este suministro habría paralizado prácticamente la producción industrial, ya que el resto se destinaba a atender las necesidades diarias.

La distancia de Smolensk, que entonces aún era zona alemana de retaguardia, hasta las centrales de energía de Moscú era de unos 600 ó 700 km, y hasta los Urales había 1800 km <<

[207] Véase Hermann Plocher, *The German Air Force versus Russia 1943* (Air University, 1967), pág. 223 y siguientes. <<

[208] Acta de reuniones del *Führer* de 6-7 de diciembre de 1943, punto 22: «Se ha informado al *Führer* de la propuesta elaborada por el doctor Carl sobre el ataque contra Rusia y se le han

facilitado los documentos pertinentes para que los inspeccione. El *Führer* ha subrayado una vez más el acierto de mi plan, que prevé una sola acción sorpresa, en tanto que no le parece adecuada la proposición de la Luftwaffe de dividirlo en tres acciones independientes». <<

[209] Véase la Crónica de mediados de junio de 1944: «El sistematismo con que el enemigo ataca ciertos sectores de la producción de armamentos es un fenómeno reciente. El conocimiento de los propios puntos débiles en este sector ha impulsado al ministro a inspeccionar la economía rusa. También allí existen objetivos cuya destrucción paralizaría en gran parte la producción de armamentos. Hace un año que el ministro intenta que la Luftwaffe actúe en este sentido, aunque para ello hubiera que exigir una operación sin retorno».

Acta de reuniones del *Führer* del 19 de junio de 1944, punto 37: «El *Führer* considera decisiva para el curso de la guerra la destrucción de las centrales de energía de los Urales y del curso superior del Volga. Sin embargo, no cree que en la actualidad dispongamos de bastantes aviones de combate con suficiente autonomía».

El 24 de junio de 1944 rogué a Himmler, que ya en marzo había mostrado interés por el proyecto, que recibiera a mi especialista, el Dr. Carl, a ser posible en mi presencia. Se trataba de conseguir voluntarios para un vuelo sin retorno. Después del ataque, los pilotos deberían saltar en paracaídas en territorios apartados y tratar de abrirse paso hasta las líneas alemanas. <<

[210] El 25 de julio, poco después de medianoche, Hamburgo fue atacada por 791 aviones ingleses. El 25 y el 26 de julio, 235 bombarderos americanos efectuaron ataques diurnos. El día 27, 787 aviones británicos realizaron un segundo ataque nocturno, el 29 la ciudad sufrió el tercero, efectuado por 777 aviones ingleses, y, finalmente, 750 bombarderos británicos cerraron el

2 de agosto esta serie de durísimos ataques contra una sola ciudad. <<

[211] Al día siguiente comuniqué a los colaboradores de Milch (reunión con los generales de la Luftwaffe, 3 de agosto de 1943) unos temores similares: «La industria de suministros corre el riesgo […] de desplomarse por completo. Llegará un día en que los aviones, tanques o camiones se quedarán parados por falta de piezas». Diez meses después dije a los trabajadores de los astilleros de Hamburgo: «Entonces ya nos dijimos: si esto sigue así un par de meses, estaremos acabados; será imposible fabricar más armamento». (Crónica). <<

[212] Según el «Informe estadístico de urgencia sobre la producción de guerra (enero de 1945)», el número total de rodamientos fabricados descendió de 9 116 000 unidades a 8 325 000 después del ataque del 17 de agosto de 1943. Como la producción había marchado a pleno rendimiento durante la primera quincena de agosto, tuvo que descender a 3 750 000 en la segunda mitad del mes, es decir, en un 17%. El 52,2% de la producción estaba concentrada en Schweinfurt, por lo que este ataque supuso la paralización del 34%. En julio se fabricaron 1 940 000 rodamientos de entre 6,3 y 24 cm de diámetro. <<

[213] Respuesta a un cuestionario de la RAF del 22 de junio de 1945 sobre las «consecuencias de los ataques aéreos», pág. 20.

Del libro de Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany* (vol. II, pág. 62 y siguientes), se desprende que el jefe de las operaciones de bombardeo de la RAF , el *Commodore* Bufton, conocía perfectamente la importancia de Schweinfurt. Dos días antes del primer ataque escribió al mariscal Bottomley que al ataque diurno americano debería seguirle otro nocturno, y que a la tripulación de los aviones atacantes se les debía leer el siguiente texto antes del despegue: «Puede que la Historia demuestre que el ataque nocturno que

realizaremos hoy, después del bombardeo diurno que está teniendo lugar en estos momentos, constituyó uno de los principales combates de esta guerra. Si ambos ataques tienen éxito, es posible que se quiebre la resistencia de Alemania y que la guerra termine así más rápidamente que por cualquier otro medio. Todos los mecanismos necesitan rodamientos, que son muy sensibles a la acción del agua y el fuego, y podemos convertir millones de rodamientos en chatarra». Las tripulaciones atacantes tenían «la posibilidad de contribuir más en una sola noche a la finalización de la guerra que cualquier otro soldado».

Pero el mariscal Harris se empeñó en proseguir su serie de ataques contra Berlín. De entre una lista de objetivos de igual importancia citaba, junto a Schweinfurt, ciudades con fábricas de aviones (Leipzig, Gotha, Augsburgo, Brunswick, Wiener-Neustadt, etc.). <<

[214] En realidad lograron abatirse 60 de los 291 aviones atacantes. Tras el segundo ataque del 14 de octubre de 1943, la producción, comparada con la de julio, sufrió una merma total del 32%, reduciéndose en un 60% la capacidad de Schweinfurt. Entre los rodamientos de diámetros comprendidos entre 6,3 y 24 cm se produjo una pérdida del 67% en la producción total alemana. <<

[215] En algunos aparatos pudimos ahorrar más del 50% de los rodamientos. <<

[216] El mariscal Harris se opuso, con éxito, a que prosiguieran los ataques contra Schweinfurt señalando que ataques similares contra los embalses del Ruhr, una mina de molibdeno y una planta hidrogenadora no habían dado resultado; olvidaba que el fracaso sólo era debido a que no habían seguido atacando de manera consecuente. El 12 de enero de 1944, el mariscal Bottomley sugirió al mariscal Charles Portal que diera a *Sir*

Harris la orden de que «Schweinfurt fuera destruida en el plazo más breve posible». El 14 de enero se comunicó a Harris que tanto el Estado Mayor del Aire americano como el inglés estaban convencidos de que la estrategia de «atacar determinados centros industriales clave cuya vulnerabilidad e importancia crucial para los esfuerzos bélicos del enemigo fueran conocidas» era eficaz. *Sir* Harris volvió a protestar; el 27 de enero hubo que ordenarle que bombardeara Schweinfurt. (Según Charles Webster, *op. cit.*).

La orden no fue ejecutada hasta el 21 de febrero de 1944, cuando americanos e ingleses efectuaron ataques combinados diurnos y nocturnos. <<

[217] La producción de rodamientos de diámetros superiores a 6,3 cm pasó de 1 940 000 unidades (julio de 1943) a 558 000 en abril de 1944. En esa fecha, la cifra total de rodamientos se había reducido a 3 384 000 unidades (9 116 000 en julio de 1943), es decir, a un 42%. Al hablar de las cifras de producción de abril de 1944, hay que tener en cuenta que el enemigo nos dio un mes entero para recuperarnos sin dificultades, por lo que la destrucción debió de ser mucho mayor. Tras aquellos ataques, la industria de rodamientos no volvió a sufrir daños. Por consiguiente, en mayo pudimos aumentar la producción de los de diámetro superior a 6,3 cm en un 25% respecto al mes de abril, llegando a fabricar 700 000 unidades, cifra que en junio aumentó hasta 1 003 000, con lo que nos situamos en el 80% de la capacidad productiva. En septiembre fabricamos 1 519 000 unidades, equivalentes al 78% de la producción primitiva. En septiembre de 1944 se fabricaron 8 601 000 rodamientos de todos los calibres, es decir, llegando al 94% del total previo a los ataques. <<

[218] Quizá el Estado Mayor de los ejércitos del Aire enemigos sobrestimase la repercusión de sus ataques. A nosotros nos

sucedió lo mismo: después de lanzar, en otoño de 1943, un ataque aéreo contra una fábrica soviética de buna, el Estado Mayor de la Luftwaffe concluyó, a partir de las fotos aéreas, que la producción quedaría paralizada durante varios meses. Mostré estas fotografías a nuestro especialista en buna, Hoffmann, director de una fábrica de este material en Hüls, cuyas instalaciones habían sufrido ataques mucho más duros. Tras señalar diversos puntos clave que permanecían intactos, me explicó que la fábrica recuperaría el pleno rendimiento entre ocho y quince días después. <<

[219] Según el «índice de la producción alemana de armamentos», enero de 1945. <<

[220] En los dos meses que siguieron al primer ataque contra Schweinfurt no se hizo nada. «El ministro expresó con palabras muy duras su descontento por las medidas adoptadas hasta la fecha. La ayuda era urgente y prioritaria. […] Al observar los daños y sus consecuencias en la producción de armamentos, señaladas por el ministro, todas las partes mostraron muy buena disposición, incluso los jefes regionales afectados, que tenían que tolerar desagradables intervenciones en sus territorios para el traslado de industrias». (Crónica del 18 de octubre de 1943). <<

[221] Crónica del 7 y del 11 de enero de 1944. <<

[222] «Dispone de la mano de obra necesaria para llevar a cabo tales traslados, pues los Departamentos que han de facilitarla no han obedecido las órdenes dadas en este sentido. (!)». Unos meses antes, el 10 de marzo de 1944, expuse a la Comisión lo siguiente: «Es extraordinariamente difícil popularizar la fabricación de rodamientos. Aún no hemos logrado dar a entender a la gente que son tan importantes como los tanques y cañones. En mi opinión, hay que insistir más en ello. No es cosa de ningún Estado Mayor, sino una vieja preocupación mía, que vuelve una y otra vez: nada de conceptos propagandísticos». En

el Tercer Reich, ni siquiera en tiempos de guerra bastaba con haber recibido una orden. También nosotros dependíamos de la predisposición de los interesados. <<

[223] Informe del DNB del 21 y 22 de agosto de 1943. <<

[224] Del 28 de julio de 1941 hasta el 20 de marzo de 1943, es decir, en 21 meses, Hitler interrumpió cuatro veces su estancia en Rastenburg, de donde se alejó un total de 57 días. El 20 de marzo de 1943, por orden de su médico, se tomó unas vacaciones y pasó tres semanas en el Obersalzberg, y después continuó trabajando durante nueve meses en Rastenburg. Luego, a partir del 16 de marzo de 1944, completamente agotado, pasó cuatro meses entre el Obersalzberg y Berlín. (Domarus: *Hitlers Reden*, vol. IV, Munich, 1965). <<

[225] Véase E. Brun, *Allgemeine Neurosenlehre* (*Teoría general sobre la neurosis*), 1954: «Él (el paciente) ya no regulaba automáticamente su necesidad de recuperación física y mental y se mostraba insensible al sobreesfuerzo. […] A la voluntad consciente se opone un "no" subconsciente cuya voz se intenta sofocar mediante un exceso de celo incesante y compulsivo. La extrema fatiga que se va imponiendo gradualmente y que desaparecería muy pronto si se intercalaran las pausas necesarias para descansar, se hace general por obra de unos "abogados del diablo" inconscientes cuyo objeto es camuflar unos sentimientos de inferioridad profundamente arraigados». <<

[226] Desde el principio de la guerra llevaba uniforme militar en lugar del político, y había prometido al Reichstag que no se despojaría de él hasta que terminara la contienda, igual que hizo en su día Isabel la Católica, que juró no mudarse la camisa hasta que su país quedara por completo liberado de los moros. <<

[227] Acta de reuniones del *Führer* del 13 al 15 de noviembre de 1943, punto 10: «La reconstrucción del Teatro Nacional y del Prinzregenten-theater de Munich serán apoyadas por el

Ministerio». Las obras no pudieron terminarse. <<

[228] A la industria de explosivos le costó grandes esfuerzos satisfacer la creciente demanda de munición para el Ejército de Tierra y la artillería antiaérea. El índice de producción de explosivos fue de 103 en 1941,131 en 1942, 191 en 1943 y 226 en 1944; el de municiones, incluidas las bombas, fue de 102 en 1941, 106 en 1942, 247 en 1943 y 306 en 1944. Aunque ambos índices no sean exactamente comparables, no dejan de mostrar que no se habría dispuesto de suficientes explosivos para más bombas. <<

[229] Acta de reuniones del *Führer* del 18 de junio de 1943: «Se ha hecho notar al *Führer* que constituye una necesidad imperiosa que visite la cuenca del Ruhr. Ha prometido que lo hará en cuanto disponga de tiempo para ello». También Goebbels anotó un mes más tarde en su Diario (25 de julio de 1943): «Por encima de todo, en estas cartas se pregunta una y otra vez por qué el *Führer* no acude a visitar los territorios más duramente afectados por los bombardeos». <<

[230] El tráfico transcontinental pretendía trasladar en unos cuantos trenes cantidades similares a las que transportaría un buque de carga, porque Hitler opinaba que las comunicaciones marítimas nunca eran lo bastante seguras y no podían garantizarse en tiempo de guerra. También hubo que incorporar al proyecto, ya terminado, de las instalaciones ferroviarias de las ciudades de Berlín y Munich una vía férrea suplementaria para el nuevo ferrocarril. <<

[231] El 26 de junio de 1944, Hitler se felicitó a sí mismo ante los directores de las industrias diciendo: «Sólo sé una cosa, y es que hacen falta nervios de acero y una increíble determinación para resistir en tiempos como éstos y adoptar decisiones que siempre son de vida o muerte… Otro en mi lugar no habría podido hacer todo lo que yo he hecho, no habría tenido bastante

nervio». <<

[232] Ciertas anotaciones del Diario de Goebbels reproducen ideas de Hitler expresadas en los mismos términos. Así, por ejemplo, el 10 de septiembre de 1943 escribe: «Lo que ahora habría que considerar como una gran desgracia, podría ser una gran suerte en el futuro. Durante la lucha por nuestro Movimiento y por nuestro Estado se ha probado una y otra vez que las crisis y los reveses, vistos en términos históricos, han terminado repercutiendo siempre a nuestro favor». <<

[233] Crónica de 1943: «El ministro, actuando con rapidez, consiguió en el cuartel general un decreto del *Führer* que lo facultaba plenamente para aprovechar la capacidad italiana para fabricar armamento. La firma de este decreto por parte del *Führer*, que ya se había efectuado el 12 de septiembre, se repitió el 13 del mismo mes, con objeto de poner de manifiesto que la liberación del *Duce* no influía en absoluto en los plenos poderes concedidos al ministro. El ministro temía que la formación de un nuevo Gobierno fascista en Italia le impidiera aprovechar la industria italiana para fabricar armamento alemán». <<

[234] Se había planeado reemprender la extracción de carbón en Ucrania en abril de 1942 y construir una fábrica de municiones cerca del frente. Los éxitos militares de la Unión Soviética dieron al traste con el proyecto a fines de agosto de 1943.

En el llamado Protectorado de Bohemia y Moravia, que se encontraba de hecho bajo la soberanía de las SS, a las que nadie osaba tocar, se producían los objetos más diversos para sus formaciones. En verano de 1943, el Ministerio estableció un plan para fabricar cada mes 1000 tanques ligeros más empleando a los especialistas y las máquinas existentes en esa región. Hitler ordenó a Himmler, aunque no lo hizo hasta octubre de 1943, que paralizase la producción para las SS y que concediese a las organizaciones armamentistas las mismas

atribuciones de las que ya gozábamos en Alemania. (Crónica de 8 de octubre de 1943). No pudimos emplear esta región industrial hasta fines de 1943, y la producción de los denominados «tanques checos» no comenzó hasta mayo de 1944, mes en que se fabricaron 66 unidades, cifra que ascendió 3387 en noviembre de 1944. <<

[235] Crónica de 23 de julio de 1943: «El ministro propuso resolver la situación estableciendo industrias protegidas que debían estar a salvo de la retirada de obreros y que, por consiguiente, habrían de constituir un estímulo para los franceses». <<

[236] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 11-12 de septiembre de 1943, punto 14. <<

[237] Crónica del 17 de septiembre de 1943: «La última conversación tuvo lugar en la residencia de invitados del Gobierno del Reich después de la cena y una vez que el ministro se entrevistara en privado con Bichelonne, quien había solicitado hacerlo para tratar el asunto Sauckel. Su Gobierno le había prohibido hablar oficialmente sobre este tema». En la Central de Planificación, el 1 de marzo de 1944 Kehrl informa: «De esta discusión (Bichelonne-Speer) nació la idea de las empresas que habrían de quedar protegidas de Sauckel. Esta idea se apoya en la palabra dada solemnemente por Alemania a través de la firma de mi ministro». <<

[238] El 1 de marzo de 1944, Sauckel confirmó este punto ante la Central de Planificación: «Para mí resulta muy difícil estar como alemán en Francia cuando la situación implica, a ojos de los franceses, que la industria protegida de Francia lo está de las intervenciones de Sauckel». <<

[239] Véase la Crónica de 21 de septiembre de 1943. <<

[240] Véase el Acta de reuniones del *Führer* de 30 septiembre-1 de octubre de 1943, punto 22. <<

[241] Véase el documento de Nuremberg R. F. 22. El 27 de junio de 1943, Sauckel escribía a Hitler: «Por ello le ruego, *mein Führer*, que dé su conformidad a mi proyecto de trasladar al Reich, antes de que termine el año, a otros 500 000 franceses y francesas». Según una nota de su colaborador, el Dr. Stohfang, del 28 de julio de 1943, Hitler accedió a su petición. <<

[242] Un ejemplo grotesco muestra hasta qué punto los jefes regionales, en cuanto subordinados directos de Hitler, se saltaban las decisiones de las autoridades del Reich. En Leipzig se hallaba la central de todo el comercio alemán de pieles, dependiente del Reich. Un día Mutschmann, jefe regional de esta ciudad, comunicó al director de la central mencionada que había nombrado a un amigo como sucesor suyo. El ministro de Economía protestó enérgicamente, pues los directores de las centrales dependientes del Reich sólo podían ser nombrados por Berlín. El jefe regional ordenó sin más preámbulos que el director dejara su cargo al cabo de unos días, y el ministro de Economía tuvo que tomar una decisión totalmente absurda y envió camiones desde Berlín para trasladar a esta ciudad la sede del comercio de pieles, incluyendo todos los expedientes y al propio director. <<

[243] No supe nada de esto hasta que el jefe regional Kaufmann me habló del asunto a mediados de mayo de 1944; entonces protesté inmediatamente ante Hitler. (Más detalles en el capítulo XXIII). <<

[244] Hitler se enteraba demasiado tarde de esos proyectos; además, siempre se podía alegar *a posteriori* que el edificio amenazaba ruina. Ocho meses más tarde, el 26 de junio de 1944, protesté ante el jefe nacional Bormann: «En varias ciudades se está deseando derribar edificios y monumentos de valor histórico y artístico dañados por las bombas. Por una parte, estas intenciones se justifican alegando que los edificios

han quedado en ruinas o que no pueden reconstruirse; por otra, se cree que es el momento de realizar depuraciones urbanísticas. Le quedaría muy agradecido si informara mediante una circular a los jefes regionales de que en principio los monumentos históricos, aunque estén en ruinas, deben conservarse a toda costa. Además, le ruego que comunique también a los jefes regionales que esos monumentos culturales no se podrán derribar hasta que los planes de reconstrucción de las ciudades y, con ellos, el destino de los edificios emblemáticos sean decididos definitivamente por el *Führer*».

Al mismo tiempo, y a pesar de la escasez de medios, ordené proporcionar material y mano de obra para evitar que los numerosos monumentos dañados siguieran deteriorándose. Intenté lo mismo en Francia y en el norte de Italia a través de la Organización Todt. <<

[245] De mi discurso del 30 de noviembre de 1943 sobre los fundamentos básicos de la planificación: «Los centros urbanos no deben reconstruirse según ideas artísticas; al contrario, debe aspirarse a evitar la congestión de las ciudades a causa del tráfico, como sucedía antes de la guerra y como sucederá en el futuro en mayor medida… Evidentemente, la planificación debe efectuarse con el mayor ahorro posible».

En la circular que dirigí a los jefes regionales el 18 de diciembre de 1943 añadía: «La desmovilización exigirá grandes proyectos para ocupar a la gran cantidad de mano que quedará libre. […] Si se toman a tiempo las necesarias decisiones urbanísticas, garantizaremos que después de la guerra no se pierda un tiempo precioso o que haya que adoptar medidas que obstaculicen el adecuado desarrollo urbanístico de nuestras ciudades. […] Si se construyen siguiendo el mismo método que se ha aplicado hasta ahora al armamento, cada año se edificará un elevado el número de viviendas, por lo que las superficies calificadas por la

planificación urbanística no deberán ser demasiado pequeñas. […] Sin una adecuada previsión, al terminar la guerra habría que adoptar medidas apresuradas que resultarían incomprensibles en el futuro». <<

[246] Véase también Manstein, *Aus einem Soldatenlehen*, Bonn, 1958. <<

[247] De mi informe «La importancia de Níkopol y de Krivoi Rog para la producción alemana de hierro», del 11 de noviembre de 1943. <<

[248] De mi informe «Los metales para aleaciones en la industria de armamentos y la importancia de las aportaciones de cromo de los Balcanes y de Turquía», del 12 de noviembre de 1943. <<

[249] Véase el acta de la conversación telefónica mantenida entre Hitler y Saur el 20 de diciembre de 1943, impresa en las reuniones estratégicas de Hitler. <<

[250] Véase la Crónica del 13 de octubre de 1943: «El punto que más irritó a los jefes de Sección fue el plan del ministro de asignarles uno o varios adjuntos procedentes de la industria. […] Como esta reordenación no estaba basada en cuestiones puramente técnicas, sino en aptitudes personales, los ánimos se caldearon». <<

[251] Se trata del doctor Gerhard Frank y de Erwin Bohr. <<

[252] Además de Dönitz, al que se asignó el mismo aparato, yo era el único que aún podía utilizar regularmente el avión para mis desplazamientos; los demás ministros ya no disponían de aviones especiales. El propio Hitler sólo volaba en contadas ocasiones, mientras que Göring, como antiguo piloto, tenía cierta aversión a volar en aquellos «aparatos modernos». <<

[253] Acta de reuniones del *Führer* del 28-29 de junio de 1942, punto 55: «El *Führer* ha declarado de manera categórica que nunca estará conforme con la fabricación de ametralladoras mientras no se disponga de munición para los fusiles. Por lo

demás, está plenamente convencido de que el fusil […] es mejor para este cometido».

El programa de infantería fue impulsado el 14 de enero de 1944, dos semanas después del viaje a Laponia. Significó los siguientes incrementos:

Producción media mensual.

Total fusiles.

1941: 133 000.

1943: 209 000.

Noviembre 1944: 307 000.

Fusiles de asalto 44 (ametr.).

1941: –

1943: 2600.

Noviembre 1944: 55 100.

Nuevo fusil 41 y 43.

1941: –

1943: 7900.

Noviembre 1944: 32 500.

Ametr. 42 y 43.

1941: 7100.

1943: 14 100.

Noviembre 1944: 28 700.

Total munición de fusil adic.

1941: 76 000 000.

1943: 203 000 000.

Noviembre 1944: 486 000 000.

Munición para fusil de asalto 44.

1941: –

1943: 1 900 000.

Noviembre 1944: 104 000 000.

Granadas para fusil.

1941: –

1943: 1 850 000.

Noviembre 1944: 2 987 000.

Minas.

1941: 79 000.

1943: 1 560 000.

Noviembre 1944: 3 820 000.

Granadas de mano.

1941: 1 210 000.

1943: 4 920 000.

Noviembre 1944: 3 050 000.

Cartuchos.

1941: –

1943: 29 000.

Noviembre 1944: 1 084 000. <<

[254] Crónica del 4 de enero de 1944: «El ministro tenía la esperanza de evitar, con ayuda de Himmler y Keitel, que Sauckel reemprendiera sus actividades, por lo que celebró una reunión con el jefe nacional de las SS, Waeger (jefe de la Oficina de Armamentos), Schmelter (Sección de Trabajo), Jehle y Kehrl (jefe de la Oficina de Planificación) para debatir la orden de envío de trabajadores franceses a Alemania». <<

[255] Transcripción de Lammers del 4 de enero de 1944 (US. Exhibit 225): «El ministro del Reich Speer declaró que necesitaba 1 300 000 trabajadores más, si bien ello dependía de que fuera posible aumentar la extracción de mineral de hierro. En caso contrario, no necesitaría mano de obra adicional. Sauckel declaró que en 1944 debería proporcionar un mínimo

de dos millones y medio de personas, aunque la cifra podía llegar a los tres millones, pues de lo contrario se produciría un descenso en la producción… Decisión de Hitler: El delegado general del Trabajo debe aportar, por lo menos, cuatro millones de trabajadores procedentes de los territorios ocupados». <<

[256] Mediante un telegrama que dirigí el 4 de enero de 1944 a mi delegado en París (documento 04 Spe de Nuremberg) y un escrito que envié a Sauckel con fecha 6 de enero de 1944 (05 Spe).

La sentencia dictada por el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg estableció: «Los empleados en estas empresas protegidas no podían ser enviados a Alemania, y todo obrero que recibiera la orden de trasladarse a este país podía evitar la deportación si acudía a trabajar a una de estas empresas protegidas… (Como circunstancia atenuante) hay que admitir que el establecimiento de industrias protegidas por parte de Speer mantuvo en la patria a muchos trabajadores […]». <<

[257] Crónica de enero de 1944. <<

[258] También el rey Leopoldo III de Bélgica y el gran industrial belga Danny Heinemann recurrieron a Gebhardt por problemas de rodilla.

En el proceso de Nuremberg averigüé que Gebhardt había realizado experimentos con internados en los campos de concentración. <<

[259] Según el Plan número 5 del *Führer*, del 29 de enero de 1944, Dorsch era el «Jefe del Grupo de Especialistas de la Asociación de Funcionarios Alemanes».

Del escrito dirigido a la cancillería del Partido: «Birkenholz […] ha demostrado, con su falta de camaradería y su soberbia, un comportamiento que no es el deseable en un alto funcionario que debe defender sin reservas los intereses del Estado nacionalsocialista. Tampoco por su carácter me parece

apropiado para ser ascendido al cargo de consejero ministerial. […] Por ello no puedo aprobar su ascenso, y tampoco lo permiten ciertos acontecimientos ocurridos dentro de la institución». La cancillería del Partido tenía atribuciones para decidir sobre el ascenso de cualquier funcionario ministerial. Escribí a Hitler lo siguiente (documento presentado al *Führer* n.º 5, del 29 de enero de 1944): «Este informe demoledor, que fue enviado sin mi conocimiento a la cancillería del Partido y a la Jefatura Regional a modo de evaluación política, ha sido redactado por el señor Dorsch y por mi anterior jefe del Departamento de Personal, el consejero ministerial Haasemann. Queda claramente demostrado que ambos han procedido sin mi conocimiento y a mis espaldas, intentando oponerse a una medida que yo había ordenado oficialmente; que emplearon medios ilícitos para poner a los departamentos políticos de la Jefatura Regional y de la cancillería del Partido en contra del hombre propuesto; que emitieron un informe demoledor sobre él y que, de esta forma, me han engañado en mi calidad de ministro del Reich». Dado su contenido personal, hice cursar inmediatamente este documento a la Ayudantía de Hitler. <<

[260] Véase el documento presentado al *Führer* n.º 1, del 25 de enero de 1944. <<

[261] El documento presentado al *Führer* n.º 5, del 28 de enero de 1944, dedicaba doce páginas a las irregularidades de mi Ministerio. Exponerlas aquí en detalle sería demasiado prolijo. <<

[262] De los informes médicos: «El 18 de enero de 1944, fecha del alta, el enfermo daba la impresión de encontrarse extraordinariamente agotado. […] En la articulación de la rodilla izquierda se apreciaba un intenso derrame».

8 de febrero de 1944: «Grandes dolores súbitos, al levantarse, en los músculos extensores de la parte izquierda de la espalda y en

la musculatura renal oblicua, que irradiaban hacia delante. Hace pensar en lumbago. La auscultación reveló la existencia de crepitaciones. Temperatura de 37,8 grados. Frotes de Forapin. Eleudron (sulfamida)». «La musculatura lleva dos días (8 y 9 de febrero) tensa como una tabla, se muestra muy sensible a la presión y aparecen dolores transitorios en la articulación del hombro».

9 de febrero de 1944: «Los dolores en los músculos extensores de la espalda continúan sin aminorar y son extraordinariamente agudos. Molestias al respirar, al toser y a veces al hablar. Los resultados de la auscultación permanecen invariables». Sin embargo, el internista de Gebhardt, el doctor Heissmeyer, había comprobado ese mismo día: «Pleuritis seca en el lado izquierdo». Gebhardt ocultó este hecho, tanto en el tratamiento como en su informe.

Gebhardt escribió un informe sobre un segundo ataque, que sufrí el 10 de febrero: «El dolor ha llegado a tal extremo que ha sido necesario el empleo de narcóticos». Aun así, Gebhardt persistió en su diagnóstico erróneo: «El resultado de la auscultación permanece invariable y corresponde al cuadro clínico de un reumatismo muscular agudo». <<

[263] El 11 de febrero de 1944, Gebhardt intentó alejar al profesor Koch pidiendo por escrito al médico de cabecera de Hitler y antagonista de Brandt, el profesor Morell, que lo asesorara sobre mi tratamiento. Morell no podía visitarme, pero se hizo informar por teléfono del caso y, sin haberme visto, aconsejó que se me inyectara vitamina K, con objeto de cortar los esputos sanguinolentos. El profesor Koch rechazó aquella intervención en el tratamiento; unas semanas después calificó a Morell de inútil. <<

[264] De la declaración jurada del profesor Koch (12 de marzo de 1947, documento 2602 de Nuremberg): «Surgieron diferencias

entre Gebhardt y yo respecto al tratamiento posterior. Yo opinaba que la humedad del clima de Hohenlychen resultaba perjudicial para la convalecencia de Speer y, después de haberlo examinado y de encontrarlo apto para el traslado, propuse que fuera llevado al sur, a Meran. Gebhardt se opuso a ello con energía. Se atrincheró detrás de Himmler y lo telefoneó varias veces para tratar sobre el asunto. Esto me resultó muy extraño. Tuve la impresión de que Gebhardt aprovechaba su posición médica para llevar adelante algún juego político. Pero no sabía cuál, ni tampoco me preocupé de averiguarlo, pues yo sólo quería ser médico. Intenté varias veces que Gebhardt cambiara de opinión, hasta que me pareció que aquello era excesivo y exigí hablar con el *Reichsführer* Himmler. Tuve con él una conversación telefónica que duró entre siete y ocho minutos y conseguí que accediera al traslado de Speer a Meran. Ya entonces me pareció muy sospechoso que Himmler tuviera que decidir en una cuestión médica, pero no seguí rompiéndome la cabeza, ya que procuraba ignorar todo lo que ocurriera más allá de mis competencias. Quisiera añadir que tuve la impresión de que Speer se mostraba muy aliviado cuando yo estaba con él y lo atendía».

Cuando en febrero de 1945 choqué con un camión en la Alta Silesia y resulté levemente herido, Gebhardt tomó de inmediato un avión especial para trasladarme a su clínica. Mi jefe personal de negociado, Karl Cliever, desbarató sus propósitos sin darme explicaciones, aunque me hizo saber que tenía razones para hacerlo.

Hacia el final de la guerra, Gebhardt operó en Hohenlychen a Bichelonne a causa de una lesión en la rodilla. El ministro murió de embolia pulmonar unas semanas después. <<

[265] También Dorsch le dijo a Zeitzler que «la enfermedad de Speer era incurable y que, por lo tanto, no regresaría». (Nota

recordatoria del 17 de mayo de 1944). Esta observación me fue comunicada posteriormente por Zeitzler, como interesante aportación a todos aquellos tejemanejes.

Según el «informe complementario» del profesor Koch del 14 de 602 marzo de 1944, «el 5 de marzo se tomaron radiografías y electrocardiogramas. Estos últimos no revelaron señal alguna de enfermedad en ninguna de sus tres secciones. El examen radiográfico del corazón reveló que su estado era completamente normal». <<

[266] Crónica del 23 de mayo de 1944: «Ha sido asignada al profesor Gebhardt, en su calidad de general de división de las SS, la tarea de velar por la seguridad del ministro». <<

[267] Según un comunicado del jefe regional Eigruber a la conferencia sobre armamentos celebrada en Linz del 23 al 26 de junio de 1944. <<

[268] Seguí, también en lo que se refiere a citas, la transcripción de Dorsch del 17 de abril de 1944 y la mía del 28 de agosto de 1945.

Göring encargó al mismo tiempo a Dorsch que construyera numerosos búnkers para proteger los cazas situados en los campos de aviación del territorio del Reich. Cuando envié a Frank para que me representara en una reunión entre Göring y Dorsch que se celebró el 18 de abril para tratar de los nuevos proyectos constructivos, Göring le impidió participar en ella. <<

[269] Brugmann, un funcionario de la vieja escuela, se había aproximado a Hitler gracias a las obras de Nuremberg y Berlín. <<

[270] Carta de Bormann del 1 de marzo de 1944. <<

[271] El mariscal Milch afirma hoy que utilicé la famosa cita del *Götz von Berlichingen* de Goethe: «lámeme el culo». <<

[272] Hitler firmó mi proyecto al día siguiente. Decía así:

«Encomiendo al jefe de la Central de la Organización Todt, el director general Dorsch, la misión de levantar las seis construcciones para cazas que yo he ordenado, aunque esto no irá en detrimento de las restantes funciones de su jurisdicción.

»Deberá ocuparse de adoptar todas las medidas necesarias para ejecutar tales obras con rapidez. Al mismo tiempo, deberá mantener una óptima coordinación con otras construcciones de importancia bélica y pedir mi opinión siempre que sea necesario». <<

[273] El profesor Koch se hallaba en Meran por invitación mía. Gebhardt se quejó a Brandt sobre el particular: la presencia de Koch no le parecía deseable, puesto que podía enterarse de demasiados asuntos reservados. En consecuencia, Koch abandonó Meran el 20 de abril. En su declaración jurada escribió: «Tuve un segundo choque con Gebhardt cuando Speer ya se encontraba en Meran; Speer me había preguntado si su estado de salud le permitiría trasladarse en avión al Obersalzberg, posiblemente para visitar a Hitler. Le dije que sí, a condición de que el aparato no volara por encima de los 1800 ó 2000 metros. Cuando Gebhardt se enteró, me hizo una escena y me reprochó una vez más que yo no fuera un "médico político". Tanto esta vez como cuando tuvimos nuestro primer choque en Hohenlychen, tuve la impresión de que Gebhardt tenía en encargo de retener a Speer». <<

[274] Esta cita y las siguientes se basan en la Crónica y en mi discurso ante los jefes de sección del 10 de mayo de 1944, en el que resumí de forma retrospectiva la entrevista. <<

[275] Hitler me insinuó que Himmler sospechaba que mi jefe de sección Schieber estaba preparando su huida al extranjero, que el alcalde Liebel era políticamente hostil y que el general Wagner no era considerado persona de confianza. <<

[276] Véase mi discurso del 10 de mayo de 1944. <<

[277] Carta de Göring del 2 de mayo en respuesta a la mía del 29 de abril de 1944. <<

[278] Se trataba de la Orden Alemana, cuyos titulares debían constituir una corporación. Hitler no llegó a realizar su propósito: Himmler no recibió la orden, que hasta entonces sólo se había concedido a título póstumo. Quizá fuera cosa de Bormann. La condecoración que yo prefería era la del Premio Nacional; cubierta de brillantes, había que llevar un pasador en el frac para distribuir el peso. <<

[279] Aunque se produjeron situaciones críticas con anterioridad, como cuando fueron atacadas las presas del Ruhr o la industria de rodamientos, el enemigo nunca llegó a mostrarse consecuente, pues cambiaba continuamente de objetivo o arremetía contra objetivos erróneos. Así, por ejemplo, en febrero de 1944 bombardeó las fábricas de cabinas de nuestra industria de aviación en lugar de las de motores, que constituían nuestro verdadero escollo y cuya producción era la que realmente determinaba el número de aviones terminados. De haberlas destruido, habría sido imposible aumentar la producción de aviones, tanto más cuanto que, a diferencia de lo que ocurría con las fábricas de cabinas, no podíamos diseminar las de motores por bosques y cuevas. <<

[280] Krauch era el jefe de la industria química; Pleiger era el Delegado Nacional del Carbón, aunque también dirigía importantes industrias de carburantes; Bütefisch era el director de las fábricas de Leuna, y Fischer, el presidente de I. G. Farben. <<

[281] Véase el Acta de reuniones del *Führer* de 22-23 de mayo de 1944, punto 14. <<

[282] El ataque del 12 de mayo originó un descenso de la producción del 14%. Estas cifras han sido extraídas de mis memorias a Hitler del 30 de junio y 28 de julio de 1944, así

como de mi estudio «Las repercusiones de la guerra aérea», del 6 de septiembre de 1945. <<

[283] La cifra mensual de producción de cazas diurnos y nocturnos se había elevado de 1017 en enero de 1944 (antes de la oleada de ataques) a 1755 en mayo y a 2034 en junio. El promedio mensual de 1943 fue de 849.

Me defendí de los ataques de Göring del siguiente modo (Acta de reuniones del *Führer* del 3-5 de junio de 1944, punto 20): «En esta ocasión, expliqué al *Führer* que la opinión del señor mariscal del Reich, que sostenía que la producción de armamentos para la aviación se había mantenido a un nivel bajo durante los dos últimos años a causa de la prioridad que yo daba al suministro al Ejército de Tierra, quedaba rebatida por el hecho de que, a pesar de los ataques aéreos, en tres meses se había duplicado la fabricación de aviones, y que, en contra de lo supuesto por el mariscal del Reich, esto no se había conseguido en tan breve tiempo a costa de restar capacidad al Ejército de Tierra, sino empleando las reservas existentes en la propia Luftwaffe». <<

[284] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 3-5 de junio de 1944, punto 19. <<

[285] Decreto del 20 de junio de 1944. Göring intentó salvar su prestigio ordenando «que el armamento de la Luftwaffe sea desarrollado por el ministro del Reich para Armamentos y Producción de Guerra siguiendo las consideraciones tácticas y disposiciones técnicas que formule el comandante en jefe de la Luftwaffe». <<

[286] El 19 de abril de 1944, cuatro semanas antes de los ataques aéreos a la industria de carburantes, escribí a Hitler: «Mientras que en 1939 en las plantas hidrogenadoras se obtuvo un total de 2 000 000 de toneladas de aceite mineral (incluido el carburante para automóviles), durante la guerra y hasta 1943, gracias a las

nuevas instalaciones, esta cifra se ha elevado a 5 700 000 toneladas, y las obras que se encuentran todavía en construcción deberían situarnos este año en 7 100 000 toneladas». Ahora, para efectuar las reparaciones, pudimos recurrir a la maquinaria y herramientas destinadas a la producción adicional de 1 400 000 toneladas anuales o 3800 diarias. Así pues, la testarudez de Hitler, que le impidió renunciar en otoño de 1942 a la producción adicional, terminó por sernos útil. <<

[287] El 22 de mayo hice que el coronel Von Below, amigo mío y hasta entonces delegado de Hitler en la Luftwaffe, fuera designado para actuar como enlace entre éste y yo. Según el punto 8 del Acta de reuniones del *Führer* del 22-25 de mayo de 1944, Below tenía la misión «de tenerme siempre al corriente de las opiniones de Hitler», con lo cual yo pretendía prevenir sorpresas como las que tuve durante mi enfermedad. Below también se haría cargo de transmitir mis memorias a Hitler, puesto que cuando se las entregaba en persona, aunque solía exigir que lo informara verbalmente de su contenido, no me dejaba terminar de hablar. Supe por Von Below que Hitler leía a fondo mis memorias y que llegaba a hacer anotaciones marginales y a subrayar pasajes. <<

[288] Véase la Memoria del 30 de junio de 1944.

A pesar de mantener parte de la producción, a comienzos de diciembre de 1944 habíamos perdido a causa de los bombardeos 1 149 000 toneladas de carburante de avión, lo que equivalía al doble de las reservas de Keitel, que teóricamente se habían agotado ya en agosto a causa de un descenso en la producción de 492 000 toneladas. Estas reservas sólo pudieron alargarse más allá del 1 de septiembre de 1944 mediante una desesperada restricción del tráfico aéreo.

Al enemigo le resultó más difícil paralizar la producción de gasolina para automóviles y carburante diesel, ya que las

refinerías estaban muy diseminadas. En junio de 1944 se produjo un 37% de gasolina y un 44% de carburante diesel. En mayo de 1944, las reservas de ambos productos alcanzaban un total de 760 000 toneladas. Antes de los ataques, la producción había sido de 230 000 toneladas mensuales.

Por término medio, durante el segundo trimestre de 1944 se arrojaron sobre Alemania 111 000 toneladas de bombas, de las que sólo una vigésima parte (5160 t) cayó en mayo sobre la industria de carburante, y en junio lo hizo una quinta parte (20 000 t). En octubre de 1944, la RAF arrojó una decimoséptima parte de su carga de bombas sobre la industria de carburantes, y las dos flotas aéreas americanas, una octava parte; en noviembre la proporción fue de una cuarta parte en el caso de la RAF y una tercera parte en el de la aviación americana. (Véase Graven y Gate, vol. III, y Wagenfür, *op. cit.*). Dado que precisamente los ataques nocturnos de la RAF contra las fábricas de carburantes y refinerías, debido a su mezcla de bombas incendiarias y explosivas, resultaban más efectivos que los americanos, la RAF dejó pasar una oportunidad de oro antes de noviembre, al menos en lo que respecta a los objetivos costeros y de la cuenca del Ruhr, por su mayor proximidad y fácil localización. <<

[289] De la Memoria del 28 de julio de 1944. <<

[290] Galland me informó de que en aquel momento sólo unos doscientos cazas defendían el territorio del Reich de los ataques diurnos. <<

[291] W. F. Graven y J. L. Gate, *The Army Air Forces in World War II*, vol. II. <<

[292] Hitler formuló estas directrices el 13 de agosto de 1942 en presencia de Keitel, Schmundt, el almirante Kranke, el general de zapadores Jakob y Dorsch; yo también estaba. (Acta de reuniones del *Führer* del 13 de agosto de 1942, punto 48). <<

[293] Según una nota del 5 de junio de 1944, a esto había que añadir 4 664 000 m^3 para búnkers de submarinos y otros proyectos en Francia. <<

[294] Según S. W. Roskill: *The War at Sea* (Londres, 1961), vol. III, parte II, sin estos puertos el desembarco nunca habría podido realizarse. Se emplearon 400 unidades navales, con un desplazamiento de 1 500 000 toneladas, para actuar a modo de rompeolas. El tiempo de construcción se duplicó a causa de las tormentas. Sin embargo, al cabo de diez días los puertos tomaron forma; a partir del 8 de julio el puerto británico próximo a Arromanches permitió un tráfico diario de 6000 toneladas, mientras que el puerto americano no fue terminado. <<

[295] El enemigo contaba con un Hitler más decidido. Según W. F. Graven, *ibid*, vol. III, el mismo día d y los siguientes los bombardeos de la IX Flota Aérea americana destruyeron los doce puentes de ferrocarril y los catorce puentes de carreteras existentes sobre el Sena, con objeto de impedir el desplazamiento del XV Ejército alemán, estacionado en Calais. <<

[296] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 3-5 de junio de 1944, punto 16.

El desarrollo de los cohetes V1 se llevó a cabo en poco tiempo gracias a la energía de Milch, quien había constatado, en el campo de pruebas de los grandes cohetes de Peenemünde, el poco efecto que se lograba con medios tan complicados. Oponiéndose a la resistencia pasiva que encontró incluso en mi Ministerio, finalmente se pudo apuntar el éxito de haber producido un arma de efecto similar a un coste mucho menor. <<

[297] En su discurso del 26 de junio de 1944, es decir, después de producirse las tres catástrofes militares, Hitler expuso a los

industriales:

«A menudo se me antoja que debemos pasar por todas las pruebas del demonio, de Satán y del infierno antes de alcanzar definitivamente la victoria final [...]. Quizá yo no sea precisamente un hombre devoto; no, no lo soy, pero en lo más profundo de mi ser sí soy un hombre religioso; es decir, creo que a quien lucha valientemente en este mundo de acuerdo con las leyes naturales que Dios ha establecido y no capitula jamás, sino que una y otra vez se rehace y avanza de nuevo, el Supremo Legislador no lo dejará en la estacada, sino que al final recibirá la bendición de la Providencia. Al fin y al cabo, esto ha sido dado a todos los grandes espíritus (!) de la Tierra». <<

[298] Tres semanas antes, en el discurso que pronuncié en Essen el 6 de julio de 1944, me mostré contrario a estas tendencias y aseguré que nuestro sistema de control de la industria desaparecería cuando llegara la paz. <<

[299] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 19-12 de junio de 1944, punto 20: «Entregados al *Führer* los documentos para su discurso, con los que se muestra conforme». <<

[300] Bormann se opuso, en una carta fechada el 30 de junio de 1944, a que se publicaran los discursos; posteriormente fueron recogidos por Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick en *Es spricht der Führer*, Gütersloh, 1966. <<

[301] Al final de la guerra oí a Galland decir que el insuficiente interés que habían mostrado los altos mandos era la causa de un retraso de aproximadamente año y medio. <<

[302] Las cifras han sido tomadas del programa 225, en vigor a partir del 1 de marzo de 1944, que sólo pudo ser llevado a la práctica en parte. Según este programa, había que producir los siguientes Me 262: 40 unidades en abril de 1944, que llegarían a 60 en julio del mismo año; producción estable de 60 unidades hasta octubre de 1944, y 210 a partir de enero de 1945; nuevo

incremento a 440 en abril de 1945, 670 en julio y 800 en octubre. <<

[303] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 7 de julio de 1944, punto 6.

A pesar de mis reparos, Hitler se mantuvo firme «en su orden de que al principio los Me 262 deberían ser producidos exclusivamente como bombarderos». <<

[304] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 19 al 22 de junio de 1944, punto 35. <<

[305] Véase el informe de viaje del 10 al 14 de septiembre de 1944. <<

[306] Según la U. S. *Air University Review*, volumen XVII, número 5 (julio-agosto de 1966), en 1944 un cuatrimotor B 17 (Fortaleza Volante) costaba 104 370 dólares (858 000 mil marcos del Reich); en cambio, un V1, según los datos precisos de David Irving, costaba 144 000 marcos, es decir, la sexta parte que un bombardero. Seis cohetes sumaban cuatro toneladas y media de material explosivo (750 kilos cada uno). Quedaban destruidos después de haber sido utilizados una sola vez. En cambio, un bombardero B 17 podía efectuar innumerables misiones y transportar dos toneladas de explosivos en un radio de 1600 a 3100 kilómetros.

Sólo sobre Berlín se arrojó un total de 49 400 toneladas de bombas y explosivos, que dañaron gravemente o destruyeron por completo el 10,9% de las viviendas (Webster, vol. IV). Para hacer caer sobre Londres la misma cantidad de explosivos mediante el V1 habríamos tenido que emplear 66 000 grandes cohetes, es decir, la producción entera de seis años. Por consiguiente, el 29 de agosto de 1944, durante una reunión de propaganda presidida por Goebbels, tuve que reconocer: «Hay que preguntarse si ahora el V2 […] puede ser psicológicamente decisivo de algún modo para la guerra. […] Desde el punto de

vista puramente técnico no puede serlo. […] Tales influencias psicológicas quedan fuera de mi alcance. Sólo puedo decir que para conseguir la plena efectividad de nuestras nuevas armas […] se requiere un tiempo». <<

[307] Dejando a un lado las razones de Hitler, iba en contra del sentido común que la base de Peenemünde estuviera realizando proyectos para el Ejército de Tierra cuando la defensa antiaérea era asunto de la Luftwaffe. Sin embargo, dada la ambición que separaba a las distintas ramas de la Wehrmacht, el Ejército de Tierra nunca habría puesto a disposición de la competencia la capacidad de desarrollo alcanzada en Peenemünde. La separación existente entre los ejércitos de la Wehrmacht hacía imposible llevar a cabo una investigación y un desarrollo comunes (v. capítulo XVI, nota 33). De haber aprovechado a fondo y a su debido tiempo la capacidad de Peenemünde, la operación Cascada habría podido entrar antes en la fase de producción. En fecha tan tardía como el 1 de enero de 1945 —en un rasgo característico de la forma en que se asignaban las prioridades—, 2210 científicos e ingenieros de la base de Peenemünde se ocupaban de los cohetes de largo alcance A4 y A9, mientras que sólo 220 trabajaban en el proyecto Cascada y 125 lo hacían en otros cohetes destinados a la defensa antiaérea (Tifón).

El doctor C. Krauch, Delegado General de Química, me había dicho en una extensa memoria que me dirigió el 29 de julio de 1943, apenas dos meses antes de que tomáramos nuestra errónea decisión: «Los que defienden un rápido desarrollo de los medios de ataque aéreos, es decir, de la contraofensiva, parten de la base de que la mejor defensa es el ataque y de que lanzar cohetes contra Inglaterra disminuiría los ataques aéreos contra el territorio del Reich. Incluso si se cumpliera la premisa, lo que no ha ocurrido hasta la fecha, de que los cohetes de largo alcance pudieran ser empleados ilimitadamente e hicieran

posible causar daños a gran distancia, y teniendo en cuenta las experiencias que hemos tenido hasta el momento, esta solución me parecería desacertada. Al contrario, incluso aquellos que en Inglaterra se oponen actualmente al empleo del terror aéreo contra la población alemana, si los atacáramos con cohetes exigirían de su gobierno un recrudecimiento de la agresión contra nuestras poblaciones, y seguiríamos sin podernos proteger. […] Estas consideraciones hablan en favor de aumentar en lo posible la defensa antiaérea y los cohetes defensivos C2 Cascada. Deben emplearse cuanto antes y de forma masiva. […] En otras palabras: todos los especialistas, todos los trabajadores y todas las horas de trabajo que se empleen en acelerar al máximo este programa resultarán mucho más efectivos que cualquier otro proyecto. Retrasar este programa puede tener consecuencias decisivas para el curso de la guerra». <<

[308] Véase el Acta de reuniones del *Führer* de 23 de junio de 1942, punto 21. <<

[309] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 13-14 de octubre de 1942, punto 25. Cinco mil cohetes de largo alcance, es decir, los fabricados en más de cinco meses, sólo habrían transportado 3750 toneladas de material explosivo, en tanto que un solo ataque combinado de las flotas de bombarderos ingleses y americanos habrían lanzado alrededor de 8000 toneladas. <<

[310] Esta orden, del 12 de diciembre de 1942, hizo posible planificar la producción y encargar las máquinas-herramienta cuyo suministro se demoraba durante meses, al permitir entrar en negociaciones con las empresas suministradoras y conseguir los cupos de material necesarios para el proceso de fabricación. <<

[311] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 8 de julio de 1943, puntos 18, 19 y 20. <<

[312] David Irving da más detalles en *Die Gekeimwaffen des Dritten Reiches*, Gütersloh, 1965. <<

[313] Acta de reuniones del *Führer* del 19-22 de agosto de 1943, punto 24. <<

[314] Mi predecesor, el doctor Todt, tenía el grado honorífico de general de división de la Luftwaffe, lo cual lo colocaba en una posición débil para negociar con sus contratantes, cuya categoría militar era mucho más alta. Esta sola circunstancia ya convertía en poco recomendable aquella práctica, que yo, por mi parte, rechacé también por razones más genéricas. <<

[315] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 20-22 de septiembre de 1942, punto 36. <<

[316] El jefe de la Sección de Suministros Armamentísticos, doctor Walter Schieber, confirmó en una carta del 7 de mayo de 1944 (documento 104 PS de Nuremberg) que el establecimiento de las filiales de los campos de concentración llamadas «campos de trabajo» estaba justificado a pesar de la gran cantidad de roces existentes con las SS, ya «que los resultados prácticos y humanos compensaban las desventajas». <<

[317] La espantosa impresión que nos causó el campamento se desprende de lo que se expresa entre líneas en la Crónica del 10 de diciembre de 1943: «En la mañana del 10 de diciembre, el ministro se dirigió a inspeccionar una nueva instalación en el Harz. Aquella tremenda empresa exigía sus últimas fuerzas a los hombres que la dirigían. Algunos llegaron al punto de tener que tomar vacaciones forzosas para recuperarse de los nervios». <<

[318] Véase la Crónica del 13 de enero de 1944. <<

[319] Citas de la carta de Ley del 26 de mayo de 1944 y de mi respuesta del día siguiente. <<

[320] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 3-5 de junio de 1944, punto 21. <<

[321] Véase E. Georg, *Die wirtschaftlichen Unternehniungen der SS*, Stuttgart, 1963. <<

[322] El doctor Schieber amplía esta cuestión en su carta del 7 de mayo de 1944: «Del elevado porcentaje de trabajadores extranjeros, en especial rusos, que trabajan en nuestras empresas de armamentos, una parte no despreciable va a parar gradualmente a las empresas económicas de las SS, con lo que perdemos esta mano de obra. Esta sustracción se debe a la envergadura, cada vez mayor, del gran complejo económico de las SS, dirigido sobre todo por el capitán general de las SS Pohl».

En la reunión de los jefes de armamentos celebrada el 26 de mayo de 1944, Kammler se ufanó de que «simplemente había detenido a 50 000 personas para procurarse la mano de obra necesaria (para las empresas de las SS)». <<

[323] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 3-5 de junio de 1944, punto 21. <<

[324] Eugene Davidson en *Modern Age*, año 1966, n.º 4, en su artículo: «Albert Speer and the Nazi War Plans». <<

[325] Estas medidas fueron adoptadas por la Central de Planificación el 19 de mayo de 1944. Siete días más tarde, a partir del 26 de mayo de 1944, las fuerzas aéreas enemigas consiguieron destruir en muy poco tiempo veintiséis puentes sobre el Sena. <<

[326] Véanse el diario de Jodl, anotación del 5 de junio de 1944, y el Acta de reuniones del *Führer* del 8 de junio de 1944, punto 4: «El *Führer* coincide conmigo en lo que sugerí a Jodl sobre una invasión en mi carta del 29 de mayo». <<

[327] El detallado decreto del «jefe del Armamento del Ejército de Tierra y comandante en jefe del Ejército de Reserva», capitán general Fromm, del 31 de julio de 1943, «asunto Valquiria», se remite a un decreto anterior, del 26 de mayo de 1942. <<

[328] Véase mi carta del 3 de marzo de 1945 al ministro de Justicia Thierack en descargo de Fromm. <<

[329] Véase el decreto de Hitler de 13 de julio de 1944. <<

[330] Véase la Crónica del 9 de julio de 1944. <<

[331] En esta memoria del 20 de julio de 1944 aplicaba a la administración de la Wehrmacht mi experiencia industrial, así como algunos conocimientos obtenidos en conversaciones con el personal del Estado Mayor, como Olbricht, Stieff, Wagner, etc. Decía que no salían las cuentas, pues de los 10 500 000 hombres incorporados al ejército sólo 2 300 000 estaban luchando. La habilidad organizativa alemana se dividía en la mayor cantidad posible de ramas independientes, cada una de las cuales se regulaba de un modo autárquico. La memoria prosigue: «Así, hemos organizado de forma independiente entre sí todas las subdivisiones de los tres ejércitos de la Wehrmacht, de las Waffen-SS, de la Organización Todt y del Servicio de Trabajo del Reich. El suministro de ropa, los abastecimientos, el servicio de transmisiones, la sanidad, los refuerzos, los transportes, todos estos asuntos están organizados por separado, tienen sus propios almacenes y reciben sus suministros con independencia unos de otros». La consecuencia era un dispendio superfluo de hombres y de material. <<

[332] Véase la Crónica del 20 de julio de 1944. <<

[333] Es de suponer que Hitler informó a Goebbels, encargado de adoptar las medidas necesarias para la defensa de Berlín, sobre la orientación de sus sospechas. En ese momento ya se había ordenado desde Rastenburg que Von Stauffenberg fuera detenido en el edificio de la Bendlerstrasse. Las sospechas debieron de recaer también sobre Fromm, pues a las dieciocho horas Hitler ya lo había destituido, nombrando a Himmler para reemplazarlo. El hecho de que Goebbels no me expusiera la situación podía ser indicio de que no confiaba completamente

en mí. <<

[334] Este horario aparece reproducido en *Der 20 Juli*, Berto-Verlag, Bonn, 1961. <<

[335] Lo mismo se desprende del informe entregado dos días después por Remer. <<

[336] Véase mi carta a Thierack del 3 de marzo de 1945. <<

[337] Al parecer, Himmler vaciló en obedecer la orden que Hitler le dio a las cinco de la tarde de dirigirse a Berlín. Por lo pronto se quedó en su cuartel general, y sólo a altas horas de la noche viajó, no a Berlín-Tempelhof, sino a un campo de aviación apartado de la ciudad. <<

[338] Según el Acta de reuniones del *Führer* del 6-8 de julio de 1944, punto 2. <<

[339] El 23 de julio de 1944 Ley escribió en el *Angriff* un artículo editorial que evidenciaba el giro del régimen contra la aristocracia militar: «Degenerada hasta la médula, de sangre azulada hasta la idiotez, sobornable hasta la repugnancia y cobarde como todas las criaturas vulgares: ésta es la pandilla de nobles que el judío ha enviado contra el nacionalsocialismo […]. Hay que aniquilar esta podredumbre, destruirla de raíz […]. No basta con atrapar sólo a los culpables […]. Hay que eliminar toda la nidada». <<

[340] Este plan de organización respondía poco más o menos al borrador de un decreto hallado en el edificio de la Bendlerstrasse que debía firmar Beck, como regente del Reich, «para la estructuración provisional del alto mando de la guerra». Había, además, una lista ministerial en la que el Ministerio de Armamentos debía ser subordinado a Goerdeler, el futuro canciller del Reich. Yo aparecía en ella como ministro, y junto a mi nombre había también aquí un signo de interrogación y una nota que decía que no se me debía consultar hasta después de consumar el golpe de Estado. (De *Der 20 Juli*, Bonn, 1961). <<

[341] Véase el informe de Kaltenbrunner a Bormann, del 12 de octubre de 1944, en Karl Heinrich Peter, *Spiegelbild einer Verschwórung. Die Kaltenbrunner-Berichte an Bormann und Hitler über das Attentat am 20. Juli 1940*. Documentos secretos de la antigua Jefatura de Seguridad del Reich, Stuttgart, 1961. <<

[342] Según un comunicado de Walter Funk. <<

[343] Jerárquicamente, como «jefe mayor de sección» del Partido me hallaba por debajo de los jefes nacionales admitidos en aquellas reuniones. <<

[344] Algunos pasajes de este discurso de Hitler han sido publicados. Véase Domaras, *op. cit.* <<

[345] De mi declaración en Nuremberg del 20 de junio de 1946. Pude remitirme a Schirach como testigo adicional. <<

[346] Según consta en Gregor Janssen, *Das Ministerium Speers*, intercedí por la puesta en libertad del general Speidel, del editor Suhrkamp, de la esposa del general Seydlitz y de su cuñado el doctor Eberhard Barth, del conde Schwerin, del capitán general Zeitzler y del general Heinrici, así como por la de los industriales acusados por Goerdeler: Vögler, Bücher, Meyer, Stinnes, Haniel, Reuter, Meinen y Reusch. <<

[347] Véase la Crónica de últimos de agosto y del 20 de septiembre de 1944. <<

[348] Del discurso ante mis colaboradores del 31 de agosto de 1944. <<

[349] Véase la Crónica del 10 y el 31 de agosto de 1944. <<

[350] Véase la carta de 20 de septiembre de 1944. <<

[351] Esta exigencia apuntaba directamente contra las pretensiones de poder de Bormann. Exigí de Hitler que «en todo lo concerniente a armamentos y producción de guerra pudiera dar directamente las instrucciones necesarias a los jefes

regionales, sin tener que ponerlas en conocimiento del jefe de la cancillería del Partido (Bormann)». Los jefes regionales tendrían la obligación «de informarme directamente, y de ponerse también en contacto conmigo en cuestiones fundamentales del campo de los armamentos y la producción de guerra». Sin embargo, el primitivo sistema de poder de Bormann se fundaba precisamente en que, aunque ideaba sin cesar nuevas misiones estatales para los jefes de las regiones, insistía al mismo tiempo en que «todos los informes pasaran sistemáticamente por él» y en que «las instrucciones dadas a los jefes regionales solamente podían ser transmitidas a través de él, para dar uniformidad a la transmisión». De esta forma se interponía entre los Ministerios y las autoridades ejecutoras y hacía que tanto unos como otras dependieran de él. <<

[352] A comienzos de octubre, es decir, una semana después, figura en la Crónica la anotación siguiente: «El doctor Goebbels y el jefe nacional Bormann, así como los jefes regionales y sus organismos del Partido, arremeten incesantemente contra las empresas de producción de armamento». La Crónica prosigue: «Al ministro le interesa aclarar quién tendrá algo que decir en el futuro respecto a los armamentos. A pesar de todos los acuerdos con el doctor Goebbels, el ministro es pasado por alto. Las llamadas al orden dirigidas a los jefes regionales se interrumpen al llegar al doctor Goebbels, y las conversaciones telefónicas son silenciadas hasta que los hechos ya han sido consumados. La tensión y el enojo crecen en ambas partes».

Aproximadamente una semana después, enojado por el tratamiento que se me había dado, ordené al jefe de la Sección Central de Cultura y Propaganda que mi nombre «no vuelva a aparecer en la prensa». (Crónica). <<

[353] Véase el informe sobre mi viaje del 26 de septiembre al 1 de octubre de 1944. Cuatro semanas más tarde, en el informe

sobre mi visita al Grupo de Ejércitos del Sudoeste, efectuada entre el 19 y el 25 de octubre de 1944, indiqué a Hitler, apoyado por Guderian, jefe del Estado Mayor, que durante el mes de septiembre las tropas combatientes sólo habían recibido una parte de los suministros de armas: «Las averiguaciones del aposentador general permiten saber que durante el mes de septiembre fueron asignados los siguientes suministros a las fuerzas combatientes de todos los frentes:

Pistolas.

Suministro para divisiones del frente: 10 000.

Nuevos efectivos: 78 000.

Metralletas.

Suministro para divisiones del frente: 2934.

Nuevos efectivos: 57 660.

Ametralladoras.

Suministro para divisiones del frente: 1527.

Nuevos efectivos: 24 473.

Cañones antiaéreos de 2 cm.

Suministro para divisiones del frente: 54.

Nuevos efectivos: 4442.

Cañones antiaéreos de 3,7 cm.

Suministro para divisiones del frente: 6.

Nuevos efectivos: 948.

Cañones antitanque de 7,5 cm.

Suministro para divisiones del frente: 180.

Nuevos efectivos: 748.

Lanzagranadas de 8 cm.

Suministro para divisiones del frente: 303.

Nuevos efectivos: 1947.

Lanzagranadas de 12 cm.

Suministro para divisiones del frente: 14.

Nuevos efectivos: 336.

Morteros ligeros.

Suministro para divisiones del frente: 275.

Nuevos efectivos: 458.

Morteros pesados.

Suministro para divisiones del frente: 35.

Nuevos efectivos: 273.

Camiones.

Suministro para divisiones del frente: 543.

Nuevos efectivos: 4736.

Tractores oruga.

Suministro para divisiones del frente: 80.

Nuevos efectivos: 654.

Tanques.

Suministro para divisiones del frente: 317.

Nuevos efectivos: 373.

Cañones de asalto.

Suministro para divisiones del frente: 287.

Nuevos efectivos: 762.» <<

[354] Según el informe del viaje que realicé entre el 10 y el 14 de septiembre de 1944, el I Ejército, estacionado en Metz, disponía, para un frente de 140 km, de 112 piezas de artillería, 52 tanques acorazados, 116 cañones antitanque pesados y 1320 ametralladoras. El LXXXI Cuerpo del Ejército, que defendía Aquisgrán y su importante industria, sólo disponía de 33 piezas de artillería, 21 tanques y 20 cañones antitanque pesados. En el mismo informe escribí a Hitler: «Las armas pesadas son tan

insuficientes que el frente puede romperse por casi cualquier punto. Cien tanques, provistos de una dotación de 500 hombres, pueden quebrantar la resistencia de diez mil soldados que carezcan de armas pesadas». <<

[355] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 19-22 de junio de 1944, punto 9. <<

[356] Véase el documento RE 71 de Nuremberg, según el cual Sauckel propuso a Hitler, el 26 de abril de 1944, una «orden del *Führer*» concebida en los siguientes términos: «Al comandante en jefe del frente occidental y a los comandantes militares de Francia, Bélgica y Holanda: En caso de una invasión, hay que asegurar por todos los medios que la mano de obra quede fuera del alcance del enemigo. La industria de armamentos del Reich exige que tales fuerzas sean puestas rápidamente, en la mayor cantidad posible, a disposición de las industrias alemanas de armamento».

El 8 de mayo de 1944 se registró en el acta oficial de sesiones la negociación mantenida por Sauckel y el Gobierno francés: «El jefe regional Sauckel declara que ha dado a sus departamentos un plan de movilización general para el caso de una invasión, con la orden de evacuar a Alemania, sin más consideraciones, a todos los obreros que queden libres». Después de la reunión ministerial del 11 de julio de 1944, presidida por Lammers, Keitel dio al comandante en jefe de Francia la orden de que «habría que adoptar medidas violentas para detener a obreros franceses». Por el contrario, yo decidí que «la producción francesa debía mantenerse a pesar de la invasión y que sólo se tendría en cuenta una posible evacuación de maquinaria importante». (Crónica). <<

[357] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 18 al 20 de agosto de 1944, punto 8.

En la sentencia dictada el 30 de septiembre de 1946 por el

Tribunal Militar Internacional de Nuremberg se establece, refiriéndose a esta actividad y a otras posteriores, «que él (Speer), en la fase final de la guerra, fue uno de los pocos hombres que tuvieron el valor de decir a Hitler que la guerra estaba perdida, así como de tomar medidas encaminadas a impedir la inútil destrucción de las industrias, tanto en Alemania como en los territorios ocupados. Impuso su oposición al programa de "tierra quemada" en los países occidentales y Alemania y lo saboteó conscientemente, con riesgo de su propia vida». <<

[358] El jefe regional de Colonia (Grohé) había sido nombrado por Hitler responsable de Bélgica, mientras que el jefe regional de Mosela (Simon) lo fue de Luxemburgo y la región de Minette, y el jefe regional de Sarre-Palatinado (Bürckel), de Mauthe et Moselle.

Por ejemplo, el 5 de septiembre de 1944 pude escribir al jefe regional Simon, con el consentimiento de Hitler: «Se ha de procurar a toda costa que si la Minette, la región luxemburguesa o cualquier otra zona industrial cae en manos del enemigo, sea únicamente paralizada, es decir, que debe interrumpirse su actividad industrial durante algunos meses, lo que puede lograrse desmontando algunas piezas, por ejemplo los grupos eléctricos, pero sin dañar las instalaciones propiamente dichas. Tenemos que contar con recuperar la región de Minette, ya que nos es imprescindible a largo plazo para continuar la guerra. En Rusia, las industrias han cambiado de dueño varias veces sin que una ni otra parte las hayan dañado, y han sido aprovechadas por su "usufructuario" respectivo. Las mismas instrucciones se han hecho llegar a la Asociación Nacional del Hierro y el Carbón». Estas asociaciones nacionales recibieron la misma orden, pero con el añadido: «Se ruega proceder de la misma forma en las cuencas carboníferas amenazadas de Bélgica, Holanda y el territorio del Sarre. Las instalaciones de bombeo de los pozos de carbón deberán mantenerse en buen estado». <<

[359] Télex dirigido el 13 de septiembre de 1944 a los jefes regionales de la cuenca del Ruhr: por principio «únicamente se puede proceder a la paralización, es decir, a la interrupción temporal del servicio, mediante la retirada de alguna pieza, por lo común de grupos eléctricos». La minería y la industria del acero no se verían sometidas a estas medidas más que en un segundo nivel; de este modo, prácticamente quedaban excluidas de la paralización. <<

[360] Cita del artículo editorial de Helmut Sündermann, segundo jefe de prensa del Reich, publicado el 7 de septiembre de 1944. Algunas semanas después, Sündermann se lamentó diciendo que el *Führer* le había dictado el texto punto por punto y le había ordenado publicarlo. <<

[361] Del informe del viaje que realicé entre el 10 y el 14 de septiembre de 1944. <<

[362] Mediante una carta del 16 de septiembre de 1944, Bormann autorizó extender también esta decisión de Hitler a los territorios ocupados de Holanda, Francia y Bélgica, así como a todas las regiones del este, sur y norte del Reich. En una carta que el 19 de septiembre de 1944 dirigí al presidente de la Comisión de Armamentos y a los inspectores de Armamentos, asumí dos días después la responsabilidad por todos los casos en que cayeran en manos del enemigo industrias que ni siquiera hubieran sido paralizadas. «En el futuro, lamentaré más haberme dado demasiada prisa en proceder a la paralización que no poder realizarla por dar la orden tarde».

En relación con las minas de hulla y lignito de la parte izquierda del Rin, en un escrito del 17 de septiembre se estableció que, en caso de ocupación, el director técnico y un turno de trabajo de emergencia deberían permanecer en el lugar «para impedir, en la medida de lo posible, el anegamiento de los pozos o cualquier otra acción que pudiera resultar perjudicial para su

funcionamiento». El 5 de octubre de 1944, una circular del Departamento Nacional de Economía Eléctrica, dependiente de mí, daba instrucciones concretas para las centrales de energía. <<

[363] Véase mi Memoria del 5 de septiembre de 1944, así como el Acta de reuniones del *Führer* del 18-20 de agosto de 1944, punto 5: «El *Führer* establece "un espacio económico mínimo" para el que se ha de determinar en detalle el límite de la producción de armamentos teniendo en cuenta las existencias y las producciones de ese espacio». <<

[364] Memoria del 5 de septiembre de 1944. Nuestras existencias de níquel y manganeso duraron cinco meses más que las de cromo. Dado que habíamos sustituido miles de kilómetros de cable de cobre de las líneas de alta tensión por cable de aluminio, disponíamos de cobre para diecisiete meses, a pesar de que este metal había sido antes una de las más terribles carencias de nuestra industria de armamentos. <<

[365] Las citas proceden de los informes sobre los viajes del 26 de septiembre al 1 de octubre, del 19 al 25 de octubre y del 7 al 10 de diciembre de 1944. <<

[366] Según registra Jodl en su diario el 10 de noviembre de 1944. <<

[367] La cita sobre el aumento de la cantidad de explosivos mediante adición de sal gema procede de la memoria del 6 de diciembre de 1944 sobre el abastecimiento de nitrógeno, materia prima en la producción de explosivos. Contando los territorios ocupados, antes de los ataques producíamos 99 000 toneladas mensuales, que en diciembre de 1944 se habían reducido a 20 500. En septiembre se añadieron 4100 toneladas de aditivos a 32 300 toneladas de explosivo; en octubre, 8600 toneladas de sal gema a 35 900 de explosivo, y en noviembre, 9200 toneladas a 35 200. (Informe urgente de enero de 1945 del servicio de planificación). <<

[368] Según el «cuadro sinóptico de rendimientos» elaborado por la Central Técnica y fechado el 6 de febrero de 1945, en enero de 1944, antes de iniciarse los ataques a la industria de aviación, se suministraron 1017 cazas diurnos y nocturnos. En febrero, durante los ataques, fueron 990; en marzo, 1240; en abril, 1475; en mayo, 1755; en junio, 2034; en julio, 2305; en agosto, 2273; en septiembre, 2878. Este aumento se logró en gran parte a costa de restricciones, sobre todo de los aviones polimotores. Según el «índice de la producción alemana de armamentos» de enero de 1945, el número de aviones suministrados aumentó de 232 en enero de 1944 a sólo 310 en septiembre del mismo año, es decir, en un 34%. En este período, la parte correspondiente a los cazas en la producción total de aviones (por peso) aumentó del 47,7% al 75,5%. <<

[369] Informe de la Central de Planificación del 25 de mayo de 1944: «En mayo se producirán tantos aviones que el Estado Mayor estima que, después de un cierto tiempo, las pérdidas del enemigo serán tan graves que las incursiones en territorio del Reich dejarán de resultarle rentables. Si se dirigen cinco cazas contra el enemigo, se derribará uno de sus bombarderos. Actualmente, cada bombardero derribado significa la pérdida de un caza». <<

[370] Véase el Acta de reuniones del *Führer* del 18-20 de agosto de 1944, punto 10. <<

[371] Citas de la Crónica del 21 y 24 de agosto de 1944.

A pesar de la orden de Hitler de reducir a la mitad la producción de cazas, ésta permaneció casi invariable: 2305 en julio y 2352 en diciembre. <<

[372] Véase el informe del viaje del 10 al 14 de septiembre de 1944.

Unos días antes, el 31 de agosto de 1944, dije a mis colaboradores que «yo no deseo ceder a la psicosis de atribuir

demasiada importancia a las nuevas armas. Tampoco tengo nada que ver en que actualmente desempeñen un papel propagandístico tan importante».

El 1 de diciembre de 1944 me expresé de un modo similar en Rechlin, ante mis colaboradores: «(Tras serles presentados los nuevos desarrollos), han podido ustedes ver que no disponemos de ningún arma milagrosa, y probablemente no dispondremos nunca de ella. Desde nuestro punto de vista, es decir, desde el lado de la técnica, siempre ha sido evidente para cualquiera que en este campo no son posibles los milagros que esperan los profanos. […] Durante mis visitas al frente he comprobado una y otra vez que los jefes de las divisiones y regimientos están preocupados porque sus tropas se agarran con una fe cada vez mayor a esos objetos maravillosos. Esto me parece desastroso».

El 13 de enero de 1945, es decir, algunas semanas después, los asistentes a un cursillo para oficiales me preguntaron: «¿Se puede contar todavía con las nuevas armas de las que la propaganda ha hablado tanto durante el último trimestre?». Yo respondí: «Sólo puedo decir que me pronuncio enérgicamente contra tales rumores. A fin de cuentas, la propaganda no es cosa mía […]. He repetido una y otra vez que no hay que esperar armas milagrosas y también le he comunicado en varias ocasiones al *Führer* por escrito que considero totalmente errónea esta clase de propaganda, y no sólo en el aspecto político, sino también porque con ella se menoscaba el valor combativo de los soldados alemanes […]. Nunca tendremos una forma maravillosa de terminar la guerra de golpe. No existen tales perspectivas». <<

[373] El 10 de diciembre de 1944 Schwarz van Berk publicó en la revista *Das Reich* un artículo que estimé que constituía un abuso de confianza, pues por segunda vez utilizaba para sus artículos informaciones obtenidas «en el círculo interno de mis oficinas

de armamentos». «Comprenderá usted, por lo tanto —concluía mi carta del 15 de diciembre—, que en adelante no sea admitido en los actos internos que organice mi Ministerio». <<

[374] Desarrollado a partir del modelo del *bazooka* americano. En noviembre de 1944 se fabricaron 997 000 «puños de tanque»; en diciembre, 1 253 000, y en enero de 1945, 1 200 000. <<

[375] Efectivamente, el 5 de agosto de 1944 Churchill pidió informes sobre las posibilidades de Gran Bretaña para proceder a una guerra química con gases venenosos contra Alemania. Según el informe pertinente, las 32 000 toneladas de gas mostaza y fosgeno podrían «contaminar de una manera efectiva unos 2500 km^2 de territorio alemán, es decir, una extensión mayor que la del conjunto de los territorios de Berlín, Hamburgo, Colonia, Essen, Francfort y Kassel». (Irwing: *Die Geheimwaffen des Dritten Reiches*, Hamburgo, 1969).

Según mi carta a Keitel del 11 de octubre de 1944 (RLA1302/44), hasta que se produjeron los ataques a la industria química en verano de 1944, nuestra producción alcanzaba mensualmente las 3100 toneladas de iperita y 1000 de tabún. Así pues, durante los cinco años de guerra Alemania tuvo que almacenar una cantidad de gases tóxicos que debía de superar la que tenían los británicos, incluso suponiendo que la capacidad de producción hubiera ido decreciendo durante la guerra. <<

[376] En octubre de 1944 todavía se fabricaban los productos básicos empleados en la producción de gases tóxicos: 10 900 toneladas de metanol (promedio mensual de 1943: 21 500 T) y 306 de cianuro (promedio mensual de 1943: 1234 T). <<

[377] Véase la Memoria del 11 de noviembre de 1944. <<

[378] No hay duda de que las esperanzas del enemigo de terminar la guerra en el invierno de 1944 a 1945 se habrían visto mejor cumplidas con la desarticulación de la industria química, pues el

transporte se recuperaba por lo regular con mayor rapidez de lo que esperábamos; así, la provisión diaria de vehículos (139 000 de promedio en 1943) era todavía de 70 000 en enero de 1945 (la mitad), de 39 000 en febrero (una tercera parte) y de 15 000 en marzo (lo que, con todo, equivale a una novena parte de la producción inicial). Debido a las grandes existencias almacenadas y por medio de este programa complementario, la producción armamentística todavía pudo, alcanzar rendimientos que se hallaban muy por encima de la reducción experimentada por los transportes: el índice global de armamentos fue de 277 de promedio en 1944 (222 en 1943). En enero de 1945 había descendido a 227, es decir, en un 18%; en febrero a 175 (36% menos); en marzo a 145, lo que equivale aproximadamente a la mitad, aunque contábamos sólo con una novena parte del volumen de transportes.

En enero de 1945 (1943: 225 800 t) todavía logramos producir 175 000 toneladas de munición, lo que constituía, a pesar de todo, el 70% de la producción de 1943, aunque se disponía únicamente de una octava parte del nitrógeno. En enero de 1945 construimos 3185 aviones (1943: 2091 al mes), para los que había sólo una treceava parte de carburante. En enero de 1945 suministramos 1767 tanques, cazadores de tanques, artillería de asalto y cureñas automotrices (promedio de 1943: 1009), 5089 camiones y remolques ligeros (10 453 en 1943) y 916 tractores (1416 en 1943); pero para el funcionamiento de estos vehículos sólo disponíamos de una cuarta parte del carburante producido hasta la fecha.

Así pues, la catástrofe sufrida por la producción química fue un factor decisivo para que disminuyera nuestra capacidad combativa. <<

[379] Citado del Acta de reuniones del *Führer* del 12 de octubre de 1944, punto 27. <<

[380] En el informe de mi viaje del 31 de diciembre de 1944, escribí a Hitler: «El tráfico [...] ha de hacerse con las luces completamente enmascaradas. Debido a la dificultad de los recorridos nocturnos y a la imposibilidad de desplazarse durante el día, nuestra capacidad de movimiento, incluso con un sistema de carreteras equivalente, sólo puede estar entre la mitad y la tercera parte de la del enemigo, que circula casi sin estorbo durante el día y con las luces encendidas por la noche. Otro obstáculo grave, especialmente para enviar pertrechos y refuerzos, es el estado de las carreteras en el Eifel y en las Ardenas [...]. La mayor parte de los trayectos presenta curvas y pendientes que no van a la zaga de las de los Alpes en cuanto a dificultad [...]. La mentalidad operativa del alto mando y las órdenes resultantes no siempre concuerdan con los problemas de aprovisionamiento que estas implican. Al parecer, la cuestión del aprovisionamiento y del envío de refuerzos tiene un papel secundario en todas sus consideraciones [...]. Pero si no se le presta la atención que merece, la operación estará condenada al fracaso precisamente por este motivo». <<

[381] Como Hitler reconoció, sólo la muerte de la zarina Isabel lo salvó de la derrota. <<

[382] Citado del Acta de reuniones del *Führer* del 3-5 de enero de 1945, punto 23. <<

[383] Según el Acta de reuniones del *Führer* del 3-5 de febrero de 1945, punto 24. El éxito fue de Saur, que siempre se había quejado a Hitler de las intromisiones del capitán general de las SS Jüttner, lugarteniente de Himmler, en la autorresponsabilización de la industria. El relato de los detalles puso a Hitler de tan mal humor que, finalmente, dispuso la destitución de Himmler. <<

[384] Citado del télex a Hitler del 21 de enero de 1945 y de la memoria preliminar del 16 del mismo mes. <<

[385] Debo admitir que no por mucho tiempo: unos meses después dirigió los combates de Breslau sin ninguna consideración por las vidas humanas ni los edificios valiosos, y ordenó incluso que se ahorcara en público a su viejo amigo Spielhagen, el alcalde de la ciudad; según supe más tarde por el constructor Flettner, huyó de la sitiada Breslau poco antes de la capitulación en uno de los pocos prototipos de helicóptero. <<

[386] Véase el discurso radiado de Hitler del 30 de enero de 1945. <<

[387] La primera cita se encuentra en la página 693 de *Mi lucha* de Hitler, edición alemana de 1935; la segunda en la página 104. Además, en mi celda de Nuremberg encontré, en la página 780, la siguiente cita complementaria: «Pero también juzgará a los que, siendo dueños del poder, pisotean el derecho y la ley, a los que conducen a nuestro pueblo a la miseria y a la perdición y a los que, en medio de la desgracia de su patria, valoran más su propio yo que la vida de la comunidad». <<

[388] También dejé en manos de Saur las reuniones con Hitler para tratar de armamentos. Según las Actas, el 20 de enero tuve la última entrevista con Hitler en este sentido. Después se reunió con Saur el 14 y el 26 de febrero y el 8 y el 22 de marzo. <<

[389] Model renunció ese día a utilizar como base de artillería la mayor empresa farmacéutica de Alemania: la Bayer-Leverkusen. Accedió a comunicar esta decisión al enemigo y a rogarle que respetara la fábrica. <<

[390] El proyecto del 15 de marzo de 1945 fue elaborado con la colaboración técnica del coronel Gundelach, jefe de la plana mayor de las tropas de zapadores. <<

[391] Mediante circular del 12 de marzo de 1945. <<

[392] Ya habíamos pasado a los hechos consumados varias semanas antes: el 19 de febrero de 1945, un día después de que,

de acuerdo con un decreto de Hitler, yo habría tenido que «distribuir las posibilidades de transporte entre la Wehrmacht, la producción de armamentos, la alimentación y la economía […] y establecer las prioridades», ordené en mi «Circular sobre la situación de los transportes»: «Naturalmente, todo lo necesario para la supervivencia de la población alemana figura en primer lugar. Hay que asegurar en la mayor medida posible el abastecimiento de la población». Nos vimos obligados a adoptar esta decisión porque el número de vagones disponibles había descendido a una tercera parte.

A las presiones de Riecke, secretario del Ministerio de Abastecimientos, hubo que agradecer que yo, mediante un decreto de la Sección de Planificación del 2 de marzo de 1945 y una orden cursada a la Sección de Construcciones, proveyera de carbón y energía eléctrica a la industria productora de alimentos y las fábricas de maquinaria agrícola y tener las plantas de nitrógeno reparadas antes que las plantas hidrogenadoras. Estos fueron los últimos de mis muchos decretos prioritarios. Ni siquiera se mencionaba el armamento.

Las columnas de camiones que teníamos a nuestra disposición para los transportes urgentes de armamento fueron destinados, provistos del carburante necesario, a la distribución de semilla para la siguiente cosecha, puesto que los Ferrocarriles Federales declararon que no podían encargarse de hacerlo. Gracias a un programa especial, llenamos los almacenes de Berlín con alimentos para varios meses. Con arreglo a una oferta que hice al secretario del Ministerio de Instrucción Pública, Zintsch, los camiones también trasladaron obras de arte de los museos de Berlín para protegerlas en las minas de sal del Saale. Los objetos que se salvaron entonces constituyen el núcleo de la actual colección de los museos estatales de Berlín-Dahlem. <<

[393] A partir del ejemplo de Berlín, expuse en esta memoria lo

que supondría destruir los puentes: «La consecuencia de las voladuras de puentes previstas para Berlín habría sido la insuficiencia en los abastecimientos alimenticios de la ciudad y habría hecho, además, imposible durante años la producción industrial y la vida en ella. Así pues, estas voladuras habrían supuesto la muerte de Berlín». Hablé también en ella de las consecuencias que las destrucciones acarrearían en la cuenca del Ruhr: «Si se vuelan los numerosos puentes de ferrocarril que hay sobre los pequeños canales o valles del Ruhr, o se destruyen los viaductos, la cuenca ni siquiera podría volver a producir lo necesario para reconstruirlos». Además, en esta memoria del 15 de marzo de 1945 pedí a Hitler que ordenara adoptar la consigna de distribuir las existencias de los almacenes civiles y de la Wehrmacht cuando el enemigo estuviera cerca. <<

[394] Aquí tenemos un ejemplo de la confusión que se producía en las órdenes por culpa de las súbitas reacciones de Hitler. El mismo 18 de marzo, Keitel comunicó, por medio de un télex: «El *Führer* ha decidido de manera terminante (!) que: en la medida de lo necesario, en los territorios occidentales directamente amenazados por el enemigo se pongan en práctica las medidas de evacuación». Se había previsto una cobertura para el caso de que no fueran obedecidas estas disposiciones: «Mientras se procede a la evacuación, no deben sufrir menoscabo alguno las medidas militares, la retirada de productos alimenticios ni el transporte de carbón».

Al día siguiente, 19 de marzo de 1945, Bormann promulgó un decreto para que se ejecutara la orden más reciente de Hitler, según la cual «la evacuación se realizará mediante caravanas en caso de que no se disponga de medios de transporte. Dado el caso, la población masculina marchará a pie». <<

[395] Citado en mi carta del 29 de marzo de 1945 de acuerdo con la reproducción de las palabras de Hitler. En aquel momento

introduje la salvedad: «Si no lo he comprendido mal…», formulación que podía permitir a Hitler precisar lo que había dicho. En la misma carta resumí así la impresión que me causó: «Después de estas palabras me sentí profundamente conmocionado». <<

[396] Este cuartel general, situado en un palacete que se levantaba en una colina rocosa y comunicado con los búnkers por medio de escaleras, era el que construí para Hitler en 1940, que él había rechazado. <<

[397] Se trata de la Orden del *Führer* sobre medidas de destrucción en el territorio del Reich. Reza así:

«La lucha por la existencia de nuestro pueblo obliga, también dentro del territorio del Reich, a emplear cualquier medio que pueda debilitar la combatividad del enemigo e impedir que continúe su penetración. Deben aprovecharse todas las posibilidades para dañar al máximo, directa o indirectamente, la potencia de ataque del enemigo. Es una equivocación creer que las instalaciones (de transporte, de comunicaciones, industriales o de abastecimiento) no destruidas o sólo temporalmente paralizadas podrán ser utilizadas en nuestro beneficio una vez se hayan reconquistado los territorios perdidos. En su retirada, el enemigo sólo dejará una tierra quemada y no tendrá ninguna consideración hacia la población de dichos territorios.

»Por consiguiente, ordeno:

1. Serán destruidas todas las instalaciones militares, de transporte, de comunicaciones, industriales y de abastecimiento, así como los valores muebles que haya dentro del territorio del Reich y que el enemigo pueda utilizar inmediatamente o a corto plazo para proseguir el combate.

2. Serán responsables de poner en práctica estas medidas de destrucción las jefaturas militares cuando se trate de objetivos de índole militar, incluidas las instalaciones de transporte y de

comunicaciones, y los jefes regionales y comisarios de defensa del Reich cuando se trate de industrias e instalaciones de abastecimiento y cualesquiera otros bienes muebles. Las tropas prestarán a los jefes regionales y comisarios de defensa del Reich la ayuda necesaria para llevar a cabo sus cometidos.

3. Esta orden será puesta con la mayor rapidez posible en conocimiento de todos los mandos de tropa, e invalida todas las instrucciones que se opongan a ella».

Esta orden se oponía abiertamente a las peticiones que yo formulaba a Hitler en mi memoria del 18 de marzo, que decían: «Debe garantizarse que, cuando la lucha tenga lugar dentro del territorio del Reich, nadie esté autorizado a destruir industrias, empresas carboníferas, centrales eléctricas y otras instalaciones de abastecimiento, ni tampoco las vías de comunicación ni los canales utilizados para la navegación interior. Si se volaran los puentes tal como está previsto, las vías de comunicación sufrirían un perjuicio mucho mayor que el que ocasionarían los ataques de la aviación enemiga». <<

[398] Mediante la observación «Para que sea ejecutada por el comandante en jefe del grupo de ejércitos», Kesselring había traspasado a su subordinado, el mariscal Model, toda responsabilidad derivada de la inobservancia de la mencionada orden. <<

[399] Véase mi escrito del 3 de marzo de 1945 al ministro de Justicia Thierack y su respuesta del 6 del mismo mes. <<

[400] Véase el Acta de la entrevista con el *Führer* del 22 de marzo de 1945, firmada por Saur. <<

[401] El texto del decreto era el siguiente:

«Asunto: Alojamiento de los compatriotas procedentes de los territorios evacuados. Por orden de la autoridad superior, participo lo siguiente: El 19 de marzo de 1945, el *Führer* publicó una orden sobre las medidas de destrucción que ya le ha

sido transmitida a usted o que ahora se le adjunta. Al mismo tiempo, el *Führer* ordenó de manera igualmente inequívoca que deben evacuarse los territorios que no se puedan conservar y que se prevea que serán ocupados por el enemigo.

»El *Führer* ha ordenado a los jefes regionales de las zonas fronterizas que hagan lo humanamente posible para asegurar la evacuación de todos los compatriotas, es decir, su retirada absoluta. El *Führer*, después de haber sido informado detalladamente, conoce las tremendas dificultades que entraña esta exigencia.

»La exigencia del *Führer* se basa en consideraciones acertadas y exactas. No puede plantearse la imposibilidad de la evacuación.

»Tan difícil como la evacuación y el transporte es el alojamiento de nuestros compatriotas en las regiones alemanas interiores que los acojan; sin embargo, debe lograrse este alojamiento aparentemente imposible. El *Führer* espera que las regiones alemanas interiores muestren la comprensión necesaria hacia las inevitables exigencias del momento.

»Tenemos que superar la actual situación empleando todos los medios posibles e improvisando cuando sea necesario». <<

[402] Por lo que sé, Florian se distanció posteriormente de su intención de publicar este borrador. Puede que hiciera sus observaciones sobre la falta de valor del pueblo en un encuentro anterior. <<

[403] Hitler había establecido que, en una «zona de combate» de ocho a quince kilómetros de amplitud, el Ejército se encargara de llevar a cabo las destrucciones. <<

[404] Se trata de las «Disposiciones para ejecutar la Orden del *Führer* del 19 de marzo de 1945 (instalaciones de telecomunicación)», remitidas el 27 de marzo a las cuatro de la tarde:

«Las instalaciones de transmisión de noticias se destruirán

mediante voladuras, incendio o demolición. Deberán inutilizarse por completo las dependencias telefónicas, telegráficas y repetidoras, los nudos de comunicaciones (entradas de cables, puntos de conmutación, ramificaciones de líneas y cables, dispositivos tensores y, de disponer de tiempo suficiente, también las líneas y cables de comunicación de superficie), las existencias y equipos telegráficos de toda clase, cables y líneas, instrucciones de funcionamiento (planos de distribución de cables y conexiones, descripciones de aparatos, etc.) e instalaciones de radio (centrales receptoras y transmisoras, postes, antenas). Se procurará transportar previamente todas las piezas que se estimen de valor especial […].

»Seguirá una orden especial para la capital del Reich y sus alrededores, en especial para las grandes instalaciones de radio de Nauen, Königswusterhausen, Zeesen, Rehmate y Beelitz». <<

[405] Al salir de prisión, Seebauer, uno de mis jefes de sección en aquella época, me comunicó que cuando estuve enfermo, en la primavera de 1944, Hitler había pensado ya en Saur. <<

[406] En su última reunión estratégica, celebrada el 27 de abril de 1945; Hitler reaccionó con dureza: «Desobedecer una orden dada por mí significa, cuando se trate de un jefe del Partido, su inmediata aniquilación […]. No puedo imaginar que un jefe del Partido a quien yo dé una orden se atreva a no cumplirla». (Estenograma reproducido en el número 3 de *Spiegel*, 1966.)<<

[407] Otros extractos de esta carta:

«Abandonar mi puesto, incluso aunque usted así me lo ordenara, sería para mí en estos momentos decisivos una deserción frente al pueblo alemán y también frente a mis leales colaboradores. A pesar de ello, y sin considerar las consecuencias que ello puede acarrearme, me siento obligado a informarle, con franqueza y sin tapujos, de mi punto de vista frente a los acontecimientos. He sido de los pocos que siempre le han

hablado honradamente y con franqueza, y así seguiré […].

»Creo en el futuro del pueblo alemán. Creo en una Providencia justa e implacable y, por consiguiente, creo también en Dios. Sentí un profundo dolor al ver, en los días de victoria de 1940, que amplios sectores de nuestra jefatura perdían la serenidad. En aquel momento habríamos debido acreditarnos frente a la Providencia con una actitud de decoro y de humildad interior. De haberlo hecho así, la victoria habría estado con nosotros. Pero en aquellos meses el Destino nos estimó demasiado débiles para afrontar éxitos mayores. Nuestra indolencia y nuestra pereza nos llevaron a desperdiciar un año valiosísimo para la industria de armamentos y para nuestro desarrollo, y con ello nos hicimos responsables de que en los años decisivos de 1944 y 1945 muchas cosas llegaran demasiado tarde. Si hubiéramos adelantado un año todas nuestras innovaciones, nuestro destino sería distinto. Como si la Providencia hubiera querido prevenirnos, a partir de entonces todos los hechos militares fueron seguidos de un infortunio sin igual. Jamás en una guerra las circunstancias externas, como el mal tiempo, han desempeñado un papel tan decisivo y desafortunado como en esta contienda, precisamente la más tecnificada de todas. Las heladas de Moscú, las nieblas de Stalingrado y el cielo despejado durante la ofensiva de invierno de 1944 en el frente occidental […].

»Sólo podré continuar trabajando con dignidad, convicción y fe en el futuro si usted, *mein Führer*, sigue apoyando como hasta ahora el mantenimiento de la energía vital de nuestro pueblo. No voy a entrar en detalles sobre la orden de destrucción promulgada por usted el 19 de marzo de 1945, que, mediante medidas apresuradas, despojará al pueblo alemán de sus últimas posibilidades industriales y cuyo conocimiento conmocionará profundamente a la población. Todas éstas son cosas que, aunque decisivas, soslayan lo fundamental […]. Tiene usted que

comprender lo que ocurre en mi fuero interno. No puedo rendir todo lo posible ni inspirar la confianza necesaria si, al tiempo que invito a los trabajadores a sacrificarse al máximo, preparamos la destrucción de lo que constituye la base de su existencia». <<

[408] El texto del decreto era el siguiente:

«El *Führer* Cuartel general, 30 de marzo de 1945.

Para unificar la ejecución de mi decreto del 19 de marzo de 1945, ordeno:

1. Las medidas de destrucción de instalaciones industriales tienen por único objeto impedir que el enemigo aproveche estas instalaciones y servicios para aumentar su fuerza combativa.

2. Las medidas que se adopten no deberán debilitar de ningún modo nuestra propia fuerza combativa. La producción deberá mantenerse en lo posible hasta el último momento, aun a riesgo de que alguna industria caiga intacta en manos del enemigo en caso de producirse un rápido avance. Por consiguiente, las instalaciones industriales de todo tipo, incluidas las de abastecimientos, no serán destruidas hasta que estén directamente amenazadas por el enemigo.

3. Mientras que, en el caso de puentes y otros puntos de comunicación, sólo su total destrucción puede impedir que el enemigo haga uso de ellas, en las instalaciones industriales se puede lograr el mismo resultado mediante una paralización eficaz.

La destrucción total de empresas de especial importancia (por ejemplo, centros de municiones, importantes fábricas químicas, etc.) será establecida por el ministro de Armamentos y Producción de Guerra en cumplimiento de mis instrucciones.

4. La puesta en práctica de las medidas de paralización y destrucción de las instalaciones industriales y otros servicios será ordenada por el jefe regional y comisario de defensa del Reich,

quien velará por su cumplimiento.

La ejecución de la orden será de la exclusiva incumbencia de las centrales y delegaciones del Ministerio de Armamentos y Producción de Guerra.

5. El ministro de Armamentos y Producción de Guerra cuenta con mi aprobación para dictar las disposiciones necesarias para que se ejecute la orden. Él podrá impartir instrucciones concretas a los comisarios de defensa del Reich.

6. Estos mismos principios son aplicables a las empresas e instalaciones enclavadas en la zona de combate.

Firmado: Adolf Hitler».

El decreto se refería únicamente a la industria. La orden de destrucción de los canales de navegación, instalaciones ferroviarias y de transmisiones y puentes no habían sufrido modificación alguna. <<

[409] La orden, cursada a través de Jodl, fue promulgada el 29 de marzo y comunicada por Bormann a los jefes nacionales y regionales el 30 del mismo mes. <<

[410] Estas disposiciones se enumeran en el «Asunto Secreto del Reich» del 30 de marzo de 1945. <<

[411] El télex que dirigí a todos los encargados de vías de navegación que estaban bajo mis órdenes rezaba así:

«Las voladuras de esclusas, diques, presas, puentes sobre canales e instalaciones portuarias no se llevarán a efecto sin mi autorización, tal y como lo dispone el decreto del *Führer* del 30 de marzo de 1945. Comuníquese a la plana mayor de la Wehrmacht, con el ruego de que sean informadas las dependencias militares». <<

[412] Por ejemplo, un radiograma enviado por el jefe regional Uiberreither decía así:

«Radiograma - PZR n.º 5/60 830 3-4-1945. Al ministro del

Reich Albert Speer Berlín W 8.

En relación con la orden del *Führer* del 19 de marzo, solicito instrucciones detalladas sobre las empresas de armamentos de mi región que no hayan de ser destruidas en ningún caso. Dado que la situación militar es muy insegura, se puede contar con un ataque por sorpresa en cualquier momento. Llamo su atención sobre las fábricas de aviación de Marburg, Steyr y Daimler-Puch-Graz, y sobre el traslado de industrias. Las industrias de armamentos de la Alta Estiria han de ser consideradas teniendo en cuenta mi desconocimiento de la situación militar en el Bajo Danubio. ¿Deben ser destruidas las centrales hidráulicas del Drave y el Mur, así como las centrales de vapor, antes de dejar que caigan intactas en manos del enemigo? Aquí sus directrices sólo tienen una validez condicionada, ya que no se puede hablar de un frente continuo.

Firmado: jefe regional Uiberreither».

Mi respuesta fue la siguiente: «Al jefe regional Uiberreither, Graz. Berlín, 3-4-1945.

De acuerdo con la orden del *Führer* del 30 de marzo de 1945, no va a haber tierra quemada. Todas las instalaciones y servicios habrán de ser paralizados, de forma que no contribuyan a acrecentar el potencial bélico enemigo. En casi todos los casos bastará con una paralización duradera realizada por especialistas, lo que nos permitirá lograr el fin señalado por el *Führer*. Esto afecta también a las industrias citadas por usted en su radiograma. Con su orden del 30 de marzo de 1945, el *Führer* ha anulado a propósito las diversas posibilidades de interpretación de la orden del 19 del mismo mes, decidiéndose de manera inequívoca por la paralización. Así pues, únicamente se realizarán destrucciones en los casos en los que el fin previsto no pueda lograrse por medio de una paralización.

Por lo demás, el *Führer* establece que se debe trabajar hasta el

último momento. Las centrales eléctricas sólo deben ser paralizadas.

Firmado: Speer». <<

[413] El decreto de Hitler del 7 de abril de 1945 (con los pasajes tachados por él) decía así:

«Para unificar la ejecución de mi decreto de 19 de marzo de 1945, ordeno lo siguiente respecto a transportes y comunicaciones:

1. Los puentes de importancia operativa han de ser destruidos de tal manera que el enemigo no pueda utilizarlos.

El Alto Mando de la Wehrmacht fijará en cada caso en qué lugares y sectores (cursos fluviales, trayectos de autopista, etc.) hay que destruir dichos puentes. Se castigará con el máximo rigor la desobediencia a esta orden de destrucción.

2. Todos los puentes restantes se destruirán únicamente cuando los comisarios de defensa del Reich, en colaboración con las oportunas dependencias del Ministerio de Transportes del Reich y con el ministro de Armamentos y Producción de Guerra, determinen la paralización de sus producciones o la imposibilidad de transportarlas a causa de la proximidad del enemigo o por sus actividades.

Con objeto de poder mantener hasta el último minuto la producción exigida en mi decreto del 30 de marzo de 1945, [también tachado] deberán conservarse las vías de circulación hasta el último momento, [incluso a riesgo de que, en caso de producirse un rápido movimiento del enemigo, pudiera caer en sus manos un puente intacto, a excepción de lo señalado en el apartado 1 (tachado)].

3. El resto de objetos y equipamientos que tengan importancia para la circulación (construcciones artísticas de cualquier clase, instalaciones viarias, servicios y dispositivos), así como las instalaciones de Transmisiones del Reich, Ferrocarriles del Reich

y sociedades privadas, se paralizarán de modo duradero.

En todas las medidas de destrucción y evacuación, a excepción de los citados en el apartado 1, deberá procurarse que cuando se recuperen los territorios perdidos estos puedan ser reutilizados para la producción alemana.

Cuartel general, 7 de abril de 1945.

Adolf Hitler».

El decreto presentaba varias ventajas. Era de suponer que los departamentos afectados difícilmente podrían realizar a tiempo las necesarias comprobaciones. Debía suspenderse la orden de destrucción, vigente hasta entonces, de instalaciones ferroviarias y de transmisiones, locomotoras y vagones, así como el hundimiento de buques. La amenaza de aplicar duros castigos quedaba limitada a la destrucción de puentes de importancia operativa, ya que en los apartados 2 y 3 quedaba expresamente excluida. <<

[414] Mediante su telegrama urgente KR n.º 003 403/45, del 7 de abril de 1945, Keitel transmitió únicamente instrucciones para destruir los puentes de importancia operativa, pero evitó desarrollar los elementos positivos del decreto de Hitler por medio de una interpretación igualmente positiva. <<

[415] El borrador de este discurso es del 8 de abril de 1945; el borrador con las correcciones para la prensa es del 10 de abril del mismo año. <<

[416] Según me explicó Saur mientras estábamos en la prisión de Nuremberg, Hitler dijo por aquellos días que «Speer era el mejor de todos». <<

[417] Ya se conocía el plan de división de Alemania; Holstein se encontraba en la zona inglesa. Yo creía que los ingleses se comportarían caballerosamente con las familias de los altos mandos nacionalsocialistas; además, la finca pertenecía a la jurisdicción de Dönitz, adonde tenía la intención de dirigirme

cuando llegaran los últimos días. <<

[418] A este respecto, el doctor Gerhard Klopfer dijo, en su declaración jurada de julio de 1947:

«Poco tiempo después, Speer, por mediación del doctor Hupfauer, quiso saber qué opinaba de sus propósitos de pronunciarse públicamente en favor del doctor Brandt en el proceso que se seguía contra él. Yo le hice saber que estaba convencido de que el procedimiento iniciado contra Brandt apuntaba a la vez contra él. Le dije que, en una situación tan delicada como aquélla, si aparecía en público daría al instigador del procedimiento (Bormann) el motivo que esperaba para descargar el golpe que seguramente ya habría proyectado contra él». <<

[419] Von Below, asistente de Hitler para la Luftwaffe, puso en orden este asunto. <<

[420] Ya había expuesto a Hitler estas consecuencias en mi memoria del 15 de marzo de 1945. Véase el capítulo XXIX, nota 6. <<

[421] Se destruyeron 84 de los 950 puentes de Berlín. No hay duda de que la postura de Heinrici contribuyó a este favorable resultado. Además, dos de mis colaboradores berlineses, Langer y Kumpf, se comprometieron a obstaculizar en lo posible la voladura de puentes incluso durante los combates. <<

[422] Texto completo del discurso, escrito el 16 de abril de 1945:

«Jamás un pueblo civilizado ha recibido tan duro golpe, jamás la desolación y los daños causados por la guerra han sido tan grandes como en nuestro país y jamás un pueblo ha hecho frente a la dureza de la guerra con mayor tenacidad, resistencia y fe que vosotros. Ahora todos os sentís profundamente abatidos y conmocionados. Vuestro amor se transforma en odio y vuestra tenacidad en cansancio e indiferencia.

»Pero eso no debe ser así. Durante esta guerra el pueblo alemán

ha demostrado una unión que en el futuro provocará la admiración de una historia justa. Precisamente en este momento no debemos dejarnos llevar por el dolor ni debemos llorar por el pasado. Sólo podremos seguir soportando nuestra suerte si trabajamos con tesón. Y podremos ayudarnos si establecemos de forma real y objetiva lo que hace falta en este momento.

»Ahora sólo tenemos un cometido importante: evitar todo lo que pueda arrebatar por completo al pueblo alemán las bases de su existencia, ya tan limitadas. Mantener nuestros lugares de trabajo, conservar las vías de comunicación y el resto de puntos importantes para el abastecimiento constituyen la principal premisa para sostener la fuerza vital de nuestro pueblo. Por consiguiente, en esta fase de la guerra hay que evitar todo lo que pueda producir nuevos daños a nuestra economía.

»Como ministro responsable de la producción de todas las empresas y del mantenimiento de las carreteras, canales y transportes, y de acuerdo con las instancias superiores de la Wehrmacht, ordeno lo siguiente:

1. A partir de ahora queda prohibida la destrucción o paralización de puentes, empresas de cualquier tipo, canales o instalaciones ferroviarias y de comunicaciones.

2. Deberán quitarse las cargas de todos los puentes y suspenderse todos los preparativos encaminados a realizar cualquier destrucción y paralización. Respecto a las paralizaciones que ya se hayan efectuado, las piezas retiradas deberán ser repuestas.

3. Los organismos locales adoptarán de inmediato medidas para proteger las fábricas y las instalaciones ferroviarias y de comunicaciones.

4. Estas órdenes son aplicables tanto en el territorio del Reich como en los territorios ocupados de Noruega, Dinamarca, Bohemia, Moravia e Italia.

5. Todo aquel que se oponga a esta disposición estará perjudicando de forma consciente y decisiva al pueblo alemán, lo que lo convertirá en su enemigo. Los soldados de la Wehrmacht y del *Volkssturm* quedan facultados por la presente para proceder por todos los medios contra estos enemigos del pueblo y para recurrir a las armas en caso necesario.

»Al renunciar a la voladura de los puentes que ya están preparados para ello, damos a nuestros enemigos una ventaja operativa. Por eso, pero más aún por razones de estrategia humanitaria, reclamamos que nuestros enemigos suspendan los ataques aéreos contra las ciudades y pueblos alemanes, incluso aunque en ellos se encuentren instalaciones de importancia militar. Por nuestra parte, procederemos a una entrega ordenada de las ciudades y pueblos que están ya completamente cercados. Las ciudades que carezcan de posibilidades reales de defensa deberán declararse abiertas.

»Para evitar injusticias y graves equivocaciones en esta última fase de la guerra, y en interés del pueblo alemán, se ordena lo siguiente:

1. Los prisioneros de guerra y los trabajadores extranjeros continuarán en sus lugares de trabajo. Si ya se están desplazando, deberán ser dirigidos a su patria.

2. En los campos de concentración deberá separarse a los presos políticos y, por tanto, también a los judíos, de los internados por delitos comunes. Los primeros deberán ser entregados, sin sufrir ningún daño, en los campamentos de las tropas ocupantes.

3. El cumplimiento de sentencias aplicadas a los presos políticos, incluidos los judíos, queda sin efecto hasta nueva orden.

4. El servicio en el *Volkssturm* para luchar contra el enemigo es completamente voluntario. Por lo demás, el *Volkssturm* está obligado a cuidar del orden en el territorio nacional y los

miembros del Partido nacionalsocialista deberán auxiliar al *Volkssturm* en sus cometidos hasta que se produzca la ocupación, con el fin de demostrar que tienen el propósito de servir a la nación hasta el último momento.

5. Se suspenderán inmediatamente las actividades de la organización Werwolf y otras similares, pues justifican las represalias del enemigo y, además, minan las bases del mantenimiento de la fuerza vital del pueblo.

»El sentido del orden y el cumplimiento del deber son premisas primordiales para la supervivencia del pueblo alemán.

»La devastación que esta guerra ha ocasionado a Alemania sólo puede compararse con la de la guerra de los Treinta Años. Sin embargo, las pérdidas de vidas humanas a consecuencia de las epidemias y el hambre no deben alcanzar el mismo volumen que en aquella época. Queda exclusivamente en manos del enemigo decidir hasta qué punto concederá al pueblo alemán los honores y oportunidades que merece un adversario que, aunque vencido, ha combatido heroicamente, y así pasar también a la Historia por su generosidad y rectitud.

»También cada uno de vosotros puede contribuir desde donde esté a evitar gravísimos daños a la nación. Para este fin, durante los próximos meses habréis de mostrar con mayor fuerza que nunca la voluntad de reconstrucción con que, tanto obreros como jefes de empresas y ferroviarios, habéis intentado subsanar una y otra vez las consecuencias de los ataques aéreos. Tiene que desaparecer la comprensible apatía que se ha adueñado del pueblo a consecuencia del terror paralizante y de los tremendos desengaños sufridos durante los últimos meses. Dios ayudará únicamente a un pueblo que no se abandone en esta situación desesperada.

»Para el futuro próximo os doy las siguientes directrices, que se aplicarán incluso en los territorios ya ocupados:

1. Lo más importante de todo es reparar los daños sufridos por las instalaciones ferroviarias. Por tanto, siempre que el enemigo lo permita o se ordene debe procederse a la reconstrucción de este sector utilizando todos los medios y empleando toda clase de recursos, pues mantener el tráfico permitirá alimentar a grandes territorios en los que, de no existir comunicaciones, la población se vería expuesta a agudas hambrunas. Además, sólo si se restablece en lo imprescindible la red de comunicaciones podréis reuniros algún día con vuestras familias. Por consiguiente, en interés de todos vosotros, debéis apoyar por todos los medios el restablecimiento de la circulación.

2. La industria y los artesanos, que han prestado en esta guerra unos servicios inigualables, tienen la obligación de atender con la mayor rapidez posible cualquier pedido que se les haga para la reconstrucción de las instalaciones ferroviarias y de dar siempre preferencia a estos pedidos.

3. En el transcurso de seis años de guerra, el campesino alemán ha demostrado disciplina y ha entregado sus productos de forma ejemplar, según las disposiciones dictadas al efecto. Todos los agricultores alemanes deben suministrar en el futuro la mayor cantidad posible de sus productos. No es necesario decir que el campesino alemán realizará con pleno sentido del deber los trabajos necesarios para la cosecha de este año. Él conoce la responsabilidad que ha contraído con todo el pueblo alemán.

4. Los productos alimenticios deben gozar siempre de prioridad en el transporte. Las industrias alimenticias serán abastecidas de energía eléctrica, gas, carbón o madera antes que cualquier otra industria o servicio.

5. Los departamentos oficiales no deben disolverse. Sus jefes son totalmente responsables de ello. Será culpable a los ojos del pueblo todo aquel que abandone su puesto de trabajo sin autorización de sus superiores. La administración es también

necesaria para impedir que el pueblo alemán se vea sumido en el caos.

»Si trabajamos con la misma tenacidad que hemos observado en los últimos años, el pueblo alemán continuará existiendo sin experimentar graves pérdidas. El tráfico puede hallarse en condiciones satisfactorias dentro de dos o tres meses. Según nuestros cálculos, la zona que se extiende al oeste del Oder puede seguir siendo abastecida, aunque frugalmente, hasta la próxima cosecha. Si nuestros enemigos van a permitirlo es algo que aún está por ver. Sin embargo, es mi obligación luchar hasta el último momento por la subsistencia de nuestro pueblo.

»Los reveses militares que Alemania ha sufrido en los últimos meses son estremecedores. Ya no está en nuestras manos el rumbo que pueda tomar el destino de nuestra nación. Sólo la Providencia puede cambiar nuestro futuro. Pero nosotros mismos podemos favorecerlo si trabajamos con aplicación y diligencia, si nos mostramos dignos y llenos de confianza en nosotros mismos al relacionarnos con el enemigo al tiempo que nos volvemos más modestos y autocríticos en nuestro fuero interno y mantenemos una fe inquebrantable en el futuro de nuestro pueblo, que perdurará por los siglos de los siglos.

»Dios proteja a Alemania». <<

[423] La carta dice así:

«16 de abril de 1945. Querido señor Fischer: Dado que pronto se romperán las líneas de comunicaciones, es posible que tenga que utilizar las emisoras de radio para difundir instrucciones fundamentales: paralizar en vez de destruir, etc. Usted responderá personalmente de que se mantenga el suministro de energía eléctrica hasta el último instante incluso en la emisora Werwolf, es decir, la de Königwusterhausen. El corte de energía eléctrica sólo deberá ser ejecutado por usted en persona una vez haya comprobado por las emisiones enemigas que las emisoras

han sido ocupadas. Cordialmente, Speer». <<

[424] Acto seguido fui a entrevistarme con el comandante en jefe del grupo de ejércitos, mariscal Busch, quien estuvo de acuerdo en entregar intactos los puentes de Hamburgo sobre el Elba, incluso aunque hubiera combates en la zona. Me prometió al mismo tiempo no utilizar como base de apoyo militar la central térmica de turba de Wiesmoor, en Emsland (15 000 kw), de gran importancia para el abastecimiento de emergencia de Hamburgo, ya que en un futuro próximo no se podría contar con ningún tipo de transporte de carbón ni de suministros procedentes de otras zonas. <<

[425] En aquella época Kaufmann ya había establecido contacto con los ingleses para entregar sin lucha la ciudad de Hamburgo, que había sido declarada «fortaleza» por Hitler. El 22 de abril se perdió Königwusterhausen. <<

[426] El capitán general de las SS Berger me confirmó en Nuremberg que Hitler había querido suicidarse el 22 de abril de 1945. <<

[427] Se había adoptado ya la decisión de que, en caso de que Alemania quedara dividida, debería crearse un territorio septentrional, que sería gobernado por Dönitz, mientras que Hitler se reservaba la parte meridional.

El 2 de abril de 1945 Bormann dijo a los funcionarios del Partido: «Será un canalla quien abandone su región sin una orden expresa del *Führer* a causa de los ataques enemigos, quien no luche hasta el último aliento. Será tachado de desertor y tratado como tal. Alzad los corazones y superad cualquier flaqueza. Ahora sólo vale una consigna: vencer o caer». <<

[428] Krebs llevaba los asuntos del «enfermo» Guderian. Aunque Hitler había entregado oficialmente a Keitel el mando supremo de la Wehrmacht y sólo se había reservado el mando de las tropas que se encontraban en Berlín, no salió de su bunker para

dirigirlas, sino que continuó dando las órdenes desde su despacho. Es probable que la del 23 de abril fuera una «pequeña reunión estratégica», pues no estuvieron presentes el comandante militar de Berlín ni los restantes jefes de tropas. <<

[429] Canciller alemán del 3 de octubre al 9 de noviembre de 1918, el príncipe Max de Baden tuvo que asumir la ingrata tarea de cursar la solicitud de armisticio a los vencedores de la Primera Guerra Mundial. [N. del T.]. <<

[430] El primer radiograma, fechado el 30 de abril de 1945 y recibido a las 18.35 horas, rezaba así:

«Gran almirante Dönitz: El *Führer*, señor gran almirante, lo ha nombrado sucesor suyo en sustitución del mariscal del Reich Göring, anteriormente designado para el cargo. Los poderes por escrito ya están en camino. Puede adoptar inmediatamente todas las medidas derivadas de la actual situación. Bormann».

El radiograma del 1 de mayo de 1945, recibido a las 15.18 horas, decía así:

«Gran almirante Dönitz (Asunto de Mando. Transmítase únicamente por medio de un oficial). *Führer* fallecido ayer a las 15.30 horas. El testamento del 29-IV le transfiere a usted el cargo de presidente del Reich. El ministro Goebbels será canciller del Reich, el jefe nacional Bormann será ministro del Partido y el ministro Seyss-Inquart será ministro de Asuntos Exteriores. Por disposición del *Führer*, el testamento ha sido comunicado a usted y al mariscal Schörner y sacado de Berlín para asegurar que llegue a conocimiento público. El jefe nacional Bormann intentará visitarlo hoy mismo para exponerle la situación. Quedan a su elección la forma y el momento de comunicarlo a las tropas y al público.

»Ruego acuse de recibo. Goebbels. Bormann». <<

[431] Bien mirado, Dönitz no podía remitirse a una sucesión legal de Hitler, que según la Constitución del Reich alemán requería

que se convocaran elecciones. Su legitimidad se basaba más bien en el carisma de su predecesor, lo que él mismo confirmaba al decir en público que ejercía su cargo en cumplimiento de la última voluntad de Hitler. Así pues, la primera acción gubernamental de Dönitz sólo fue ilegítima en el sentido de que con ella despreció gran parte de la voluntad de Hitler, que por otra parte había acatado desde el momento en que empezó a ejercer sus funciones tras recibir el primer telegrama.

Por lo demás, posiblemente la imposición de Hitler al nombrar a los ministros que habrían de constituir el gabinete, en vez de dejar que lo hiciera su sucesor, fue una de las ocurrencias más grotescas de su actividad de estadista. Como tantas otras veces en los últimos años, también entonces dejó en el aire si, en última instancia, correspondía al canciller o al presidente del Reich decidir, como autoridad suprema, en caso de que se produjeran divergencias en el gabinete. De acuerdo con la letra del testamento, Dönitz no podía destituir al canciller del Reich ni a ninguno de los ministros, incluso aunque demostraran ser unos ineptos. Había sido privado de antemano de esta autoridad, la más importante de todo jefe de Estado. <<

[432] Para las ideas de aquella época, el continente groenlandés se hallaba tan alejado y solitario que ni siquiera un vuelo de reconocimiento intensivo podía resultar peligroso. Los aviones que aprovisionan a las estaciones meteorológicas podían almacenar en sus depósitos combustible suficiente para volar de Groenlandia a Inglaterra, donde pensábamos entregarnos a fines de otoño de 1945. <<

[433] Se trataba de una versión resumida del discurso que hice grabar el 21 de abril de 1945 en la emisora de radio de Hamburgo. El añadido que exigió Schwerin-Krosigk rezaba así: «Sólo por esta razón (la de evitar pérdidas a la población alemana), el gran almirante se ve obligado a no deponer las

armas. El único objeto de que la lucha prosiga es no dejar morir a los alemanes que huyan de los ejércitos soviéticos o se encuentren amenazados por ellos. Nuestro pueblo, que tan valientemente ha resistido todos los sufrimientos ocasionados por esta guerra, tendrá que aceptar el último deber que le impone la heroica lucha de Alemania». <<

[434] El *Berliner Zeituttg* publicó el 8 de mayo de 1945 una noticia procedente del cuartel general de Zukov: «Después de la firma, Keitel y sus acompañantes fueron obsequiados en la residencia que se puso a su disposición con caviar, vodka y champaña. La comida no se diferenció en absoluto de los banquetes de los aliados». <<

[435] Véase la carta a Dönitz del 7 de mayo de 1945. El 5 de mayo le comuniqué, por medio de su «jefe del gabinete civil» Wegener: «Tan pronto esté resuelta la cuestión de la entrega de los territorios todavía ocupados (al enemigo) y de los territorios residuales alemanes aún sin ocupar, me retiraré de los dos Ministerios del Reich y, por consiguiente, me excluyo del Gobierno alemán que haya de constituirse». Dönitz me rogó que me quedara. El 15 de mayo exigí una vez más a Schwerin-Krosigk:

«Respecto a la lista de los miembros del Gobierno, se hacen necesarias las siguientes observaciones:

1. El señor Speer estima necesario que se nombre a un sustituto adecuado para dirigir los asuntos ministeriales de Producción y Economía, con el fin de quedar después a disposición de los aliados. Momentáneamente, durante el traspaso de poderes, puede aprovecharse su experiencia para restablecer la producción y la actividad constructiva […]». <<

[436] Las tropas alemanas de la sede gubernamental de Dönitz fueron autorizadas a llevar armas ligeras incluso después del armisticio. Durante este encuentro, según consta en el acta de la

sesión del 19 de mayo de 1945, afirmé, «con el fin de no permitir ninguna interpretación errónea de mi forma de actuar, que no necesito acumular puntos a mi favor. Mi comportamiento político va a ser investigado por la parte contraria». <<

[437] Con el fin de poder observar mejor a los prisioneros, en cada una de las recias puertas de roble de las celdas se había practicado una abertura cuadrada de unos 25 cm de lado. <<

[438] Véase la carta a mi esposa del 27 de octubre de 1945. Sobre este tema seguí escribiéndole, el 15 de diciembre de 1945: «Es mi deber estar aquí. Cuando se trata del destino de la nación alemana entera, no se debe pensar demasiado en el de uno mismo». Marzo de 1946: «No puedo defenderme de una manera indigna. Creo que lo comprenderás, pues de lo contrario, si olvidara que muchos millones de alemanes han caído por un ideal equivocado, los niños y tú tendríais que avergonzaros». 25 de abril, a mis padres: «No os abandonéis a la ilusión de que lucho esforzadamente por mi caso. Hay que asumir la responsabilidad y no pedirle buena cara al mal tiempo». <<

[439] Carta del 15 de diciembre de 1945 (a mi esposa): «De no haber desempeñado mi cargo, habría sido un soldado. Y entonces, ¿qué? Cinco años de guerra es un tiempo muy largo, y seguramente habría sufrido muchas más penalidades y quizá habría tenido un destino más duro. Me someto de buen grado a mi situación actual si con ella puedo prestar todavía un servicio a la nación alemana». Del 7 de agosto de 1946: «En tales situaciones, el objetivo no es conservar la propia vida. Todo soldado en guerra corre un riesgo y no puede hacer nada para evitar su destino». <<

[440] Durante los interrogatorios admití ante el tribunal mi parte de responsabilidad en el programa de trabajadores forzados: «Yo

agradecía a Sauckel toda la mano de obra que me procuraba. Muchas veces lo hice responsable de no haber obtenido los rendimientos deseados en la producción de armamento por no haber dispuesto de los trabajadores necesarios. […] Naturalmente, sabía que en las industrias de armamento trabajaban obreros extranjeros y estaba de acuerdo con ello. […] Ya he dicho con bastante claridad que encontré acertada la política de Sauckel para traer a Alemania trabajadores [forzados] procedentes de los países ocupados. […] En gran parte, los obreros eran traídos a Alemania en contra de su voluntad, y no tuve nada que objetar a ese hecho. Al contrario, durante la primera época, hasta otoño de 1942, empleé toda mi energía para hacer venir a Alemania toda la mano de obra posible». <<

[441] Estas citas proceden del interrogatorio de Flächsner y del contrainterrogatorio de Jackson. <<

[442] Carta de junio de 1946 (a mi esposa): «Para mí, lo más importante ha sido poder decir la verdad sobre el final. Es algo que el pueblo alemán tenía que saber». Carta de mediados de agosto de 1946: «Como mejor puedo ayudar a la nación es diciendo la verdad sobre toda esta locura. Con ello no quiero obtener ni obtendré ninguna ventaja». <<

[443] Sobre la reacción de los otros acusados le escribí a mi esposa (agosto de 1946): «Tras haber oído el relato de mis actividades en la última fase de la guerra, la mayoría de los acusados me han hecho la vida tan difícil como han podido. Eso me permite hacerme una idea aproximada de cómo habrían actuado si se hubiesen enterado de ellas antes de terminar la contienda. Poco habría quedado de la familia». <<

[444] Después del descanso, respondí al tribunal: «Relato los detalles muy a disgusto, pues este tipo de cosas encierran algo antipático. Lo hago únicamente porque el Tribunal lo desea. […] No deseo que esta fase repercuta en la resolución de mi

caso». <<

[445] Del contrainterrogatorio efectuado por Jackson. <<

[446] En general, los defensores dudaron tan poco como los acusados de la autenticidad de los documentos presentados. Cuando eso sucedía, la acusación retiraba el documento, menos en el caso del acta, levantada por Hossbach, de la reunión en la que Hitler dio a conocer sus propósitos bélicos. Con todo, Hossbach confirmó posteriormente en sus memorias la autenticidad del acta. <<

[447] Desde luego, la utilización de los medios técnicos no se limitaba a nuestro país. Henry L. Stimson (ministro de Asuntos Exteriores de Estados Unidos de 1929 a 1933 y ministro de la Guerra de 1911 a 1913 y de 1940 a 1945) escribió un año después en *Foreign Affairs*, en un artículo titulado «El proceso de Nuremberg: un hito de la historia del Derecho», lo siguiente:

«No debemos olvidar jamás que los progresos contemporáneos, tanto respecto a las condiciones de vida como en la ciencia y la técnica, brutalizan extraordinariamente cualquier guerra. Incluso quien se vea involucrado en una guerra puramente defensiva tendrá que asumir en gran medida este proceso de brutalización. En las guerras modernas se ha vuelto imposible atenuar los métodos de destrucción y la pérdida de dignidad de todos los que participan en el combate […]. Las dos últimas guerras mundiales demuestran de forma inequívoca que el carácter inhumano de las armas y los métodos que se emplean es imparable, tanto en manos del atacante como del que se defiende. Para hacer frente a la agresión japonesa, como ha testificado el almirante Nimitz, nos vimos obligados a aplicar una técnica de guerra submarina ilimitada que no fue muy distinta de la que utilizó Alemania y que hace veinticinco años nos obligó a entrar en la Primera Guerra Mundial. La guerra aérea estratégica ha causado la muerte de cientos de miles de

civiles en Alemania y Japón […]. Hemos suministrado, lo mismo que nuestros enemigos, la prueba de que el problema básico no es la guerra en sí ni la forma de hacerla. Según todas las probabilidades, una nueva guerra significaría ineludiblemente el fin de nuestra civilización». <<

[448] Casi dos décadas más tarde, en la conferencia de prensa celebrada el 20 de agosto de 1963, Kennedy dijo: «Ahora podemos matar en una hora a trescientos millones de personas». (De *Kennedy and the Press*, 1965). <<

[449] Sobre mis últimas palabras y mis perspectivas en el proceso, a mediados de agosto de 1946 escribí a mi familia: «Tengo que estar preparado para todo. Aún no se sabe quién va a ser más digno de lástima después de la sentencia. […] Flächsner se ha vuelto pesimista. Lo consuelo con conversaciones filosóficas. No debo poner en primer plano mi destino personal. Por lo tanto, mis últimas palabras no van a referirse en absoluto a mi caso».

A comienzos de septiembre de 1946: «Ayer dije mis últimas palabras. He intentado cumplir una vez más con mi deber, pero dudo que se me reconozca. Tengo que marchar por un camino recto, incluso aunque hoy no se comprenda». <<

[450] Es verdad que estas esperanzas eran engañosas. Tal y como expone Eugene Davidson en *The Trial of the Germans* (Nueva York, 1966), los trabajos forzados ya fueron introducidos por el general Clay en la zona americana de Alemania el 17 de febrero de 1946 en virtud de la Ley n.º 3 de la Comisión de Control. El 28 de marzo de 1947 escribí en mi diario de Nuremberg: «La deportación de mano de obra es, sin duda alguna, un crimen internacional, y no voy a protestar contra la sentencia porque ahora otras naciones la practiquen. Estoy convencido de que entre bastidores, en las conversaciones referentes a los prisioneros de guerra alemanes, se sacan a relucir las leyes sobre los trabajos forzados y el modo en que el proceso de Nuremberg

los interpretó y castigó. ¿Podría debatir ahora nuestra prensa este asunto con tanta franqueza si los trabajos forzados no hubiesen sido considerados públicamente, durante meses, un verdadero delito? […] La convicción de estar sufriendo un castigo "injusto" por el hecho de que "los otros" cometan ahora la misma falta tendría que hacerme más desgraciado que la prisión misma, pues entonces se habría esfumado la oportunidad de lograr un mundo altamente civilizado. A pesar de todos sus errores, el proceso de Nuremberg ha significado un avance para la recivilización. Y sólo con que mis veinte años de prisión consiguieran que todos los prisioneros de guerra alemanes regresaran a sus hogares un mes antes, ya estarían justificados». <<

[451] Desde luego, se hizo evidente que eran los vencedores quienes juzgaban a los vencidos, sobre todo en un pasaje de los considerandos de la sentencia impuesta al almirante Dönitz: «Estas órdenes (hundimiento de buques sin previo aviso) demuestran que Dönitz es culpable de violar el Protocolo (de Londres). […] En consideración a la respuesta dada por el almirante Nimitz al cuestionario, según la cual Estados Unidos realizó en el océano Pacífico una guerra submarina ilimitada desde el primer día en que esta nación entró en guerra, el castigo que se debe aplicar a Dönitz no se basa en su transgresión de las disposiciones internacionales que rigen la guerra submarina».

En este caso, la evolución técnica (empleo de aviones, mejores procedimientos de localización) superó, excluyó y redujo al terror la legalidad, lo que muestra que actualmente la técnica está en condiciones de crear, en perjuicio de la Humanidad, nuevos conceptos del Derecho que pueden tener por consecuencia la muerte legalizada de un incontable número de personas. <<

[452] Hitler repitió su proclama el 30 de enero de 1942: Esta

guerra no acabará «tal como imaginan los judíos, es decir, con el exterminio de los pueblos arios europeos, sino que su resultado será la aniquilación de los judíos». <<

Índice

Memorias 3
Prólogo 6
Nota 8
Primera parte 9
Capítulo I 10
Capítulo II 26
Capítulo III 34
Capítulo IV 51
Capítulo V 82
Capítulo VI 117
Capítulo VII 137
Capítulo VIII 167
Capítulo IX 192
Capítulo X 217
Capítulo XI 248
Capítulo XII 264
Capítulo XIII 285
Segunda parte 305
Capítulo XIV 306
Capítulo XV 328
Capítulo XVI 344
Capítulo XVII 367
Capítulo XVIII 400
Capítulo XIX 423

Capítulo XX 440
Capítulo XXI 461
Capítulo XXII 488
Tercera parte 512
Capítulo XXIII 513
Capítulo XXIV 542
Capítulo XXV 565
Capítulo XXVI 587
Capítulo XXVII 617
Capítulo XXVIII 639
Capítulo XXIX 672
Capítulo XXX 687
Capítulo XXXI 711
Capítulo XXXII 726
Epílogo 754
Capítulo XXXIII 755
Capítulo XXXIV 777
Capítulo XXXV 795
Conclusión 803
Autor 805
Notas 807